

*A mi hija Nerea, en la que tengo plena confianza de que en un futuro, ella será una gran poeta y una novelista de talento.*

*Su madre, deseándole el don más grande que el ser humano puede lograr: la paz dentro del alma.*

*La Autora*

*VEGA ARAMBURU*

© VEGA ARAMBURU PLAZA

*Printed in Spain*

ISBN: 84-604-8186-7

Depósito Legal: BI - 2.380 / 93

GOYARAN, S.A.

## PROLOGO

*Contemplando el verde frondoso, los árboles majestuosos, las altas montañas que rodean el valle de Ayala, en Alava, uno siente perderse complacido en un paraíso irreal.*

*Puedes sentir la hierba viva y fértil que como imán atrae al espíritu del hombre vasco, sumergiéndose con ella en un beso amoroso.*

*No hay que cerrar los ojos, con ellos bien abiertos quiero sentir el alma viva de este mi pueblo, —que desde tiempos que se pierden en el pensamiento—, se asentó en estas tierras para hallar paz, soledad, libertad.*

*Cobijado, arropado como niño, sintió los brazos rodeándole su cuerpo de arroyos vírgenes, de laderas salpicadas de helechos de plumas, de flores silvestres, que perfumaron sus sentidos.*

*Mecido por cantos de golondrinas, chimbos, tordos, despertó cada mañana mirando al cielo, con el deseo sumiso de ser bendecido, alejando de su lado a intrusos y curiosos, amigos de introducirse en sus pensamientos, causándole quebranto.*

*No soñó en conquistar, ni con glorias, tampoco deseó ampliar sus fronteras, tan sólo sintió deseos de permanencia, como loco enamorado, no abandonó jamás a su amada, «la tierra».*

*Ningún país de la tierra ha sido tan venerado y amado por sus moradores como «la tierra vasca». Por «ella» el hombre primitivo se enfrentó en luchas sanguinarias, alejando con su espada a rivales y a perturbadores.*

*El hombre vasco de complexión recia y ademanes toscos, sabe acariciarla, besarla, caer de amor. No puede consentir que nadie se la robe, la macille, la humille, pues entonces es cuando su espíritu pacífico se rebela y saca el poderío de su fuerza bruta, utilizándola en defensa de su amada, no importándole darle su bien máspreciado, la*

*vida, antes que verla sometida en brazos de sus enemigos, que no la respetan, no la sienten suya, sino que la utilizan para sus propios fines.*

*¿Qué enamorado no sale en defensa de su amada? Este amor que siente el pueblo vasco hacia su amada, «la tierra», comenzó hace miles de años, perdido en el recuerdo del tiempo. Pero generación tras generación, ha sabido mantener vivo en cada hogar esa llama ardiente, que como puñal lleva clavado el vasco dentro del alma, aún cuando sirviendo lejos, en tierras extrañas, siente que se le clava, al tener tan lejos a su amada y no puede acariciarla, ni rodearla con sus brazos amorosos.*

*Produciendo heridas mortales, de añoranza, nostalgia, capaces hasta de hacerle morir de amor.*

*Así es mi pueblo en los albores del siglo XX, un ferviente enamorado; un poco trasnochado y anticuado, dirían muchos, para quienes el amor es sólo objeto de placer, sin renunciadas ni obligaciones, divorcio y siempre al acecho de nuevas aventuras.*

*El vasco es perro fiel que no abandona sin lágrimas, que no rompe sin desgarrar, cuando las circunstancias así lo requieren.*

*Al dar comienzo esta novela, he sentido la necesidad acuciante en primer lugar, de manifestar nuestro pasado a grandes rasgos, desde la Prehistoria a nuestra etnia, nuestra cultura, costumbres, lengua, etc.*

*Para que de alguna manera el lector pueda aproximarse al carácter vasco, habitat actuales y, sienta también él, junto con los personajes de la misma, su propio sentir, su propia forma de vida, ese amor visceral con que el vasco ama, su pasado, sus tradiciones, su lengua hoy mortalmente herida, pero que lucha por sobrevivir y las causas de tantas desgracias como hoy, dolorosamente nos acontecen y que es deseo de ustedes y mío den punto final a este hecho tan escabroso, punta del iceberg que nos aplasta como es el terrorismo en Euskadi.*

*Dios quiera poner en mis líneas un poco de luz a ustedes para que una vez leída esta novela, hallen conclusiones válidas de comprensión, ayuda y amor hacia los que amamos y sufrimos por este ser tan querido que es «nuestra tierra» y estamos dispuestos de una manera desinteresada a respetarla y a amarla.*

*La Autora  
VEGA ARAMBURU*

## NAVIDAD 1991

La tarde nos muestra la tristeza de un día frío y gris que hace que las gentes que circulan por la arteria principal que es la Gran Vía de Bilbao, caminen con paso presuroso.

Concebida como homenaje y gratitud a don Diego López de Haro, fundador de la Villa, Señor de Vizcaya, Capitán de reconocidísimo valor, político, gran gobernante, príncipe magnánimo, una de las figuras más brillantes del siglo XIII, no sólo fue reconocida su gran brillantez en Vizcaya, sino también en los reinos de Castilla y León, y que fue fundador de esta Villa en 1300 de la era Cristiana.

Arrebujadas en sus prendas de invierno con la elegancia que caracteriza a la Villa desde tiempos atrás y que hacen gala en la forma de llevar desde prendas en piel como el visón, el gorro o la trenka, puesta de moda de nuevo, pero renovada de la tradicional prenda inglesa, en una gama multicolor de colores de moda, pasando por las tradicionales gabardinas y la elegante «chapela» a modo de sombrero.

Dan un carácter de pueblo culto, comunicativo, donde las gentes se conocen y se saludan entre sí preguntándose por alguien de la familia o por sus negocios o por simple curiosidad, no con el ánimo de inmiscuirse en los asuntos de los demás, sino quizá porque así es la costumbre, para despedirse acto seguido con un «agur», adiós o, simplemente, «hay que ver el tiempo que hace que no te veía».

Entre esta multitud que va y viene, Eguskiñe camina ajena a todo cuanto acontece a su alrededor.

Arropada en su viejo chaquetón de piel de zorro, regalo de su marido, hace varios años.

Como una sonámbula recorre ella también la Gran Vía en dirección al Corte Inglés. Va a comprarse un abrigo nuevo de paño, sin

percatarse bien ni del frío que hace esta tarde de diciembre, ni de lo que en su interior siente. Una gran tristeza que le acompaña a todas partes como si fuera su misma sombra.

Las risas desenfadadas de un grupo de chicos que pasa a su alrededor, le duelen en el alma como si algo se clavase dentro de ella.

Las luces intermitentes, colgadas de lado a lado de la calzada, con sus guiños alegres que dan una nota risueña e iluminan la Gran vía en estas vísperas de las fiestas navideñas.

Estos símbolos propios de estas fiestas entrañables, en vez de alegrarle el espíritu, sólo consiguen entristecerla aún más.

Hace mucho que no va a la peluquería, ni se maquilla la cara, sus ropas no son de colores estridentes, como las luces que iluminan la calle por la que circulan sin cesar gentes de todas las edades, no siente el deseo de mostrar ni alegría en su cara, ni coquetería en su atuendo. «Eso pasó para mí», piensa cabizbaja al sentir en su rostro la mirada de una amiga del colegio, que la saluda con un gesto de la mano.

—Miren Olazagoite —piensa—. ¿Cómo tendrá ganas de teñirse de rubia, vestirse de pantalones claros y esa blusa que parece que ha llegado a Sondica de Brasil en el último avión? A ella la quisiera ver yo en mi lugar.

«Noche de Dios, noche de paz, claro sol brilla ya y los ángeles cantando están, gloria a Dios, gloria al Rey Celestial, duerme el Niño Jesús, duerme el Niño Jesús».

Suena el villancico por el altavoz de la furgoneta Mercedes anunciando un producto cualquiera que Eguskiñe no ha leído, pero ese villancico tan tradicional y entrañable, hace que su alma enferma por la pena parece que va a estallarle y sin poder contenerse, brotan unas lágrimas de sus ojos, que con la mano trata en vano de secar.

Hace cuatro años perdió a su marido de un cáncer de garganta y dos a su hijo Mikel, en un atentado terrorista, tenía veinte años. Si con la muerte de su esposo a duras penas pudo seguir adelante y sobrevivir, aún no se había repuesto de la pérdida de su esposo, cuando un día sonó el teléfono de su casa y alguien, no supo quién, era todo muy confuso, le comunicó que debía ir al depósito para la identificación del cadáver de su hijo.

—Feliz Navidad, —alguien repite en forma de saludo.

—¡Agur y feliz Navidad! ¿Qué tal, dónde pasais las Navidades?

—En casa, con la familia, como siempre.

Una señora mayor, responde así al saludo de un señor también más o menos de su edad.

—Con la familia, como siempre —sueñan extrañas estas palabras a los oídos de Eguskiñe.

—Como siempre —de nuevo las lágrimas brotan de sus ojos, que esta vez no trata de retenerlas sino que caen libres, no dejándole ver con claridad donde se encuentra.

La gente la mira y hay gestos de respeto, el aspecto patético de Eguskiñe, conmueve a más de un transeúnte.

—¡Pobre mujer! —se oye el comentario de una amiga de mediana edad a otra.

—Es que estos días, qué quieres, ¿quién no tiene un muerto sentado en la mesa? Para mí también son tristes, estoy deseando que pasen estas fechas.

Asienten ambas y continúan andando.

—¿Por qué, por qué tantas muertes, por qué tantos hijos huérfanos, por qué este terrorismo? Yo soy vasca, mi hijo es vasco, ¿por qué nos matamos? Necesito una respuesta o acabaré loca. En mi familia nadie se metió en política, ni con Franco ni ahora. Soy una Olabarri del caserío del mismo nombre, gente de paz, que sólo piensa en el trabajo y en cómo sacar a su familia adelante. Toda la vida trabajando duro en el campo, en la fábrica mi marido, porque con lo que sacábamos del caserío no nos llegaba para mantener a los tres hijos, sin meternos con nadie. «Un accidente, dijeron, mala suerte, pasaba en ese momento por allí...» ¿Pero eso es una respuesta a una madre? ¡Pasaba por allí! ¿Es que avisan los terroristas antes de estallar las bombas a quién van dirigidas? ¿Es que tienen el nombre apuntado dentro de ellas? ¿Y ojos para ver a quién matan?... ¿Y por qué matan? Necesito saber por qué matan o me volveré loca. Yo necesito una respuesta, llevo dos años, día tras día, haciéndome esta pregunta. Antes de la muerte de Mikel, sentía pena de quienes mataban, pero de alguna manera yo no entraba en la guerra con ETA, no era mi guerra, pero ahora sí es mi guerra, y necesito una respuesta.

La voz inconfundible de Plácido Domingo, la saca de sus tristes pensamientos. Alza los ojos enrojecidos por el llanto y se queda perpleja contemplando el escaparate de una de las tiendas de la Gran Vía, que con una gran sábana blanca como pancarta anuncia en letras grandes: «GRAN VENTA DE LIBROS VASCOS POR METROS» y carteles pegados sobre los cristales del gran escaparate: «CULTURA VASCA», «LA CULTURA ES EL ALIMENTO DEL ALMA», «LA CULTURA VASCA AL ALCANCE DE CUALQUIER BOLSILLO,

## LA RESPUESTA PUEDE ENCONTRARLA DENTRO DE SUS HOJAS».

Las letras se entremezclan en sus ojos aún enrojecidos por el llanto, que brota como torrente camino del mar sin compuerta que lo detenga.

—¿Qué es esto? —se pregunta un poco confusa—: Libros por metros... Cultura Vasca, Barandiarán, Baroja, Unamuno, Etnia Vasca, etc... Debo de estar viendo visiones, la amargura debe de estarme volviendo loca —dice en voz baja azorada aún más de lo que está.

Los comentarios de un joven matrimonio, la sacan de dudas:

—¡Qué divertido, a dieciocho mil pesetas el metro y diez mil el medio metro y a seis mil pesetas la cuarta! (1)

—¡Qué original! —dice la mujer con cara divertida.

—Y además puedes elegir, ¡vaya chollo! A mí me faltaban el I-II y III de Barandiarán desde hacía un porrón de tiempo. ¡Vaya Reyes que me han caído! —siguen comentando ajenos a Eguskiñe que les escucha sin comprender bien qué es lo que venden por metros.

Dos señoras salen de la tienda cargadas con dos paquetes de libros atados con una cuerda.

—¿Has dicho los libros por metros?

Alrededor de Eguskiñe, en el escaparate, se han arremolinado más curiosos que comentan:

—¡Esos libros son cojonudos!

—¡Yo no veo bien que nuestra cultura ande por los suelos! —comenta un joven con gesto contrariado.

A lo que le responde un señor:

—La cultura no anda por los suelos, por los suelos están los libros.

—Por vender, ya no saben qué inventar —comenta un señor mayor, un tanto contrariado al ver los libros por el suelo.

—¡Qué chirene! Ya era hora de que algún vasco hiciera una chirenada sonada —comenta riendo otro señor mayor.

—¡Entrada libre. Yo no me quedo sin saber qué pasa. Ayer vino en «El Correo» un artículo, no sé qué de un matrimonio que le pidió al marido que regalase unos libros —comentan unos jóvenes en tono jovial entrando dentro del establecimiento.

—Yo los vi en «Antena 3» con José M.<sup>a</sup> Carrascal y en Tele Norte.

—En el «Egin» lo he leído yo...

---

(1) Cuarta, son 25 centímetros.



Comentan varios jóvenes desenfadados entrando por la puerta del establecimiento.

Eguskiñe está confusa, no comprende lo que pasa dentro del local. Enfrente del escaparate, por los suelos, ve un gran montón de libros de diferentes colores, de diferentes colecciones, dos grandes armarios con vitrina llena de libros en la parte superior. La decoración le gusta, van atados con unos graciosos lazos, tres libros abajo, unidos por un lazo alrededor y una gran roseta de color rojo y al lado izquierdo, lo mismo con lazo blanco. Varias plantas, cintas métricas de modista y un Papá Noel rodeado de cajas de brillantes papeles sujetas también por lazos de colores.

Como mujer amante de su hogar, la decoración de la vitrina le saca de sus amargos pensamientos.

—Siempre me gustaron los libros, lástima que no he tenido mucho tiempo para leer y con el precio que tienen, menos. Una vez me vino un vendedor por el caserío, para pagar a plazos una colección, pero no me fío de esas cosas... ¿Y qué ha dicho ese chaval del precio y un metro? Un metro de lomos son muchos libros, serán en vertical, pero no sé, yo no ando bien de la cabeza, me estoy volviendo loca de remate —piensa confusa ante este sistema nuevo de venta que nunca ha oído.

Eguskiñe se queda mirando como si se tratase de desvelar el contenido de las obras, expuestas, unas en desorden por el suelo y otras artísticamente, como las de las dos vitrinas citadas antes.

Plácido Domingo ha dejado de interpretar por el altavoz una de sus magníficas canciones y queda la acera simplemente acompañada con los ruidos ambientales que produce la gran circulación a las siete de la tarde y por los murmullos de la gente frente al iluminado escaparate.

Como si de pronto todo se hubiese parado en su reloj, no tiene ojos ni sentidos más que para mirar esos libros, libros vascos de grandes escritores vascos. Suenan esas letras leídas en la pancarta colgada de lado a lado del escaparate. Si son libros vascos y si son escritores vascos, ellos tienen que conocer mejor que nadie a los vascos... ¿Y si ahí estuviera la respuesta, dentro de ellos, sobre ETA, sobre el terrorismo en Euskadi? Las sienas de pronto le estallan golpeándole como si fuese un potente tambor.

Se queda unos minutos confusa no sabiendo qué hacer, y de pronto algo le dice en su interior que entre en la tienda.

Como atraída por un imán, como una sonámbula entra en el local y sólo puede ver una gran cantidad de gentes en el mismo, miles de

libros apilados contra las paredes, en el centro, en el fondo, grandes barricadas de libros diferentes.

Varios jóvenes con cintas métricas colgadas del cuello, una gran vitrina al fondo a la izquierda, donde varias personas ojean libremente los libros sin que nadie les diga nada. A Eguskiñe le sorprende eso aún más. Está tan desconcertada que no sabe qué hacer, si marcharse o quedarse. Debe estar viendo visiones. El local es lujoso, con grandes lámparas de cristal tallado. El artesanado del techo está totalmente decorado con ramos de flores pequeñas de colores en escayola.

—No entiendo nada, nunca he visto tanta cantidad de libros juntos, ¿y cómo sabré qué libro elegir? Eguskiñe, esto es más difícil de lo que parece —piensa confusa en medio de la lujosa tienda, mirándose a sí misma y sintiéndose más pequeña y desamparada.

—Buenas, ¿en qué puedo ayudarle? —le pregunta la voz juvenil de una joven morena, alta, delgada, con unos grandes ojos negros reflexivos y una amplia sonrisa amable, con los rasgos inconfundibles de las neskas jóvenes vascas.

Eguskiñe, ante la mirada de la joven, identificándose por un metro que le cuelga del cuello, haciéndole recordar sus tiempos de aprendizaje de costurera, le dan fuerza y confianza, siente que esa joven seguro que puede ayudarle.

Necesita que le ayuden desesperadamente o no podrá seguir viviendo en paz nunca.

Titubeando (confusa ante la joven que segura de sí y convencida de conocer a fondo lo que vende), balbuceando, le pregunta:

—¿Qué es esto del metro? De libros por metros, es que no sé...

De pronto siente que debe estar equivocada y teme estar haciendo un tremendo ridículo.

Una de las cosas que no soporta el vasco es que los demás le crean tonto y Eguskiñe de pronto se ha sentido la más tonta de todos los mortales al hacerle esa pregunta a la joven.

La joven, sin dejar de sonreír, le tranquiliza al notar en la señora su sorpresa, no es el primer caso que atiende de señores atónitos ante ese sistema y forma de venta.

—¿No se ha enterado? Es un sistema nuevo de venta, además esto es una labor social y el precio simbólico, dieciocho mil pesetas el metro.

La joven se descuelga el metro del cuello y dirigiéndose a uno de los grandes pilares de libros que sobrepasan el metro y medio, le indica los lomos de libros que pueden entrarle en un metro.

—¿Vé? Dieciocho libros y depende del grosor, veinte libros. Es la primera vez, creo yo, que se venden así en el mundo. Bueno, es un decir, pero en Bilbao seguro y en el resto de España también y en Europa.

Esta respuesta alivia a Eguskiñe, que creía que estaba loca cuando le hizo la pregunta a la joven morena. Sintiendo un poco más segura, pregunta de nuevo:

—Mira, yo quiero... —titubea, no sabe cómo explicarle a la joven lo que quiere.

—¿Cómo le explico lo que quiero y cómo lo va a entender? —Eguskiñe siente calor en las mejillas y se pone colorada.

—No se preocupe, yo le ayudaré. Venga conmigo.

La joven, con aire decidido y amabilidad, conduce a Eguskiñe entre la gente, dándole explicaciones sobre el contenido de las obras allí expuestas.

Eguskiñe, más aturdida aún, como una sonámbula, se deja aconsejar. Todos los temas le parecen interesantes, pero, ¿por dónde empezar?

—*Semana de Antropología Vasca* de la Editorial La Gran Enciclopedia Vasca. *La ikurriña, Historia y Simbolismo*, por José M.<sup>a</sup> Bereciartúa. «Confección de la ikurriña», «Tribulaciones de la ikurriña», «La Vuelta de la ikurriña». Como puede ver todo sobre la bandera vasca. Mire, este es interesantísimo, *En torno al carácter vasco*, por Manuel de la Sota. En este libro está lo referente a nuestra forma de ser.

Abre este libro Inma y al ver la captación de Eguskiñe y su interés por lo que le muestra, Inma, más segura continúa:

—*Fuentes de Derecho Penal Vasco*, a ver... siglos XI-XVI.

Abre el libro por la mitad Inma y lee:

—Cuaderno de Hermandad de Guipúzcoa, Fuero Viejo de Vizcaya, 1452, Primeras Ordenanzas de la Tierra, 1937, de Ayala. ¿Sigo?

—Como ve aquí encontrará nuestra historia y muchas historias más. A mí me encanta leer y con el frío que hace se mete en la cama con un libro y se olvida del mundo.

Imma interrumpe lo que dice para atender, por unos segundos, a varias personas que le preguntan si pueden abrir los libros quitándoles el papel de celofán, o si lo del metro es una broma. A lo que Imma, con una sonrisa abierta, contesta amablemente dándoles las explicaciones concernientes.

—Perdone, pero es que está llena la tienda y no damos abasto.

Eguskiñe hace con la cabeza un gesto de que no importa.

La joven se presenta:

—Me llamo Imma, si algunos de los libros no le interesan, viene y se los podemos cambiar.

Imma ha ido metiendo en uno de los carritos de la compra puestos a disposición de los clientes para que no carguen con ellos en las manos debido al gran peso de los volúmenes y a medida que ésta explica y explica a Eguskiñe cada contenido, ésta siente una sensación que le va invadiendo, convencida de que la respuesta que necesita ha de hallarla en alguno de los libros allí depositados.

No escucha a Imma que no cesa de hablar del contenido de los libros elegidos por ella, ya que Eguskiñe sólo sabe asentir con un movimiento de cabeza, una y otra vez.

—Iba a comprarme un abrigo nuevo, pero ese que espere al año que viene, una respuesta es lo que necesito, sólo una respuesta a mis preguntas, una sola me basta para poder seguir viviendo en paz —piensa ante el montón de libros seleccionados dentro del carrito de la compra por Imma.

—Aquí tiene un metro, ¿quiere que sigamos eligiendo? —pregunta amable Imma que está dispuesta a vender. El jefe le ha dicho que a ver si se quedan todos en Bilbao, y ella hace todo lo posible para que así sea.

—No, no, creo que serán bastantes, sólo necesito una respuesta, ¿lo entiende? —le dice a Imma con gesto angustiado.

Imma le observa y no sabiendo qué responder, le dice:

—Bueno, una no, como los lea todos se va a encontrar con un sinfín de respuestas, ¿no le parece? —y hace un gesto con la mano que acompaña con una ligera expresión de asombro.

Eguskiñe le mira con profundidad y con una seriedad que casi paraliza a Imma le responde:

—Yo sólo necesito una.

Imma, que no comprende a la señora y que tampoco le quiere incomodar, opta por no llevarle la contraria y en un tono serio le responde:

—Bueno, como usted quiera. Vamos al fondo, en caja le cobran y le hacen un par de paquetes, ¿de acuerdo? Y si necesita algo, estaremos hasta Reyes por lo menos, abrimos de diez de la mañana hasta diez de la noche, sábados y domingos incluidos. Y ya sabe, si alguno no le interesa, puede venir y se lo cambiaremos.

Eguskiñe no escucha las palabras de Imma, sólo mira y remira los libros. ¿Qué vasco no conoce a los autores?, le ha dicho Imma.

—Yo no los conozco y como yo, supongo que una gran mayoría... Sabemos tan poco de nuestra cultura, nuestras costumbres... Algo nos han hablado los mayores, pero no lo suficiente para saber qué es lo que está pasando aquí. Yo me hago muchas preguntas que antes no me hice, porque a mí antes nadie me había hecho daño. Ahora es distinto. A mis hijos tampoco he podido darles una respuesta. Antes podía decirles que quién se iba a meter con nosotros... ¡si de política no sabemos! Pero ahora necesitan ellos también una respuesta, porque matar y matar no es una respuesta, a mí no me sirve y a mis hijos tampoco. Ellos nunca odiaron, porque en mi familia no hemos sabido de odios, ni venganzas, pero ahora yo noto que ellos están también aprendiendo a odiar y a enemistarse entre ellos. Todo ha cambiado de un tiempo a esta parte en mi familia, apenas se habla y cuando lo hacemos, no nos entendemos, la política tiene la culpa. ¿por qué no nos dejan en paz unos y otros, no somos todos vascos? Entonces, ¿por qué tanta violencia? La mayoría sólo queremos vivir en paz. ¿Pero cómo se puede vivir en paz entre los muertos y los que matan?... Me va a estallar la cabeza —sigue pensando Eguskiñe.

Imma, ya con el carrito de la compra, va dejando los libros encima de la mesa del siglo pasado, auténticamente vasca en su marquetería, y al terminar de contarlos y medirlos, le dice a la cajera:

—Un metro: Miren, dieciocho mil pesetas. Hacedle dos paquetes. ¿Tiene el coche cerca? —al girar la cabeza hacia Eguskiñe, le nota pálida y con mala cara, por lo que preocupada por su aspecto, le ofrece, solícita:

—¿Se encuentra bien? ¿quiere que le ayude? Es que aquí hace mucho calor con tanta gente y tanto libro...

Eguskiñe hace un gran esfuerzo para sonreír tímidamente alejando sus pensamientos lo más lejos que puede y con un pequeño suspiro, consigue balbucear:

—Sí, gracias, hace calor... a ver si estos libros son mi medicina y consiguen darme lo que necesito: respuestas y paz.

Imma le mira con cara de lástima.

—¡Pobre mujer, me da pena, no sé si podrá con ellos! —piensa para sí. Y en voz alta—: Acerque el coche hasta aquí, que yo le ayudo a cargarlos.

—Gracias, Imma... ¿Imma has dicho que te llamas?... Claro, como la Virgen que tengo en mi mesita de noche. «La Inmaculada Concepción». Creo que ya ha empezado a ayudarme al ponerme un ángel como tú delante.

Imma no sabe qué decir, se ha quedado seria.

—Pobre señora, me da lástima. ¿Para qué querrá los libros?

Esta mujer lo que necesita es un café o una manzanilla, parece que se va a desmayar de un momento a otro, me da pena —repite mientras continúa pensando y terminando de colocar los libros que le quedan encima de la mesa.

La señorita encargada de la caja, una joven simpática también, morena, de unos veinte años, cuenta los libros una vez medidos y cobra, mientras otro joven los va envolviendo con unas cuerdas en dos paquetes, todos ellos amablemente.

Despidiéndose de ella e invitándola a que vuelva si tiene algún problema, le acompaña hasta la puerta de entrada del local.

—Por favor, léalos, son fabulosos.

Eguskiñe les mira a ambas y responde con convicción:

—Descuidad, así lo haré. Agur.

—Agur, y muchas gracias.

La señorita encargada de la caja, Imma y el joven que le ha hecho los paquetes, se despiden de ella.

Eguskiñe carga con los libros saliendo del establecimiento que continúa lleno de gente.

—Seguro que a muchos de éstos les pasa lo mismo que a mí, necesitan también una respuesta, lo mismo unos que otros, porque los vascos poco sabemos, la mayoría, de nosotros mismos, por eso hay tanta gente dentro de la tienda, en las librerías nunca he visto yo tanta gente.

Sin darse cuenta va hablando en voz alta por la calle, sin percatarse del ir y venir de los muchos transeúntes que circulan por la acera y que le miran con curiosidad. No es muy normal ver a una señora que habla sola y va cargada con un montón de libros en cada mano, un tanto desaliñada y con aspecto descuidado.

Eguskiñe camina pensativa dando vueltas y más vueltas a su cabeza. En la esquina de la pastelería de Arrese gira, sigue de frente para llegar al *parking* del Ensanche donde ha dejado aparcado su modesto «Ford Fiesta». El peso de los paquetes no lo siente. Es una fuerte mujer, acostumbrada a cavar en la huerta y hacer las labores de los hombres en el caserío.

El caserío le ha curtido, ella sabe bien de frío, heladas, lluvia, de trabajo en el campo con las vacas, malas cosechas, buenas, y el gran sacrificio que conllevan las labores del campo. Junto con las de la

casa cuando crías hijos, después de muchos sacrificios, quitándose de caprichos, haciendo una vida austera... Al cabo del tiempo compraron un piso su marido y ella en el mismo pueblo donde viven, dando una señal, comprometiéndose a pagar el resto en diez años...

Al año de comprarlo tuvieron suerte y pudieron alquilarlo con lo que consiguieron pagar su marido y ella cómodamente el piso, parte con el arrendamiento y el resto con la venta de algún ternero cuando no con la de una vaca.

Esto les animó a ahorrar para comprar otro piso, uno para cada hijo, pensaron, para ir dejándoles un pequeño patrimonio para cuando fuesen mayores, con el mismo sistema de entrada y forma de pago al mismo contratista en otro bloque de viviendas diferente, en el mismo pueblo, próximo al otro, de alguna manera pensando también que eso les impediría alejarse del caserío. Con dos o tres años más, esperaban haber adquirido el tercer piso; pero ahora, ni tiene tres hijos, ni marido, ni medios para ver cumplidos aquellos deseos. Justo puede arreglarse para ir saliendo adelante con la dignidad de quien paga todo cuando adquiere y puede ir con la cabeza bien alta al no deberle nada a nadie.

Eguskiñe sabe de no gastar más que lo imprescindible para ella, a sus hijos no les ha faltado colegio, buena ropa y buenos médicos. Cuando tuvieron que operar a su hijo de amígdalas, no consintió que fuera por el «Seguro».

Ella lo llevó a la clínica particular La Virgen Blanca, en Begoña. Y allí operaron a su hijo, no se fiaba del «Seguro».

Y cuando Mikel se rompió un brazo por una caída de bicicleta, lo mismo.

—Todo es poco para ellos —decía—. A mis hijos que nada les falte —repetía a menudo.

—Que nada les falte —va diciendo en voz alta dejando los libros en el suelo de la segunda planta del parking, mientras busca en su bolso antiguo, las llaves del coche.

—Este bolso tiene diez años, lo compré de piel, bueno, pero tendrás que esperar tú también, además, ¡qué más da!, para qué quiero presumir, me siento vieja —sigue diciendo en voz alta.

Carga los libros en los asientos traseros del coche y como un autó-mata mete la llave en su viejo Ford Fiesta que, obediente, arranca a la primera.

—Los planes que hicimos juntos mi marido y yo, se me han venido abajo. Nos hemos quedado en el caserío las tres mujeres, mi

ama (2), mi hija y yo, y mi hijo... Pobres, se nos cae la casa encima; no hay risas ni alegría, ni ganas de vivir, y estas fechas de Navidad, hacen que no pueda soportarlas. No sé cómo la gente tiene ganas de celebraciones, para mí ya nada tiene aliciente. Me he quedado otro año sin abrigo, tendré que pasar con este viejo chaquetón que ya tiene pelados los bordes de las mangas, que me regaló mi marido unos Reyes, hace por lo menos diez años. Con cuánta ilusión me lo probé en la habitación y mirándome al espejo, exclamé, ilusionada:

—¡Parezco una señora!

Y mi marido, orgulloso, me respondió:

—No vas a ser tú menos que la mujer del médico.

Eguskiñe, poco amiga de manifestar sentimientos de felicidad, abrazó a su marido sintiéndose la mujer más importante del pueblo.

Mientras, su marido orgulloso, se dejaba abrazar.

—¡Mujeres! —había dicho quitándole importancia antes las muestras de alegría de su mujer, mientras una sensación de felicidad se dibujaba en su cara.

Esta escena se repetía en la mente de Eguskiñe, cada vez que se ponía su viejo chaquetón de zorro dorado. Acarició el filo roto de la mano izquierda mientras sostenía el volante con la mano derecha y poco le importó no haber podido comprar el abrigo de paño. Tan acostumbrada estaba a quedarse sin caprichos a lo largo de su vida, que eso se había convertido en una forma de vida para ella.

Miró hacia atrás y comprobó que estaban en el asiento trasero los libros adquiridos en la tienda de la Gran Vía, suspiró y enjugando unas lágrimas de su curtido rostro, donde quedaban signos evidentes de haber sido una mujer muy guapa, salió del parking dispuesta a empezar a leerlos aquella misma noche y no cesaría hasta encontrar la respuesta que tanto ansiaba.

\* \* \*

Son aproximadamente las ocho y media de la noche cuando Eguskiñe sale del aparcamiento del Ensanche, atraviesa Colón de Larreátegui, gira a la derecha por Alameda Mazarredo saliendo a la Gran Vía, gira a la derecha y, desde la calzada puede ver de nuevo la tienda de libros, sin dejar de mirar a un lado y a otro mientras conduce.

---

(2) Ama: madre en vasco.



La calle está abarrotada de coches y gentes dando una sensación vibrante de ciudad bulliciosa y viva.

Eguskiñe, por unos segundos se queda mirando la gran pancarta colgada de lo alto del quicio del escaparate, los libros de las vitrinas, el Papá Noel con cara bondadosa, sentado encima de una mesa rodeada de libros y paquetes con cintas de raso y esa visión de nuevo, parece tranquilizarle. Siente que con la compra de libros que acaba de hacer, algo va a cambiar en su vida, es una sensación de alivio, que hacía años que no sentía.

Confundida entre tanto coche, sigue por la Gran Vía hacia arriba, atraviesa la Plaza Elíptica, hoy rodeada por una gran valla y donde sólo se puede apreciar las obras que se están realizando en ella para la acometida del Metro. Con unos hermosos jardines y su gran fuente redonda de dos alturas, donde incesantemente caía en grana una cascada de agua que a ella le parecía un milagro, ahora son solamente un solar lleno de herramientas, de socavones y gran maquinaria, que hace pensar que siempre estuvieron allí, pero Eguskiñe lo mira y recuerda la plaza, los jardines y su fuente, como cuando la vio por primera vez de niña, cuando sus padres le llevaron a verla. De pronto, recuerda que también le llevaron un veintidós de diciembre a ver la Fiesta de Santo Tomás en la Plaza Nueva.

Acostumbrada a la aldea, sin bullicio de gentes, mezclada ella entre los puestos de los aldeanos, donde se ponían lo mejor de sus cosechas de verduras y matanza del cerdo, junto con las aves de corral, ella lo miraba todo con curiosidad y con temor a la vez, rodeada de tanta gente.

Después le llevaron a que conociera el Parque de Doña Casilda, donde quedó maravillada ante la visión de los jardines tan majestuosos y bien cuidados llenos de paseos por donde se podía caminar sin tráfico ni coches.

El pequeño estanque de patos, palomas, gansos tan blancos, donde los niños les daban de comer pan.

Se quedaron grabadas aquellas escenas en su mente de tal manera, que al evocarlas, un sentimiento dulce se apoderaba de ella.

Qué infeliz y qué feliz era ella entonces, tenía una gran familia, su padre, qué gran persona, cómo trabajaba en la huerta, con el ganado, ordeñaba vacas, dando de comer a los cerdos.

—Siempre le recuerdo trabajando, lo mismo que mi marido, qué hombres tan responsables... También recuerdo a mis hermanos mayores, qué hombres, Eduardo y Angel... Cómo jugábamos de niños los

veranos, cuando no íbamos a la escuela, en las vacaciones, entre la hierba cortada, en las orillas del río donde cogíamos cangrejos y las meriendas hechas por mi madre, todos reunidos en la huerta, mientras el ganado pastaba... ¡Qué felices éramos entonces. La eternidad tiene que parecerse a esos momentos vividos toda la familia junto al río, a la sombra de los avellanos. Sí, el cielo tiene que tener ese mismo sabor de felicidad —piensa Eguskiñe, mientras termina de recorrer la Gran Vía, girando en la Plaza del Sagrado Corazón. Estos recuerdos de niñez, de pronto le hacen sentir que puede cogerlos con la mano, porque están ahí tras su mente, tan claros y cercanos como la plaza y el parque que acaba de atravesar y dejar poco a poco detrás, a medida que coge la autopista para salir enseguida, desviándose camino del Alto de Castrejana, por la carretera estrecha y llena de curvas que le conduce a Oquendo, a unos veinte kilómetros, donde se encuentra el caserío donde vive, donde nació ella y muchos de sus antepasados.

Esta carretera por la que atraviesa varios pueblos le gusta a Eguskiñe, con un tráfico fluido, pero no cargado. Conoce cada curva de la carretera, cada pueblo, cada monte, todo le es tan familiar, que a veces piensa que son patrimonio suyo.

El tiempo parece que se ha detenido mientras conduce su coche, sin prisas, cambiando la luz corta por la larga. Siguen acudiendo a su mente tantos y tantos recuerdos de su niñez, que el dolor en su corazón parece haber cesado. Las sensaciones perdidas de risa, juegos, bromas con sus hermanos y amigos, le hacen sonreír y, en algún momento, hasta quiere brotar la risa de su boca, sellada por el dolor hace tanto tiempo, que no recuerda cuándo pudo reír por última vez.

Vuelve a la realidad cuando llega al Crucero, a la entrada en Oquendo y de pronto siente de nuevo la realidad ante ella.

A dos kilómetros de la entrada del pueblo, se encuentra el caserío, en la misma carretera general. La aldea está en silencio, apenas un par de personas circulan por la calle principal.

—¡Qué tranquilo es este pueblo! En Bilbao, con tanta gente, me mareo —piensa mientras aparca su coche, tiene la sensación de que el viaje ha merecido la pena.

Coge los dos paquetes de libros del asiento trasero, contempla la oscuridad de la noche y mira al cielo en busca de ayuda y las estrellas en el firmamento tienen la virtud de responderle, mientras le hacen guiños con su brillante luz.

—¡Qué bien se respira en mi huerta, qué limpio es el aire, qué paz,

qué silencio! Una cosa me falta, Señor, y Tú lo sabes, porque te has llevado a mi marido y a mi hijo contigo. Yo los necesitaba...

De pronto algo le saca de sus pensamientos. Son Javi y Maite, sus dos hijos pequeños, que salen a su encuentro.

—Hola, ama, has tardado mucho, amama (3) estaba preocupada, no veas la de veces que ha preguntado por ti —dice Maite, una joven de mediana estatura, melena rizada y ojos azules, despierta de diecisiete años.

Su hijo Javi es un chaval alto y delgado, de diecinueve años, moreno, fuerte, de espaldas anchas, de aspecto serio.

—Ama, ya he terminado en la cuadra, voy a dar una vuelta al Mesón.

Eguskiñe les mira a ambos orgullosa, piensa:

—Qué guapos son. Maite es igual que yo y Javi a veces tengo la sensación de encontrarme frente a mi marido cuando tenía su edad, a medida que se va haciendo mayor, se parece más a él.

—Amama, ¿qué tal está? —pregunta Eguskiñe mientras abre la puerta trasera del coche, sacando los dos paquetes de libros.

—Bien —le responde Maite y, sorprendida al verle cargada con tantos libros pregunta—: ¿Para qué quieres tantos libros, ama? ¿Qué vas a hacer con ellos? ¿Y el abrigo? ¿A que te quedas otro año sin comprarlo? Vamos, que lo tuyo... —comenta Maite barrenándose la sién con el índice, como queriendo decir que está loca.

Javi, al reparar en los dos paquetes, también sorprendido le pregunta:

—¿Qué vas a hacer con eso? ¿No nos harás a nosotros leer todo, no? ¿Pero en qué te has metido? Eso vale un pastón —le dice Javi cada vez más sorprendido ante tanto volumen junto. Inicia un cálculo mental para saber cuántas horas pueden llevarle el leerlos todos, aproximadamente. Concluye:

—Por lo menos hay para diez años, ama. Bueno, yo me voy, ya he cenado. Hasta luego.

Con su conjunto vaquero de pantalón y cazadora, las manos en los bolsillos, Javi se aleja por un pequeño atajo entre las huertas para coger la carretera general que le conduce al Mesón donde ha quedado con sus amigos. Mientras camina, piensa: Mi ama no anda bien de la cabeza. ¡Vaya ocurrencia!

Eguskiñe les va a comentar dónde y cómo los ha comprado a Javi y a Maite, pero éste ya se aleja en medio de la oscuridad de la noche.

---

(3) Amama: abuela en vasco.

Maite coge uno de los paquetes y hace un gesto de sorpresa ante lo que pesan.

—Pero ama, esto pesa una burrada, no sabía yo que pesaran tanto los libros. ¿Los vas a pagar a plazos? —pregunta Maite que sabe el precio que tiene cualquier libro por pequeño que sea.

—No, los he pagado al contado. Ahora te lo cuento, todavía estoy yo que no me lo puedo creer...

En el corto trayecto que separa el garaje de la entrada del caserío y mientras suben las escaleras exteriores de piedra al primer piso donde tienen la entrada a la vivienda, ya que la cuadra se halla en el bajo con la entrada por la parte trasera, que sería la principal en realidad con su soportal y escalera interior a la vivienda también, pero sólo la utilizan cuando trabajan con los animales o haciendo las labores del caserío, de recogida de cosechas y matanzas del cerdo. Por lo que la escalera de piedra es utilizada cuando vienen de la calle como lo hacen ahora.

—¿Una tienda de libros por metros?... ¿Tú ya estás bien de la cabeza, ama?... ¿Y sólo dieciocho mil pesetas todos éstos?... no me lo puedo creer... —dice en tono de extrañeza Maite mirando los dos paquetes— ...Bueno, ahora que lo dices, una amiga me ha comentado algo, pero yo creía que eran novelas baratas, pero estos libros los he visto yo en las librerías y valen un montón. Pero ama, ¿y tú para qué los quieres? No los necesitas, si lo que necesitas es un abrigo nuevo... No te entiendo. Llevas ese chaquetón antiguo, ¡que ya está bien!

Maite no comprende cómo ha podido su madre quedarse sin abrigo nuevo por comprar aquellos libros, aunque sean de ocasión.

Entran en la vivienda que se compone de un hall-comedor, cocina con chimenea, tres habitaciones y comedor.

Todo es viejo en el interior del caserío, la vigas del techo, las maderas del suelo que crujen, quejándose tal vez, de su antigüedad al ser pisadas, los muebles pertenecieron a sus antepasados, por lo que el comedor tendrá más del siglo; la habitación de Eguskiñe con su cama de hierro y su colcha de ganchillo blanca, hecha a mano por su madre, su viejo tocador de madera con grandes cajones y su tapa de mármol también blanco, las fotos de familiares colgadas de las viejas paredes donde las continuas pintadas de cal, han ido dejando las huellas de los tiempos transcurridos, semejando a los surcos que deja el arado al levantar la tierra a su paso.

La vieja lámpara, todo huele a viejo, austero, no hay signos de lujo. El resto de las habitaciones, excepto las de los dos hijos que hubo que comprar nuevo, todo es antiguo.

Amama y Maite, duermen en la misma habitación en dos camas de roble antiguas, como el resto, un armario de dos cuerpos con un gran espejo en una de las puertas, un tocador con un espejo grande que cuelga de la pared y algunos *posters* que quieren significarse diciendo que los tiempos cambian para la juventud.

A Maite le gustaría más vivir en un piso moderno, como sus amigas, pero sabe que eso es imposible; los dos pisos que tienen están alquilados y del caserío no hay quién les mueva a su amama y a su madre.

Pero cuando ella se case, se acabó la huerta, las gallinas, los cerdos y este caserío que entra el aire y el frío por todas partes —piensa mientras deposita los libros encima de la mesa de la cocina, tan antigua como el resto del mobiliario, cubierta con un mantel de cuadros de hule.

Huele a humo, el fuego bajo está encendido al igual que la gran cocina vasca de hierro negro con sus tres arandelas y una placa brillante donde hay depositadas varias cazuelas.

—Qué gusto da llegar a casa, qué frío hace en la calle. Aquí qué bien se está —dice Eguskiñe al sentir sus pies sobre las viejas maderas.

—No sé cómo dices eso, ama, todavía no me he quitado el constipado desde que empezó el invierno —esto lo dice Maite en un tono de fastidio, haciendo gestos de estar helada, acercándose al fuego bajo para calentarse las manos.

La amama, una mujer que ha cumplido como poco los setenta, vestida de gris, delantal negro y un moño recogido, de mediana estatura y cara curtida por el trabajo del campo, se levanta al verles, de la vieja silla hecha de enea y ante la visión de los dos montones de libros, exclama:

—¿Esto para qué es? ¿Y cómo has tardado tanto? Con tantos accidentes, en la tele ahora han dicho que ayer, en Amorebieta, no sé cuántos muertos... cuántos coches todos ardiendo, ¡ay, Jesús! qué tiempos, todos quemados dentro de los coches y niños, angelitos... Una catástrofe... No sé, pero un día te pasó algo con el coche y... ¡Ay, Jesús, no quiero ni pensarlo! Bastante castigo nos ha dado Dios con tanta desgracia y yo aquí estorbando —hace un gesto con la mano de secarse una lágrima con un pañuelo que saca del bolsillo de su delantal negro, a la vez que se suena la nariz con su blanco pañuelo de hilo.

Maite corta a su amama, ha oído un ciento de veces las últimas palabras. Girando en redondo:

—Ya está bien, ¿no, amama? Siempre dices lo mismo.

—Sí, claro, yo no soy más que un estorbo —sigue lamentándose María, pues así se llama la madre de Eguskiñe.

Esta se ha ido a cambiar de ropa a su habitación y regresa con una bata de casa encima del vestido que llevaba puesto anteriormente. Los libros los ha dejado encima del tocador dispuesta a empezar a leerlos esa misma noche.

Abre las tapas de las cazuelas y comprueba que hay un poco de sopa en una de ellas, unas albóndigas con salsa de tomate en la otra cazuela y su olor hacen que exclame:

—Ama, qué bien sabes cocinar, traigo un hambre... Debe ser el frío que hace, pero un poco de sopa me va a venir bien.

A la amama al oír este comentario se le alegra la cara:

—¡Por lo menos, mientras pueda cocinar, sé que soy útil. ¡Ay, Señor! que no me falle la vista —piensa para sí mientras va colocando los platos, cubiertos, el pan, encima de la mesa ayudada por Maite. Esta también exclama:

—Amama, tú tenías que haber puesto un restaurante, como tú no hay otra cocinera que ponga la comida tan rica.

María, haciendo un gesto de falsa humildad, responde, halagada por las palabras de su nieta:

—Bueno, no es para tanto, pero mis callos y mis alubias eran famosos en el pueblo. Mi marido, que en paz descansa, solía decir de mí: mi mujer no sé que es mejor, si como guiso o como sabe... —esto último lo dice haciendo un gesto pícaro, que Maite no comprende.

—Que tontería —es lo único que sabe responder a su amama, separando la tosca silla de enea.

Se sientan las tres mujeres en la mesa y amama hace la señal de la cruz mientras da gracias al cielo por los alimentos que van a recibir.

\* \* \*

Nace un nuevo amanecer en el que el sol tiene cabida, pueden brotar firmes los tallos del manzano, sin miedo a la helada.

La esperanza canta himnos gloriosos, a esta fría mañana que cubre de rocío blanco la negra tierra.

Hay un espíritu vivo que clama  
a los cuatro vientos, que se avecinan,  
buenas cosechas, con que llenar el granero.  
Al amparo de tormentas duerme  
el grano en el granero, a la espera  
de ser depositado en el surco abierto.

Terminada la oración las tres mujeres dan comienzo a la cena. Los primeros segundos se crea un silencio interrumpido únicamente por el sonido que producen los cubiertos al ser introducidos en el plato de sopa.

Amama es la primera en hablar:

—Eguskiñe, ¿tú estás bien de la cabeza? —le pregunta a la vez que sus pequeños ojillos le miran preocupada.

Eguskiñe se le queda mirando, dejando de comer por unos segundos y conteniendo sus palabras le responde:

—Ama, tú no entiendes porque vives en el pasado, pero yo vivo en este, no conocí la guerra y vuestra guerra no sé si fue justificada o no, si se mataba justamente o injustamente, pero a mí me han matado a un hijo en tiempos de paz y con una democracia, con lo cual las guerras están de más.

Eguskiñe lo he dicho sin levantar la voz, sólo recalcando las palabras que surgen duras del fondo de su alma.

—Ama, ya está bien, deja de pensar en lo mismo todos los días. Tenemos que olvidar y tratar de vivir en paz. Este caserío se está convirtiendo en un funeral, no se ríe, sólo habláis siempre de lo mismo, y no pensáis en Javi y en mí, que tenemos que vivir, que somos jóvenes —dice Maite, interrumpiendo su cena con un gesto de recriminación, dejando la servilleta sobre la mesa con un gesto brusco, contrariado.

—Por eso, porque pienso en ti y en tu hermano cada día que pasa, porque no puedo dormir cada fin de semana que salís y volvéis tarde, porque mientras esta violencia no cese, no sé si también a vosotros os puede ocurrir lo mismo en cualquier momento, por eso y por muchas más razones, no tendré paz, y necesito tenerla —le responde Eguskiñe dando un pequeño golpe con la mano derecha encima de la mesa.

—¡Pero así no hay quién pueda vivir, ama! ¿Qué crees, que no nos cuidamos? Lo de nuestro hermano ya pasó, tampoco a mí se me olvida. ¿Qué crees, que no me duele? Sólo te digo que hay que seguir y con llorar y lamentarse todos los días, lo único que conseguimos es amargarnos más —responde Maite levantándose de la mesa y retirando los platos ya finalizada la sopa, poniendo en medio la cazuela de las albóndigas y sentándose de nuevo.

—Tiene razón mi nieta, ya está bien de sufrir, tenemos que seguir viviendo, a mí también me mataron un hijo en la guerra, era sólo un bebé, pero aún lo recuerdo, y me quedé viuda hace muchos años. ¿Y quién me iba a decir a mí que una hija mía iba a sufrir lo mismo que yo pasé? Pero cuando Dios manda las cosas, por algo será, nada sucede sin que El lo sepa, nada se le escapa y nadie se salva de pasar desgracias. Pero tienes razón, Maite, hay que vivir y pasar de todo y disfrutar de lo que nos da la naturaleza, cada puesta de sol, cada amanecer, habéis visto algo más hermoso que el rocío por la mañana, la lluvia cuando da en la ventana o una luna llena? Yo, contemplando la tierra puedo ver tantas cosas en ella, que puedo pasarme en la ventana horas enteras y disfrutar de la vida, me dan paz, y cicatrizan mis heridas.

La amama se ha quedado mirando a un punto de la cocina sin verlo, mientras hablaba convencida de lo que decía.

—Amama, qué cosas dices, donde esté una buena película... además, con el frío que está haciendo este año, cada día una helada, tengo una tabla rota en la habitación que para qué te cuento el frío que entra, y por todas partes no hay más que rendijas, este caserío hace ruina, y ama se gasta el dinero en libros... Amama, qué ricas están las albón-digas. Creo que tu cocina es la mejor del caserío, no te mueras, porque entonces sí que vamos de culo —dice Maite en tono pesimista.

Eguskiñe le mira y le va a recriminar por la salida fuera de tono, pero se contiene. Esta juventud, qué manera de hablar tiene, y en voz alta:

—Ama, quisiera ver las cosas como tú lo haces, pero no puedo, algo dentro de mí no me deja vivir en paz, y necesito respuestas a lo que está pasando. Quisiera, como tú, encontrar la paz mirando al campo, a la naturaleza, pero no me sirve, algo dentro de mí no me deja. ¿Qué creéis las dos, que no me gustaría olvidar y no mirar hacia atrás? Eso se dice muy fácil, pero no me sirve a mí, por eso he comprado los libros, para comprobar qué hay detrás de todo esto, qué es lo que se esconde y sacarlo a la luz.

Las dos mujeres se le quedan mirando mientras comen y su madre hace un gesto de tristeza, ella no cree que en los libros vaya a encontrar la respuesta. Ha pasado una guerra y ha visto tantas desgracias y tanto muerto inocente, por culpa de la política, ¡siempre la política!

—Recuerdo que mis padres hablaban de las guerras con Napoleón, un tío de mi madre estuvo luchando contra los franceses. Mis padres



estuvieron en guerra con los carlistas, que quemaron grandes bosques, muchos caseríos desaparecieron entonces también, quemaban los árboles para suministro de las tropas, un desastre... —hace una pausa amama, mientras su nieta escucha por enésima vez lo que acaba de decir su amama, pero no le interrumpe, las historias antiguas que cuenta le gustan, tenía que haber sido profesora su amama, se expresaba tan bien, le convencía más que su ama.

—Sigue, amama. ¿Así que en Euskadi había grandes bosques? También hay ahora pinos —anima a su amama Maite mientras cena con apetito.

—Sí, pero no es lo mismo —responde María con nostalgia continuando su relato—: Para evitar las emboscadas del enemigo, se talaron grandes bosques y la Ley de Desamortización después, dio al traste con todo, porque claro, sin árboles qué iban a hacer los animales que poblaban los bosques? Para colmo de males, hubo una gran peste a finales de siglo, devastó robledales y castañares. Fue venganza de la naturaleza, el hombre se metió contra la Naturaleza y ésta, ¿qué hizo? Vengarse.

—En Irati, había uno de los bosques más hermosos de Europa, pero desde entonces no se ha repuesto, quedan muy pocos bosques de verdad, alguno hay en Narane pero pocos también, y en Guipúzcoa y en Bizkaia, alguno de los que llaman residuales, pero nada más, y con los últimos incendios, para de contar... —Hace una pausa y ahondando en el pasado continúa de nuevo—: Por eso tuvo que emigrar nuestra fauna a otras partes. En Anielarra anidan nuestras grandes rapaces, el águila, el buitre leonado, el alimoche, el mogallo y hasta el quebrantahuesos, con tres metros de envergadura. Y también entre las peñas andan sueltos la gamuza, el gamo y los zorros, los jabalíes. Un desastre que lo estamos pagando.

Maite, que escucha con interés el relato de su amama, comenta:

—¡Qué bonito tenía que ser el paisaje entonces!... ¿Y por qué en vez de quemar tantos bosques antes, ahora no les da por plantar más árboles? ¿Dime, amama?

—El hombre es un animal loco, que parece disfrutar devastando y matando. En Navarra la falta de árboles ha erosionado tanto el suelo, que se han convertido en páramos desiertos, comarcas ricas entonces y ahora sólo ruinas, donde había iglesias románicas y vestigios de una gran riqueza de arte del antiguo reino... —se vuelve a quedar en silencio mientras piensa en el pasado.

—Claro, ahora entiendo, con todos esos destrozos, resulta que está cambiando hasta el tiempo, llueve menos, hace más frío en invierno, y lo mismo pasa en el resto del mundo, con el Amazonas, las selvas del Brasil, dieron el otro día en clase estos temas.

Dice Maite satisfecha de poder intervenir en la conversación de una manera convincente.

—Los pinos no han sido la solución, por lo que veo, en Lequeitio se plantaron una especie de pinos que trajeron de Monterrey, California. Como crecían rápidos se plantaron muchos bosques y prados naturales, pero se pasaron con tanto pino. El pino empobrece nuestra flora autóctona y retrasa el crecimiento de los bosques naturales. El hombre es el peor enemigo de sí mismo —dice la amama recalcando las palabras.

—No lo entiendo, amama, ¿por qué es el hombre el peor enemigo de sí mismo? —le pregunta extrañada Maite que piensa que no sabe lo que dice su amama.

—¿Por qué va a ser? porque hay que respetar las leyes de la naturaleza, por eso durante siglos las vacas pastaban libremente, sin alambres de espinos, que no les dejan pastar en libertad, a los rebaños de yeguas, vacas, cabras, ovejas, que decía mi madre que desde el neolítico pastaban donde querían. ¿Comprendes ahora? Y todo este desastre en cien años, lo que la naturaleza había tardado en componer siglos. Un desastre. El vasco ha vivido entre montañas y huertas que siempre fueron su hábitat por eso mucha gente no quiere lo moderno, quiere vivir como antes —responde la anciana, haciendo una pausa y bebiendo un vaso de vino.

Para seguir rememorando y repasando lo que leyó hacía mucho tiempo en un libro antiguo y, después de sonarse la nariz con un gran pañuelo blanco que lleva siempre en el delantal y depositarlo de nuevo dentro del bolsillo del mismo, continúa ensimismada en su relato:

—¿Has oído hablar tú de los carboneros? —pregunta a su nieta, amama.

Esta se queda pensativa y contesta:

—Sí, creo que sí, los que venden el carbón —contesta segura mientras se limpia los labios con la servilleta dando por fin finalizada la cena y bebiendo el resto del agua que quedaba en su vaso de cristal.

—No, no me refiero a esos, sino a los que viven en el monte, precisamente el *Olentzero* era también un carbonero, estos hombres, para

hacer el carbón, tenían que quemar muchos árboles, los hayales sufrieron mucho y muchos árboles más, se necesitaban bosques enteros para hacer el carbón.

Se vuelve a quedar pensativa la amama y su nieta le responde sorprendida:

—¿Y para qué querían tanto carbón? Si aparte de nosotros en Oquendo, pocos tienen cocina económica y no digamos por ahí, además, el carbón que tú utilizas no es de madera, ¿no? —pregunta un tanto insegura Maite.

—Bueno, antiguamente y no hace mucho tiempo, cocinábamos con carbón de madera, era lo que teníamos —responde con preocupación la amama.

—Claro, sin pensar que se cargaban los bosques, ¿no? ¡Qué gracia! —responde la nieta con un gesto de enfado.

—Si sólo habría sido esto y las guerras, antiguamente, hasta el comienzo del siglo XVI, eran de madera los puentes, se hacían de madera los caseríos, las casas, desde Tolosa a San Juan de Luz, contaba mi madre que todas las casas eran de madera de roble, ¿te lo imaginas? Los galeones se hacían de madera, todos los tejados con las vigas como estas —dice señalando al techo amama —eran de roble, ¿te imaginas, todos los caseríos los miles de robles que necesitaron? Las iglesias, los pórticos, todo de roble, ignorantes. Pero así se logran tierras para la labranza, entonces se vivía de eso y a duras penas.

—Amama, tú que conoces y sabes de árboles, que clase de árboles son los autóctonos? —le pregunta Maite a su amama mientras se limpia la boca con la servilleta, de cuadros pequeños en azul y blanco, haciendo juego con el mantel y las cortinas de la ventana.

—Bueno, que yo me acuerde, a ver —se queda pensativa y empieza a enumerar—: El haya, el nogal, el fresno, el castaño, el roble y muchos más, pero éstos son los más importantes, lo que pasa es que, por ejemplo la encina, que se me había olvidado, se planta poco porque crece poco, al igual que el resto, por eso plantaron pinos, porque en veinte años o antes, el monte ya está hecho.

—¿Veinte años te parece poco? —interrumpe Maite—. Y pregunta de nuevo, con admiración hacia su abuela—: ¿Y cuándo se pueden cortar los árboles, amama?

—La madera para el uso en manguante de enero a febrero, se deja con la corteza hasta junio. Lista para la herrería, para hacer papel y otras cosas en cualquier momento, da igual.

Han terminado de cenar, la amama se levanta ayudada por su nieta, mientras Eguskiñe baja a la cuadra a terminar de preparar algo de comida para los pocos animales que tienen.

—Amama, vamos a poner la tele, que hoy dan el concurso «Un, Dos, Tres», voy a enviar una carta a ver si gano yo para salir de este caserío o por lo menos ponerlo como nuevo, con un tejado y suelos, ventanas nuevas, que con este invierno me voy a convertir en iceberg —dice estas palabras y se encoge haciendo un gesto de estatua.

La amama mira con ternura a su nieta mientras piensa con melancolía:

—Qué sería de mí sin mi nieta, es la única que me escucha, ya sé que a veces le aburro con mis cuentos, pero a ella no le importa. Qué noble es, cómo me recuerda a mí cuando tenía su edad. Pocas quedan como ella, ésta también pertenece al neolítico, con tanta fresca como hay suelta. Yo no soy tonta y me doy cuenta, el mundo anda perdido, entre guerras, sexo y falta de amor. Pobre juventud. Se parecen a los rebaños desperdigados, creen que pueden vivir a su aire, pero no, sin normas ni disciplinas, no puede funcionar el mundo —piensa mientras va dejando fregados los platos de la cena dejándolos escurrir encima del viejo baldosado.

—Amama, date prisa que ya empieza el programa —apremia Maite a su abuela que ha comprobado la hora en su reloj.

—Ya, ya, y tú echa un par de leños al fuego, que no quedan más que rescoldos.

Maite obedece arrimando el rescoldo con un atizador negro antiguo, como casi todo el mobiliario de la cocina, echando dos troncos que casi de inmediato empiezan a arder.

\* \* \*

Han pasado varios días en los que no han faltado, al despertar cada mañana, el manto immaculado de la blanca helada, dando anticipadamente la bienvenida a una simulada nieve, símbolo propicio en las vísperas navideñas.

El paisaje, con sus montes cubiertos de pinos y de espesa niebla, semeja a los cuentos de Dickens, donde la fantasía del paisaje al contemplarlo, nos traslada a mundos encantados, irreales, donde uno puede imaginar y soñar aunque no sea un niño.

Así lo cree amama esta mañana mientras enciende el fuego con leña, a la antigua, en su antiquísima cocina económica en la que tantas

y tantas comidas ha preparado, varias veces ha habido que desmontarla y ponerle ladrillos refractarios nuevos. Pero ahí sigue, brillante y resplandeciente gracias al mimo con que amama la friega cada día, con vinagre y arena y un buen estropajo de esparto.

También tienen una cocina de butano, pero esa la utilizan para alguna emergencia y en el verano, pero con este frío y con estas heladas, no hay como el calor en la cocina, de una buena «cocina económica», sigue pensando amama, mientras coloca un trozo de periódico, unas finas leñas encima, encendiéndolo con una cerilla, y acto seguido un par de troncos un poco más gruesos encima, cerrando con las tres arandelas, abriendo un poco el tiro para dar aspiración y, una vez bien prendida la leña fina y los troncos, pasar a la pala de carbón, con lo que calentará la brillante plancha, poniendo a hacer un buen café para cuando su hija y sus nietos se levanten por la mañana. Durante todo el día la mantendrá encendida, vigilándola de vez en cuando, echándole una palada de carbón para avivarla atizándola un poco y no dejando así que se apague.

Preparando hacia media mañana la comida, cocido de alubias rojas, que se harán poco a poco, acompañadas por el chorizo y el tocino productos de la matanza del cerdo, de los pocos que quedan del año anterior.

La cocina requiere paciencia, mucho amor y deseo de agradar, es el círculo perfecto, sin descartar los buenos productos elaborados con las recetas ancestrales heredadas de los antepasados.

Han matado el cerdo hace varios días y la cocina está abarrotada de hileras de chorizos salpicados de motas blancas que lleva la elaboración al mezclarse el magro del tocino, el pimiento rojo seco, el pimentón, etc. El humo del fuego bajo dará sabor a ahumado, ayudando al secado de los mismos. Año tras año se repite la misma estampa y año tras año amama siente que nada cambia, que algo se mantiene unido al pasado, a su pasado.

Quien no ama las tradiciones, no ama a su pueblo, pero también comprende que los tiempos cambian y que no todo el mundo puede vivir como ellos, en el pasado.

Sus nietos protestan ante el esfuerzo de mantener un cerdo durante meses, dándole de comer a diario con miedo a que enferme y con lo caro que está el pienso, sumándolo todo, casi son más caros estos chorizos que los que se compran en el supermercado, pero qué diferencia, una vez probó amama uno de esos y se negó a comer otro chorizo que

no fuese el de su caserío o el de algún amigo que hubiese hecho matanza como ellos.

Reconoce amama que da mucho trabajo, pero mientras puedan... Su hija Eguskiñe a veces reniega también por el trabajo que da, pero el espectáculo de verlos ahora ahí, el tocino, las morcillas y un jamón a la espera paciente de estar en su punto, bien lo merecen.

Se ha quedado contemplando la labor realizada y suspira mientras sigue pensando. ¿Podrá seguir viendo esta escena otro año más? Siempre teme que sea ese año el último...

Comprende que da mucho trabajo, pero ¿qué sería de la felicidad sin el sufrimiento? Un espejismo —dice en voz alta saliendo de sus pensamientos.

—¿Y qué sería de mí sin tu café con leche por las mañanas, amama? —dice su nieta que ha entrado en la cocina con su pijama de franela blanco con diminutas rositas rojas y una bata roja de lana de los Pirineos, unas enormes zapatillas de grueso pelo acolchadas y con dos caras, divertidas, semejando a dos tigres. Recogida su melena medio rubia con una cinta y bostezando.

Se oye ruido de pisadas en el pasillo, es Javi que también anda levantado, vestido con sus vaqueros que son un poco el uniforme con que se identifica, como joven moderno que pertenece a una generación que pasa del traje, la corbata y los formalismos de etiquetaje de cómo hay que vestirse para cada ocasión.

La amama besa a su nieta orgullosa de sentirse útil con todo dispuesto sobre la mesa.

—Deberías de tomar un huevo frito y tocino, como tu hermano, un café con leche y cuatro galletas no es alimento para una joven que está creciendo —le dice su amama mientras en la sartén tiene dispuesto el aceite para freírle a su nieto un huevo con bacón. El café está saliendo por el orificio de la cafetera italiana, otro adelanto que le costó a amama aceptar, porque para ella como el café hervido y colado con colador de tela, no había otro, pero tuvo que ceder ante la presión de su hija y sus nietos y su yerno que se la regaló el Día de la Madre.

—Qué buena persona —recuerda hablando en voz alta.

—¿Quién? —pregunta a Maite mientras se sienta a la mesa.

—¿Quién va a ser? Tu padre. ¡Qué gran persona, lástima! —de pronto se queda triste y ante la mirada de pena de su nieta, cambia de conversación.

—Este huevo y este tocino, hoy te lo comes tú, que estás más flaca y pálida, que van a creer que no tenemos para comer...

Sin oír las protestas de su nieta negándose a comer, se lo pone delante para que se lo coma. Maite, en el fondo, agradece la atención de su amama.

—La verdad que esto de guardar la línea es un coñazo, me hubiese gustado nacer en los tiempos de mi amama, entonces a los chicos las mujeres les gustaban gorditas, no como ahora, que las chicas parecemos muñecas «Barby», pero qué le vamos a hacer, es la moda y yo no quiero engordar —piensa. Y en voz alta se hace un poco de rogar.

—Es que amama, tú no sabes, no es como antes, ahora no se llevan gordas y además no es bueno para la salud —le explica aún sabiendo que no le va a comprender, mientras corta un trozo de pan de hogaza tosca y grande, redonda, hecha por su madre hace dos días, que también se la pone junto con el huevo y el bacón.

—¡Javi, Javi, sube a desayunar que si no se enfría y frío no hay quién se lo coma! —le llama su amama desde el hall que tiene una puerta abierta que conduce por unas desiguales escaleras a la planta baja, donde está la cuadra y Javi anda preparando y limpiando la misma.

—Sí, amama, ahora subo —se oye la voz varonil de su nieto.

—Qué potente tiene la voz, podría cantar en una coral, lástima que no tenga oído, el pobre tiene orejas, pero de oído nada —regresa a la cocina pensando.

—Eguskiñe, hale, que ya está todo listo —dice la amama en voz alta desde el pasillo frente a la puerta donde tiene la habitación su hija.

Esta contesta:

—Sí, ama, ahora voy.

—A mi hija ahora le ha dado por leer, lleva desde que vino de Bilbao el otro día, con ese montón de libros, que sólo piensa en tener un rato para coger un libro. ¡Pobre hija! Va a dar en loca, el sufrimiento le ha trastornado. ¡Ay, Jesús! cuántas pruebas nos das, y qué difícil son pasarlas. Si por lo menos buscase un hombre, el pobre Fermín no para de dar vueltas a la casa, gracias a eso, buen trabajo nos quita en las huertas, pero ella malas contestaciones encima le da. Un santo este Fermín soltero, con tierras, buenas vacas y buen caserío, amigos de la escuela, su padre bien me echaba a mí los tejos y hasta a punto estuve de dejar a mi novio, que después fue mi marido, porque se declaró a tiempo el muy ganorabako, que si no... El destino con su padre

menuda vida habría yo tenido, éstos siempre han tenido criado para las huertas, en cambio yo, criada para todos. El camino torcido, tonta de mí, cogí —va pensando mitad en voz alta, mitad para sus adentros, mientras trata de arreglarse el moño del cual se desprenden varios mechones de pelo canoso e intenta colocarlo en su sitio, sujetándolo con una horquilla.

—Amama, ¿qué decías? —pregunta Maite que le oye susurrar algunas palabras ininteligibles.

—Que hoy hay mucho que hacer, parece que saldrá el sol después de la helada. Tú estás de vacaciones, tendrás que echar una mano también después de desayunar.

Dice esto sentándose a la mesa, donde encima de la misma no falta el café con leche, el pan hecho en casa, los huevos fritos, de las gallinas que tienen en la cuadra, y el tocino del cerdo recién matado.

—Buenos días —saluda Eguskiñe sentándose también a la mesa enfrente de la ventana, pudiendo contemplar desde la misma el monte y los prados cubiertos de blanca escarcha. Se queda mirando el paisaje pensativamente.

—¿Te encuentras bien Eguskiñe? —pregunta amama ante la mirada perdida de su hija.

Maite también se queda mirando a su madre mientras desayuna y piensa para sí:

—Desde que compró esos dichosos libros, no sé si está aún peor que antes, antes por lo menos hablaba, aunque sólo sería para quejarse y lamentarse, pero ahora casi no habla, no sé si es más preocupante esto que lo otro.

—Sí, sí, me encuentro mejor. La verdad que el café, ama, está muy bueno. ¿También me has frito un huevo? Tiene buena pinta todo, ¡qué bien huele, ama! No me faltes nunca —dice de pronto con la mirada perdida en el paisaje, melancólicamente.

Amama, ante el tono y las palabras utilizadas por Eguskiñe, no puede contener la emoción que le produce esta declaración de su hija. Es la primera vez que las oye y un nudo de pronto siente que le oprime la garganta, no dejándole pasar la comida.

Unas lágrimas salen de sus ojos sin que las pueda contener y haciendo un gran esfuerzo por reponerse al cabo de unos segundos puede por fin hablar, tratando de aparentar enfado:

—Sí, para simiente de rábanos me voy a quedar. ¡Qué cosas dices!

Maite, a quien las palabras de su madre también le han emocionado, dice:



—Ama, tampoco quiero que tú te mueras, ¿qué sería de nosotros sin ti? —abrazándose a ella seguidamente.

En la cocina, de pronto, se ha creado un clima de emoción, que hace que las tres mujeres no puedan reprimir las lágrimas.

Repentinamente es interrumpido el copioso desayuno, y las mujeres embargadas por diferentes sentimientos, se sienten unidas por un ímpetu mutuo de amor y de emoción a la vez.

—¿Por qué será que el dolor une y la felicidad desune? —piensa amama embargada por la emoción.

—Ya estoy aquí —dice Javi entrando por la puerta de la cocina. —Vaya helada, estoy congelado... ¿Pero qué pasa, por qué lloráis las tres?... Las mujeres todo lo arreglan llorando —dice esto en voz alta, pero por lo bajo piensa—: Son débiles las mujeres, por mucho que digan que son como nosotros de duras, de eso nada, necesitan de los hombres... ¡Pobres, como les falte yo, qué sería de las tres!

Toma asiento en la mesa frente al fuego bajo y restándole importancia, dice:

—Amama, ¿qué haríamos sin ti? El desayuno en la mesa, como todos los días... Pásame el café y la leche. ¡Ah, se me olvidaba! Después de limpiar bien la cuadra, me voy a ir de caza, a ver si mato algunos tordos, me llevaré algo para comer y no me esperéis, que estoy de vacaciones —dice Javi empezando a desayunar con apetito.

—¿Tú de caza? Qué bien, y yo ayudando en casa. También estoy yo de vacaciones. Ya estoy harta de este listo —responde Maite a su hermano mientras unta el huevo con el pan hecho por su madre.

—La caza es cosa de hombres, y las escopetas también —responde Javi sin levantar la vista del plato mientras se mete en la boca un trozo de tocino crujiente.

—No discutáis las armas, no se han hecho para matar ni los hombres ni las mujeres, y la caza tampoco me gusta, no comprendo cómo hay gente que disculpa la caza llamándole deporte —exclama Eguskiñe levantando la vista y mirando a sus hijos seria.

—¿Qué habría sido de los antiguos sin la caza? No llevas razón, Eguskiñe, siempre se ha cazado en Euskadi —responde amama en tono suave, para no quitarle autoridad delante de sus hijos a su hija.

—De acuerdo, antiguamente escaseaban los alimentos, pero ahora no le veo la razón, porque luego, por no desplumarlos sois capaces de tirar por ahí a esos pobres pájaros que nada os han hecho —sigue diciendo Eguskiñe en tono de reproche.

Javi hace un gesto con la cabeza a la vez que exclama en un tono un tanto despectivo:

—¡Mujeres! Desde casi sus orígenes el vasco, para que lo sepáis ha sido cazador y recolector —levanta la vista del plato y dejando por unos instantes de desayunar, dándose importancia, continúa: —Y también vivió en cuevas donde se protegía de los invasores y de los animales salvajes.

—Por eso, porque tú tienes esencia salvaje, quieres matar ahora a los tordos —le contesta Maite interrumpiéndole con un gesto acusador de que está un poco loco.

—¡Calla, ignorante! mejor sería que estudiases más, que sólo piensas en ligar y en pintarte la cara —le contesta Javi reprochándole.

Amama y Eguskiñe no intervienen en la conversación de los hermanos, saben que se quieren pero no pueden evitar que los diferentes puntos de vista de ambos jóvenes, les conduzcan a pequeñas discusiones entre ambos.

Al poco rato, viendo que la discusión sube de tono, Eguskiñe trata de apaciguarlos.

—Bueno, bueno, la perra gorda para los dos.

—Claro, como este liga menos que las sandalias de un romano —sigue rebatiéndole Maite, que siempre quiere tener razón.

—Bueno, ya está bien, ¡callaos de una vez!... Que se vaya de caza, que para eso estudia en la Universidad con sobresalientes en cambio tú... —le contesta Eguskiñe a su hija, haciendo un gesto con la cabeza, señalando la diferencia.

—Yo, yo me buscaré un novio rico y que trabaje él, para eso son hombres, con lo que ha trabajado amama y tú, yo me he ganado el vivir como los antiguos ricos de Neguri, ¿no es así, amama? —dice esto rebatiéndolo con un aire de suficiencia a la vez que termina la frase—: ...y los «astoas» (4) como tú, pues eso, a trabajar y a cazar, lagartijas, supongo, porque tú no le das ni a tres montados en un burro ¡ja, ja, ja! —ríe Maite su propia ocurrencia.

—¡Ja, ja, ja! —le responde sarcástico Javi mientras continúa hablando sin dejar de masticar el último trozo de pan mojado en la yema amarilla del exquisito huevo.

—Te vas a casar con el pastor de Amboto y como no aprendas a silbar, lo tienes crudo —le contesta su hermano, riéndose imaginándose a su vez a su hermana en tales circunstancias.

---

(4) «Astoas»: burros.

Esta vez la ira enciende las mejillas de Maite, rojas por la cólera y levanta la mano con intención de darle una torta, pero ahora la que interviene poniendo orden es su ama.

—Ya está bien, tampoco es una deshonra un pastor, yo tuve un pretendiente pastor y bien guapo que era. Si quieres ser libre, no hay otro oficio más libre que ese, la gente pide la libertad, pues que se hagan pastores, así que ya tienes a quien gobernar, a las ovejas, todas las que quieras, y a vivir de un lado para otro, hoy en una choza y mañana en otra.

—Muy bien dicho, Eguskiñe. No hay como ser pastor o político para gobernar borregos, decía mi abuela que en gloria esté —comenta amama que no es escuchada por sus nietos.

—Esta me la vas a pagar —dice por lo bajo Maite, con la mirada penetrante, a su hermano.

Este termina también el café y le saca la lengua en forma de insulto.

Amama que ve la escena y tratando de dar por finalizada la misma, interviene de nuevo:

—¿A que no sabéis qué significa la palabra *borda*?

Se miran todos entre sí y Eguskiñe con la taza de café con leche en la mano, interrumpiendo su bebida, responde:

—Casa.

—Casa es *etxe* —responde Maite rápidamente.

—Casa de pastores, por eso hay apellidos que tomaron su nombre de las chozas o casas de pastores. Por ejemplo... Itzeko, Borda Idiarren, Borda, Martín, Borda, estos nombres vienen de Vera de Bidasoa, en Bizkaia, por el contrario se llama *korta*, ¿quién sabe lo que quiere decir? —dice mirando a todos los presentes.

—Cuadra —responde amama.

—Ahí tenías tú que estar —le dice Maite por lo bajo a su hermano.

—Por eso Cortazar, Cortaberria, Aguirregomezcorta y muchos apellidos más, tiene en su origen el nombre de la cuadra.

—A ti te tenían que haber puesto Corta-gili y vete ya, no sea que en vez de tordos encuentres tordas —recalca bien las palabras mirándole con retintín.

Javi comprueba su reloj y sin hacer mucho caso de lo que cuenta su madre, ni de lo que dice su hermana, se levanta de la mesa y se despide con un —hasta luego —recogiendo en el *hall* su escopeta y su morral atándolo a la cintura. Ha esperado desde hace mucho tiempo este momento y está ilusionado. La caza le apasiona y no entiende poi

que lo que tantas generaciones de vascos hicieron, ahora ha de interrumpir esta tradición justo él, para media docena de tordos, cualquiera diría que va a acabar con la especie por eso.

Piensa Javi, mientras sale de casa subiéndose el cuello de su charra de paño verde.

Su amama le contempla desde la ventana y suspira.

—¡Qué buen chico es este Javi y qué guapo! Me recuerda a su abuelo que en gloria esté —dice esto con añoranza, mirando hacia el cielo, como si de alguna manera sintiera su presencia allí, sobre las nubes.

—¿Y yo a quien me parezco, al moro Muza? Porque amama, yo también me parezco a algún pariente, vamos... —dice Maite con cierta sorna, al sentir que a ella no se le compara con ningún familiar, vivo o muerto.

Eguskiñe, que también se ha levantado de la mesa se le queda mirando y no puede disimular su pequeña contrariedad:

—Claro hija que te pareces, y mucho, a tu tía Encarni, que por cierto llamó ayer por teléfono, es probable que venga a pasar la Navidad con nosotros.

—¿Esa pelma que habla como una cotorra criticando de todo vecino? —pregunta con desagrado Maite.

—La Navidad, cuantos más seamos, mejor, hay que ahuyentar a los fantasmas —dice esto santigüándose amama.

—Bueno, si no queda más remedio, seguro que me regala otra muñeca, todavía cree que tengo pañales.

—Es que crecéis con tanta rapidez, que la verdad... a veces parece todo un sueño —dice Eguskiñe recordando interiormente en breves segundos, desde que se casó con su marido hace veinticinco años, el primer hijo, el segundo, el tercero...—: A veces tengo la sensación de que la niña que corría por los prados, fue ayer y que el tiempo se ha detenido, que no puedo haberme convertido en lo que soy cuando me miro al espejo —suspira, mientras empieza a recoger los restos del copioso desayuno.

—Ama, ¿tú eras guapa, verdad? Bueno, quiero decir, como yo ahora... —pregunta Maite un poco insegura, no puede imaginarse a su madre con dieciocho años, joven y guapa, ligándose a ningún hombre. Siempre con ese rictus amargo, ese pelo descuidado, los vestidos repetidos año tras año. Sólo le recuerda un poco vestida cuando iba a misa los domingos y desde que murió su hermano, tampoco asiste a la misma, antes tenía fe en Dios, pero ahora no sé qué le pasa, cada

domingo criticando a don Pascual porque es un cura separatista que apoya a los etarras y en vez de dar la palabra de Dios, con sus sermones ayuda al demonio para que engendre etarras y mártires por una causa que pocos entienden, pero que lleva más de setecientos muertos. A los que, como su hermano y los muertos de guardias y a los que quedan mutilados, no le importan mucho, sólo le importa sus muertos, a esos hay que rezarles y hacerles un monumento, a los mártires por la Patria. La verdad es que yo tampoco comparto los sermones de don Pascual, muchas veces he estado tentada de no ir a misa, pero como van mis amigas y al salir de misa nos reunimos toda la pandilla...

Se ha quedado muda de pronto y su amama al verla con el ceño fruncido y su mirada dura, le responde sacándola de sus pensamientos:

—Ya lo creo que era guapa tu ama. ¡Ay! Era la más guapa de Oquendo. La cintura de abeja tenía, el pelo rubio, una melena que le llegaba hasta casi la cintura, con aquellos vestidos que yo le hacía... —suspira amama y la mirada se le ha iluminado mientras se seca las manos con el delantal que siempre lleva puesto y se lo cambia a diario.

—¿Tú tuviste el pelo rubio? —las abundantes canas ocultan el poco pelo rubio que tenía entonces, dándole un aspecto de mujer mayor de lo que es.

—Sí, muy rubio, llamaba la atención.

—Amama tiene razón, pretendientes no me faltaron entonces —termina la frase suspirando con nostalgia.

—Ni ahora... Ahí viene Fermín, si tú quisieras... Buen hombre y mejor persona, lo que necesitas es un hombre —dice amama saliéndole al encuentro para abrirle la puerta.

—Sí, para hombres estoy yo... —dice Eguskiñe rechazando la oferta de amama—: No tengo otra cosa en qué pensar —finaliza la frase.

Maite, que conoce a Fermín, opina igual que su madre, que si fuese otro aún, pero Fermín que huele a cuadra a diez pasos, piensa, a la vez que la idea de ver a su ama con otro hombre, no puede imaginárselo, y menos en la cama... Si por lo menos fuera Robert Redford, pero claro, con la pinta que tiene su ama, tampoco se puede fijar en ella alguien mejor que Fermín.

—Egunon (buenos días).

—Egunon, ¿qué tal?

Se saludan amama y Fermín que son buenos amigos, actitud que a veces pone un poco celosa a Eguskiñe.

—Pasa, pasa, vaya helada, las pocas berzas que teníamos, con tantas heladas, ni para el ganado van a servir —dice amama cerrando tras sí la puerta antigua y grande por cuyas rendijas se cuele el frío, haciendo que el hall, entre ésta y la puerta de bajada a la cuadra, también con varias rendijas, se produzcan corrientes y el hall parezca una nevera a esas horas tempranas de la mañana.

—Que lo digas, amama... Huele a café, un poco ya tomaría yo, si no es molestar, claro —dice Fermín humildemente, porque en el fondo sabe que con amama no tiene problemas, pero si fuese Eguskiñe, a esa no se atrevería ni a pedirle agua, por si acaso le dice que el río se ha secado. Es que estas etxekoandres son la hostia, mi madre, que también fue la hostia y que me perdone desde arriba, decía que las etxekoandres eran como las sacerdotisas. Como bendecían todos los años las habitaciones y hablan con los antepasados, claro, tienen más poderes que el Arbol Malato (5).

Ya en la cocina, Eguskiñe está fregando los cacharros usados en el desayuno. Maite se ha ido a su habitación. Fermín no le cae del todo bien, eso de que se quiera ligar a su madre no lo aguanta. Si no fuese porque les ayuda en la labranza y arreglos del caserío, no le dirigía la palabra siquiera. «Viejo verde» solía llamarle.

Fermín no era tan mayor, sus cuarenta y ocho años, su mediana estatura, su incipiente calvicie y su voluminosa barriga, no hacían de él precisamente el hombre ideal para una jovencita como ella, pero tenía en su haber Fermín una gran bondad, un espíritu sano, un rostro aniñado; soltero y con seis vacas, varios montes y el mejor caserío de Oquendo.

Marido ideal para más de cuatro solteronas del pueblo que verían con agrado que les dijera algo, pero Fermín desde siempre estuvo enamorado de Eguskiñe, y ese amor vivo a pesar del transcurso de los años, se mantiene así en su corazón solitario con la esperanza de que Eguskiñe, por fin, se fije en él para algo mejor que para hacerle las labores del caserío.

—Hola, Eguskiñe, amama me ha invitado a café.

Dice saludando un poco cohibido. Fermín es un hombre tímido y siempre temeroso de las contestaciones airadas de Eguskiñe, que a

---

(5) El Arbol de Guernica es el símbolo de las libertades vascas y el Arbol Malato, el símbolo de la independencia de los pueblos vecinos. *Etnia Vasca*. Pag. 318.

pesar del tiempo que la conoce y sabe que en el fondo no es mala mujer, sólo que ha sufrido mucho y claro, le ha cambiado el carácter. Eso justifica para Fermín sus desaires. Pero ya se le pasará, no hay mal que dure cien años, quién sabe.

Con esa esperanza viene al caserío casi a diario, si no fuese por amama que le echa una mano... pero el día que falte, ¿cómo entra él en la cocina estando Eguskiñe sola? Las murmuraciones no se harían esperar; en el Mesón imposible, ésta no va a tomar ni café. Pobre alcalde, con ésta a la ruina te iba a llevar el negocio, a ésta le va mejor que a nadie lo de etxeoandre, no sale de casa, cava la huerta, atiende al gallinero, vende las verduras en el mercado de Llodio, ahora con su viejo cacharro, pero él le ha visto ir andando de jovencita hasta Sodupe con la vendeja (6). Como ésta van quedando pocas, las de ahora, ni una tortilla de patatas saben hacer, menos mal que los hombres tienen ahora los txokos (7) donde se ponen morados y critican a las parientas, que si no... en casa pintan menos que los negros de Africa.

Con estos pensamientos se rasca la cabeza con actitud humilde, mientras separa la silla de la mesa sentándose frente a la ventana.

—¿Algo más café también querrás, no?

Pregunta amama con amabilidad. Es tan honrado y bueno, pero esta sinsorga de hija desprecios encima le hace, piensa para sí, mientras de la pared de la cocina donde hay varias sartenes colgadas, descuelga una de mediano tamaño atizando las brasas de carbón, poniendo acto seguido la sartén en el fuego con un pequeño chorro de aceite de oliva.

—Si no es molestia, tengo las tripas como el acordeón de Iñaki, con un trasiego que parece que están de mudanza, como Aitor Berasaluce, que por cierto, se va para Madrid. Aquí, ya sabe, muy poco trabajo y hay que emigrar... Malos tiempos tenemos... dice Fermín contento de poder iniciar una conversación y así de esta manera romper el hielo.

---

(6) Vendeja: cesto de enea cuadrado, con poca profundidad, donde se depositan las hortalizas, la verdura, etc.

(7) Txoko: En todo el país vasco es notoria la proliferación de «Txokos», o sociedades gastronómicas dirigidas y organizadas únicamente por los hombres. Son muchas las razones que se han dado a tal fenómeno, pero una de las más importantes, quizás, es el excesivo cariño por parte de la «etxeoandre» (ama de casa) el que empuje a los hombres a este fenómeno de amar la casa, sociedad quasimatriarcal, para degustar las excelencias de la cocina vasca, preparada y degustada por ellos mismos, sin la presencia de mujeres.

—La pena es que tú no te largas también —le contesta Eguskiñe secándose las manos con el delantal.

Amama le hace un gesto a Fermín de que no le haga caso.

Fermín, humilde le pregunta:

—Claro, él te gusta más, y te da rabia que se vaya, eso es lo que te pasa.

—Qué rabia ni qué niño muerto, lo que pasa es que pasa más tiempo en mi casa que en la tuya, porque poco que hacer hay aquí, ya ha pasado la matanza —le responde Eguskiñe en tono serio, mirándole de arriba abajo.

—Bueno, mujer, no te alteres, que ya me he enterado de que tienes familia en Navidad, tendrás que matar alguna gallina o cordero para celebrar... —le dice tratando de justificar su presencia en el caserío, cosa que sabe de antemano que con Eguskiñe aparte de trabajar en la huerta porque lo de darle a la sin hueso... no cuela.

—Claro, con una semana anticipada, vamos, que andas tú bien de memoria —le responde Eguskiñe en el mismo tono jocoso.

—¿Uno o dos huevos? —pregunta amama tratando de suavizar los ánimos por parte de su hija.

—Bueno, si te sobran mejor dos y tocino tampoco me iría mal.

—¿Mejor dos también? dice amama en tono cariñoso. Añora a sus hijos que están en Madrid y en California y éste es tan infeliz...

—Lástima que a mí no se me acercó uno como este infeliz, después de morir mi pobre Genaro, que en gloria esté —piensa mirando al cielo... —que si no... ¿Qué hace una mujer viuda y joven en el mundo, sola el resto de sus días, aparte de consumirse en deseos carnales, siempre insatisfechos, mientras cargando sus desaires y sus malos humores con los de la familia. Menos mal que Eguskiñe tiene a este santo que es Fermín, que le sirve de burladero para parar sus furias, pero aún así y todo, no sabe ser feliz ella, ni hace felices a sus hijos con sus amarguras. Qué lástima. Todavía está de buen ver, si se arreglase un poco, pero los espejos están de más para ella. En fin, que Dios da cruces para llevar y a mí me ha dado de buen tamaño y bien pesada por cierto.

—¡Qué bien huele, amama! —dice Fermín haciéndosele la boca agua.

Se levanta Fermín de la silla y del viejo armario de cocina, abre la puerta con cristalera, desde donde pueden verse varias tazas y platos colocados dentro del mismo, separados por dos baldas, desde donde



también se ven dos tiras de volante fruncidas del mismo color del mantel azul de cuadros de la mesa y de las cortinas de la ventana.

—¡Qué ordenado lo tienes todo, Eguskiñe! Y este volante lo has hecho tú también, ¿no? —dice Fermín por decir algo, como si necesitase del halago para no enfadar a Eguskiñe por su intromisión.

—De sobra sabes que sí, ¿o no me viste hace un mes cosiéndolas? entonces, ¿por qué dices estupideces? —contesta Eguskiñe con desaire.

Un poco más amable ya podrías ser con este infeliz, ¿no? —le dice amama un poco enfadada. No puede ver cómo trata a Fermín, en el fondo le quiere como a un hijo.

Fermín, que no quiere poner las cosas peor de lo que están y ante la vista de los dos huevos fritos con tocino crujiente, como a él le gusta y su buena taza de café con leche, opta por no darle importancia a las contestaciones de Eguskiñe, que en más de una ocasión le han hecho llorar. Cosa que ha hecho en su casa, no en presencia de las mujeres.

Sin decir palabra da comienzo a su desayuno, saboreándolo con gula, hecho que le recuerda un sucedido a una cura de Llodio que solía contar su padre.

—Amama, ¿te he contado alguna vez aquel sucedido del cura don Gaspar Ugalde?

Amama, que con esta vez van a ser la de treinta o cuarenta veces que ha escuchado lo sucedido a don Gaspar Ugalde y que ya ha perdido la cuenta, con disimulo le responde:

—Bueno, creo que sí, pero puedes contármelo de nuevo, tú veras.

Fermín feliz, saboreando los manjares y con la boca llena de aceite, empieza por enésima vez su relato.

—Estaba don Gaspar en la boda de los Olaso, los padres, claro, del alcalde, como las bodas de Canaán en Galilea, llena la mesa de veinte metros de comida, pollos, corderos, ensaladas y, al lado de don Gaspar... antiguamente ya sabes, amama, que iban todos los curas a las bodas...

—A quitar el hambre —le responde secamente Eguskiñe que le fastidia que su madre escuche una y otra vez la misma historia.

—Por eso don Gaspar se estaba poniendo morao y como al lao suyo estaba la beata, la meapilas de siempre, mirándole con cara de susto ante don Gaspar, que se había comido un pollo entero, dos perdices con salsa de chocolate y en la mano derecha tenía una pierna de cordero que iba por la mitad, mientras le caía el aceite por la barbilla,

pues para aguarle la comida sólo se le ocurrió decir a la muy sinsorga: «No cree, don Gaspar, que esto es gula?». Don Gaspar, con mirada asesina se le queda mirando, y con voz solemne, como el que canta *Gloria in excelsis Deo*, le contesta: «¡Ay, hija mía, hasta llegar a la gula...»

—¿Un poco más de tocino? —le pregunta socarrona amama, que a veces no sabe si este chiste es una insinuación para que le fría algo más o para hacerle reír.

—Bueno, si te sobra un poco... —le responde Fermín dócilmente.

—Me parece que ya sé para qué nos ayudas en la matanza, como te comes tú medio cerdo... —dice Eguskiñe quitándose el delantal y colgándolo de un clavo que hay en la pared para ese menester.

—No le hagas caso, desde que lee no sé qué libros, yo creo que anda peor —contesta amama quitándole importancia a su salida de mal tono.

—Hombre, leer no está mal, pero si encima te pones peor, no sé qué es mejor. ¿Y para qué lees tanto? Porque el otro día a las dos de la mañana había luz en tu habitación, a punto estuve de entrar en casa, pensando que estabas enferma... Como al otro día te vi en la huerta, no pregunté... Si no es indiscreción, ¿qué es lo que lees? No serán... Bueno, en fin, puedes confiar en mí, yo soy una tumba.

Amama está friendo un poco más de tocino y, cosa rara, Eguskiñe se sienta a la mesa con Fermín y mirándole seriamente a los ojos, le dice:

—En eso estoy de acuerdo, tu guardas bien lo que pasa en esta casa y a ti también te interesa saber lo que ponen los libros, para entender qué está pasando en Euskadi con el terrorismo...

Eguskiñe, con una expresión y un rictus amargo, recalca bien cada palabra que pronuncia.

Fermín se pone serio y, sin decir nada, piensa:

—¿Cómo olvidar al pobre Mikel, recién cumplidos los veinte años cuando lo enterraron en el pequeño cementerio. Mucha gente, todo el pueblo, estuvo allí presente; las autoridades, hasta el gobernador vino, flores... ni en los jardines del palacio de Avellaneda en las Encar-taciones, había tantas, pero todo eso no sirvió para devolverle la vida al chaval.

De pronto se le hace un nudo en la garganta al recordar la escena en el pequeño cementerio, junto con la introducción del ataúd dentro del pequeño nicho y apenas puede contestar con serenidad a Eguskiñe:

—Yo no sé qué está pasando, pero amama, creo que se me ha ido el apetito —dice en voz alta.

—¿Cuándo dejarás de pensar en eso, esas cosas sólo las entienden los políticos, nosotros no somos nadie, carne de cañón, es así desde siempre. Los pobres sólo somos instrumentos de los políticos, ellos sí saben que es lo que pasa y a nosotros pocas explicaciones —dice amama dejando a un lado la sartén donde estaba friendo un poco más de tocino.

—Bueno, amama, si Eguskiñe se siente mejor desahogándose... —responde con tristeza Fermín, que lo que había sido durante un momento felicidad, el saborear tan exquisito desayuno, ahora siente que se le está indigestando.

—Pero no se puede vivir toda la vida sin olvidar, y si yo puedo perdonar, mejor; la conciencia no les puede dejar vivir en paz, por muchas razones que ellos tengan... —responde amama sentándose ella también a la mesa, sacando su pañuelo blanco del bolsillo del gran delantal negro, que deposita en el mismo cada mañana, y enjugándose una lágrima, acto seguido se suena la nariz, tratando de aparentar fortaleza, cuando sólo la tiene en apariencia.

Tampoco ella ha podido olvidar aquella mañana, hace dos años que sucedió, y es como si no hubiera sucedido nunca. Son muchas las mañanas que ha estado a punto de llamarlo para ir al Colegio y ha tenido que morderse la lengua para no pronunciar su nombre, porque siente viva aún su presencia.

Se ha hecho un silencio en el que cada uno siente la respuesta de su conciencia.

Al cabo de unos segundos, Fermín, con gran esfuerzo y no sabiendo qué responder, suspira, aspira profundamente, se rasca la cabeza y responde:

—Amama, lo de olvidar estoy de acuerdo, no se puede vivir con la sombra de los muertos todos los días auestas, pero lo de perdonar, ¡nunca!... Estoy de acuerdo con Eguskiñe y si yo pudiese hacer algo... —hace una pausa y continúa—: tú sabes que aquí me tienes, y si te enteras de quién fue el desgraciao que lo hizo, si tú te quedas a gusto matándolo, ¡yo lo mato!

Amama, que ya ha oído repetir esa frase a Fermín más de una vez, siente una vez más que un escalofrío le recorre la espina dorsal.

Fermín es capaz de hacerlo, es tal la devoción que siente hacia su hija y hacia todos los miembros de la casa, que no duda ni por un

momento que por librar del sufrimiento a su hija, sería capaz hasta de matar al asesino que puso la bomba.

—Ya hay demasiadas muertes por causa de esos asesinos no os manchéis de sangre las manos vosotros, Dios hará justicia en el cielo con quien no la tiene en la tierra —pronuncia amama solemne la última frase, como si pusiese un epitafio en la tumba de los asesinos el día de su muerte.

—Pero mientras tanto llevan veintitantos años matando, amama, veintitantos años, mis hijos ha nacido en la misma fecha que ellos nacieron. Cuando el famoso proceso de Burgos, yo era una joven ingenua a quien le horrorizaba la pena de muerte y me manifesté en contra de Franco... ¡Lástima que no acabó con todos entonces!, habríamos ahorrado ríos de lágrimas, sólo con las de las madres. Hoy me siento culpable de haber apoyado entonces a los verdugos de mi hijo, por eso necesito una respuesta, una respuesta que ha de estar escondida en alguna parte, o no podré vivir en paz el resto de mis días —esta frase parece un ultimátum y Fermín, que no puede ver sufrir de esa forma tan dramática a Eguskiñe, a duras penas puede frenar las lágrimas.

Si fuese mujer como amama, no dudaría en pedirle el pañuelo blanco para dar rienda suelta a sus emociones, pero él es un hombre y le han enseñado a no demostrar debilidad delante de los demás y menos, delante de las mujeres. Así que, para poder pasar el mal trago, pide con tristeza:

—¿No te importa que me tome un poco de coñac?

Amama, que ha captado lo que sufre también Fermín, se levanta y de la parte baja del armario, abre una puerta, ésta sin cristales y, sacando una botella de «Soberano» y una pequeña copa de cristal, deja ésta encima de la mesa y le sirve un buen chorro de licor.

Acto seguido saca dos copas más y sirve un poco en cada copa.

Creo que lo necesitamos todos, hace tanto frío... —dice apartando un poco los negros pensamientos, sin poderlo lograr.

Beben los tres en silencio, Fermín vacía su copa de un solo trago, amama y Eguskiñe poco a poco.

Sirve en silencio otra copa a Fermín amama, y éste siente que le quema la garganta a la vez que le recorre una sensación de energía por todo el cuerpo, haciendo que se sienta un poco mejor.

—Buen coñac; si no sería por este quitapenas... —dice Fermín, repuesto ya de la tristeza que ha sentido al recordar el funeral del pobre Mikel.

Amama oye ladrar al *txakur* (perro en vasco), un pastor alemán de color negruzco en los lomos, cabeza y color beige en la parte de la tripa y el pecho, que guarda de noche y de día a la familia.

Amama, al oírle se siente aliviada al romperse el momento amargo de los recuerdos sobre la muerte de su nieto. Parece estar viéndole desde la ventana jugando con el perro cuando lo trajeron al caserío, no tenía más que un mes el animal, y cuántos momentos felices proporcionó a su nieto este perro fiel, piensa mientras, abriendo la ventana, siente el frío intenso del exterior y, tomando del plato las lonchas de tocino frito que dejó en el plato Fermín sin tocar, lo arroja a la calle. Txakur en un abrir y cerrar de ojos devora el tocino ladrando a amama en señal de agradecimiento.

—Cierra la ventana, amama, que se va el calor de la chapa —dice Eguskiñe a su ama, sintiendo un escalofrío que le hace cambiar de tema y de pensamientos por unos momentos.

—Bueno, amama, si no me necesitas hoy, me voy al caserío, luego me viene el veterinario a dar un repaso al ganao —dice Fermín levantándose de la mesa mientras enciende un cigarrillo de tabaco negro.

—No debes fumar tanto Fermín, que luego no paras de toser —le dice amama en tono cariñoso.

—De algo hay que morir, tarde o temprano —está a punto de decir Fermín, pero se muerde la lengua pensando—: No es momento, Fermín, de que digas esto ahora, y en voz alta—: Qué quieres, amama, ya no se lleva, dicen que no es moda, pero yo como soy antiguo, pues eso, me quitas la copita y el tabaco y qué me queda... —dice mirando a Eguskiñe.

Esta le va a contestar con un desaire como es habitual en ella, pero se muerde la lengua para contestarle más amable; en el fondo piensa que si no fuese por ellos que sería de él, sin padre, sin madre, con dos hermanas casadas que vienen de vez en cuando a visitarle, pero la mayor parte del tiempo lo pasa solo. Tiene amigos, pero las noches solo en aquel caserón, tienen que ser terribles, piensa sintiendo un poco de pena, la verdad es que nunca lo había pensado hasta este momento. En voz alta, dice:

—Poco, la verdad, no sé cómo no te casaste con Encarnación Aldecos, ella andaba bien detrás de ti y tú ni mirarla, ahora no te lamentos.

Le ha hablado en tono suave.

—Aquéllo ya pasó y a lo hecho pecho. Buen marido encontró después, no me quería tanto cuando no esperó —responde Fermín,

poniéndose la *txapela* (boina en vasco) y la chamarra de diario de gruesa lana sobre su camisa de felpa a cuadros verdes y negros.

No va conjuntado en su atuendo. Como él dice, la moda no va con él.

—No pierdas las esperanzas, más vale tarde que nunca, y tú eres un buen partido —le responde cariñosamente amama.

Fermín no sabe cómo darle las gracias a amama, él no es un hombre de cumplidos sino de hechos, así que sólo puede contestarle para halagar a amama:

—Creo amamá, que tú y yo... Quién sabe si les damos un susto a todos en el pueblo en vez de una alegría y todavía...

Amama, que aunque es mayor suele decir que un piropo halaga a la más vieja, le contesta agradecida:

—Si esa proposición me la llegas a hacer hace veinte años, ibas a salir por la puerta, pero... para ir a la iglesia conmigo del brazo.

A Eguskiñe esta clase de bromas no le gustan nada. Contesta, sería:

—Dejaros de tonterías y tú, vete de una vez, que tenemos cosas que hacer, está todo el caserío revuelto. Con la matanza se nos ha retrasado la limpieza.

—Entonces, hasta mañana, agur, —se despide Fermín, ya en el pasillo que le conduce al hall y del mismo a las escaleras de piedra de la calle.

Amama abre de nuevo la ventana de la cocina y asomándose se despide de Fermín y saludando con la mano a Pascual Uriarte, que pasa por la carretera, amigo de la infancia.

—Bien, tirando ¿y tú?... No te oigo... —contesta al saludo de Pascual.

—Pobre, cómo ha envejecido, con lo alto y guapo que era de joven —habla en un tono para que le oiga su hija, pero ésta anda por las habitaciones recogiendo todo.

Mientras, amama va hacia la nevera pensando en qué les pondrá para comer a mediodía a su familia, pero el recuerdo de su nieto muerto, hace unos momentos, de pronto al sentirse sola le abaten de tal manera, que llena de amargura se sienta en la silla que antes ocupaba en el desayuno y con los dos brazos ocultando su cara, rompe a llorar desesperadamente.

Frente a Eguskiñe, Fermín y los dos nietos finge fortaleza para ayudarles a seguir adelante, porque tienen que seguir vivos para poder luchar en este valle lleno de lágrimas. Pero con Mikel se fue también

parte de ella misma, era su nieto preferido, tan alegre, tan cariñoso, tanta inocencia en su mirada... Un torrente de lágrimas corre libre por sus mejillas, sin dique que las detenga. Nadie le ve. Se suena la nariz con su blanco pañuelo de hilo, el mismo que utilizó el día del entierro, recuerda con más amargura al mirarlo, sollozando con más fuerza.

Al cabo de unos instantes, un poco más tranquila, recuerda un poema que escribió días después del funeral, que tituló:

#### DÍAS DE TRISTE LUTO

Diezman las familias,  
siegan las cosechas,  
de sangre teñidas,  
cubriendo de luto  
el valle y la vega.  
Las lágrimas derramadas  
sobre la fértil tierra reseca,  
inundando los montes de penas  
cuajados de hayas,  
Flotan en el aire  
presagios de luto,  
de próximas muertes,  
que esperan la guadaña  
apostada a sus puertas...  
Los asesinos duermen  
arropados por pistolas,  
que les cantan himnos,  
de victoria,  
de libertad e independencia.  
Días de triste luto,  
pasan las hojas del almanaque,  
que su reloj no detiene,  
que no se sienta, ni espera.  
Pacen los rebaños de ovejas,  
vacas en la pradera,  
ajenos al dolor, a la espera  
de quienes  
ya han sido sentenciados,  
sin juicio previo,  
sin aviso oportuno,  
sin una oportunidad,  
sin una reivindicación  
que los defienda.  
Solos, desnudos, indefensos  
ante los verdugos,

que las armas empuñan,  
las bombas manipulan.  
Tan sólo el horror,  
los gritos, la impotencia,  
acompañan los féretros,  
a su última residencia,  
cubriendo los campos  
de triste luto.

Sí, son días de triste luto y esta Navidad tan cercana, miedo me da, son tantos los muertos que no comerán turrón...

No podrán cantar villancicos al lado de la lumbre... ¡Tantas veces he deseado reunirme con ellos...! Pero lo único que me mantiene viva es esta hija tan desgraciada, y estos angelitos de nietos míos, me necesitan tanto... Pobres, qué porvenir les aguarda, se matan a estudiar, día tras día, año tras año, para que no tengan luego un puesto de trabajo, tanto paro, van a tener que emigrar a América o a otros países como lo hicieron mi hijo y algunos parientes míos. Hoy viven repartidos por América... Ese Cristóbal Colón con sus viajes a América, se llevó un buen montón de vascos en sus tripulaciones, allí bien hemos dejado nuestra simiente desde entonces.

Indiano, les solían llamar mis abuelos, buenos dineros y doblones de oro que se traían antiguamente de América, tengo entendido que si hoy regresaran todos los vascos que hay solamente repartidos por toda América, y trajeran con ellos las fortunas que allí tienen, Euskadi nadaría en la abundancia de tal manera, que Potosí con su plata cuando la descubrieron, sería pobre en comparación nuestra. Qué cosas, eso es lo que me dice mi hijo Eduardo, que vive en California, en la última carta cuando le cuento las cosas que pasan en Euskadi. La tele, qué invento, qué manera de informar y de decirte cómo están las cosas en el mundo, a veces pienso que todos andan locos de remate. ¡Tantas guerras, tantos muertos, tanto gusto en matar!... Hasta la muerte es un negocio, sucio, pero negocio. ¡Qué pena!

—Amama, ¿podías coserme el botón de esta camisa? Que he quedado con mi amiga para dar una vuelta luego y mira... —le dice su nieta entrando en la cocina, señalando la prenda.

Amama, que ha oído sus pasos por la tarima crujiente del pasillo, se seca rápidamente los últimos vestigios de llanto ocultando su pañuelo blanco dentro del bolsillo del delantal y con cara sonriente le contesta ante la vista de la camisa:

—Acércame la caja de la costura. Vamos a ver si hay algún botón



que le sirva y si no le quitamos el último de abajo y lo ponemos en el centro, que es donde le falta.

Dice amama dándole una solución.

—Qué idea, amama, no se me había ocurrido. Claro, quitamos éste de aquí y lo ponemos ahí.

Maite coge la caja de la costura que está encima de la tele, una caja de metal antigua que antes contuvo Cola-Cao, que por el peso que tiene en su interior uno puede encontrar botones de todos los colores y tamaños, tubos de hilos, unos más gastados que otros, también con toda la gama de colores, tijeras, cinta métrica, agujas, hiladillos, etc.

—Parece el baúl de los recuerdos —dice Maite entregándosela a su amama.

—Y que lo digas, Maite, mira este botón, fue de la guerra de tu *aitita* (abuelo en vasco) cuando estuvo en el frente, éste del traje de cuando nos casamos. Este pequeño es de una chaqueta de punto que te hice cuando ibas a nacer. Sí, aquí en esta pequeña caja está parte de mi historia, de mi vida. Son pequeñas parcelas de mi alma, que he conservado con amor, porque estuvieron pegadas a la piel de toda la familia, mis seres queridos.

—Qué bien hablas, amama, cómo me gusta escucharte, tienes un alma de poeta. ¿Qué vas a hacer con todas las poesías que tienes escritas en el cajón de tu tocador? Deberías publicarlas y hacerte un libro.

Lo ha dicho admirativamente, ella no dice a nadie que quiere más a su amama que a su ama, pero su amama ya lo sabe sin que Maite se lo diga.

—Tienes una forma de verlo todo, amama, que me tranquilizas, en cambio mi ama... —va a continuar, pero amama, mientras cose el botón le interrumpe diciendo:

—Algún día lo entenderás.

—Algún día... ¿cuándo? No hay quien le aguante, en cambio tú...

De pronto el timbre del teléfono instalado en el pasillo, corta la conversación de ambas.

Eguskiñe, que está terminando de hacerse su cama, deja lo que está haciendo al oírlo y se dirige al pasillo, descolgándolo.

—Sí, ¿quién es? —se escucha un silencio. Mientras tanto amama y Maite, también han dejado de hablar escuchando, para saber con quién habla Eguskiñe.

—Eduardo, qué alegría!... Bien, bien... ¿Y vosotros, tu mujer, tus hijos?... —se queda escuchando.

Amama, que ha oído el nombre de su hijo, el que vive en California, sin terminar de coser el botón de la camisa de su nieta, deja ésta encima de la mesa y se dirige al teléfono, emocionada.

—¡Sí, tiene que ser él, tu tío!

Maite ha oído hablar mucho en el caserío de él. Fermín era amigo suyo y cuando le da por relatar sus juegos de niños, y cuando iban a la escuela juntos y las piras que hacían a amama le divierte, pero a Maite le aburren. Ella sólo recuerda haberlo visto en un par de ocasiones de pequeña y la última vez fue hace unos diez años, piensa en pocos segundos.

—¡Mi hijo Eduardo, alabado sea Dios! ¿Qué te dice, qué tal está? Llamará para felicitarnos las fiestas. ¡Qué alegría! ¿Que dice de mis nietos...?

Eguskiñe le hace un gesto con la mano de que se calle, porque no oye muy bien.

—Sí, sí, también viene tu hermano de Madrid... Al hotel ni hablar, ya hablaré con Fermín, él tiene sitio... ¿Cuándo?... ¿Dentro de una semana?... ¡Ay, Jesús!... No, no, todo lo contrario, ya nos arreglaremos... ¿Qué cosas tienes? De gastos ya hablaremos... Te paso a amama, que me quiere quitar el teléfono, agur, recuerdos para todos... sí, lo mismo.

Amama se pone al teléfono y durante varios minutos no cesa de hablar, está tan emocionada... sus tres hijos y todos sus nietos juntos, un milagro poder verles a todos reunidos.

Cuando cuelga el teléfono y como si le hubiesen quitado diez años de encima, con la cara resplandeciente de felicidad exclama:

—¡Gracias a Dios! ¡Por fin me ha escuchado, todos juntos, reunidos en la cena de Navidad!

—Todos, no —dice Eguskiñe al oír a su madre.

Por unos momentos ha sido ella también feliz, escuchando a su hermano, pero de pronto siente la presencia junto a ella de su marido y la de su hijo, y de la alegría pasa a la tristeza más profunda.

Amama habla y habla de cómo preparar tanta cena, y las sillas y qué mesa van a necesitar, queda muy poco tiempo para tanto preparativo.

Los dos cabritos que hay en la cuadra y un par de gallinas para hacer un buen caldo, compota, hace inventario de lo que tiene y empieza a enumerar lo que tienen que comprar.

Maite pregunta extrañada qué es lo que pasa para que amama esté tan alterada.

—¡Qué vienen los californianos, toda la familia! —dice Eguskiñe animada al ir contando el número de familiares que serán en total y de pronto se desploma en una de las sillas de la cocina al sentir el trabajo que se les avecina.

—¿De dónde saco yo tanta vajilla, cazuelas, vasos...?

Maite, naturalmente se pone también a contar los platos que tendrán que fregar y con la tijera en la mano, interrumpe la acción de cortar el hilo sobrante que cuelga del botón de su camisa y con la cara de susto, exclama:

—¡Conmigo no contéis para fregar todo!

Amama marca un número de teléfono y habla con Fermín.

—¡Ya está, Fermín nos echará una mano, viene para aquí dentro de un par de horas...! ¡Dios bendito que ha escuchado mis plegarias de verles a todos reunidos antes de mi muerte! ¡Qué alegría! ¿Te acuerdas cuando estuvieron aquí la última vez, Eguskiñe?

A Eguskiñe no le molesta que vengan todos, pero de pronto siente que el jaleo que se le avecina no es pequeño. Quiere a sus hermanos y sobrinos, pero la responsabilidad de albergarles, de darles de comer y dormir, es enorme. De pronto se ha quedado como anonadada por la emoción y por la gran responsabilidad. Si algo hay arraigado en el pueblo vasco, es el miedo al ridículo y el no quedar bien con sus invitados.

Del gasto, le ha dicho su hermano Eduardo que no se preocupe, él se encarga de todo, cosa que la humilla un poco porque el orgullo vasco tampoco acepta que paguen los demás, dentro de la casa, los gastos que en ella se hacen por los invitados, aunque sean la familia. Por tanto ella pondrá los animales que tienen en la cuadra, las conservas embotadas, de tomates, pimientos, higos en almíbar, las manzanas guardadas en el camarote junto con las avellanas y, además, los chorizos de la matanza que les gustan tanto a todos. Claro que adiós cerdo; que me compren otro y yo me encargo así de hacer más chorizos, piensa mientras amama relata el menú de la cena de Navidad en voz alta.

Maite no siente la misma alegría que su amama ni la responsabilidad de su ama, ante la avalancha de tíos, tías y primos que se avecina en el caserío.

—Tendré que darles mi habitación, tendrán que dormir por los suelos, por lo menos son diez y aquí sólo sobra una cama... Como no los pongáis en el pajar arriba, en el camarote, claro que con las rendijas que tienen y el frío que entra, se mueren de un catarro... Yo no friego, me niego a ser la criada.

Lo ha dicho con remango y cara enfadada saliendo de la cocina y regresando enseguida.

Pasados los primeros momentos de euforia, amama y Eguskiñe de pronto sienten que se les avecina una gran responsabilidad, sobre todo porque no tienen sitio para albergarles a todos, cosa que les hubiera gustado. Eso de que tengan que ir a dormir a otra casa no les gusta, ¿qué dirán el el pueblo? ¿Que no tienen camas? Claro que las tienen, piensa Eguskiñe, pero las justas, sólo hay una de más, la de su hijo Mikel, pero hasta diez... piensa preocupada.

Amama en lo único que piensa en este momento es en darles de comer y en el aceite que necesitarán, que hay que comprar pan, el azúcar y demás productos que no tienen en casa.

Amama sale de la cocina y al poco rato regresa a la misma dejando encima de la mesa un rollo de billetes de banco.

Eguskiñe está sentada en una silla con los brazos encima de la mesa, se queda mirando el fajo de billetes y luego alza la mirada sobre su ama. Coge el fajo y con la mirada, sin mediar palabra, pregunta qué significa aquéllo.

—Tengo veinte mil duros ahorrados hace mucho tiempo, por si hicieran falta, y ahora nos van a hacer falta.

Eguskiñe mira el fajo y se siente aliviada.

—No soporto quedar mal y si es por dinero, menos, una cosa es que en casa todo queda tapado y otra que crean que somos unos pobres. El caserío a pocos ha hecho ricos, pero que nos crean pobres... ¡Hasta ahí podíamos llegar!... —exclama Eguskiñe en tono de enfado mirando a su ama.

—¿Veinte mil duros?... ¿Y nos los vamos a gastar sólo en comer después de matar a los animales?... ¡Desde luego...!

Dice enfadada Maite pensando en los conjuntos tan bonitos que ella podría comprarse con ese dinero, para que luego encima engorren todos y tengan que arrepentirse después de haber comido teniendo que ponerse a régimen. Eso lo dice en voz alta y agrega:

—Que se pongan ahora y ahorramos dinero.

—Qué sabrás tú de estas cosas. Calla y termina de arreglar las habitaciones, que tenemos poco tiempo para pintar y arreglarlo todo, hace años que no le damos una mano de cal a todo y pintura en las ventanas. Esta misma tarde daremos comienzo. Javi pintará las ventanas y yo encalaré las paredes. Tú, amama, vete haciendo la lista de la tienda para ir teniendo todo antes de que lleguen. Habrá que lavar sábanas y manteles, que de estar tantos años sin usar se habrán que-

dado amarillos. ¡Manos a la obra! —concluye levantándose de la mesa con el dinero en la mano.

Amama está feliz y en su salsa, el sueño de ver a todos sus hijos y sus nietos reunidos, de pronto parece haberle dado alas en los pies.

Maite, en cambio, piensa:

—Sí, no está mal, pero vaya rollo, y menudo jaleo... Se pasarán el día comiendo y hablando y yo, mientras, fregando, fregando... Pero eso se acabó, o friegan ellos, mis primos también, o yo me niego, qué se han creído, que yo voy a ser la fregona de todos, ¡ni hablar!

\* \* \*

La mañana se va despejando y el sol brilla sobre la blanca helada transformando el paisaje. Lo que antes se veía cubierto de escarcha, va dando paso al verde brillante de la hierba húmeda, exuberante.

Lejos se ha ido la niebla y el día se ofrece resplandeciente y hermoso en la aldea que despierta a un nuevo día radiante de sol.

Por la tarde, dentro del caserío de los Olabbarri, la casa anda revuelta; ha dado comienzo la remodelación de pintura, el trabajo de mover muebles y la familia entera trabaja con afán, poniendo los cinco sentidos en lo que hacen. Eguskiñe se ha puesto una bata vieja y un pañuelo en la cabeza para no mancharse de cal.

Javi, con unos guantes viejos de goma, trata de no mancharse las manos de pintura color verde, y amama con cubos de agua y una fregona, recoge la cal que Eguskiñe, a pesar de sus cuidados, va derramando sobre el viejo entarimado cubierto de cera.

—Con lo que cuesta fregar este suelo y darle cera... Cuando gane yo dinero...

Se queda con la frese suspendida Maite que reniega ante los inconvenientes que supone mantener limpio un caserío antiguo.

—Los Rotaetxe lo han arreglado y han puesto hasta calefacción central, un lujo amama, pero nosotros pobres, contentos que no se caigan las vigas al suelo y tengamos entonces que vivir en la calle. Porque los pisos están alquilados, ¿y quien los echa?

Para Javi, que escucha a las mujeres sin intervenir, este comentario que hace su hermana no es de su agrado, ¡ni en broma se iría él del caserío!

—¡Qué manía tenéis con la limpieza! Si con una mano de pintura y un poco de cal queda fenómeno. Además, estas vigas, ya quisieran las de hormigón durar lo que éstas... ¡Desde luego, tías...! A ver si cor-

táis con lo de pobres, que yo bien orgulloso estoy de ser un Olabari, con un caserío del mismo nombre, muchos de los que viven en Euskadi darían millones sólo por apellidarse como nosotros —dice con orgullo ancestral.

Javi es de pocas palabras, pero estos comentarios repetidos bastante a menudo, no hacen más que sacarle de quicio. No entiende a las mujeres, ¿por qué se preocupan tanto por el rollo de la limpieza todos los días? Qué si la cera, que si las cortinas... Así están de amargadas.

Amama interrumpe la labor de fregar con la fregona y le responde:

—A ti te da igual dormir en el camarote entre paja, que entre sábanas bordadas, todavía vives en estado primitivo, como nuestros antepasados.

—No veo por qué tenemos que cambiar, el progreso poco bueno ha traído a esta tierra y a otras; tanta máquina, tanta industria, que están bien, yo no digo que no, pero ¿a cambio, qué? ¿Qué le hemos dado nosotros? Sabes tú? —dice señalando a Maite que va colocando cosas de una lado para otro.

Maite le mira y no comprende lo que quiere decir.

—Tú, un poco chiflado ya estás, cualquier cosa... —le responde su hermana en actitud de que le parece un poco loco.

—¿Te parece poco la libertad? Eso le hemos dado al progreso los hombres, somos esclavos de la máquina del progreso, del ordenador, que nos dice hasta el último de nuestros secretos con apretar un botón, pero tú, con mirarte al espejo ya tienes bastante.

A Eguskiñe esta salida de su hijo también le sorprende, de un tiempo a esta parte. Lo ve cambiado, ella piensa que son consecuencias de la edad, se le ve todo un hombre, pero estas reflexiones le parecen más bien las de un loco.

—¿Qué habríamos hechos nosotros sin el dinero que tu padre ganaba en Vidrieras de Llodio? Cuando tuvieron que cerrar la fábrica y se fueron todos al paro... ¿diles a esas familias que es mejor vivir en taparrabos o en una buena casa con coche? Al progreso no se le puede hacer ascos, gracias a él vivimos, lo otro son sueños y de sueños no se vive. ¿Qué sabes tú de ir a la tienda y no tener ni para pagar el pan? Me quedo con lo seguro.

Javi, al ver que no le comprenden ni su madre ni su hermana, dirige hacia su amama la respuesta:

—Tú, amama, has vivido en el caserío siempre, ¿a que no lo cambiarías por el mejor palacio?

Amama reflexiona unos segundos y responde:

—La verdad es que cuando era joven, pretensiones ya tenía, pero ahora quiero morir aquí en la casa de mis antepasados —responde cogiendo el cubo y llevándose lo para la cocina para cambiar el agua que está sucia.

—¡Yo me iría ahora mismo! ¡Qué frío tengo! a ver si acabas pronto con esa ventana y la podemos cerrar, porque tío, de esta me va a caer, no un catarro, sino una pulmonía, a lo mejor así no tengo que fregar — dice un poco mahumorada Maite, no le gusta lo que está haciendo, prefiere estudiar en el colegio que fregar en el caserío. ¡Vaya vacaciones, se las pasa siempre trabajando! —piensa malhumorada.

—Sí; a ver si acabamos esta habitación, que hablando se pierde el tiempo... Acércame ese trapo que se me ha caído en la cara una gota de cal.

Maite acerca un trapo a su madre y ésta se seca la cara.

En este momento llega Fermín y con la mejor de sus sonrisas, exclama:

—¿Qué hay que hacer aquí?

—¡Vaya pregunta, tío! ¿No se nota? —le responde Maite un poco enfurruñada.

—Dame esa brocha, Eguskiñe, esto es cosa de hombres —dice Fermín mientras se quita el chaquetón de paño y se dirige hacia Eguskiñe quitándole la brocha de la mano.

—Como el Soberano, «cosa de hombres», y de mujeres, lo de blanquear, llevo blanqueando el caserío un ciento de veces y hago el mismo trabajo que un hombre, ¡machista!, pero conmigo no te vale, valgo yo más que muchos hombres del pueblo, ya quisieran algunos ganorabakos (8) llegarme a la altura del zapato.

Le responde con remango a Fermín dándole la brocha, la verdad es que en el fondo es el trabajo que menos le gusta hacer del caserío, piensa Eguskiñe.

—Javi, en Euskadi el matriarcado (9) nos ha traído y nos sigue tra-

---

(8) Ganorabakos: Vagos en vasco.

(9) Matriarcado: Ha podido comprobarse que la mujer vasca tiene una vinculación especial en el fenómeno religioso, especialmente en el culto con los muertos desde la prehistoria. En pleno siglo xx seguía aún desarrollando el papel de sacerdotisa, que debió desarrollar con más autoridad en épocas pretéritas. También se han comprobado estas vinculaciones de poderes transnaturales en el folklore: es hada, adivina, provocadora de maleficios, poseyendo incluso facultades de dar o quitar la vida con sus artes.

yendo de cabeza a los hombres, no hay quién pueda con las mujeres vascas —le dice Fermín.

Javi ha terminado de pintar la ventana de color verde y se dispone a recoger la brocha y el bote de pintura, mientras le contesta:

—A mí el matriarcado me parece bien, siempre que no se pasen, no sé como aguantas a mi ama, yo ya le había mandado a la porra.

Javi comprende la devoción y el respeto que siente Fermín por su madre, con los desaires y desprecios que ésta le da. Claro, si hasta a sus hijos le cuesta darles un beso, este tonto lo tiene más crudo que la vaca que está pastando en la huerta —piensa para sí.

—Javi, tú ya eres un hombre, ¿qué pasa, es que no te gustan las mujeres? —le pregunta socarronamente Fermín con gesto malicioso interrumpiendo su labor de blanquear durante unos segundos.

—Claro que me van las tías, no te jode... pero como sean igual de marimandonas que mi hermana y mi ama, me quedo soltero, que buey solo bien se lame y a ti no te manda nadie, haces lo que quieres sin dar explicaciones.

Javi deposita un periódico cerca de la puerta, en el suelo y pone encima el mismo bote de pintura y la brocha para iniciar la pintura de la puerta.

—A tu edad es fácil hablar así, pero a la mía... además una mujer te da fuerzas para luchar y cuanto más te desprecia te conviertes en toro bravo (10).

---

En la mitología es donde se puede encontrar mejor los exponentes más claros de la importancia de la mujer vasca antigua. En la mitología vasca el Numen astral es de sexo femenino y su nombre es Mari o Maya. Ella hace funciones de oráculo, guía de fenómenos climatológicos (si tenemos en cuenta que Euskadi es fundamentalmente un país agrícola), ella es en suma, la naturaleza o una personificación de ésta.

Mari hace de juez, castigando la mentira, la falta de ayuda al prójimo, haciendo cumplir la palabra dada, de igual manera transmite misterios y conocimientos a la mujer.

Adorada y a la vez temida, los señores de Bizkaia la consideraban.

Todavía en el siglo xx se realizaban sacrificios públicos en su honor.

(10) Toros: La afición del pueblo vasco por los toros es notable debido a que hasta hace poco es nuestras montañas pacían grandes rebaños de reses bravas. Las vísperas de fiestas iban allí grandes grupos de cazadores, esta caza del toro tenía como fundamento alimentarse de su carne, creando posteriormente la fiesta taurina en nuestro pueblo.

Por el año 1135 se celebró la primera corrida de que hay noticia la de Varea (cerca de Logroño), entonces ciudad vasca.

En el siglo xiv aparecen varios toreros en Bizkaia y Navarra.

En el siglo xvii nuestros toros salen a torear fuera de su tierra y en el siglo siguiente es el mayor florecimiento de nuestra lidia.



Javi no le entiende por lo que no le contesta. Cuando termine se irá al mesón a echar una partida de bolos con sus amigos y las mujeres que esperen.

Amama entra en la habitación de nuevo y al ver la cantidad de cal esparcida por el suelo, monta en cólera:

—¿Pero tú te has creído que también hay que blanquear la tarima? Cuando yo blanqueaba, ni una gota se me caía, ¡Anda, dame esa brocha que te voy a enseñar cómo se hace!

Con todo el remango que puede, le quita la brocha introduciéndola en el cubo de la cal y con cuidado la escurre un poco y, despacio, la acerca a la pared continuando por donde Fermín ha dejado de encalar, sin derramar una sola gota.

—¡Así! ¿Has visto? ¡Ni una gota!

Fermín, un tanto cortado pero tranquilo, sin perder los ánimos le responde:

—Contigo, amama, al fin del mundo ¡Qué garbo y qué salero cogiendo la brocha!

Amama, que intuye en el tono un deje malicioso, para de blanquear y se dirige hacia él con la brocha levantada amenazadoramente.

—Amama, sólo quise decir, que si la otra la cogía con el mismo remango...

Javi se echa a reír al ver de nuevo la expresión de su amama, reflejada en su rostro de un fingido enfado, esta vez persiguiendo por la habitación a Fermín.

—¡Verde, más que verde! —le va recriminando amama, mientras Fermín, riendo, le sigue la broma.

—¿Qué pasa con el verde, es que no te gusta?

Entra Eguskiñe en la habitación al escuchar la última frase.

Los tres, amama, Javi y Fermín, de pronto deponen su actitud de risa y de broma, reanudando lo que estaban haciendo con disimulo, no pudiendo contener la risa.

---

El pintor Goya immortalizó en su obra pictórica el Estudiante de Faldes y a Martincho. Los toros que pinta Goya son ejemplares de nuestra raza pirenaica.

Con toros navarros llevados por Hernán Cortés, se forman las ganaderías mejicanas de Atenco y Parangüeo. El gran torero Rafael, (el Gallo), afirmaba que torear un toro de Atenco, era como hacerlo con un Karrikiri.

De nuestro antiguo torero quedaba aún restos como la sokamutuña, el encierro de Pamplona, etc... Los mulilleros conservan aún la vestimenta de nuestros pelotaris: pantalón y camisa blancos, faja roja y alpargatas.

El famoso escritor, especialista en toros, José M.<sup>3</sup> Cossio, afirma que la lidia de toros tuvo su origen geográfico en el País Vasco.

—Precioso, eso decíamos, precioso tenía que ser ver a amama...

Dice Fermín con retintín, mientras la aludida le mira y no sabe si echarse a reír o darle con la fregona.

Javi sale de la habitación y se aleja riéndose a carcajadas por el pasillo.

Eguskiñe, al ver el suelo lleno de cal, se enfurece y arrebatándole la brocha le dice:

—Dame la brocha y vete a ordeñar la vaca.

Eguskiñe le arrebatata con remango la brocha y amama, con la mano, maliciosamente le dice:

—Remango, remango... el de Eguskiñe, ¿no te parece, Fermín?

Este le responde en el mismo tono malicioso:

—Si así maneja la otra... la boca agua se me hace sólo de pensarlo.

—¿Qué dice este inútil?... ¡Vaya suelo! ¡Vete de mi vista! Que sabe blanquear... ¿a esto le llamas tú saber?

—Ya lo creo que tú sabes... —le responde Fermín, saliéndole los ojos por las órbitas y con una sonrisa de lado a lado.

Amama se tiene que dar la vuelta para ocultar la risa delante de su hija.

—¡Este Fermín tiene cada ocurrencia... —piensa divertida.

\* \* \*

En un par de días de duro trabajo el caserío de los Olabbarri ha quedado completamente encalado de blanco, las ventanas y puertas de color verde, bien fregados sus suelos y la ropa, sábanas, manteles, etc., dispuesto en los cajones de los armarios roperos, limpia y bien planchada.

La familia está, a medida que se acercan las fiestas de Navidad, nerviosa ante la próxima llegada de sus parientes y cansadísima por el esfuerzo realizado.

Fermín ha dispuesto en su caserío tres habitaciones para alojar en el mismo a la hora de dormir a los familiares de Eguskiñe.

Su hermana mayor se ha encargado de todo lo referente a la disposición de tener las habitaciones bien dispuestas y calientes encendiendo varias estufas de butano, ya que las mismas, de no usarlas y carecer de calefacción central, estaban frías como los témpanos.

\* \* \*

Hoy ha tocado sacrificar los animales para la cena de Navidad, cosa que hace Fermín en la cuadra ayudado por Javi, mientras Eguskiñe con Maite han ido a Llodio a comprar varios detalles de última hora: turrón del duro y del blando, almendras, piñones, pasas, higos secos, que tanto le gustaban a su hermano Eduardo, de California. Una camisa para Javi, una chaqueta para Maite y para amama una toquilla de punto hecha de ganchillo, color lila. Amama es de las que el luto les gusta poco, sus vestidos son a la antigua usanza, de color negro con florecitas blancas, de algodón, hasta media pierna, manga larga y fruncido en la cintura, abierto por la pechera con unos botones negros y cubriéndole el vestido siempre un delantal negro por la tarde y cualquier otro color para hacer las labores de la casa, cocinar, fregar, etc.

Por eso a Eguskiñe le ha recomendado bien que la quiere de color lila, no gris como la anterior, esa la hace más vieja, le ha repetido varias veces.

Llodio está a unos diez kilómetros de Oquendo.

Eguskiñe conduce su viejo Ford Fiesta de color beige, abstraída en mil pensamientos, ajena al paisaje exuberante. Es temprano aún y hoy también ha helado, la temperatura está por debajo de cero, la calefacción del coche hace tiempo que se estropeó y está a la espera de arreglarla. Como tantas cosas, piensa Eguskiñe, que se calienta una mano mientras exhala aliento y después repite la misma operación con la otra, sin dejar de sujetar el volante. Maite, somnolienta aún, va encogida en el asiento, tapándose las piernas que van cubiertas con vaqueros, con un abrigo de paño negro, —a las jóvenes les ha dado por llevar prendas negras, moda que no comparte amama que dice que el negro es cosa de viejas—, regalo de Fermín el día de Reyes del año anterior. También lleva unos guantes de lana rojos y una bufanda del mismo color, estas prendas regalo de su hermano Javi, alrededor del cuello.

La carretera es estrecha llena de curvas con fuerte ascensión entre pinares y caseríos esparcidos y alejados unos de otros (11).

---

(11) El Caserío: El caserío es alma de Euskadi y sus montes el cuerpo que lo sostiene, desde siglos inmemorables y sus moradores protegidos por las montañas, parecen estar viviendo aún en el pasado, no gustándoles la palabra «Progreso». Antes que aceptarlo prefieren ver cómo a los otros les va. Poco amigo de aceptar los cambios no cree que la felicidad consiste en el mismo.

Se aferran como el musgo a la roca, a las ideas que les transmitieran sus mayores, pero cuando deciden por fin adoptar algo nuevo, lo transforman lo mejor que pueden y ya no lo abandonan. Lo prueba el hecho de ser Euskadi el último pueblo que aceptó el cris-

No hay tráfico, apenas un coche que otro cruza de vez en cuando. Eguskiñe va atenta al volante en la subida, entre montes, zarzas y matorrales adosados a ambas orillas, hay varias curvas cerradas con hielo, peligrosas. A la izquierda, casi en el alto, ven a un joven que salta para entrar en calor, con cazadora, pantalón de paño y la cara congestionada por el frío. Le hace señales de autoestopista.

---

tianismo, pero no es menos cierto que, con mayor entusiasmo ha defendido la fe por todo el mundo repartida por esos miles de misioneros insignes.

La tradición es la forja de que está hecho este pueblo primitivo, sin ésta carecen de sentido las leyes de la Democracia vasca, cuando ésta se practica desde tiempos inmemorables. Este hombre primitivo ha buscado siempre su libertad a través de su historia y cuando le ha sido negada se convierte en bárbaro. Este alma, forjada de soledades poco amante de muchedumbres, hace su hogar en los lugares más inhóspitos y remotos porque saben que a los ladrones, ya sean de almas o de haciendas, no les gustan los lugares solitarios.

Huyen del hacinamiento de las ciudades, sus cuatro paredes humildes, de piedra, son su fortaleza, su categral espiritual, constituye el caserío para él.

Su espíritu reservado al igual que su casa, han de estar lejos de las miradas de curiosos, es fácil encontrar entre los valles de Euskadi, dos caseríos unidos por la pared medianera, cuyas familias no se hablan desde tiempos inmemorables, habiendo olvidado la ofensa que originó esta enemistad.

En la más remota antigüedad se calcula que los vascos tuvieron esta tendencia de vivir alejados unos de otros, de ahí su difícil localización.

Su espíritu independiente, su apego a la libertad, su individualismo, está forjado a través de los siglos, transmitiéndose de generación en generación. De ahí nace, convertido en patriotismo con orgullo nacional el que ningún pueblo puede igualarse a ellos.

Precisamente de estos caseríos aislados se nutre el pueblo vasco de ese espíritu de independencia y libertad que le distingue, junto con su personalidad, su idioma y sentimiento de nación.

Este caserío vasco, que puede llamársele de varias maneras, *etxealde*, *etxeondo*, *etxebazterra*, *baserri*... es el verdadero santuario de la raza vasca. En torno a su fuego se repiten los cuentos ancestrales, las canciones conservan su pureza. Los ritos, las tradiciones, costumbres, supersticiones, viven junto con sus moradores entre los muros anchos de piedra.

Al igual que el Arca de Noé, tiene un doble carácter familiar, guarda dentro de él a sus queridos animales domésticos, se nutre de sus huertas que le dan el maíz, trigo, frutas que dan justo para el sostenimiento familiar. Su suelo abrupto y la posición montañosa del terreno, lo hacen más duro aún para la supervivencia, de ahí también la rudeza y la fuerza de sus moradores.

En Euskadi no ha habido feudalismo, nadie es más que nadie, estas pequeñas repúblicas independientes consituyen su democracia.

La familia es la columna de la organización vasca a pesar de este carácter individualista, su regla no es la de «cada uno para sí y Dios para todos», sino: «cada uno para su familia y su familia para todos». Por tanto no es la familia la que otorga al individuo su personalidad social.

Maite, al reconocer al joven, con furia le pide a su madre:

—Acelera, ama, ese asqueroso es un herribatasunero, le conozco bien.

Eguskiñe, al oír las palabras de su hija, un pensamiento cruza veloz por su mente.

—Ganas me dan de matarlo y tirarlo por el barranco que hay enfrente. Mira por el espejo retrovisor y no se ve a nadie, tampoco viene nadie de frente. Un sudor frío le recorre todo el cuerpo. De pronto siente que sería capaz de hacer una locura. Pero algo así como un reproche interior, le hace cambiar de idea en décimas de segundo.

Abre la ventanilla y el aire frío parece despejarla un poco alejando el deseo de pasar su viejo Ford Fiesta por encima del joven.

Al llegar a la altura del muchacho, en tono de voz lo más fuerte que puede, le dice:

—¡Asqueroso, hijo de puta, apártate que te mato!

El joven, sorprendido ante las palabras amenazadoras de Eguskiñe y porque se le ha acercado tanto que tiene que dar un salto hacia atrás, una vez recuperado del susto le increpa, mientras el coche se aleja:

—¡Gilipollas, cabrona, por poco me matas!

—Lástima que no sepa matar, a mí no me han enseñado a hacer eso y da gracias a que tengo familia y creo en Dios...

Le contesta por la ventanilla, mientras acelera el coche, que aunque tiene el pie puesto a tope en el acelerador, éste no sube a más de sesenta kilómetros por hora.

---

La Revolución francesa declaró que «cada hombre un voto».

Los vascos que siempre fueron revolucionarios lentos, ya habían decidido siglos antes que cada fuego de hogar fuese un voto, porque en cada hogar había un parlamento donde se debatían los problemas importantes de la familia hasta llegar a un acuerdo. De esta manera consiguieron hacer más estable su organización política. Porque en cada casa había tantas opiniones como familias, y en cada Junta General (llámese Congreso), tantas opiniones como Municipios.

La llamada nobleza universal originaria de los vascos, es una de las instituciones más democráticas que existe, ésta no se adquiría por concesión real, sino que era conferida por la Casa Solar.

Cuando un vizcaino quería demostrar su hidalguía, no tenía que demostrar que descendía de tal familia noble, sino de la Casa Solar de donde radicaba. Este concepto vasco de nobleza es, pues, diferente en todo al de otros pueblos europeos, no dependiendo de las hazañas o méritos de unos antepasados, sino del principio estable de que la familia es hidalga porque noblemente fue constituida y en ella vive.

Para el euskaldun (caserío) vasco-parlante-vasco, la casa, el caserío, tiene una dignidad propia superior a la del hombre y su posesión le confiere una nobleza moral.

Cierra Eguskiñe la ventanilla, jurando y desahogando su ira de esa manera.

—¡Qué sepamos todos en el pueblo quién es ETA y de Herri Batasuna y que encima anden chuleándose de nosotras delante de nuestras narices, tiene gracia! En cada pueblo todos los conocemos, menos la Policía, por lo visto, ellos deben de ser tontos... Muchas veces me pregunto quién está detrás de todo esto. Si quisieran, en veinticuatro horas acababan con todos, pero para que, si mientras hablan y hablan en la radio y en la tele, ya no hay otra cosa en qué pensar... ¡Pobrecitos huérfanos, pobres madres, pobres, pobres...! Pero nosotros, las víctimas, somos la tapadera de Dios sabe qué... —dice Eguskiñe mirando de frente, como si con su mirada quisiera taladrar los árboles majestuosos que cubiertos del blanco parecen novias dispuestas para ir al altar.

—Ama, tranquilízate, tenemos que vivir y con matarlos no se arreglan las cosas. Llodio está lleno de herribatasuneros, fanfarrones que lo celebran cuando ETA mata. La pena es que a ellos nadie les devuelve el tiro en la nuca. Son unos cobardes. A mí me ligó uno de ellos, me dio tanto asco que no quiero acordarme de ellos. Voy a poner la radio.

Maite quiere cambiar de tema, este incidente le ha llenado de tristeza. Ya han subido al alto y ahora tienen que bajar entre curvas de nuevo cerradas. Se ven algunos caballos pastando entre la escarcha y Maite piensa:

—A veces quisiera ser como los animales, ellos no odian, no matan, sólo se preocupan de comer, dormir y aparearse. ¡Qué felicidad vivir sin odio!

Entre ruidos de mal sincronizada, la radio emite una canción de MADONA. Maite trata de concentrarse en la música, pero apenas puede, las lágrimas pugnan por fluir de sus ojos y aunque hace verdaderos esfuerzos por contenerlas, éstas se deslizan suavemente por su mejillas, como el torrente que nace de la montaña suavemente en su nacimiento, aumentando su velocidad a medida que desciende por la pendiente de la montaña en busca del mar.

Maite deja que se deslicen por su rostro hermoso de joven inocente que madura con rapidez ante tanto sufrimiento. Echa mucho de menos a su aita (padre en vasco, cada día más, y a su hermano. Este pequeño incidente ha abierto las heridas sin cicatrizar de nuevo, poniéndola triste y depresiva.

Eguskiñe, con el rabillo del ojo, le ve llorar, y fingiendo que no le ve, siente aumentar el odio, la rabia dentro de su alma. No sólo a ella le han quitado un hijo, a su ama un nieto, a sus hijos un hermano y a sus amigos un buen amigo.

—¡Cabrones, cabrones, juro...! Algún día tendréis que acordaros de mí —piensa para sus adentros mientras frena con cuidado antes de entrar en una curva cerrada y peligrosa.

De frente tiene un BMW azul marino y ambos al cruzarse extreman sus precauciones.

Una vez salida Eguskiñe de la curva, le dice a su hija en un tono que quiere ser suave, pero que no lo es porque apenas puede hablar, sin romper a llorar:

—Cuando llegemos vamos a tomar un café con leche y unos bollos de mantequilla, ¿qué te parece?

Maite se da cuenta del esfuerzo de su madre por contenerse y aparentar normalidad y haciendo ella también un esfuerzo similar, le responde:

—Como quieras, ama.

\* \* \*

Amama está realizando las labores de la casa, anda nerviosa, olvidándose en varios momentos a qué ha ido a este lado de la habitación o al otro lado de la misma.

¡Ay, los años, las emociones!... Antes os dominaba yo, pero ahora me lleváis como el alma al diablo de una lado para otro. No sé a qué he venido aquí. Tengo el aparador enfrente y como éste no adivine mis pensamientos... me parece que si pudiese hablar se reiría de mí. ¡Ah, ya sé! —parece recordar de pronto—. Tengo que buscar unos tapetitos de ganchillo que hice el año pasado y los tengo guardados. A ver.

Abre el primer cajón del aparador y un olor a manzanas se desprende de su interior. A amama le gusta meter dentro de los armarios y junto a la ropa, varias manzanas para perfumar la misma. Revuelve dentro del primer cajón y, entre varios manteles de cuadros grandes y servilletas bien limpias plegadas, descubre los tapetitos. Al ir a sacarlos, algo sientes sus dedos ágiles que tocan y, curiosa separa bien con cuidado la ropa y saca una fotografía antigua con un marco de madera tallada que para evitar viejos recuerdos que la hacen sufrir, prefiere que esté guardada con mimo, bajo el montón de ropa, pero una vez

que ha sentido su contacto no puede resistirse y la saca a la luz para contemplarla. Con ella en la mano, de pronto olvida donde está y la fecha en que vive para trasladarse al día en que fue realizada dicha fotografía.

Sentados en la huerta, frente a la fachada del caserío con la ropa de la labranza y las azadas de cavar la huerta en la mano, su marido, ella junto a sus tres hijos vivos, dos se le murieron uno con un mes y otro con dos años. Su marido y ella muestran una sonrisa.

¡Qué tiempos! La posguerra... Cuánta hambre había en Euskadi, pero nosotros para vivir teníamos. Cuando comenzó la guerra éramos novios, cuando tuvo que alistarse Genaro para ir al frente. Primero con los rojos, luego con los nacionales, por venir a verme se encontró con que el caserío era zona nacional. Que ganorabako. Con la emoción no se enteró de donde estaba, ¡qué sabíamos nosotros de guerras...!

Cuando acabó la guerra nos casamos con lo puesto.

—La cama de mis padres y cuatro aparejos, ese fue nuestro ajuar, y este caserío de mis padres que arrojó nuestros amores.

Abraza con ternura la amarillenta fotografía y siente tan cercanos y tan vivos sus recuerdos, que parece que el tiempo se detuvo en ese momento de su vida.

—Fue un sueño, un minuto, un siglo... ¿o tal vez nunca sucedió? piensa con la fotografía en sus manos aprisionada en su pecho, donde su corazón late emocionado ante tantos recuerdos golpeándole el pecho.

—¿Es posible que parezca que fue ayer? En este momento todavía recuerdo la voz de mi marido cuando su hermano, para estrenar la máquina de sacar fotos que compró en Artecalle, en Bilbao, nos puso frente a ella.

—Que yo rompo la máquina —decía en tono de humor Genaro.

—El se creía feo, pero para mí no hubo otro hombre —dice amama en voz alta, contemplándose en el espejo del aparador, volviendo a la realidad—. María, ya no eres la joven de la fotografía, tu cara, tu cuerpo... —piensa, mientras con tristeza se contempla de arriba a abajo—. ¡Qué lástima que todo tenga que acabar... si una pudiera detener el tiempo, me quedaría con este momento... —repite en voz alta, separando la vieja fotografía de su pecho, pasándole la mano, acariciándola con cariño infinito y guardándola de nuevo en el mismo lugar—. Antes me querían por lo guapa y trabajadora que era,



ahora por los consejos y mi sabiduría de vieja; no debo quejarme, la vejez es eso, sabiduría.

Con los tapetes en la mano vuelve a la realidad, y las piernas de pronto se resienten, advirtiéndole que no son las mismas que podían sujetar y abrazar a dos hijos a la vez, a un hijo dándole el pecho con un brazo, y con el otro brazo consolando a Eguskiñe porque le había pegado.

—Amama, amama, ¿dónde estás? —pregunta Fermín al no sentir sus pasos ni ruido alguno por la casa, preocupado.

Amama se sacude la cabeza, como tratando de alejar los fantasmas de ese pasado tan próximo y volviendo a la realidad, contesta con un hilo de voz a Fermín:

—Aquí.

Fermín no le oye y vuelve a preguntar, esta vez inquieto:

—Amama, ¿estás bien?

—Claro. ¡Vaya pregunta!

Fermín se tranquiliza al oír la voz fuerte de amama, ese mismo tono le indica que no sucede nada, tranquilizándole, desde la cocina.

Entra la amama en la misma y con la mejor de sus sonrisas, exclama:

—¿Ya habéis matado a los animales?

—Preciosos han quedado, amama, dos conejos con sus grasas cubriendo bien los riñones, dos gallinas, las más viejas, pero rollizas, y un cabrito que es una bendición, mira... —le dice indicando los animales muertos antes mencionados sobre bandejas blancas de loza cubriendo los cadáveres, que con gesto de triunfo descubre Fermín para que amama los contemple. Le mira con ansiedad, con mirada seria hasta ver la reacción de amama.

Amama, con gesto triunfal en su rostro, muestra su orgullo y satisfacción, felicitándole sincera:

—Fermín, eres un genio, bien sangrados y bien limpios, ni una pluma, ni un pelo, esto bien se merece...

No le deja terminar la frase Fermín:

—Un par de huevos fritos con tocino, café y una copa de coñac, del que que tú sabes... ahora que no está Eguskiñe, ¿qué te parece? le dice con una mirada inocente y picaresca a la vez, mientras se dirige a la vieja cocina económica y con el gancho de abrir las arandelas, atiza el fuego avivándolo para poner en el mismo una vieja sartén.

—¡Quita, quita, zalamero! Ya decía Genaro, mi marido, a los hombres se les gana por el estómago, primero comer y después...

—Joder... ¡Perdón, amama, se me escapó! Con la mano que tienes aunque sólo sea para freír unos huevos, porque no creas que cualquier mujer sabe darle esas puntillitas que tú le sacas crujientes... ¿Te parece, amama, tres mejor que dos? Con la matanza... el apetito, ya sabes... —le dice con un mohín humilde, tocándose el estómago.

Amama al verle se conmueve y con un gesto maternal dice:

—No sé, no sé... pero algunos kilos de más tenemos los dos, ¿no te parece?

Dice esta frase acercando la sartén a la arandela abierta a la vez que busca la botella de aceite y derrama un chorrito del mismo dentro del recipiente.

—Este café que os ha sobrao me sirve, además está caliente. Contenta estarás, pronto todos aquí... El caserío ha quedao hasta pa recibir a un marqués... —dice esto último Fermín, con la mirada puesta a su alrededor—: ¿Y qué dices de la matanza?... Probar algo ya me gustaría, amama... —le dice mirando a los animales que acaba de sacrificar, retirándolos a un lado para poder hacer sitio y poder almorzar.

—Almorzaremos juntos, con la emoción y los nervios apenas he tomado un poco de café con leche y tengo *larri* (triste) el estómago.

Amama prepara los tres huevos con puntillas y el tocino bien crujiente para Fermín y para ella un huevo frito.

Toman asiento, uno enfrente del otro dispuestos a dar buen fin de los alimentos.

Los primeros segundos ninguno de los dos dice ni una palabra, disfrutando mojan el pan en la yema roja de los huevos puestos por las gallinas del caserío.

Amama contemplando a Fermín el placer que le produce comer cualquier cosa que ella le prepare, experimenta un sentimiento maternal dentro de su alma, que hace que mitigue un poco la añoranza que siente de tener tan lejos a sus hijos.

Amama no comprende bien por qué hay que hacerse rico y tener tantas cosas, coches y no sé qué más cosas, piensa, si para disfrutar de la vida a veces bastan unos huevos fritos y un poco de tocino frito. Un poco de cariño y la paz que dan estas paredes de piedra.

Fermín, que como aldeano que es, es un buen observador de todo cuanto acontece a su alrededor, sea para anunciar el tiempo que va a hacer, o para descubrir los sentimientos sin necesidad de palabras, siente que algo íntimo pasa por el corazón de amama.

—Te has puesto muy seria, amama, de pronto, ¿te encuentras bien?

Amama interrumpe su almuerzo y esta preocupación sincera y esos temores a que algo le pueda suceder, le ponen aún más emocionada.

—Qué bueno eres, Fermín, qué pocos van quedando como tú, que se conforman con tan poco... —suspira amama. Tomando un sorbo de café para así dominar sus sentimientos.

Fermín se siente halagado con las palabras de amama y le quiere como a una madre y piensa con amargura:

—Si mi ama hubiera sido cariñosa como ella... Amama sólo piensa en dar, tiene un corazón generoso, mi ama, que todos le diéramos. ¡Qué diferencia! Si mi aita (padre) se hubiese casado con amama, otro gallo le habría cantado al infeliz... Una buena persona, pero ella... Bueno, fue mi ama, pero poco cariño nos dio a mí y a mis hermanas. Todos trabajando para ella desde pequeños. Ordenes ya sabía dar, tenía que haber estudiado pa general, habría llevao los bigotes mejor que el General Zumalacárregui.

Amama, al sentir su mirada de cariño, le coge una mano y apretándosela con fuerza y mirándole a los ojos con sinceridad, le dice:

—Tu sabes que eres como un hijo para mí, el destino no quiso que me casase con tu padre, me impresionaba su forma de ser de rico del pueblo. Yo era muy tímida, muy poca cosa, no encajaba, ¿comprendes?

Dice esto soltándole la mano, adivinándole los pensamientos a Fermín.

Este no comprende del todo, por lo menos habría sido más feliz su aita, ¿acaso no es eso lo más importante? —piensa para sí.

—Mi aita, no sé, pero yo creo que siempre estuvo enamorado de ti, mi ama no era tonta y sabía que te había pretendido y buenos celos tenía.

—Qué cosas se te ocurren —le responde amama un poco ruborizada, es la primera vez que le oye decir semejante cosa a Fermín y en el fondo se siente halagada.

—Tú no eres tonta, si no ¿por qué crees que os pagaba bien con lo tacaño que era, cuando os compraba el ganao?... Os veía en apuros y ya sabes... El veía la diferencia de tu familia, aquí siempre había risas, bromas... En casa muchas discusiones, más de una borrachera cogía para olvidar... No fue feliz. A lo mejor no me casé porque estas cosas influyen, ¿verdad? Así que me conformé con el amor en solitario que siempre he sentido por Eguskiñe, al fin de cuentas, eso no me ha comprometido.

Dice esto último Fermín sin dejar de comer con apetito, rebañando el plato y dejándolo limpio.

—No cabe duda de que la infancia afecta, lo que se ha vivido de niño, vive con nosotros siempre, para bien o para mal. Pobre del que no tenga una buena niñez, los recuerdos amargos le atormentarán siempre, aún en los sueños. Hoy puedo ver mi infancia, a pesar de los años, con más claridad que la que pueden ver mis ojos el sol que está alumbrando. Ahora se llama frustrados precisamente a esa pobre gente. Sólo los frustrados, los que no han tenido cariño, los que odian a la humanidad pueden matar, son hijos del sufrimiento. Menos mal que otros nacen inmunizados a la maldad, como tú, que a pesar de los sufrimientos se conservan buenos y amantes de la vida. Qué diferencia entre hermanos... Caín y Abel, ellos eran pastores. Uno cuidaba el ganado y el otro... lo mató por un plato de lentejas. Desde el comienzo del hombre, siempre la muerte entre hermanos, porque en la sangre también se engendra el odio, la envidia, y éstos son los peores enemigos, porque son fruto que en la sangre llevan el veneno, los «otros», a lo mejor tienen un motivo perdonable.

El énfasis y la frialdad con que amama ha puesto en las últimas palabras, incluyendo un poco de odio en ellas, y que Fermín ha podido captar, le estremecen en el fondo, nunca había visto tan furiosa a amama al hablar así. Preocupado por la alteración que refleja su rostro, trata de calmarla. Esta vez es Fermín el que cogiendo la mano curtida de amama, trata de tranquilizarla.

—Bueno, no te pongas así, son días estos de Navidad, que las penas parecen más grandes. Hala, vamos a tomarnos una copita de coñac y echamos a los espíritus fuera.

Amama le mira y asiente con la cabeza.

—Sí, vamos a echarlo, pero con Eguskiñe no puedo desahogarme, tú lo sabes, bastante tiene, tú lo sabes, perdona.

—Amama, vamos a tomarnos una copita de este Napoleón, ¿qué te parece? *Bersolari* tenía que haber sido (12). Pero como no sé euskera tampoco...

---

(12) *Bertsolaris*: Son almas poetas que a juicio de árbitros que los califiquen componen uno de los juegos más frecuentes entre campesinos, mineros y artesanos de Guipúzcoa. Son gentes que versean sin escribir sus versos, elogiando o criticando los vicios o alabando las virtudes de sus vecinos, con libertad y magistratura intachables. Tímidos únicamente en la opinión pública. Esta costumbre continúa hoy más vigente que nunca, entre los parlantes del euskera (idioma vasco).

Termina conmovido todavía por las palabras antes dichas por amama, que le suenan a profecía o sermón de curas, trata de hacerse el simpático para tranquilizar a amama.

—No conozco esa marca, ¿y dices que es un coñac? Seguro que ese nombre es francés. Estos franceses... bien nos jodieron siempre la marrana.

—Dice amama con la botella en la mano y comprobando el nombre de la etiqueta a través del papel de celofán amarillo que lo envuelve.

—Un poco amariconados, a todo le ponen más florituras que a una novia. Fíjate que elegante. Como sepa igual que el envoltorio...

—Lo acabo de comprar en la tienda de Justo, lo he visto tan chulo que lo he comprado.

Quita el papel de celofán haciendo con él una pelota arrojándolo a la chimenea baja donde los troncos encendidos humean lentamente, para de esta manera los chorizos que cuelgan de las ristras sujetas por el techo, se sequen y adquieran ese sabor diferente a ahumado.

Las llamas enseguida prenden fuego el papel de celofán, mientras Fermín, con dos copas de cristal pequeñas en las manos, sirve una copita de coñac para cada uno.

Fermín de un solo trago como tiene por costumbre, vacía su copa, haciendo un gesto mitad de agrado mitad de...

—Hostias... ¡qué fuerte! Esto le cura a uno el catarro de un solo trago, despacio que...

Amama bebe uno pequeño para probar y asiente:

—Si, señor, un buen coñac, los viejos de vez en cuando necesitamos un trago, y como con un pie solo, mal se anda, mejor dos que uno. Estoy nerviosa, la emoción...

Amama bebe otro pequeño trago y siente una energía dentro del cuerpo que le estimula, también siente en los ojos una cierta agudeza intensa y un brillo nuevo, que hace que su mano derecha se meta dentro del bolsillo del delantal y saque un pañuelo blanco secándose los ojos humedecidos.

—Ya estoy mejor y tú, amama, ya tienes hasta color en las mejillas, pareces una *neskatilla* (jovencita en vasco).

Amama le mira con picardía, fingiéndose inocente, pero halagada.

—Calla, ganorabako, qué más quisiera yo. Un poco más de ese coñac... para los nervios, ya sabes... Esta tarde llegan a Sondika los californianos. Tengo que empezar a preparar la comida —amama mira el viejo reloj de pared de madera oscura, con grandes números

romanos e incrustaciones en nácar al que da cuerda a diario, comprobando asustada la hora.

—¡Jesús, las doce! Hora del *Angelus*.

En efecto, en ese momento dan comienzo las campanadas de las doce. Amama hace la señal de la cruz y Fermín al verle, le imita con recogimiento.

—El Angel del Señor anunció a María...

—Y concibió por obra y gracia del Espíritu Santo...

Terminan de rezar amama y Fermín, dando por finalizado el almuerzo.

—Vete de una vez, que Eguskiñe no tardará en llegar y si nos encuentra aquí a los dos... Quita el coñac de encima de la mesa y las copas, que van a pensar cualquier cosa... —dice amama un poco azorada por la hora que es.

Fermín obedece y le deposita todo el servicio del almuerzo dentro de la pila de fregar abriendo el grifo y disponiéndose a fregarlo.

Amama le deja hacer, tiene mucho que cocinar, y aunque está acostumbrada, la emoción de ver a toda la familia reunida después de tantos años, hace que a duras penas pueda dominar los nervios y la emoción que le embarga.

—Si quieres te pelo los ajos, cebollas y lo que necesites, a mí ya sabes que me gusta también cocinar en el *txoko*.

—Vosotros los hombres, con tal de desaparecer de las mujeres, no sabéis que inventar, pero mejor será que te vayas, y quita las copas de delante, que me parece que oigo llegar a Eguskiñe.

Fermín recoge todo lo deprisa que puede lo ensuciado en el almuerzo, guardando la botella y las copas limpias dentro del armario, yendo a continuación a secarse las manos en el delantal de amama. Esta, que siente las manos de Fermín tirándole del delantal con remango, coge una de las sartenes que tiene colgadas enfrente del fogón y haciendo ademán de darle con ella, en tono de amenaza, medio en broma, le dice:

—Como entre por la puerta algún vecino, a ver cómo le convenzo yo de que no me metías mano...

—Es que estás todavía muy buena, amama —y Fermín hace ademán de comérsela.

Amama, ante el acoso burlón de Fermín, un tanto divertida le dice:

—Guasón, vete por la cuadra... como se entere Eguskiñe de que has tomado conmigo una copa de coñac tan temprano, te mata, voy a aclararme la boca con agua, por si acaso.

—Hasta la tarde, que vendré a dar una vuelta por si me necesitáis y al paso dar un abrazo a la familia —dice Fermín saliendo por la puerta de la cocina hacia las escaleras que conducen a la cuadra, precipitadamente.

—No te dejes la chaqueta, ni la bufanda, que ha helado, a ver si vas a coger la gripe —le recuerda amama a Fermín, que con las prisas salía en mangas de camisa, sin percatarse de la baja temperatura.

—Agur.

—Agur, hasta luego, —responde amama, aliviada de que se vaya, hablando, hablando, ha perdido una hora y con todo lo que tiene que preparar, esta pérdida de tiempo le supone un reproche consigo misma. A la vez que le tranquiliza la idea de que para ella Fermín supone llenar ese vacío que siente en su alma, la distancia en que tiene a sus dos hijos, Prudencio y Félix.

—Prudencio y Angel, casi se me ha olvidado pronunciar sus nombres, mientras cocino iré recordando, menos mal que a los americanos no les han puesto nombres raros de indios... A ver...

Se queda silenciosa amama y mientras comienza los preparativos de los guisos, tratando de recordar con paciencia todos los nombres, acto que de alguna manera relaja sus nervios.

Txakur ladra en la huerta con júbilo al sentir el coche de Eguskiñe y la presencia de ésta.

Maite está ilusionada con la chaqueta que le ha comprado a su ama y la quiere estrenar para ir a recibir a su familia al aeropuerto de Sondika, no ha estado nunca en el mismo y ha soñado tantas veces con marcharse lejos... a Londres, como su amiga Nieves, le gustaría tanto hablar inglés. El euskera le gusta y entre amigos lo practican, además en Euskadi si no hablas el euskera, no te colocas en ningún centro oficial, eso es lo que no le gusta a Maite del idioma, que lo consideren una imposición .

Con el paquete de la chaqueta que va dentro de una bolsa de plástico en una mano y la toquilla de su amama en la otra, camina silenciosa, pensativa.

—Sí, algún día yo viajaré a Londres y a París, conoceré el mundo. No me basta con ver la tele, quiero verlo con mis ojos y quedarme un tiempo con el inglés bien hablado, el euskera y el español, con tres idiomas no me faltará trabajo. Quiero ser algo, a ver si convenio algún tío ahora en Navidad y me ayuda, porque mi ama, la pobre, bastante hace con mandarnos a estudiar en vez de ir a trabajar. Aunque aquí el trabajo no lo encuentras ni con recomendación.

Eguskiñe coge el resto de las bolsas y sin hablar, también va cavilando en el montón de cosas que aún le quedan por hacer durante el día.

\* \* \*

Terminados de comer sobre las tres de la tarde. Hoy se han retrasado un poco en el caserío, debido al trabajo extraordinario que tiene amama en la cocina y que continuará en cuanto dé una cabezadita en la mesa reclinándose con los brazos cruzados sobre la misma.

Eguskiñe y Maite se arreglan un poco para ir al aeropuerto. Maite estrena su chaqueta, le quita las etiquetas donde van impresas la firma de la empresa donde fue confeccionada y el precio de la misma.

—¡Qué cara! ¿No nos hemos pasado un poco, ama?

Siente un pequeño remordimiento Maite al comprobar que vale diez mil pesetas.

Eguskiñe mira a su hija y al verle tan guapa con ella, se siente orgullosa al comprobar su grado de responsabilidad.

—Lástima que no pueda darte más —le dice en tono un tanto amargo.

—A veces tengo remordimiento, ama, tú siempre con la misma ropa. Ese vestido está bien, ¿pero cuántos años hace que lo llevas auestas cuando sales a hacer alguna cosa fuera del caserío? —le dice Maite a su ama en tono lastimero. Le gustaría verle con un buen peinado moderno, zapatos, abrigo nuevo. A lo mejor su tío le trae alguna ropa nueva, ella le llamó a Madrid el otro día, sin que se enterase su ama y le explicó lo sucedido con la compra de los libros.

La verdad es que ella también ha ojeado alguno. *En torno al Carácter Vasco* lo está leyendo, porque como dice su amama, conocemos poco nuestro pasado y sin saber el pasado no podemos conocer el porqué de tantas cosas que pasan en Euskadi, que no tienen sentido, ni para los demás españoles ni para nosotros mismos.

—Te has quedado muy seria, Maite, y ese ceño fruncido me dice que te preocupa algo.

Maite vuelve a la realidad y trata de disimular con una sonrisa sus pensamientos.

—Nada, ama; hay muchas cosas que no me entran en la cabeza, ama, tengo demasiadas preguntas dentro, demasiadas cosas... Qué sé yo...



Termina Maite de pintarse un poco los labios en el cuarto de baño y dando los últimos retoques a su pelo y componiendo su figura delante del espejo redondo que hay encima del lavabo.

—¿Crees que soy guapa, ama?

Le pregunta sin demasiada convicción. Hay tanta competencia ahora... Todas sus amigas le parecen más bonitas que ella, piensa preocupada Maite.

—La juventud de ahora sois más guapas, no sé a qué será debido, pero pienso que debe ser la alimentación o la ropa, pero sí sois más altos y más guapos —le responde Eguskiñe mirándole embelesada y tratando de recordar cómo era ella cuando tenía su edad, cosa que le resulta difícil al ver su imagen reflejada en su estado actual en el espejo.

—No puedo imaginarme, ama, como eras con dieciocho años, ¿crees que yo seré como tú cuando tenga tu edad? —le pregunta Maite un tanto alarmada de que ese proceso la pueda alcanzar en la misma medida a ella.

Eguskiñe, con tristeza, le contesta:

—Espero que no, tú tendrás más ganas de vivir que yo y eso hará que no te abandones, serás una mujer moderna, de hoy, que no buscará en el matrimonio, probablemente el eje de su vida, como yo, y en la crianza de sus hijos su único objetivo. A mí no me pesa, pero preferiría que lograras algo más en la vida. Esta era moderna, tiene algo más que ofrecer a las mujeres que el matrimonio. Por lo menos, podéis elegir, a mí, a veces pienso que no me dejaron esa oportunidad. Con mis conocimientos aparte de servir, poco más podía hacer, siempre ayudando en casa, sí, me enseñaron a coser, bordar, guisar, pero de estudios... los básicos. Total, la mujer para qué necesitaba más... Hoy creo que fue un error que no me gustaría que tú cometieras. Poder elegir, ¿sabes lo que esto significa? Claro que elegir ahora también, como están los tiempos, sigue siendo casi un imposible.

Maite hacía tiempo que no tenía una conversación tan profunda con su madre y nota que no le conocía lo suficiente, algo ha cambiado en ella, o mejor en las dos, un nuevo sentimiento quizás de adulta, siente despertarse dentro de Maite que le acerca más a su madre.

En el cuarto de baño, no muy grande, terminándose de arreglar para ir al aeropuerto, algo nuevo va surgiendo entre las dos mujeres. Eguskiñe siente que su hija es una mujer adulta y Maite siente que su ama, aparte de sufrir, sabe lo que quiere para ella, y lo que le dice le

descubre una madre que está en los tiempos modernos en que vivimos a pesar de su aspecto antiguo y desaliñado.

—¿De verdad lo crees así...? —le pregunta Maite a su ama sin salir de su asombro.

—Hay muchas cosas que desconoces de mí...

—Empiezo a comprender, ama...

Eguskiñe se le queda mirando sin comprender.

—Sí, ese libro me está impresionando, por eso, porque dice cosas muy interesantes, por ejemplo... ¿sabías tú ama, que, hablando sobre la nobleza, que todos los vascos éramos nobles?

—Bueno, nobles y buenos, aunque también ha habido de todo —dice Eguskiñe mientras va poniendo las toallas en orden y dando una última revisión al cuarto de baño para que todo esté en su sitio.

—No ama, no me refiero a eso, es que estoy impresionada; me refiero a que la nobleza universal es una de las instituciones más democráticas que existe y no se adquiría por concesión real, como los marqueses o los duques, sino que se otorgaba este privilegio por la Casa Solar, ¿entiendes tú esto?

Eguskiñe se le queda mirando sorprendida y sin tratar de disimular su ignorancia al respecto, le responde:

—No, la verdad que no.

—Por ejemplo, cuando un vizcaino quería demostrar por qué era hidalgo, no tenía que demostrarlo diciendo que descendía de los duques de Andújar o marqués de la Llanura, no, yo soy de la Casa Solar de los Olabarris, por lo tanto, mira por donde, nosotros somos nobles todos, porque con el apellido y la casa era suficiente.

Esto lo dice cogiendo un cesto pequeño de mimbre que hay encima de la repisa donde están depositados varios frascos de colonia, algún cepillo para el pelo y demás objetos de baño y a modo de corona, se la pone en la cabeza.

—Calla, calla, que dices cada cosa... —le responde Eguskiñe ocultando la risa que este gesto le produce.

—No, te hablo en serio, ama, en otro momento te enseñaré la página en que viene escrito, además palabras textuales, por que lo leí varias veces, dice: «El concepto vasco de nobleza es, pues, en todo diferente al de los otros pueblos europeos, que no depende de las hazañas de los antepasados, porque ganaron tal o cual guerra, sino del principio estable y continuado de que la familia es hidalga porque noblemente fue constituida y está viva». Mira por dónde este viejo caserío de pronto se ha convertido en noble... Empiezo a creer que desde

ahora voy a ser capaz de aguantar hasta las rendijas y los ratones, anoche me despertó uno mientras dormía y ¿sabes lo que se estaba comiendo?, mis bragas. Bueno, por poco lo mato, pero como ahora somos nobles, pues ya resulta que a un noble no se le mata por tan poca cosa...

Eguskiñe escucha a Maite reconociendo humildemente que lo que acaba de decir su hija es la primera vez que lo escucha.

—Porque este caserío tiene el poder de otorgar privilegios aparte de incomodidades y frío.

—¿Y dices que en el libro viene escrito todo eso? —le pregunta Eguskiñe a su hija para leer bien todo lo referente a la hidalguía.

—En el libro *En torno al Carácter Vasco* por Manuel de la Sota, y hay más cosas...

Eguskiñe mira su reloj de pulsera, también antiguo, un viejo Cauni, chapado en oro con correa dorada y dándole cuerda, le premia:

—Termina de arreglarte.

—Me parece que tenías razón ama, los vascos sabemos poco de nuestra historia... Creo que me están entrando ganas de leerme todos los libros que has comprado en Bilbao.

\* \* \*

Amama despierta sobresaltada. Es de noche y la cocina está totalmente a oscuras, sólo se oye el tictac monótono del reloj colgado de la pared y las débiles ascuas del fuego bajo que tienen el resplandor de una pequeña luciérnaga.

Nerviosa se levanta como movida por un resorte y, aunque conoce palmo a palmo la estancia, se sujeta a la mesa para ir al quicio de la puerta donde está la llave de la luz.

—¡Ay, *Jaungoikoa!* (Dios mío). Me he quedado dormida. ¿Y qué hora será? No veo bien el reloj con esta oscuridad. A ver si van a llegar de un momento a otro y me encuentran así de marrana, sin lavarme un poco y recogerme el moño. La toquilla tengo que ponérmela también, *Jaungoikoa*, cómo no me has despertado antes, claro, con tanto que hacer estos días, estaba muerta de cansancio.

Tropieza amama con una silla y ésta cae al suelo produciendo un golpe seco que retumba en la cocina, a punto de hacer caer también al suelo a amama.

Amama trata de serenarse, recoge a tientas la silla del suelo y la pone en donde estaba. Gira hacia donde está, la chapa de carbón y

mojando un dedo con saliva comprueba la temperatura de la misma. Puede dejar el dedo sin moverlo sobre el hierro, sin que la saliva se queme.

—La edad... tantos trabajos juntos estos días han podido conmigo.

Gira la cabeza hacia la ventana comprobando que sólo se escucha el silencio, algún coche que otro cruza rápido la carretera, desapareciendo en segundos de la vista de amama.

Las luces tenues de la farola colocada enfrente del caserío y la lluvia fina que cae, junto con el silencio del caserío, hacen que amama se quede quieta en la penumbra saboreando esos segundos, sintiendo la tierra mojada a sus pies, como si encima de un gran tapiz estuviera.

Su hogar... sus muros... su caserío... con sus olores de cientos de cosechas almacenadas, cientos de matanzas celebradas, cientos de celebraciones, bodas, nacimientos, muertes...

—Aquí hemos celebrado siempre todo lo sucedido en la familia... Recuerdo la muerte de mi abuela, se mató una chala (ternera) entera para los invitados; cuando murió mi abuelo, dos corderos, cuatro pollos... como si fuese ahora. Entre fogones siempre... qué habría sido sin el fuego...

Se queda mirando la chimenea baja antigua, entre la penumbra y puede verse de niña ayudando a su madre a cocinar...

—Qué trabajo... siempre cocinando. Pero aquí ahora siento la presencia de todos conmigo... Sí, de esta casa salieron también mi madre y mi padre, dos hermanos, mi marido, mis hijos... Tantos... Desde la puerta les decíamos adiós... Ahora nadie quiere a sus muertos, se los llevan fuera a no sé que sitio. No quiero salir de mi casa. ¿Qué sería de la raza vasca sin sus costumbres antiguas, además, la muerte no existe, porque las almas de los muertos son las que nos protegen y están entre nosotros. Aquí, con este silencio, siento su presencia... Los cuerpos de ellos duermen en el camposanto, esperando a sus familiares. Mi nieto está tranquilo porque sabe que pronto estaré con él, para seguir protegiendo a los Olabbarri y mientras luzcan las ascuas en el fuego del hogar, «ellos» se juntarán para llorar por las desgracias y reír con nuestras alegrías... Hoy están contentos, lo presiento... las dos casas están dispuestas. Limpio el panteón del cementerio a la espera siempre de los cuerpos y la casa también esperando a la familia...

Suspira cerrando los ojos y reteniendo el tiempo dentro del pecho, reza un Padrenuestro y un Ave María, dando gracias al cielo por estas Navidades.

Siente que pueden ser las últimas y sus antepasados han querido ofrecerle el mejor de los regalos: verles a todos reunidos en torno a la lumbre (13).

Amama suspira y se acuerda del viejo proverbio vasco: La verdadera tumba de los muertos, es el olvido de los vivos.

Vuelve a suspirar y, en alta voz, como si viese los espíritus de los muertos a su alrededor, les dice:

—Esta casa son las entrañas maternas de nuestra raza, sin los caseríos, sin sus anchos muros de piedra, nuestra piedra angular, el tronco donde asirse cuando hay riada... Mi testamento ya está hecho... siempre pertenecerá a los Olabarrí... (14).

De pronto alguien enciende la luz en la cocina y amama vuelve a la realidad, asustada de no haber oído pasos en el pasillo, el corazón casi le da un vuelco.

—Amama, ¿qué haces a oscuras? Pareces un fantasma.

El que así habla es Javi, que ha dejado de ordeñar la vaca, un tanto mosqueado al no oír andar a su amama de un lado para otro de la casa.

—Me he quedado dormida. El frío me ha despertado.

Asustada al comprobar en el reloj la hora que es, exclama:

—¡Jaungoikoa! (Dios mío) ¡Las seis de la tarde!

Javi le observa detenidamente, preocupado. ¡Qué raro que su amama se quede dormida tanto tiempo, si con media hora, una cabezadita como ella lo llama, ya tiene bastante. Preocupado, le pregunta:

—¿Te encuentras bien, amama?

Amama se le queda mirando y le pregunta a su vez, en tono serio:

—¿Sabías tú que los muertos también hablan?

Javi se rasca la cabeza y sin moverse del quicio de la puerta, con cara de sorpresa, le dice:

—Amama, ¿pero de verdad te encuentras bien?... ¿Cómo van a hablar los muertos?

Amama se sacude un poco el moño y recoge algunos pelos sueltos con un gesto que a Javi le es tan familiar, de sacar una horquilla y volverla a colocar, sujetando el mechón desaliñado.

---

(13) «El Derecho Privado Vasco», es la libertad de testar, la troncalidad y la comunicación oral. (*En torno al Carácter Vasco*. Pág. 183).

(14) La casa, lugar sagrado. La veneración casi sagrada con que nuestros antepasados respetaron la casa, fue de hecho considerada en nuestras constituciones vascas.

El Fuero General de Navarra, le concede el mismo privilegio, que a la Iglesia. (*En torno al Carácter Vasco*. Pág. 180).

Javi quiere mucho a su amama e impulsivo se abraza a ella.

Amama se deja abrazar y siente el calor del pecho juvenil, sus brazos vigorosos, su gran estatura, dejando su cara a la altura del pecho y, suspirando, le dice:

—Tú serás el sucesor de los Olabbarri y yo vendré con mis antepasados a esta casa para velar por ti.

Javi retiene abrazada a su amama sin comprender lo que dice.

El reloj dá la hora haciendo sonar sus campanadas, con un sonido que es tan familiar y entrañable, que a amama le hace volver a la realidad.

—Qué tarde es, Javi, ayúdame, enciéndeme la chapa (cocina vasca) mientras me arreglo un poco, ¡Qué nerviosa estoy! ¿A qué hora llegan a Sondika? —pregunta preocupada.

—A las cinco, creo, pero no te preocupes, seguro que llegan más tarde... es raro que los aviones lleguen a la hora, y desde Sondika aquí, tienen más de una hora.

Amama sale precipitada de la cocina hacia el cuarto de baño, mientras Javi obedece a su amama, encendiéndole la cocina.

—Esta sí que es una mujer... no como las de ahora —piensa Javi, mientras realiza dicha operación.

Javi se desenvuelve en el caserío como pez dentro del agua.

—Lástima que tenga que estudiar, a mí lo que me gusta son las labores de la casa y las del campo. Aquí me siento importante, domino el medio, pero entre la gente me da corte, soy un tímido, me gustaría ser como Maite, a ella le van las multitudes, la gente, el ruido, ir de una lado para otro. El que venga la familia, no me parece mal, pero no estoy seguro de quedar bien y esto me pone nervioso —piensa mientras, en un par de minutos, ha encendido el fuego bajo y la chapa económica.

De vez en cuando da con la cabeza en las ristras de chorizos que hay colgadas en el techo.

—Bueno, esto ya está, voy a terminar el trabajo en la cuadra y después me ducho, aunque no sé para qué hay que ducharse tanto, ganas de gastar agua, vamos a desertizar la tierra, en un milenio, con tanta limpieza... a mí me gustan los olores de la cuadra más que la colonia. Parecen mujeres los hombres, el hombre tiene que oler a macho.

Hace una pausa y continúa pensando:

—Sin pasarse, claro, porque a veces Fermín huele peor que la vaca...

Se ríe de su propia ocurrencia, recordando el olor penetrante emitido por Fermín, que a él le hace volver la cabeza y exclamar: «¡Joder, macho, un poco de estropajo y jabón no te vendrían mal, eres peor que una mofeta, no me extraña que ama haga ascos cuando te ve!»

—Es la única manera de herir su amor propio para que vaya a la ducha y aparezca limpio de arriba abajo. Luego dice: «Huele, huele, ¿no te parece que huele a maricón? Seguro que alguno de esos que vienen al Mesón de Bilbao, hoy me hace proposiciones deshonestas... Claro que como se atrevan a reírse de mí, de la hostia que les meto les dejo colgaos de la luna, ¡eh!»

Está recordando Javi dando el último toque a la cocina, abriendo un poco más el tiro.

Oye pasos aproximándose a la casa y por el sonido que estos emiten, Javi adivina que son los de Fermín. Este saluda:

—*Gabon...* buenas noches —sigue diciendo Fermín dirigiéndose a la cocina por el pasillo, donde ha visto la luz encendida desde la carretera, hasta el camino vecinal estrecho que hay entre las parcelas de la huerta a ambos lados, y que conducen al caserío.

—Pasa Fermín —le dice Javi desde la cocina, hoy llena de cazuelas conteniendo suculentos manjares hechos por su amama.

Levanta Javi la tapa de una de las cazuelas de barro y a la vista aparece la salsa negra de los chipirones. Aspira y siente la tentación de meter el dedo y probar.

—No empieces a picar, que ya habrá tiempo —le dice Fermín entrando en la cocina al ver el gesto de Javi.

Destapa otra cazuela de salsa roja, apareciendo en su interior el cabrito guisado con verduras y una salsa que sólo su amama sabe hacer. Mete el dedo y se relame de gusto.

—¿Por qué me gustará tanto comer?

Le dice a Fermín Javi, reparando en lo limpio y perfumado que va, la verdad es que cuando se arregla parece otro, tiene cierto empaque de señorío.

—A mí más que joder, ahora que no están las mujeres, porque comer... tres, cuatro veces, pero joder... A tu edad aún, pero yo cada día menos, además como no tengo parienta... prefiero pensar más en comer que en joder.

Hace una pausa y mirando a las cazuelas, exclama:

—Oye, yo también probaría un poco ahora que no hay nadie.

Lo ha dicho con ojos pícaros de gula mirando a un lado y a otro.

Javi, recordando hace unos momentos algunas de las conversaciones que tiene cuando se lava y se perfuma, siente ganas de tomarle un poco el pelo pasando por alto lo relativo al joder.

—Cada cosa en su momento, ¿no me estarás echando los tejos? Me parece que tú lo que quieres es ligar conmigo... no sé... si te has puesto guapo para que te vea la familia o yo.

A Fermín este tono pícaro de Javi le molesta un poco, esas bromas no le gustan. Hace un esfuerzo para no enfadarse y le contesta:

—Déjate de hostias y déjame probar, hoy he comido poco, con la hermana en casa, por no manchar, me ha mandao a comer al Mesón. Pero los nervios me han quitao las ganas, pero al entrar en la cocina de amama... A ver...

El también sigue curioso y con ojos ávidos de gula, abriendo cazuelas y metiendo el dedo en las mismas para probar los guisos. Mira Fermín a Javi con ojos pícaros de complicidad y sin mediar palabra, ambos cogen un trocito de cabrito con los dedos, luego de conejo, más tarde de gallina...

—Oye, Javi, a palo seco... un chatito de vino... tampoco nos vendría mal.

Javi asiente sin responder mientras mastica un trozo de conejo. Saca dos vasos y una botella escanciando en los mismos vino tinto corriente.

Beben de un solo trago y siempre sin decir palabra continúan así hasta probar el contenido de cada una de las cazuelas.

Se sirven otro vaso de vino en silencio y brindando, beben de nuevo sin decir ni una palabra.

Una vez vaciados los vasos, Fermín es el primero en hablar, mientras se limpia la boca y las manos en la bayeta destinada para limpiar y secar los platos.

—Exquisito, y sin manchar un plato, de la cazuela y con los dedos... las mujeres tanto plato, tanta servilleta, ganas de hacer la puñeta. Luego se quejan de que trabajan... ni un plato, ni un tenedor hemos manchao, en cambio ellas... Verás la que organizan estos días fregando en la cocina. Se pasarán el día fregando y fregando, y quejando y quejando...

—Opino igual que tú, ganas de quejarse, lo que pasa es que les gusta que las compadezcamos, como son el sexo débil, digan lo contrario...

Le responde Javi a Fermín, que en cuanto al sentido práctico piensa de igual forma que tiene Fermín de ver las cosas.



—Y que lo digas, qué sería de estas pobres infelices, Eguskiñe, Maite y amama sin nosotros, les engañaría cualquiera, con la de sinvergüenzas sueltos que hay por ahí... —dice Fermín mientras saca el paquete de Winston y abriéndolo ofrece a Javi un cigarrillo que éste acepta y, acercándose a la lumbre, coge una tenaza grande que hay junto a la chimenea, con la misma separa un pequeño rescoldo acercándolo al cigarro de Fermín. Este lo enciende saboreándolo con deleite. Javi hace lo mismo, depositando acto seguido en su sitio el sobrante del rescoldo y la tenaza junto a la pared.

Se sientan ambos, uno frente a otro y aspirando el humo se abstraen en sus propios pensamientos.

Javi está enamorado de una joven de la Universidad de Deusto, de su misma clase, cada vez que le siente cerca, un color le viene y otro se le va. Se pone nervioso y no se atreve ni a dirigirle la palabra, lleva así desde octubre.

Entre tanto joven de su misma edad, siente que el ambiente es diferente al del Instituto en Llodio, donde estudiaba hasta que ha pasado a la «Uni», como llaman cariñosamente a la Universidad.

—No sé si podré con la carrera, es más dura de lo que yo creía, además, con la perspectiva de trabajo que hay en Euskadi, lo tenemos crudo los jóvenes y yo, desde luego, por mucho que se empeñen. El terrorismo tiene que acabar algún día, la mayoría estamos hartos de violencia, de no poder confiar en los desconocidos ni en los propios amigos. Igual que mi ama, yo también necesito una respuesta, creo que la necesitamos todos, tanto como la pacificación... Yo nací en medio del terrorismo, no he conocido la paz. Oigo a amama y a ama lo bien que se vivía en Oquendo, los vecinos, los amigos, como hermanos... De algo hay que morir, en el guerra malo es, pero que te maten así, sin poderte defender... A veces siento tal odio... que cogería la escopeta y me liaría a tiros... —piensa Javi sin abrir la boca, sólo con un rictus amargo en su rostro.

Fermín tampoco habla, acostumbrado a la soledad, comprende bien el silencio de Javi. Es bueno lavar el alma, aún de malos pensamientos. Hablando sacamos los sentimientos hacia fuera, pero por dentro también hay que poner en orden el espíritu. Porque si no, algo no anda bien, la gente finge... lo que no es... Visten para que les vean, compran coche para que digan que son importantes... en la calle, luego claro, en casa no ven lo mal que lo pasan cuando vienen las letras y no hay para comer... Yo prefiero comer a capricho, que no

mantener una alhaja con dientes. Mucha sonrisa, pero la tripa con alubias sólo... ni para un trozo de tocino.

Mira hacia el techo y exhalando el humo de su cigarrillo, lo lanza hacia los chorizos, quedando fascinado ante el aspecto provocativo que tienen, que parece que están pidiendo: «cómeme, cómeme», piensa:

—La verdad que trabajo ya dan, los puñeteros, pero cuantos momentos de gloria sientes cuando los masticas y el jugo de la grasita lo sientes dentro de la boca, aunque en este momento no me apetecen. Qué cazuelitas más jugosas, algo ya quedará para mí... Un monumento a amama habría que hacerle. Cuando guisa Eguskiñe no es lo mismo, el punto de amama, ni color tienen con el de Eguskiñe, ¡gran mujer! Lástima que no quiera hombres. Bueno, mejor, no viene conmigo pero tampoco se va con otros... No lo podría soportar, sería capaz de hacer un disparate... Porque cuando se arregla un poco... Ya sé yo de alguno la envidia que me tiene porque vengo al caserío... Me quitan de venir aquí y entonces sí que no podría con la soledad, mala compañera... cuando hay tristezas. Cuando estás contento, aún, pero sin ir más lejos, en estas fiestas la soledad mal enemigo es. Sentir la presencia de los muertos... Sólo con pensarlo me dan miedo, en estas fiestas es cuando más bebo para poder alejar a los fantasmas de la cabeza. Pero aún así... veo a mi madre, a mi padre, mis abuelos, el hermano pequeño que se ahogó en el río... Pobre chaval, con cinco años, su pelo rubio, parecía un ángel caído sobre las panochas de maíz... nadie nos dimos cuenta de su desaparición, hasta pasadas unas horas, ni ama preguntó por él, para darle la merienda. Salimos todos corriendo de pronto en su busca, como si presintiéramos lo peor. La imagen de mi padre con mi hermano muerto en los brazos, se me quedó grabada para siempre. Creo que no habría podido tener hijos tampoco, porque los hubiera atado a un árbol para que no se fuesen al río... Claro que entonces el remedio hubiera sido peor... No lo pude superar, tampoco ver a mi ama siempre riñendo con mi padre... Cómo se podrán borrar estas cosas de mi mente, me pregunto yo... Todavía no he encontrado respuesta. a la sombra de los muertos vivimos toda la vida, y más en estas fechas. Si no sería por el cariño de amama, creo que los brazos que me iban a dar cariño serían los de una borrachera diaria para poder dormir... La vida es hermosa, dicen, y es verdad, pero con amor... Sin amor, las penas son más penas, con amor son canto de gorriones —piensa Fermín con la mirada perdida

en las llamas alegres que producen los troncos encendidos del fuego bajo, que parecen tener el poder de hipnotizar, tratando de encontrar tantas respuestas como Fermín necesitaría hallar en estos momentos.

Javi ha alzado la mirada que tiene dirigida a un punto perdido de la mesa, dirigiéndola al reloj de la pared que marca las seis y media.

—¡Hostias, qué tarde es! Me va a pillar el toro sin terminar de arreglar la cuadra. Me voy corriendo.

Se levanta como una exhalación, saliendo precipitadamente de la cocina.

Fermín también vuelve a la realidad, levantándose acto seguido, siguiendo a Javi hacia las escaleras que conducen a la cuadra.

—Yo te echo una mano y acabamos antes —le dice solícito.

Ambos hombres bajan rápido las escaleras que conducen hacia la cuadra, que crujen con su peso, con un quejido de viejo que necesita mimo y no avalancha.

Amama no ha tardado demasiado en arreglarse, mujer práctica, sólo se ducha una vez por semana y ya lo había hecho el día anterior. Por lo tanto, hoy con pasarse un poco de agua por los bajos, como ella dice, ha sido suficiente. Un poco de colonia de lavanda inglesa y pocos jabones, que resecan la piel, haciéndole perder su equilibrio.

—Se va a desgastar con tanta limpieza esta juventud —suele decirles a sus nietos viéndoles ducharse cada mañana todos los días, aún en invierno —¡Qué cosas, qué costumbres nuevas! La piel no necesita de tanto trasiego, poco sol y poco jabón, con medida, como los buenos guisos, si se pasa... Tantas enfermedades modernas... Claro, les llenan la cabeza de potingues, pocas hiervas para curar y mucha farmacia, hasta esto se está terminando —está pensando amama, mirando por la ventana, curiosa ante la próxima llegada de su hijo californiano con su mujer y sus nietos; el de Madrid, a última hora a pospuesto el viaje, llegarán el mismo día de Navidad, asuntos de última hora, le retienen en la capital, que necesitan de su presencia, es lo que le ha dicho su hijo Angel a amama.

—Mejor... —dijo amama cuando llamaron ayer por teléfono—. Las emociones de una en una, de todas maneras estoy tan nerviosa... Cálmate, María.

María en voz alta, está haciendo estos comentarios para tranquilizarse, trata de atizar la chapa y poner en orden un par de troncos en la chimenea baja. Da un repaso por la cocina y todo está bien limpio y en orden.

Comprueba amama el reloj.

—Las siete menos veinticinco. No sé si poner la tele... No, el árbol de Navidad, el pequeño Belén a la entrada... Sí, todo está en orden.

Amama trata de calmarse y recordar cualquier cosa del pasado que le distraiga con tal de serenarse. Vuelve a pensar, y en sus recuerdos aparece la figura de Mari Abrisqueta madre de María Eugenia Ornaeches, amiga de la escuela:

—Cómo curaba las torceduras... ¿Cuántos años tendría yo?... Diez o así cuando me retorcí el pie derecho en una zanja en la huerta, mis padres llamaron a Mari Abrisqueta para que me hiciera *santiretu* (15). Sí, primero me puso alrededor del tobillo lastimado una media de mi ama; con una aguja con hilo hacía que cosía. Yo me asusté pensando que me quería atravesar el hueso y no se me olvidó las palabras que me dijo, porque las apunté y me las aprendí de memoria: «*Santiretu, sanurratu, sana bere sartu* (Músculo estirado, músculo herido, métase en su lugar el músculo)». Después rezó tres *Pater*, Ave y Gloria a la Virgen... A San Antonio le rezaban cuando la torcedura se la hacían los animales. Después me dio Mari Abrisqueta con aceite caliente, frotando el músculo salido. Nunca más me molestó... Ahora todo lo arreglan con los médicos y el veterinario... Pero más de una vaca he visto morir de parto. Mucho yeso en las torceduras y a más de uno lo han dejado cojo, como a Iñaki Olabiaga... No me fío yo de tanto modernismo.

Amama mira de nuevo el reloj de la pared y éste parece haberse parado.

—Las siete menos veinte.

Amama se pasa las manos por la cabeza instintivamente y siente que el moño está perfecto, se alisa su toquilla recién estrenada, se toca sus pendientes, comprueba que el delantal y el vestido están bien limpios y planchados y metiendo la mano en el bolsillo del delantal, saca un pañuelo blanco del mismo tamaño de hombre, lo acerca a la nariz y lo huele con cariño... Perteneció a su marido, bordado a un lado con la letra G que ella misma bordó bajo la higuera a la orilla del río, mientras cuidaba del ganado y vigilaba a sus hijos mientras éstos se bañaban.

---

(15) Etimológicamente, significa traumatismo o retorcimiento de algún miembro. (*Diccionario de Mitología Vasca*. Pag. 212).

Se queda amama mirándolo con amor unos segundos mientras recuerda la escena... Unas lágrimas que no puede retener se deslizan sigilosas por sus mejillas tersas aún. Deja la contemplación del pañuelo para secarse los ojos con el preciado tesoro.

—No, no debo llorar... Pero estoy tan emocionada y nerviosa... Voy a hacerme un poco de tila, me sentará bien y si me tomo un poco de Pacharán hecho en casa con andrinas, igual mejor... Sí, así no mancho nada...

Amama se levanta de la silla dirigiéndose al armario y sacando una copa de cristal antigua, como todo el mobiliario, escancia de una botella de cristal blanco el Pacharán hecho por ella misma. Bebe y aspira, sintiéndose reconfortada.

—Un poco de alcohol sienta bien a los viejos para matar los nervios... Las siete menos cuarto... ¡Jaungoikoa! ¡No les habrá pasado nada!... No, no debo pensar en esas cosas... Me sentaré de nuevo en la silla. ¡Ay, Jesús! Bendito día y benditas Navidades.

Amama se sienta de nuevo en la mesa y un poco más tranquila, después de ingerir la copita de Pacharán, trata de seguir recordando algunos aspectos del pasado... para distraer así sus desatados nervios.

—Son tantas las vivencias de juventud... niñez... ¡Qué curioso! ¿Cómo puedo recordarlo todo con tanta claridad?... Pero lo que hice la semana pasada... Esta cabeza me falla cada vez más, como las piernas; gafas me tendré que poner también, no veo bien, pero por no ir al oculista... Claro, luego cada vez más aumento y a comprar más gafas... No puedo gastar en gafas lo poco que tenemos...

Amama se queda abstraída con la mirada fija en un punto de la pared de la cocina, donde cuelgan en forma decorativa dos mazorcas de maíz.

—Cuántos miles de esas habré recogido yo con Genaro... Cuánto talo (16) habré hecho yo encima de esa chapa y de las anteriores también. El chorizo frito lo envolvía con la tortita de talo y qué sabrosos bocadillos. Con las panochas hacíamos *lastai* (o jergón) (17). Qué jergones de perfolla de maíz, cómo se incrustaban el los riñones, cuántos sueños bonitos tuve, cuántas esperanzas cuando las cosas iban mal, cuántos rezos escucharon. Mi madre los llevaba a la plaza de Bilbao para venderlos, a pie, tirando del carro, con el burro. Pocos reales le

(16) Talo: tortas de maíz sin levadura, cocinadas encima de la chapa.

(17) Lastai, «jergón» Variantes de este nombre son: *lastaída*, *lastaira*, *lastailla*, *lastuntzi* y *lastamarrukuia*. (Diccionario Ilustrado de Mitología Vasca. Pág. 147. A. Barandiarán).

daban, pero todo venía bien. Qué arte se daba para ahuecarlos bien y parecer que había doble dentro de los sacos. Algunos, de pequeña, vi quemar después de morir el dueño en el camino que iba a la iglesia, mientras en la iglesia celebraban los funerales por él... ¡Ay, qué cerca siento todo, parece que un soplo de viento me da en la cara y me trae aquellos días... ¿Felices? Tal vez... Pero menos que ahora, había más miseria, la gente no compraba tantas cosas, se aprovechaba todo más, con remiendos en los pantalones y con una bata de percal. La lavábamos por la noche y a poner el día siguiente... Tampoco era aquélla vida, pocos caprichos nos dábamos, ni tiempo en qué pensar teníamos, siempre trabajando. No sabíamos de vacaciones, ni de fines de semana... Justo íbamos a misa con el vestido nuevo de los domingos y a guardar los zapatos para otra ocasión importante. Mucho vicio veo hoy yo... No sé, no sé... —mueve la cabeza amama de una lado para otro sin apartar la mirada de la ventana hacia la carretera.

De pronto el silencio se interrumpe por el sonido del txistu y el tamboril.

Amama se levanta de la silla, acerca su cara al cristal y en las sombras de la noche no ve bien lo que se acerca enfrente de su casa. Abre la ventana y se asoma. El conocido cantarín se va acercando cada vez más y amama puede ver la comitiva de niños y grandes que, ataviados con las ropas tradicionales de los aldeanos vascos, albarcas negras de goma con cintas blancas, que enrollan unas gruesas medias (antiguamente las hacían con lana de oveja), pantalón de mahón azul marino, gruesa faja negra enrollada a la cintura, camisa blanca y amplio blusón de mil rayas, pañuelo de cuadros azul marino y blanco y una gran boina o txapela.

—Así recuerdo que se vestía mi marido cuando iba a hacer tratos de ganao, como un junco del río iba de tieso y guapo. Si él estuviera aquí hoy conmigo, me tranquilizaría un poco. ¡Ay, Jaungoikoa, qué cerca está Tu Nacimiento y qué cerca siento yo la muerte! Que soy joven aún, me dicen, ya sé que me engañan, la enfermedad que tengo creen que no sé lo que es... Pero yo no soy tonta, aunque después de ver a mis hijos y nietos, a toda la familia junto al fuego de mi hogar, mi columna donde agarrarme fuerte, así, quién no se siente segura de haber hecho en la vida lo que debía de hacer... Empezar un sendero por donde podrán esparcirse los caminos que se multiplicarán y el apellido Olabarri, no desaparecerá, al igual que las estrellas en el cielo, siempre habrá un Olabarri en algún lugar de la tierra, que tendrá ojos para verle al igual que yo ahora...

Amama se queda mirando al cielo limpio de nubes, aspirando el frío intenso de la noche, oyendo alejarse el Olentzaro (18) con toda su comitiva alegre y cantarina.

Se acercan varios coches y amama siente que el corazón se le sale del pecho.

—¿Serán ellos?

Los faros dibujados con su luz, van acercándose al caserío y el pequeño intermitente hace señal de meterse a la izquierda. Le sigue otro coche y también marca su indicador la misma intención que el primero, metiéndose a la izquierda.

A amama parece paralizársele el corazón, un claxon inconfundible le saca de dudas, sí, es el Ford Fiesta de Eguskiñe.

Amama, nerviosa, se pasa la mano por la cabeza, comprobando que su moño está perfecto, se estira el delantal y la toquilla también es alisada y, con cierto aire de coquetería, se dirige hacia la puerta principal.

—¡Javi! ¡Javi! ¡Ya están aquí! —llama desde el hall abriendo la puerta que conduce a la cuadra.

Javi y Fermín han escuchado el claxon del coche de Eguskiñe y acelerando, terminan de extender con rapidez la hierba seca que hará de colchón para la vaca, la sarda con que han estado trabajando, la colocan a un lado de la pared.

Javi también está listo para recibir a la familia. Ilusionado, le da un golpe en la espalda a Fermín diciéndole:

—Vamos con los gringos.

—Mucha televisión ves tú, me parece... —le contesta Fermín, mitad serio mitad en broma—. Este tipo de comentarios sólo se utilizan para hacer comparaciones con los de la calle... pero no con la familia de uno.

Y agrega, ya junto a amama, agarrándole cariñosamente en tono protector por los hombros y para que se tranquilice, ya en la puerta:

—¡Qué guapa estás, amama, una chavala pareces, con la cara colorada como las manzanas.

Amama ha abierto la puerta por donde entra una bocanada de aire fresco, calmándole un poco los nervios, y el comentario de Fermín le alegra y le tranquiliza un poco.

---

(18) Olentzaro: Personaje mítico del antiguo carbonero que hacía carbón de madera en el monte y que bajaba en vísperas de Navidad con castañas, nueces recogidas en el bosque y que solía repartir entre los chavales.

Javi baja corriendo las escaleras para saludar a la familia y echar una mano si hiciera falta.

Fermín no se atreve a dejar sola a amama en el hall, delante de la puerta, dado el estado nervioso en que se encuentra por lo que continúa rodeándole los hombros con su brazo derecho, de alguna manera para sujetarle y seguir tranquilizándole.

El corazón de amama bombea con tal intensidad que parece un río desbordado por la lluvia, a punto de hacerle perder el equilibrio.

—¡Ay, Fermín, no sé si voy a poder resistirlo —dice sacando su blanco pañuelo del bolsillo del delantal, bien planchado, llevándose lo a los ojos para enjugar un torrente de lágrimas imposibles de contener, pero no de tristeza, sino de una gran emoción.

Fermín, hombre sensible por dentro, trata de aparentar fortaleza en donde no la hay, esas lágrimas de amama son el dedo en la llaga. Nota que algo humedece sus ojos de buho, capaces de ver en la oscuridad cualquier cosa que se mueva, sea animal o persona, y la presencia de su amigo querido Eduardo, tan cerca, después de tanto años, de no haberse visto, con su mujer y sus hijos, jóvenes, esbeltos, hijos de ambos, que los ve hombres cuando en su recuerdo eran unos chiquillos traviesos, le emocionan de tal manera que sin disimulos le pide a amama:

—Creo que me tendrás que dejar el pañuelo, amama; demasiada emoción. Ya era hora de ver a la familia en casa. Aquí empieza a haber vida, chavales jóvenes, con sabia nueva.

Amama le mira con ternura, al ver sus ojos enrojecidos también embargados por la emoción, y se abraza a él, esta vez para darle ánimos.

—¡Eh, eh! ¿Qué es eso? ¿Hay romance en esta casa? —se oye una voz desde la mitad de las escaleras. Es la de Eduardo, el hijo de amama que se ha bajado del coche y, sin preocuparse del equipaje ni del resto de la familia, al ver la figura de su madre reflejada por la luz en el hall, ha salido corriendo para abrazarle.

Fermín, nervioso, suelta a amama. Amama también se desprende del cuerpo de Fermín, extendiendo sus brazos hacia su hijo Eduardo. Amama quiere decir algo, balbucea alguna palabra de saludo, de amor, de alegría, pero la emoción es tan fuerte que se lanza a los brazos de su hijo entre sollozos ruidosos, como volcán que revienta esparciendo lava ardiente, sin que nadie pueda frenarle, por la ladera de la montaña.



El corazón de amama es un torrente de esa lava que le abrasa el alma emocionada, hasta la última célula de su ser.

Permanece así abrazada a su hijo durante un período de tiempo, que no sabe si el reloj se ha detenido o si el mundo de pronto, ha dejado de existir a su alrededor, viviendo sólo el inmenso placer del reencontro tras la larga espera.

—Deja algo para nosotros, amama —dice la voz juvenil de su nieta Miren, con un acento americano que a amama le suena a campanas lanzadas al vuelo en la procesión del Corpus Christi.

Eduardo le suelta despacio al cabo de un abrazo interminable y separándose de su cuerpo, puede contemplar a su madre. No puede hablar, son muchos años que no le veía y la imagen que de ella tenía, que no es la misma que contempla ahora junto a él. No han pasado los años en balde: ese pelo canoso, esos surcos en la cara, fruto del tiempo que madura con los años, la torpeza en sus movimientos, no, no es la misma. Eduardo siente que una espina se le clava en el alma con fuerza, que le quiere ahogar, no dejándole pronunciar una sola palabra.

Fermín, que contempla la escena, hace esfuerzos sobrehumanos para poder decir algo desenfadado que rompa ese muro de emoción que los asfixia, pero no puede hacer otra cosa que lanzarse en los brazos de Eduardo y una vez finalizado el largo abrazo y golpearle una y otra vez la espalda con tal fuerza que Eduardo, un poco ya recobrado por la emoción, es el primero en hablar y decir:

—Aquí parece que seguís comiendo «talo» —lo dice refiriéndose a las palmadas de Fermín que por poco le rompen las costillas.

Amama, que no ha podido aún pronunciar palabra, ríe la salida de su hijo y piensa:

—Parece que fue ayer... Talo con tocino frito, fue lo último que le preparé para desayunar antes de marcharse a California...

—Amama, deja de llorar. Si llego a saber que voy a hacerte llorar, no vengo... —le dice Eduardo a su ama, tratando en vano de calmarle.

—¿Cómo se te ocurre eso? ¡Ni en broma! —le responde amama que de pronto se encuentra frente a una pareja de chavales, casi hombres, de quince y diecisiete años, más altos que lo normal para su edad, que se abalanzan sobre amama, besándole con fuerza y abrazándole ambos a la vez.

Amama no sabe si está en el cielo o en la tierra, el cielo debe ser como ese momento sublime en el que uno se traslada a la felicidad

infinita, sin que nadie enturbie ese agua cristalina que feliz bebe el sediento en medio del desierto.

Ahora todos hablan a la vez, todos quieren contar cosas atropelladamente, al mismo tiempo. Txakur ladra sin cesar, no comprende por qué hay tanta gente en la casa y tal alboroto, a punto ha estado de morder a Eduardo al verle abrazado a su madre.

Eguskiñe, con rapidez, ha sujetado al bravo animal por la correa de cuero, que con su exceso de celo, a punto ha estado de provocar un accidente.

—¡Quieto, Txakur! Vete, anda, métete en tu caseta.

La orden dada con fuerza por Eguskiñe, no tranquiliza demasiado al animal, por lo que Eguskiñe ha de emplear un tono de voz más autoritario para hacerse obedecer.

—¿Qué te he dicho? ¡Vete de una vez! ¡Qué animal más sinsorgo! (lelo).

Eguskiñe está también emocionada por la escena representada por su madre y Eduardo y oculta su emoción desahogándose con el pobre perro, que lo único que entiende es que allí están invadiendo su territorio y para eso está él, para defenderlo.

La última en abrazar a amama es su nuera, Mirentxu, mujer vasca también, residente en California al igual que su marido. Conoció a Eduardo en una fiesta dada por la Comunidad Vasca el día de San Ignacio, el 31 de julio del setenta y dos (19). Maite se ha quedado

---

(19) San Ignacio de Loyola: Fundador de la Compañía de Jesús, la historia nos presenta a San Ignacio de Loyola utilizando el euskera para entenderse con sus hijos y paisanos y adoctrinarlos en la doctrina cristiana. San Ignacio aprendió el euskera de su nodriza y de sus hermanos de leche en el caserío de Eguibar, también le enseñaron sus padres y hermanos de Loyola y hablándolo con las gentes de la calle.

Aunque también hablaba el castellano, ya que siendo un joven mancebo, le enviaron a la Corte de los Reyes Católicos para ejercitarse en el manejo de las armas.

No hay que olvidar que el Santo fue converso mientras se recuperaba de una herdo sufrida, leyendo la vida de los santos llegando a la conclusión de «de qué le sirve al hombre ganar el mundo si pierde su alma». A partir de entonces, deja las armas tomando como única espada la cruz de Jesucristo. Predicando y convirtiendo por diferentes partes del mundo.

San Ignacio ante sus paisanos predicaba en euskera, teniendo dificultades la Compañía de Jesús al no tener suficientes predicadores para poder implantar en euskera la doctrina. De ahí que el Obispo de Calahorra, por el año 1545, le suplicase que fuese a predicar por aquella tierra.

Accediendo a los deseos del prelado, quien le llamaba, «Angel de las Vascongadas». El señor Obispo de Calahorra quedó contento ante el número de Padres coadjutores y sucesores de esta labor evangélica:

abajo contemplándolo todo en silencio; mira a su hermano Javi que está junto a ella; se miran y sonríen emocionados.

—Esto está muy bien, pero a ver quién me paga la carrera y baja las maletas del taxi, que tengo que regresar a Sondika, que ahora son muchas las familias que regresan a pasar las fiestas y hay que aprovechar.

Javi y Maite miran sorprendidos al taxista que así habla, en tono apremiante.

Javi, como un resorte, vuelve a la realidad y se dirige al capó del Taxi.

—Maite, vete donde ama que te dé dinero.

Maite, un poco contrariada por la salida airada del taxista, con aires de reina ofendida va a dirigirse hacia el interior de la casa.

Fermín, que está a todas, baja por las escaleras exteriores y al ver a Maite con cara seria, pregunta:

—¿Pasa algo?

—Que hay que pagar el taxi... ¿qué quieres?... También de maleteros... ¡Vaya Navidades que me esperan! —aunque en el fondo siente que es hermoso sentir de pronto el calor y el amor de seres queridos que te quieren, aunque no hayan compartido contigo los quehaceres cotidianos. Pero la familia es algo que está ahí dormido, pero que puede despertar como el invierno al paso de la primavera, con brotes de vida, de alegría, de sorpresa...

Han entrado todos a la cocina, que de la paz y el silencio más absoluto, pasa a una invasión de voces, pisadas, risas, bromas...

Eduardo contempla todo con ojos ávidos, los recuerdos se agolpan con fuerza en su mente, de pronto le parece que nunca se fue de allí, la cocina está tal como él la dejó: la matanza, el viejo aparador, la chapa económica, el fregadero, las cortinas de cuadros. Ve a «aita», en el sitio de siempre, sentado de espaldas a la ventana... No pudo venir al entierro, tampoco al de su sobrino Mikel, ni al de su cuñado.

Mirentxu le mira con amor, sabe lo que siente, le ha relatado tantas veces cómo era su caserío, que ya sabe donde está cada habitación, cada rincón del mismo, como si ya hubiera estado viviendo dentro del

---

Los hijos de Ignacio, desde Oñate, desde Loyola, Azcoitia, Lequeitio, Bilbao, San Sebastián y muchas otras poblaciones, trabajaron para engrandecer dicha Compañía de Jesús hasta nuestros días.

mismo, aparte de las dos ocasiones cuando sus hijos eran pequeños, cada día dentro de sus recios muros.

Cuántas veces releyeron las cartas que les enviaban a California, las desgracias, las alegrías, el ganado, cualquier pequeño cambio que había en el caserío.

Mirentxu está emocionada también con este encuentro con la familia de Eduardo, de nuevo. Se sienten embargados por la emoción al ver así de pronto sus sueños realizados después de tantos años que hacía que no regresaban.

Amama, que continúa más emocionada que el día de su boda, deja a su hijo que lo contemple todo en silencio, respetando sus sentimientos, sus emociones, que lo tienen como transfigurado.

Los hijos se han quedado viendo el pequeño Belén que les llama la atención en el hall.

Eguskiñe se ha ido a cambiar, antes de empezar con la cena; está contenta y triste a la vez. ¡Qué diferente sería si estuvieran su marido y su hijo Mikel! Una sorda rabia de pronto le invade al recordar a los cientos de familias que, como ella, en las mismas circunstancias, sin poder disfrutar de estas fiestas tan entrañables, tan llenas de recuerdos, buenos y malos, y sintiendo con dolor en el alma, como sólo los espíritus de los muertos se sentarán a la mesa del día de Nochebuena y musita para sí:

—...pero yo haré que tengan también su parte estos muertos. No sé como lo lograré, pero lo he jurado delante de la tumba de mi hijo y yo conseguiré que esto acabe algún día, pese a que a muchos, estoy segura, no les interesa que acabe nunca. Los intereses malditos de la guerra... guerra la nuestra, matarnos entre hermanos, como si la vida no tuviese bastante palo en la mano para darnos... Eguskiñe, tienes que ser fuerte, ahora más que nunca, no demuestres odio delante de la familia, son días de paz... ¡Paz... como voy a tener paz! Paz la tendré el día que pueda hacer algo importante.

—Llevo diez días dejándome los ojos en los libros, y continuaré así hasta hallar la respuesta... Esa respuesta que necesitamos todas las madres que hemos tenido que identificar nuestros cadáveres.

Eguskiñe de pronto no escucha la algarabía que hay en la casa con la invasión de la familia. Eguskiñe sólo siente un fuerte dolor en el pecho, que siente que va a estallarle por el exceso almacenado de pena y de impotencia.

—No cesaré, este es el comienzo. Quiero reír y disfrutar yo también, pero ya sé que eso no va a ser posible hasta que halle la paz, una

vez haya logrado hacer algo, no sé el qué, pero presiento que ese día llegará y será glorioso.

\* \* \*

Pasados los primeros momentos de nervios y tensiones, parece que empiezan las cosas a estar en un plano natural. El equipaje guardado en la habitación de Javi, lavados para la cena y sentados en torno a la mesa todos reunidos, incluido Fermín, Eduardo es y era el amigo de siempre, ese único amigo al que uno guarda amor y fidelidad toda la vida.

La mesa se ha extendido añadiéndole un suplemento que va por debajo de la misma y amama y Eguskiñe son las encargadas de repartir la cena, preguntando lo que quiere cada uno.

El ambiente es entrañable; hace calor dentro de la cocina dentro de los corazones y la risa sale libre de los labios de todos, como el viento que sacude los árboles plantados enfrente del caserío.

Las anécdotas se suceden, los comentarios, las vivencias, lo duro que fue llegar a California con una mano delante y otra detrás.

Amama no puede probar bocado, escucha embelesada a su hijo, a su nuera.

—Buena mujer es. Si la cara es el espejo del alma. Mirentxu es el reflejo del agua clara que deja ver el contenido de las profundidades del río, sencilla, trabajadora, manos de luchadora tiene, pocas pinturas, pocos coqueteos, como debe ser... —piensa por unos instantes. No se pierde tampoco detalle de sus nietos.

—Qué guapos, tienen aire de la madre y del padre... Cómo se parece este nieto a mi difunto padre, que en gloria esté, y mi nieta, tengo una foto de una hermana mía, es clavada aunque tiene algo los ojos de su madre. Qué brillo, qué luz, azules como el cielo... Sí, como el cielo que hoy me da tanta felicidad, que no debo de acordarme de los muertos... Pero quién puede separar del alma a los vivos y a los muertos, en unas fechas como éstas... —piensa mientras suspira una y otra vez llevándose constantemente el pañuelo a los ojos.

Fermín no cabe de felicidad, ríe por todo, escucha embelesado los relatos de Eduardo, pero extranjeros parecen. En efecto, los dos hijos de Eduardo y Mirentxu tienen un deje americano que no pueden disimular, los hijos no hablan perfecto el castellano, mezclan palabras inglesas para completar las frases cuando no se acuerdan de cómo se pronuncia lo que quieren señalar.

Los chavales empiezan a hablar entre sí, preguntándose por sus estudios, interesados por sus costumbres.

—¿Qué podéis salir de noche, hasta qué hora? —pregunta sorprendida Miren.

Javi, que no ha dejado de mirar a su prima en toda la cena, está feliz, se siente protagonista delante de su prima.

Maite tampoco pierde detalle de su primo Javi, que le lleva la cabeza de altura y tiene una cara y unos ojos que le tienen fascinada.

El contraste de cultura entre los que residen en América y lo que cuentan sus primos, les parece un sueño. Qué libertad, no tienen que protegerse en cuanto oscurece, nadie va de copas, ni alternan en los bares, no tienen miedo a los ladrones, que hay muy pocos. Sienten deseos de conocer la tierra de sus antepasados, no por lo que les han contado sino en vivo.

—¿Y ahora que son las once podemos salir de casa? —pregunta Miren ingenuamente.

Javi asiente y, para convencerle, sugiere en medio de las voces y las risas:

—Tío, vamos a ir un momento al Mesón, quiero presentar los primos a mis amigos.

Su tío Eduardo, sorprendido por la hora, dejando de intervenir en la conversación que tiene con amama, su hermana, Fermín y su mujer, le responde:

—¿Pero tú sabes la hora que es?

No comprende, sus hijos y sus sobrinos salir a las once de la noche, ¡qué locura!

Fermín, ante el tono de sorpresa de Eduardo, sale en defensa de Javi.

—Tranquilo, sólo van al Mesón, enfrente. Aquí la juventud sale a partir de las once, cuando no son las doce. Mucho ha cambiado todo desde que tú y yo éramos chavales, cuando nosotros entrábamos ahora salen ellos.

—Pero... —ahora es Mirentxu la que no puede ocultar su miedo.

Eguskiñe interviene, quitándole importancia, dado que van al Mesón, y allí están cerca de casa.

—No es preocupéis, es ahí mismo, no hay peligro.

Eduardo no está conforme, en California no salen los jóvenes a esas horas, hay peligros por todas partes. Cualquier blanco o negro podría violar a su hija y a su hijo. Pero recuerda cuando él podía salir

con aquella novia que tuvo de Sodupe, Encarni, y regresaba de noche a Oquendo, muchas veces andando los cinco kilómetros aproximadamente, por la carretera oscura a veces siniestra, entre pinares y espesa vegetación, como un ladrón en la noche, cantando y silbando, porque le había podido meter un poco mano a Encarni. Unos besos, unos abrazos... de vez en cuando se dejaba tocar las tetas, ese día no se lavaba ni las manos...

De pronto siente esos veinte años que están ahí, que el tiempo no ha pasado, que su hijo es el que, arreglado y bien peinado, cenaba apresurado donde está sentado su hijo y como si tuviera alas en los pies, salía disparado a coger el autobús para Sodupe, para estar un par de horas, a veces menos, pero un rato con Encarni... era suficiente para trabajar iluminado el resto de la semana.

—¿Mudo te has quedao? —pregunta amama mirando la expresión de su cara, que está en algún lugar, menos en la cocina. Mirentxu que conoce la historia, siente un pequeño agujijón que se le clava en el corazón.

—Sí, de pronto he sentido los veinte años... Qué cosas, parece que fue ayer...

Se calla, nostálgico.

—Parece que fue ayer... —piensa—. Pero Fermín está casi calvo, mi hermana parece mi madre, cuanto me lo ha recordado, y amama parece que es mi abuela.

Mirentxu sigue mirando a su marido en silencio y no puede evitar el sentir unos pequeños celos de todos y de todo lo que le rodea.

Cuánto les quiere y cuánto ha sufrido, cuando un día y otro contaba anécdotas del caserío. Ella siente que fue una tabla de salvación en medio del océano, pero no el barco al que perteneció dicha tabla. Se pone triste y quisiera llorar, pero no debe hacerlo delante de todos. Sus padres y familia están en San Sebastián, ellos regresaron a su amada Easo hace diez años, querían acabar sus días en su viejo caserío también al pie del Igueldo, frente a la Concha, siempre añorando su Cantábrico, siempre la nostalgia. Para qué, para tener un negocio no demasiado grande para poder vivir desahogadamente, pero cuántos sacrificios. Tantos años sin ver su tierra, su familia, aunque fue siendo una niña, nunca olvidó su amada tierra, porque estaba ahí viva en sus recuerdos. Mañana iremos a visitar a mis padres. Pasaremos juntos el día de Navidad, con mi marido y mis hijos, aquí, pero el de Nochevieja en mi casa. «Mi casa».

Mirentxu suspira, sin poder reprimir las lágrimas. Amama, que ha captado su silencio y la tristeza de su cara, se acerca a ella y le abraza tiernamente.

—¡Ay, Jesús, Jaungoikoa! Muchos viajes, muchas emociones, hay que dejar el alma que estalle en lágrimas y lave los pesares, las tristezas, las añoranzas. Qué seríamos sin las lágrimas, un mar muerto.

Mirentxu ha estallado por fin, y por una vez sin miedo al ridículo, llora desconsoladamente, abrazada por amama.

Su llanto ha provocado un silencio en el que sólo se escuchan los sollozos sonoros de Mirentxu.

Ahora todos sienten las mismas ganas de llorar que Mirentxu, pero en vano tratan de no hacerlo, a todos se les humedecen los ojos y con gran esfuerzo tratan de contener ese caudal de lágrimas que se desliza por sus mejillas

Las emociones, la felicidad en este caso, han podido con la tristeza, son lágrimas de felicidad las que corren por las mejillas de todos.

Se ha creado un momento solemne en el que toda la familia siente que son un mismo árbol con unas mismas raíces profundas, al que ni la distancia, ni los años, han podido apartar de la tierra donde está enclavado.

Fermín, por una vez no siente el ridículo de que le vean llorar; lo mismo le pasa a Eguskiñe. Se ha sentido tantas veces sola... Y la presencia de su hermano con su mujer y sus hijos han hecho el milagro de ablandar su corazón ya que lo tenía oprimido por el odio, dejando que palpite de emoción y de felicidad.

—Sí, sólo el amor puede ablandar los corazones, y el amor... —piensa enjugándose los ojos.

Javi tampoco es ajeno a la emoción y para romper ese momento que le resulta incómodo, en voz alta sugiere:

—Vámonos, que esto parece un velatorio...

Se levanta decidido de la mesa, los otros jóvenes le imitan. Se han puesto tristes al ver a sus padres llorando. Nunca, anteriormente, les habían visto así de deprimidos y no comprenden bien qué es lo que está sucediendo. Juan y Miren han nacido en California y no sienten esa añoranza a la que sus padres tanto se han referido en sus conversaciones, aunque sí estaban muy ilusionados por volver, y pasar en familia las fiestas.

Maite tampoco quiere llorar, pero no puede reprimir unas cuantas lágrimas que le salen de los surcos de sus ojos camino de su mejillas.

—Sí, vámonos. Ama, dentro de dos horas o así, volveremos. Agur.



—Agur. Sí, iros —responde Eguskiñe a Maite sonándose la nariz.

La algarabía de los cuatro jóvenes en busca de sus ropas de abrigo, junto con sus voces ruidosas, tienen la virtud de volver a la realidad a los mayores y de tranquilizarles.

Amama, suelta el abrazo con el que ha rodeado a su nuera y sentándose a la mesa, pide a Fermín:

—¿No habías traído por ahí una botella de coñac?

Fermín, como si le hubiera pinchado, se levanta rápidamente.

—Eso es lo que necesitamos, un buen trago de coñac, hay que celebrarlo. ¡Qué contento estoy! De verdad, os quiero mucho a todos y quiero que lo seáis.

Eguskiñe se siente conmovida por las palabras sinceras de cariño de Fermín. A ella, esa sinceridad para decir lo que su corazón siente, es algo que le tiene bloqueada desde hace unos cuantos años.

Quisiera expresarse así, con esa simpleza, sin miedo al ridículo, pero las palabras se quedan ocultas, aplastadas por esa montaña que guarda celosa sus estalactitas, sus tesoros ocultos.

Fermín ofrece un puro a Eduardo, una vez que ha escanciado unas copas de coñac y de licor comprado para la celebración de estas fechas.

Amama ha puesto un poco de café también, no hay prisas hoy por acostarse, está tan sedienta de escuchar a su hijo... como fue su vida allí sólo, en un país tan grande...

—Si las lágrimas derramadas por los dos fuesen perlas, cubriríamos el mar Cantábrico con ellas —piensa.

Años que no bebía coñac. Ponme un carajillo, se dice así, ¿no? Allí el whisky es lo que tomamos, coñac y anís de garrafón... ¿te acuerdas, ama? —le recuerda Eduardo mientras enciende su puro con un rescoldo de brasa de la chimenea baja que arde, bañándolos con sus resplandores, recreándose también con la felicidad de la familia reunida y con la copa de coñac en la mano.

—Ya lo creo —responde Eguskiñe— y contentos. Yo solía ir a comprar a la tienda de Leandro, ¿os acordáis, aquel viejo tacaño lleno de gatos metiendo el morro en todo?

—Más de un caramelo ya le robamos, ¿te acuerdas, Eduardo? Tú le entretenías preguntándole el precio, y yo mientras tanto le metía la mano en la lata de caramelos —dice jubiloso Fermín aspirando el humo de su puro recién encendido.

Ríen ambos rememorando las picarescas hechas al pobre Leandro.

—Yo creo que dormía con la hermana, sólo tenían una habitación y una sola cama... ¡Ja, ja, ja!, éste y yo, sólo se nos ocurrió meterle una rata muerta entre las sábanas. Fue a la escuela y don Agapito castigó a toda la clase sin comer. Eduardo y yo protestábamos más que nadie, diciendo que no había derecho, que pagábamos justos por pecadores... Poca malicia, cada vez que recuerdo, remordimientos me entran —dice Fermín terminado de llenar la última copa y alzándola, propone:

—Pues bien, eso se merece un brindis. A ver, amama, ¿por qué crees tú que podemos brindar?

Amama, también con la copa en la mano, los ojos encendidos como ascuas, alza su copa y mirándolos a todos brinda, entornando los ojos como si fuese a rezar:

—Por todos los que sueñan con ver a sus familiares reunidos, para que se conviertan sus sueños en realidad.

—Amén, amén, así sea —asienten todos bajando los ojos en señal de recogimiento.

—Y dentro de dos días tu hermano, su mujer y sus hijos... ¡Benditas Navidades éstas! —dice amama henchida de felicidad, después de haber apurado un buen trago de coñac.

Eduardo, que no ha apartado sus ojos de ella, le reprocha con cariño:

—Ama, que este coñac no es el que vendía Leandro.

Eguskiñe y Fermín ríen ante la salida de Eduardo.

—Siempre fue un guasón con salidas graciosas, recuerda Eguskiñe que muchas veces envidió su carácter, su forma desenvuelta de ver las cosas, ella le daba demasiada importancia a todo. Eduardo le solía decir, que el árbol no le dejaba ver el bosque.

Quizás por eso, porque no veía lo que había más lejos de su caserío, no se fue del mismo.

Pero tampoco Eduardo fue demasiado feliz, tanto sufrir de añoranza, no sé que es mejor. Estos recuerdos cruzan veloces por la cabeza de Eguskiñe, mientras bebe un sorbo de coñac.

Es la una de la madrugada, y las anécdotas se suceden entre trozos de turrón, almendras, polvorones, sorbos de café, y trago y trago de licor.

Este ha hecho efecto y la risa brota fácil de los corazones de todos, el tiempo se ha detenido en el pasado que parece presente, restándole veinte años a cada uno. Cualquier anécdota simple, cualquier recuerdo, cualquier salida fuera de tono, es un estallido de risa.

Fermín y Eduardo encienden un puro detrás de otro, y el ambiente enrarecido por el humo crea una atmósfera densa, agradable, memorable de recuerdos de tantas celebraciones como estas Navidades, toda la familia.

Se oye cantar en la calle y amama, al escuchar tan próximas las canciones, abre la ventana para ver quién anda en la huerta.

—Amama, somos nosotros. «Navidad, Navidad, hoy es Navidad, es día de alegría y felicidad...»

Cantan a pleno pulmón Javi y Maite.

Los nietos vienen cantando un villancico. También están contentos y felices, se han gastado bromas en el Mesón. Javi y Maite les han presentado a sus amigos, quedando para el día siguiente.

Juan y Miren están tan sorprendidos antes el contraste de California y el de Oquendo, que no salen de su asombro.

Los chavales como ellos pueden andar a esas horas por la calle sin miedo, en cuadrillas, todos se conocen de toda la vida, están confusos y felices que lo manifiestan cantando al igual que sus primos, riendo por cualquier cosa.

Las estrellas en el cielo arropan esta felicidad a la espera de la venida del Niño Dios con Su Mensaje de esperanza y de paz, el sueño dorado de la gran mayoría del pueblo Vasco, año tras año.

También la escarcha blanca que va cubriendo los campos verdes, parece disfrutar de ese mensaje, ofreciendo el crisol de su blancura a la espera paciente de ver realizado tan deseado sueño.

\* \* \*

Por la mañana las sábanas se les han pegado a todos. Los chavales duermen en el caserío con Fermín, el matrimonio en la cama de amama y ésta en la de su nieto Javi. Eguskiñe en su dormitorio.

Son las diez y amama abre los ojos sintiendo un leve mareo. Mira hacia la ventana y por la luz que se filtra por la rendija de la contraventana, puede apreciar que no son las siete de la mañana, que tiene que ser muy tarde. Se levanta de la cama con el cuerpo dolorido.

—Estas camas modernas, serán muy buenas, pero como el colchón de lana... —dice en voz alta camino del cuarto de baño.

Una vez aseada se contempla en el espejo del cuarto de baño y su cara hoy muestra un semblante nuevo, sus ojos brillan recordando la noche pasada.

—Cuánto se puede hablar en una noche, cuántas cosas se pueden contar... ¡Que novela es la vida de cada uno...! ¡Ay, Jesús, Jaungoikoa! Tú que naces mañana, haz que cambie esta novela hasta aquí triste, pero con Tu venida al mundo, dale una esperanza a esta casa, que pueda vivir en paz y a mi pueblo haz que encuentre el sendero también, de esta deseada paz. Amén —dice en voz alta amama, contemplándose en el espejo, santiguándose acto seguido.

Amama sale del cuarto de baño tratando de no hacer ruido. Arregla su cama, recoge la habitación y se dirige a la cocina a encender su chapa, para que vaya haciéndose el café.

Al entrar en la misma, ésta muestra los efectos de una cena succulenta y una larga sobremesa. No hay espacio libre por ninguna parte que no sienta los efectos de la misma. Platos, cazuelas, vasos, ceniceros, dan buena cuenta del festín celebrado la pasada noche. Amama, con los brazos en jarras, hace la señal de la cruz antes de penetrar en la misma, con una energía nueva en su cuerpo pesado, que hace que sienta que ésta se mueva ligero como una pluma movida por el viento.

Ese viento que le ha traído de regreso a su familia y con ella la felicidad olvidada en el caserío de los Olabarri.

Y arremangándose las mangas del vestido con remango, se dispone a poner orden en la cocina, antes de encender la chapa y preparar el café.

Eguskiñe, al sentir los pasos de su ama en el pasillo, abre los ojos y con un fuerte dolor de cabeza, gira ésta hacia el despertador que tiene encima de su mesita de noche y asustada por la hora, da un salto.

—¡Vaya que hora es, y la vaca sin ordeñar! Qué raro, no la oigo mugir.

Aguza el oído con intención de escuchar algo, y el silencio mezclado con el ir y venir de amama en la cocina, es lo único que puede escuchar.

—Qué raro...

Se dirige al cuarto de baño rápidamente, tratando de no hacer ruido. Su hermano y su cuñada duermen en la habitación de al lado y no quiere despertarlos.

—Pobres, están agotados, tanto viaje, el cambio de horario y cuántas dificultades. No sé qué es mejor, lo de ellos o lo mío. En casa parece que los problemas se comparten con la familia, con los amigos, pero allí tan lejos, tan solos, esas distancias para todo, esa forma de vida tan distinta, tan matemática... Pobres, no podía suponer que la añoranza duela tanto... Tanto vasco fuera de su casa, según

Eduardo, miles y miles, unos para hacer fortuna, otros para engrandecer otras tierras. Los vascos por donde pasan crean riqueza, llevan conocimiento, es el alma que llevamos de empresario. Esta tierra los da, lo llevamos en la sangre. En Andalucía artistas, aquí empresarios, libertadores, grandes marinos, gente trabajadora, dura como el clima... Empiezo a comprender también, después de escuchar a Eduardo, a los pobres empresarios vascos que ETA ha echado de esta tierra, obligados por el impuesto revolucionario... Al principio todos creímos que algo habrían hecho... Claro, trabajar y trabajar, lo único que sabían hacer, hoy también ellos fuera de sus hogares, olvidados por todos, en el destierro... Esto es demencial. Vaya Navidades pasarán fuera de sus hogares, sus familiares... ¿por qué los habrán echado? No puedo entenderlo, por qué quiere esta gente la ruina en Euskadi. No están dejando títere con cabeza. Mientras, nuestros hijos, tendrán que irse también por falta de trabajo... ¡Dios mío! Que no me dejen mis hijos, sólo me faltaba eso, que mis hijos tengan que marcharse al extranjero o a Madrid a trabajar, porque ETA los ha dejado sin empresarios, sin empresas que les den una oportunidad cuando acaben sus estudios. ¡Cabrones! Lo queréis todo, sólo vosotros queréis quedaros aquí. Pero ya podéis empezar a cavar, porque el único trabajo que habrá aquí, si nadie invierte por miedo a vosotros, será ese, cavar y cavar, ordeñar las vacas, haceros el pan y mirar al cielo para que una helada como la que hoy ha caído, no hiele las berzas... —Eguskíñe, mientras se arregla frente al espejo del cuarto de baño, maquinalmente, sin fijarse en su rostro siente una forma nueva de ver las cosas.

Su hermano, contando lo duro que es vivir de la Patria, amén de trabajar, que eso es lo de menos, lo más difícil le ha supuesto el rompimiento con seres queridos, amigos, familia, entorno, costumbres.

—Pobres, no hay derecho, y que nadie pueda acabar con esta situación... Qué impotencia siento, cómo me gustaría acabar con todo esto. Con una democracia, esto es de locura. Vaya Navidades para todos los que, por un motivo o por otro, no les queda más remedio que vivir fuera de Euskadi... No sé, no sé, pero me parece que ya va siendo hora de que las mujeres hagamos algo para poner un orden a tanto desaguisado. A estos hijos rebeldes hay que pararles los pies y nadie mejor que las mujeres. Desde siempre, no hemos tenido que intervenir en los asuntos de los hombres, pues bien, me parece que la venida de mi hermano y la venida del Niño Dios, me están iluminando para que no me quede parada. No sé por dónde empezar, pero

empezaré por algo, ya lo creo... Tantos empresarios con sus familias sufriendo en Navidad, mientras dan de comer a otros hijos que no son los nuestros. Y nosotros encima, mandándoles nuestros hijos también, para que les den una oportunidad. ¡Ni hablar! El puesto de ellos está aquí, con sus antepasados, y si se quedan, es porque les da la gana, no porque tengan miedo a venir y que les maten. Mis hijos no salen de Euskadi, ¡sólo me faltaba eso!... —sigue pensando Eguskiñe con un coraje que le enciende la sangre, dándole una energía nueva, un motivo nuevo que siente brotar dentro del alma y le corre por las venas una sabia nueva que dará un rumbo nuevo a su vida. Mientras, pone un poco de orden en el cuarto de baño, antes de bajar a ordeñar la vaca.

Se dirige con paso apresurado hacia el hall donde están las escaleras que conducen a la cuadra.

Amama está para pocos trotes, ¿cuántos años puede vivir? De pronto siente un sudor frío recorrerle la espina dorsal.

—Sola, yo aquí en el caserío... hasta ahora nunca se hizo esa pregunta y un miedo visceral paraliza su cuerpo. El silencio de la casa le hace sentir un miedo aterrador, ante la idea de verse sola en el caserío sin más compañía que ese silencio.

Silencio... Se queda parada en medio del pasillo, escuchando el silencio. Reacciona rápidamente.

—¡No! No puede pasarme eso a mí... ¿Y por qué no? —oye decir de nuevo a su conciencia.

—Porque ya está bien —responde furiosa Eguskiñe en voz alta—. Ya está bien... ¿También mis hijos?... ¿No es bastante con haberme matado a uno? ¿Se tienen que marchar junto con los empresarios vascos que ellos han echado? ¡Juro por Dios, que hoy va a nacer, que no lo consentiré!

Se crece ante su juramento y con todo el garbo que le da el coraje, acelera sus pasos.

Al pasar por la cocina, Eguskiñe siente el olor irresistible de café y no puede por menos de abrir la puerta para tomar una taza, antes de bajar a la cuadra.

Sentados en la mesa ve a amama y a Fermín, que alzan la vista al ser sorprendidos por Eguskiñe. Amama invita a Eguskiñe:

—Siéntate y tómate algo...

Eguskiñe mira el plato de Fermín, y éste confuso, trata de ocultar un poco los restos de chorizo y de huevo que le queda en el mismo.

Va a decir algo, pero se calla, ha de aprender a callarse, piensa. Fermín es el único amigo de verdad que le queda. ¿Y qué haría si se queda sola y sin él? Siente de pronto una visión nueva de las cosas. Jamás se le hubiera ocurrido pensar que Fermín le era imprescindible...

—¿No te encuentras bien? —le pregunta Fermín a Eguskiñe al notar una expresión que no conocía reflejada en su rostro.

—Claro, cenamos mucho, muchas emociones, yo no he podido dormir tampoco... Siéntate con nosotros y tómate un café, lo que hay que hacer ya se hará —invita amama a Eguskiñe, levantándose de la mesa para servirle una taza de café con leche.

Eguskiñe va a decirle algo, pero se contiene. ¿La vaca? Que espere, ella tampoco durará mucho y este bruto de Fermín, cuánta salud, vivirá pasados los ochenta, será el único que le quede, aunque sólo sea para echarle una mano desinteresada, que nunca le va a pasar factura, porque en su amor no existe la balanza de lo que te he dado y lo que me debes a cambio.

Fermín, que no le quita la vista de encima, vuelve a preguntarle solícito.

—¿Una manzanilla? No tienes buena cara...

Eguskiñe le mira como si lo viera por primera vez.

—Nunca me había dado cuenta de que tiene los ojos azules y los labios tampoco están mal. De estatura me pasa un palmo y las manos toscas y grandes como las mías, de tanto trabajar.

Amama y Fermín se miran sin decir nada, algo no anda bien por la cabeza de Eguskiñe, piensan ambos a la vez... sin mediar palabra.

Fermín mira el reloj comprobando que son las doce de la mañana. Va a levantarse y Eguskiñe, con un gesto instintivo le coge una mano, sosteniéndola para que no se levante.

Es la primera vez que Eguskiñe tiene un gesto cariñoso con él y Fermín siente que en el pecho le estalla el corazón y se le sale del sitio, y en su rostro aparece el fuego rojo reflejo de las llamas de los troncos que arden en la chimenea baja que tiene enfrente de él.

Amama que ve dicho gesto cariñoso, mira a Fermín y éste le devuelve la mirada de niño pequeño que, asustado, no sale de su asombro, no sabiendo qué hacer.

—Las emociones de la familia, los recuerdos, le deben de estar trastornando... Mucha capa dura, pero es una infeliz como todas las mujeres... —piensa Fermín negándose la evidencia cariñosa por parte de Eguskiñe. Prefiere no hacerse ilusiones. Ya se las ha hecho cientos

de veces y lo único que ha conseguido es llevarse malos ratos, así que prefiere disimular y tranquilizarla...

—La vaca ya está ordeñada y la cuadra está lista. Los chicos hoy no tienen prisa, déjalos con las risas, se lo están pasando bien.

—Para ellos es la vida, por eso hemos de velar las madres, para que nadie les haga daño... —dice Eguskiñe en tono pensativo.

Amama le sirve el café y cogiendo una botella de coñac, resto de la noche anterior, le escancia unas gotas dentro de la taza.

Eguskiñe le deja hacer... De pronto siente que es también una niña pequeña que necesita de protección, de mimos.

—Si, lo necesita, mucha energía va a necesitar de ahora en adelante —piensa mientras Fermín aprovecha la coyuntura para pedir en tono sumiso:

—Yo también tomaría, amama.

Amama coge una copa de cristal pequeña y le sirve hasta arriba, con un poco de tembleque en la mano. Se derraman unas gotas en la mesa y Fermín moja los dedos de la mano derecha en el líquido, posándolos sobre la frente de amama y la de Eguskiñe seguidamente, y la de él, exclamando:

—Salud, que no nos falte (*zorionak*) felicidades.

—Amén... *Zorionak* —le responde amama.

—¿Por qué no se pararán los relojes?... ¿Por qué tendrán tanta prisa en avanzar? Me gustaría poder saborear más tiempo estas emociones, estas risas... Cuánto me reí con mi hijo y mi nuera: Con los nietos, qué diferentes son estos de tus hijos... Claro, el ambiente, parecen extranjeros, lo que hace vivir tan lejos y en otras formas de vida... —amama dice esto y se queda pensativa.

Fermín, que también ha observado esta circunstancia, asiente.

—Padres vascos, costumbres vascas, pero hablan inglés y mal castellano y de euskera no saben ni lo que es.

—No será eso la causa en Euskadi de que unos hablen euskera y otros castellano, también la culpa de no entendernos unos a otros? —pregunta amama que hasta este momento no se le había ocurrido pensar en lo diferente que pueden ser los mismos nietos, oyéndolos hablar en un idioma diferente y criados en distintas culturas. Qué diferentes pueden ser unos de otros.

Fermín está de acuerdo con amama.

—Razón no te falta, amama, tampoco había caído yo en eso, ¿tú que crees, Eguskiñe?



Eguskiñe levanta la vista de la mesa y con la taza de café con leche en la mano, mira a ambos, que tienen sus ojos puestos en ella y asiente:

—Que sí, que tienes razón, amama, no es lo mismo, por el idioma y las costumbres se distinguen los pueblos, no es lo mismo franceses, que ingleses, o que alemanes, ¿qué les diferencia? El idioma y las costumbres... Euskadi ha perdido gran parte de sus costumbres, los tiempos modernos, la gente de fuera, ha traído nuevas formas de vida y el aldeano, como perro con pulgas, se las quiere quitar de encima, ahí están parte de sus males.

—Sí, decir es fácil, pero hacer... responde Fermín rascándose la cabeza.

Amama hurga en su memoria:

—A ver si recuerdo, en Euskadi hay más de un idioma: labortano, guipuzcoano, vizcaino y suletino, eso es. El labortano es el que mejor se entiende en toda Euskadi, está claro, así somos todos de enrevesados.

—Y ahora, para colmo de males, el *batua*, cómo nos vamos a entender si todos hablamos diferente, parece esto la Torre de Babel.

Eguskiñe mira a Fermín con cara de salir de dudas. Fermín asiente también, está de acuerdo con ella.

—Muchas lenguas me parecen a mí para poderse entender... y quieren que con poner ikastolas ya esté todo hecho... No se puede obligar a la gente, no funcionan las cosas obligando y al vasco menos. A buenas, buenos todos, a malas... malos... menudo fregao que tenemos... Estos como morteros han caído en la cama, ¿eh? No se les oye, pobres, muertos estaban, tanto avión... Tu hermano y tu cuñada hablan otra lengua también, y los madrileños otra, ya no piensan ni sienten como nosotros que no nos hemos movido del caserío...

Amama asiente con gesto preocupado.

—Demasiados vascos fuera, y demasiados españoles dentro de Euskadi. Difícil forma de conservar la raza, las costumbres, las tradiciones... El mundo cambia, tanto avión... Colón más de dos meses para ir a América, mi hijo para venir ocho horas. Claro que allí también la armaron los españoles cambiándoles las costumbres a los indios obligándoles a creer en la religión Católica y a que hablasen español, en el sur y en el norte inglés, ganas siempre de incordiar, ellos no se metieron con nadie, estaban allí... Ahora todo está tan cerca que Euskadi no se puede meter en el puño de la mano para que nadie la vea, como Agapita, que tenía una hija muy guapa y no la

dejaba salir de casa para que no se la llevase ningún hombre... Claro, con el criado se acostaba... Peor el remedio que la enfermedad.

—¿Pero qué tendrá que ver una cosa con la otra? No lo puedo entender... —exclama con gesto ceñudo Eguskiñe, mirando distraída por la ventana.

—Yo tampoco, siempre en la tele hablando de todos los vascos como si matáramos todos, dando malas noticias... Ninguna buena, ¿ya se enterarán por ahí de algo bueno nuestro? Seguro que no, en el extranjero mala opinión tienen de nosotros. Todos creen que los vascos somos iguales, ya lo has dicho tú, amama, muchas lenguas, mucha diferencia entre todos... Coches pinchaos, porque llevan matrícula vasca y muchos desprecios, esas cosas duelen a los que nada tenemos que ver con el terrorismo... ¿verdad, amama? —dice Fermín en tono pesimista encendiendo un cigarro, exhalando el humo hacia el techo.

Amama está un poco cansada y asiente cabizbaja.

—Ya lo creo, demasiadas cosas en tiempos de paz, con la guerra las cosas cambian, pero con la paz... Difícil forma de conservar la raza, las costumbres, las tradiciones... El mundo mucho ha cambiado en los últimos sesenta años: coches, neveras, televisión, avión...

Amama suspira y continúa:

—Ese Colón buen jaleo armó también en América... Pobres indios, se les negó su idioma, su religión, todo lo cambiaron los españoles con su llegada. Todos querían hacer fortuna allí. En el Norte, no dejaron títere con cabeza, cuatro indios en la reserva quedan y luego en las películas los ponen siempre de malos... Por buenos creo yo que no quedaron más que unos pocos... Inglés tienen que hablar ahora, sin tierras, sin idioma, sin costumbres... porque los invasores dicen que son los dueños. Mejor que los habrían respetado y que cada uno se las habría baldeado en su casa, ¿no os parece? ... —dice amama con voz potente llena de coraje.

Fermín le está observando sin decir palabra y Eguskiñe también, sorprendidos ante el coraje y la efusión que pone en sus gestos al relatar estos hechos.

—Hombre, visto así, amama... Aquí no han podido meternos en cintura, nosotros somos rebeldes y luchadores, pero si les dejamos, en cueros nos dejan con tanta conquista.

—Pero es cierto que antes non invadían los franceses, los romanos, los españoles, pero ahora los que nos invaden son negros, empezamos a ver rusos que, pobres... el hambre mueve a los hombres... Miles de

vascos por América, en todas partes del mundo hay vascos asentados. Esos están bien allí, según muchos vascos, invadiendo a otros, pero que aquí no venga nadie de fuera a incordiar, porque los echamos, ¿cómo se come eso? —dice Eguskiñe en tono serio, mirando a ambos directamente a los ojos.

—Mal, porque los catalanes mientras dejen un duro en su tierra, el que va de fuera, todos catalanes, pero aquí no sirve eso. Aquí es cosa de etnia, dicen, de raza; raza también tienen los gitanos y no se mezclan con nadie, eso es cosa de cada uno, pero obligar no se puede a los vascos a casarse entre vascos, negociar sólo con vascos y la tierra sólo con vascos. Ni echando a todos los de fuera se puede arreglar eso, no podemos volver al pasado y ya está, así como así en el siglo XX, como tú bien dices, —afirma amama dándole la razón a Eguskiñe. —Pobres todos, vascos todos, solos otra vez, en qué cabeza cabe... —dice Fermín gesticulando y poniendo énfasis en cada palabra. Amama nunca le había oído hablar con ese coraje y le escucha sorprendida como si fuese la primera vez que le oye hablar.

—Bien dicho, Fermín, con sembrar el miedo para que todos se vayan, fábricas cerradas y mucho paro, mucho miedo a invertir, no se arregla nada. Se va la juventud con ellos fuera de Euskadi y aquí, ¿quién queda? ¡Los viejos! ¿Quién va a engendrar nuevos vascos? Más se mezclarán fuera cuando se casen. Hay que crear conciencia, eso es lo único, creando conciencia de vascos es como podremos subsistir como raza, no desperdigándonos por el mundo. A ver si en vez de raza vasca, lo que vamos a tener es raza negra, porque esos se contentan con poco, les empleamos de esclavos ahora y después... Etnia, ahí tenéis etnia, como en América, que hay más negros que blancos... Y como para el hambre no hay pan duro, más de una Maritxu... amama hace un gesto pícaro, mientras se recoge el moño, poniendo en orden el pelo.

—Negros, Aguirregomezorta, Salazar... ¿No quieres taza?

Taza y media —Fermín le para dando un golpe en la mesa haciendo sonar el tintineo de las tazas y los platos utilizados en el desayuno, que aún permanecen encima de la mesa con restos de comida.

—A propósito de negros, el otro día, cuando fui a Bilbao a comprar el abrigo y compré los libros... en la Gran Vía me tropecé con varios de ellos. En Madrid, ya lo dice mi hermano, cientos, en París creo que no se pueden ni contar y en Londres, medio Londres. Lo que decimos, a la gente que tiene hambre, háblale de etnia, de raza, ni de qué ocho cuartos lo que quieren es comer... Ahora bien, una concien-

cia de raza, ellos ahí y yo aquí, juntos, pero no revueltos. Y desde luego, lo tengo claro, mis hijos no salen de Euskadi para buscar trabajo, porque a cuatro se les ocurra acabar con todo y volver a la labranza. ¡No, no y no! No paso por eso, se acabó. Si mi hijo fue una víctima, su muerte será lo que ponga punto final a esta situación. Mis hijos en América o en el quinto coño, ¡no y no!

Ahora es Eguskiñe la que, con la palma de la mano, da un fuerte golpe sobre la mesa que hace que el gato que duerme próximo al fuego bajo, se levante como impulsado por un resorte y salga apresurado por la puerta de la cocina, asustado.

Amama, emocionada por las palabras de su hija que son la realidad del momento en Euskadi y con pánico de pensar que también sus nietos puedan marcharse fuera de Euskadi y dejarlas solas, cosa que hasta el momento tampoco había caído en la cuenta, ya que los veía como niños, pero que ya no son niños, sino adultos que pronto tendrán que trabajar, casarse, crear una familia con todo lo que eso lleva consigo; siempre el dinero, para todo hace falta dinero y en unos pocos años la economía de Euskadi ha ido decreciendo a un ritmo acelerado. Cada día se oye el cierre de esta o de otra empresa; en Oquendo, también se ha sentido la plaga del paro en sus entrañas. Llodio, cada día una huelga, un problema, un cierre de las principales empresas, no hay como el miedo para que el dinero salga corriendo como el gato, de un salto.

A los pocos portugueses que han venido a hacer lo más duro, cortar pinos en esos montes perdidos, poco a poco les están dejando sin trabajo; más de un señorito del pueblo que hacía remilgos a ese trabajo, ahora qué remedio le queda que ir al monte a trabajar, dejando a un lado el que dirán.

—En la tele ya veo la Expo, las Olimpiadas, el AVE, un tren de alta velocidad, todo lo mejor para otros, cuando aquí se ha dado el pan a media España, ahora mis nietos tienen que ir como mendigos a que se lo den en Madrid, en Barcelona, en Sevilla... ¿Cuándo se ha visto esto? Y por los mismos empresarios que ETA ha echado fuera con el impuesto revolucionario? Mi hijo lleva en Madrid diez años, ese ya le vio las orejas al lobo, y Eduardo en California, casi toda la vida, ese por aventurero, le gustaba la aventura, pero eso es distinto a tener que ir por hambre —piensa y en voz alta—. Eguskiñe, algo tenemos que hacer las etxekoandres (amas de casa) en Euskadi. Me parece que ya hemos dejado mucho tiempo a los hombres para que resuelvan un asunto que es de mujeres. Nosotras somos las que tene-

mos que defender el pan de nuestros nietos y tú el de tus hijos. Estos ganorabakos del Gobierno, poco hacen, pero en Euskadi quien ha puesto firmes a los hombres, hemos sido siempre las mujeres. Así que veremos qué es lo que se puede hacer para acabar con tanto desastre. Si sus madres les hubieran dado un buen soplamocos a tiempo a estos sinsorgos que juegan a libertadores de la Patria, y algún buen consejo que otro para hacer las cosas, no se vería tanto chaval en la cárcel ni a tanta madre llorando por los que están dentro y por los que se han ido.

Amama hace la señal de la Cruz con respeto, Fermín y Eguskiñe no interrumpen a amama, están de acuerdo en todo lo que dice.

Fermín, que no levanta la vista de la mesa escuchando en silencio sin interrumpir a amama, cuando ésta toma aliento, en voz baja, dice:

—Lo peor es que la juventud hoy en Euskadi, con tanto lío no cree en nada, ni en los curas ni en los políticos, ni en la familia, desgraciadamente.

Amama, en el mismo tono que Fermín, en tono serio y pensativo, contesta sin querer ser fatalista:

—Claro, en mis tiempos, que parece que fue ayer, media el honor, el patriotismo, hoy media el dinero, la revolución industrial, cambia el mundo, a las personas, somos menos humanos, como las máquinas. Antes el animal y la persona se mezclaban con sentimiento de amor, de necesidad del uno del otro. Ahora también hay una necesidad de la máquina y el hombre, y la diferencia es abismal, pero, ¿quién quiere retroceder al surco y al arado? ¿O lo uno o lo otro y ETA también lo sabe, y si seguimos hacia Europa ha de ser con todas las consecuencias. Ríos sucios, montes talados, masificación de viviendas, el idílico caserío es cosa de románticos. Con la tierra sólo, no se puede vivir con coches, calefacciones, televisiones, lavadoras automáticas...

Amama se queda mirando a un punto de la cocina y suspira.

—Eso, que les quiten todo eso a la gente a ver qué pasa. Los jóvenes ahora beben leche en bolsas, papillas, no de harina de maíz, no, de latas, yogures, en vez de cuajadas, jamones de York, no de la matanza, ¿y estos quieren empezar a ordeñar vacas, recoger los tomates de la huerta y las lechugas, siempre mirando al cielo, aunque pongan plásticos para que no se pierdan? Parece Oquendo con tanto plástico, una burbuja. ¿Habrá cosa más fea? Entonces, ¿dónde queda el Euskadi romántico, lleno de hayas, robles, encinas? En el pensamiento, eso, en el pensamiento y para de contar —termina la frase Fermín asintiendo, que está de acuerdo con todo lo que amama acaba de decir.

—Fermín, qué bien hablas, no sabía que tú también tenías inquietudes políticas —le dice Eguskiñe a Fermín, sorprendida de su capacidad.

—Y más cosas que me callo, total para lo que me sirven, pero les guste o no, los empresarios en Euskadi son hoy el corazón de esta tierra, los parimos y ahí están, no acabarán con ellos, así que, o lo toman o lo dejan.

Fermín se sirve otro café y mirando a amama, le hace un gesto de que su copa está vacía.

Amama, sin mediar palabra, le sirve una copa de coñac.

Eguskiñe no dice nada, está emocionada, parece como si de pronto lo viese por primera vez. Esta mañana Fermín no deja de sorprenderle...

—Estos veintitantos años de terrorismo, cara factura está pagando Euskadi por cada muerto que ha cometido, contándole al pobre Mikel, cierre de cientos de industrias, miedo a significarse, no hay buenos coches por las carreteras, en cualquier pueblo hoy de España tienen mejores coches que nosotros, los gitanos, me lo ha dicho mi hermano que viaja por toda España. Hoy hay menos miedo entre nosotros pero ¿quién va a montar aquí una fábrica para que se la vuelen? Mientras no tengamos paz, no hay nada que hacer, sin paz sólo iremos hacia atrás como los cangrejos. ¿A quién pueden engañar estos tontos? Todo el mundo sale hoy de aquí, antes nadie salía fuera, pero el que sale, vuelve asustado de lo atrás que nos vamos quedando en todo. Mientras a los empresarios les echaban, a algún tonto se le ocurrió decir que eran opresores, fascistas y otros calificativos. Ya se ha visto lo que eran, trabajadores, que daban de comer hasta hartar —amama concluye pesimista con la mirada perdida en un punto lejano, que va más allá de los montes que tiene delante de su ventana.

Eguskiñe tiene el ceño duro y la mirada también llena de coraje, de rabia y de impotencia. Se sirve otra taza de café y levantándose de la mesa, revuelve en un pequeño cofre que hay de todo y da con lo que busca.

—Voy a tomarme una aspirina. Ayer bebí un poco y tengo la cabeza que me parece que me va a estallar.

—La falta de costumbre. Yo también me tomaré otra —pide amama a Eguskiñe.

Esta rompe uno de los redondeles donde se protegen las blancas pastillas y alarga el brazo hacia su amama para que haga la misma operación.

Fermín les mira a las dos, preocupado, mientras bebe un buen trago de coñac.

—Las mujeres con las aspirinas lo arreglan todo; los hombres con una copa quitamos todas las telarañas de la cabeza —después de una pausa, agrega—: Una cosa es cierta, el que tiene una hija joven y guapa no la puede guardar, y Euskadi es esa guapa —dice Fermín sintiendo sus palabras.

Asiente amama mientras echa carbón a la chapa económica para que no se apague.

—Razón no te falta, esto no es un desierto, aquí tenemos de todo, puerto, carreteras que suben desde la frontera a toda Europa, aeropuerto, ría, que entran los barcos hasta el mismo corazón de Bilbao, que ha costado mucho sacrificios el hacerlos, ¿que hay que minarlo todo y ya está? ¿Y la gente?

¿Cuántos vascos y cuántas generaciones de vascos, como dice Fermín, no saben ni lo que es coger una azada? —termina amama la frase en el momento de cerrar la arandela pequeña y colocando el hierro fino encorvado encima del tiro de la chapa, un poco abierto para que entre el aire y avive el fuego.

—Demasiados problemas, demasiado lío junto, no le veo la salida —dice Fermín con un gesto de impotencia.

—Yo buscaré una respuesta, pero con los brazos cruzados no me voy a quedar —zanja la cuestión Eguskiñe mientras da por finalizada la charla, comprobando en el reloj la hora que es.

—Mañana voy a encender una vela blanca en el quicio de la ventana a las doce de la noche con la palabra paz pintada en blanco, en el cristal, algo es algo, para que no desaparezca un miembro más de mi familia, ni de la de nadie...

—Buena idea, amama, yo también voy a poner en la ventana... para que podamos entendernos con la paz, no con las armas corrobora Fermín emocionado bebiendo las últimas gotas de coñac de la copa.

Eguskiñe mira el reloj de nuevo y dice:

—Hay que despertar a esta pareja, que tienen que ir a San Sebastián, ama. Luego cocinamos entre las dos la cena de mañana, así estamos tranquilas —dice esto levantándose de la mesa contenta de tener de su parte a Fermín y a amama para lo que le haga falta.

Fermín hace lo mismo, levantándose despacio de la silla que cruje con el impulso, mientras se despide de amama y Eguskiñe:

—Bueno, voy a ver qué hacen esos gandules. A la tarde vendré a ver a toda la familia, algo me queda que hacer por casa. Está mi her-

mana, con esa no puedo entrar con las botas en casa, menuda hostia le gasta, la caso sólo la tiene por si acaso llega alguien y la vea bonita. Lo bonito es vivir en ella a gusto. La gente, la gente, que dirán. Que digan, qué felices son esa familia, ¿verdad, amama? Bueno, hasta luego. Agur.

—Agur. Hasta luego. Gracias por todo, Fermín.

Amama se sienta en la silla, optando por quedarse sentada, parece que tiene piedras en las piernas, éstas le pesan hoy de una forma que no puede con ellas. Tomará un café con su hijo y con su nuera, antes de que se vayan. Quiere observarlos bien, su forma de hablar y de expresarse y, sobre todo, oír la voz de sus hijos, tiene tanta hambre de oír sus cuentos, sus chistes, sus sacrificios...

\* \* \*

Son las cuatro en punto de la tarde, se despierta sobresaltada al oír unos fuertes golpes en la puerta. Se ha quedado dormida, sentada en la silla con la cabeza apoyada sobre los dos brazos en la mesa de la cocina.

Las cuatro campanadas, una detrás de otra en ese mismo momento, tienen el efecto de un martillo pilón dándole en las sienas.

—¿Quién será ahora?... Y yo sin arreglarme aún... Claro que tampoco esperaba a nadie... Mis nietos se han ido a dar una vuelta por ahí. Eguskiñe duerme un poco en su cama y yo, con tanta emoción, me he quedado dormida como una marmota... ¿Quién será?

—¡Va, va! —responde amama antes de abrir, perdiendo unos segundos para recomponer su moño y alisarse la ropa, lavarse un poco la cara en el grifo de la cocina, secándose la con un paño de cocina recién estrenado que cuelga de un clavo frente al fregadero y con gesto resuelto dirigirse hacia el hall y abrir la puerta principal.

Amama tiene frente a ella a un matrimonio amigo, Lorenzo y Felisa Ondarreta del caserío del mismo nombre. Al verlos así, de frente, como si fuesen una aparición, amama, contenta, abraza con fuerza a Felisa y acto seguido a Lorenzo.

—¿Cómo así, vosotros por aquí? ¡Ay, Jaungoikoa! ¿Ya ha pasado un año?

—Uno y otro... Ya perdida la cuenta tengo, pero como cada año, aquí estamos, cenaremos en casa de los hijos, mañana con los nietos... Por una vez que trabajen ellos... Nosotros de invitados...



—dice Felisa, mujer de fuerte corpulencia y cara sonrosada, donde la pintura no tiene cabida y sí el agua y el jabón.

Lorenzo, un poco más bajo que su mujer, delgado, pero sano como su mujer, acostumbrado a la labranza y al duro trabajo del caserío, amigos del pueblo desde que iban a la escuela juntos, muestran en su rostro la alegría sana de volver a verse.

—Bueno, ¿nos invitas a una copa sí o no? —dice Lorenzo para romper la emoción que sienten cada año al verse, haciendo el gesto de entrar.

—Te lo ha prohibido el médico, y fumar también —le dice su mujer enfadada.

—¿Y joder no me ha prohibido?... Claro, eso solo desaparecen las ganas... pero una copa y un puro la víspera de Navidad, no me lo quitan aunque me muera mañana... o pasao, yo no tengo prisa... ésta, que más quisiera yo... Pero guerra, le tengo que dar aún. ¿Qué haría la pobre sola allí en el caserío, sin unos pantalones?

Hace estos comentarios Lorenzo, mientras se dirigen a la cocina...

—¿Pantalones?... Cada día más pequeños —le contesta su mujer haciendo un gesto preocupado a amama ante la delgadez de su marido.

—Como todo, ya no me la encuentro ni para mear —le responde Lorenzo entrando en la cocina y quitándose la boina.

Ríen ambas mujeres ante la salida desenfadada y sincera de Lorenzo.

Amama no tiene que invitarles a sentarse. Ellos se sientan, una vez que se han desprendido de las prendas de abrigo que traen, dejándolas en el perchero que hay a la entrada del hall.

Ya me he enterado de la llegada de tu hijo de California. Queremos verlo. ¿Dónde está? ¿Y tu nuera qué tal es? ¿Y los nietos?

—Muchas preguntas haces —interrumpe Lorenzo a su mujer—: Siempre igual, todo le interesa, qué afición por saber lo de todos, como si con lo de uno no fuese bastante —le recrimina Lorenzo a su mujer. Amama le hace un gesto a Felisa de que no le haga caso y en voz alta:

—Todavía no has aprendido nada de las mujeres. Cincuenta años casado y no sabes cómo es tu mujer —le dice amama a Lorenzo mientras atiza la chapa y seguido coge dos copas del aparador para servirles anís. No tiene que preguntarle que va a tomar, cada año se repite la misma escena, sirviéndole la misma marca de anís.

—Este, al paso que va, ya no tiene arreglo, pero una copa, María y bastante... Quita la botella de la mesa, que este sinsorgo le dejas y probando y probando...

—Se come el queso —termina amama la frase de Felisa, riendo. Muchas cazuelas veo, vaya trabajo, y todo pintado... os van bien las cosas, por lo que veo —dice Felisa recorriendo con la mirada la cocina, no perdiendo detalle.

—Eso a ti, ¿qué te importa? Mujeres... Mejor te fijarías en preguntarle por los hijos, esos sí que importan, pero no por las pinturas... ¿No querrás que pinte yo también el caserío...? ¡Hasta ahí podíamos llegar! —reclama Lorenzo a su mujer que le ve venir.

—Una buena mano de pintura no le vendría mal. Mas de diez años que no lo tocamos. Mira qué diferencia de cocina del año pasado.

Amama, orgullosa de lo bien pintado que quedó todo y de poderle dar en el morro un poco a Felisa, que no puede evitar ser un poco envidiosilla y refregarle cada año la suerte que ella tiene de tener vivo a Lorenzo y ella, por el contrario, está sola porque Eguskiñe no es lo mismo que el marido, disimulando su contento y con mucha diplomacia, le responde:

—Los hombres no se fijan en estas cosas, son más prácticos o más marranos. Al final no sé quien tiene razón, si nosotras limpiando todo el día o ellos metidos en el bar, arreglando las casas de los demás.

Felisa que ha captado la indirecta de amama, le mira y, con la copa de anís en la mano a punto de beber un trago, responde:

—Que los comerían los piojos sin nosotras, y tan contentos ellos. Mira a Roldán, hace dos años que se le murió la mujer, con lo limpia que era, que tenía la casa... un piso moderno que se podrán comer sopas en el water, siempre me dio envidia, envidia sana, se entiende... Y ahora, hasta las gallinas en la terraza tiene y mierda suficiente en la casa como para sembrar una cosecha de patatas... Las mujeres nos las arreglamos mejor... dice Felisa mirando a amama que está limpia e impecable oliendo un poco a colonia.

Lorenzo, pasando de los comentarios de su mujer, que son los mismos cada año, cambia de tema. La verdad, que él solo en el caserío no se lo quiere ni plantear... No podría arreglárselas y para una criada con el retiro que tiene y lo poco que saca del caserío, no le da para pagarla, gana más hoy una criada que un ministro. Así, qué remedio aguantar a Felisa, que en el peor de los males no es tan malo.

—Me sale más barata y encima me calienta la cama, ¡y cómo me la calienta! —piensa.

—¿En qué estás pensando? —le pregunta Felisa que se ha callado de pronto mirando los chorizos que cuelgan del techo.

—Que hablas demasiado... —le responde Lorenzo sin comentar lo que estaba pensando.

—¿Quieres creer, María, que hay días que no hablamos ni una palabra? —se lamenta Felisa ante la poca conversación de su marido, que quisiera saber en que piensa muchas veces y se queda sin saber qué es lo que esconde en su cabeza.

—Los hombres, ya sabes, no son como nosotras, a mí me quitan la palabra, poder expresarme, decir lo que siento, y no lo podría resistir; pero por dentro el agua del pozo es oscura, pero cuando el agua sale al campo todo se transforma en hierba, flores, vida... —responde amama con las manos unidas a la altura del corazón.

—Poeta, siempre has sido tú, una poeta, ¿donde has aprendido tú esas cosas? Porque en la escuela eras como todas... —le pregunta Felisa, contenta de poder escuchar a amama y poder hablar con ella.

—El poeta nace —responde amama sin darle importancia.

—Así están todos en cueros, desde que nacen hasta que pacen... dice Lorenzo que no le van demasiado las florituras y menos si vienen de mujeres—: A éstas hay que darles pocos halagos, si no, se lo creen y después no hay quien las aguante —piensa Lorenzo.

—Calla, que Mari cuando habla, sabe más que los locutores esos de la tele, que mucho hablar, mucho hablar, y no sabes lo que dicen... Pero cuéntame, háblame de tu hijo —le pide a amama.

Felisa cambiando de tema, quiere saber cómo vive en América y el de Madrid, le hace feliz enterarse de las cosas de la familia de su amiga María.

Lorenzo, que no le van los chismes ni los cuentos, se levanta de la mesa y dice:

—Voy a dar una vuelta por la cuadra mientras vosotras habláis.

Las dos mujeres se miran y, sin decir una palabra, asienten con la cabeza; mejor que se vaya, porque cada día se está volviendo más cascarrabias y no hay quién mantenga una conversación con él más allá de las vacas y la huerta, piensan ambas a la vez.

Lorenzo sale de la cocina después de apurar hasta la última gota de anís de la copa, dejando solas y a sus anchas a las dos amigas.

—La verdad, María, que a veces los hombres son un estorbo, no sirven nada más que para dar guerra. Claro que tú vives en el centro del pueblo y es diferente, pero yo allí arriba... Los hijos insisten en que bajemos al pueblo, pero yo dentro de un piso no me veo, ni a ti

tampoco te imagino viajando y subiendo en ascensor; que miedo, en esas alturas, pena me dan, como monos enjaulados vive la gente.

Se ríen ambas imaginándose la escena.

—Eso, y sin un fuego bajo que te caliente y te ahume los chorizos. Todo el día el butano. No, eso ya no es para nosotras —responde María, contenta de tener a su lado a su amiga Felisa. Son tantos años amigas, que quiere hacer memoria amama de cuándo la conoció y no puede precisar el momento.

—Nuestros padres ya eran amigos, ¿te acuerdas, María?

Le saca de sus pensamientos Felisa, como si adivinase lo que estaba pensando.

—Me has adivinado el pensamiento. Pocos quedamos de entonces, quiero engañarme a veces pensando que están por ahí, pero tú y yo sabemos que nos están esperando «allí» —hace un gesto con la mano amama mirando al cielo.

Felisa asiente con la cabeza, no quiere hacerse a la idea de que ellos también están en primera línea de fuego y que por ley les toca ir los primeros.

—No me lo recuerdes... Las navidades son tristes para los viejos. Dame otra copa ahora que no está Lorenzo. De vez en cuando necesito una copa para ahogar la soledad y a los fantasmas. ¿Tú crees en esas cosas? —le pregunta en tono un poco melancólico Felisa a amama.

Amama se le queda mirando seria y levantándose de la silla despacio se dirige al aparador donde ha guardado la botella de anís para evitarle tentaciones a Lorenzo y despacio le sirve una copa a Felisa, a la vez que se sirve ella otra copa.

—Tienes razón, a veces son demasiados cerca de una, demasiadas vivencias muertas, demasiadas experiencias rotas, demasiadas lágrimas derramadas, demasiadas risas ahogadas... Sí, demasiados fantasmas... Dices bien, Felisa.

Ambas mujeres se miran con cariño y cogiendo las copas las levantan y las chocan en actitud de amistad.

—Por nosotras, porque nuestro cariño no muera —brinda Felisa.

—Por el amor, que prevalezca siempre el amor por encima de todo.

Beben un trago largo ambas y como si recobrasen la energía perdida, ríen la travesura, poniéndose a hablar las dos a la vez recordando tantas anécdotas vividas a lo largo de toda una vida.

\* \* \*

Fermín, antes de ir a Llodio a casa de su hermana a cenar y ya cambiado de ropa, duchado y bien afeitado, con la ropa de los domingos, se acerca al caserío de amama a saludar a su amigo y a la familia que llegan de Madrid y comprobar que no necesitan nada. El sería feliz de pasar la Navidad en casa de amama, tienen más cosas en común que con su cuñado y los sobrinos, ellos ya son mayores y pasan del tío.

Pero con amama es como si tuviera a su madre, aunque a veces le duele reconocerlo, pero quiere más a amama de lo que quiso a su madre, le comprende más y le da ánimos para seguir insistiendo con Eguskiñe.

—Que me haya agarrao la mano el otro día, me tiene preocupao, ¿no le pasará nada? A ver si es que no se encuentra bien... No sé, no sé... pero algo no le anda bien en la cabeza últimamente —va pensando Fermín próximo al caserío.

Se dirige a la cuadra por la puerta trasera para echar un vistazo al ganado y de paso dejarles ordeñada la vaca. Dentro de la cuadra se encuentra a Lorenzo, enredando con los aperos.

—Hombre, Lorenzo, guapo, cuanto tiempo que no te veía —le dice con cariño Fermín a Lorenzo.

Este también, al ver a Fermín, deja la herramienta que tiene en la mano en el suelo y le abraza efusivo.

—Cada día te pareces más a tu padre. Tu padre y yo más de una juerga pasamos juntos —le dice Lorenzo mientras le abraza.

—Buenos puteros estábais hechos —le responde desenfadado Fermín.

—Chist, que no te oiga Felisa, que se pone celosa.

—Pero ahora no me dirás tú que... —le insinúa Fermín picaresco soltándose del abrazo.

—Hombre, genio y figura... —responde Lorenzo tratando de presumir de hombre delante de Fermín, hombre mucho más joven que él, que podía ser hijo suyo.

—Cuéntame, ¿qué tal por el caserío? —le pregunta Fermín, cogiendo el cubo de aluminio y el banco de madera y dirigiéndose a la vaca que lo mira reconociéndole y moviéndose inquieta, sabedora de que le va a ordeñar librándola de la leche que empieza a molestarle las ubres produciéndole dolor en ellas.

Lorenzo, sabiendo todo lo que acontece en una cuadra, le pregunta:

—¿Y tú ahora, cuántas vacas tienes?

—Demasiadas, mucho trabajo dan, pero como en la fábrica, ya sabes, seis meses trabajando, seis meses en el paro, pues cruzao de brazos no voy a estar... Así que voy tirando.

Fermín y Lorenzo se enfrascan con los temas del campo donde tienen tantos temas en común, amén de la amistad que tuvo siempre con su padre Lorenzo.

\* \* \*

Eguskiñe se despierta después de un profundo sueño de dos horas, sobresaltada, tiene la sensación de haber dormido más. La oscuridad y el silencio son absolutos en la casa.

De un salto se pone en pie y recoge la habitación encendiendo la lámpara de la mesita de noche rápidamente comprobando la hora que es, en su viejo reloj de pulsera pero que anda perfectamente, y se tranquiliza al ver que sólo son las cuatro y media de la tarde.

Abre la puerta de su habitación una vez vestida y dejado cada cosa en su sitio y al salir al pasillo para ir al cuarto de baño, oye unos ligeros murmullos de voces y risas que proceden de la cocina.

—¿Quién habrá venido?... Esas voces... a ver... aguza el oído y sólo econoce las voces de amama y Fermín.

—A éste le tengo como la sopa, a todas horas en casa, como para esconder un fraile y que no se entere nadie —piensa para sus adentros.

De pronto suena el timbre de la puerta. Eguskiñe se dirige rápidamente al cuarto de baño para asearse un poco, está despeinada y sin pintarse ligeramente, no quiere que le vean, sea quien sea el que llama a la puerta. Así que desaparece rápidamente.

\* \* \*

Fermín, que se encuentra en la cocina, junto con Lorenzo amama y Felisa, se levanta de la mesa.

—Ya abro yo, tranquilos.

—¿Quién será? ¿Se habrá adelantado mi familia? —pregunta amama sobresaltada.

Fermín abre la puerta de la calle e invita a que pase el doctor Ismael González, médico oficial del pueblo.

—Hasta la cocina, don Ismael. ¿Cómo usted aquí, no estará malo nadie?

De pronto Fermín, pasa del saludo amistoso a la preocupación. No ha visto a Eguskiñe por la casa, ¿estará enferma?, porque los chavales

estaban en el calle con unos amigos, los acaba de ver, y amama está perfectamente en la cocina.

El gesto de Fermín no pasa desapercibido para el doctor, hombre también de la edad aproximadamente de Fermín, que lleva en el pueblo desde que terminó la carrera, de Segovia, casado sin hijos.

—Tranquilo, sólo vengo a tomarle la tensión a amama.

—¡Ah! Aunque me parece que estos días todos la tendremos disparada con tanta cazuela y tanta leche...

—Ya te veo lo colorado que estás, seguro que también tienes tú una copa en el cuerpo.

Pasan ambos hombres a la cocina cerrando bien la puerta de entrada, el día es frío y húmedo, no ha nevado, aunque la temperatura es baja, de cero grados.

La casa está caliente gracias a dos estufas de butano que ha puesto Eguskiñe para la ocasión, no quiere que sus hermanos pasen frío, no están acostumbrados a las rendijas y la baja temperatura de la casa a diario, pero de ordinario el único calor que hay en toda la casa es el que produce el fuego bajo y la cocina económica que hay dentro de la cocina.

Por eso, todos los que llegan al caserío en invierno se reúnen en la misma ante la chapa económica y el fuego bajo. En cuanto pueden Eguskiñe y sus hijos, una vez finalizados los trabajos, también lo hacen. Amama es la que más horas pasa dentro de la cocina. Hoy está feliz, cómo disfruta viéndose rodeada de gente, pasa tantas horas en soledad...

—Pase, pase, don Ismael. ¿Un café, una copita? —invita amama a don Ismael. Este que recorre la mesa con la mirada, no puede menos que menear la cabeza de un lado a otro...

—Es Navidad, doctor, una vez al año, no hace daño —dice Lorenzo que ha sentido los ojos del doctor en su copa y en la de amama.

Esta también se siente pillada *in fraganti*, y un poco colorada, responde asintiendo a lo que dice Lorenzo:

—Eso, una vez al año... Hoy me tomará la tensión don Ismael.

—No sé, no sé que hacer con ustedes, son peor que los niños. Bueno, un día es un día y seis media docena. Un poco de coñac para mí, metidos en gastos, qué más da.

—Ya le sirvo yo —dice Fermín solícito levantándose de la silla y dirigiéndose al aparador.

—Bueno, puestos así, yo tomaré un café y una copita de anís.

La que así habla es Eguskiñe, entrando en la cocina sonriente y contenta de ver a Felisa y Lorenzo junto con el doctor.

—Así se habla, ¡vaya hembra! —dice Lorenzo desde la silla donde está sentado.

—Viejo verde, éste no podrá en la cama, pero con la vista... esa no le falla. Si tendría lo otro igual...

Ríen todos la salida desenfadada y pícara de Felisa.

—Si nos quitan la vista también... ¿Pero qué hacéis pasando el tiempo, Fermín, qué pasa? Si yo estuviera soltero, una hembra como esa no se me escapaba.

Eguskiñe mira a Lorenzo y sólo de pensarlo se le retuerce el estómago.

—Calla, calla. No sé como le aguantas, Felisa, el divorcio pediría yo si mi marido me hubiese hablado bien delante de mí de otra mujer.

Le recrimina Eguskiñe riendo, mientras se acomoda en una silla y es servida por Fermín que está de pie sirviendo al doctor también un café y una copa de coñac.

Amama ha preparado una olla con café de puchero a la antigua usanza, con colador de tela, para que no falte el café, que con el frío viene bien a cualquier hora.

Las bromas se suceden en la mesa.

Una frase casi profética resuena de pronto como las trompetas de Jericó.

Lorenzo ha dado un fuerte golpe en la mesa haciendo tintinear las copas y las botellas que hay encima y todos guardan silencio para oír bien lo que dice.

—¡«Ojetor» de conciencia, eso, «ojetor» de conciencia, como lo oís!

—¿Quién, tú? —pregunta amama riendo, imitada por todos

—¿Yo? gudari en la guerra contra Franco, ¿yo, «ojetor» de conciencia?

Don Ismael le corrige:

—Se dice ojetor de conciencia.

—Me da igual cómo se diga, pegando tiros en el Cinturón de Hierro de Archanda y en cien sitios más por defender la Patria, pues eso, mi nieto es «ojetor» de conciencia y no quiere ir a la mili.

La forma ofendida de decir, Lorenzo rojo de rabia, hace sonreír a todos menos a él, que continúa:



—¡Sin chuflla, eh, sin chuflla! Que esto es muy doloroso para mí...

Amama ríe por lo bajo, disimuladamente, para no encender aún más la mecha que puede provocar una discusión con Lorenzo.

Fermín también hace esfuerzos para no tomarle el pelo, si estuviesen en el bar aún, pero aquí... y con Eguskiñe enfrente, sólo se le ocurre decir:

—En Burgos, en Caballería estuve yo, y tan contento.

—Mi hijo no creo que la tenga que hacer, no sé para que sirve, si por lo menos aprendieran algo, algún oficio, vamos, digo yo —dice muy seria Eguskiñe pensando en el dinero que eso le puede costar a unos padres, depende dónde le manden, en viajes y gastos personales.

—Eso se arreglaba dejando las cosas como estaban antes —dice don Ismael mirando a todos.

—Claro, a escopetazos, así los mandaba yo, a escopetazos. ¡Vagos, parecen maricas! le responde en el mismo tono airado Fermín.

—Oye, oye, no mezcles a todos... —le dice Eguskiñe, dándose por aludida.

—Es una forma de decir, no va por mis nietos.

Amama sigue en su papel de evitar discusiones.

—Son otros tiempos, nosotros ya no encajamos en este siglo —opina Felisa torciendo el gesto y sirviéndose una taza de café.

Los dulces que ha puesto amama sobre la mesa, poco a poco va desapareciendo entre sorbo de licor y café.

Don Ismael, que no quiere interrumpir lo que tenía en la punta de la lengua y antes de que la conversación derive por otros derroteros, continúa:

—La Ley V de los Fueros sobre el servicio militar, dice refiriéndose a los servicios que los vizcainos debían al Señor de Vizcaya y establece que serán gratuitos, claro, siempre que dichos servicios se realicen dentro del Señorío. En caso que este servicio se realizara fuera del Señorío, sólo lo harán mediante sueldo.

Han guardado silencio todos para escuchar a don Ismael y el primero en romperlo es Lorenzo.

—En los tiempos de mis bisabuelos, era así, ahora la cosa es diferente, aunque la han cambiado también. Si es que ahora los chavales no quieren ir ni dándoles facilidades. Claro que si les regalaban una moto o un coche por ir... entonces las facilidades las daban ellos.

Ríen la salida de Lorenzo que un poco de razón reconocen que ya tiene.

Don Ismael, que quiere continuar con lo que ha empezado, ya que a él lo que más le gusta, aparte de la medicina es la antropología y la historia universal, cortándole a Lorenzo, continúa:

—La Ley continúa diciendo: Que los vizcainos siempre usaron y acostumbraron ir cada y cuando el Señor de Bizkaia, los llamase, por cosas, que a su servicio los mandase llamar, ¿qué quiere decir ésto? Muy sencillo: que conforme a esta disposición el vizcaino no estaba ni obligado a prestar sus servicios militares a nadie fuera de su Señor, con lo cual no les debió nunca a los estados protectores que tuvo, eso incluye a España, claro...

Eguskiñe escucha con interés a don Ismael, es la primera vez que tiene ante ella a un conocedor del tema y siente curiosidad de saber algo más sobre los Fueros.

—¿Qué importancia tuvo la pérdida de los Fueros para los vascos? Me he hecho muchas veces esta pregunta.

—Quedarse sin padre ni madre, al cuidado de la madrastra, diríamos, —le responde serio don Ismael, que le da coraje cómo él siendo de Segovia y ellos vascos, sabe más de Euskadi que todos los vascos del pueblo juntos.

Fermín se siente un poco incómodo ante la cultura que tiene don Ismael y un poco celoso del interés con que Eguskiñe escucha lo que dice. A él le gustaría poder expresarse así y tener tanto conocimiento, pero ya a su edad no se ve metido en libros, como Eguskiñe ni como el doctor.

—Precisamente en Bilbao, en la Gran Vía, he comprado un libro sobre los Fueros vascos la semana pasada, ¿no compraste tú también unos cuantos? No sé quien me lo ha dicho —dice don Ismael tratando de recordar.

—Yo se lo he dicho —le saca de dudas amama, continuando: —Si pudiese usted sacarle de la cabeza lo que lleva dentro, lo mismo que cura un catarro, más feliz viviría mi hija —dice amama con un gesto pesimista.

Lorenzo y Felisa le miran también haciendo un gesto comprensivo, saben todo lo que acontece en el caserío de los Olabbarri y se sienten solidarios con ellos.

—Nunca es tarde para aprender, y yo no quiero morirme de vieja ignorando qué es lo que pasa en nuestro pueblo —dice Eguskiñe muy seria.

Fermín bebe un trago de coñac pero no contesta. El no sabe si es mejor saber que no saber, el que no sabe se escuda en su ignorancia,

para no actuar, pero si sabes y hay algo que él podría hacer, sabe que tampoco podría quedarse parado sin tomar un camino a favor o en contra, por lo tanto, el no saber, a nada le compromete, mejor dejar las cosas como están —piensa.

—Me parece bien, Eguskiñe, y esa compra que has hecho, en contra de la opinión de algunos, me parece lo más acertado; primero sois vosotros, los vascos, los que debéis saber y conocer vuestro pueblo, y después el resto de España, que os está juzgando sin conoceros, sólo a través de lo que se ve en televisión, y yo que vivo aquí, puedo afirmar que no todos los vascos son asesinos, sino todo lo contrario. Vosotros sois las personas más afectadas en este conflicto. Os han dejado sin industriales, con amenazas, secuestros, o los han llevado fuera, creando la riqueza en otros lugares. No se han contentado con eso, vuestros hijos tendrán que emigrar. Con lo cual al Gobierno socialista, esta herencia creada por los vascos fuera, les ha venido de perlas. Contentos fuera y descontentos dentro de Euskadi, porque fuera se disfruta cuando estadísticamente se lee el deterioro vasco donde estaba la industria y en que puesto se halla ahora. Como peces han caído en la trampa los vasos, cada muerte caro precio ha pagado Euskadi. Da pena ver el deterioro. Los vascos, al no extender sus fronteras, con conquistas como otras naciones, sus soluciones de paro a través de la historia las han solucionado emigrando fuera, a América, etc., la economía, su nivel de vida. Yo recorro todas las casas y no encuentro más que paro y emigración, cada día se va más gente a sus orígenes, a sus pueblos. Vuestros hijos también querrán marcharse, porque aquí no hay futuro; bien le ha salido al Gobierno socialista la metedura de pata de los que vosotros sabéis...

Nadie interrumpe al doctor, todos están de acuerdo con él. El doctor, al no encontrar ninguna objeción, continúa:

—La locura de ETA ha sido arruinar a Euskadi, echar a los empresarios, a los que daban ganancias precisamente, como ya dije antes, que los emigrantes se vayan y a quedarse los privilegiados que sólo quieren el caserío, la labranza... Una locura para los que así piensan, y la locura mayor es los que les apoyan esperando lograr quien sabe qué. Pero ya lo estamos viendo, pobreza, pobreza y pobreza, este es el resultado mientras Felipe se opone a la negociación de no querer pactar con asesinos, eso os llaman a los vascos: asesinos.

Ahora el que se pone rojo de rabia es Fermín.

—¿Qué yo soy un asesino? ¿Qué amama es una asesina? ¿Qué Eguskiñe es una asesina...?

Lorenzo y Felisa se miran, asombrados, al escuchar las palabras del doctor. Lorenzo, también encendido, pero vislumbrando una cierta razón en las palabras del doctor, controlando sus emociones, con la cabeza baja responde:

—He de reconocer que algo de razón tiene usted, si no qué sentido tiene esta situación tantos años. Hace tiempo que yo he entendido el juego, pero no puede ser, ¿cómo vamos a querer arruinar a Euskadi?

—Como ya lo hicieron antes, la historia suele repetirse y con éstas yo ya he encontrado en el pasado las dos fechas que ya les he expuesto antes. Tengo, creo, la suficiente confianza para hablar así en esta casa. Desgraciadamente, de política no se puede hablar hoy en Euskadi en cualquier parte.

Asienten todos a las palabras del doctor que de pronto les ha quitado la risa de los labios.

—¡Qué locura, arruinar a Euskadi!... Piensan todos a la vez y sienten como si de pronto les hubiese caído una gran losa encima de la cabeza.

Eguskiñe está entusiasmada oyendo hablar al doctor, la sombra del paro vaga por todas las casas de Euskadi y el miedo de los padres a que sus hijos emigren a Madrid o a Barcelona, está latente entre los que como ella tienen hijos en edad de colocarse.

Tantos sacrificios para darles estudios, una carrera, y al final un callejón sin salida donde ir a parar. Así, que el resultado será que los viejos y los padres se queden en espera angustiada de que regresen en Navidad, como amama.

Largas esperas, muchas lágrimas derramadas al no saber qué hacen, como lo están pasando y la soledad de no tenerlos, piensa cabizbaja Eguskiñe.

La cabeza le bulle a gran velocidad, sus hijos están en esa lista negra de espera, en cuanto no puedan colocarse, frustrados de no poder disponer de dinero que los libere de sus padres económicamente, querrán marcharse, cada día se va alguien del pueblo, fuera...

Amama está tan sorprendida por las revelaciones del doctor, que de pronto siente que alguien ha abierto una ventana para poder ver claro el paisaje que hay a través del muro que tiene frente a ella.

—¿Se puede hacer algo tan tremendo como lo que usted acaba de decir?... ¿Puede haber gente que prepare a terroristas sólo porque a él le estorban las industrias, la gente...? —pregunta un tanto anonadada amama.

—Se puede eso y mucho más. Hitler quiso deshacerse de los judíos, eliminándolos en las cámaras de gas para salvar la raza aria. Si se van los andaluces, los castellanos, los españoles, porque aquí no hay industria, es otra forma de que se queden los vascos solos. Sin trabajo, sin dinero, volveremos al pasado, no somos atractivos, como Soria o Segovia, allí nadie va de emigrante. Claro que con pobreza se consigue aislar la codicia, con riqueza viene la invasión de los de fuera.

Una muestra la tenéis en Estados Unidos, su hijo, amama, es un ejemplo de ello. Así que mientras haya quien pelee queriendo aumentar puestos de trabajo, la respuesta será el paquete bomba, el impuesto, la extorsión —termina don Ismael la frase un tanto apenado.

Felisa, a la que hablar de política le corta un poco, siente que las palabras del doctor tienen sentido, y para salir de dudas pregunta, con timidez:

—¿Usted dice, don Ismael, que las muertes de los industriales no fue debido a que se metían en política, que apoyaban a Franco y que por eso los mataron?

—No hubo política contra todos los industriales, la única política, que la hay y la ha habido con el terrorismo, es la de empobrecer, empobrecer era la única forma de echar a todos los emigrantes, incluidos muchos vascos, claro, pero con tal de que quedaran unos pocos para conservar la etnia, habría sido suficiente. No han meditado en gastos y el terror de un muerto poco a poco, ha minado el espíritu de empresa en Euskadi, y de la credibilidad de pueblo noble, austero, trabajador... hasta el honor han arrasado con su política.

—¿A eso se le puede llamar política? —dice, esta vez enfadado de verdad Fermín, que para él el honor significa más que el dinero.

—En política se pueden arrasar tantas cosas... —dice amama con tristeza—: Hemos visto tantas barbaridades en la guerra, tantas injusticias, que cómo no vamos a creer los viejos lo que es capaz de hacerse en política...

Lorenzo mira al doctor como si lo viese por primera vez. Nunca le había oído hablar de política, únicamente con él había hablado de lo referente a las huertas, que por cierto sabe un montón y de los achaques que tiene él de viejo. Por lo que no puede por menos de preguntarle algo que le preocupa hace muchos años, para lo que él no tiene respuesta.

—Lo que ha dicho usted, eso es mucho decir, así de pronto... Tengo que analizarlo antes de contestarle si tiene o no razón... pero...

¿qué tuvieron que ver los Fueros en todo este fregao? Yo tengo a entendido que todos los males vienen por ahí, ¿qué cree usted?

—Eso a mí también me interesa saber. He empezado un libro que habla del tema *Principios Constitucionales del Fuero de Vizcaya*, por Tomás de Otaegui. Me parece muy interesante —dice Eguskiñe ávida de saber y de escuchar al doctor que habla mejor que los libros.

—Ese, precisamente, compre en la Gran Vía yo y ya lo he terminado. Interesantísimo —responde el doctor complacido de que alguien se preocupe de saber de estos temas tan importantes.

Fermín siente por segunda vez el aguijón de los celos, si por lo menos él sabría un poco de lo que hablan... Avergonzado por su ignorancia, sólo puede decir:

—A mí también me gustaría saber algo de eso... He oído tantas cosas de nuestro pueblo... pero ya sabe, no lo tengo claro, por eso, si puedo, paso de política...

—Ese es un gran error, vosotros menos que nadie, debéis hablar así, tenéis que estar preparados para que no os engañen y menos, por supuesto, a vuestros hijos y nietos. Este gran pueblo, que para mí también lo es, aunque no estén de acuerdo todos los historiadores, que se debe a la emigración de las altiplanicies de Asia, hasta llegar a Iberia, quedando arraigados en ambas laderas del Pirineo, al Sur de Francia y Norte de España. Son muchos historiadores sabios, como ya he dicho antes, los que han tratado de averiguar en los tesoros escritos, en las leyendas, en las tradiciones, costumbres, dichos orígenes, llegando a tener connotaciones por dichas modalidades con el pueblo euskaro, único pueblo que en el siglo XX une a la humanidad con vínculos de esencia étnica, a pueblos originarios, cuyo principio la historia ignora.

—O sea, que no sabemos bien quienes somos —interrumpe amama.

—Así es; el origen no está claro —le responde el doctor Ismael—, hay que tener en cuenta que estamos hablando de hace miles de años...

—¿Y para qué queremos saber lo que pasó hace tanto tiempo? pregunta Lorenzo haciendo un gesto de que poca importancia tiene eso.

—Eso es muy importante. ¿Cómo vamos a conocer a un pueblo bien, si ignoramos su pasado? —le responde don Ismael con cara de no estar de acuerdo con él.

Fermín está de acuerdo con Lorenzo, qué le importa a él saber lo que pasó hace tanto tiempo.

Amama observa las caras de todos y ante la duda, opta por animar al doctor a que siga hablando:

—Continúe usted.

—Eso, continúe don Ismael —le anima Eguskiñe.

—Continúo... ¿Unas pocas almendras de estas quedan por ahí?

Están riquísimas —insinúa el doctor que las ha cogido con gusto y no deja de comerlas, al igual que todos que no dejan de picar nueces, pasas y algún polvorón.

—Sí, hay algún paquete más por ahí, ahora lo traigo —dice Eguskiñe levantándose de la mesa y volviendo al minuto siguiente.

Rompe el paquete y derrama su contenido sobre una bandeja, todavía con restos de lo antes citado.

Don Ismael se mete una almendra en la boca y los demás también le imitan y continúa hablando:

—Antes del Cristianismo, o sea, antes de venir al mundo Cristo, hace casi dos mil años y durante muchos años después, el pueblo vizcaino estaba formado por conjuntos de familias separadas en grupos, sin vínculos políticos de ninguna clase, únicamente por relaciones de vecindad, idioma y lazos étnicos, más o menos como los de ustedes, bueno, con el euskera, no el idioma español que hablan ahora... Como decía, estas agrupaciones tenían forma republicana. Sus jefes eran elegidos entre los más ancianos, que suponían eran los más sabios.

—No me extraña, sabe más el viejo por viejo, que el zorro por zorro, y ahora queriendo jubilar a los jóvenes de cincuenta años... cuando sabe uno lo que es la vida de verdad, ahora a partir de los setenta —le interrumpe Lorenzo con coraje.

—Lástima de la juventud que no quiere escuchar los consejos y la experiencia de los viejos —le da la razón amama.

Fermín y Eguskiñe están de acuerdo con ellos.

—Como decía... ¿Un poco de coñac? —insinúa el doctor.

A Eguskiñe tantas interrupciones le molestan, pero finge todo lo contrario. Le sirve una buena copa de licor y los demás le hacen el gesto de que también ellos las tienen vacías.

Controlando su impaciencia y mirando el reloj que indica las cuatro menos cuarto, Eguskiñe anima al doctor a que siga hablando.

—Como decía, de esta manera se constituía el gobierno patriarcal. Gobernando por usos y costumbres los cuales se traducían en reglas o leyes orales, más tarde dichas leyes escritas, cuya característica esencial era el individualismo, por ser el libre albedrío su alma informadora, a diferencia del Derecho Romano, matriz originaria de todas las

legislaciones actuales en las que el individuo se sacrifica a la colectividad, mediante un autoritarismo unitario y centralista, contrario para los vascos al derecho natural y a la libertad del ser humano.

—Totalmente de acuerdo. Tanto mandar, no nos dejan ser uno mismo —le interrumpe Lorenzo que empieza a sentirse a gusto.

Felisa asiente:

Estoy de acuerdo, nacemos libres y nos quieren atar con cadenas con tanto mandar.

Amama está disfrutando también de la charla, no sabe bien dónde quieren ir a parar el doctor, pero lo que sí tiene claro es que disfruta oyéndole.

—No interrumpáis al doctor —apremia Eguskiñe interesada, ya que la voz fuerte del doctor, modulando bien sus palabras y sus grandes conocimientos encuentra eco en los oídos ávidos de saber de todos.

—Como digo, según Zamakola, cada agrupación se llamaba *erría* que quiere decir recinto y también república. Tiempos después se les llamaría anteiglesias, ya que dichas reuniones se celebraban ante las iglesias. Más tarde, en el transcurso del tiempo y por espíritu de conservación y defensa en razón de la igualdad de raza, usos y costumbres, esos pequeños conjuntos de familias, se reunieron en agrupaciones formando de esta manera, cuerpos llamados *merindades*. Lógicamente, esta evolución trajo la disminución del poder de la familia, que en Euskadi fue siempre la esencia del nacionalismo. Esta Ley no perjudicó, por supuesto, a los Usos y Costumbres antes citados por mí, ya que fueron protegidos.

El humo denso de los cigarros que fuman incansablemente Lorenzo y Fermín, junto con el puro que acaba de encender el doctor, crea un clima cálido en la cocina.

Fermín está descubriendo cosas que lo tienen fascinado, por lo que ahora es él el que anima a don Ismael a que continúe:

—¿Y qué más?

El doctor, como pavo real, se pavonea ante el auditorio tan propicio y lentamente continúa haciendo breves pausas, que ponen nerviosa a Eguskiñe.

—Como decía... las merindades se unen por las mismas razones, en una más amplia entidad política, constituyendo la Asamblea General para de esta manera poder atender mejor a la defensa de las merindades, o sea, sus Estados Constitutivos, para así poder rechazar a los invasores, creando en todo el país una gran confraternidad,



viviendo la vida política, luchando juntos en muchas ocasiones contra el invasor. Poco a poco fueron evolucionando y la confederación política va invadiendo las demás Ordenes y estas uniones se hacen civiles, comerciales, constituyendo una entidad colectiva que como Nación había de presentarse al mundo entero bajo el nombre de Señorío de Vizcaya.

Estas últimas palabras suenan más próximas y más cercanas a todos, por lo que interrumpen a don Ismael en comentarios.

—¡Qué interesante! —dice amama entusiasmada.

—¡Coño!, mira de lo que me entero ahora! —exclama Lorenzo también asombrado al escuchar este pasado ignorado por él.

—¡Sí que es interesante! —responde Fermín con cara de sorpresa.

—¿Y qué más? —pregunta Eguskiñe, cada vez más impaciente por escuchar a don Ismael.

—¿Qué más? Muy sencillo. Estas Asambleas Generales legislan para la Confederación de los pequeños Estados vizcainos, proveyéndolos de todo lo necesario. Ellas asumen el poder absoluto de representación política, siendo, las representantes del Señorío. Bizkaia lucha por su independencia, Roma no puede someterla, por lo que decide entablar amistad con los vizcainos que le nombran su protectora. ¿Qué ocurre con esta amistad? Sencillamente que se inicia un período de la Historia de Bizkaia, en que por voluntad y soberanía eligieron aliados del Señorío. Esto es muy importante: Aliados, ¿está claro? Continuaban rigiéndose por sus propias leyes los vizcainos.

Nadie interrumpe al doctor, éste como si sentase cátedra, continúa aspirando su puro haciendo pequeños lapsus, disfrutando del pequeño auditorio que en el fondo, es lo que le gusta.

—Como decía, en esta época, primer siglo del Cristianismo, se dice, que por primera vez los vizcainos redujeron a escritura sus Fueros o leyes, que para el caso es lo mismo. Hay un período que no se puede precisar quiénes fueron los caudillos que se sucedieron antes de llegar a Andeca hijo de Lope VIII, a éste lo llamaban protector de Bizkaia. Andeca murió en el 711 en la famosa batalla del Guadalete. Desde principios del siglo VIII hasta finales del IX, es una época definida por los protectores de Bizkaia, elegidos voluntariamente por las Asambleas del Señorío, sin que les asistiera derechos hereditarios para sus descendientes, jurando el Fuero como única ley.

De pronto todos entran en preguntas a don Ismael que está disfrutando con sus conocimientos sobre la historia vasca, siendo él de Segovia.

—Dejadle que continúe —pide Eguskiñe cada vez más fascinada.

Todos obedecen dejando al doctor continuar, ya que éste tampoco se hace de rogar, continúa comiendo y bebiendo y fumando su puro.

—Haced lo que yo digo y no lo que yo hago, decía el cura de mi pueblo cuando predicaba, porque él era pecador. Yo digo lo mismo: no fuméis ni bebáis que es malo, pero no me miréis a mí.

Ríen todos la salida picaresca del doctor.

—¡Qué cosas se le ocurren a este hombre! —exclama Felisa riendo también.

—¡Silencio! Que siga hablando —pide Eguskiñe.

—Seguro que si fuese yo el que hablase, ya me habría mandado callar, la muy jodida... —piensa Fermín un poco malhumorado ante las miradas ávidas de Eguskiñe que mira al doctor fascinada.

—Como iba diciendo... Este coñac es muy bueno... Como decía... ¡Ah! Ya había perdido el hilo. A Andeca le sucedió su nieto Endón, gran caudillo guerrero, que luchó contra los árabes. Después de varios caudillos, Senén I fue llamado a la Corte por Alfonso III el Magno, que ambicionaba poseer el Señorío de Vizcaya y con engaños le hizo morir en prisión. Enterados de este hecho los vizcainos se prestaron a vengarle, pero el rey mandó un ejército contra ellos a las órdenes de Ordoño, hermano suyo. Pero los vascos, aún sin caudillo que los mandara, lucharon con tal bravura en el Valle de Arrigorriaga que lo destruyeron todo dando muerte a su jefe.

—¡Bien hecho! —exclama Lorenzo entusiasmado.

—Siempre la misma historia, el hombre no cambia —dice amama moviendo la cabeza y sujetándose el moño con una de sus horquillas.

—¿Y qué pasó después? —pregunta interesada Eguskiñe.

El doctor bebe otro sorbo de coñac, aspira el humo de habano y pide un café.

Eguskiñe se levanta enfadada y le sirve una taza, todos piden otra taza.

Eguskiñe, se las metería por la cabeza, pero solícita, pone café a todos, incluido Fermín, que sabe la mala leche que tiene por dentro. Se lo ha notado en la forma de mirarle a él.

—Menos mal que el doctor es casado, si no hoy iba a haber más que discursos —piensa con gesto hosco Fermín.

—Como iba diciendo... ¿Qué iba diciendo? ¡Ah, sí!... Desde finales del siglo IX hasta el año 1379 y como consecuencia de los hechos sucedidos anteriormente, se encontraron sin «protector» y sin caudillo y con muchos enemigos en sus fronteras, así que se reunió la

Asamblea General para elegir Señor, nombramiento que recayó en el héroe de la batalla que antes he citado, en Arrigorriaga, llamado Jaun-Zuria, aunque hay varios historiadores que no se ponen de acuerdo con este nombre. Como se puede ver el Señor, solamente era un mero ejecutor de las Leyes, Usos y Costumbres y con arreglo a ellas, hacía justicia, haciendo acatamiento de las mismas, jurando cumplir dichas Leyes sin alterar nada, admitiendo todo cuanto las asambleas legislaran. Queda claro que quien mandaba eran las asambleas.

—Si yo entiendo bien, los Señores, en este caso, no tenían poder sobre el pueblo, sino que se limitaban a la protección, ¿no?... dice Eguskiñe sorprendida de todo cuanto está escuchando.

—Así es, aquí no había reyes que mandasen al pueblo, ni vasallos que cumplieran las órdenes del rey, sino todo lo contrario, era una democracia... Pero aquí sucedió un hecho muy importante que es digno de aclarar, si tenemos en cuenta que a los vascos se les atacaba constantemente, decidieron buscar protección del rey más fuerte, celebrando, lo que hoy podríamos llamar tratados de alianza, relacionándose principalmente al capítulo de ayuda militar, no de gobernabilidad. A dicho rey aliado, se le consideraba únicamente como protector del Señorío, quien se comprometía a defender los Fueros, Usos y Costumbres del mismo. Interesante, ¿verdad? Como veréis más tarde, este punto es de vital interés. El Señor de Vizcaya vivía en la Corte de dicho protector, o sea, el rey, salvo que tuviese que asistir a las Asambleas Generales, cortando de esta manera que influyera en el ánimo de los naturales y de los jueces con el continuo contacto... igual que ahora... que sólo buscan el enchufe, el amiguismo y forrarse las alforjas.

—!Eso, atajo de ladrones... —dice Lorenzo entusiasmado por el relato del doctor, que las últimas palabras van haciendo mella en él.

—Y que lo digas —su mujer también asiente.

Todos asienten ante el comentario último del doctor.

—¿Queréis dejarle? —pide Eguskiñe, que si por ella fuese le ponía un esparadrapo en la boca a todos para hacerles callar y no interrumpir al doctor.

—¿Cómo no voy a sentir respeto ante estas leyes? Porque no tengo sombrero, si no me lo quitaba en señal de respeto.

Bueno, como veo que no molesto, sigo. Curiosamente sucedía que el Señor en el Reino protector, venía a ser como un embajador representante del Señorío, ejerciendo desde allí al gobierno del mismo, conservando la soberanía de un jefe de Estado en funciones, dentro de

otro Estado soberano. Siguiendo esta costumbre, tenemos, que Zuria murió en el 884 y hasta el año 1105 al 1370, por herencia sucedieron diez años más y nueve Señores. El último fue el Infante don Juan de Castilla, más tarde Rey de Castilla en el año 1379. En el Fuero de Vizcaya, hay que señalar, hace referencia en la Ley I del Título I estas dos formas diferentes por la que se podía ser nombrado Señor de Vizcaya. Durante estos gobiernos, las Juntas Generales nombraron por protector a los Reyes de Castilla, Aragón y Navarra.

Viendo don Ismael que el auditorio no interrumpe su conversación a excepción de la campana del reloj, desgranando las campanadas de las cinco, continúa su relato.

—Bueno, en el año 1340 don Juan Núñez de Lara, esposo de doña María Díaz de Haro Señora de Vizcaya, bajo el Arbol de Guernica ampliaron el Fuero de Vizcaya, en lo referente a cómo debían entenderse los vizcainos con sus señores, confirmándolo el 2 de abril de 1343, ratificando las Libertades, Usos y Costumbres del Señorío. El Señorío, conviene aquí hacer un alto, fue siempre independiente de Castilla... El periodo siguiente, o sea, desde 1379 al 1527, se resuelve en Junta General ordenar, ratificar y publicar, el Fuero de Vizcaya. Bueno, aquí sí que merece hacerse mención especial...

Don Ismael enciende el puro que se le había apagado, haciendo una pausa.

Amama empieza a interesarse vivamente con la historia de Bizkaia que con tanta clarividencia va exponiendo el doctor, no considerando educado interrumpirle pues no hay que ser muy buena psicóloga para comprender lo feliz que se siente, comiendo, bebiendo, fumando su puro y con un auditorio, aunque modesto, pero que le escucha ávidamente.

Felisa está tan, a gusto, oyendo las historias del doctor, que le mira con cara arrobada. Lorenzo, cosa rara en él, que le gusta incordiar porque nunca está de acuerdo con lo que dicen los demás, escucha como alumno sumido en un aula.

A Fermín, tanto título, y tanto nombre y tanta fecha, le empiezan a retumbar en la cabeza, como un molino dando vueltas. Eguskiñe se pasaría la tarde escuchándole, habla tan bien y es tan atractivo, piensa.

De pronto el timbre del teléfono pone en pie a Eguskiñe como impulsada por un resorte, yendo hacia el mismo.

—Sí, dígame —pregunta en tono de fastidio.

Todos, menos el doctor, están pendientes del teléfono. Al doctor le molestan las interrupciones y más cuando son de teléfono al que odia,

seguro que es un encargo para él, alguien que no tiene otra cosa que hacer que interrumpir lo que está hablando. Estas fechas navideñas, son para que nadie se ponga enfermo y le dejen al doctor disfrutar de los amigos y de la familia en paz. Va a levantarse pero se queda sentado en la silla al escuchar a Eguskiñe.

—Bueno, no os preocupéis... sí, de acuerdo... Hasta luego.

Amama, que ha oído que habla con su hijo, le pregunta un poco asustada:

—¿Pasa algo?

—No, para confirmar que mañana, sobre estas horas, estarán los madrileños aquí. Ganas tengo de verlos.

—¿Y de dónde han llamado? —pregunta Felisa.

—Desde un coche, no oía muy bien, pero ha puesto un teléfono en el coche y desde él me ha hablado. Ya no saben qué inventar... Pero siga, don Ismael. ¿Dónde iba? —dice Eguskiñe ocupando su silla de nuevo.

—No sé, lo de ratificar el Fuero de Vizcaya —dice amama más tranquila y contenta de poder escuchar un rato más a don Ismael, que parece una Enciclopedia viviente.

—Sí, señor, un buen puro... Como decía, este período del 1379 al 1527, bien merece especial atención, porque en él se inicia un importante hecho histórico, el que el Señor de Vizcaya, en el ejercicio de su Señorío, viniese a ocupar el trono de Castilla por derecho hereditario. Como ya he dicho antes, el Señorío fue siempre independiente de Castilla, regidas cada una por diferentes jefes. El Señorío nunca fue Feudo, ni parte integrante de la Corona de Castilla, habiendo una separación como naciones distintas con jefes propios... Interesante, ¿verdad?

—Mucho —le responden todos a la vez.

Fermín no entiende lo que esto significa, pero aprueba como todos. Prosigue el doctor con una sonrisa de lado a lado:

—Veo que tiene una fuente de tostadas por ahí, no me importaría probar una —pide el doctor.

Amama complacida, se levanta y le sirve al doctor dos en un plato, preguntando si los demás quieren también, pero las rechazan, las pasas y demás cosas de picar las prefieren a las tostadas, aunque por la pinta que tienen están diciendo «comedme».

El doctor degusta complacido, interrumpiendo por unos momentos sus comentarios sobre la historia.

—De momentos como éste debe estar lleno el cielo dice el doctor saboreando el manjar hecho por amama.

Eguskiñe da pataditas en el suelo tratando de calmarse y aparentar normalidad ante tantas interrupciones.

—Ricas, ¿verdad? —pregunta amama.

—Como el maná que envió Dios a Moisés en el desierto, algo así tenía que ser. ¿Continúo o lo dejo? —pregunta con falsa modestia el doctor aunque sabe que están deseando que continúe, mientras se limpia la boca con una servilleta, doblándola cuidadosamente y poniéndola sobre la mesa.

—Continúe, continúe, a ver a donde quiere usted ir a parar —le responde Lorenzo con su copa en la mano.

—Como iba diciendo... muerto en 1379, Enrique de Castilla, le sucede su hijo el Infante don Juan con el nombre de Juan I. Por primera vez en la historia se une en un Señor de Vizcaya el cetro de la corona de otro país. Don Juan I de Castilla, no abrogó en lo más mínimo las libertades y derechos de otra nación del que era Señor condicional, ya que fue nombrado Señor siempre que acatara el juramento de cumplimiento de los Fueros, Libertades y Usos y Costumbres. Ahora sí que viene algo de verdad interesante para mí, y más para ustedes, esta fecha fue algo que nadie menciona, pero es de mucho interés. Escuchen...

Todos procuran prestarle la atención que el doctor solicita, aunque Fermín no ve la hora en que acabe de hablar de fechas y fechas y fechas que él no retiene en la cabeza, aunque sólo sea para luego poder presumir con Eguskiñe, piensa Fermín escuchando con interés, a pesar de que no comprende nada o casi nada de lo que tan magistralmente expone don Ismael. Este continúa, entusiasmado:

—El 30 de julio de 1476, Fernando el Católico, esposo de doña Isabel la Católica, como todos saben, entonces Reyes de Castilla, y León, compareció en la iglesia de la Antigua de Guernica y en presencia de todos los representantes de los pueblos de Bizkaia, prestó solemnemente acatamiento a las libertades del Señorío, ratificando el juramento que la reina hiciese siendo ya princesa, ¿qué les parece?...

—Muy bien —responden todos sin saber a dónde les quiere llevar el doctor con tanto juramento.

—Continúo entonces: el 3 de abril de 1512, la reina Juana, hija de los Reyes Católicos, también confirmó y aprobó los Fueros como ya lo hicieron sus padres, reuniéndose en el Señorío de Vizcaya y bajo el Arbol de Guernica, todos los representantes de los Concejos, anteigle-

sias, decidieron modificar los Fueros. Así que en junio de un año después, don Carlos y su madre, Doña Juana, (la loca), dualidad concebida por primera vez en la historia, fueron Señores de Vizcaya, y siendo aún Reina confirmó y aprobó dichos Fueros en el que se contenían Privilegios, Franquezas y Libertades, ordenando a los Jueces y Justicias que guarden y cumplan lo allí expuesto y que, contra el tenor y Forma de ello, no vayan, ni pasen, ni consientan ir a pasar por ninguna manera. El Rey Carlos I antes citado, autorizó la publicación del Fuero de Vizcaya el 1.º de julio de 1527, comunicándose a la Junta General el 7 de dicho mes y del mismo año. Dicha impresión fue hecha en Burgos en el año 1528.

—O yo soy tonta o Bizkaia fue siempre en la antigüedad una Nación independiente —expone amama un tanto insegura de lo que acaba de decir, interrumpiendo al doctor.

—Eso creo yo también —exclama Lorenzo dando un golpe en la mesa con la mano.

Eguskiñe, que así lo ha comprendido, no hace preguntas, con el brazo derecho apoyado en la mesa y la barbilla apoyada en su mano.

Fermín, con cara de no saber bien, opta por callar antes de meter la pata y para disimular su desconcierto, apaga su cigarro en el cenicero lleno hasta arriba de colillas y cenizas del puro de don Ismael.

—Bien dicho, amama, ahí nos duele. Bueno, a mí no, a ustedes, es la punta del iceberg, ahí les quiero llevar, hasta cuando fue Euskadi una nación independiente —dice triunfal el doctor.

Ahora es cuando todos guardan silencio, silencio que solamente es interrumpido por el tictac del reloj y el chisporroteo de la leña que arde sin parar, vigilada por amama que está a todas, pero sobre todo, al cuidado de mantener caliente la cocina, abriendo de vez en cuando un poco la ventana para poder respirar sin el humo de los cigarros que le hacen llorar los ojos y tiene que llevarse el pañuelo a los mismos, molestos por el humo.

Felisa lleva bebidas dos copas de anís y sin querer cabecea, cerrándosele los ojos, el timbre de voz de don Ismael tiene el privilegio de adormecerla. Su marido de vez en cuando le da un ligero codazo para que se despierte. No comprende él cómo se puede quedar dormida su mujer con un tema tan apasionante.

—El Rey Carlos I abdicó en su hijo Felipe II, proclamándole Rey de Castilla y Señor de Vizcaya en Valladolid, el 28 de marzo de 1556, jurando y acatando, al igual que sus padres, las libertades vizcainas y, el 15 de junio de 1575, se reimprimía el Fuero en Medina del Campo,

incorporando al mismo la confirmación de dicho Rey. Fallecido Felipe II, le sucedió su hijo Felipe III quien, con las mismas palabras que su anterior conformó el Fuero, Libertades y Franquicias el 4 de febrero de 1602. A éste le sucedió su hijo Felipe IV, confirmando el Fuero el 16 de agosto de 1621. A Felipe IV le sucedió en el trono su hijo menor don Carlos II, bajo la tutela y regencia de su madre la Reina que a su vez, el 7 de noviembre de 1667, acató y confirmó las mismas libertades de Bizkaia el 17 de marzo de 1681.

Don Ismael hace una pausa, mira con ojos penetrantes a su auditorio y Eguskiñe piensa:

—¿Qué coño querrá ahora?

Como si le adivinase el pensamiento, el doctor pide:

—Otro puro, son francamente buenos.

Apaga la colilla que le queda y bebe un sorbo de coñac.

Fermín, solícito, le presenta la caja, que por cierto, la compró él en el mesón y, aprovechando la circunstancia, coge él otro y lo enciende conjuntamente con el doctor.

La mirada de Eguskiñe le hace comprender que se ha pasado con la confianza, pero Fermín piensa que bien se lo merece después de aguantar a don Ismael tanto Rey, tanta Reina, tanto Fuero y la madre que lo parió.

Lorenzo coge también un puro. Amama no dice nada pero abre la ventana en previsión del humo que se le avecina, que pronto la cocina va a parecerse a los Altos Hornos de Vizcaya.

—Ya nos vamos acercando al meollo de la cuestión. Me estoy fijando en las incrustaciones de nácar del reloj; que maravilla, cuando lo quiera vender se lo compro, amama.

Amama le sonrío suspirando y le contesta en tono nostálgico:

—No hay dinero para pagar el pasado, los recuerdos, el cariño...

El doctor ya se sabía la respuesta y pasándola por alto, continúa:

—Bueno, ya sabemos que no lo vende. Como decía, el primero de noviembre de 1700, fallece don Carlos II, sucediéndole Felipe V, primer Rey de la Casa de Borbón, acatando también las mismas libertades de Bizkaia. Muerto Felipe V le sucede Fernando VI, confirmando también, el 30 de marzo de 1751, los Fueros y Libertades del Señorío. Al fallecimiento de éste en 1759, le sucede su hermano Carlos III, quien también a su vez, confirma el Fuero de Vizcaya. Muerto Carlos III le sucede su hijo Carlos IV, quien acata el Fuero de Vizcaya el 7 de octubre de 1789. Carlos IV abdica la Corona a favor de su hijo Fernando VII, quien el 29 de julio de 1814, según cédula de comuni-



cación al Señorío, el 17 de octubre de 1814, confirmó y ratificó de nuevo los Fueros, Buenos Usos y Costumbres, Privilegios y Libertades de Vizcaya, en la misma forma en que lo hicieron los anteriores. Este es el último Rey de España que ha sido Señor de Vizcaya y que juró acatar las libertades del Señorío. En este caso concreto, los sucesores del Rey Carlos IV no son Señores legítimos, porque para serlo no han cumplido el requisito de acatamiento. Por lo tanto son Reyes impuestos al pueblo vasco, no en razón de hechos históricos de tratado o convenciones, sino en razón de la fuerza. Es verdad que a partir de dicha fecha, este pueblo anda de cabeza tratando de recobrar estos privilegios. claro que si el pueblo español reclama Gibraltar a los ingleses, con mayor razón los vascos tienen que pedir lo que es suyo.

Lorenzo es el primero en hablar, pausadamente, reflexionando cada palabra:

—Don Ismael, cuando usted ha empezado a hablar, yo por respeto, me he callao, pero ahora tengo que decirle que me ha quitao una venda de los ojos.

—Y a mí, tampoco entendía yo bien eso de los Fueros. A mis abuelos yo oía contar la guerra contra los carlistas, una guerra entre hermanos también, siempre peleando entre hermanos; entonces ¿qué tuvo que ver los Fueros con los carlistas?... —pregunta amama interesada.

Felisa también pregunta, esto último ya tiene sentido en su cabeza, al principio sólo oía fechas, nombres de reyes y el sueño le vencía oyendo el timbre de voz melodioso del doctor, pero esto último también tiene sentido para ella, también sus padres y abuelos contaban hechos de los carlistas que ella no comprendía bien entonces, así que se atreve también a sugerirle:

—¿Y de los carlistas no podría contarnos algo?

Con la cabeza asiente Eguskiñe, ávida de saber, pero preocupada por la hora, ha quedado en ir a la peluquería, pero prefiere quedarse con los amigos y el doctor que se encuentra tan inspirado hablando de la historia de Euskadi, así que da por hecho el no ir y quedarse, ya se lavará el pelo a la noche y se lo recogerá con unos rulos.

Fermín está un poco incómodo, eso de verse tan ignorante no le tiene contento, se marcharía, pero entonces, piensa, que pueden creer que se va por eso mismo, porque no ha comprendido casi nada. Si se perdieron los Fueros hace tanto tiempo y el peñón ese de Gibraltar, para que meten tanto ruido tratando de recuperarlos, que dejen las

cosas como están, sin revolver la mierda que apesta, mientras no se la toca no huele —piensa sin decir una palabra a la espera de escuchar al doctor su narración, mientras Eguskiñe le mira con ojos embelesados. Si por lo menos me mirase a mí así...

—A ver... un poco de agua para compensar el alcohol —pide el doctor.

Amama se levanta, coge un vaso de cristal de la balda que cuelga delante de la fregadera y llenándolo se lo da.

—¿Alguien quiere agua? —pregunta amama sirviéndose ella otro vaso.

—Yo —pide Felisa.

Amama le llena otro vaso a Felisa y ésta también se lo bebe, con el calor de la cocina y las copas de anís y de coñac, ha hecho su aparición la sed y el tener que evacuar lo bebido.

—¿El cuarto de baño? —pide Felisa.

—Donde siempre —le responde Eguskiñe, aguantando también ella las ganas de orinar.

—Bueno, entonces como en la guerra, ¡alto el fuego!

Se levanta Lorenzo que es el que así ha hablado acompañando a su mujer al servicio.

Después se levanta amama, que agradece a Lorenzo su «alto el fuego». A continuación se levanta el doctor. Fermín, al ver que Eguskiñe no va, él tampoco, por vergüenza. Así que se quedan en la mesa esperando a que vayan regresando uno a uno.

—Qué bien se queda uno —Lorenzo ya ha vuelto es quien hace el comentario sentándose en su sitio.

—Yo no podía más —dice Felisa ocupando su silla.

—Qué inoportunos —piensa Eguskiñe mientras atiza la chapa económica para que no se apague. Recoge los ceniceros sucios y echa las colillas y las cenizas dentro de la misma provocando una llama viva esparciendo un olor penetrante que le hace torcer el gesto.

—¡Qué asco, fumáis más que los carreteros! Ganas de gastar el bolsillo y los pulmones.

Fermín baja la vista, no quiere contestarle, no tiene ganas de reñir delante de los presentes y con la mala leche que le canta en este momento, seguro que Eguskiñe le pone verde llamándole ignorante delante de todos, así que midiendo sus palabras, sólo puede decir:

—El hombre a veces él solo se mata, pero sarna con gusto no pica, ya sabes.

Amama y el doctor llegan a la vez. Este último, por no esperar, se ha ido detrás de la casa y contra la pared ha evacuado, regresando cuando salía amama del cuarto de baño.

—Que frío hace ahí fuera, este año está haciendo más frío que otros años. Desde que han descubierto la capa de ozono, todas las culpas del cambio de tiempo la tiene el ozono. Aunque si volvemos la vista atrás, comprobaremos que desde hace unos años el planeta ha sufrido alteraciones climáticas.

—Bueno, dejemos el tiempo y volvamos a lo mismo, ¿no le parece? —sugiere Eguskiñe al doctor antes de que éste se enrolle con el tiempo y les haga una disertación sobre el mismo que a ella no le preocupa en este momento. Lorenzo asiente también, cortando al doctor el tema iniciado sobre la climatología, que desde que él ha puesto invernaderos de plásticos para proteger sus lechugas, tomates y vainas —judías verdes—, ya poco le importa si llueve, hay helada o si la capa esa de ozono es más grande o más pequeña que la cabeza del Gargantúa.

—Bueno, si la mayoría prefiere la historia, seguimos con la historia, legado maravilloso donde los muertos también hablan, porque ellos nos dejaron su legado vivo, que es eso: la historia —pone énfasis en esta últimas palabras el doctor, para continuar hablando—: Bueno, íbamos... a ver, donde íbamos...

—Muerto el Rey Fernando VII... —le aclara el punto donde quedó interrumpido el relato Eguskiñe.

—Eso, muerto el Rey Fernando VII, le sucedió su hija Isabel II bajo la regencia de la reina viuda doña María Cristina, modificando la modalidad política de la Nación Española, después de la muerte del monarca. ¿Qué trajo esta modificación en la Ley? Ni más ni menos que el desastre político y terrorista que hoy están, ustedes, los vascos, sufriendo. No me miren con esas caras raras que eso es así... —comenta el doctor escudriñándoles los ojos, ante las miradas incrédulas de los oyentes, al escuchar algo con tan poco sentido, para que puedan entenderlo ellos.

—Aclare eso, don Ismael, que si le he entendido bien, muy lejos está una cosa de otra —le pide en tono incrédulo Lorenzo torciendo el gesto.

Hace una pausa el doctor pensando bien lo que va a decir y continúa seguidamente con la mano derecha levantada y con el índice señalándole.

—Sí, señor, el artículo primero de dicha Ley, dice así: «Se confirman los Fueros de las Provincias Vascongadas y Navarra sin perjuicio de la Unidad Constitucional de la Monarquía». Aquí hay que hacer hincapié: llama Provincias a Vascongadas y Navarra, cuando siempre en la historia fue una nación independiente Bizkaia del resto de España. El único vínculo que le unía con España, era la unión política, en el sentido de protector o protegido, vínculo voluntario por ambas partes. Nunca de sometimiento, porque la unión antes citada, nunca fue constitucional, pues el Señorío, en todo tiempo, se gobernó con sus propias leyes, usos y costumbres propias, que no eran las leyes con que se regían en España. ¿Queda claro que de un plumazo arrebataron al pueblo vasco su nacionalidad? ¿Hay hecho en la Historia más injusto que éste? De ahí parten todos los males como ya he dicho antes... Aquí, España creyó estar en América tratando con indios... Desde entonces los vascos no han cesado en su empeño de que se les devuelva lo que por derecho era suyo y se les robó.

Ahora las voces en la cocina suben de pronto de tono. Lorenzo, rojo de rabia no hace más que lanzar improperios contra el régimen que así se apoderó del bien máspreciado que tenían los vascos: sus Fueros o sus Leyes representativas como Nación Independiente.

—¡Silencio, silencio! —pide el doctor—: ¡Orden, orden!

Con una botella en la mano don Ismael pide silencio. Las voces van bajando de tono y don Ismael puede continuar:

—Si esta medida del derecho es de interés unilateral de una de las partes, claro es que en España, como nación más fuerte que Bizkaia, puede proclamar como justo este injusto proceder, pero no así, si el derecho de los pueblos debe ser respetado. La Ley de 1839, señala en la historia una página poco conocida por todos. Hoy se llama asesinos a los vascos en el resto de España, porque ocultando esta página nadie explica el por qué de estos acontecimientos desgraciados, que incluida esta familia, le ha tocado vivir.

Todos callan. A amama y a Eguskiñe les brotan unas lágrimas que en vano puede parar, como el tictac del reloj.

Se hace un silencio penoso en la cocina, que el doctor rompe enseguida al continuar narrando hechos tan importantes para el actual pueblo vasco.

—Estos hechos últimos han sensibilizado de manera especial a todos, especialmente a amama y a Eguskiñe, aunque no entienden qué tiene que ver una cosa con la otra. Pero el doctor cuando lo ha dicho por algo será y esta cuestión sí les interesa sobremanera conocer, por

lo que, con los ojos húmedos Eguskiñe le pide al doctor que aclare lo que ha querido decir:

—Así es, no cran que estoy loco, yo por lo menos no, en todo caso ellos. Con esta Ley desgraciada para el pueblo vasco, se ultraja a un pueblo soberano, leal, progresista, modelo en el mundo, cuyas leyes ancestrales son modelo hoy de ejemplo para las generaciones venideras. Y algunos se rasgan hoy las vestiduras cuando oyen decir a muchos vascos que no son españoles... ¿Ahora lo comprendéis? Por eso me gusta tanto la Historia, porque ésta es la única que deja desnudos a sus gobernantes, a sus reyes o a sus injusticias, lo mismo que sus aciertos, tarde o temprano. Pero yo que no soy vasco, reconozco que es muy cómodo olvidarse de la Historia, y a las nuevas generaciones no hablarles de ella, como ha dicho Fermín, «la mierda si se le revuelve huele» y esta huele peor que todas...

La cabeza de los cuatro bulle dándoles más vueltas que la piedra del molino de los Arámburu...

De nuevo las voces suben de tono, exponiendo con sus razones y griterío dicha injusticia.

El doctor, como puede, hace callar al auditorio que parece más bien una antigua asamblea debatiendo sus opiniones y puede hacerse de nuevo con la palabra.

—Aquí hay que aplicar la medida de, si una entidad política reconoce y practica el principio de que la fuerza es la medida del derecho, que no lo olvide cuando se la apliquen a ella. Estas consecuencias no tardaron en hacerse esperar. El 5 de enero de 1841 el Gobierno Español, por una simple resolución ministerial, abolió el Pase Foral, la garantía más legal establecida de las libertades vascongadas y con él quedó ratificada la conculcación de las Leyes, Libertades, Franquicias, Usos y Costumbres de Bizkaia, Guipúzcoa y Alava.

Con voz grave esta vez, el doctor continúa hablando en medio de un gran silencio, sólo interrumpido por los chisporroteos que despiden la leña al ser consumida, como si se doliese por los hechos escuchados y el tictac del reloj, que marca incansable el paso del tiempo, sin retroceso, sólo mirando hacia adelante.

—El 21 de julio de 1876, por resolución tomada en las Cortes españolas, desaparecieron los últimos vestigios de las libertades euskaras. Que no se rasguen las vestiduras los que no ven con buenos ojos el deseo latente del pueblo vasco en conseguir de nuevo, para su pueblo, esas libertades arrebatadas, como ya he dicho antes, así que por primera vez en la Historia, el Gobierno de España se prepara para

legislar libremente al Señorío, olvidando y negándole la existencia hasta entonces de las Juntas Generales, expresión de una de las más antiguas democracias concebidas en el mundo entero.

Hablan ahora de democracia, los vascos desde siempre, se han regido por ella, los vascos en sus costumbres son demócratas desde mucho antes que los romanos, y el pueblo español no podrá hablar de democracia mientras niegue a los vascos su pasado histórico. Las monarquías absolutas y hereditarias en esta tierra, no han tenido cabida nunca, ni antes ni ahora. La desigualdad entre los vascos y los españoles, ha sido bien notoria. Los vascos, al ser gobernados en democracia, eran iguales unos a otros, sin desigualdades, lo mismo frente a las leyes que ante su economía. No había, por tanto nobles, ni plebeyos, todos eran hijos hidalgos, desde el señor más importante que habitaba en el palacio, hasta el aldeano más humilde que habitaba en un caserío perdido entre montañas. Las monarquías absolutistas, en cambio, representadas por los Reyes de España, destruían la libertad de sus súbditos, así como las de sus reinos. Por lo tanto las leyes no nacían del pueblo, que nada pintaba, sino que nacían del mandato imperativo e indiscutible del rey, que podía contemplar a sus súbditos como a siervos sumidos, a los que se les negaba el derecho de opinar. Por tanto esta forma de gobierno genera esclavos, no seres libres, sin voz ni voto. ¿Entienden bien lo que esto significa? No, claro, ustedes no ven la diferencia, porque dan por hechos las cosas ¿Entienden ahora bien el porqué de lo que pasa en esta tierra? Yo los admiro a ustedes y sufro con ustedes al ver este gran deterioro que hoy sufre el pueblo vasco, cuyo mal parte desde aquella fatídica fecha.

Del todo no pueden comprender, aunque lo intentan, sin interrumpirle, con el respeto que se merece reconocimiento tan sincero por parte de un hombre que no es vasco, pero que está defendiendo su causa, un tanto dolorosa en los actuales momentos.

Amama está un poco aturdida por las manifestaciones sinceras del doctor, que explicadas así tan francamente, han hecho que comprenda muchos puntos oscuros que cruzan su mente, pero que ahora puede distinguirlos como si fuesen estrellas brillantes en el firmamento.

—Cuánto nos queda por aprender —dice Felisa emocionada, cogiendo de la mano a amama.

Esta asiente también emocionada.

—Sí, cuánto sé que queda en esta vida ahí oculto, sin salir a la luz, para que podamos ver claro tantas cosas ocultas.

—Por eso mismo, yo busco desesperada esa luz que me haga ver con claridad la raíz de tantas tinieblas como llevo en la cabeza metidas —dice Eguskiñe mirando profundamente a don Ismael—. Usted, qué claro lo tiene, lo envidio —continúa la frase Eguskiñe que se levanta para servir a todos un poco más de licor.

—Yo he vivido sin saber toda la vida y casi lo prefiero así, es mi forma de ser, lo que no tiene remedio es mejor dejarlo —comenta Fermín en tono pesimista, bebiendo un sorbo de coñac.

—Yo todavía puedo hacer mucho, y si hay algo que está en mi mano, descuidad que allí estaré yo —dice en tono patriótico Lorenzo, emocionado también por el relato tan bien expuesto por don Ismael.

—En las urnas hoy está esa solución. Las guerras y las armas en el siglo XX ya no tienen sentido —dice don Ismael aspirando el humo de su tercer puro con placer, metiéndose en la boca otra almendra, saboreándola con el mismo placer que lo haría cualquier niño.

—Aquí, en confianza, hoy es un día importante, no sé por que, pero esta cocina le hace a uno ser sincero, casar las verdades que lleva uno dentro. Les diré algo más, tengo el colesterol alto, un poco de diabetes, la tensión ídem, igual que ustedes, pero estos ratos bien valen la pena, de vez en cuando hay que olvidarse del cuerpo y darle gusto para que no se rebele con la apatía, la depresión y las pocas ganas de vivir. Brindo por las calamidades, que hoy no pueden con nosotros —alza el doctor su copa en un brindis imitado por los demás, que ríen sus últimas palabras.

—Por el colesterol —brinda amama.

—Por la diabetes —brinda Lorenzo haciendo una pedorreta.

—Por la paz —brinda Eguskiñe.

—Por estos ratos felices —brinda Felisa, que parece una manzana colorada con ojos alegres.

Eguskiñe ávida como está de saber, deja a todos brindar y bebe despacio sin interrumpirles durante un breve espacio para volver al tema anterior.

—Don Ismael, no quiero ser pesada. Yo he leído algo sobre los carlistas, como ha dicho Felisa, la historia anterior no la había leído porque no sabía lo importante que era, en cambio, ¿quién no ha oído hablar de los carlistas? Y de eso yo he leído bastante. Pero sin lo anterior, que tan bien nos ha explicado, claro que tampoco tiene sentido esta guerra, ¿no? —pregunta Eguskiñe con un poco de miedo, pensando que le puede cansar al doctor seguir hablando de historia y que a lo mejor también le entretiene demasiado.

El doctor adopta una postura de profesor de Universidad, complacido, sus palabras han calado en el alma de todos, menos en la de Fermín, pero un setenta y cinco por ciento del auditorio que manifiesta estar interesado contra un veinticinco que oye pero que no escucha, bien merece continuar hablando de historia o de cualquier otro tema, así que, ni corto ni perezoso, continúa, feliz:

—Un dato se me ha quedado en el tintero que conviene aclarar antes de seguir con los carlistas. Los lugares donde se celebraban dichos juramentos. Estos se hacían de la siguiente manera: En las puertas de la Villa de Bilbao en manos del regimiento de ella. Seguidamente en San Meterio Celedón de Larrabezúa y ante el sacerdote que tendrá en sus manos el Cuerpo de Dios, jurará lo mismo. Irá después a Guernica y allí, delante del Arbol, hará aquél sin juramento y, por último en Bermeo, en la iglesia de Santa Eufemia y ante el altar mayor en presencia del Cuerpo de Dios y puesta su mano sobre el altar, efectuará de esta forma su juramento. Interesante, sí señor. Aquí hay que aclarar, que no siempre los monarcas podían desplazarse a la Villa, dado que las comunicaciones no eran las mejores entonces y las guerras continuas, unas veces internas y otras externas en las que se encontraban los Reyes de España, les hacía imposible venir aquí, entonces se consintió en que bastara su juramento a las libertades de Bizkaia mediante cartas reales. Como podemos ver, el Señor asumía y respetaba la democracia vizcaína, lo que hoy se llama poder ejecutivo. Este mismo juramento que en épocas modernas hacen los jefes de los Estados constitucionales, especialmente los presidentes de repúblicas. Muy interesante. Ustedes se adelantaron a los tiempos durante siglos.

Ninguno ha interrumpido al doctor. Si los tiempos modernos han sembrado de lodo el nombre de sus antepasados, bueno es sacar a la luz la Historia para que ésta nos demuestre la verdad a quienes encima los condena, después de ser ellos mismos los causantes de tantas desdichas.

Amama, emocionada por las últimas palabras pronunciadas por el doctor, es la primera en hablar:

—Y yo que me iba a morir creyendo todas las historias, siempre malas, que dan en la tele, cuando ETA... para qué os voy a contar... Todo tiene en la vida un porqué. Así que nosotros somos siempre los malos de la película, pero nunca he oído decir a nadie la causa por la que empezó a producirse todos estos males.

—Nosotros, bien has dicho, los rojos enemigos de la Patria, claro, enemigos porque hemos querido siempre lo nuestro. Al que roba,



¿qué quiere, que le demos encima las gracias? La unidad de la Patria está muy bien, siempre que le den a cada uno lo que es suyo —dice Lorenzo enfadado.

—Por eso he dicho antes que tienen que enterarse bien ustedes los primeros y después el resto de España, que no tienen ni idea de lo que aquí se cuece, porque nadie les informa. Sólo se les dice lo malos que son ustedes, pero no las causas que los mueven a hacer tantas barbaridades.

Eguskiñe baja la cabeza y en voz baja, no puede por menos de decir con tristeza:

—Así que ETA es el fruto de este robo manifiesto y la muerte de mi hijo también.

Todos bajan la cabeza en señal de respeto, asintiendo con su silencio.

El doctor mira a Eguskiñe asintiendo con un movimiento de cabeza, para continuar hablando:

—La primera consecuencia sangrienta después de la pérdida de los Fueros, no se hizo esperar, aunque aquí cabría resaltar una serie de hechos aclaratorios al respecto; porque un poco de la culpa o un mucho de la pérdida Foral, la tuvieron los propios vascos. Sí, sí, no me miren con esas caras —dice el doctor interrumpiendo su conversación, aprovechando esta pausa para aspirar con placer el humo de su tercer puro.

—A ver, que yo me entere —dice Fermín, que estas últimas palabras del doctor las ha captada bien.

Los demás secundan sus palabras.

—Voy a empezar desde el principio, o sea, desde que Napoleón Bonaparte nos invadió España, porque aquí se coció lo peor.

Amama no entiende lo que quiere decir don Ismael, ni tampoco Lorenzo, así como el resto, por eso mismo le hacen un gesto con las manos en silencio, de que continúe hablando, que no se pare.

—Como he dicho, ¿cuándo empezó el origen? Con el comienzo del nacionalismo en España, así como suena. Pues bien, el dos de mayo de 1808, con la sublevación de la nobleza y alto clero contra el invasor, durante cuatro largos años, Napoleón había ocupado Madrid y nombrado a su hermano José rey de España. Esto creó entre los españoles una unidad de lucha contra el invasor. Por todos los pueblos se organizaron Juntas de Oposición. También las demás capas sociales se unen a la causa, menos unos pocos afrancesados. ¿Quién se erige en portavoz de la soberanía nacional y del liberalismo? El sector

de comerciantes y de intelectuales, nombrando diputados, convocando a Cortes; los liberales consiguen que lo haga por estamentos de nobleza, clero y pueblo más bien numérico. Estas Cortes se celebrarán en Cádiz en 1810. En Euskadi, las fuerzas que luchan contra Napoleón, al cabo de veinticinco años, se convierten en liberales y carlistas que lucharán más tarde entre sí. Las Juntas, encabezadas por los Diputados al Congreso de Bayona, han dado la consigna de exigir en las Cortes, el mantenimiento de los Fueros. Nombrando a Mendizábal por Guipúzcoa, al Marqués de Montehermoso por Alava, a Sandiola por Bizkaia, y a Orbegozo por el Consulado de Bilbao. Pero aquí surgió el fallo de los vascos que antes he mencionado. Los diputados vascos aceptaron, sin darle importancia, la Constitución, pese a que ya en el Artículo 144 menciona la suerte que van a correr los Fueros. Porque éstos, una vez examinados, decidirán su suerte, según los intereses de la nación. Aquí empezaron todos los males para los vascos.

—O sea, que en Cádiz, si no he entendido mal, ¿los vascos perdimos los Fueros? —dice Eguskiñe en tono bajo.

—Así es. En las Cortes de Cádiz se decidió la suspensión de los Fueros con la nueva Constitución, que la llamaron también la «Pepa».

—Mujer tenía que ser —dice Fermín cabreado, a quien las últimas palabras del doctor le suenan a robo manifiesto y a cosa de mujeres.

—Yo no entiendo por que en Cádiz —dice amama a quien le suena muy de lejos esta región.

—Los políticos son unos cabrones, sólo van a lo suyo —dice Lorenzo en tono de cabreo—. Y tú ten cuidado con la falda, que te la quemas —le dice Lorenzo a Felisa.

Esta recoge rápidamente el pliegue, asustada, dándose cuenta de que es una estrategia de Lorenzo para que espabile y no se duerma. Amama se ríe al ver la cara de enfado de Felisa al comprobar que le ha tomado el pelo.

—Bueno, menos chufas y vamos de una vez, ¿A dónde vamos? Ya no sé ni lo que me digo —dice el doctor apurando el contenido de la copa de coñac.

Eguskiñe que mira las botellas y ve que están vacías, le hace un gesto a Fermín y éste capta de inmediato que hay que ir por un par de botellas de coñac y de anís.

Fermín se levanta como impulsado por un resorte de la silla. Por fin puede salir a respirar un poco el aire, a punto de dormirse, igual que Felisa, ha estado él también, aunque esto último es lo que más le ha gustado, pero la que manda, manda, así que se pone su chaqueta.

—Enseguida vuelvo; esperadme aquí que en diez minutos estoy de vuelta —dice Fermín ya en el pasillo.

—Este cada día está peor, creo yo que empieza a chochar —dice Eguskiñe con un gesto de fastidio.

Amama está de acuerdo con su hija.

—Pocas luces tiene este infeliz —piensa mientras Fermín se aleja.

El doctor no deja de comer, de beber y de hablar.

Amama está un poco cansada. Ha preparado varias cazuelas de comida para el día siguiente que viene toda la familia a cenar, y no ha tenido tiempo de echarse la siesta, pero está contenta escuchando al doctor.

—Bueno, creo que ya lo he dicho, pero lo ratifico de nuevo. En estas primeras Cortes se decidió según los intereses generales de la nación, o sea, de España, incluyendo en sus planes a la nación vasca... ¿está claro? Pues sí está claro... La reacción de los campesinos y el clero bajo no se hizo esperar, porque ellos fueron los más perjudicados, así que formaron partidas en contra. Aquí empieza, en todas las Vascongadas, a derramarse sangre por dicha causa. Nombres famosos de aquellas partidas fueron Longa, Abecia por Alava; Rojo, el pastor de Villarreal. Otro pastor famoso fue Jáuregui (a cuyas órdenes pelea el famoso Tomás Zumalacárregui, futuro carlista), por Navarra, dirigiendo, como ya he dicho, estas partidas.

—Hay que ver la sangre que esto ha causado —dice Lorenzo pesimista, recordando la guerra contra Franco.

—Y que lo digas... —dice amama que las palabras del doctor dan una nueva luz a lo que ella no llegaba a comprender.

—Pero la fruta está madura, les digo yo a ustedes, pronto acabará esta polémica, están llegando a su fin, es lo que creo yo —dice el doctor mirando a las ristras de chorizos.

Eguskiñe, que no le quita ojo al doctor, con la mosca en la oreja, le dice:

—Luego le envuelvo media docena para que le lleve a doña María, pero yo quería saber algo de los carlistas.

—Voy a terminar este punto primero, bueno vamos, si un hombre que supo ver el gran error, Garat se llamaba, aconsejó a Napoleón darle la independencia a Euskadi, denominándola Nueva Francia, lo que facilitaría su anexión, teniendo en cuenta la frontera que media entre Euskadi y Francia. Pero agua de borrajas. También el General Castaños acude a Euskadi a organizar una Junta para nombrar diputados en agosto de 1810. Mientras en las Cortes de Cádiz la Consti-

tución afirma en sus artículos 2 y 3, la independencia de la Nación española y la soberanía nacional, convierte en fundamentos de gobierno la base en la que se basa el nacionalismo liberal proporcional a los haberes de los ciudadanos (artículo 8), formación de una milicia nacional como apoyo a la Constitución y las Leyes (artículo 9). Con estas resoluciones se da carpetazo a las estructuras forales vascas. La soberanía de las Juntas no son compatibles con la Nacional, la autonomía, con las contribuciones generales y las milicias forales con la milicia nacional.

Los diputados vascos (estos verdaderos culpables), aprueban lo que aquí se acuerda en las Cortes. Pero el pueblo no votó esta Constitución, por tanto no tenía validez. La Junta de Guerra existente en el 1811, con sede en Orduña e impulsada por los Generales Porlier y Mendizábal, designa poderes en una Junta vizcaina, cuyos diputados son el General Castaños y Mendizábal. Declarando en dicha Junta el 18 de octubre de 1812, asistir a una uniformidad maravillosa entre la Constitución de la Monarquía española y la Constitución provincial.

—Así de fácil, sin pegar un solo tiro, la Constitución ésa, se queda con todos nuestros derechos —dice Lorenzo dando una gran puñetazo a la mesa, que hace tintinear las copas y las tazas que hay sobre ella.

—Ten cuidado, que ya te la rompiste hace tres años en un arrebato como éste —le dice Felisa a su marido, preocupada por las consecuencias que un accidente como el anterior podían acarrearle.

Eguskiñe está anonadada como si le hubieran dado un mazazo en la cabeza, que la tiene como el tambor de una lavadora dándole vueltas.

Los libros que ella compró siente que son una de las mejores adquisiciones que ha hecho en mucho tiempo. Hay tanto que aprender sobre nuestro pueblo, que ignoramos. ¡Qué fácil es manejar al ignorante! —piensa y en voz alta—: Así, que si he oído bien, ¿votaron unos diputados sin consultar con nosotros, el pueblo?

El timbre de la puerta suena de pronto y todos alzan la cabeza como preguntándose quién será, interrumpiendo a Eguskiñe y a los demás este punto que les parece lo más importante para su entender de lo que ha explicado el doctor entre fechas, reyes y acontecimientos.

Amama, que no ve en su hija intención de abrir la puerta ordena, dejando a un lado el punto tan interesante del relato del doctor.

—¿A qué esperas pues...?

—No te preocupes, ama, que ya voy —le dice contrariada y levantándose rápida atraviesa el pasillo y hall abriendo la puerta. No ha dado la luz y puede ver a Fermín con las botellas en las manos y detrás de él la figura de otro hombre que no distingue bien.

—Ya estoy aquí. Aquí viene Roberto, el maestro, quiere saludar a tu familia —dice Fermín mirando hacia atrás y haciéndose a un lado para que pueda verle bien Eguskiñe.

—¡Hombre, cuánto tiempo hace que no te veo! ¿Qué tal la mujer y los hijos? Ya no recuerdo cuántos tienes, estarán muy guapos. Pero pasa a la cocina.

Pasan los tres y Eguskiñe cierra apresuradamente la puerta; cada vez hace más frío fuera y más calor en la cocina, entre el fuego, el humo y los ocupantes de la misma.

—Que me enterado que viene tu hermano de Madrid y tu hermano de California. Tengo muchas ganas de verlos, te lo imaginas... —dice Roberto por el pasillo.

—¡Cómo no me lo voy a imaginar, si habéis sido casi como hermanos! Cuántos ratos pasásteis aquí en el caserío ¿Te acuerdas lo mentirosos que érais? Siempre contando cuentos para que yo me los creyera —dice Eguskiñe recordando y riéndose.

Ya en la cocina, amama reconoce a Roberto, amigo de sus hijos. Se levanta dirigiéndose hacia él y abrazándole efusivamente,

—Ya era hora de verte; por lo menos dos años que no te veía.

—Por lo menos. Cada día más guapa estás. Hay que ver las mujeres ahora, parecen chavalas hasta las abuelas —dice don Roberto para sus alumnos, pero aquí en el caserío, todos le llaman Roberto, dado el gran cariño que se tienen y el grado familiar que existe entre ellos.

—Hombre, Lorenzo, cada día más chaval, se ve que te cuida bien Felisa. Tú también estás hecha una chavala. Por tu nieto sé como andáis. A pasar la Navidad en casa de los hijos... ¿no? —pregunta don Roberto sentándose en una silla al lado del doctor. Este se ha echado a un lado y le saluda con un:

—Hola, qué tal por Llodio?

—Tirando, luchando con esta nueva ola de progresos... Una copita de este anís tampoco me vendría mal —dice Roberto al comprobar que hay copas vacías y medio llenas de licor encima de la mesa.

—¿Y un café? Fuera no hay quién pare —dice amama comprobando en el cristal los chorretes de agua que hay pegados a los mismos.

—Bueno, si no es abusar —dice modesto don Roberto, hombre jovial de apariencia de chaval al que parece que no le pasan los años,

por su pelo abundante, su dentadura blanca, a la que no le falta uno sólo de sus dientes y su complexión fuerte, alto y sin un gramo de grasa. Hombre deportista a quien le gusta a pesar de haber cumplido los cincuenta, jugar en el frontón con sus alumnos de EGB a la pelota vasca.

Eguskiñe saca una taza del armario y le cuele el café del puchero que amama ha hecho previsoramente, por si acaso, colocándose cerca y sirviéndole la copa de anís de la botella que Fermín solícito, le ha abierto.

—Tú luchando con los chavales, y nosotros con las soledades, dos clases de lucha diferente —dice con nostalgia amama.

—Don Ismael con los enfermos y con las enfermeras, cada día una cosa nueva. ¡Vaya plaga esa del sida! —dice Felisa moviendo la cabeza con preocupación.

—Mucho maricón, ahora que lo tienen fácil lo de ir con mujeres, prefieren los hombres. Claro, sin lucha no hay conquista y cuando se pierde el ansia de luchar, pues eso, da lo mismo comerse una berza que una merluza —dice de un tirón Fermín que tiene dos copas de más y se le ha desatado la lengua.

—¡Qué sabrás tú de eso! ¡Calla, calla, ignorante! —le recrimina sin medir las palabras Eguskiñe que al pronunciarlas y ver la cara de Fermín, que se siente humillado delante de todos, y antes de que pueda decir un disparate, conteniéndose el genio, agrega—: Perdona, hombre, que hoy no es día de enfadarse y no te vayas, quédate, que a amama le das un disgusto —le dice en tono suave.

Este nuevo tono de Eguskiñe calma a Fermín, que se había levantado de un salto con ánimo de marcharse, cabreado.

—Un poco de razón ya tiene Fermín —opina Lorenzo.

—Sí, la verdad que andan como el ganao perdido la gente ahora, pocos son los que luchan por algo que les cueste un gran esfuerzo —dice amama saliendo un poco en defensa de Fermín.

—Sí, vaya tiempos, droga, terrorismos, paro, cerrando cada día una empresa... La gente vive sin ilusión, le da todo igual, como ha dicho Fermín bien, un poco de razón ya tiene.

Dice el doctor, no quiere entrar en debate y explicar cuáles son las causas del sida, hoy no quiere hablar de enfermedades, prefiere olvidarlas, y que no suene el teléfono.

—¡Qué café, amama! Mejor que el de cafetera. Este de colador siempre me gustó —dice don Roberto también cambiando de tema.

—Tu madre, que en gloria esté la pobre, qué buena cocinera y buena persona, lástima —dice amama recordándola.

A Eguskiñe la venida de Roberto le ha contrariado, ahora todo será hablar de cosas intrascendentes respecto a todos, no sabe cómo llevar el tema de nuevo a la mesa y no hace más que pensar en la manera de hacerlo, mientras hablan a la vez preguntándose por sus cosas. Fermín por fin puede hablar de algo. Antes, todos escuchando a don Ismael, sin entender nada, le hacía sentirse incómodo y celoso, por qué no, el sida le va a entrar a él... piensa mientras habla, como si de pronto le habrían dado cuerda.

Ha pasado un rato sin que nadie hable de política ni del pasado, ni del presente, cuando suena el teléfono de nuevo.

Eguskiñe lo coge y todos callan a la vez, para dejar oír bien a Eguskiñe.

—¿Quién?... eh... sí, bueno *zorionak*.

Cuelga Eguskiñe mientras amama le mira haciéndole un gesto de quién era.

Mi cuñada, que iba a venir, pero que no podrá esta noche, tiene pariendo a la vaca. Vaya inoportuna, esa también. Benito le va a echar una mano, como tampoco tiene problemas de familia, vive solo en el monte... Mira por donde, en un pesebre van a pasar la noche.

Ríen todos la salida de Eguskiñe.

—Qué bien se está aquí —dice don Roberto bebiendo un trago de anís y llevándose una almendra a la boca.

—Estos días son de reuniones familiares. Lástima que ante tanto perdido por ahí —dice Lorenzo.

—Perdido u obligado a vivir lejos de los suyos, porque mucha gente se tiene que ir a buscar fuera el trabajo. Mira a amama, este año los tiene a todos aquí, pero cuántas lágrimas ha echado por no tener a los hijos y a los nietos con ella... —dice Felisa mirando con cariño a amama cogiéndole la mano.

Amama saca el pañuelo blanco del bolsillo del delantal, para secarse un par de lágrimas que a duras penas puede retener, el caudal que lleva dentro pugnando por salir.

—Y que lo digas, Felisa ¿por qué no podremos vivir cada uno en su casa, sin tener que ir de un lado para otro?

El doctor también es uno de ellos —dice compasivamente amama, mirando a don Ismael con ojos de lástima.

Este, para no responderle con tristeza, que es lo que siente, pues ha tenido que quedarse en Oquendo por no encontrar sustituto para que

le haga la guardia, bebe otro trago de coñac y mirando a Eguskiñe, le pregunta, tratando de cambiar de tema, no quiere manifestar su pena, al no poder estar como tienen por costumbre, reunidos todos los familiares en su casa, sus hermanos, sus padres...

—¿Tú sabes dónde hemos quedado antes? ¿Ha acabado la guerra con los carlistas o habíamos empezado? Ya no recuerdo —dice saliéndose de la tangente, apurando su copa de coñac.

Fermín, que no quiere hablar de guerras pasadas, va a decir que ya está bien de carlistas, pero amama también prefiere hablar de hechos pasados que de dramas presentes, así que amama ayuda a don Ismael a apartarse de la tristeza de verse lejos de los suyos, animándole en la continuidad de su relato.

Lorenzo y Felisa se miran también y están de acuerdo con amama, es preferible a veces hablar de cualquier cosa en estos días, en los que todo son nostalgias y penas.

Don Roberto, que no sabe de que va, pregunta:

—De carlistas yo sé un rato, no tanto como don Ismael, pero me va el tema. Don Ismael es un erudito en cualquier materia de historia, habría sido un gran profesor, a parte de gran médico.

Don Ismael se siente halagado con las palabras de don Roberto y le da las gracias por ello interrumpiéndole Fermín, como una escopeta de feria que no acierta ni una:

—De la «Pepa» esa mejor no hablar, porque si encima nos jodió la marrana... —dice Fermín recordando el nombre, que le ha quedado grabado en la cabeza, pero sin ir más lejos.

—Bueno, después de perder los Fueros el Rey Fernando VII, regresa a España en 1814, y encarcela, en complicidad con los absolutistas, a los liberales diputados, no aprobando los acuerdos de las Cortes, restableciendo los Fueros en este mismo año, —dice el doctor.

Don Roberto que escucha esta parte, interviene él también:

—En efecto, son años de zozobra para los vascos, el Gobierno liberal ordenó en esa época la abolición de las aduanas interiores. Dividió el reino en 52 provincias. Aquí a los aldeanos les dieron un fuerte hachazo —dice don Roberto haciendo una pausa que aprovecha son Ismael para tomar la palabra.

—Los aldeanos entonces eran arrendatarios de sus caseríos que heredaban de padres a hijos y que pagaban en especies sus rentas, así que el impuesto de las Cortes de Cádiz en metálico, les hace mucho daño en su economía. ¿Qué ocurre? que el aldeano tiene que recurrir al usurero, endeudándose hasta los dientes muchas veces.



Amama, Lorenzo y Felisa se miran sin decir palabra, escuchando al doctor y al maestro.

Fermín, lo de pagar, empieza a tener sentido en su cabeza. En su casa, recuerda haber oído esta forma de pago a sus abuelos no hace tanto tiempo.

Eguskiñe mira ahora a ambos sin quitarles la vista de encima, no perdiendo detalle.

A Fermín, tanto interés por parte de Eguskiñe por ambos, le tiene más mosqueado que un pavo oyendo la pandereta de Navidad. Un rival ya era mucho, pero dos... —piensa con el ceño fruncido.

—Esta nueva medida de libertad de arrendamientos, que también se renueva, pone a los aldeanos en manos de los jauntxos comerciantes, que luego más tarde invertirán estas ganancias en la industria. Los jauntxos no forman una capa homogénea, los más fuertes que reciben rentas de veinte o treinta caseríos, son la gran mayoría de las veces constitucionales, moderados. En cambio, los pequeños jauntxos, que no son ricos, se dedican a profesiones de abogados, escribanos, carrera de armas... —termina la frase don Roberto con una sonrisa.

—¿Así que tú eres un pequeño jauntxo? —dice amama concluyendo la frase.

—Así es —afirma don Ismael, continuando—: Estos —dice señalando a don Roberto—, estos últimos serán los integrantes de los mandos en la Primera Guerra Carlista.

—Hay que ver, qué interesante —afirma Eguskiñe con cara de sorpresa, visto así a su amigo don Roberto no se lo imaginaba con un fusil en las manos.

—Interesante, hay que ver la historia, la de cosas que tiene que no conocemos —dice Eguskiñe entusiasmada de nuevo.

—Es que sin historia no hay presente —exclama don Roberto feliz en esta reunión.

Lorenzo quiere intervenir, pero prefiere escuchar, es más sabio el que escucha, que el que mete la pata dándoselas de listo.

Felisa, esta parte tan próxima a acontecimientos que sus abuelos contaban sin darle una forma como la que le han dado el doctor y el maestro, le están haciendo ver una serie de cosas que escucha con atención. Aunque tanta atención le está dando un poco de dolor de cabeza, por lo que le pide a amama:

—¿No podrías abrir la ventana? Con tanto humo parece esta cocina un puti-club, como se dice ahora.

Ríen todos la salida de Felisa. Lorenzo le mira con cara seria.

—¿Cómo te atreves a decir esas palabras? —le recrimina como si fuera una jovencita.

—Razón no te falta, Felisa, los que fumamos no nos enteramos que molestamos a los que no fuman —dice Fermín levantándose yendo hacia la ventana, haciendo un gesto a amama de que no se mueva.

Esta que se había levantado de la silla, se vuelve a sentar dejándole a Fermín que sea él quien lo haga.

Don Ismael se levanta también y Eguskiñe cree que se quiere ir, por lo que le pregunta:

—¿Le saco la chamarra?

—No, si no me voy, ya sabes que soy goloso y otra tostadita flameada como la de antes, si no tienes inconveniente, claro...

No termina la frase, cuando amama se levanta y agradecida en su interior por el honor que le hace el doctor, un hombre de mundo como él acostumbrado a comer exquisiteces, que se deleite así con sus tostadas, le congratula... Por cortesía pregunta:

—¿Alguno quiere otra?

Todos se miran. Gustosos se comerían una, como el doctor, pero prudentemente prefieren decir:

—No, que luego no cenamos.

—Comería, pero gracias, estoy un poco gordo.

—Deja, deja. Yo un poco de esa cazuela... pero deja que luego mi hermana, con la leche que le canta, como no pruebe de todo lo que ha preparado, le tengo que oír, y es preferible... —deja la frase en suspenso Fermín que mira con gula la tostada del doctor y las cazuelas que hay encima del fogón, una encima de otra.

Sirve amama al doctor la tostada, se la flamea con un chorrito de anís y se sienta en su silla cerrando de nuevo la ventana, por la que entra un chorro frío que en pocos segundos ha templado la cocina, recorriéndoles a todos un pequeño escalofrío por el cuerpo.

—Hay que ver qué frío hace ahí fuera —dice Eguskiñe haciendo un gesto de frío con el cuerpo, mirando al mismo tiempo el reloj.

Poco a poco se va haciendo de noche y la cocina cobra el calor que dan las sombras de la noche, infundiendo en los corazones nuevas sensaciones de recogimiento, capaces de sacar de los corazones los sentimientos más nobles de sinceridad.

Don Roberto mira al doctor por si quiere él continuar el relato his-

tórico iniciado, y al verle comer con tanto gusto la tostada, flameada con anís, decide tomar él, la palabra.

—Continuando con lo de antes no cabe duda que los cambios forales trajeron nuevas costumbres para el pueblo vasco, cada etapa quemada trae cambio, es inevitable, así pasó también entonces. De igual manera ahora, que miro a esa chapa de carbón que hizo furor y fue muy moderna hace cincuenta años, hoy ha dado paso a la eléctrica y a la de butano, quién lo iba a decir entonces, ¿verdad?

—Claro, desde luego, aunque, donde esté ésta de carbón... —opina Fermín expresando los pensamientos de todos.

Asienten con Fermín, Lorenzo, Felisa y amama dándole la razón.

—Pues eso, que siempre que hay un cambio, hay también un descontento, siguiendo con lo de antes, unos prefieren lo nuevo y otros se aferran a lo viejo. Esta es la cuestión y en este caso fue el detonante de la Guerra Carlista —concluye don Roberto.

Don Ismael asiente mientras se limpia con una servilleta la boca, continuando el relato.

—Con el sistema fiscal diferente al de la Península, los vascos pueden importar por mar las mercancías sin pagar impuestos, no hay aduanas, con lo que beneficia al aldeano también vistiendo mejor que los aldeanos gallegos y asturianos, por ejemplo. Aquí los jauntxos se benefician en el aspecto de consumidores, de ahí que apoyan a la pervivencia Foral, no así, para la pequeña industria de Euskadi.

Don Roberto continúa mirando a todos, no convencido de que le puedan comprender.

—Como todo, estas facilidades que debían ser para uso exclusivo de sus habitantes, no fue así. De pronto Euskadi se convierte en una inmensa zona, paraíso para los contrabandistas con paso hacia Castilla —expone don Roberto.

—Sí, eso del contrabando quién no ha estraperlao en la guerra, en la frontera, en todas partes en Euskadi, pero de ahí a las drogas... —afirma Lorenzo torciendo el gesto con desagrado ante una situación tan penosa como padece la sociedad vasca y la de cualquier sociedad del mundo.

—Pero antes no había drogas, ¿no? —pregunta insegura Felisa.

Amama mira a todos y opta por callar al no saber qué clase de contrabando pasaban a Castilla, aunque supone que sería aceite, harina, jabón, ropas, como en tiempos de la posguerra.

Eguskiñe guarda silencio, en actitud expectante, queriendo saber qué hay detrás de todo eso.

Fermín, al que esto del contrabando le ha animado a escuchar con atención el relato, la picaresca en el fondo le gusta, para él es la salsa de la vida.

Don Ismael continúa la frase de don Roberto:

—Entonces, Fernando VII, a la vista de lo hecho, creó una reforma de abrezos suprimiendo de un carpetazo el contrabando. Como esta medida no surtió efecto, porque se la saltaban a la torera, ¿qué hizo? desviar el tráfico de las colonias de América. Tengan en cuenta, que de América llegaban el café, el tabaco y azúcar que constituían el principal ingreso de dinero de ese momento, que entraban en los puertos de Bilbao y de San Sebastián.

—Así es, esta reforma de abrezos supuso la ruina de las industrias pequeñas como herrerías, construcción naval, aperos, agricultura... Las aduanas son trasladadas a las fronteras acabando con las prohibiciones y desvíos de las importaciones, implicando esta medida un grave problema de supervivencia —dice don Roberto mirando a todos, torciendo el gesto y quitándose las gafas para sacarles brillo con un *kleenex* que saca del bolsillo de su pantalón.

—Así que de ricos pasan a ser pobres —dice Fermín que tiene muy claro el que cuando cierran las industrias detrás de ellas aparecen el deterioro y la ruina, sobre todo de los menos afortunados como son el obrero y las capas sociales más marginadas, entonces y ahora...

—La historia siempre se está repitiendo —afirma amama, haciendo un gesto de impotencia, recordando los miles de parados hoy en Euskadi.

—Nacemos burros y por eso nunca terminamos de aprender a ser caballos —afirma Lorenzo alzando los brazos—: Quien quiere la ruina de los ricos, siembra la cizaña en el trigo quedándose sin pan.

—Aquí, en este punto, es cuando surgen los verdaderos problemas a consecuencia de los cambios forales, este es el Talón de Aquiles, porque los municipios dominados por los *jauntxos*, aplastan a las Juntas. Esta nueva burguesía de comerciantes, acaba por desear la destrucción de los Fueros. Claro que con esta postura encontrada, se ganan la enemistad de los *jauntxos* y aún también de los constitucionales, dedicados a pequeñas industrias, porque la pérdida de los Fueros, no cabe duda que entrañó la preeminencia política en las Juntas del país —termina don Ismael, dando el planteamiento como si de pronto estuviese en medio del foro de las Cortes de Madrid, rodeado por diputados.

Don Roberto, en tono menos solemne que don Ismael y melancólico, continúa los hechos:

—El cambio atrajo hacia Euskadi nuevos comerciantes brasteros, aportando nuevas costumbres que causan malestar en la población: los artesanos de pronto, son aplastados por las grandes familias de comerciantes. Los aldeanos ven que sus productos son comercializados, quedándose los beneficios otros. ¿Qué sucede? Que estas cosas crean sentimientos dentro de ellos anticonstitucionales. Si tenemos en cuenta que estos sentimientos están divididos, ya tenemos dos bandos contrarios, no es difícil dilucidar que aquí dará comienzo el entramado social, punta del iceberg, donde dará comienzo la Primera Guerra Carlista —termina don Roberto dejando la frase suspendida en el aire, como si pudiese volar igual que las palomas mensajeras.

—Como siempre, los intereses del dinero están por delante del camino de los muertos —afirma amama con tristeza.

—Y que lo digas, siempre igual —comenta Felisa dramática, recordando la guerra de España en la que tantas penalidades pasaron.

Lorenzo ha escuchado con atención sin interrumpir al doctor ni al maestro. Reconoce que es un ignorante y que tampoco sabe muy bien por qué estuvo pegando tiros en la guerra contra Franco, sólo el patriotismo le llevó a defender la causa de los vascos, pero ¿por qué surgió esa causa? Tampoco hoy lo tiene claro. Así que escucha atento deseando que el tema se prolongue hasta la guerra del 36, dándole una idea más clara de aquellos hechos tan lamentables, para sí, de esta forma conocer bien el por qué de dicho comienzo.

Fermín ha bebido un poco más de la cuenta y no tiene en orden las ideas, y esas miradas de devoción que les dirige Eguskiñe a ambos contertulios como si fuesen los santos de la iglesia, están logrando sacarle de sus casillas y sólo necesita una chispa para que se líe a mamporros con cualquiera de los dos. Además hoy se ha puesto tan guapa y con ese perfume, que no sabe qué es lo que le tiene más mareado, si el anís o el perfume de Eguskiñe. Los ojos le brillan con deseo y amama, que conoce tan bien sus reacciones, no le pierde de vista por si acaso. No le pasa desapercibida esa mirada de animal en celo, celoso frente a dos contrincantes, más cultos y más guapos que él, ante situación semejante a cualquiera le sería fácil sentir ese grado de inferioridad que significa la cultura puesta en balanza con la ignorancia más absoluta, en este caso, en el terreno de la historia, claro que si se tratara de otros temas, sobre la labranza, arte difícil para

cualquier hombre que no la practique, aquí él, junto con Lorenzo, les iban a dar sopas con onda, pero estos temas...

Fermín se rasca la cabeza una y otra vez, sin lograr que Eguskiñe le mire ni por un sólo momento. Además, eso de recordar una y otra vez lo que les pasaron a sus tatarabuelos le parece una pérdida de tiempo, mejor hablar de lo que van a cenar mañana, que sólo de pensarlo se le hace la boca agua, aunque sea en casa de su hermana.

—Al llegar a este punto tan dramático para Euskadi, hay una frase que por sí sola da cuenta y es aclaratoria también del cambio que supuso para la cultura vasca y para las costumbres del pueblo. Como decía el fundador del nacionalismo vasco: «En España, dentro de España había nobleza y plebe, porque una parte de su población procedía de señores propietarios de tierras y la otra de siervos, mientras que en Vizcaya, dentro de Vizcaya, no había nobleza porque no había plebe, pues todas las familias originarias habían sido señoras de su vivienda e independientes e iguales entre sí, sino en riqueza (lo cual no es posible) sí en libertad y derechos (lo que es más justo y noble) de su alma y de su pluma...»

Esta frase la concluye con énfasis don Roberto, con los ojos iluminados.

Fermín, con ojos pícaros, mira a don Roberto y con cara sonriente, le dice:

—Con su pluma también, claro...

Amama ríe la salida pícara e ignorante de Fermín. Eguskiñe le mira, le va a llamar retrasado mental, pero un sexto sentido le manda callar, por lo que hace un gesto de «este no tiene arreglo».

Lorenzo, patriótico, asiente:

—A mí no me manda ni Dios, bueno, es una forma de decir, a El sólo le debo obediencia.

—De qué cosas se entera una a estas alturas, hay que ver —exclama ingenua Felisa.

Amama también asiente emocionada. Qué bien le han sonado las palabras de don Roberto.

Don Ismael, a quien no le gustan las interrupciones ni que se las hagan a él tampoco, de ahí que no soporte a los locutores de la tele y de la radio, que sólo hablan ellos sin meter baza el entrevistado, toma la palabra después de concluir don Roberto.

—De ahí, que a nadie le tiene que extrañar, que los republicanos vascos, entre los que reinaba un régimen comunitario sano, que podríamos llamar a mi juicio un comunismo, pero con libertades, que eso

es otra cosa, como decía, especialmente en Bizkaia y Guipúzcoa, lo mismo que en las diferentes partes donde dominaba el idioma vasco...

—Bueno, entonces todo el mundo lo hablaba, después, claro... no les interesó —le interrumpe don Roberto.

Don Ismael le mira serio, molesto por la interrupción de don Roberto y éste se calla automáticamente, dejándole continuar.

—Como decía, si es que puedo... Estos no dudaron en tomar las armas contra una ideología tan diferente y por consiguiente, extraña, tan extraña y diferente como puede ser para un español el francés o el inglés, ¿lo entienden?

—No del todo —dice amama.

—Yo tampoco —afirma sincera Eguskiñe.

—La verdad, es que me cuesta creer que nos pasaron esas cosas entonces —Felisa también se expresa sincera, no importándole el quedar como un poco ignorante ante todos.

Continúa don Ismael:

—Créanlo: esta diferencia representaba para los vascos el que les gobernara la Corona española con sus medidas opresoras de sometimiento, con el nombre de liberalismo, que querían invadir Euskadi. A la clase mercantilista de Pamplona, Bilbao y San Sebastián, no les pareció mal, claro que este cambio representaba para ellos la base donde serían aumentadas sus ganancias, si tenemos en cuenta que la revolución industrial por entonces en Europa, estaba empezando a aumentar —estamos hablando del siglo pasado, a mediados, grandes fortunas hasta entonces desconocidas se lograron de la noche a la mañana, gracias a la industria pesada. La utilización de los minerales asentados bajo la capa del suelo y sus descubrimientos para utilizarlos: petróleo, carbón, hierro... Y esto último, aquí en Euskadi, lo había en abundancia, de ahí el crecimiento que esto representó en la nueva economía con estos factores. ¿Qué gobierno, una vez que tuvo esta joya en su poder, en un momento tan decisivo en Europa, iba a devolverles lo que les pertenecía a los vascos...? Que de no haberse producido la revolución industrial, quizá les habría sido más fácil a ustedes lograr de nuevo su independencia, perdida años atrás.

Todos miran ahora, con ojos atónitos, llenos de sorpresa a don Ismael, como no dando crédito a lo que dice, todos menos don Roberto, que asiente con la cabeza y agrega a lo ya expuesto por don Ismael:

—Claro, que está claro para esta gente la anexión con el Estado Español, donde el robo era una ley admitida y la moralidad estaba puesta en duda, la ideología liberal ofrecía grandes ventajas para los industriales, pero no para el pueblo. Precisamente esta idea fue el cáncer que dio comienzo a partir de aquí, entre otras cosas, a la pérdida del idioma, cultura y el espíritu vasco que se resquebrajó con estos cambios tan repentinos. Se comprende que surgieran resquebrajamientos entre la sociedad fruto de estos cambios también. Ahora se puede ir comprendiendo, a partir de este punto, los enfrentamientos entre ambos bandos de carlistas, el pueblo y los liberales. Tres guerras carlistas surgieron de estos hechos, y siempre para pedir lo que se nos quitó entonces, pero con las minas de hierro en las entrañas de la tierra y Europa produciendo y pidiendo hierro para fabricar maquinaria y herramientas, ¿quién entrega una joya de tal magnitud?

—«¡Lapurres!», (ladrones), al que se le quite algo, tarde o temprano se lo tendrán que devolver, o si no ¿qué pueblo puede hablar de justicia, si mantiene estos principios? Y la democracia ¿dónde está?, podrida como todo.

Es ahora amama, la que mirando desde la cabecera de la mesa a todos con profunda seriedad, ha expuesto lo que siente con las palabras que salen del alma y no están calculadas ni medidas con los intereses ni el miedo, ese miedo visceral que existe en Euskadi desde hace muchos años, de expresar con claridad lo que se siente en cuestiones de política, al no llegar al grado cultural, por el cual Euskadi se desgarró sin encontrar ni su destino, ni su camino en la Historia.

—Esto ya tiene otro color en mi cabeza, muchas veces he tenido dudas en la guerra, de si estaba en lo cierto con lo que hacía pero hoy volvería a pegar tiros si hiciera falta otra vez, porque quien no defiende a su Patria tampoco defiende a su familia —dice enérgico Lorenzo dando otro puñetazo en la mesa.

—Cálmate, que ya está bien de esas cosas —dice Felisa que no quiere hablar de tiros y menos de muertos en unas vísperas de Navidad, delante de María y de Eguskiñe.

—Tengo un lío en la cabeza... Lo que cuentan ustedes parece más de novela que de hechos reales. A mí no me entra en la cabeza —exclama Eguskiñe ante relatos tan sencillos y aclaratorios de puntos históricos que vistos así, hayan sido la causa de tantas desgracias, incluyendo la suya.

—¡Claro, como para darnos, la independencia, qué perro suelta este hueso! —dice Fermín que las últimas intervenciones del doctor y



el maestro las ha captado bien y le han sonado a robo de guante blanco.

Don Ismael aspira el aroma de su puro y complacido de poder por fin dar rienda suelta a sus pensamientos y conocimientos, mira a todos sonriente por haber dado en el clavo cuando al comienzo de la charla les decía, que a los vascos más que a nadie les interesa conocer bien su propia historia, que la gran mayoría del pueblo va dando palos de ciego, sin saber dónde está, en que punto de esta sociedad vasca, dividida entre la violencia de sus ancestros culturales y sociales, y los intereses políticos de quienes nada les interesa que las cosas cambien, ya que tendrían que dar muchas cuentas de sus actos.

Como si le leyese el pensamiento, amama afirma este punto.

—Razón tenía usted, ya lo creo que nos interesa conocer nuestra historia, a los que no les interesará será probablemente entonces al propio gobierno, a nadie le gusta que le revuelvan en el camarote que hay escondido, por miedo a que le encuentren las manzanas podridas.

—Al gobierno y a los que no son el gobierno... —agrega Fermín a punto de atragantarse con una almendra al tiempo que tose estrepitosamente.

Eguskiñe le mira y no sabe qué hacer con él, si matarle o dejarle por imposible, a veces piensa que lo hace como los niños pequeños que no saben qué hacer con tal de llamar la atención.

Amama se levanta solícita y llenando un vaso de agua del grifo de la fregadera, se lo ofrece rápidamente con el fin de que se trague los trozos pequeños de almendra que se le han quedado en la garganta, causa de tan repentina tos.

—Bebe, bebe.

—¿Agua? —dice Fermín entre toses con rechazo, haciendo un gesto de disgusto.

—Sí, bebe, te hará bien —dice don Ismael sin darle importancia.

—Es que agua... Tiene razón Fermín, dale el coñac, total es líquido igual... —sugiere Lorenzo que está ahora contento por las narraciones hechas por el doctor y el maestro.

Fermín va a tomar coñac haciendo caso a Lorenzo, pero el instinto le dice que es agua lo que tiene que tomar, como si fuese medicina, ya que las miradas taladrantes de Eguskiñe no le dejan elección a otra decisión que la de beberse el vaso de agua. Una vez ingerida, no sin reparos, el agua tiene la virtud de hacerle desaparecer la molesta tos.

—Mano de santo. Claro, por eso la bendicen —dice Fermín en un tono de retintín mirando a Eguskiñe a los ojos, como diciéndole, «estará satisfecha ahora».

Esta aparta los suyos. La verdad que esos ojos azules descubiertos tan sólo hace unos días, mirándole con profundidad ofrecen a su vista un mundo interior de Fermín, que le tienen un poco inquieta como ahora, al quedarse los suyos fijos en los de él.

Puede descubrir sin dificultad esa alma buena, mitad de animal dócil, de cordero, de perro fiel dispuesto a la defensa de su persona y la de su familia. Desvía sus ojos de los del hombre, no quiere que descubra su inquietud y con docilidad, aconseja:

—Más agua deberías beber, no es bueno tanto alcohol.

—Cuando acaben las fiestas, promesa le haré al santo —contesta Fermín sin demasiada convicción.

—Dichoso alcohol y dichoso tabaco, a este lo va a matar antes de tiempo —dice ingenuamente Felisa, mirando preocupada a su marido.

Ríen todos el gesto de Felisa y la cara con que le ha mirado Lorenzo.

—Qué sabrás tú... —le responde Lorenzo haciendo un gesto de como, «¿qué sabrán las mujeres?», lo que mata y lo que engorda.

Don Roberto está feliz, se siente tan a gusto en esta cocina...

—¿Qué tendrá el fuego bajo, y si encima hay una cocina económica encendidos ambos? Es como si la magia se apoderase de sus corazones, haciéndoles felices para poder luchar con ellos sobre las manos. Lástima de tiempos modernos que hoy no hay quien pueda pararlos, que nos cambian los hábitos y las costumbres, porque el progreso es una máquina a doscientos por hora y con los frenos rotos, que no hay quien la detenga y nos empuja hacia adelante nos guste o no —piensa en silencio, mientras hablan los demás.

Don Ismael también está en la gloria, entre gente tan sencilla a la que se les puede enseñar y no se avergüenzan de su ignorancia. Es tan difícil hablar hoy de estas cosas con la gente, nadie quiere significarse, ni para un bando ni para otro, se muestran cerrados como huevo de gallina. Tampoco es el sistema acertado, hay que salir de las sombras y mostrar la luz de los conocimientos.

Muchas veces ha querido entablar esta conversación con sus pacientes, en sus casas, en el bar, pero todos rechazan con un «a mi de política no quiero saber nada, ya tenemos bastante». Y más que les van a dar, precisamente por esa apatía que va en detrimento de sus propios intereses. En el pecado llevan la penitencia. Y más que van a

tener si no saben bien de qué va la cosa, pero esta familia sí quiere saber y ya es algo. Con brotes como este puede que algún día nazcan buenas cosechas. Eguskiñe necesita saber y poco a poco hay muchas madres como ella a las que hay que darles una respuesta. Tantos hijos en las cárceles, tantos jóvenes involucrados. Son muchos cientos de madres las que necesitan una respuesta que nadie les da y que se vayan preparando muchas más, porque seguirán llorando por algún hijo muerto o encarcelado, de no poner cese a la violencia cuanto antes. Qué manera más absurda, que pasar media juventud dentro de una cárcel, tantas Navidades lejos de sus familias, hoy por diferentes causas están llorando demasiadas madres, por no tener a sus hijos con ellas. «Ellas», la gran mayoría, tampoco saben las causas que motivaron a sus hijos a tomar las armas. «Ellas» también quieren una respuesta al igual que las madres de los hijos asesinados, demasiadas madres llorando de un bando y de otro, demasiadas lágrimas para pasar unas fiestas en paz. Cuántas veces se repite esta plegaria en el mundo y qué difícil es que llegue una paz una vez iniciadas las contiendas.

—Muy serio se ha puesto usted —le saca de sus pensamientos al doctor amama, preocupada ante la repentina seriedad del doctor que no ha parado de hablar hasta este momento. A lo mejor el año le ha hecho daños, piensa preocupada.

—No, no, pensaba que debemos brindar en un día como este por la paz en las almas, en el mundo y por tantos que quisiéramos estar en casa y no lo estamos.

Se levantan todos de la mesa como niños obedientes y con las copas en las manos brindan por la paz, en actitud de recogimiento.

Concluido el brindis en silencio, se sientan todos de nuevo.

Felisa mira el reloj y le hace un gesto a Lorenzo de que es hora de irse. Este, sin hablar, le hace un gesto con la mano de que se siente, que están muy a gusto. Gesto que agradece Felisa, ya que se siente feliz y contenta con tantos amigos reunidos.

Fermín también mira el reloj, sin hacer caso al cuarto que suena en ese preciso momento.

—Pues eso, como decíamos antes, el progreso empezó el siglo pasado; total hace cuatro días. La pérdida de los Fueros, como ya hemos dicho mucho antes, entonces en España, Francia e Inglaterra, los niños trabajaban en las minas, en las industrias de mano de obra, eran más baratas y una boca menos que alimentar, en las familias que eran numerosas entonces, la mortalidad era diez veces superior a la de

ahora, las condiciones de vida muy duras para la población. De ahí que el progreso fue bien recibido. Europa empezaba su revolución industrial: máquinas a vapor, ferrocarriles, la gente podía descubrir en unas horas, lo que había más lejos de las montañas de Orduña. No es de extrañar que este progreso fuera bien recibido, como ya hemos dicho antes, pero en este siglo siguiente veríamos cambios en Euskadi que ni soñando habrían supuesto sus abuelos y menos sus tatarabuelos. A mi juicio fueron excesivas tantas cosas juntas, para que no se tambalease la sociedad vasca.

Señala don Ismael a amama, Lorenzo y Felisa, que son los más mayores de la tertulia.

—Y que lo diga. Mi madre, que en Gloria está, la pobre desde niña trabajando duro en la huerta y yo también. Hoy mis nietos como los hijos de los ricos viven, nada les falta, ni colegios, ni buenas botas; comer, con vicio, en la nevera siempre hay algo; coche, vacaciones... Sí, hoy esto es otro mundo, no se puede comparar —dice amama nostálgica.

—Y que lo digas, ahora no hay más que gandules —dice Felisa recordando la dureza de sus tiempos comparándola con la de ahora.

—No, no se puede comparar, todos coche, todos piso, televisión, ordeñadoras automáticas, tractores, sierras automáticas...

—No es lo mismo que nosotros —responde también nostálgico Lorenzo.

—Todos estos cambios y muchos más que a la vista están, vinieron a partir de la revolución industrial, hombres ilustres salieron de aquella época como Mariano Luis de Urquijo, ministro del Rey y embajador, quien contribuyó a la realización del Museo del Prado en Madrid, bilbaino. El almirante Mazarredo, bilbaino también, que escribió el tratado que durante mucho tiempo sería considerado como el mejor compendio de táctica naval conocido hasta entonces.

Termina don Ismael dejando en el aire a tantos y tantos vascos célebres.

—Bilbao, puerto de mar, daba entrada a lo más selecto de la literatura inglesa y francesa, en el siglo XIX, el Romanticismo que conmovía entonces a Europa, se hizo sentir en la Villa con aires renovadores —dice don Roberto contestando a don Ismael.

—Esta prosperidad de dinero pronto se hizo notar. ¿Cómo? En la opulencia de las mansiones, lujosos edificios de piedra. La Sociedad Bilbaina celebraba bailes, reuniones de música, canto, ópera. La Filarmónica de Bilbao contaba por entonces con una orquesta de cin-

cuenta ejecutantes. Esta circunstancia sólo se daba en pocos núcleos de España y del Extranjero, con un número de habitantes similares al de Bilbao.

Dice don Ismael mirando a los presentes que de nuevo están interesados en estos hechos.

Toma la palabra antes de que continúe don Roberto.

—También surgieron elegantes carruajes tirados por espléndidos troncos de caballos, que recorrían la ciudad o circulaban simplemente en dirección a sus casas solariegas y veraniegas, no solamente en las Vascongadas, en La Rioja también. Asimismo, había un número importante de coches de punto que cruzaban por ambos lados de la ría.

—Una tía mía contaba que tenía una berlina con caballos para llevar a los hijos de los señores al colegio —dice Felisa recordando este hecho, interrumpiendo al doctor que le deja terminar continuando acto seguido.

—También por el Nervión cruzaban las famosas carrozas; eran unas vistosas barcasas de vela o rueda con camarotes de ventanas con cortinillas, llevando pasajeros, con tres servicios diarios, desde Portugalete a Bilbao. Las líneas de navegación unían esta próspera Villa con Francia y el resto del mundo. La línea férrea fue una realidad, como ya hemos dicho, con servicios diarios hasta Haro y Valladolid. Los servicios de diligencias cubrían el país. En 1857 nació el Banco de Bilbao —dice don Ismael aspirando el puro como si fuese un chupete de niño pequeño.

—Hacia la mitad del siglo pasado, se levantaron grandes industrias como los Altos Hornos de Vizcaya, los Hornos dos y tres de las Ferrerías de Santa Ana de Bolueta. La Sociedad Ibarra, Hermanos y Compañía, establecida en El Desierto con el nombre de Nuestra Señora del Carmen, ampliaba su razón social anexionándose otras sociedades. Las playas estaban a rebosar de bañistas, había tiempo para el ocio, todo bullía por aquellos tiempos y todo se iba transformando —dice con entusiasmo don Roberto.

—Hay que ver, en poco tiempo... o sea, que en cien años todo patas arriba —dice Fermín, que lo último expuesto por don Ismael y don Roberto puede entender fácilmente.

—Así es —afirma don Ismael.

—En un siglo... Antes, miles de años sin luz, sin agua en las casas, sin radio, sin coches... de brujería parece esto —dice Lorenzo también viendo claramente estos logros conseguidos en tan poco

tiempo han sido fruto de tan pocos años, unos pocos más de los que él tiene.

—Pero si nosotros teníamos que ir por agua a la fuente y lavar en el río, pero yo creía que porque éramos pobres, pero ahora veo que no había adelantos para nadie; claro que a los ricos les hacían los trabajos los sirvientes, pero comodidades cuatro, lo demás a trabajar como los burros —dice amama asombrada por los descubrimientos que está conociendo por boca de don Ismael y de don Roberto.

—Por eso sigo insistiendo en que ustedes deben conocer la historia más que nadie y encontrarán lo que están buscando —dice don Ismael.

—El hierro de Bilbao, en 1855, obtuvo en la exposición de París, la Medalla de Oro. Muchas de las familias bilbainas actuaban en poderosos clanes, explotando el mineral de hierro, y los mineros trabajaban en condiciones infrahumanas, de ahí nació más tarde de las minas de las Encartaciones, Dolores Ibarruri, «La Pasionaria».

—Del tiempo de mi madre era, ella le conoció bien y nosotros también —dice Felisa contenta de poder intervenir en la conversación.

—Con alpargatas rotas iba el obrero entonces, mientras los ricos más ricos —dice amama en tono pesimista...

Eguskiñe tiene una idea fija en la cabeza y sigue erre que erre con ella. Quisiera saber el porqué de las guerras carlistas entre hermanos, cómo se produjeron y antes de que empiecen a intervenir con la Pasionaria, que a esa le conocen todos, pregunta a don Ismael en tono suave:

—Don Ismael, antes iba a contarnos algo sobre los carlistas ¿Le importaría explicarnos algo ahora?

Don Ismael le hace un gesto de que espere un momento y continúe con el hilo anterior:

—En este siglo xx, se escribieron las mejores obras en vascuence y también en castellano. De las letras surgieron nombres también dignos de mención: la poetisa de Arrese, la prosa de Trueba. En las ciencias, los nombres de Rivero, Iturribarría, Delmas, Unamuno, Arana, Arriaga, Matilde Orbegozo, Martín de Los Heros y tantos otros. Bilbao contaba entonces con seis periódicos de mañana y tres de tarde. Más que ahora.

—La guerra de Africa fue hacia 1860, pero la guerra de los carlistas fue antes. Un tema escabroso, tres guerras entre hermanos, siempre peleando entre hermanos, los vascos y los españoles, primos her-

manos. No sé cuándo dejaremos de matarnos entre hermanos, como ya he dicho... Lástima.

Dice don Roberto levantando las manos al cielo, como si implorase una oración.

—Las guerras entre hermanos o no hermanos, desaparecerán de la tierra cuando ésta esté habitada por gentes viejas y sabias. Mientras nazcan generaciones nuevas, sin experiencia de ninguna clase, estarán sometidos al error, a enfrentamiento unos con otros, haciendo brotar la chispa de la discordia, la chispa que ya hemos apagado los abuelos —dice amama inspirada y con un gesto de impotencia ante hechos que se repiten generación tras generación.

—Qué bien hablas, amama, los jóvenes tienen la sangre caliente y aguantan poco —dice Fermín corroborando la frase de amama digna del maestro y del médico.

Eguskiñe está contrariada al no ser escuchado su ruego. Por segunda vez comprueba el reloj, y ve que son las cinco y media.

Como si don Ismael le hubiera leído el pensamiento, toma de nuevo la palabra, mandando guardar silencio, ya que han empezado a hablar todos a la vez, dando sus opiniones sobre lucha entre hermanos y las necesidades de aquellos tiempos glorioso de la revolución industrial.

A amama una idea en le cabeza la tiene bullendo como si fuese un cocido de alubias en medio de la chapa económica mientras se cuecen, desde que don Ismael ha comentado el hecho histórico de cómo fue el proceso de la pérdida de los Fueros en Euskadi, y quiere aclararlo, por lo que interrumpe en la conversación sobre la revolución industrial a don Ismael y a don Roberto.

—Don Ismael, quiero hacerle una pregunta.

Guardan todos silencio ante el gesto preocupado de amama.

—Pregunta, pregunta, amama —le pide don Ismael, convencido de poder aclarar cualquier duda o fecha de cualquier acontecimiento, seguro de ser capaz de ayudar y acertar.

—¿Los Fueros los venimos pidiendo los vascos desde entonces o ha habido tiempos en los que nos hemos olvidado del problema?

Todos se han quedado mirándola y ahora posan sus ojos sobre don Ismael en espera de una respuesta. Don Roberto asiente con un gesto afirmativo, pero es don Ismael el que contesta después de aspirar el humo de su puro.

—Desde entonces son innumerables las veces que el Gobierno de Euskadi ha reivindicado la devolución de los Fueros, pero siempre, por una causa o por otra, ningún Gobierno de España ha accedido a la devolución de la soberanía de los vascos como nación independiente. Aquí, en este punto, yo me atrevería a decir... En fin, es larga la historia, y este proceso más. Pero vayamos por partes, antes aclaremos un poco, paso a paso, cómo sucedieron estas peticiones y las consecuencias tan dramáticas que acontecieron en Euskadi por dicha pérdida, desde entonces. También aclararemos los hechos desgraciados de las tres guerras carlistas que Eguskiñe tienen tanto interés en escuchar... ¿Les parece?

Eguskiñe asiente con una sonrisa. Fermín está ya cansado de escuchar tantos hechos y tantas fechas, con tantos nombres que le suenan igual unos que otros, pero asiente igual que Eguskiñe, pero con un gesto de resignación, como el que sabe que no le queda otro remedio.

A Lorenzo hablar de guerras le apasiona y asiente complacido. También Felisa, resignada a su vez, asiente para que continúe, pensando igual que Fermín, que si no queda otro remedio...

Amama siente una gran curiosidad, hay muchas lagunas en su cabeza y no le importaría estar escuchando toda la noche. Está nerviosa ante la próxima llegada de toda la familia, pero gracias a estos relatos, el tiempo se le está pasando más rápidamente, lo que consigue distraerla y adquirir unos conocimientos nuevos que le tienen interesada, a la vez que van aclarando en su mente muchos aspectos y hechos que van evidenciando el porqué y el motivo que ha llevado, desde que ella tiene uso de razón, a Euskadi a hablar en las familias sobre la independencia, tema tan debatido, pero sin tener unos conocimientos muy claros del porqué de su pérdida, ni de sus causas, ni si era justa o no tal reivindicación. Pero el doctor sabe bien lo acontecido, paso a paso, desde la pérdida de los Fueros hasta hoy, y a ella también le gustaría descubrir este rompecabezas, a ver si es que de verdad encajan estas piezas y si así fuera... —piensa.

—No quiero pensar en que los asesinos de mi nieto tengan algo de razón en este desdichado asunto, no en el hecho de matar, sino en el de reivindicar... No, no quiero pensarlo, no debo hacerlo —piensa para sus adentros sintiéndose incómoda confusa con este reciente descubrimiento.

Don Ismael adopta la postura de suficiencia habitual, y mirando a Eguskiñe, comienza de nuevo su relato tomando la palabra, mientras don Roberto pide perdón y se dirige a los servicios.



—Como decía y antes de que se me olvide, un gran defensor de los Fueros del siglo pasado, fue Antonio Trueba. Bueno, volviendo al tema, el carlismo era una tendencia y sistema político derivado de la rama carlista. Este nombre, todos sabemos que lo tomó del Infante Carlos María Isidro, y su derivación fue debida al pleito sucesorio que opuso a las ramas isabelinas y carlistas, casas de Borbón. En el plano político era, ni más ni menos, que el enfrentamiento entre los defensores del antiguo régimen, los apostólicos y aquellos sectores que aceptaban una parte, al menos, de las transformaciones que propugnaban los liberales. La verdadera causa, no cabe duda, era lo que ya hemos dicho antes, los cambios que se estaban experimentando en este siglo. La sociedad burguesa que cambiaba rápidamente bajo los efectos de la revolución industrial, y el aldeano totalmente desfasado que se iba quedando atrás. Los treinta y cinco años que sucedieron desde 1833 a 1868, conocieron la realización de España en un proceso histórico que se reconoció con los hombres de «revolución liberal» o «revolución burguesa». O sea, el cambio, lo que decía antes, el dinero empezó a crear estas diferencias sociales, la forma de propiedad, el sistema de trabajo y producción, las clases sociales, fue como ya vemos, el proceso revolucionario que sustituyó al régimen señorial ya en crisis por el nuevo sistema capitalista, ¿que les parece?

—Bien, así que, que yo me entere, ¿el capitalismo nació por entonces? —pregunta Lorenzo interrumpiendo al doctor.

Este respira haciendo una pausa y contesta:

—Así es, el pueblo pasó de ser súbdito a ser ciudadano, de vasallo a proletario o jornalero, en España la revolución burguesa no siguió los mismos pasos que en otros países de Europa, por ejemplo Inglaterra, Francia o Alemania, que creían que con la industrialización a finales del XIX, todavía no estábamos nosotros muy industrializados, por lo que dependíamos de las inversiones extranjeras, lo que demuestra que lo que dije antes aquí toma color.

Hace una pausa don Ismael, Eguskiñe interviene en la conversación dando su opinión:

—Que de devolver los Fueros y la independencia a Euskadi, nada, con la nueva industria de Euskadi y Cataluña, lo más importante de España entonces, guerras y más guerras nos tenían que caer, es fácil de comprender esto, está claro.

—¡Y tan claro como agua —dice amama con gesto de impotencia.

—Muy, pero que muy claro. Hay que ver con qué poca cosa, se pueden entender muchas cosas —dice Lorenzo gesticulando con la cabeza.

—Bueno, ya poco va quedando en Euskadi, así que cualquier día nos dan la vaca bien ordeñada, para que no tengamos que comer nada más que los huesos —dice Felisa pesimista, con cara de fastidio.

—¿Qué pasa aquí? —dice el maestro ante las caras de preocupación que ve ante sí al regreso del servicio, tomando de nuevo asiento.

—Que la política lo jode todo —dice Fermín con gesto también taciturno.

—El carlismo se entiende que no podía triunfar nunca en los medios urbanos y sí en los medios rurales, donde la agricultura no se había adaptado a la producción comercializada, por lo que los campesinos sentían al estado burgués liberal (con tendencias a la centralización y al aumento de la pensión tributaria), con un enemigo natural de sus formas de vida, más o menos como ahora, que antes no pagamos y ahora nos desuellan vivos.

Hace una pausa don Ismael para sonarse la nariz con un gran pañuelo de color crema, que dobla con cuidado una vez finalizado su cometido, guardándolo en el bolsillo derecho de su pantalón. Continúa el relato:

—Yo me atrevería a decir que con esta nueva burguesía, cien años después, ETA se cebó en ella con los secuestros, amenazas, muertes, etc., de los industriales, es una forma de llevarnos al pasado para recuperar el estado natural de las cosas, el idioma, las costumbres, la etnia pura de los vascos; Sí, sí no me miren con esas caras de asombro, que yo no estoy loco, en todo caso ellos.

Las caras de sorpresa de todos son bastante elocuentes pues parecen preguntarse: «¡O sabe lo que dice o está loco de remate!»

—¿Y qué culpa tienen los ricos de antes con los de ahora? —pregunta amama no saliendo de su asombro.

—Mucho, nada en cuanto a su parentesco en muchos casos, pero sí en cuanto a los cambios sociales —dice don Roberto dando la razón al doctor.

—¿Y la muerte de mi hijo? —pregunta indignada Eguskiñe.

—Todo es consecuencia de lo mismo, desgraciadamente —le responde don Roberto.

—No podía creer que la pérdida de los Fueros habían traído tanto jaleo, por eso Franco quería también la unión de España: todos españoles, todos hablando español y al que se mueva, palo —exclama rojo de rabia Lorenzo, que tiene una sobredosis de ira, rabia e impotencia.

—¡Vaya jaleo! Yo no puedo comprender, son muchas cosas a la vez —dice Felisa ingenua.

—Sí, son demasiadas cosas, yo tampoco puedo entender, pero algo me dice que don Ismael y Roberto, saben lo que dicen —dice amama con gesto preocupado de nuevo.

—Demasiadas diría yo, empacho de política voy a coger hoy... —dice esto último mirando a Eguskiñe, Fermín, dejando en el aire la frase sin terminar ante la mirada seria de ella.

—Esto sólo es el comienzo —dice don Ismael.

—Así es, luego les molesta por ahí que los vascos sigan pidiendo su autodeterminación y su independencia, cuando lo único que piden es que les devuelva lo que se les quitó en su día y que fruto de esta consecuencia han sido tantas guerras, tantos muertos, y lo peor es que la mecha está aún encendida, no se ha apagado, tarde o temprano es fruta madura que tendrá que caer, les guste o no a los españoles y al Gobierno de Felipe o del que sea —responde don Roberto convencido de lo que dice.

—A la Iglesia también le perjudicaron bien allá por el 1835 con el Decreto de Toreno, una masa —ingente de tierras, propiedad de la Iglesia y de los conventos extinguidos por este Decreto, salieron a subasta pública, esta expropiación afectó a un tercio de las tierras de cultivo del país, se imaginan lo que supuso esta pérdida para la Iglesia? Ya tenemos a otro enemigo del régimen y no acabó aquí todo el expolio de la Iglesia, no, en el 37 se amplió esta expropiación de los bienes eclesiásticos adjudicando a la nación todas las propiedades del clero secular.

—¿Que se atrevieron con la Iglesia también? —exclama atónito Lorenzo.

—Hay que ver qué poca vergüenza, peores que Franco —dice amama en el mismo tono que ha utilizado Lorenzo.

—¡Desde luego, vaya ladrones!... Pero con gobiernos que dan estos ejemplos ¿a qué pueblo se le puede pedir honradez? —dice Eguskiñe con gesto despectivo.

—Así andamos todos, que nacemos con el Catecismo sabiendo de memoria —dice Fermín, también con gesto despectivo y saliendo al servicio. Está que revienta queriendo hacer pis, esperando que se disuelva la reunión, pero como ésta no tiene intención de terminar, se decide a ir al baño, una vez que ha regresado don Roberto.

—La supresión de conventos y desamortización de sus bienes cambió la estructura de la propiedad que pasó a otras «manos» activas e «inteligentes que la explotan», palabras de Mendizábal, desgracia-

damente la peor parte fue la destrucción del patrimonio artístico de la Iglesia, que fue incalculable.

El que así ha hablado ha sido don Roberto haciendo una pausa que aprovecha don Ismael para tomar la palabra.

—Otro decreto posterior, en julio del 37, amplió aún más esta expropiación de bienes eclesiásticos, adjudicando a la nación todas las propiedades del clero secular. Mendizábal quería con estas medidas crear «una copiosa familia de propietarios, cuyos goces y existencia se apoyan principalmente en el triunfo completo de nuestras actuales instituciones»; estos nuevos propietarios constituyeron una capa social de apoyo más tarde a la revolución liberal; al Gobierno de Felipe también le ha venido bien el terrorismo de ETA, repartiendo la industria por toda España, de distinta manera, pero los resultados parecidos. La historia siempre se repite, ahora, entonces y siempre.

—Claro, éste creó tensiones como es de suponer, entre los moderados y progresistas, esto le costó su dimisión, la expulsión de algunos obispos pro-carlistas. A ver, después de este desaguado, la Iglesia tenía que estar en contra —corroboran don Roberto.

El doctor le pide a Eguskiñe, que le llene, si no le importa, su copa vacía.

Eguskiñe coge la botella y le sirve con picatostes media copa. El doctor le hace un gesto de que no se detenga, que hasta arriba.

—Parece una esponja —piensa Eguskiñe disimulando su contrariedad.

—A mi también —pide Lorenzo acercándole la suya.

Amama y Felisa se miran y no dicen nada, les parece a ambas que ya tienen bastante, pero saben que si hablan sus consejos van a ser como sermón en el desierto.

Don Ismael, después de tomar un sorbo de su copa, continúa:

—A punto estuvieron, los carlistas de establecer un pacto con los isabelinos moderados, que hubiera consistido en el matrimonio de un hijo de don Carlos con Isabel, pero los progresistas se opusieron cuando las milicias nacionales se sublevaron por todas partes, obligando a un grupo de sargentos en La Granja a la Reina Gobernadora a restablecer la Constitución de 1812.

Se realizaron elecciones municipales según dichas normas, decisivas para permitir el acceso al poder de las capas medianas y pequeños propietarios, que más tarde darían un gran impulso a la revolución. Fueron muchos los cambios que se efectuaron en la Constitución del 37, entre ellos el proceso de desamortización con nuevos decretos,

poniéndose en vigor el trienio liberal que abolía los señoríos, aquí nos duele a los vascos, y suprimía también los mayorazgos bienes de manos muertas y los curas, todo con el objetivo de conseguir la tierra en propiedad individual y libre, pero era tal el caos que había en España y el descontento general que en este entramado social se tejería la Primera Guerra Carlista —concluye don Ismael dando carpetazo a una parte importante de la historia para dar paso a otra de no menos graves consecuencias.

—¡Ay, la política! Mejor no entender de nada, como Fermín —exclama amama meneando la cabeza y componiéndose el moño.

—¿Habláis de mí? —pregunta Fermín regresando del cuarto de baño.

Eguskiñe, que ha querido aguantar para ir al servicio, esperando el relato de las guerras carlistas, siente que no puede esperar más y pide:

—No empecéis con los carlistas, que ahora vuelvo.

—Yo no he entendido lo que ha querido decir comparando con el Gobierno de Felipe don Ismael ¿Qué tiene que ver una cosa con otra? —pregunta extrañada amama.

Don Roberto, antes de que intervenga don Ismael o Lorenzo, se lanza a dar su opinión.

—Saltándome el tiempo, tenemos la expropiación de Rumasa por los socialistas, de conejo de indias para privatizar, dijeron, luego no fue así, porque sabemos que más de uno se quedó con las Torres de Colón, los Bancos y un billón con «B» de patrimonio de Ruiz Mateos, de la noche a la mañana...

Asienten los reunidos, porque estos hechos les son familiares a todos. Don Roberto sigue su relato:

—Como decía, Rumasa para privatizar y la industria vasca para igualar al resto de la nación, palabras de un antiguo ministro socialista, programa de Emilio Romero, lo escuché por la radio yendo de viaje de Madrid a Málaga el día 4 del mes pasado. Las caras de sorpresa se reflejan de nuevo entre los presentes.

—No me miren así, que ni don Ismael ni yo estamos locos. Buscar la igualdad de las provincias, era uno de sus proyectos de Gobierno socialista, una España igualitaria, como si eso fuese posible de la noche a la mañana... Como consecuencia, a ETA había que dejarla seguir matando y echando industriales fuera de Euskadi, para repartir su economía fuera de aquí; dos logros conseguidos, venganza por parte de ETA y aprovechamiento de esta circunstancia por parte del Gobierno; los vascos tan ingenuos como siempre, pero los catalanes

no cayeron en la trampa. Hemos sido conejos de laboratorio, así como lo oyen.

Lorenzo, amama. Felisa y Fermín, hacen grandes esfuerzos en este punto para no interrumpir al maestro. Se miran atónitos y dejan que continúe hablando don Roberto.

—Odio y más odio hemos conseguido con este juego, y no hablemos de las setecientas muertes o más que llevamos, desgraciadas todas ellas, y los que quedan aún, porque la paz sólo vendrá de la unión de todos los partidos.

Hace una pausa doliente mirando con lástima a amama, que en silencio se seca una lágrima recordando a su nieto.

—¿Puedo intervenir? —pregunta el doctor.

Don Roberto le hace un gesto afirmativo, se le ha puesto un nudo en la garganta al ver llorar a amama y prefiere que siga hablando del tema él.

—Así es, que el tronco de roble que unía a los vascos se ha partido como si un rayo lo atravesase, en mil pedazos, convirtiéndose éste en odio, revanchismo, droga, dividiendo esa fortaleza. «Divide y vencerás», es el lema de los socialistas también. Hoy Euskadi, industrialmente, está en la cola de las provincias españolas, cayendo cada día más y más; en mi opinión, como no se unan todas las coaliciones vascas, incluida ETA y el roble, árbol simbólico de los vascos, aparezca unido de nuevo olvidando todos los errores, ustedes siguen ese juego que antes ha mencionado don Roberto, al Gobierno central, es fácil decir que no se negocia con asesinos, saben que si los vascos regresan a Euskadi, muchas industrias hechas por vascos y muchos empresarios vascos, regresarán de nuevo a su tierra, con lo que esto causaría gran deterioro al gobierno de los socialistas.

Lorenzo, con la cabeza baja, interrumpe a don Ismael:

—Eso que dice usted es fácil de decir, pero que tengamos que unirnos con asesinos...

Amama también hace un gesto de que eso no es posible.

Felisa mira a todos e ingenuamente dice:

—Quien no perdona, difícilmente podrá ir al cielo. Yo creo que el doctor tiene razón: pensar en el pasado no nos mejoraría el presente, este está aquí, nos guste o no. No podemos vivir con tantos odios, somos hermanos al fin y al cabo. Yo creo que ellos tampoco ven la forma de parar, no querrán ir de vacío con el rabo entre las patas.

Fermín, que comprende bien esto último, con gesto taciturno, se atreve a decir:

—Fácil es decir, pero algo de razón ya tiene, mientras no nos unamos todos, todo jodido va a seguir... Así que no va a quedar más remedio, porque los chavales que se tengan que ir fuera a trabajar, mientras los viejos nos quedamos aquí...

—Los catalanes no cayeron en esa trampa, separatismos sí, pero las pelus son las pelus. El Gobierno, en su afán de no negociación, fomenta la llama para que ardamos en ella, y bien que ardemos: presos, muertos, paro... Caro precio estamos pagando con tantos errores y encima nos desprecian fuera. Aquí el nacionalismo y el separatismo no lo hemos sabido tratar con la diplomacia que estos temas necesitan. El catalán, vuelvo a insistir, está más consolidado en cuanto a unidad, lengua y economía y nosotros, ¿qué?... Es lamentable, con este nivel cultural que tenemos, superior al noventa por ciento de las regiones de España. Nos queda aún mucho por hacer, y mucho que aprender de los errores, es hora de plantearnos muchas cuestiones y sólo de los errores se aprende, desgraciadamente —termina don Roberto pensativo y, en voz baja, como si hablase consigo mismo, en tono de tristeza. Coge su copa y como si necesitase digerir lo anteriormente dicho por él, bebe un largo trago de licor haciendo un gesto de tragar algo digerible.

Regresa Eguskiñe del servicio con cara seria también al ver a todos tan silenciosos, con la mosca en la oreja y mirando seriamente a Fermín se sienta y le increpa:

—Seguro que te has echado un «cuesco» y les has dejado a todos mudos... Porque podrías haber dado a la bomba. Comemos gloria... pero cagar...

La cara de Fermín cambia de color, avergonzado. Todos de pronto cambian de expresión y se echan a reír.

—Menos chufra, que aquí a más de uno se le ha ido y yo no he dicho nada. Tú, con tal de dejarme en ridículo no sabes qué hacer —exclama Fermín mirando cabreado a Eguskiñe.

—Caga el rey y caga la reina, y aquí estamos cagando todos, me parece —dice Lorenzo en tono ya fuera de broma.

—Y que lo digas, aquí todos la hemos cagado y bien cagado —remata la frase con pesimismo amama..

Ahora es Eguskiñe la que no comprende nada.

—¿De qué estáis hablando? Yo he ido al baño y éste... que debe de comer gloria pero caga...

—¡Mierda, como todo el mundo! —termina la frase, airado Fermín.

Don Ismael se ríe de la salida fuera de tono de Fermín.

—Por no abrir la ventana. Luego dices que se enfría la casa y la mierda, para qué negar, ¿no? —responde de nuevo enfadado Fermín. Esta tarde quedas para el recuerdo —piensa malhumorado— tanta política y tanta sonrisa al maestro y al doctor van a acabar, no sé, en mamporros.

—Eso, para qué negar... —dice don Roberto pensativo.

El doctor, una vez pasado el ataque de risa, (es el único que se ríe), los demás están con los semblantes sombríos, digiriendo las últimas opiniones de don Roberto y don Ismael, como si fuere un trozo de pan duro difícil de tragar. Don Ismael toma la palabra de nuevo:

—La Ley sabia promulgada por don Felipe V y derogada por Carlos IV en 1789, excluía a las mujeres del derecho de reinar, como el alto clero y la nobleza catalana habían puesto sus esperanzas en el hermano de Fernando VII, Carlos, al morir su tercera mujer, el rey se casa con María Cristina y tiene dos hijas, esto era en 1829, Isabel y Luisa. Las fuerzas del antiguo régimen están aterradas ante el filoliberalismo de la reina, e intentan restablecer dicha ley. Dicho de otra manera: negar que gobiernen las mujeres. Al morir Fernando, estalla el conflicto. Como ya hemos dicho, el descontento popular por un lado, ante la forma en cómo se fomenta el desarrollo capitalista, aunque el catolicismo retrógrado, la pérdida de los Fueros, es un hervidero popular, que lleva a luchar a los pobres contra los ricos: la eterna cuestión. En Euskadi, las diputaciones Forales Vascas se dividen ante el alzamiento carlista.

Hace una pausa don Ismael, moviéndose en la silla. Ahora hay un gesto hosco en las caras de todos, menos en la de Eguskiñe, que no ha oído los últimos comentarios hechos por el maestro y el doctor, y está contenta con este relato sobre la motivación de la guerra carlista.

—El 2 de octubre se sublevó el pueblo por las calles de Bilbao, porque la guerra carlista era la lucha del pueblo y la ciudad, con gritos en contra de los corregidores Mota y Uhagón, llamándoles perrerías: liberales, francmasones, herejes y filósofos, no sé lo que quiere decir esto, pero es igual, y saqueaban las casas de los comerciantes ricos, se alzaron amparados en un convento franciscano de la calle de San Francisco, allí hacían cartuchos de pólvora.

Los que no salen de su asombro ahora son todos, menos Eguskiñe, que es la que así ha hablado, complacida y nerviosa por el efecto que han causado sus palabras.



—¿Pero tú qué sabes de estas cosas? —pregunta amama asombrada.

—Ya os dije que leería todos los libros que compré en Bilbao, para poder hablar, hay que estudiar, y yo quiero estar en el bando de los que hablan y hablan sin saber de qué hablan —responde Eguskiñe pensando bien lo que dice.

Amama se siente orgullosa ante las palabras tan bien pronunciadas de su hija, se ha quedado de una pieza oyéndola.

—Pero tiene razón, no podemos quedarnos al margen de la política porque es más cómodo, tarde o temprano no queda otra alternativa que descubrir qué muerto se esconde dentro de ese armario y la mejor manera de averiguarlo, es la de desenterrar el pasado, ese pasado sólo lo podemos encontrar en las páginas de los libros. Lo que han dicho el doctor y el maestro. Bendita historia que deja desnudos los cadáveres de los muertos y nos muestra sus rostros a través de los relatos de quienes tienen buen cuidado de escribir, para vergüenza de unos y gloria de otros. Porque todo se sabe, todo queda en la superficie, de esta manera, tarde o temprano, sólo hay que darle tiempo al tiempo, para que la cosecha nos muestre orgullosa sus frutos —piensa amama con la mirada perdida en un punto de la cocina.

—Haces bien, Eguskiñe, tú eres joven todavía y tienes motivos, yo ya he perdido el tren para todo, pero si volviese a nacer, cruzada de brazos no me iba a quedar si me hubiese tocado pasar por lo mismo que tú... La guerra de Franco me pilló como una infeliz sin saber nada de política, pero hoy no sería igual. Los tiempos han cambiado y te doy la razón, hay que enterarse bien de las cosas.

La que ha hablado ahora en tono contundente es Felisa, con la mirada perdida en el vacío, igual que amama, reconociendo sin falso pudor sus pocos conocimientos sobre la historia y sobre las causas que motivan las guerras, tan absurdas para ella.

—Bueno, los libros están bien, pero a mi edad yo no me veo leyendo tanta historia, comprendo, sí, que está bien, pero ni tiempo ni ganas tengo —dice Lorenzo mirando también pensativo, a su copa medio vacía encima de la mesa. Son demasiados descubrimientos para una tarde y está tan confuso que necesita, como las vacas, la noche para digerir lo que ha comido durante el día.

—Claro, cuánto más sepan, peor para los sinvergüenzas, siempre habrá alguno que les pare los pies —dice Fermín mirando a Eguskiñe, mientras piensa:

—Si ella quiere pararse los pies, yo tendré que acompañarla, no le puedo dejar sola y, claro, no voy a ser más tonto que ella, tendré que pedirle prestado alguno de esos libros, a mí no me mira nadie por encima del hombro, ¡qué hostias!

Fermín también se ha quedado pensativo, mirando a un punto de la cocina. Ese punto son las cazuelas de amama.

—Parece que nos hemos quedado un poco pensativos... Eguskiñe, me parece estupendo lo que haces —le dice don Roberto con una sonrisa de ánimo.

—Si todos estamos de acuerdo en que saber es bueno, podemos seguir con las guerras carlistas, ¿o lo dejamos? No quiero ser pesado, cuando me entra el gusanillo de hablar no hay quien me pare. Hasta mi mujer me teme —dice riendo el doctor. Las copas ingeridas por éste, están haciendo efecto mostrando una simpatía y un entusiasmo poco frecuente en sus visitas de rutina, en calidad de médico.

—Por mí encantado —contesta don Roberto sonriendo.

Eguskiñe, sin darles tiempo al doctor y al maestro, toma de nuevo la palabra:

—A los cuarenta días de haber empezado la guerra, a excepción de San Sebastián y Pamplona, los carlistas dominan a los liberales en todo Euskadi. En Pamplona ejecutaron al cabecilla navarro Santos Ladrón, indignando a los carlistas. Por todo Bilbao se oían gritos de que matarían a los negros, —llamaban en vasco *beltzak*, los aldeanos a los liberales— y a sus hijos.

—Así es, en efecto, la diferencia de medios pronto se hizo notar. Aquí, el ejército español pronto tomó parte en el conflicto, ayudando a los liberales, esto entre los carlistas les deja indecisos, como es de suponer. Pero un hombre, un gran hombre diría, yo levantó la moral de las tropas. ¿Quién no ha oído hablar de Tomás de Zumalacárregui? —pregunta el maestro.

Ahora intervienen todos afirmativamente.

—Dos cojones bien puestos tenía ese. Con veinte años ya luchó en la Guerra de la Independencia a las órdenes de Jáuregui el Pastor. Desde Navarra salió vestido como campesino con alpargatas y boinas, tenía tal categoría como organizador de la tropa, que le dan la jefatura militar carlista, y hasta las diputaciones de Bizkaia y Guipúzcoa, le prestaron acatamiento en Echarri-Aranaz en 1833. La guerra carlista es una lucha de independencia vasca, que queda claro, por eso luché yo contra Franco.

Todos han escuchado ahora no saliendo de su asombro, a Lorenzo, en tono vibrante lleno de patriotismo, dando varios manotazos a la mesa, mientras se expresaba hablando.

—Sí, señor, así es. Tenía cuarenta y cinco años cuando empezó la guerra carlista; era de mediana estatura, anchas espaldas, cuello de toro y solía usar zamarra de piel, y duro y muy severo en sus modales —le contesta don Roberto.

—Fueron unos locos, valientes pero locos, iban armados con escopetas de caza, apenas ochocientos hombres, catorce individuos en la caballería y seis piezas de campaña. Su mejor ejército es el pueblo campesino que lo apoyaba y le informaba de todos los movimientos de los carabineros del ejército liberal, —este cuerpo de policía militar especializado en perseguir a los contrabandistas— y contra los «peseteros», les llamaban así porque eran voluntarios liberales, escapados muchas veces de galeras y se distinguían por sus crueldades más que por su piedad con el enemigo —responde don Ismael haciendo un gesto muy expresivo de que estaban locos.

—Zumalacárregui, como no tenía tropas para atacar en campo abierto, su táctica era de guerra de guerrillas, que aprendió en los tiempos de la independencia, sus valientes hombres hostigan al enemigo cuando menos lo esperan, cuando no pueden hacer frente, se esconden detrás de los peñascos. Zumalacárregui no era solo un guerrillero, era militar de profesión, que dominaba bien las leyes de la guerra y sabía mejor que nadie mover sus batallones. Era general y guerrillero a la vez —de nuevo ha intervenido con pasión patriótica Lorenzo.

—¡La mano! Ten cuidado que te la vas a romper. ¡Qué hombre, no hay quién le gane a bruto! —reclama Felisa a su marido con gesto de impotencia.

—A estas alturas mejor es dejarlo —trata de tranquilizarla amama.

—Aquí, en este punto, cabe resaltar las victorias del general, que hacen estallar los conflictos entre él y la corte española de don Carlos (especialmente entre los ministros Cruz Mayor y el francés Villemur), que quieren hacer creer que Zumalacárregui lo que pretende con dichos éxitos, es nombrarse rey de las Vascongadas y Navarra, con el nombre de Tomás I. Aquí don Carlos no estuvo acertado desoyendo los consejos de Zumalacárregui de hacerse reconocer por potencias extranjeras de ayuda, Austria, Prusia, Rusia, para poder avanzar sobre Castilla y forzar el sitio de Bilbao. Pero aún con pocos medios decide el asalto con mala fortuna para él. Próximo al palacio de Begonia una

bala de rebote le penetra en su pantorrilla derecha. El creía en la medicina casera y se puso en manos de Petriquillo, un curandero, para extraerle la bala. A los once días muere ante la consternación de sus seguidores y el regocijo de sus enemigos de la Corte. Dejó toda su fortuna, once onzas de oro a sus sirvientes, y a su viuda su recuerdo.

Termina el relato del doctor, con admiración ante la figura de este gran general y guerrillero que luchó, no por intereses sino movido por un sentimiento patriótico. Hoy en estos tiempos, tan difícil encontrar.

—No fue generoso con la viuda, porque vivir sólo del recuerdo por bueno que sea... —dice Fermín moviendo la cabeza y levantándose para atizar los leños de la chimenea y avivar de esta manera las ascuas que parecen apagadas.

—No se puede ser bueno, a los buenos siempre les salen envidiosos, antes y ahora y si encima no les puede encontrar defectos, peor —dice amama con convicción.

—Es verdad —asiente Felisa.

—Cuando uno muere quedas en lo que eres y mejor que digan que fuiste buena persona, que no un golfo. A mí eso me preocupa, el qué dirán después de muerto —dice Lorenzo saliendo en defensa de la honradez, no está de acuerdo en la creencia de algunos de llamar tontos a los buenos y a los honrados.

—Estoy yo también de acuerdo contigo, Lorenzo, la honradez es la mejor bandera de cualquier ejército. A la muerte de Zumalacárregui, los resultados poco se hicieron esperar con la derrota. En septiembre del 35, en el Estado español sube al poder el liberal Mendizábal, presionado por las milicias urbanas. Se ordena el alistamiento de la quinta llamada «de los cien mil hombres». A Espartero le nombraron jefe militar del Norte. Los carlistas sitían de nuevo Bilbao, pero Espartero levanta el cerco un día de Nochebuena, tal día como hoy, en el 36.

Termina la frase Eguskiñe con una sonrisa, haciendo una pausa para tomar aliento. Está nerviosa y contenta a la vez de poder intervenir a la altura del doctor y del maestro.

Fermín, atónito ante tales conocimientos, siente que esta parte de Eguskiñe es nueva para él.

—¿Así que los ojos te los dejas por las noches estudiando guerras? ¿Y qué sacas tú con eso? —pregunta Fermín a Eguskiñe que no comprende para que le puede servir el meterse en la cabeza tanta guerra y tanta leche.

Amama vuelve a sentir la sensación de orgullo experimentada minutos antes, a lo que le contesta a Fermín:

—Las mujeres de ahora os van a ganar la guerra a los hombres. Todas quieren saber, mientras los hombres como tú y como otros, de lo único que entienden es de estar en la taberna. Como no os pongáis a la altura de las mujeres, cada día más difícil lo vais a tener.

—¿Más aún? ¿Te parece poco? Eguskiñe, si yo me estudio las guerras esas, tú... ya me entiendes... —deja Fermín la frase en el aire.

Don Ismael y don Roberto se echan a reír al igual que Felisa, Lorenzo y amama, ante la mirada de cordero mareado con que Fermín ha mirado a Eguskiñe. Esta, poca amiga de bromas, le responde en tono serio:

—Las esperanzas nunca se pierden, quién sabe...

—Pues no dejes para mañana lo que puedas hacer hoy —le contesta con los ojos encendidos de pasión Fermín.

Amama le mira con lástima y para quitarle hierro al tema, le contesta:

—El buey suelto bien se lame. Cargar con una vieja, una viuda y dos hijos, ¿te parece poca guerra?

—Mira por dónde a esa guerra gustoso me iría yo —responde Fermín a amama, mientras ríen todos de nuevo.

Don Ismael, antes de que tome la palabra don Roberto, se adelanta sin dejar de reír la salida de Fermín:

—En el 37, Espartero proclama que las Vascongadas no deben temer, sus Fueros serán respetados, pero esto sólo era una maniobra política, por supuesto. Mientras las tropas carlistas realizan una incursión por Castilla, Aragón, terminando éstas en fracaso, regresando a las Vascongadas. Tantos años de luchas y penalidades se ven así, sin un futuro claro los aldeanos. Mientras tanto vuelven al poder los progresistas promulgando una constitución liberal en junio del 37. En septiembre de este mismo año y por presiones del Ayuntamiento de San Sebastián, el decreto de que las diputaciones forales son sustituidas por las constitucionales, desapareciendo las aduanas, trasladándolas a la costa francesa, ¿comprenden? —pregunta don Ismael mirándoles seriamente a todos.

Don Roberto responde de inmediato, mientras los demás guardan silencio ignorando lo que ha querido decir don Ismael.

—Ha querido decir simplemente, que las aduanas estaban en los límites del territorio de Euskadi con Castilla y Aragón, y hoy son muchos los que dicen con desprecio que nos pongan fronteras ignorando que ya las teníamos hace muchos años, al ser una nación independiente.

Hace una pausa Eguskiñe, cobrando un poco más de seguridad en sí misma y continúa con el relato:

—Con las derrotas sufridas, no cabe duda de que los carlistas no están contentos, llegando a tener una... ¿cómo se dice eso?... insurrección. Me costó decir, pero me salió, en Estella, mientras las tropas gritaban: «Queremos pagas» y «Mueran los castellanos y la Junta».

Don Ismael asiente, don Roberto también, mientras permanecen en silencio los demás y don Ismael continúa el relato:

—En este punto se produce un movimiento de convergencia entre las dos mitades de ambos contendientes, que se basan en dos principios: la restauración de la paz, una vez que la Constitución es aceptada y el mantenimiento de los Fueros, sin infringir sus leyes. La otra, por el lado constitucional, una, de jauntxos exiliados en Bayona de cariz moderado, entre los que se encuentran Villafuentes y Vidarte, lanzando la consigna de Paz y Fueros, contando con los servicios de Muñagorri, escribano de Berástegui, dueño de algunas herrerías de la zona. Este levanta una partida en su región y se instala en la frontera de Lastada, próximo a Behobia.

—Aquí, vemos ya claramente, tenemos los primeros exiliados, cuántos miles de vascos vendrían después por esta misma causa de Paz y Fueros —dice un tanto melancólico don Roberto.

—Compañeros míos, luchadores en la guerra de Franco, en América se quedaron, alguno volvió después de treinta años y otros Dios sabe qué fue de ellos —dice nostálgico Lorenzo.

—El exilio en Euskadi va a ser una continua dominante años después de estos sucesos desgraciados —dice de nuevo don Roberto.

—Que te vayas porque quieres irte, es una cosa, por motivos políticos, otra diferente, pero porque te echen, que es a lo último que hemos llegado... ¡Ay, Jaungoikoa! (Dios mío), no hay derecho —responde amama suspirando.

—Y que lo digas —responde Felisa suspirando.

—Por eso, Eguskiñe, tú no te metas en líos —le dice tierno Fermín a Eguskiñe.

—Para vivir hay que tener causas, motivos para hacerlo, yo tengo un motivo y de brazos cruzados no me voy a quedar, ¿te enteras?

—Sordo no soy —responde Fermín preocupado ante esta nueva Eguskiñe. Si antes le fue difícil enamorarla, ahora lo tiene más crudo que las manzanas en el árbol, piensa contrariado.

—Como íbamos diciendo y esto sí que sería una lástima dejar a medias, por el bando carlista entre los jefes vascos de origen jauntxo

están Arizaga, Urbistondo, Zaratiegui, Elio, donde se vislumbra esta posibilidad de paz, como ya he dicho antes. El mediador será Maroto el murciano, en este acercamiento de jauntxos de los dos bandos, dos sectores son excluidos en el carlista, la Corte de Carlos, pues su fin es el de reinar sin mantener los Fueros, en el constitucional los comerciantes liberales, especialmente los donostiarras.

Don Ismael termina la frase llevándose acto seguido la copa a los labios, aprovechando esta circunstancia para seguir don Roberto el relato, después de beber el último resto del café que le quedaba en su taza.

—El Ayuntamiento de San Sebastián en el 38, tiene sus temores ante el fin de esta guerra, que puede traer compromisos perjudiciales para la causa, porque estos liberales dan un objetivo distinto al de Paz y Fueros. El aventurero Avinarrete, secundado por los donostiarras Alzate y Amilia, lanza unas hojas en el bando carlista que aumenta este descontento que reina, tratando de raptar, sin éxito a don Carlos y a su primogénito.

—Pero don Carlos ya se dio cuenta de la maniobra de los jauntxos y Maroto, cuando pasó revista a los batallones guipuzcoanos y vizcainos camino de Bergara y Elorrio, cuando ninguno responde al grito de «Viva el Rey», muchos gritan «Viva Maroto» y la gran mayoría *pakea* (Paz) —dice Eguskiñe segura ya de sí misma.

—Ahora también estamos en ese punto, Pakea, buena falta nos hace —comenta Lorenzo contento, escuchando esta parte de la historia.

—Paz, para cuatro días que vivimos... —dice amama feliz escuchando a su hija en medio de don Ismael y don Roberto.

—Yo voy otra vez al servicio, si no te importa, ya tiraré de la cadena y abriré la ventana, luego no me digas —dice Fermín levantándose de la silla.

—¿No te encuentras bien? —le pregunta amama solícita.

—Las tripas parece que las tengo jodidas con tantos nervios. Pero tranquilos.

Sale Fermín y sin darle más importancia, don Ismael continúa su relato:

—En Bergara se entregan estos batallones que decíamos antes; los navarros y alaveses no saben qué hacer y el pretendiente del trono huye a Francia por Dancharinea. Espartero recoge el fruto maduro. El Convenio de Bergara firmado el 31 de agosto del 39 por Espartero y Maroto es fruto del acuerdo previo entre los jauntxos de ambos lados.

Este convenio en lo referente a los Fueros es ambiguo que pasan a ser una hoja en blanco. Ahora son los moderados los que gobiernan siendo nombrado ministro Arrázola, el 25 de octubre del 39, afirma en su artículo primero lo siguiente: Se confirman los Fueros de las provincias Vascongadas y Navarra sin perjuicio de la Unidad Constitucional de la monarquía. Este derecho de carácter moderado, es la primera vez que un texto legal ha establecido la preminencia de la unidad constitucional sobre los Fueros. Para los futuros nacionalistas, esta Ley marca la pérdida de la soberanía de los Estados vascos a manos de España.

De pronto se hace un silencio y nadie responde, como si les hubiese dado don Ismael un golpe en la cabeza.

El reloj lanza sus campanadas de las seis de la tarde con su sordo, tan-tan, tan-tan-tan, tan... y todos le escuchan como si no hubiese otra cosa que hacer.

Como midiendo las palabras, don Roberto mira a todos y en tono serio continúa:

—Con el 40 suben los progresistas al poder, María Cristina huye de España, Espartero es nombrado Regente. Desde esta fecha el estatuto Foral está en peligro. Una orden de enero del 41, deroga la vigencia del Pase Foral. No es de extrañar, por tanto, que la sublevación en octubre de este mismo año le llamasen la «octubrada» y tenga lugar en Pamplona, recuperada por las diputaciones vascas.

—Sí, señor, el cambio deja a un lado los Fueros. Espartero, por decreto, en octubre también de este mismo año, establece que los corregidores serán sustituidos por jefes políticos, los ayuntamientos y diputaciones, así como la organización judicial, rigiéndose por las leyes generales de la monarquía y las aduanas se establecerán en la Corte, además de San Sebastián y Pasajes en Irún, Fuenterrabía, Deba, Guetaria, Palencia, Bermeo y Bilbao. Las aduanas se trasladan a las fronteras, han triunfado los comerciantes y productores sobre los pobres consumidores, en Euskadi ha sonado la hora del «desarrollo capitalista». ¿Empiezan a comprender ustedes? —pregunta don Ismael una vez finalizado este punto de la Historia de Euskadi.

—Interesante de verdad y triste también. Yo, oyendo estas cosas me vuelvo más patriota aún, pero no dejaremos de pedir lo que es nuestro, pese a quien pese —dice en tono solemne Lorenzo, esta vez sin dar puñetazos en la mesa.

Felisa le mira asombrada de que no sea de otra manera su manifestación patriótica.



—Tú lo has dicho, al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios —dice amama como si estuviese rezando.

—Muchas cosas hemos hablado, no sé cómo darle las gracias a don Ismael. Quedan aún más por aclarar, yo estoy hoy en esa lucha, ver claro a donde conduce este túnel. Seguro que al lugar menos esperado —dice pensativa Eguskiñe mirando a don Roberto y a don Ismael.

—A mi me gustaría, en este punto tan importante, terminar con un hecho que ha marcado a nuestro pueblo, el amor que los vascos sentimos por nuestro pasado y que dejó profundas huellas en nuestra Historia, porque los sentimientos Forales no murieron con la derrota de la Primera Guerra Carlista, continuaron más vivos en los corazones de los vascos, sobre todo en las casas populares y en la Iglesia también, estas nostalgias fueron el fruto más tarde de nuestro amado himno el *Gernikako arbola*, por el compositor José María Iparraguirre, que había luchado en las guerras carlistas, tras vivir en el exilio desde los veintiún años hasta los treinta y uno. Y a su regreso de Europa en el 51 a Bilbao, y más tarde a Madrid. En el 53, acompañándole Altuna y él con una «guitarrilla rota», canta en el Café San Luis de Madrid, nuestro querido y entrañable, como he dicho antes, «El Arbol de Guernica». Este himno se extiende pronto como la pólvora y en su letra está la nostalgia y la esperanza de su pueblo: a los liberales donostiarras les pareció intolerable. Mendizábal y Amilia consiguieron el procesamiento y la expulsión de Iparraguirre, pero el himno ahí está, vivo desde ese día.

Gernikako Arbola  
da bedeikatua,  
Euskaldunen artean  
Gustiz maitatua;  
Eman da zabal zazu  
Munduan frutua  
Adoratzen zaitugu  
Arbola santua!

Ez zera eroriko  
Arbola maitea!  
baldin portatzen bada  
Bizkaiko Juntia  
Laurok artuko degu  
Zurekin partia  
Pakian bizi dedin  
Euskaldun jendia.

(Arbol de Gernika, bendito, amado por todos los vascos; da y esparce tus frutos por el mundo entero. A ti, Arbol sagrado, te adoramos.

No caerás, Arbol amado, mientras se porte como debe la Junta vizcaina. Las cuatro provincias formaremos un haz y conseguiremos que viva siempre en paz la gente vasca).

Arbola botatzia  
Dutela pentsatu  
Euskal-erri guztian  
Denak ba-dakigu.  
Ea! bada, jendia!  
Dembora orain degu;  
Erori gabetanik  
Iruki biagu.

(Sabemos todos en Euskal-Herria que se ha pretendido derribar el Arbol. ¡Arriba pues la gente! Ha llegado la hora. Tenemos que impedir la caída del Arbol).

—Y así se hará mientras dé bellotas; un padre engendra a su hijo y un hijo otro hijo y así sucesivamente, pues —responde Lorenzo en el mismo tono de antes.

—Estoy emocionada, demasiadas cosas las que me suceden hoy; el corazón creo que va a estallarme en mil pedazos, como las diferentes emociones que siento, hoy es un día memorable. Este rato no hay dinero para pagar. ¡Cuánto me habría gustado a mí haber podido ir a la Universidad como mi nieto! Tener acceso a la biblioteca. Y pensar que muchos chavales que van, no aparecen por las clases desperdiçando una oportunidad como esa, la de saber... Sólo envidio una cosa y es la de saber. Toda una vida intuyendo sin saber qué hay más allá de las suposiciones. Envidia me dan ustedes. Lástima que tenga los ojos cansados y tantos años. Eguskiñe, sigue estudiando, lo que pasa que en mi caserío hay tanto que hacer... —dice amama emocionada aún de haber escuchado el himno vasco que desconocía la traducción al castellano, ya que dicho himno es cantado siempre en euskera por el pueblo.

—Estoy emocionada, la verdad, se me está pasando el tiempo sin enterarme. ¡Qué bonito todo! ¡Ay! Qué lástima no tener otra oportunidad, quién sabe si volvemos a la tierra otra vez después de morir, para seguir aprendiendo. Porque qué poco sabemos y cuánto presumimos. A mí también me habría gustado ser como las mujeres de ahora. Tú,

Eguskiñe, todavía estás a tiempo, pero nosotras... —deja en el aire Felisa, mirando a amama, respirando emocionada también.

—Tú ya sabes bastante, para qué quieres saber más. Las mujeres en casa, ese es su sitio, además, todos no podemos ir a la Universidad, no cabríamos todos, es mejor que nos lo cuenten los que han ido. ¿Has visto qué lección nos han dado de historia? Y todo en un rato, todo aprovechable, ni una coma de más ni de menos. Y tú, Eguskiñe, déjate de tanto leer, tampoco eres una chavala para ir por ahí a partirte la cara con nadie. Cásate con Fermín, que el pobre va a reventar un día de estos y déjate de tanto estudio, que no a todo el mundo le sienta bien, ha habido quien se ha vuelto loco con esas cosas —dice Lorenzo mirando a Eguskiñe seriamente, quien a su vez se le queda mirando también seria y le responde marcando bien cada palabra que pronuncia:

—Yo me casaré o no me casaré, eso ya lo veremos, pero se acabó lo de que los hombres estudian y las mujeres en la cocina. Mi hijo estudia, y mi hija también, y el que valga terminará la carrera y el que no se quedará en casa. ¿Está claro?

—Muy claro, yo me quedo en casa y tú estudias, a mí no me importa con tal de que te cases conmigo.

El que así habla desde la puerta de la cocina es Fermín, que ha escuchado el último comentario de Eguskiñe.

Ríen todos la salida de Fermín.

—Claro, para el hambre no hay pan duro —le responde Lorenzo en tono de que cualquiera se atreve hincarle el diente a este hueso.

—¿Qué quieres decir, si se puede saber? —le pregunta Eguskiñe mitad en broma, mitad en serio.

—Con buenos dientes y buenas muelas, no hay perro que no pueda. Mira, todos sanos —enseña la dentadura Fermín orgulloso de que no le falte una pieza.

Ama ríe la salida de Fermín, el doctor y el maestro también, Felisa está con un ataque de risa y Lorenzo mueve la cabeza como diciendo que él no atacaría ese hueso si fuese perro.

—Las mujeres tienen que ser suaves y dulces —dice Lorenzo mirando a Eguskiñe con el ceño fruncido.

—¿Tú que sabes cómo soy yo? ¡No te fastidia! Cualquiera diría que tú y yo... nos conocemos —le responde en tono picante Eguskiñe.

—Como tropezó con una tonta, cree que todas tenemos que ser igual. No hagas caso, Eguskiñe, que nadie te manda, que sólo son sol-

dados y creen que son generales con voz y mando —responde Felisa mirando a Lorenzo con cara arrepentida.

—No te quejarás, no vives en «Ajuria Enea» (sede del Gobierno Vasco), pero en la calle no has dormido nunca —le responde Lorenzo a Felisa.

Amama sigue riendo, cada año oye más o menos el mismo comentario. Ella no tiene que aguantar a ningún hombre y tiene esto también sus ventajas, piensa sin dejar de reír.

Don Roberto y don Ismael también ríen oyéndoles como si fuesen dos chavales jóvenes.

—Sólo me habría hecho falta eso, aguantarte y encima dormir al sereno, como los gitanos. Hoy me ibas a pillar a mí, ni cargado de millones, con lo que yo sé —le ataca Felisa para pincharle en su amor propio a Lorenzo.

—¡Cállate, cállate que me conozco! —dice enfadado Lorenzo dando un fuerte puñetazo en la mesa a la vez que profiere un grito de dolor—: ¡Ay, hostias! Creo que me he roto la mano por tu culpa.

Mientras Lorenzo hace gestos de dolor sujetándose la mano, todos a la vez ríen a carcajadas el exceso machista de Lorenzo y los gestos de dolor que contraen su rostro.

—¡Sí, reiros, ay, ay! ¡Hostias qué dolor! Tú tienes la culpa —le dice Lorenzo a Felisa queriéndola taladrar con la mirada.

—Ya te lo he dicho, que te la ibas a romper. Si es que no aprendes... —le responde Felisa mirando a amama maliciosa, riéndose por lo bajo y disimulando para que no le vea su marido.

—A ver, dame la mano —le pide don Ismael a Lorenzo, palpándola con cuidado.

—¡Ay, ay... ay! ¡Qué hostia me he dao! —sigue quejándose Lorenzo.

Fermín se agarra las tripas de la risa y tiene que salir de nuevo corriendo hacia el water.

Esta salida espontánea de Fermín provoca nuevas risas por parte de todos, menos por la de Lorenzo que sigue quejándose y lanzando algún que otro juramento con lo que consigue que no puedan parar de reírse, todos menos él.

Don Ismael termina de reconocer la mano derecha de Lorenzo y sin darle importancia le dice:

—No es nada. ¿Tenéis un poco de Reflex?

—Sí, tengo en el cuarto de baño, pero está Fermín, como para entrar está ahora... Espere un poco a que regrese y lo coja él —dice

Eguskiñe haciendo un gesto tapándose la nariz con el dedo pulgar y el índice de la mano izquierda.

—¿Pero me la he roto o no? —pregunta preocupado sin dejar de quejarse Lorenzo.

—Mueve los dedos —le sugiere Felisa, sin preocuparse demasiado, en el fondo piensa que merece habérsela roto, no escarmienta.

Lorenzo mueve los dedos sin dificultad lo cual indica que no ha habido fractura.

Amama le pide a Eguskiñe:

—Métele la mano en agua templada, vinagre y sal —y a Lorenzo— te bajará la hinchazón.

Eguskiñe se levanta y pasando por detrás del doctor y del maestro, coge un cazo con agua caliente de la fregadera, le añade un chorrito de vinagre y un puñado de sal, dándoselo a Lorenzo que, sin decir nada, mete la mano dentro del mismo, sintiendo el inmediato alivio.

—Si es que yo me caliento con estas injusticias, no puedo evitarlo —dice Lorenzo un poco avergonzado por el trabajo que está ocasionando.

—Chiquito pero matón, eso sí. ¿Te acuerdas de aquel día por San Prudencio en las fiestas? Estaba yo con una amiga en la plaza y vinieron dos que querían bailar con nosotras, como eran feos les dijimos que no, y de pronto, no sé de donde, salió éste —dice Felisa indicando con un gesto a su marido— y de pronto el cisco que armaron a tortazos. Mi amiga y yo coloradas, nos tuvimos que marchar avergonzadas. Este siempre es así, no tiene arreglo —concluye Felisa.

—La bomba tampoco, ya me entiendes, se me ha roto —dice Fermín que acaba de entrar, mirando preocupado a Eguskiñe.

Esta le mira con cara de quererlo matar.

—¿Qué no tiene arreglo? Seguro que te has limpiado con medio rollo de papel, y has atascado el water y encima sin agua, porque para eso ya eres limpio. Y ahora, ¿a quién encuentro yo para que me lo arregle? con la de gente que vamos a ser... —le dice Eguskiñe, malhumorada.

Amama le mira y tuerce el gesto, pensando:

—La verdad es que a bruto, pocos le ganan, si tuviera el mismo talento para otras cosas... —y en voz alta— Llena un balde con agua y déjalo cerca, por si acaso.

—Yo entiendo de eso —dice don Roberto levantándose de la mesa. Fermín sale tras él, aliviado.

—Pocas luces tiene, pero es tan buena persona, que qué le vamos a hacer —con gesto de no darle más vueltas al tema, concluye amama.

El perro, en el silencio de la tarde, de pronto irrumpe con unos fuertes ladridos, anunciando a la familia que alguien anda por los alrededores de la casa.

Amama se levanta y abriendo la ventana de la cocina se asoma descubriendo una sombra por el camino que conduce a la entrada de la casa.

Txakur, el perro, ladra cada vez más, con más intensidad, desde su caseta a la que se encuentra amarrado con una larga cadena sujeta al cuello por un ancho y grueso collar.

Amama que ya empieza a estar cansada de estar sin hacer otro ejercicio que el mental escuchando los relatos sobre hechos tan interesantes y apasionantes, pero que le han producido un agarrotamiento en los músculos, ha aprovechado para levantarse y ver quien es a la vez que mueve un poco las piernas haciendo un poco de ejercicio.

—Ya voy a ver quién es, así estiro las piernas. Vosotros no so mováis. Eguskiñe, limpia un poco esta mesa, pon tazas limpias y también haz un poco de café, que ya no queda en el puchero.

Eguskiñe se levanta obedeciendo a su ama, de su silla de enea, que cruje aliviada al verse libre del peso un poco excesivo de Eguskiñe. Al oír el crujido, Felisa le mira y comenta:

—Cuidate, que así empecé yo y mírame. Don Ismael no sabe qué hacer conmigo, pero, ¿quién deja de comer con lo rico que me sabe todo? Tú, Lorenzo, ya puedes sacar la mano del cacharro.

Lorenzo, sin decir nada, saca la mano del cazo y moviéndola siente que el dolor, le ha desaparecido prácticamente.

Amama comprueba si está encendida la luz de la calle y al ver que todo está a oscuras, da la llave apareciendo la silueta de un hombre de mediana edad, con porte distinguido, alto, moreno, algo canoso, pelo ondulado, sonriente. No le conoce, pero le saluda al ver que él si parece conocerla a ella muy bien, por la sonrisa campechana con que le saluda.

—¡Hola! ¿Tú quién eres?... No sé, debe ser la vista.

—¿No sabes quién soy? —le pregunta el recién llegado siempre sonriente.

—Pues no, no caigo; me recuerdas a alguien, pero no, tú dirás.

—Soy el hijo de Basilia Guerricabeitia y de José Cortazar del Crucero, me llamo...

No le deja terminar la frase amama:

—¡Ya sé, claro, tú eres...! A ver... déjame, el mayor, el cura...  
Fernando, ¿cómo estás?

Don Fernando abraza a amama y ésta, emocionada también, se deja abrazar. Transcurren unos segundos y ambos se separan para contemplarse.

—¿Pero dónde andas ahora? Hacía muchos años que no te veía...  
¿Y tus padres? —pregunta amama emocionada aún.

—En el caserío. Salen poco, me mandan recuerdos —le contesta el cura con la misma sonrisa y feliz viendo a amama.

—Parece que naciste ayer entre las bombas, en el refugio...  
¿Quién me iba a decir a mí...? Pero pasa, no te quedes ahí que hace mucho frío —le invita amama mirándole, feliz, recordando aquellos momentos pasados en el refugio, mientras su madre, en medio del bombardeo, daba a luz a este hombre tan guapo que tiene delante y, además, con la carrera de sacerdote.

Pasan a la cocina y todos le saludan al verlo. Felisa, que también es amiga de sus padres, al igual que Lorenzo, le abrazan uno a uno, después de haberle presentado previamente a don Ismael, le abraza, emocionada, y sin dejar de abrazarle le dice:

—Pero cuántos años sin verte, Fernando. Cómo vamos cambiando.  
Pero cuéntame, ¿dónde andas ahora?

En ese momento entran en la cocina, después de que don Roberto haya dejado arreglada la bomba del water, Fermín seguido por el maestro.

Fermín, que ve abrazada a Eguskiñe por un hombre alto, bien hecho, aunque lo ve de espaldas, supone que encima es guapo, y siente que le recorre por el cuerpo galopando desenfrenado, mil sentimientos de celos, rabia y deseos de matarlos a los dos. ¿Le habrá ocultado algún novio secreto? A ver si lo tenía callado y ahora lo presenta como su amor.

—¡Yo los mato y después gloria! —piensa en décimas de segundo, y en voz alta:

—La bomba ha tenido la culpa... ¿Desde cuándo te abraza el primero que llega? —le dice Fermín en tono áspero de reproche a Eguskiñe.

Esta se ríe al ver la cara descompuesta de Fermín, mientras gira el cuerpo don Fernando, reconociendo a Fermín y a don Roberto.

—¡Hombre, Fermín, cuánto tiempo! Las bombas tuvieron la culpa —le dice riendo don Fernando.

Fermín, cortado por la metedura de pata, abraza a su amigo de la escuela, con un sentimiento de arrepentimiento por haberse dejado llevar por los celos de nuevo, y más de su amigo de toda la vida.

Don Roberto también abraza a su amigo, preguntándose ambos por sus vidas al mismo tiempo.

Amama le pone una taza de café sirviéndole con la cafetera blanca de porcelana el café recién pasado por el colador de tela...

—Café de puchero, a la vieja usanza, como todo lo que hay aquí, antiguo, empezando por mí —ríe feliz amama.

Eguskiñe acerca una silla que trae del comedor, invitándole a sentarse. Don Fernando se sienta y amama le pregunta:

—Aparte del vino de celebrar, una copita ya tomarás...

—Bueno, de anís. Hace tiempo que no bebo anís, desde que éramos niños. ¿Os acordáis? Anís y coñac de garrafón, etiquetado, era un lujo que nadie se permitía —responde don Fernando mientras Eguskiñe, con la mejor de sus sonrisas, le sirve una copita de anís.

—Buenos recuerdos tenemos, con mis hermanos y tú, el más guapo de toda la pandilla... —dirigiéndose a todos los demás—: más de una se enamoró de él, y se nos va un día de cura, desde luego, parece que fue ayer —termina Eguskiñe recordando el momento en que se despidió para ir al Seminario.

—Tu padre y yo más de un tiro tiramos en la guerra juntos, siempre con su filarmónica en el bolsillo, ni para cagar se la dejaba... Más de una tristeza nos quitó —le dice Lorenzo recordando también tiempos pasados en la guerra.

—Todo parece que fue ayer, cierro los ojos y me veo en la escuela con doña Sofía, cada palo que nos daba cuando no aprendíamos la lección, ¿te acuerdas María? —le dice también nostálgica Felisa a amama.

Esta asiente recordando aquellos momentos que los siente tan cerca, que se pueden coger con la mano, como si fuesen una bola de cristal, que al darle la vuelta nos muestra el pasado tan lejano y tan cercano.

—Todo parece un sueño, a veces pienso, si el cuerpo tiene algo que ver en todo esto, porque la mente no parece tener comienzo ni fin, y el cuerpo en cambio, es el instrumento que le soporta en vida, para dejarlo libre con la muerte.

—¡Qué cosas dice esta mujer, y mucha fantasía tienes tú! —le dice Lorenzo a amama al escuchar estas palabras, que a él le parecen cosas un poco de locos.



—Si amama lo dice, seguro que es verdad... Un poco bruja ya es... —el que así ha hablado es Fermín, quien no duda de que sean verdad todas las palabras que salen de la boca de amama, que están llenas de sabiduría por rara que a él le parezcan.

—No ha dicho ninguna tontería, hoy se está estudiando y cuestionando mucho las reencarnaciones, por lo que nada tiene hoy de extraño, que pudiéramos vivir varias reencarnaciones cada individuo —responde don Fernando asintiendo lo dicho anteriormente por amama, pero sin confirmarlo.

—Hay muchas teorías, pero yo no creo en eso, sólo creo en lo que veo y lo que veo, son hígados enfermos, corazones enfermos, cabezas que no les caben los problemas y los traumas, no conozco a ningún privilegiado que no haya sufrido a lo largo de su vida la firma que marcan las operaciones, el dolor, la miseria, mirando el puro y agitándolo para que no se le apague, negando la evidencia de la reencarnación.

—La verdad es que yo tampoco creo en la reencarnación, porque si así fuese, con una vida ya es bastante, conque dos... por que suponiendo que todos los días tendríamos ratos como éstos, aún merecería la pena vivir, pero vaya lucha que tiene la vida, aunque sólo sea para lograr la supervivencia y siempre lo mismo, la eterna cuestión que es la de comer —responde don Roberto un poco pesimista.

—Bueno, eso es otra cuestión, pero si el porcentaje de hambre hoy en el mundo es alarmante, las imágenes de Somalia son escalofriantes, y la India, esos pobres sí que lo tienen difícil. Nosotros con todos nuestros problemas, somos seres privilegiados, nacer dentro de Europa es pasaporte de ricos —le contesta don Fernando a don Roberto, no compartiendo su opinión.

—Por descontado, debajo de nuestro suelo se almacenaron ricos metales, combustible, que con ellos pudimos crear las industrias que mueven hoy parte del mundo y adquirir todo el petróleo que hoy necesitamos. Por tanto ya lo creo, que a pesar de los graves problemas que hoy sufre el pueblo de Euskadi, seguimos siendo un pueblo con grandes valores espirituales, familia, raza, lengua, y tengo el presentimiento de que pronto acabará todo, con la paz —le responde don Fernando al maestro con convicción prosiguiendo su opinión:

—Al igual que las personas crecemos a través de procesos biológicos, que el tiempo se encarga de ir cambiando desde que nacemos hasta que morimos, los pueblos también van transformándose de igual manera, hasta lograr su madurez. Euskadi empieza a estar maduro

para aceptar la paz y concebir nuevas esperanzas cara a un futuro donde defenderá la paz y la buena convivencia, yo rezo para que así sea en un futuro muy cercano.

—Amén —le responde amama.

—Estoy de acuerdo con usted, la fruta empieza a estar madura en ese sentido, pero este pueblo necesita conocerse más a sí mismo, necesita más personalidad, para que nadie le maneje —le contesta categórico don Ismael.

—Yo también estoy de acuerdo contigo, la gente habla y habla pero por boca de los demás, no con su propio criterio —le contesta don Roberto a don Ismael, asintiendo sus palabras.

Lorenzo siente un poco de vergüenza ante estos tres eruditos, en materia vascongada, que conocen tan bien la problemática y con los cuales no puede discutir como en la taberna con los jóvenes, que saben menos que él, por lo que prudentemente se mantiene callado, al igual que Fermín, que aprueba con gestos de cabeza sin atreverse a intervenir.

—Yo creo que para aprender nunca es tarde —se defiende Eguskiñe.

—Ya lo hemos dicho antes y no hay que cansarse con esas cosas, el saber no ocupa lugar y menos en el cerebro, donde tiene un espacio infinito como el cielo —le responde a Eguskiñe amama suspirando y sonándose la nariz.

—Catarro parece que has cogido —le dice preocupado Fermín a amama ante el constante llevarse el pañuelo amama a la nariz y esquivando así una respuesta que no tiene.

—Esta humedad... a mí también los huesos me traen de cabeza, pero yo no quiero cambiar de sitio, en el caserío hasta que Dios quiera —le responde Felisa, aliviada de poder decir algo y no parecer tonta o muda.

—Como la Virgen de Begoña, que se apareció cerca de Bilbao en una encina, donde se encuentra el altar mayor. ¿Sabéis que los feligreses querían edificar el templo más arriba? —pregunta a don Fernando.

Se oyen respuestas de «No», «No», «No lo sabía».

—Yo, sí, y mientras construían de día, los materiales empleados, por la noche eran trasladados al lugar donde estaba la encina donde había aparecido la Virgen —le responde seguro de sí el doctor.

—Uno de los habitantes del lugar oyó decir a la Virgen *Begoña* que quiere decir que no le trasladasen de lugar —afirma don Roberto.

—Así es. Los marinos devotos que son gran mayoría, llevan en sus embarcaciones su imagen y el pueblo de Bizkaia le venera con gran devoción —asiente don Fernando tomando un poco de café —y agrega— Qué buen café este de puchero.

Amama se siente contenta con esta afirmación del cura y ante unos contertulios tan eruditos en conocimientos históricos con sus consiguientes explicaciones sobre la Historia de Euskadi.

—Así que si tú tienes algo que ver con la Virgen de Begoña, en lo tozuda tendrá que ser, porque en lo de Virgen... contesta Lorenzo haciendo un gesto pícaro de que esto último desapareció antes de casarse, mirando a Felisa, su mujer.

Felisa, colorada, sofocada ante las risas que han suscitado las palabras y los gestos de su marido en toda la concurrencia, sólo se le ocurre decir:

—La Virgen, Virgen fue, pero marido ya tuvo también, si fue hombre San José, yo no sé, pero algo habría entre los dos, y si para ejemplo puso el matrimonio Dios, bendecidas están las cosas, así que yo orgullosa estoy de haber perdido la virginidad, pero de lo que no estoy segura, es en si acerté en elegirte a ti, semejante... —va a concluir con un disparate pero no puede.

Ahora se ríen todos menos Lorenzo que ha fruncido el ceño y no sabe qué responder.

—Que las mujeres ahora tienen pretensiones, antes, con tal de casar, ponían hasta la dote, pero ahora ¡hostias!, no se conforman con la persona, quieren más, a los Reyes Magos habrá que pedirles que nos toque la Lotería del Niño, porque la de Navidad ni oler una peseta, a ver si con pesetas, son otras, puñeta —le responde Fermín a Lorenzo mirando a Eguskiñe, mientras siguen riendo todos el tono de impotencia utilizado por Fermín.

Eguskiñe le mira seria, sin hacer ningún comentario.

—Nada, que empezamos a no tener ni voz ni voto —dice don Roberto asintiendo a las palabras de Fermín sin dejar de reír.

—Voz, no sé, pero voto han ejercido ustedes desde la antigüedad y solo él tiene poder sobre las restantes actuaciones políticas. Y nadie puede obrar libremente, sometiendo a los demás con las extorsiones su política por buena que crean que sea —cambia de tema don Ismael aspirando con placer el aroma de su puro.

—Bueno, ahora tampoco tenemos problemas con esa cuestión. En democracia se puede elegir libremente, hoy no hay excusa —le contesta don Fernando mientras bebe despacio su café.

—Desde luego, la oportunidad que tenemos en democracia, es la única vía de actuación legal en la que la mayoría decide cualquier cambio político, para bien o para mal, por eso debemos estar bien informados y saber para qué sirve nuestro voto. Con no votar, como mucho lo único que se consigue es darle al gobierno más poder para que repartamos menos nuestra opinión y así no se consigue nada y divididos menos, de esta manera siempre estaremos luchando, pero no logrando, y una vez más, divide y vencerás, no me canso de repetir. Tienen que unirse los partidos y los votos, con mayoría absoluta podemos conseguir el resto, independencia, independencia, terrorismo, terrorismo, pero hoy, sin lugar a dudas, quien saldría votado sería la paz, pero repito, esa sólo se logra de esta manera, no hay otra arma más eficaz que la unión, para expresar cualquier reivindicación social y después con la mayoría, el poder de actuación, pero siempre con el voto —replica don Fernando mientras habla suavemente con voz clara y convincente a todos que le escuchan atentos, menos don Ismael, quien esas mismas palabras ya las ha pronunciado antes y tiene la vista clavada en los chorizos que cuelgan de la pared.

—Decir es fácil pero convencer a todos... ¿Cuándo hemos estado unidos los vascos para cualquier causa, si con dos que estén juntos riñe uno?... —le contesta Lorenzo pesimista.

—Unir a los vascos... No dices poco —comenta pesimista Felisa.

—Paz o guerra, siempre lo mismo, pero a veces bien merece la pena bajarse los pantalones, digo yo —afirma no muy convencido Fermín.

—Yo no quiero opinar, tengo que pensar bien, digerir esto es muy fuerte —opina Eguskiñe, que no puede aceptar así de pronto, perdonar u olvidar.

—Es la segunda vez que hoy oigo esa opinión, esta tarde, y por la paz, como dice Fermín, bien merece bajarse los pantalones... Pero perdonar... —amama deja la frase en alto sin terminar.

—Gandhi lo consiguió, otros pueblos también, no veo la dificultad, sólo hay que mirar los beneficios que aportaría esta unión. Nuevas inversiones, menos paro, libre opinión, identidad propia, recuperación de la propia estima, orgullo de sentirse pueblo honrado, este niño que pude traer la paz, puede parecerse al Niño que hoy nace, que sea motivo de esperanza para todos los cristianos de conseguir con Su Venida la fe perdida, y de ver en fin, una Euskadi en paz y en armonía, salvando odios y venganzas, y como en vuestro caso, la pérdida de un ser querido, pero también Dios perdonó y amó a los que le

mataron, para de esta manera redimimos a todos los cristianos —concluye don Fernando hablando como si rezara una oración.

Todos le escuchan emocionados e inquietos, sentados en las sillas, son muchas cosas juntas dichas así de pronto, y así dicho por don Fernando, suena muy bien, pero de eso a lograr convencer, piensan todos menos don Ismael que toma la palabra.

—A ustedes les ha llegado la hora, no de bajarse los pantalones, como ha dicho Fermín, pero sí de mojarse el culo. Ustedes tienen la palabra, siempre la tuvieron, ahora más que nunca. Podríamos hablar horas y horas de la intervención de la Iglesia en Euskadi, en tema de política, así que, como ya he dicho, mójense... eso —concluye don Ismael sin acaloramiento, ya que tiene muy claras las ideas, aunque no sean las de nadie más.

—A propósito, yo no he oído que ETA haya matado un solo cura u obispo, que casualidad, ¿no? —dice Lorenzo mirando fijamente a don Fernando.

Todos se miran de pronto, sin decir palabra, durante unos segundos y con gestos de extrañeza, comentan:

—Que yo sepa no, no recuerdo, tiene razón Lorenzo, con la Iglesia nunca se han metido.

—Por supuesto, la Iglesia bien los ha defendido y amparado, no lo puedo comprender —dice indignada Eguskiñe, que no va a misa desde hace mucho tiempo, por ese motivo de defensa por parte de la Iglesia, ante los asesinos de su hijo, como también no quedándole la menor duda, de que detrás, entre bastidores, hay autoridades eclesiásticas protegiéndolos.

—Ese es otro tema digno de debate: la Iglesia, el pueblo y el Gobierno, siempre la eterna trinidad, imparable e indisoluble, no cabe duda de que la Iglesia siempre ha estado presente en Euskadi, luchando por su libertad y por su independencia, para nadie es esto nuevo —don Fernando afirma con un poco de precaución, sin atreverse a ir más lejos en política.

—Sí, pero de ahí a que justifique la muerte a traición, porque la guerra es la guerra, pero en tiempos de paz... va siendo hora de mojarnos todos, ¿no te parece?... —contesta Lorenzo sin atreverse a atacar de frente a don Fernando, para no ponerle en un aprieto.

—Usted también tiene mucho que hacer con la paz de Euskadi, han de convencer a los terroristas de que depongan las armas, de la labor que hagan en favor de la paz dependerá en gran medida el abandono de las armas —contesta abstraído don Ismael.

—Tiene razón don Ismael, son demasiados años a la espera de ese día, pero la Iglesia y el pueblo unidos en un mismo sentimiento, pesarían mucho sobre las conciencias de los ciudadanos —dice amama convencida aunque dolida, a veces tiene uno que negarse la venganza que ejercía sobre los asesinos si se dejara llevar por sus propios sentimientos, pero por otro lado está el bienestar de todos, su familia, sus amigos, las personas ajenas a ella pero que también merecen que se les respete y, ante ese dilema oscila por la vía del perdón, de momento necesita tiempo, mucho tiempo. Sólo él tiene la virtud de hacer más llevadera la carga del dolor y del olvido.

—Yo no perdono aunque reconozco que ya está bien de guerras, que a nada bueno nos conducen pero después de decir Lorenzo que a ningún cura han matado y es casualidad, sí me gustaría saber qué tiene que ver la Iglesia en este fregado —expone Eguskiñe nerviosa, a la que las últimas reflexiones de perdonar y olvidar, así de pronto, hasta parece factible, siempre y cuando no medien sentimientos de revanchismo, u odio, pero olvidar y cuenta nueva, sólo después de muchas reflexiones y de muchos estudios, quién sabe si cabría tal posibilidad por su parte, pero lo tiene que tener claro y estar convencida de ello, de momento, en su cabeza no entra tal idea después de tanto sufrimiento, se dice muy fácil perdonar.

—De acuerdo que Dios perdone, pero yo no soy Dios, qué más quisiéramos todos que ser Dios y tener las cosas igual de claras que El las tuvo, pero yo sólo soy una mujer con un espíritu luchador, que no se queda de brazos cruzados, que sabe que algo tiene que hacer, pero empezar la batalla perdonando... están todos locos si creen que va a ser ella la que da el paso primero —piensa—. Claro que si como yo opinamos una gran mayoría, los resultados están claros, no acabar nunca con ETA y mañana quién me dice que no soy yo la próxima víctima, no puedo pensarlo, pero aquí hay tal fregado, que tiene un poco de razón don Ismael y don Roberto, o paz, o no acabamos esta cuestión.

—Hipnotizada parece —le dice Fermín a Eguskiñe, que con el ceño fruncido y el gesto agrio, se ha quedado mirando la llama del fuego bajo, sin pestañear.

—No es para menos, si estas propuestas las habría hecho Patxi, el matarife, con un palo le habría dado yo también, pero viniendo de personas cultas, como ustedes... Algo está cambiando en Euskadi, espero que sea para bien —dice amama con acento pensativo, estas

observaciones le tienen desasosegada, comprendiendo sin mediar palabras, los pensamientos de su hija.

—Bueno, dejemos esos asuntos, porque yo no los veo muy claros tampoco, de pronto tener que olvidar y perdonar, se dice muy deprisa. La Iglesia siempre lo ha arreglado todo perdonado, pero eso va bien para los santos... —opina Lorenzo, tomando un sorbo de coñac, también él con aire pensativo.

—¡Qué cosas hay que oír! Podíamos haber evitado eso no metiéndonos en fregados, como los que tenemos ahora, a ver quién olvida sin más... —es Felisa la que ha hablado, no comprendiendo bien si la opinión de don Ismael es acertada, y que también han corroborado don Roberto y don Fernando, son unos locos, la guerra española todavía no la han podido olvidar y la de ETA qué va a pasar, ¿que con perdonarlos tampoco se van a acordar de que estuvieron matando? Demasiadas heridas abiertas, y yo ya no sé ni por qué empezaron matando —piensa mientras observa con el ceño fruncido a amama y a Eguskiñe, que al ver sus expresiones de sufrimiento, hace que le entre una inmensa tristeza, al recordar, ella también, el día del entierro de Mikel.

—En fregados no nos metimos, nos metieron, que quede claro, de no haber perdido los Fueros, ETA no habría nacido aún. Es fácil olvidar este principio y es más fácil olvidar tantos destierros injustos, tantas injusticias como las que se cometieron por parte de los gobernantes desde entonces. En esta película, los únicos malos somos los vascos; nos roban el idioma, pisotean nuestras instituciones, nuestros privilegios, nuestro gobierno, quieren que desaparezcamos como etnia vasca, todo sin contar con los vascos, sin respetarnos, calladitos, a ver si refrescamos la memoria y dejamos las cosas en su sitio. No quiero defender a ETA, pero que no nos quieran meter gato por liebre —dice en tono duro don Roberto.

—Ahí nos duele a todos. Es fácil condenar sin investigar las causas, esto es algo que pretenden todos los gobiernos, negar nuestra historia a la opinión pública. ¿Por qué el pueblo ignora su historia? Porque no les interesó nunca que los españoles se enteren de las injusticias que aquí se cometieron y luego os contesto a la pregunta de por qué ETA no ha matado a ningún cura. En el fondo, ETA, con su actuación, —que no quiero decir que estemos de acuerdo en cuanto al método utilizado—, gracias a ella también el Gobierno encontró su talón de Aquiles, al hijo rebelde, que de alguna manera no acató lo que estaba pasando con Franco en Euskadi. Aquí parece que ellos fue-

ron unos angelitos, que no mataron sin juicio previo, que no torturaron para sonsacar lo que les interesaba, que no nos pisotearon, sólo porque defendíamos nuestra causa. Castiga a un hijo injustamente, desprécialo porque no lo comprende y te encontrarás siempre con un rebelde —concluye tajante don Fernando, vaciando de un solo trago su copa de anís.

Amama le mira sorprendida al igual que Felisa. Ambas se miran haciendo un gesto de extrañeza.

—Sí, señor —contesta rotundo don Ismael, precisamente, como fruto de esa rebeldía, nació el Partido Nacionalista Vasco y Sabino Arana. Pero antes de analizar este punto, sería interesante resaltar la labor de la Iglesia en ésta y en otras contiendas; la Iglesia siempre, desde hace dos mil años, ha estado presente en tiempos de paz y en tiempos de guerra, no lo olvidemos, y en Euskadi no ha sido ni es ninguna excepción.

—Su misión, no creo yo que sea la de matar, sino la de salvar almas, ¿no? Entonces, ¿qué pintan en las guerras? —dice Eguskiñe conteniendo un gesto de cólera.

Fermín, que no le quita ojo a Eguskiñe, a la que el calor de la cocina y la pasión que pone en sus palabras, han encendido sus mejillas e iluminado sus ojos negros, con un brillo nuevo, le tienen aún más fascinado.

—Es toda una mujer, ¡Qué carácter! Con un temperamento así, qué hombre no se siente atraído, capaz de defender a cualquier miembro de la familia, dando la vida si fuese necesario. ¡Qué guapa está! Mucho carácter tiene, pero en el fondo un alma buena, como amama, sólo que ésta la oculta y amama la enseña. Pero a mí no me engaña —piensa Fermín suspirando. Luego reanuda para sí—: Con estos contertulios, que si antes era uno, luego dos y ahora tres, poco que hacer tengo yo aquí, menos mal que están casados y uno cura, rivales no son, porque con lo cachondo que estoy yo y ¿por qué no?, celoso como nunca también, a hostias ya habría empezado, con tanta sabiduría, palabras y palabras, no es fácil hablar y hablar, aunque yo lo que diga Eguskiñe, ella ya sabe bien lo que quiere, y lo que ella quiere quiero yo y en paz —piensa aspirando con placer su puro y exhalando lentamente el humo del mismo.

—Tampoco yo he entendido bien eso de qué pintan los curas en las guerras —asiente Felisa a la pregunta hecha por Eguskiñe a don Fernando.



Este se queda un momento pensativo y hurgando en su memoria con la vista puesta en la bandeja de encima de la mesa en la que quedan pocos signos de pasas, almendras, turrone, porque poco a poco se lo han ido comiendo todo y, cogiendo una almendra se la lleva a la boca, pareciendo recordar de pronto por dónde empezar a hablar, adelantándose don Ismael a contestar a las observaciones hechas por Eguskiñe.

—Bueno, si nos remontamos al principio del Cristianismo, nos encontramos por el año doscientos al temible apologista, más tarde hereje, Tertuliano. Prohibió a los creyentes en Jesús alistarse en los ejércitos imperiales, porque el servicio militar suponía graves peligros de idolatría. Pero aún así los cristianos, se sometieron en mayoría a las leyes comunes que dictaban el Imperio —don Ismael hace una pausa mirando a sus contertulios, que se revuelven en las sillas sin saber de qué va el tema, ni a dónde quiere ir a parar, ni a qué viene ahora irnos tan lejos en la historia de la Iglesia.

—Como decía —continúa en tono suave como si analizase cada una de sus palabras—, muchos fueron los cristianos que por esta causa sufrieron el martirio por negarse a dichos ritos idólatras exigidos. Dieciocho siglos más tarde de esta prohibición hecha por Tertuliano, los hombres y sacerdotes son forzados a tomar las armas en todo el mundo, a la fuerza. La lista sería interminable de curas, frailes, obispos, que se han visto obligados a tomar las armas para defender una causa u otra, sin olvidar a Simón Pedro, dispuesto a guerrear con su espada y Jesucristo le mandó envainarla y no muy conforme obedeció al Señor, pero por desgracia, no todos tomaron ejemplo de este hecho —hace una pausa para tomar aliento don Ismael, pausa que don Roberto aprovecha para tomar la palabra a su vez:

—Es que cada época de la historia, no cabe duda que trajo sus necesidades, si tenemos en cuenta la defensa del Cristianismo en Euskadi, lo mismo que en el resto del mundo, nos encontramos con siete siglos de guerras continuas contra los moros que nos querían imponer el Islam. De ahí que la Iglesia se acostumbrara a intervenir en las guerras en defensa del Cristianismo y a vivir con la espada envainada, pero dispuestos a usarla, y ya lo creo que la usaron... Eso sí, sin condenar con el infierno, sino premiando con el cielo... —deja en suspenso la frase.

Lorenzo hace una gesto de dolor, todavía le duele la mano. Felisa le mira como preguntándole si se van ya. Amama capta el mensaje y

les hace un gesto con la mano de que esperen a que termine el tema y por lo bajo les dice a ambos:

—Luego les contaremos sobre los capellanes en la guerra de Franco.

Asienten los dos y se quedan escuchando, sin demasiado interés.

—No olviden ustedes tampoco, que a Santiago Apóstol le llamaron el «Matamoros», no sé si llegó a matar a alguno, pero el sobrenombre... Sin hablar de la Inquisición en el siglo XVI, pero esos temas tampoco nos preocupan ahora... —ataja don Ismael, que la recesión a un pasado tan lejano, no le parece un punto demasiado interesante de destacar en esta reunión.

—Desde luego, sería tan largo de explicar que mejor es dejarlo. A propósito, ¿dónde están tus hijos que me han dicho que han venido y no veo a ninguno por aquí? —pregunta don Fernando para saltarse este capítulo de la historia de la Iglesia, tan delicado para él.

—Pronto llegarán, el de América camino de San Sebastián está, y el de Madrid también mañana estará aquí con todos —le responde amama levantándose de la silla y asomándose a la ventana—: Buena helada va a caer también hoy —dice después de haber mirado el cielo.

—Y tan buenas, como que las berzas si no llego a poner los plásticos se habrían helado todas. A Agapito y a otros en el pueblo, bien les va con las verduras ahora —le contesta Lorenzo a amama dejando a un lado el tema de la Iglesia.

—Todo ha cambiado tanto en unos años... ¿te acuerdas, María? —pregunta nostálgica Felisa.

Ya lo creo. ¿No os habéis dado cuenta de que parte de la conversación la hemos tenido hablando del pasado? Siempre el pasado, ¿por qué nos pesará tanto lo que hemos hecho ayer y no qué debiéramos hacer mañana? Es como si tirásemos de un carro toda la vida, cargado de odio, resentimiento e inseguridad, no permitiéndonos caminar ágiles, libres, felices... ¡Qué bonito sería vivir sin pasado, sólo en el presente y el futuro, sin miedo a enfrentarnos al futuro, él no es un enemigo pero el pasado en cambio... —Amama ha hablado mirando dentro de su alma, a la que le pesa también tanto el pasado que a veces le priva del placer de la risa, las ilusiones y hasta la fantasía.

—Amama, muy bonito lo que has dicho, me has puesto más sentimental de lo que estaba —dice Fermín reclinándose en la silla con tal ímpetu que ésta cruje de tal manera que todos se le quedan mirando por si se cae al suelo.

—Ten cuidado que la rompes, y ando escasa de sillas... La verdad que tienes un culo... —le dice Eguskiñe en tono de reproche.

—Un culo y algo más también —le responde cabreado Fermín, porque para él solo tiene reproches Eguskiñe, mientras que a los demás buenas atenciones les prodiga a cada instante.

—Y algo más buen tamaño, seguro —ríen todos menos Eguskiñe, la salida de Lorenzo un tanto pícara.

—María, siempre tienes razón eso que has dicho, a mí mucha felicidad me ha quitao, como a mí a la mayoría también —dice Felisa dejando a un lado el comentario de su marido.

—Desgraciadamente, quién puede vivir sin tirar de ese carro, como bien lo ha llamado amama, han cargado de horrores y pesadillas. Si pudiéramos desprendernos de él, otro gallo cantaría en esta y en las siguientes navidades —contesta don Fernando, dando la razón a amama.

—Desde luego, quisiera yo conocer a alguien que no le cueste llevar a sus espaldas el pasado, para que me enseñe el método de caminar sólo mirando al futuro... —responde don Roberto esbozando una sonrisa.

—A Marlene Dietrich, en la última entrevista que le hicieron, le preguntaban por la famosa película «El Angel Azul», que tato éxito le cosechó y con voz fuerte le respondió al periodista, a pesar de haber rebasado los ochenta, que le gustaría que le preguntaran por los proyectos que tenía para el futuro, no por lo que había hecho anteriormente.

—Buena respuesta, no cabe duda, pero en el caso de la Historia de Euskadi, sin lavar bien el pasado y mostrarlo ahí dejando al descubierto las llagas que fueron la causa de tantas desgracias, no es posible que este pueblo ría feliz en el futuro —dice don Ismael bebiendo un sorbo de licor.

—Mucho habrá que lavar, porque mucha es la mierda que nos ha salpicado —responde Eguskiñe en un tono lleno de rencor.

—Parece que queremos olvidar lo bueno y acordarnos sólo de lo malo, la historia no es sólo odio, venganzas... ¿Dónde quedan las grandes gestas? ¿Por que, qué vasco o qué español puede negar nuestra participación por ejemplo, sin ir más lejos, en el descubrimiento de América?... ¿Habría podido llegar Cristóbal Colón a América sin la pericia de nuestros navegantes?... ¿Quién no recuerda a Juan Sebastián Elcano, Legazpi, Oquendo, sí, señor, ni qué decir de sus cartógrafos y de los misioneros que allí fueron, como Fray Juan de

Zumárraga, y tantos otros que llevaron la fe y la cultura, la arquitectura...? La arquitectura del último gótico español, está en manos de montañeses y de vascos, no olvidemos en este campo a Pedro Muguruza, arquitecto vizcaino que influyó en la arquitectura americana.

—El nos ha descrito la formación de cuadrillas de canteros vascos a los que debemos en parte la belleza de tantas catedrales como hay en España y en América. Generalmente eran los hijos menores que no cabían en el reparto de la herencia o del caserío y tenían que emigrar. En España nombres famosos dispersos por la península, fueron Juan de Alava, maestro de Capilla Mayor de la Catedral de Plasencia y del Claustro de Santiago que dictaminan sobre las obras magistrales de las catedrales de Sevilla, Salamanca, Segovia; Juan de Olozaga, arquitecto y cantero de la Catedral de Huesca; Pedro de Azpeitia y tantos más... También estos canteros y arquitectos que llevan el gótico al Nuevo Mundo, llenarían una lista interminable de enumerar. La Catedral de Santo Domingo, infinidad de iglesias en la capital dominicana, unos ochenta conventos en Méjico, también en Colombia, Perú, otro famoso cantero fue Ortuño de Bretendón, la Catedral de Santo Domingo, éste formaba parte del grupo de canteros que trabajó en la Catedral de Sevilla. Frailes y misioneros franciscanos, arquitectos también, dieron grandes obras monumentales; el P. Jerónimo de Mendieta, la lista sería interminable en Perú, etc...

Don Fernando deja en el aire tantos y tantos nombres de vascos célebres, que desde el descubrimiento de Cristóbal Colón se asentaron en América hasta nuestros días.

—Tu hijo, sin ir más lejos, es fruto también del descubrimiento, no cabe duda, en la banca, en las finanzas, entre los libertadores, quién puede negarnos en el pasado y en el presente la riqueza que hemos generado, lo mismo a través de la Iglesia, la fe, las industrias, las artes, Miguel de Unamuno, sin ir más lejos y tantos y tantos... Es injusto que ahora traten de quitarnos la honra, así de un carpetazo, porque los últimos hechos, por parte de unos pocos locos, a los que se les ha ido el tema de las manos, nos convierte a todos en asesinos. Con esta misma política no hay un solo español que no lo sea, como ya hemos dicho antes —responde en tono preocupado don Roberto, encendiendo un cigarrillo y aspirando profundamente el humo del mismo.

—Bueno, mucho han hablado ustedes de política y otras cosas, pero del deporte ¿qué, es que eso no cuenta a la hora de hablar?

Llevamos casi dos horas de charla y parece que el deporte no cuenta. Yo fui un gran deportista, ¿a que sí, María? cambia de conversación Lorenzo, que ya está cansado de oír hablar de tanto hombre insigne, de tanta política pasada que al fin de cuentas no arregla nada, pasando por alto lo más grande a su juicio, que tiene el vasco, es el deporte rural... —piensa un tanto cabreado.

—Ya lo creo, buen zaguero eras tú, en las fiestas del pueblo, buenas competiciones hacías con Feliciano, el de Llodio, buena pareja, ya lo creo. ¿Cuántas copas tienes en casa?

La pregunta la ha hecho amama, recordando.

—No me hables, cada mes me toca limpiar. Cualquiera día van a la basura, para lo que sirven... —le responde Felisa a amama, no comprendiendo para qué las quiere, si sólo dan trabajo.

—Tú tiras una sola a la basura y detrás vas tú.

Ríen todos el tono malhumorado de Lorenzo.

—¿Por qué no las llenas de tierra y plantas geranios en ellas? Así para algo te servirán —dice riendo Eguskiñe, picándole el amor propio a Lorenzo.

—¡Mujeres!... Con sembrar geranios y flores ya tienen bastante. Qué sabrán lo que se siente cuando uno se viste de blanco de los pies a la cabeza con la franja roja a la cintura y comienza el partido. Esa lucha por ganar, esa pasión que te entra por el cuerpo, cómo explicar... ¡Qué sabréis vosotras! —dice casi con desprecio Lorenzo.

—Qué sabremos, como si los hombres sólo hiciérais deporte, no te jode... Bueno, se me escapó —dice Eguskiñe rebatiendo con ardor a Lorenzo y un poco cortada por la brusquedad de su vocabulario.

El pequeño debate suscitado entre Lorenzo y Eguskiñe hace reír a todos.

—¿Y las regatas?... ¿Y los aizkolaris, qué? —dice don Roberto limpiándose las gafas.

—¿Y de los concursos de perros pastores, que? ¿No gané yo en la Peña de Bilbao un año? ¿Te acuerdas, amama, qué rebaño más chulo de ovejas y qué perros? Todavía me acuerdo cómo se llamaban, «Caimán» y «Txiki». Buenos perros... —dice Fermín orgulloso por fin de poder presumir de algo que no supieran hacer sus contrincantes.

—Ya lo creo, varias competiciones ganaste. Buenos rebaños tenías en tu caserío y buenos bueyes también. Algún concurso también ganaron con el arrastre de piedra, tu padre mucha afición tenía a eso y buenos duros recuerdo que perdió en las apuestas —dice amama recordando, feliz.

—Ya me acuerdo, ya... para subirlos al camión, vaya trabajo... Mucho se aportaba antes, más de uno perdió el caserío. Sin ir más lejos, un tío mío, dejó en la ruina a la familia... ¡Qué afición a apostar! —dice Felisa moviendo la cabeza sin comprender la causa de dicha afición.

—Los vascos se han jugado hasta las pestañas en las famosas regatas, por jugarse llegaron a tal punto, que una vez se jugaron hasta una isla en una regata de traineras —Ismael ríe recordando tal suceso.

—¿Una isla? Eso nunca había oído, y he oído de todo —le contesta amama sorprendida.

—Sí señor, la isla de Izaro, la que está frente a Mundaca, unida por la historia a Bermeo. Se les antojó a los de Mundaca y después de muchas disputas de a quién les pertenece, decidieron un buen día jugársela en una regata. El primero que llegase a la isla de Izaro, se quedaba con ella para siempre —continúa el relato don Ismael riéndose.

—La isla esa, ¿no es la que sale antes de empezar el cine? —pregunta Fermín un poco indeciso.

—¡Cómo va a ser esa isla, tú estás loco? —le recrimina Eguskiñe haciendo un gesto con la cabeza.

—Sí señor, es la misma —le contesta el doctor a Eguskiñe, encantado de dejarla en ridículo.

—Tu siempre igual, no cambiarás —reprocha Fermín a Eguskiñe, contento también de que don Ismael le deje un poco en su sitio y avergonzada por metepata.

—Ocho días estuvieron entrenándose las tripulaciones; el 22 de julio de 1719, las traineras de Mundaca y Bermeo se disputaron por fin la isla, ante el clamor de la muchedumbre. Llegó primera Bermeo, así que se adjudicó la isla desde entonces. Desde ese mismo día cada año se repite una procesión marítima hasta la isla, donde las autoridades de Bermeo proceden al rito posesorio de este peñasco —concluye el relato don Ismael.

—La revancha también ya les podrían dar... digo yo —sugiere en tono modesto Fermín.

—La revancha le di yo a Txikito de Arrigorriaga y perdí. Hacen bien, Santa Rita, rita, rita... —responde Lorenzo cabreado recordando aquel día nefasto.

Se ríen todos viendo la cara encendida de Lorenzo.

—Mi tío Julián, el arizkolari... ¿Os acordáis? —pregunta don Fernando.

—Ya lo creo; el sólo cortó más de un pinar de troncos; qué guapo y que tímido, si no le presenta un amigo a Raquel, todavía sigue soltero, más enamorado que él no he conocido a ningún otro hombre.

Ha sido amama la que ha hecho el comentario, con una sonrisa de lado a lado.

—Parece mentira, amama, que digas tú esas cosas —le rebate Fermín en tono dolido, mirando con pasión a Eguskiñe.

Esta, que siente esa mirada, que no sabe si es fruto del coñac o del amor, siente un ligero desasosiego que trata de ocultar, mirándole fríamente.

—Tú serías capaz de andar veinte kilómetros por el monte, sólo por estar un rato con la novia, veinte de ida y veinte de vuelta, un día sí y un día no?... Responde. Y en más de una ocasión sin poderla ver porque a su padre lo de cortar troncos le traía sin cuidado, quería que se casara con el rico del pueblo.

La que así se expresa es Felisa que conoce los detalles del romance.

—Con veinte años menos, veinte no, cuarenta —responde furioso Fermín.

Ríen todos el cabreo de Fermín. En el fondo le compadecen, pues conociendo a Eguskiñe, saben que no tiene nada que hacer, mujer más seca que oculte mejor su feminidad, no hay otra en el pueblo, y desde que murió su marido y su hijo, más. Hoy se ha arreglado un poco, cosa rara en ella, de ahí que Fermín hoy la vea poco menos que como a una diosa y no pueda ocultar sus sentimientos delante de todos.

—¿Te acuerdas de aquel levantador de piedras, alto, de Zumárraga, que vino a las fiestas del pueblo un año? —pregunta Felisa a María.

Esta trata de recordar y de pronto exclama:

—Ya lo creo, nos invitó a las dos a tomar sidra, con un amigo también buen mozo, ya lo creo, varios domingos aparecieron por aquí. ¿Qué pasó con él? —pregunta amama a Felisa.

Felisa siente la mirada de todos y se pone colorada.

Al ver esta reacción en su mujer, Lorenzo, ofendida, pregunta:

—Eso, ¿qué pasó?, pregunto yo.

Felisa, un poco cortada pero orgullosa de que un tiarrón como aquel anduviese detrás de ella varios domingos, con malicia le responde:

—Pues que iba a pasar... —deja en el aire la respuesta.

—Dí lo que pasó o...

Ríen todos el tono furioso de Lorenzo.

—Menos guasa, menos guasa. Y ya estás tú contando delante de todos lo que pasó.

—Qué va a pasar... —dice amama queriendo relatar lo sucedido.

—A ti nadie te ha dado vela en este entierro, algo tienes tú oculto —le corta malhumorado Lorenzo y cabreado a amama a la que cree su cómplice.

—Ten cuidado con la mano —le aconsejó con retintín Felisa a Lorenzo, al que cree capaz de dar un nuevo porrazo a la mesa y así terminar rompiéndosela.

—Cuidado vas a tener que tener tú, porque puede pasar cualquier cosa. ¡Vamos, habla de una vez! —dice Lorenzo al borde del ataque, mientras ríen todos a carcajadas, esta vez sin poder contenerse.

—Que le dejé porque era gay, por eso... —dice en tono ingenuo Felisa, pero maliciosa.

—Que era ¿qué? —pregunta Lorenzo que no ha entendido la expresión moderna.

—Maricón —le aclara Felisa.

—¿Quién, yo? —exclama Lorenzo levantándose de la silla con el ánimo de estrangular a su mujer.

Todos ríen con tal intensidad que a amama le caen las lágrimas por las mejillas. Eguskiñe ha tenido que levantarse e ir al water, porque de la risa ha sentido que se hacía pis. A don Fernando se le ha caído la copa vertiendo el anís por encima de la mesa y a Fermín le ha dado un ataque de tos al tragarse el humo del puro que está fumando.

Don Roberto y don Ismael se agarran las tripas con la mano derecha, en un ataque de risa.

—¡Menos risas, eh, que ya quisiera veros yo a vosotros, insultándome, a mí, delante de todos! Maricón, yo, lo que hay que oír, tú lo que eres es una retorcida como tu madre —le recrimina Lorenzo de nuevo a su mujer.

Esta, que no se altera ya ante las manifestaciones subidas de tono de su marido, le contesta sin levantar la voz:

—Maricón el que me acompañaba, el que levantaba piedras y estaba enamorado de mí; al descargar las piedras de un camión, un día, en las fiestas de Galdácano, se dio un golpe en la sién y se mató. Lástima, con lo guapo que era —ahora es Felisa la que se enjuga una lágrima, guardando silencio, todos dejan de reír ante un relato tan triste.

—Bueno, yo tengo que ir al water —dice don Fernando, rompiendo un poco la tensión que se ha creado ante el relato de Felisa.



—Me parece que yo también —dice Fermín.

—Y yo —responden todos levantándose de la mesa.

—¿Qué os vais ya? —pregunta Eguskiñe que regresa del servicio y se encuentra a todos levantados.

De nuevo el reloj da las campanadas de la siete de la tarde.

Amama se levanta para echar un poco de carbón y avivar los resoldos que están casi apagados. Abre un poco el tiro y Lorenzo le hace un gesto a su mujer, aún cabreado por el ridículo que le ha hecho pasar.

Esta, que se encuentra ahora a gusto, porque está en su salsa haciéndole renegar un poco, le mira y se atreve a decir:

—¿Sabes qué te digo, Lorenzo? que si quieres marcharte, hazlo, yo estoy a gusto, tengo todo el año para estar sola en casa, allí poco aprendo y mira por dónde, esta tarde he aprendido más que en muchos años, ¿qué te parece?

Lorenzo, furioso aún, le mira para recriminarla de nuevo, pero una mirada de amama de que tiene razón, que demasiado tiempo está sola allí arriba en el caserío, le convence para quedarse más.

—Que os estáis saliendo del tiesto, que se os da la mano y cogéis el codo —dice Lorenzo un poco más calmado.

El codo tú, que no dejas de levantarlo. María, sírveme un poco más de anís, total un día es un día —pide Felisa a amama guiñándole el ojo que no puede ver Lorenzo.

Amama le sirve una copa de anís y ella también se sirve un poco, levantando su copa y brindando:

—Felisa, por nosotras, por otro año mas. Han caído tantos parientes, amigos, hermanos, padre, nieto... la lista es grande, por algo nos tiene todavía Dios en el mundo, ¿no te parece? Bebamos y disfrutemos de estos buenos ratos que son tan pocos... —Por nosotras, María... Mejor no recordar tristezas, hoy estoy contenta, en tu casa siempre ha habido buena armonía, pero este Lorenzo, que no es malo pero incordiador, hasta que se muera, no lo vamos a cambiar —Felisa hace este comentario ya que Lorenzo también se ha levantado y no puede oírle.

Eguskiñe recoge de nuevo las tazas de la mesa y las lleva a la fregadera lavándolas y poniéndolas de nuevo limpias, sobre la mesa.

—No sé, ama, pero me parece que habrá que hacer más café —le sugiere Eguskiñe a su ama.

—Para ahora, queda, luego, cuando se vayan, hacemos más. Vete llenando las tazas y pon unos vasos con agua, que mezclen un poco

con el coñac y el anís, que de aquí alguno va a ir a su casa no a cenar, sino a dormir —le dice amama a Eguskiñe. Esta obedece haciendo un gesto afirmativo.

—Y que lo digas, pero quién les dice nada —responde Eguskiñe haciendo lo que le ha dicho amama.

Van regresando del cuarto de baño y de la cuadra de hacer de nuevo pis los hombres y se acomodan cada uno en su silla correspondiente y Fermín, que está un poco más alegre de la cuenta, es el primero en hablar:

—A propósito, como hemos hablao de bueyes, se me ocurre un chiste de toros. Silencio, que ahora hablo yo.

Todos se callan y Fermín inicia su chiste:

—Braulio, el de Jandiola, tenía la cerca de alambres, en un lao las vacas y en el otro lao al toro, hermoso y reluciente, pues se había fijado en una vaca pinta hermosa, buenas ubres, con unos ojos como platos de grandes, pero no podía pasar el alambrado, pues éste les separaba. Pero un día no puede más el toro, se aleja unos metros de la alambrada, coge carrera y un salto olímpico y al otro lao de los alambres saltó, se acerca a la vaca y pregunta: ¿Tú como te llamas, guapa? Yo Margarita, ¿y tú? —Yo, Juan Pelotas, pero llámame Juan sólo, porque mira para atrás, las pelotas me las he dejao en la alambrada.

La risa es general, nadie se esperaba que Fermín contara un chiste con tanta gracia. Hasta Eguskiñe ríe del chiste malicioso de Fermín.

Animado por la risa que causa entre la concurrencia, se atreve a contar otro:

—Este me lo contaron en el Mesón el otro día. Están en la procesión de la Virgen del Carmen en Santurce, toda la gente viendo el barco lleno de flores, guapa iba la Virgen, y en el muelle entre el gentío, un gitano con su hijo pequeño, detrás un tartamudo, y el gitanito pregunta al padre: «Papá, ¿por qué la Virgen es virgen?»— «Calla», le dice el padre. Y el chaval otra vez: «Papá, ¿por qué la Virgen es virgen?» y así dos veces más. El tartamudo, que no puede más, le dice: «Por-por-porque es-es de-de escayola, tonto».

De nuevo se ríen todos con ganas.

Fermín se hincha como un pavo.

—Ya era hora de que pudiera meter yo también baza y me escuchan, parecía tonto —piensa Fermín mientras ríe su propio chiste.

Amama se seca las lágrimas, muerta de risa, levantándose para ir al water, ahora es ella la que con la risa está a punto de mearse.

—La falta de costumbre debe de ser —dice mientras sale corriendo hacia el water, actitud que produce nuevas risas por parte de todos.

—Que callado lo tenías. No sabía que tú contabas chistes —le dice riendo don Roberto.

—Ni yo.

—Ni yo —repiten todos.

—Y más cosas que tengo, lástima que no pueda enseñar... —dice malicioso Fermín.

Eguskiñe pasa por alto la indirecta y sirve más café.

—No sé cuántos llevo bebidos, pero es que entra como el agua —dice don Roberto bebiendo un sorbo.

—Y que lo digas, yo ya he perdido la cuenta. Un poco más de coñac —dice el doctor moviendo el puro de un lado para otro, oxigenando el puro para que no se apague, gesto que lleva repetido a través de la tarde.

—Este año entra como agua... a propósito, tengo una guitarra ahí fuera; un poco de música tampoco nos va a venir mal, ¿qué os parece? —pregunta don Fernando, aunque sabe que van a decir que sí, levantándose seguidamente.

—Qué bien, con música y todo, con lo que a mí me gusta cantar —dice Felisa feliz.

—Cantar y otras cosas, me parece. Luego hablaremos tú y yo —vuelve a la carga Lorenzo, que no está acostumbrado a ver a Felisa tan contenta y con tanto hombre joven y guapo en torno, siente un poco la envidia, y, ¿por qué no?, unos ligeros celos de ver a su mujer cómo les mira embelesada cuando hablan. Claro, han ido a la Universidad y él, ¿cuándo podía ir a la escuela? poco, porque vivía lejos en el caserío, cuando no llovía; total que leer y escribir y mal es lo único que aprendió y éstos, como hablan mejor que ministros... así que a esta lela se le cae la baba, iguales lo tiempos de antes que los de ahora... piensa cabreado, disimulando lo que piensa.

Don Fernando se ha levantado saliendo de la cocina y dirigiéndose a su coche que lo tiene aparcado cerca del caserío.

—¿Os acordáis de su hermano Rufino? —pregunta Eguskiñe una vez que ha salido por la puerta de la cocina don Fernando.

—Ya lo creo, dos metros medía, no he visto hombre más guapo, artista de cine parecía y cómo cantaba. En esta familia todos cantaban bien —dice Felisa sonriendo.

—¿Y yo, hago algo bien? —pregunta Lorenzo.

—Algo, algo... a ver... Sí, las patatas en salsa verde —responde Felisa tratando de recordar, pues es lo que de verdad hace bien.

Las risas brotan espontáneas de nuevo.

—Contigo tengo yo que hablar. Los cuatro hijos que tenemos y los ocho nietos preciosos, ¿esos qué? a lo mejor no son míos y yo no tuve nada que ver —responde furioso Lorenzo.

Felisa guiña de nuevo el ojo a amama y socarrona contesta:

—Quién sabe...

No pueden contener la risa todos de nuevo, la flema de Felisa contrasta con las iras viscerales de Lorenzo que se altera por todo sin tener en cuenta el sentido del humor de su mujer.

Txakur vuelve a ladrar en la calle al sentir la presencia de un extraño, como es para él don Fernando.

Amama se asoma de nuevo a la ventana. El reloj da el cuarto de las siete.

—Es pronto aún... —piensa, mientras los demás siguen riéndose en la mesa.

Don Fernando sube las escaleras de acceso al caserío y entra como una exhalación cerrando tras sí la puerta de madera tosca de la entrada. Ya en la cocina, exclama:

—Vaya víspera de Navidad, sin nieve, pero está empezando a caer una helada que va a parecer que ha nevado. Bueno, voy a quitarle la funda a la guitarra, déjame por ahí esto —dice dándosela a Eguskiñe para que la deje en un rincón de la cocina.

—¿Qué cantamos? —pregunta don Fernando.

—Buen día es hoy para cantar algún villancico, ¿no os parece?

—Eso, un villancico —pide Fermín.

—Un villancico es poco. Esta querrá cantar por lo menos ópera, como le gusta cantar tanto... —dice Lorenzo mirando despectivo a Felisa.

Felisa, que hace tiempo que pasa de las directas e indirectas de Lorenzo, porque en el fondo lo que tiene son complejos, de pequeño de estatura, no es bien parecido y encima con demasiados años. Resuelta le pide a Fernando:

—A mí me gustaría cantar, del caserío de Guridi «Cuatro ventanas tiene mi caserío», por ejemplo.

—«Dos a la carretera y dos al río» —sigue don Roberto en el mismo tono que ha cantado Felisa.

—A mí me gusta «Maite» —dice Eguskiñe.

—«La Tabernera del Puerto», que la vi en el Arriaga hace muchos años —pide Fermín, recordando el teatro abarrotado y sentado en primera fila de general.

—Bueno, ya está afinada, empezaremos con el villancico «Ator, ator, mutil etxera», ¿de acuerdo? Después con las peticiones de todos.

—Bueno, yo la sé a medias —dice Fermín.

—Yo tampoco recuerdo la letra bien —dice amama.

—Yo me la sé entera —contesta feliz Felisa, empezando a cantar la primera. Mientras lo hace, Lorenzo interviene mirándole con cara de malas pulgas, interrumpiendo el villancico.

—Tanguista tenía que haber salido.

Sin dejar de cantar ríen las palabras de Lorenzo.

El coro, no es precisamente que sea como para representarlo en un concurso de villancicos; unos van más rápidos que otros, suben y bajan de tono, sin mediar los tiempos, pero como lo importante es participar, cantan todos, excepto Lorenzo que tiene orejas en vez de oídos y antes que provocar nuevas risas con sus desafinos, opta por permanecer callado, mirando fijamente a su copa que la tiene cogida con las dos manos.

Una vez finalizado el villancico tan entrañable para los vascos, se aplauden todos contentos de que por lo menos con el sonido de la guitarra y sus voces desafinadas, la cocina haya cobrado un ambiente entrañable de Navidad.

—Ahora, «Noche de Dios» —pide don Fernando cambiando el tono de la guitarra, ajustando las clavijas y las cuerdas, da el tono y comienzan:

Al igual que el anterior villancico, no todos saben la letra, ni entonan en el tono debido, pero pasan un rato de alegría que es de lo que se trata; con lo cual se sienten todos contentos, riendo, cuando alguien se confunde.

Finaliza el villancico, probablemente más cantado en estas fechas en todo el mundo y aplauden todos felices.

Siguen cantando varias canciones con el mismo entusiasmo y, al cabo de un buen rato, don Fernando deja de tocar, haciendo un alto.

—La música, cómo alegra el alma. Tenía razón, Felisa, hermosa voz tienes todavía —le dice don Fernando— porque no soy de esta parroquia, que si no te metía en mi coro.

Felisa se infla como un pavo y ríe contenta, mientras Lorenzo le contesta:

—Sí, sí, dale alas y lo mismo se lo cree.

—Y ahora quiero cantaros esto, fuera de repertorio, una salve marinera a nuestra «Amatxu» —apelativo cariñoso de madre a la Virgen de Begoña.

Guardan todos silencio dejándole cantar a don Fernando, escuchándole embelesados, ninguno había oído antes esta salve y cuando concluye, aplauden todos entusiasmados.

—No la conocía —dice amama con los ojos llenos de lágrimas.

—Preciosa, ¿de quién es? —pregunta Felisa entusiasmada.

—Es la primera vez que la oigo, y es que con la voz que tú tienes, Fernando, qué don ese tan divino — Eguskiñe ha escuchado con devoción la salve marinera.

—Cuántos recuerdos me trae a mí la Virgen de Begoña... Durante años fuimos a Begoña en el mes de las flores, con ramos de flores desde Etxebarri, entonces vivía yo allí, todos los chavales de la escuela en procesión por el alto del Boquete, y Bolueta, la cuesta de Santutxu. Cuánto ha cambiado desde entonces... Barriada, casas han borrado aquel paisaje —comenta don Roberto, volviendo la vista a su niñez, haciendo gestos de que parece que fue ayer, recordando, junto con los rayos de sol de aquellas primaveras floridas, las flores en los campos, los verdes pastos y sus risas inocentes, era el mejor presente que podían ofrecerle a su amada «Amatxu», junto con los ramos de flores cortadas con todo el amor de sus corazones, la víspera.

Fermín y don Ismael no dicen nada, prefieren callarse, cada uno pensando para sí.

—Esta salve la he compuesto yo, todavía ni la hemos ensayado en la parroquia, tengo que pasarla a partitura para que la puedan cantar en mi coro. Bueno, y ya, deseando con él que pronto podamos disfrutar unas próximas Navidades en paz, con amor. Bueno, ya tengo afinada la guitarra.

Guardan de nuevo silencio escuchando atentamente a don Fernando y al finalizar éste su interpretación, aplauden todos felicitándole de nuevo por su himno tan maravilloso, lleno de mensaje.

—Encima compositor, toca la guitarra y para no aburrirse compone música —Eguskiñe le dice a don Fernando entusiasmada y a la vez emocionada.

—Eres un fenómeno —le alaba Fermín abrazándole entusiasmado.

—Sí, señor, me han gustado las dos interpretaciones —corroboran don Ismael.

—Cura me había metido yo con esa voz, el cuerpo y todo lo demás

que tú tienes... —dice Lorenzo moviendo la cabeza, como dando a entender, que Dios da pañuelo a quien no tiene mocos.

Don Ismael, una vez pasado los elogios como cantautor, que se los merece, a don Fernando, no puede por menos de exponer, al escucharles cantar villancicos en euskera, que la mitad de la letra tampoco se la saben ninguno, excepto el cura:

—Según Andrés Poza, en un libro publicado en 1587 decía sobre la lengua vasca, que ésta pertenecía al conjunto de las setenta y dos lenguas bíblicas consideradas predecesoras de las demás —explica bebiendo un sorbo de anís.

—La verdad que es una pena que no sepamos cantar ni hablar en euskera, cómo hemos perdido este idioma nuestro, y pensar que nuestros padres lo hablaban y nosotros no quisimos aprenderlo porque entonces no estaba de moda... —dice amama nostálgica.

—Y que lo digas —le responde Felisa.

—Tontos fuimos e ignorantes también —opina Lorenzo con tristeza.

—Mis abuelos lo hablaban bien, de pequeño algo aprendí, pero luego lo olvidé... como no practicaba, claro... —se excusa Fermín.

—Sí, que es una lástima. a mí ya me habría gustado saber, por eso no me importa que a mis hijos, les obliguen en los colegios a que lo aprendan —también responde Eguskiñe con añoranza.

—Yo lo hablo un poco, pero me gustaría hablarlo correctamente como en Bermeo por ejemplo. Quién sabe si dentro de doscientos años lo habla de nuevo todo Euskadi —dice con pena don Roberto.

—Hace ciento cincuenta años aproximadamente, que empezó el deterioro del euskera, cuando Bizkaia y San Sebastián, como ya hemos dicho antes, dio comienzo a la revolución industrial y la nueva burguesía, junto con los comerciantes y mineros, daban nuevos aires de modernidad al País Vasco, por lo que hablar vasco, era de aldeanos, de gentes ordinarias, por eso muchos de ustedes los mayores más tarde, no quisieron aprenderlo —dice don Ismael volviendo al tema anterior.

Don Fernando aparta a un lado la guitarra y Eguskiñe se levanta para dejarla a buen recaudo.

—No cabe duda que a mediados del siglo pasado, entró con nuevos comportamientos en el pueblo vasco, causa de ello fue la industrialización, con el desarrollo industrial empezaron a sonar palabras como «liberalismo, capitalismo, industrialismo o democracia» en

España, porque nosotros siempre lo tuvimos —concluye don Fernando corroborando las palabras del doctor.

Fermín bebe un sorbo de coñac mientras piensa:

—Otra vez a la carga, podíamos haber seguido cantando.

Contrapuestas a estas palabras fueron «socialismo, lucha de clases, igualitarismo» —concluye don Roberto con un gesto de manos, gesto que aprovecha para acabar con las pocas pasas que quedaban en la bandeja.

Eguskiñe mira la bandeja y piensa:

—Que no coman más, voy a tener que comprar mañana de todo otra vez.

Amama le hace un gesto con la cabeza de que saque algo, pero Eguskiñe finge que no le ha visto.

—El «dorado vasco» llegaron a llamar a San Sebastián y Guipúzcoa atraídos los castellanos que apenas podían subsistir con lo que cultivaban, llegaban en bandadas a trabajar en las minas de hierro de Sopuerta y Gallarta, la siderurgia, los astilleros. Pobres, pronto verían que aquí también tendrían que trabajar duro, a duras penas podrían sobrevivir —dice don Roberto cogiendo el hilo de la conversación anterior.

Don Ismael, con la cara un tanto abotargada por el alcohol y los ojos febriles por los vapores del mismo, se acomoda bien en su silla componiendo su figura dispuesto a intervenir en el coloquio de la historia, que es lo que más le apasiona.

Don Fernando, que nada sabe de lo que se ha hablado antes, pregunta:

—¿De qué habláis? ¿De tiempos pasados?

—Toda la tarde llevamos hablando de esas cosas, pero sin arreglar nada, hablando poco se arregla —es Fermín el que así se expresa, al que le parece más divertido cantar que hablar de tiempos que ni sus abuelos casi conocieron.

—Es que en cuanto se junta la gente culta, siempre ocurre igual creen que lo pueden arreglar todo hablando y no, no es así, también hay que dar algunas hostias y no de las que tú das en misa precisamente —concluye Lorenzo convencido.

Amama hace gesto de que continúen y Eguskiñe y Felisa se miran esbozando una sonrisa de complicidad.

—Me parece que no sé muy bien de qué va, pero a mí me encanta la antropología, así que hablar de comportamientos humanos en las



distintas épocas de la historia, me apasiona —don Fernando dice esto último mirando a amama.

Amama le mira con cariño como si lo estuviera viendo nacer, como si fuese en ese mismo instante y ya han pasado casi cincuenta años, suspira emocionada.

Felisa está tan a gusto entre tantos amigos, que apoyando el codo en la mesa, fija su mano en la cara dispuesta a oír todo lo que digan aunque no lo entiende bien, al principio se dormía, pero ahora se le ha pasado el rato de la siesta, está dispuesta a consumir hasta el último minuto, antes de ir a cenar con sus hijos, piensa feliz.

—Que si hubo cambios sociales, económicos y culturales, pronto se hicieron ver en medio de la población vasca. La margen izquierda de la ría se llenó de fábricas, casas, familias de andaluces, castellanos, gallegos, que vivían hacinados en unas condiciones de vida duras y carentes de todo bienestar. Lo mismo ocurría en otros países europeos, claro —afirma don Ismael, antes de que don Fernando hable del hombre del paleolítico o de otra época más remota aún.

Don Roberto, que prefiere también hablar de estos temas, le contesta rápidamente:

—Para el obrero, el deterioro cultural que trajo la miseria en que vivía debido a las condiciones infrahumanas en que trabajaban en esta población, pronto se manifestaron con toda la dureza, el clima duro y frío, fue caldo de cultivo para la tuberculosis, los accidentes laborales, sin seguridades sociales, un retiro como ahora. Los consultorios de las fábricas y más tarde los hospitales de Bilbao, los sanatorios, fueron otra detonante de aquella época que no daba abasto, ya que esta gente que no estaba cualificada para trabajar, ni preparada para estos cambios, desconociendo todos los mecanismos industriales, con lo cual los accidentes estaban a la orden del día, sin legislación laboral que los protegiese.

—Es fácil advertir que Euzkadi se ahogaba con las chimeneas de los Altos Hornos, el resto del naufragio de las derrotas carlistas, acentuaban el rechazo de una parte de la población de esta explotación económica y cultural, que iba sufriendo cambios en las conductas de los propios vascos, de ahí se comprende que naciera don fuerza el nacionalismo bizkaitarra, como se denominó el nacionalismo vasco, más tarde creado por su fundador Sabino Arana, concluye don Ismael mirando a todos solemnemente.

Aquí se oyen varias voces que quieren hablar a la vez.

—El padre del nacionalismo; mucho le debemos los vascos a Sabino Arana. Yo brindo por él —dice Lorenzo levantándose solemne de la silla, alzando la copa, acción que secundan don Roberto y don Fernando.

Las mujeres se quedan sentadas al igual que don Ismael, que levanta su copa, pero sentado.

Fermín también se ha levantado porque así lo han hecho los demás y no porque no haya oído hablar de Sabino Arana, sino que desconoce cuál fue de verdad su intervención en la historia de Euskadi; pero como no quiere parecer un ignorante, alza también su copa de coñac, diciendo:

—Por Euskadi... Por Euskadi, la patria de los vascos... Amén.

Se sientan y se hace un pequeño silencio que es roto por don Fernando:

—Por aquellos tiempos, no cabe duda, que lo que tú has dicho acertadamente, Ismael, el pueblo vasco atravesaba una crisis de identidad ante la avalancha de gentes de las regiones que antes habéis citado, utilizando criterios de raza y pueblos en vez de los de clase social. Estos cambios fueron traumáticos, ya que el pueblo no se había acostumbrado a la pérdida foral, las guerras carlistas, los cambios son, como ya hemos dicho antes, abrumadores, de ser pobres pasamos a ser ricos, de ignorados a invadidos, las costumbres vascas arraigadas durante miles de años, es lógico que de pronto, sintieran terror de perder sus valores, su cultura, su propia identidad como nación antigua y naciera una conciencia nacional vasca —concluye don Fernando tomando un sorbo de anís.

—Qué fácil de entender es esto que acabáis de exponer. No hay como saber hablar para que la gente entienda —habla la primera amama, que esta última parte del relato tiene más connotaciones en su cabeza por haber oído contar a sus padres parte de estos hechos.

—Y que lo digas, María, qué fácil es de entender cuando te lo explican así de sencillo —le contesta Felisa emocionada.

Pero de esto nadie quiere explicar, ni en los periódicos ni en la tele, todos los días hablando y hablando de los asesinos etarras, pero de nuestra historia ni una palabra, para que no entendamos, claro. Es fácil olvidar lo bueno y hablar sólo de lo malo; si hablaran así en la tele de nuestra historia, no de las otras historias, otro gallo nos cantaría, saldríamos a la calle inflados de orgullo. Pero claro, nos comen la moral cada día hablando y hablando sólo de ETA y yo digo que ya está bien ¡puñetas!, que hablen de historia también, a ver si por fin

sabemos todos quiénes somos de verdad —interviene Eguskiñe dando, cabreada, un puñetazo en la mesa.

Fermín, que le ha escuchado como si oyese hablar al Santo Padre, preocupado por si se hubiese hecho daño en la mano, le dice, en tono inquieto.

—¿Te has hecho daño?

Eguskiñe le mira fríamente y hace un gesto negativo.

Don Ismael continúa:

—Sabino Arana, que fue un personaje fruto de la época en que le tocó vivir, veía las alteraciones que desde un siglo anterior se estaban produciendo en las conductas de vida tradicionales y temiendo la pérdida ante la agresión por parte de los forasteros de esta identidad vasca, formuló en la década de los noventa los primeros elementos que clamarían conciencia nacional vasca, de ahí el recelo ante los recién llegados —maketos— así los llamaban, creciendo un recelo, cuando no un odio, entre los oriundos y los foráneos. La clase media bilbaina, por el contrario, más de acuerdo con el desarrollo económico, no secundó esta doctrina por estar más de acuerdo con los cambios que aportaba el capitalismo.

—La industria florecía a tal velocidad, y había tal demanda de obreros, que llegaron de toda España, al igual que los obreros que emigraron a América, no olvidemos que fueron miles de vascos también allí, como iba diciendo, llegaron a llamar a Bizkaia y Guipúzcoa «El Dorado», ya que, como también hemos dicho antes, las condiciones de trabajo eran de tal dureza, que más bien podrían llamarse con el apelativo de sangre, sudor y lágrimas, interrumpe don Fernando.

Amama lo está escuchando, recordando su propia niñez, al igual que Lorenzo y Felisa, en la que carecían prácticamente de todo, pero no de las materias primas y sienten una cierta nostalgia, mezcla de pena.

Don Fernando concluye el relato pensativo.

—Fruto del hambre es el odio, la violencia entre los de fuera y los propios obreros vascos, los cuales a su vez son víctimas del floreciente capitalismo. Y no es para menos: barracones donde se apiñaban la gente como las bestias, donde el caldo de cultivo era el tifus, la tuberculosis, las infecciones y mala alimentación. De esta miseria nacería Dolores Ibarruri, «La Pasionaria», ella ya ha descrito esta forma de vida en muchas ocasiones, los propios encargados de las minas, llegaron a cultivar rivalidades y odios regionales entre distintas provincias,

entre unos y otros, creciendo de esta manera más y más el odio entre ellos, hechos que acababan en puñaladas, tiros y muertes.

—¡Hay que ver cómo ha cambiado todo desde entonces! Igual que ahora, que pagan a la gente si no tiene trabajo; entonces no había Seguridad Social, ni vacaciones, ni seguro de enfermedad: mis abuelos se pasaban ahorrando toda la vida para cuando fueran mayores que no les faltase de comer —recuerda nostálgica amama.

—Y los míos, de ahí que tenemos todavía la manía del ahorro los mayores, herencia de entonces para la vejez —dice Felisa moviendo la cabeza como ahuyentando fantasmas.

—Hoy vicio tiene todo el mundo, mucho cambio, sí señor, y que nos quejemos todavía, ¡manda cojones!... —concluye Lorenzo con cara de enfado.

Antes de que tengan ocasión de seguir contando historias de su niñez y su pasado los mayores, don Ismael coge el tema anterior de nuevo prosiguiendo su relato.

—Con este caldo de cultivo, surgiría un movimiento obrero, el Partido Socialista, con la primera huelga en la historia de dicho Partido en el Estado Español. En toda Europa crecen los movimientos obreros, estas explotaciones son parecidas en Inglaterra, Alemania, etc. La Primera Internacional, pese a haber sido disuelta en julio de 1876, había provisto de una ideología proletaria, formando más tarde los Partidos Obreros, según había previsto Marx. En agosto del 91, en el Congreso de Bruselas resucita la Segunda Internacional quedando los anarquistas excluidos —concluye don Ismael con aire solemne.

—No cabe duda que el siglo veinte comienza con grandes cambios por parte del obrero, que en ese momento está oprimido por el capitalismo, como ya hemos dicho, aquí y en toda Europa. Pronto se harían notar las alteraciones en las conductas del obrero; nace la Internacional antirreligiosa revolucionaria en Italia, Rusia y España. Surgen los atentados anarquistas, en la clandestinidad nace el Partido Democrático Obrero Socialista Español. En 1888 se constituye el PSOE, la Central Sindical UGT. En 1890 se celebra la primera fiesta del Primero de Mayo. El anarquismo no entra en Euskadi, pero sí el socialismo sobre todo en el cinturón industrial y minero de Bilbao, convirtiéndose en el número uno del Estado... —termina don Roberto su exposición de los hechos.

—Razón tenían para estar descontentos los obreros entonces, con tanto trabajo, poca comida y encima les daban por el culo. Por menos hemos cerrado aquí las fábricas durante meses —dice cabreado

Fermín que ha escuchado con interés estos últimos comentarios. Los más interesantes a su juicio en toda la tarde.

—Ya lo creo; no es de extrañar que se revolviessen como gato que pisas el rabo. A ver... con esa forma de vida, quién no se hace revolucionario, anarquista y hasta comunista —dice Eguskiñe en tono también de enfado.

Asiente también amama, Felisa y Lorenzo.

—Tú, pínchale a un perro que duerme y verás qué mordiscos te pega. Normal, no se puede tratar a la gente como animales, porque la gente piensa y los animales no, y yo creo que entonces creían que las personas eran eso, animales, sin voz ni voto. Pues claro, así surgen los jaleos —interviene Lorenzo enfurecido conteniendo las ganas de dar un fuerte puñetazo a la mesa, cosa que no hace, ya que todavía le molesta la mano de su reacción anterior.

El reloj marca la media y todos miran la hora, deseosos, de que no corra el tiempo tan deprisa, están tan a gusto en este punto de la conversación que don Ismael propone un brindis:

—Porque no caigamos en la locura de vivir mirado únicamente al cielo para que llueva.

—Ni para que sólo tengamos que vivir de la azada —brinda Fermín.

—Eso, que esos tiempos ya pasaron —Eguskiñe con la copa en la mano, brinda también.

—Porque no dejemos de ser románticos, pero prácticos a la vez —es amama la que así ha hablado.

—Por todo eso —dice Lorenzo.

—Amén —responde Felisa.

Han bebido todos y se hace un pequeño silencio que es solamente interrumpido por el tictac del reloj que no cesa en su carrera con el tiempo, enemigo imparabile que no sabe de recuerdos, de fijaciones, donde no tiene cabida el ayer con sus aciertos o desaciertos, sus tristezas o sus alegrías... tan sólo el mañana, siempre el mañana, legado que deja el ayer y el presente para recuerdo de la historia, que se repite una y otra vez, con los aciertos y con los desaciertos.

Amama observa a sus invitados y por las caras coloradas y sonrientes que tienen, fruto del calor del fuego bajo y la chapa económica, junto con el alcohol ingerido, parecen un cuadro de Arrue que vio en un calendario antiguo, y le hacen sonreír, y en voz alta comenta:

—Sí, señor, tiempos pasados nunca fueron mejores, alguien lo dijo y es verdad, el pasado, no sé por qué, a veces lo idealizamos demasia-

do, y visto como lo cuentan ustedes, poco tiene de romántico, la realidad es la que cuenta y ésta en Euskadi es la industria, nos guste o no, sólo del paisaje no se vive... —termina amama, pensativa.

—Así es, lo que cuenta es qué ponemos mañana en el puchero para comer y si éste no tiene nada más que caldo... mala cosa... —responde Felisa a amama arqueando las cejas.

—Es que *de la panza sale la danza*, ahora se canta poco, hace unos cuantos años recuerdo, que en los bares buenas canciones echábamos, ¿por qué?... Porque no había que preocuparse del paro, pero ahora todos andan con caras de estreñidos, no hay alegría, sin duros y todo son apuros —responde Fermín dándole la razón a amama y a Felisa.

Los demás asienten con gestos y con exclamaciones de que están de acuerdo con él.

—Aquí se ha jugado demasiado con los alborotos, las huelgas, como si fuésemos indestructibles, y los resultados ahí están... —corroboran don Roberto preocupado.

—La primera huelga fue en 1889 de protestas; tras la primera manifestación del primero de mayo en Bizkaia, pidiendo ocho horas de trabajo; aquí se suman los mineros y Altos Hornos, se producen duros enfrentamientos con el ejército en Ortuella y Portugalete, el paro es total en Bilbao. Esta parte de la historia vasca es la que más me apasiona, si señor. Europa entera se está transformando cambiando sus conductas, su forma de vida, todo es nuevo, diferente, todavía el ser humano no se ha adaptado a ese cambio tan brusco de conducta humana; pasamos de la agricultura más pobre a la opulencia de la noche a la mañana. Lo que la naturaleza tardó millones de años, nosotros le robamos en sólo un siglo y medio todo su contenido: petróleo, hierro, etc... —exclama don Fernando apasionadamente.

—Los socialistas publicaron un periódico en Bilbao que se llamaba *La Lucha de Clases* donde entre otros escribía el insigne escritor vasco Miguel de Unamuno, nacido en la calle de la Ronda de Bilbao, quien defiende el nacionalismo español, en uno de sus artículos manifiesta que «Hablar de pequeña patria y querer conservar una lengua regional cuando todo tiende a universalizarse, es una de las mayores locuras. Hace falta una gran Patria, la mayor posible, para que todos nos consideremos como hermanos, haciendo falta una lengua universal para que todos comprendamos» *La Lucha de Clases*. Más tarde se arrepentiría de estas veleidades en defensa del obrero. Con esto quiero decir que la división de opinión sobre el futuro del vasco, las tradiciones van sufriendo tales alteraciones, que es fácil comprender la

defensa idílica que hace Sabino Arana del pueblo vasco ante la oposición tan fuerte que había hacia las costumbres vascas por el propio Gobierno de España —concluye don Ismael con voz un poco pastosa, le cuesta pronunciar las palabras con la misma claridad que cuando ha dado comienzo su relato sobre la historia vasca, pero esta dificultad no le induce a cometer error alguno, en cuanto a su contenido exacto sobre los hechos pasados.

—Hasta los jauntxos que no fueron carlistas, se sienten injustamente castigados, de esta injusticia nacerá el partido intransigente encabezado por Fidel de Sagarminaga, este partido no está conforme con las actitudes antiforales de los conversadores y de los liberales —el que así se ha expresado es don Roberto que, concluido este dato, enciende un cigarro aspirando el humo con placer.

—Bueno, aquí podíamos hacer hincapié en que los impuestos estatales son privilegios fiscales, cargando y cargando en contra, en el consumo de las capas populares, que graben el mínimo de las ganancias industriales, a este privilegio se le llamó «Fueros» que nada tiene que ver con los antiguos Fueros. Los antiforales de antaño, o sea, los liberales, respiran tranquilos después de haber vencido en dos guerras, con su apoyo se llamarían «fueristas transigentes» —concluye don Fernando con una sonrisa satisfecha de estar a la altura de sus dos oponentes.

—Es la hora de los partidos en Euskadi. Los fueristas se agrupan con los liberales de Bilbao, identificándose en los papeles de Restauración; los conservadores se identifican con los intereses de los terratenientes y los liberales con las burguesías industriales. ¿Qué hacen los liberales?, defender restos del antiguo Régimen como son los Fueros. Aquí se comprende que la posición del socialismo vasco sea antiforal. Cánovas, por otra parte, se opone a todo tipo de fuerismo a su llegada al poder. Tras la Ley Antiforal promulgada en julio de 1876 —concluye de nuevo don Ismael con los ojos fijos en sus manos que tienen cogida su copa como si se tratara la cintura de una deliciosa mujer.

Se revuelven en las sillas todos, mirando al doctor con cara de preocupación, ante los signos inequívocos de que tiene ingerida una cantidad excesiva de alcohol en su cuerpo.

Don Fernando, para quitarle importancia, continúa el relato en el mismo punto en que lo ha dejado don Ismael.

—Las Juntas guipuzcoana, vizcaina y alavesa se abolieron, reuniéndose en Vitoria el 18 de octubre de ese mismo año, concertando

un programa de desobediencia civil, acudiendo dichas Juntas a Madrid advirtiendo a Cánovas que dimitirían si la Ley no es derogada. Cánovas, no solamente no les hace caso, sino que les amenaza con ocupar militarmente Euskadi; el Gobernador de Bizkaia prohíbe en la prensa hacer propaganda favorable sobre los Fueros. A finales del 77 los diputados vizcainos dimiten, siguiéndoles los guipuzcoanos y los alaveses. Como se ve, el descontento es general y tenso en Euskadi. Este es el momento en que los transigentes consiguen imponer sus puntos de vista. El decreto de febrero del 78 establece en las tres provincias el régimen de conciertos económicos, esto es, la recaudación libre de impuestos por las diputaciones provinciales, con la obligación de entregar al Gobierno una cantidad cifrada ya de antemano. Y aquí este punto, para mí el más dramático, es el detonante que encendería la antorcha del nacionalismo vasco. Les diré el porqué: el euskera que había sido encomendado a las diputaciones y a los municipios para su conservación, no hacen nada estos por conservarlo. Aquí empieza Euskadi a sentir con fuerza la añoranza de sus tiempos antiguos, felices, sin invasores. A un pueblo que de pronto le imponen forma de Gobierno, lengua diferente, costumbres, ¿qué reacción es la que se puede esperar? ¿Nos imaginamos a los españoles que de pronto les impongan el inglés como lengua maternal porque es más comercial a nivel internacional?

Ahora es cuando todos empiezan a hablar a la vez; han comprendido por fin algo que se les escapaba a sus pobres conocimientos sobre sus propias costumbres, sobre su propia historia.

—Cualquier nación puede aguantar el pillaje, exceso de impuestos, suciedad en las calles, pero si eso mismo les ocurre a ellos, a los españoles, ¿no estarían guerreando desde entonces? Pues eso es lo que los vascos estamos haciendo desde entonces. La industrialización dividió a los vascos, venciendo al pueblo llano, de esta impotencia nació el fundador del nacionalismo vasco, que hoy sigue vigente en los corazones de los vascos recuperar su estado de independencia, sus Fueros, usos y costumbres, por medio de un referendun, les guste o no al resto de España —concluye don Roberto sintiendo el alivio del que confiesa sus pecados y se libera de los mismos a través de la confesión.

—La verdad, es hora de que hablemos claro, aquí sólo se tergiversan las cosas y las acciones, no teniendo la resonancia que debieran, por no contar la historia como sucedió, y no como les conviene a los



gobernantes; pero lo mismo que los vascos necesitan escuchar estar versiones y sean ellos mismos quienes tengan su última palabra.

Don Fernando concluye en tono pesimista, mirando a sus interlocutores, que han permanecido mudos durante un buen rato excepto don Ismael y don Roberto.

La primera en hablar es Eguskiñe y lo hace tímidamente.

—Yo he leído también un poco sobre la vida de Sabino Arana, ¿quién no ha sentido curiosidad por su persona? Pero reconozco que sin la historia que han contado don Ismael y don Roberto y ahora tú, no tenía demasiado sentido el comprender su figura, ni su manera de actuar con tanto patriotismo, la verdad.

—Yo sigo sin entender demasiado, nada, la verdad que tengo un cacao en la cabeza que no sé si va a estallarme, por el coñac, por tantas historias; no comprendo bien, no... —Fermín mira a la mesa y sus interlocutores hablando en tono sumiso.

—Y tan claro que está, más que el agua; a los españoles los quisiera yo ver si les habríamos hecho nosotros una injusticia semejante, porque ahí no se acabó la historia, la historia continúa, ¿eh? —en tono cabreado interviene Lorenzo, mirando con gesto fiero a todos los presente.

—¿Es que no se podrá poner fin nunca a estas cuestiones? Desde que he nacido no he oído otra cosa y estamos siempre igual —contesta amama a Lorenzo, impotente.

—Así es; de pequeña en mi casa sólo oía hablar de Sabino Arana, sí, más de él que de Franco. Yo oía contar a mis abuelos que con motivo de la réplica que en Castejón se dio a Gamazo en 1894, por su proyecto arancelario antiforal, los vizcainos que allí se encontraban, para distinguirse de los demás, cortaron ramas de roble entrelazadas con cintas rojas y blancas. Entonces Sabino Arana, que allí estaba y era reportero, por telegrama le da los datos a Amorrortu en un reportaje de este acontecimiento, y dio la orden para que hiciesen una bandera especial para la recepción que se iba a celebrar para los comisionados vizcainos en la Diputación de Navarra al día siguiente.

Es la primera vez que Felisa interviene en la conversación sobre política en toda la tarde, por lo que causan impacto sus palabras entre los presentes, con su tono de voz dulce y pausado.

Lorenzo le mira como si le descubriera por primera vez. Amama se emociona al oírle, teniendo que sacar su blanco pañuelo para secarse un par de lágrimas que no puede contener.

—La *ikurriña*, nuestra bandera, fue diseñada precipitadamente sobre una mesa del café Iruña de Pamplona, al día siguiente, por Luis de Arana, y realizada en su casa por doña Juana de Irujo de Aranzadi —concluye emocionada Felisa.

Asienten el doctor, el maestro y el cura, que quieren intervenir los tres al mismo tiempo en el tema tan próximo y conocido para ellos.

Fermín también se ha emocionado escuchando a Felisa y es en este punto donde sus escasos conocimientos sobre política en Euskadi, le hacen sentirse avergonzado. Con la cabeza baja no se atreve casi ni a respirar.

—Mañana le pediré algún libro de esos que ha comprado Eguskiñe, ya está bien de parecer ignorante y para colmo tonto. No me extraña que Eguskiñe no me quiera comparándome con estas enciclopedias. Pues claro, razón no le falta, de esta manera no me voy a comer el roscó ni para el año dos mil o tres mil, y para entonces todos calvos... —piensa cabizbajo mirando al suelo.

—La bandera consistía en un estandarte blanco con la inscripción en letras rojas: «Jaungoikoa eta Lagi Zarra — Bizkaitarrak Agurreiten deutse napparrei» («Dios y Fueros — Los vizcainos saludan a los navarros»). Durante este acto, Sabino Arana era quien la llevaba izada. Después la bandera se quedó en casa de los Arana. Pero se perdió más tarde, porque la guardaron tan bien por miedo a que la requisasen, que nunca más se supo... —concluye Eguskiñe con una sonrisa de triunfo en sus labios, viendo la cara de todos que le escuchan con interés.

—Estos datos yo no los sabía —dice modesto el doctor.

—Yo sí, he leído mucho la obra de Sabino Arana —dice Roberto haciendo una pausa.

—¿Qué vasco no ha oído hablar de él? Todos, pero sin indagar, en el fondo, su personalidad. Yo he pasado muchas horas analizando este personaje, que está en la historia de nuestro pueblo hoy más vivo que nunca, y que tengo que decir que se desconoce casi todo lo relacionado con su vida y su doctrina política, cuáles fueron las causas y los motivos que le indujeron a salirse del contexto establecido entonces —expone don Fernando hablando pausadamente, concentrado en cada palabra que dice.

—¿No estuvo enfermo con una tisis galopante? —pregunta amama.

—Sí, a punto de acabar con su vida, precisamente la convalecencia de dicha enfermedad fue el detonante de que se metiera en la política.

Dos años recluido en su casa, aburrido, en la cama, aprovecha para leer de todo, desde la prosa fuerista hasta los mitos y dogmas escritos por los apologetas vizcainos que analizaban el pasado bendito de Bizkaia.

—Antes había estudiado Derecho en Barcelona, con poco provecho durante cinco años, examinándose solamente de la mitad; no le gustaban ni los profesores ni los programas —concluye don Fernando que ha interrumpido al doctor.

Este hace un gesto de fastidio, motivo de risa por parte de los demás.

—Habla vascuence, pero lo estudió como los chavales de ahora. Entonces muchos vascos no hablaban euskera, se estaba perdiendo, como han dicho ustedes antes —aclara este punto Felisa, hueca como una gallina, mirando a su marido por encima del hombro.

—Muy lista te crees tú, ¿no?... exclama Lorenzo sintiéndose en inferioridad ante su mujer, pero tratando de ocultar su ignorancia.

Ríen todos el tono airado de Lorenzo.

—Que las mujeres sabias son ahora, pero ven un ratón y encima de la mesa se ponen —interviene Fermín sin levantar la voz, en tono derrotado.

—Yo tengo oído a mis padres, que su hermano Luis fue el que le influyó, que era maestro como tú —dice señalando amama a don Roberto y agrega—: En una discusión le convence de que «Euskalherria» es la patria de los vascos.

—Ese hecho no puede discutirlo nadie. Si hemos sido una nación independiente, tenemos concepto de Patria y, por tanto, de vascos, este vínculo nadie puede negarnos —le responde don Fernando a amama.

Amama suspira y se levanta una vez más a remover el fuego de la chapa, que se está apagando, abriendo las arandelas de la misma con el hierro que tiene encima del tiro, y mete unas leñas pequeñas y atiza las brasas abriendo el tiro.

Todos se quedan mirando a amama por unos segundos sin pronunciar palabra.

Fermín aprovecha este pequeño lapsus, para echar un par de troncos al fuego bajo, uniendo los rescoldos para que pueda prender la leña.

—Luego te subiré más leña, amama, parece que te va a quedar poca para la noche —dice por decir algo también Fermín.

—Hay mucha obra escrita por Sabino Arana. Esta obra está escrita en castellano, el euskera no lo dominaba como para escribirlo correctamente.

Habla el primero don Fernando, fascinado mirando el chisporroteo de la leña que acaba de echar al fuego bajo, Fermín.

—Un artista, cada uno para lo que vale —le dice orgulloso Fermín, que siente por primera vez en la tarde, que él también es imprescindible para algo.

—La obra de Sabino es de tipo político, por ejemplo. *Vizcaya por su independencia*. Esta obra describe «cuatro glorias de la Historia patria» con el ánimo, según él, de que se conociera bien «la verdadera historia vizcaina y su antigua independencia» —aclara este punto don Roberto al igual que don Fernando, que tiene los ojos puestos en las llamas del fuego bajo, que poco a poco van creciendo ofreciendo diferentes lenguas de fuego que juegan a no ser igual una que otra ni en color, ni en calor.

—Son fascinantes los juegos de luz y color que tienen las llamas del fuego, me quedaría horas mirándolas —dice en tono soñador don Fernando.

—Buenas siestas me echo yo mirando al fuego, no habla, no dice tonterías, como otros —le responde Lorenzo mirando a su mujer.

Felisa mira a amama y le hace un gesto de que el pobre chochea.

Don Ismael, que se ha quedado con lo último que ha hablado don Roberto, saltándose el tema fuego por alto continúa con el tema de la historia, en el punto en que ha concluido.

—Sí, en este tema de la antigua independencia describe la batalla de Arrigorriaga ganada por los vizcainos en el año 888 contra Alfonso III, rey de Asturias y León, las batallas también de Gordexola y Otxandiano, ganadas en 1355, la de Munguía ganada en 1470. Lo que les decía al principio, Bizkaia siempre luchó por su independencia y contra España, siempre para permanecer independiente. España no debe olvidar este punto. Si desde hace miles de años Euskadi ha luchado para lograrlo, ¿lo van a dejar ahora?

Todos quieren hablar a la vez en este punto. El doctor aspira el humo de su puro, saboreando el placer de haber dado por fin con uno de sus principales deseos, ser escuchado y comprendido en un punto que tantos desconocen.

—Pues estamos buenos, como no se acabe el jaleo, ¿qué pasa, que todavía voy a tener que ir a otra guerra? —dice Lorenzo alzando la voz más fuerte que los demás.

—Para guerras estás tú, ni para cargar las escopetas sirves —le responde Felisa maliciosa, riéndose al imaginarse a su marido de nuevo en mitad del frente.

—Nosotros tenemos que apaciguar, pero no encender mechas para que arda el monte. Déjate de guerras, ya no se hacen las cosas así, por lo menos no es la manera de hacer —le dice amama torciendo el gesto y poniéndose bien la toquilla, al igual que el moño, sacando de un lado una horquilla y metiéndola en otro lado del pelo.

Eguskiñe discute con Fermín y todos quieren hablar a la vez.

—Silencio, silencio —pide don Fernando.

—Es que éste tiene cada idea, no te jode. Bueno, se me escapó, es que me saca de quicio —dice Eguskiñe taladrando con sus ojos negros a Fermín, ojos que tienen la virtud de dominarlo, como la serpiente al pobre pajarillo.

—Esta, que en cuanto está entre intelectuales, pues ya es otra —responde en tono de niño desamparado Fermín.

Amama, que no pierde detalle de todo lo que pasa en la cocina, le contraría esta actitud de superioridad de su hija y le hace un gesto de reproche de que tenga un poco más de cuidado con lo que dice delante de todos.

—Lo que ha dicho don Ismael es verdad, pero no olvidemos que ya entonces había una división de opinión en cuanto a lo que pensaba Sabino Arana, precisamente sorprender a gran parte de sus amigos, sobre todo tradicionalistas y euskalerrriacos, pidiéndole una explicación —prosigue el comentario político don Roberto, haciendo gestos de que no todo el mundo estaba conforme con las ideas políticas de Sabino Arana.

—Ni antes, ni ahora, todo el mundo va a pensar igual, ni se les puede obligar a ello, ni aquí, ni en Rusia, ni en Cuba, ahora y siempre quien manda en todas las partes es la mayoría... —concluye don Fernando, como buen conocedor del género humano, no inclinando la balanza ni a favor ni en contra de lo que piensa para sí y que sería su opinión sincera pero no justa.

Aquí las voces afirmativas dándole la razón se dejan oír, menos la de don Ismael que una vez vuelta la calma de los comentarios, toma de nuevo la palabra y sigue en sus trece, que es la historia.

—En el caserío de Larrazábal el 3 de julio de 1903 ante unos comensales, Sabino Arana pronuncia un discurso, entre ellos se encontraba Ramón de la Sota. En dicho discurso hace un pronunciamiento de independentismo vizcaino y una ruptura total del carlismo.

Por cierto, ese mismo año murió con treinta y ocho años —finaliza, haciendo un silencio que rompe Fermín, con un estornudo.

—¡Atchis, atchis, atchis!

—¡Jesús, Jesús, Jesús! —responden todos al estornudo estrepitoso de Fermín, que lanza sin poderse contener parte del sorbo de coñac que se la ha ido por mal sitio, y con la acción del estornudo todo el líquido que tiene albergado dentro de la boca, va a parar a la cara de don Ismael.

Todos contienen la risa. Hasta Eguskiñe quiere reprocharle su falta de cuidado, pero a duras penas puede contener la risa, dándose la vuelta para que no vean su cara.

Don Ismael que está acostumbrado a todo con sus pacientes, saca despacio su pañuelo del bolsillo, secando el alcohol que le cubre parte de su chaqueta, camisa y cara, y sin hacer el menor comentario, prosigue su relato, sin darle importancia, antes de que se le adelanten sus dos opositores en el tema político e histórico.

—En este discurso Sabino Arana afirmaba que Bizkaia estaba debilitada por los virus españolistas y que los vizcainos no la defendían como se debía de dicha plaga y para ellos, la única solución era la de constituirse en nación vizcaina. Cambiando el lema carlista de *Jaungoikoa eta Foruak* (Dios y Fueros) por el *Jaungoikoa eta Lege Zarrak* (Dios y las Leyes Viejas), el anagrama de este lema *Jel*, se convierte en el lema del recién nacido nacionalismo vasco, llamándose sus integrantes *jelkides*.

—Así es, si señor, pero hay que aclarar que dicho auditorio no estaba del todo conforme con él, pero la semilla cayó en buena tierra y brotó, pronto esta simiente del nacionalismo, en los corazones vascos, ya que había un buen caldo de cultivo, que absorbería con fuerza su doctrina que le fue propicia —termina don Fernando este tema, el más interesante a juicio de todos los que comparten la tertulia, que se muestran satisfechos, a juzgar por las sonrisas dibujadas en sus labios y por el interés con que han escuchado sin interrumpir a sus interlocutores cada vez que exponían temas tan interesantes y apasionantes para todos.

Incluido Fermín que respira satisfecho, viendo que por fin se acabará el hablar de tanta historia y tanta política de épocas tan lejanas para él, que más allá del hoy, ni le interesan ni le preocupan y que tampoco quiere que le cambien sus esquemas. Por eso no comprende la actitud de Eguskiñe de tanto leer, y lo peor es, que después de esta

tarde no le va a quedar más remedio que estudiar un poco, si no Eguskiñe le va a ver como un retrasado mental.

—Más difícil me lo va a poner aún esta cabrona —lanza sus pensamientos que le salen en alta voz como a un cañón una encendida mecha.

Todos se le quedan mirando y como saben de que va, se echan a reír al ver el gesto un tanto desconsolado de Fermín.

Los últimos hechos están haciendo mella en el corazón de amama, hoy tan sensibilizada después de la visita de su hijo, su nuera y sus nietos, y por fin mañana todos reunidos como ahora.

Este par de horas de charla provechosa, le tienen distraída, si bien no ha comprendido del todo al doctor, a dónde quiere ir a parar, que no cesa en su relato aún cuando las conversaciones derivan por otro cauce. Porque está segura de que en la manga esconde algo desde el principio, no cree que sea una casualidad ni una coincidencia el que no pare de ir con la historia erre que erre.

—Ya lo ha dicho, quiere hacernos cambiar nuestras ideas, ¿y qué le puede importar a él lo que nosotros pensemos? ¿Será una manera de aliviar nuestro sufrimiento explicándonos tanta historia vasca que yo no he oído junta durante toda mi vida? No, no lo puede entender, o tal vez sea que, como tiene tantos conocimientos en la cabeza, necesita que vuelen como las palomas mensajeras, con sus mensajes a través de quienes, como nosotros, ahora le escuchamos escasos de conocimientos de nuestro propio pueblo. Algo de eso debe de ser, porque de lo que no cabe duda, es que le está costando un esfuerzo recordar tanta fecha o por lo menos, así lo creo yo... La verdad es una lástima tener que dejar el mundo, a mí no me queda demasiado tiempo, sin entender ni comprender lo que está pasando bajo tus pies sobre esta tierra muda que ha visto tanta desgracia, tanta sangre, tanto sufrimiento. Porque nace la semilla del odio en el alma, junto con los buenos deseos, los buenos sentimientos. Quizás estemos hechos igual que las plantas de la huerta, que echas la semilla para que nazca el trigo y, sin saber cómo, aparece la cizaña ahogando las espigas, un fenómeno que se repite en cada cosecha, en cada generación. Nacemos de una semilla limpia, sin contaminar, dentro del vientre de la madre, pero en cuanto salimos al mundo, éste nos ahoga con su odio, sus mentiras, su falta de amor. A lo mejor el doctor, con estas explicaciones, trata de extirpar esa cizaña de nuestros corazones, quién sabe si quiere curar nuestras mentes enfermas, sobre todo la de mi pobre hija, tan cargada

de ese maldito odio que no le deja respirar en libertad... —piensa cabizbaja, olvidándose por unos segundos de sus invitados, amama.

Fermín, que no pierde detalle de cualquier pequeño síntoma que puede sentir amama, preocupado ante su silencio y su mirada perdida en un punto de su pensamiento, le pregunta:

—¿Te encuentras bien, amama? Sería te has quedao, si estorbamos ya sabes, nos vamos todos ahora mismo.

Se quedan mirando a amama todos sorprendidos, queriendo disculparse si son el motivo de que están dándole la lata con tanta charla y tanta historia.

El doctor se levanta y acercándose a amama le toma el pulso. Comprueba su reloj siguiendo las pulsaciones, no dejando opción a amama a negarse.

—Este Fermín, tan exagerado como siempre. Si no me pasa nada. ¿Es que no me puedo quedar pensativa con mis cosas? —le increpa al doctor sin demasiada fuerza, ni brusquedad, por su acción preocupado como doctor y en el fondo agradecida por su interés.

—Esta María, es que piensa mucho, tiene una gran cabeza. Ya quisiera yo tener la suerte que ella tiene para discurrir... Pero te encuentras bien, ¿verdad? Hoy no puedes ponerte mala. Abriré un poco la ventana, mejor no te muevas, ya la abro yo, así es que estos hombres con tanto fumar... Nos falta oxígeno para respirar —refunfuña Felisa levantándose despacio de la silla, ya que su edad y el tamaño de su redondo cuello, junto con sus piernas no tan ligeras como cuando era una jovencita, le impiden hacerlo con la rapidez de antaño.

—Un poco más deprisa ya te podías mover; tanto decir que bailabas horas sin cansarte, y ahora parece que estás pidiendo permiso a las piernas para que anden —le apremia Lorenzo a Felisa preocupado ante la visión del doctor tomándole el pulso a amama.

A Eguskiñe que conoce bien a su madre, no le preocupa esta actitud silenciosa y pensativa que, a veces, hace que le ignore a ella misma, fruto de sus pensamientos, pero aún así no quita el ojo a la expresión del doctor.

Don Roberto y don Fernando tampoco están tranquilos: estas personas mayores nunca se sabe y un día, como el de hoy, con tantas emociones y trabajos, pueden traer cualquier consecuencia imprevisible.

—Como una niña, pero un poco de aire fresco nos vendría bien a todos, como se respira en Oquendo —dice el doctor aspirando con fuerza el aire que entra por la ventana que acaba de abrir Felisa.



Eguskiñe mira a su madre como diciendo:

—Qué le vamos a hacer, no podemos echarlos.

Ambas asienten con la mirada; no, no los pueden echar, que hacerlo sería tanto como negarles la entrada en su casa en los años venideros, por lo que Eguskiñe se levanta y de un balde del armario saca un saquito hecho de estera lleno de avellanas, vaciando parte de su contenido encima de la fuente antes llena de almendras y pasas, deposita sobre ella un buen puñado de las mismas.

De la caja de herramientas que tiene debajo del armario, saca un pequeño martillo, dejándolo también encima de la mesa. — Ya podéis cascarlas —dice en tono natural Eguskiñe.

Los hombres maliciosos, se miran y Fermín, sin poder contener sus impulsos, exclama:

—¿Más?

Todos ríen, incluida amama, que tiene que agarrarse las tripas, lo mismo que Felisa, ante la salida tan sincera y espontánea de Fermín.

Fermín no sabe si reír su propia salida o quedarse un tanto cortado, así que, oyendo las risas de los otros, opta también por reír junto con los demás, con risa pícara.

—¿Quién dijo que la risa es el caudal de agua bendita que quien bebiese de ella a diario, vivirá larga vida? —pregunta don Fernando.

El doctor, que se ha vuelto a sentar de nuevo en su silla, coge una avellana, la deja encima de la mesa y con el martillo golpea la dura cáscara, apareciendo el fruto entero. Responde el primero:

—No lo sé, pero no cabe duda de que la risa es el mejor de los antídotos, mente sana, corpore sano.

Afirman todos que razón no le falta.

Lástima que nos ahoguemos con nuestros propios resquemores, parece que nos cuesta más reír que llorar... —dice suspirando con cara feliz Felisa, que se lo está pasando tan bien que se ha olvidado hasta de su propia familia.

—Cien años así... yo ya me reenganchaba —afirma riendo aún la salida sincera de Fermín.

—Y si encima eres guapo como yo, doscientos o más —ríe el maestro de su propia ocurrencia, fruto también del contento contagioso de todos los presentes y de ese par de copitas que tienen en el cuerpo.

—Es que los vascos somos la hostia, si no mírame a mí. ¿Has visto tú un cuerpo como éste?

Se levanta Fermín haciendo un gesto coqueto, dándose la vuelta.

Su cuerpo no bien hecho, su tripa un tanto voluminosa y su cara colorada como un tomate maduro, es motivo de risa, ya que no tiene precisamente ni el cuerpo de atleta del maestro, ni la guapura tampoco de don Fernando, que es lo que harían de él un verdadero galán de cine de los años sesenta.

Vuelven todos a reír este gesto de coquetería, por parte de Fermín.

—De maniquí, no te ganabas la vida —le dice Eguskiñe riendo.

—Tampoco tú, pero eso a mí no me importa —le contesta en el mismo tono mirándola de arriba abajo.

Eguskiñe, al sentir esa mirada que la desnuda, siente un pudor que le inquieta.

Esta mirada felina de Fermín, despierta de nuevo la risa de todos.

—No cabe duda de que es el ego de cualquier vasco de sentirse superior, viene precisamente de la época de la que antes hemos estado hablando —comenta Fernando riendo aún.

—Desde luego, no sólo aquí, si no que la teoría de la superioridad de la razón blanca, surgió a partir de 1870, en los años precursores del imperialismo. El racismo, por ejemplo, de un gobierno, que afirma la superioridad de la raza blanca y dentro de ella la aria —responde don Roberto moviendo afirmativamente la cabeza.

Lorenzo va a responder, pero como él no reúne ni la altura ni el cuerpo atlético de sus interlocutores, antes de que le tomen el pelo por su baja estatura, su delgadez permanente y su físico poco agraciado, opta por tomarse un pequeño sorbo de coñac, dejando hablar a los que le aventajan en datos, de unas cuestiones que le tienen más interesado de lo que ellos mismos suponen.

Esta superioridad como raza, arraigó con fuerza, sobre todo en la principal potencia colonial de aquel momento, que era Inglaterra. Cecil Rhodes y Rudyard Kipling se encargaron de contar dichas glorias —asiente don Fernando.

Don Ismael que deja hablar a sus interlocutores, al hacerse una pausa toma el hilo de la conversación, mientras los demás guardan silencio respetuosamente.

—H. S. Chamberlain, afirmó que los mediterráneos estaban destinados a sucumbir ante los germánicos.

—¡Qué barbaridad! Así se portaron después —exclama sorprendido Lorenzo.

Los demás hacen observaciones parecidas.

Amama se atreve a decir:

—Una cosa es fanfarronear de raza, y otra la de querer matar a los demás porque no son como nosotros. Los vascos nunca pensamos así. Don Ismael se ha quedado mirando a don Fernando y a Eguskiñe seriamente, y éstos optan por dejarle hablar ante su mirada molesta.

—Aquí surgió la creencia de que existen diferencias insalvables de raza, la superioridad de unas hacia las otras, estando llamadas éstas a ser dominadas. Aquí también conviene subrayar que de este punto nacerá el antisemitismo, chivos expiatorios de la explotación despiadada de los *trusts* imperialistas sobre las capas populares de sus propios Estados —descansa don Ismael partiendo otra avellana.

Don Roberto y don Fernando guardan turno para partir también avellanas.

Don Roberto continúa:

—Los grupos diferenciados que consistían en las monarquías europeas, sufren también en esa época el imperialismo, una opresión mucho más fuerte en manos de los *trusts*.

—Por supuesto de estas injusticias, los Estados europeos con la excepción de Suiza, Holanda y Portugal, a finales del siglo XIX, tienen problemas nacionales —le responde don Fernando, tomando la palabra de don Ismael con la boca llena, mientras mastica una avellana.

—Ahí empiezan a crearse los primeros movimientos nacionalistas, por ejemplo en el Imperio Austro—Húngaro, los checos, slovacos, serbios, rutenios e italianos.

—En el Imperio ruso también, los polacos, finlandeses y rumanos de Besarabia, en la Macedonia soviética al Imperio turco, los búlgaros, griegos, serbios y kutzoválacos.

Le sigue el tema don Roberto ante la aprobación de don Fernando, mientras los demás en silencio, escuchan mirándose los unos a los otros, sin saber a qué viene ahora hablar de esos países que nada tienen que ver con ellos.

—En el Imperio alemán, los daneses, alsacianos, lorenos, en Gran Bretaña los irlandeses, en el Estado sueco los noruegos, en Bélgica los flamencos, y, por fin en España, los gallegos, los catalanes y por fin los vascos. Aquí quería yo llegar cuando he empezado el tema de la creencia de la superioridad de los vascos. Porque en el seno de estas minorías, se produce una reflexión podríamos llamarla, sobre su naturaleza étnica y un estudio de sus características como raza, cultura y, por supuesto, una personalidad propia. Aquí se basaría, en este punto, la teoría de Sabino Arana —concluye don Ismael satisfecho por sus explicaciones, al comprobar el efecto surgido de pronto en las

caras de todos, menos en las de don Roberto y don Fernando, conocedores de antemano de la historia expuesta por don Ismael.

—Ni el agua es así de clara. De modo que no éramos sólo nosotros los que protestamos porque nos quedábamos sin la lengua y sin las tradiciones, lapurres ladrones. Los capitalistas, con tal de conseguir dinero, qué les importan nuestros sentimientos; lo raro en un pueblo como el nuestro, habría sido que no se habría rebelado, pueblo antiguo, lleno de costumbres, ¿qué querían, que nos quedásemos con el rabo entre las patas? Hice bien yendo a la guerra; quítale a un pueblo sus principios y es como un hijo que le falta su madre.

—¡Gora, Sabino Arana! (Viva Sabino Arana) —es Lorenzo el que así ha hablado, que se ha puesto de pie, y en un tono alto como si temiera que alguno se quedase sin oírle bien, ha insertado este pequeño mitin patriótico que le sale del alma.

Amama vuelve a emocionarse, al igual que Felisa, que nacieron en épocas donde el nacionalismo formaba parte de sus vidas. Un nudo se les hace a ambas en la garganta, fruto de ese nacionalismo, sentirían más tarde las injusticias y la represión de quienes quisieron ahogar el nacionalismo vasco al igual que el gallego y catalán, también queriendo extirpar la única expresión que como raza querían seguir teniendo dichos pueblos.

—Además, Sabino Arana fue el primero que utilizó la palabra Euskadi para identificarse como País Vasco —continúa sin sentarse Lorenzo su relato en el mismo tono de voz fuerte y patriótico.

Los demás asienten, esta cuestión todos la conocen.

—Sin él, hoy no ondearíamos nuestra enseña nacional, eso está claro, ¿y qué es una Patria sin una bandera?... responde amama emocionada aún. Son tantas las anécdotas que recuerda de su juventud relacionadas con el nacionalismo...

—Por primera vez en su historia, a las seis de la tarde fue izada la ikurriña en la sede de «Euskeldun Batzokija», en el balcón del centro, el día 14 de julio de 1894, en la bocacalle de Correo, en el Arenal de Bilbao.

El que así ha hablado es don Roberto, en tono de respeto, partiendo otra avellana con la vista fija en ésta y en el martillo para no darse en los dedos.

—Fue un oficial carlista, socio de mayor edad del «Euskeldun Batzokija» llamado Ciriaco de Iturri, el que la izó —agrega don Fernando, esperando turno con varias avellanas en la mano, a que termine con el martillo don Roberto.

—En el balandro bermeano «Aketxe», su patrón Iturbe izó la ikurriña, también por primera vez fuera, en la calle —la que así ha hablado es Felisa con la mirada puesta en ella de todos los presentes.

Lorenzo le va a decir algo, pero se calla, un tema como éste le merece todo el respeto aunque venga de la boca de su mujer.

—La ikurriña, recuerdo de pequeña fue perseguida, recuerdo también a mis abuelos contar, que durante poco tiempo ondeó en la sede esa que habéis mencionado antes. Lo clausuraron y el Juzgado incautó la ikurriña —amama habla despacio, recordando a sus abuelos precisamente sentados donde están el doctor y el maestro.

—En Busturia tenían otra en el batzoki, pero la ocultaron por miedo a que también se lo cerraran, de allí eran unos primos míos —es Felisa de nuevo la que así se expresa.

Van a intervenir don Roberto, don Ismael y don Fernando, cuando Eguskiñe pide la palabra. Los tres eruditos se miran y guardan silencio concediéndosela con un ademán.

—Esta segunda ikurriña que tú dices, Felisa, la sacaron de su escondite el 8 de septiembre de 1897 en las fiestas de Legendika (Canala), cómo se dice... ¡Ah, sí!, la enarbolaron en la plazoleta contigua al caserío «Kafranga», donde se hospedaba Luis de Arana, el hermano de Sabino. Pero mientras se celebra la misa mayor del pueblo, cantada por cierto, por el coro en la misa que asistían Sabino y Luis, el hermano, también estaban Lazcano, Azumendi Naveran (el organista) y alguno más que seguro que se me olvida. La guardia civil arrió la bandera deteniendo a la inquilina del caserío, viuda de Urruchua.

—Así es, pero lo que consiguieron con esa prohibición fue, precisamente, que se confeccionasen más banderas clandestinamente. Lo que decíamos antes, no les dejes a una pareja que se quieran y se escapen de casa —contesta amama que conoce también un poco la historia nacionalista.

—No cabe duda de que cada año fue creciendo este espíritu nacionalista en los corazones de los vascos, con mayor ímpetu cada año. En 1917, la ikurriña presidía un mitin nacionalista en la Casa Consistorial de Begoña, y en el 27, tras una peligrosa escalada al «Pico del Fraile» en Orduña, la ikurriña fue izada por un grupo de mendigoizales, «Lenago il» se llamaba —concluye su intervención don Ismael ante las caras de sus oponentes que quieren intervenir también, pidiéndole la palabra.

Don Ismael continúa ante el pase y pase del martillo que va de unas manos a otras partiendo avellanas, que luego van a la boca para ser masticadas distraídamente escuchando con devoción todos.

—Durante la dictadura de Primo de Rivera, 1923—29, la ikurriña se difundió por Guipúzcoa y Navarra como río de pólvora y no como emblema vizcaino únicamente, sino como propiedad de todo el País Vasco. Aquí hay que aclarar que Sabino Arana quería emparentar a todos los vascos, incluidos los franceses de Laburdi, Benavarre y Zuberoa, pasando el Bidasoa hasta ser empleada también por la Corporación Municipal de Bayona y en ceremonias públicas, así como en actos de carácter militar y deportivos, incluyendo las Colonias vascas de América.

—La ikurriña creada por los hermanos Goiri, como enseña nacional de los vascos, la había adoptado también con igual fin la entidad vasquista «Euzko Ikaskuntza» en sesión celebrada en Bilbao el 6 de septiembre de 1931 —le sigue don Roberto cogiéndole el hilo a don Ismael, acto que reprocha don Ismael con un gesto de fastidio.

—De igual manera lo hicieron los vascos continentales, siendo izada en reuniones oficiales del «Euzkaltzaleen-Biltzarra». Hay datos hechos por Democracia Cristiana Vasca, en los que se encuentra que la ikurriña estuvo admitida por la monarquía al punto de que Alfonso XIII le saludó militarmente —concluye despacio don Fernando tomando la palabra.

Lorenzo se levanta de un salto y con la mano derecha a la altura de su frente, saluda también militarmente.

Todos se miran sin hacer comentarios, él lo siente así y nadie opta por reírse de sus gestos patrióticos.

Seguidamente mete la mano derecha en el bolsillo trasero del pantalón, sacando una cartera vieja, de piel, llena de papeles y tarjetas enrolladas con una goma. Quitla la goma y abriéndola, saca de su interior una Ikurriña tamaño tarjeta, mostrándola a todos los presentes.

—No hay que hablar tanto, aquí se demuestra el cariño, más que al dinero prefiero yo mi bandera —dice orgulloso mostrándola a todos los presentes, con cara sonriente y emocionado.

Amama suspira de nuevo, recordando su juventud, cuando se ponían flores blancas y rojas con una ramita verde entrelazada al pelo en las romerías. Cuántos disgustos les acarreó a ellas y a sus amigas estas simples manifestaciones patrióticas, con la guardia civil, no quiere ni pensarlo, no quiere ponerse triste, pero no puede, va a decir algo pero opta por callar.

—Dicen que no hablan los muertos, pero ya lo creo que lo hacen, esta noche los siento vivos conmigo en la cocina, con mis padres, mis abuelos, mis parientes que se sentaron donde estamos todos ahora y no han cesado de hablar en toda la tarde, contándonos la historia que ellos hicieron antes que nosotros... Es bueno recordar la historia, nosotros también pronto seremos motivo de charla, nuestros nietos dirán: «En tiempos de mis abuelos...» ¡Ay, qué pronto pasa todo! —exclama amama en voz alta, sin poderlo remediar, con un suspiro mitad melancólico, mitad triste y nostálgico.

—Y dichosos los que lo contamos, amama, que mejor no hablar de todos los que se han ido más jóvenes que nosotros y hoy no prueban el turrón. Por cierto, Eguskiñe, ¿dónde has comprado ese turrón blando? Tengo que comprar yo también, estaba muy sabroso y qué curioso, ¿ya no queda algo por ahí?... —lanza la indirecta Fermín, para ver si de esta manera Eguskiñe saca un poco más turrón, pero Eguskiñe hace que no se entera por unos segundos, y sin poder aguantarse el llevarle la contraria, le contesta:

—¡No sé qué vas a cenar! Después de tanto turrón, pasas y avellanas, porque tú le has dado bien al martillo —dice moviendo la cabeza con gesto de que no tiene arreglo, se le mire por donde se le mire—: Se pasará el día comiendo y durmiendo, seguro que sueña con comida —piensa para sus adentros.

—Tengo estómago para todo, el bicarbonato y esas porquerías no se han hecho para mí, en cambio tú... —deja la frase en suspenso, malicioso, sabedor de que siempre anda con ardores de estómago Eguskiñe.

Va a contestarle Eguskiñe a su provocación, pero mira a un lado y a otro de la mesa y después a la bandeja que otra vez permanece vacía, con una exclamación que no puede disimular:

—¡Bendito sea! —y por lo bajo—: Estos no tienen estómago, tienen un pozo sin fondo... Tendré que ponerles más...

Se levanta de la mesa hacia el armario sacando otro saco del mismo tamaño, esta vez con nueces, depositando parte de su contenido encima de la bandeja, a la vez que retira las cáscaras vacías de las avellanas con la mano, pensando para sus adentros:

—Estos vas a reventar hoy.

Como no pueden escuchar los comentarios de Eguskiñe, don Fernando es el primero en meter mano a una nuez.

—Cuidado con los dedos, que éstas tienen la cáscara dura —aconseja amama al comprobar que la posición de los dedos de don

Fernando no es correcta a la hora de darle con el martillo para que se parta.

—Dame tú eso, que cada uno tiene las manos para lo que las tiene, tú para partir hostias y yo para darle a la herramienta.

De nuevo se producen unas risas maliciosas por parte de los presentes, menos de Eguskiñe que no ríe la gracia.

—Los hombres siempre pensando en lo mismo —dice sin poderlo remediar torciendo el gesto con asco.

Esta expresión provoca más risas por parte de todos.

—¡Ay, qué lástima! Dejas lo mejor del postre para que se lo coman los gusanos... —dice Lorenzo con las cejas arqueadas en actitud machista.

—Para que se lo coma uno como tú, viuda para toda la vida. ¡Habrased visto! —le responde socarrona Eguskiñe.

Felisa mira a su marido y suspira:

—Porque a una la educaron tonta, que si no, como las nueces, a repartir entre todos...

Ríen todos la salida espontánea de Felisa, libre de malicia, con un matiz inocente, mientras Lorenzo se enciende como una bomba y recrimina a su mujer:

—¡A ésta la sacas de la cuadra y se dispara como los toros en el toril! —y a Felisa, en tono más bajo—: Luego hablaremos tú y yo —entre las risas de todos.

—Desde luego, Lorenzo, tú chiquito pero matón. Así se habla —le dice ufano Fermín.

—En fin, que Sabino Arana quedó para la historia es bien sabido, pero a mí me gustaría hacer un análisis de sus teorías —vuelve al tema anterior don Roberto, que está feliz de poder hablar con la historia de Euskadi con contertulios de su nivel intelectual.

—Hombre, su fobia por todo lo moderno es clara, llegando al extremo de suplicar a Dios, que se hundiera toda la riqueza de Bizkaia y de esta manera permaneciera como en el pasado, pobre, alimentándose de lo que producían sus campos, pero eso sí, libre y feliz —es don Ismael quien en tono suave pronuncia estas últimas conclusiones del todo disparatadas.

—Libre, seguro, pero feliz... El que prueba el vino no quiere después el agua —responde Fermín con gesto de no estar de acuerdo con esta teoría.

—Tiene razón Fermín —contestan varias voces, menos Lorenzo que escucha atento.



—No cabe duda de que esa fobia hacia España se tradujo en frases como: «La fisonomía del vizcaíno es inteligente y noble, la del español, inexpresiva y adusta; el vizcaíno es nervudo y ágil, el español torpe y flojo; el vizcaíno laborioso, el español perezoso y vago» y muchas más aparte de discriminarlos con la palabra *maketo*.

—Aquí se pasó —se oyen voces de no estar del todo de acuerdo.

—A mí me suena a un poco loco —dice amama —eso puede convencer a los que nunca salieron de Euskadi, pero a él que vivió ¿dónde han dicho que vivió?

—En Francia y en Barcelona —contesta Eguskiñe a amama.

—Hay cosas muy discutibles en cuanto a su figura, no cabe duda que unas acertadas y otras no tanto, porque los sueños, sueños son, y volver la vista atrás es bueno en unos aspectos, porque de atrás venimos y lo que sabemos lo hemos aprendido de nuestros mayores, pero quedarnos anquilosados en el ayer, eso es un sueño y como tal, irrealizable —comenta don Fernando que ha escuchado con atención.

—También los trusts monopolistas vizcaínos fueron los causantes de los cambios acaecidos por entonces en la sociedad vasca, como en otras partes del mundo, el mundo cambiaba con el siglo XX, y eso nadie lo podía parar, a una bola de nieve que baja por el monte, no se le puede parar, porque a medida que coge velocidad aumenta y aumenta de tamaño; eso es lo que pasaba con el capital —concluye don Roberto.

—Un texto que no tiene desperdicio sobre la teoría de Sabino Arana en el año 1895, fue: «Si no se puede ser otra cosa, mientras los bosques de Vizcaya tengan hierro en su seno, plegue a Dios se hundan en el abismo y desaparezcan sin dejar huellas todas sus minas» —exclama el doctor poniendo énfasis en sus palabras.

—Es fácil ser romántico cuando el estómago está lleno —contesta amama nostálgica.

—Bueno, pero tuvo cosas buenas, ¿no?, porque la bandera y defensa de un pueblo, bien merecen un respeto —inrepa airado Lorenzo.

—Por supuesto —le contestan todos.

Pero aquí, en este punto, hay diversidad de opiniones por parte de los contertulios.

—Mientras estuvimos lejos de las miradas de todos, fue fácil guardar los tesoros de debajo de la tierra, como el hierro, sin que la codicia naciera, pero una vez que éstos salieron a la luz... Quién puede parar la ambición... —comenta don Fernando torciendo el gesto.

—Esto es algo imparabile: la industria en Euskadi es un fenómeno que le da la tierra, sus gentes, aquí nacen los empresarios como las setas, quitas a uno y nace otro. Por eso, después de tantos años de lucha de ETA por eliminarlos y volver al pasado, cuando el vasco era pobre, pero libre y feliz, no les ha llevado a ningún resultado positivo. Al pasado hay que enterrarlo y caminar con el presente, y lo de feliz... —concluye don Ismael.

—¿Usted insinúa que ETA mata para volver al pasado? —exclama fuera de sí como si le hubiesen pinchado con una aguja Eguskiñe.

Las caras de todos han cambiado su expresión de pronto y de la risa fácil han pasado a la seriedad más absoluta.

—Hoy están vivas las palabras de Sabino Arana en los corazones de muchos, que opinan lo que ha dicho don Ismael, las generaciones siguientes han inculcado en los corazones de sus hijos estos sentimientos nostálgicos, difíciles de desarraigar en un pueblo que vivió pobremente durante millones de años... No se pueden cambiar las costumbres de todos de la noche a la mañana. De ahí parten estos sentimientos de rebeldía contra algo que de pronto cambió radicalmente nuestras formas de vida, es comprensible que una parte de la población vasca no aceptara de buen grado tanta agresión a la tierra vasca, semilla de nuestro carácter y costumbres —concluye don Fernando en tono suave pero comprensivo.

Se hace un silencio no interrumpido por ninguno de los presentes, de pronto algo les ha dado en la cabeza como si fuese un mazazo.

—Creo que estamos viviendo una pesadilla, precisamente porque si algo no permanece estable como han dicho ustedes, son las costumbres, poco a poco van cambiando, claro que desde que yo nací hasta hoy... ¡Hay que ver! Tú lo has dicho —señala amama al maestro— ¿Quién para esta bola de nieve?... ¿La ETA por qué mata? La gente se dejaría matar antes de volver al *talo* y al *morokil* (tartas de maíz y una crema de harina de maíz y leche). Eso está muy bien en las choznas de las ferias de Bilbao, por fiestas, pero para comer todos los días... como lo hemos hechos nosotras, sin unos zapatos que ponernos, ni vestidos nuevos, con una bata de percal que había que lavarla por la noche y al día siguiente plancharla para ponerla; con buenos sabañones en los pies, sin agua caliente en el grifo, ni duchas; es fácil volver al pasado con el estómago lleno y ser romántico viendo la tele, con el coche en la puerta y mil duros en el bolsillo para ir a tomar chiquitos. A esos les quería yo ver cavando y mirando al cielo para que no llueva —concluye enfurecida amama, llena de rabia, mientras

piensa que los hombres siempre serán igual de brutos queriendo cambiar el mundo luchando contra corriente.

—No puedo creer lo que dice don Ismael, me parece tal barbaridad, que perdone usted, es muy fuerte lo que ha dicho para creérselo así de pronto —es Eguskiñe la que así responde a las últimas conclusiones del doctor.

—Yo no me atrevería a hablar si no fuese porque hoy es un día especial y en esta familia hay confianza, y se han suscitado temas que ahí están, no son invenciones nuestras, pero analizando esta parte última, Ismael no va descaminado —responde serio el maestro.

—Yo no entiendo nada de política, pero los tiempos de hoy nada tienen que ver con los de nuestra infancia; entonces comprendo que se podía ser romántico en ese sentido, pero ¿dónde está la felicidad? Todo el mundo habla de felicidad como si fuese fácil encontrar el paraíso... Pero no hay paraísos en la tierra, en la tierra, en la tierra hay pequeñas parcelas donde uno puede ser feliz, y la felicidad completa está en el cielo, pero en la tierra... Ya hubo un paraíso terrenal, ¿qué pasó?, que Eva no tuvo bastante. Si eso les pasó a Adán y Eva, ¿nosotros vamos a ser tan románticos de creer que volviendo al pasado vamos a ser libres y felices?... Una cosa es reivindicar lo que nos pertenece y otra muy distinta soñar con la felicidad... volviendo la vista hacia atrás... —concluye don Fernando.

—Yo no volveré a la infancia para trabajar de sol a sol y siempre mirando al cielo; ahora con los plásticos es diferente, ¿pero se puede ser romántico viendo esas burbujas de plástico?, porque hacen daño a la vista... También habría que quitarlas —responde Lorenzo en tono desconocido en él, reflexionando cada una de sus palabras.

—Romántico con el estómago vacío, me hace gracia... —la que así ha respondido es Felisa en el mismo tono que su marido—. Porque son ustedes los que han hecho estos comentarios, que si son otros los tomo por locos, quitar las industrias para volver al siglo XIX, ¡qué locura!... —exclama anonadada Eguskiñe, que las últimas palabras del doctor le han impactado de gran manera.

—¿Y qué conseguirían con eso? —pregunta amama alucinada aún por el efecto que le ha causado dicha conclusión.

—Desaparecida la industria, desaparecen los maketos, incluido yo, que soy de Segovia, claro... —el doctor responde gravemente.

—Bueno, ¿pero me quiere hacer creer usted que las cosas se pueden hacer así de fáciles, destruir la industria para que nuestros hijos

vuelvan al arado después de ir a la Universidad? —responde colérica Eguskiñe.

—De momento una cosa está clara, han conseguido que no se invierta, se cierran montones de industrias, nuestros hijos, incluidos los hijos de los que vinieron de fuera, vayan a trabajar a Madrid, o donde puedan, pero lejos de Euskadi; la población ha disminuido, ¿queréis que siga? —responde don Roberto pesimista.

—Vamos, que si lo dejamos, nos dejan en pelotas —exclama Fermín al que su poca lucidez en temas políticos, le han tenido un tanto distraído, pero esto último hasta un tonto lo entiende, por lo que al igual que todos, está que no sale de su asombro.

—Yo no puedo creer esas cosas. No puede ser cierto, lo que pasa es que estamos en crisis, y eso es todo —opina Felisa que no puede creer que sea cierto lo último que se ha dicho.

—Yo algo me sospechaba, era algo que me rondaba por la cabeza, pero no podía imaginar que la causa fuera ésta... Libre y feliz, como ha dicho Fernando... ¿dónde está ese paraíso terrenal? Porque lo que yo conocí de niña, poco tenía de libre y feliz y lo que contaron mis abuelos, menos aún; lo de libre lo puedo entender, si algo es nuestro que nos lo devuelvan, pero feliz... ¿Dónde está ese paraíso en la tierra?, porque yo no conozco ninguno, salvo la promesa hecha por Dios de que arriba, sí se puede ser las dos cosas: libre y feliz... —concluye ya amama, asintiendo sus palabras los demás.

—Locuras me parecen sus palabras, doctor, dichas así, los vascos estamos demasiado divididos, hay que unirse y poner las cosas claras sobre el tapete de la mesa, pero unidos como nuestros venerados ancianos y en democracia actuar con las necesidades que tiene nuestro pueblo, pero mirando para adelante, no hay quién pare el progreso, y a ése hay que darle paso, y el pasado, pasado está, pero sin olvidar quiénes somos... —en tono bajo y cabizbajo ha hablado Lorenzo, que está fuertemente afectado, al igual que todos.

Amama, que no quiere que la reunión se desanime, saca fuerzas de flaqueza y trata de cambiar de conversación:

—Afortunadamente, la familia vasca sigue siendo nuestra razón de vivir...

—Ustedes no cabe duda que son ejemplo en estos tiempos modernos, donde la familia va perdiendo su hegemonía, en cambio aquí está arraigada como en pocos sitios; podrá vivir el vasco lejos de su patria, pero conserva los atavismos espirituales de su raza, sus costumbres que se imprimen precisamente en el seno de la familia. La familia es

su pedestal, porque el núcleo de la familia es el individuo y sin un fuerte resorte donde asirse, no hay ni individuo ni persona... —en tono un tanto pastoso y pensativo, concluye el doctor.

—Así es, y así quiere Dios que dure, cosa difícil en estos tiempos modernos, donde también las rupturas están a la orden del día. Precisamente la educación de la familia vasca se ha radicado en el ejemplo, no en las lecciones de rectitud, que no practicaba. Desde tiempos inmemorables, el pueblo vasco comprendió que la familia es el baluarte indestructible de su propia nacionalidad. De ahí nos viene el culto a la vida doméstica, consagrada ésta en las leyes forales —concluye don Fernando en tono sereno.

—La familia y Dios, desde hace cientos de años, sin olvidar que el nacionalismo vasco fue y sigue siendo, el vínculo entre Dios y el pueblo. También la Iglesia católica vasca, debe mucho al nacionalismo, que le defendió a ultranza, aparte de las frases altisonantes que tuvo Sabino Arana, con un sentimiento de transformar el mundo. Más adelante la historia que todo lo descubre, confirmará la obstinación del clero en sacramentar la Nación vasca, como ya lo hiciera con la española —concluye don Roberto.

—Cualquier pueblo o comunidad independientemente del grado de cultura que tenga, para sentirse lo mismo nación que tribu, me da igual, necesita de Dios, y sin entrar en detalles continuaré que conjugue las dos relaciones: justicia y Dios. Porque el hombre, lo mismo que necesita el pan, necesita del consuelo de Dios. De estas dos necesidades se alimenta, no sólo el nacionalismo vasco, sino los demás nacionalismos. No cabe duda tampoco que aquí quizás se conjugaron ambas con gran fuerza, y ninguna otra institución debe tanto a la Iglesia como el nacionalismo vasco —se expresa pausadamente don Fernando, midiendo cada palabra que pronuncia.

Hay que decir en honor a la verdad, que a pesar de las agitaciones anticlericales de finales de siglo, la Nunciatura le consideraba la mejor de España por su tesón y entrega a su parroquia —le responde don Roberto a don Fernando.

Don Ismael coge el hilo de la palabra.

—Desde entonces el destino de la Iglesia y el nacionalismo vasco, estarían tan vinculados que no podrían separarse. El camino hacia la Patria vasca, sólo se podría recorrer con la protección de la religión y el afán de libertad del pueblo que se sentía oprimido y la salvación étnica, debía ser el objetivo primordial de la Iglesia.

—Como debe ser, ¿qué es un hombre sin Dios? Con los palos que te da la vida, si no tiene uno donde agarrarse, ¿cómo puede seguir viviendo?

—Sin Dios y los hombres, ...porque El dijo: «Creced y multiplicaos» —le contesta en tono humilde Fermín.

—Para multiplicarme estoy yo, a estas alturas «mangas verdes» —le contesta Eguskiñe con un gesto de que está loco.

—Eso ahora también ha cambiado, mi madre diez hijos tuvo, mi abuela doce y nosotros dos y los de ahora, si pueden, uno.

Mal vamos a salvar la raza de esta manera. Los negros van a tener que venir a repoblarlos a este paso —exclama preocupado Lorenzo.

—Un poco de razón no te falta; mis nietos no hablan ni de casarse, ni de tener hijos, sólo piensan en el estudio, no sé, no sé, muchos cambios en pocos años, va todo demasiado deprisa —opina amama preocupada.

—Yo desde luego, opino como Eguskiñe, sin un palo donde agarrarse... ¿quién puede vivir?... —la que así se ha expresado en tono humilde, es Felisa.

—Lástima no sea yo ese palo al que puedas tú agarrarte —lanza por enésima vez Fermín la indirecta, que dibuja sonrisas en los rostros de todos, menos en el de Eguskiñe, que con gesto de asco, le responde:

—Qué peste, ya está bien, me estás cansando.

—No son malos palos para agarrarse Dios y los hombres... —responde amama esbozando una sonrisa maliciosa que hace reír a Felisa que contesta a amama en el mismo tono malicioso:

—No, no son malos palos...

—Estas mujeres... luego se quejan pero qué harían sin nosotros —dice Lorenzo. Después de una pequeña pausa continúa—: Estoy de acuerdo, el nacionalismo y Dios van juntos, hasta en la guerra, allí donde había un bombardeo había un capellán, una bomba mató mientras celebraba misa, a don Pedro Gallastegui, con la maleta a cuestas iba a todos los frentes llevando el cáliz y las hostias para celebrar la misa; iba de trinchera en trinchera, pero una bomba, mientras celebraba la misa al aire libre, en un altar hecho de vigas de una casa destruida, de pronto todo se vino abajo; el pobre capellán y el que hacía de monaguillo, Cirilo, en un segundo, al cielo se fueron los dos —comenta Lorenzo recordando aquel hecho triste de la guerra civil.

Cambiando de tema don Ismael de nuevo toma el hilo de la conversación:

—Sabino Arana conoció también la reprimenda por parte del obispo, por escribir ciertas reflexiones xenófobas sobre el clero y el advenedizo. Sin olvidar los enfrentamientos entre los distintos obispos del País Vasco. José Cádena y Eleta, desde su sede de Vitoria, se opusieron a la innovación lingüística de los vizcainos en el registro parroquial concluye la frase don Ismael lanzando la pelota a don Fernando.

—Aquí podemos apreciar que siempre, en todo cambio, hay alguien que no lo acepta, no hay derecho que un pueblo vasco con nombres propios vascos, ya por aquel entonces, no pudiesen inscribir a sus hijos en el registro, porque la normativa eclesiástica lo prohibía. Si es que se han hecho unas cosas... Que luego dicen, pero demasiado buenos hemos sido —termina la frase don Roberto.

Don Fernando asiente sin entrar en los motivos que tuvieron los obispos sobre dicha normativa.

—Otros fueron más lejos, pedían en una pastoral a sus diocesanos, que no se dejasen arrastrar por las ideas nacionalistas, que si por el momento servían para halagar la imaginación de la juventud, iban a entenebrecer su inteligencia y corromper su corazón. No cabe duda que en este punto no se equivocaron del todo. Lo que por un lado el nacionalismo vasco trajo, una buena defensa de las costumbres vascas, por otro lado envenenó los corazones de los jóvenes, odiando a todo lo que venía de fuera, no señor, en esto no se equivocaron los obispos, pero hay que reconocer, que la historia nos muestra la desnudez de los hechos pasados y presentes, y en el pasado de Euskadi se cometieron también muchos errores... Eguskiñe, tráeme por favor, un poco de bicarbonato, parece que necesito eructar un poco —pide el doctor, concluyendo.

—No se puede pensar tanto, así acabáis todos, o locos o con úlcera —reprocha en tono bonachón Fermín.

—Yo también tomaré un poco, es de estar sentado, a la comida hay que pasarla para pedearla y también irutarla —pide Lorenzo junto con el doctor.

Eguskiñe se levanta de nuevo y abriendo las puertas del armario de la cocina, busca en su interior un paquete que tiene guardado para Ernesto, un amigo de su ama.

—Por aquí tengo un paquete, Ernesto, cada vez que viene, pide bicarbonato, yo creo que muchas veces viene sólo por tomarlo —comenta Eguskiñe poniendo el paquete sobre la mesa. Amama se ha levantado imitando a su hija y cogiendo dos vasos de cristal de

encima de la balda de la fregadera, los llena a medias de agua junto con dos cucharillas de café, para que puedan remover el bicarbonato.

El doctor y Lorenzo se pasan el bicarbonato, echan un par de cucharaditas cada uno y lo beben acto seguido.

Fermín, con una sonrisa socarrona, espera el momento de que éste haga efecto, y en el primer eructo del doctor, él deja escapar un pedo, que en sus ansias por salir y él de aguantar, lo tenía hace un tiempo que un color le iba y otro se le venía.

A su vez Lorenzo eructa, después de que el doctor lo haya hecho, que los ha dejado perplejos a todos. Lanza otro de igual o mayor tamaño, hecho que Fermín aprovecha para echarse el segundo pedo y, sin poder controlarse, lanza el tercero, a destiempo. Ante el olor penetrante del primero y una vez escuchado el segundo y el tercero, como movidos por un resorte, se levantan todos de la mesa con los dedos tapándose la nariz.

Amama gira sobre sí como impulsada por un resorte y abre de nuevo la ventana.

—¡Santo Dios! exclama no pudiendo disimular su asco.

—Estos hombres huelen peor que los monos, abre bien que como empiecen todos nos asfixian —dice Felisa tapándose la nariz.

Los hombres rompen todos a reír, aprovechando el maestro y el cura para lanzar un par de cuescos que también les estaban molestando, de cuyo olor culpan a Fermín por haber sido el primero en echarlos.

—Desde luego, no me extraña que estés a gusto en la cuadra, allí puedes disimular, pero anda que... —dice Eguskiñe que no sabe si reír o tirarle de las orejas a Fermín.

—Sí, sí, alguno más tendría que venir conmigo, lo malo es que como ando con el viento suelto... —se disculpa Fermín.

—Vamos, que encima te has cagao... Este es peor que los críos, anda, ven que te dé un calzoncillo de mi marido que aún hay por ahí... —le dice Eguskiñe enfadada y regañándole como si fuese un colegial, acompañándole a su habitación.

Lorenzo sigue lanzando eructo tras eructo y el doctor lo mismo, entre ataques de risa por parte de amama y Felisa. Don Fernando y don Roberto también están a punto de reventar por la risa, cuando al cabo de unos minutos se recuperan del ataque de risa...

Regresa Eguskiñe riéndose también; le miran todos preguntándose de qué se ríe ella, con lo sería que se ha ido a la habitación en busca del calzoncillo.



—¡Ja, ja, ja, ay, que me da algo! Parecía un vaquero con las piernas abiertas, creo que la mierda le baja por las patas para abajo.

Ríen todos el comentario de Eguskiñe. Amama ríe con ganas y Felisa sale corriendo de la cocina.

—¿Qué le pasa a Felisa? —pregunta don Fernando asustado.

—Que a ésta le tengo que dar una bragas de amama, ¡ja, ja, ja!  
—dice Eguskiñe levantándose y acompañando a Felisa también a su habitación.

Mientras ríen de nuevo todos.

—Donde hay rajadas hay goteras —dice Lorenzo riéndose a mandíbula abierta.

—¡Ay, que tarde! Hacía años que no me lo pasaba tan bien —dice el maestro a punto de darle el hipo.

—Desde luego las cosas que le pasan a este infeliz, no le pasan a cualquiera. ¡Mira que cagarse por las patas abajo! ¡Ja, ja, ja! —ríe amama cerrando la ventana.

—Cierra, cierra, que se escapa el gato, tanta colonia. Un poco de olor humano tampoco está mal para variar dice el doctor satisfecho después de echarse media docena de eructos lanzados sin ningún pudor.

—Así es; la mujer tiene que oler a hembra y los hombres a hombres, igual que los animales, ¿qué sería si les pusiéramos también colonia? Pues eso, que el toro no montaría a la vaca —dice Lorenzo afirmativo y contundente.

—Sin pasarse, todos los olores son buenos, pero es que algunos se pasan. Me llegó el otro día una señora a confesar, y de pronto creí que era pescatera —dice en tono humilde don Fernando.

Vuelven a reír todos.

—Vaya jaleo que estáis armando, contadme el chiste —pide Fermín que regresa del cuarto de baño de cambiarse de calzoncillos.

—Mira éste, parece que... ¿te has duchado? —le pregunta Lorenzo al verle la cara reluciente y el pelo mojado y bien peinado oliendo a colonia.

—Otro que quiere ligar como en los anuncios de la tele: aspire el aire perfumado de los jardines de la Alhambra, en el cuerpo ardoroso de tu compañero —dice mirándole guasón don Fernando.

Ríen todos de nuevo con ganas. Amama está a punto de darle un ataque de risa.

—Menos coña. ¿Qué, iba a venir con la mierda por las piernas? Lo malo es, ahora que Eguskiñe no está y no me oye, que el calzoncillo

me queda un poco pequeño y me aprieta un huevo —dice Fermín tratando de encajar en su sitio sus genitales para que no le molesten.

Todos estallan en una nueva carcajada.

—Encima de que te tiene cachondo Eguskiñe, como te apriete el calzoncillo, se te va a poner un dolor de huevos... —dice Lorenzo partiéndose de risa.

Nueva carcajada de todos.

—Vaya juerga que os traéis, ¿a qué viene tanta risa? —pregunta Eguskiñe que viene seguida de Felisa.

—¿A ti no te aprietan un poco las bragas? —le pregunta Lorenzo a su mujer riendo.

Felisa que, en efecto, un poco justas sí las tiene, amama es un poco más delgada que ella y como encima están sin estrenar, le tienen incómoda.

—Pues ten cuidado no se te recaliente también el coño... —ríe su salida un tanto grotesca Lorenzo, burlándose así de su mujer, dejándole un poco en ridículo.

Felisa, tranquila, le contesta con retintín:

—A ver si ahora descubro, a mis años, que para calentarlo necesito unas bragas prietas, mira por dónde...

La cara de Lorenzo cambia de color, del rojo al amarillo y viceversa, mientras los presentes hacen grandes esfuerzos por contener la risa.

Amama gira la cabeza para que no le vean reír por lo bajo. Eguskiñe hace lo mismo y los hombres hacen un gesto de «que donde las dan las toman, y callarse es bueno».

—Bueno, cambiando de tema... A mí me gustaría, si ustedes están de acuerdo, aclarar algo más sobre el tema que hemos dejado antes —sugiere el doctor mirándolos fijamente.

Dejan de reír todos al escuchar las palabras del doctor y, mirándose serios unos a otros, Lorenzo es el primero en hablar:

—A mí no me importaría, porque el tema de antes, me ha dejao, risas aparte, (que están muy bien), con muchas dudas en la cabeza.

—Bueno, puede continuar, por mí... —es amama la que responde al igual que Lorenzo el último tema ha sido muy fuerte y le gustaría oír algo más sobre el nacionalismo.

Los demás también asienten, que por ellos encantados. Fermín asiente con el gesto tosco pensando para sí:

—Si no queda más remedio...

—Si no le importa, don Ismael, yo quisiera hacerle una pregunta —es Felisa la que con gesto serio se ha dirigido al doctor.

Este, recostado en el respaldo de la silla y sintiéndose catedrático de la Universidad de Salamanca, le contesta:

—Pregunte, Felisa.

Mientras, los demás guardan un silencio respetuoso.

—A ver, ¿qué diferencia hay entre nación, nacionalidad, nacionalismo, identidad, Patria, Estado?... Porque yo me hago un lío con tantas maneras de llamar a eso... La Patria...

La pregunta inesperada de Felisa sorprende a todos, por lo profunda, incluido a don Ismael que no se lo esperaba, pero que le congratula:

—Vamos por partes: la primera pregunta es la de qué diferencia hay, eso, entre unos y otros nombres para definir la Nación, por ejemplo, es indestructible mientras exista una raza, sea vasca, española o francesa, da igual. Los estados se forman por ejemplo, según los reyes o conquistadores que los gobiernen. El nacionalismo es el sistema político que reivindica a cada nación el derecho de gobernarse a sí misma, con las leyes que ese mismo pueblo ha creado, costumbres, tradiciones, etc., como el caso que reivindicó Sabino Arana, que tampoco se concibe, claro, sin el Cristianismo.

—Interesante pues —le interrumpe Lorenzo.

—Como decía —continúa en el mismo tono don Ismael—: y la Patria viene de Pater, padre, Patria, Nación y raza, estos tres componentes están aquí en Euskadi localizados. Si la raza estuviese repartida por el mundo, como los gitanos o los hebreos, por ejemplo, aún siendo una raza, no podrían reivindicar sus derechos como Patria gitana o hebrea, por carecer de territorio propio. De ahí que los vascos consideren a Euskadi la Patria de los vascos, precisamente por reunir todos los requisitos. También Patria, aparte de lo que ya he dicho anteriormente, patria es una extensión de la familia. Por consiguiente, y este punto es del todo importante, estas naciones que reúnen esos requisitos, tienen derecho a su independencia, salvo, claro, que voluntariamente se hayan sometido cediendo sus derechos a la nación o estado que los domina, que no es este caso, el de Euskadi —don Roberto y don Fernando asienten las palabras del doctor y los demás se miran serios asimilando estas palabras aclaratorias a la pregunta de Felisa, que sonrío de lado a lado y le responde a don Ismael:

—Bien explicado, sí, señor, aclarado, ahora lo entiendo.

—Creo que explicado así de sencillo, no quedan dudas, pero yo también quisiera preguntarle al maestro, para que puedan hablar todos.

La que así habla es amama mientras todos le escuchan.

—¿Y qué es eso de la nacionalidad? ¿Qué diferencia hay?

Don Roberto espera la pregunta reflexiona unos segundos antes de contestar, mientras las miradas se dirigen todas hacia él.

—No basta haber nacido dentro de una nación, la que sea, para que un inglés que nazca en Francia sea francés, o un Fernández sea vasco porque ha nacido en Vascongadas. Por el contrario, un Arizmendi será siempre vasco, aunque haya nacido en Marbella por ejemplo, y un Ramírez, será siempre español aunque haya nacido en América o en Vascongadas.

—Me quitas un peso, tenía la duda de si mis nietos que viven en América eran americanos o vascos, y los madrileños, en este caso, también siguen siendo vascos —le responde amama preocupada al principio y aliviada ahora por la respuesta del maestro.

—Entonces, ¿qué tienen que hacer los que vienen de fuera para tener derecho a ser vascos? —pregunta Eguskiñe.

Esta respuesta es cedida a don Fernando con un gesto de sus oponentes de que le corresponde el turno.

—Lo que se puede hacer en los casos de los que viven en otra nación, sean los de fuera los que vienen, o nosotros que nos ausentamos en otro territorio, es adoptar una patria, en este caso, adoptiva, claro —responde don Fernando a la pregunta de Eguskiñe.

—¿Y si un burgalés o un asturiano se casa con una vasca, como un pariente mío, qué pasa, hay que llamar «mestizos» a sus hijos?

El que pregunta ahora es Lorenzo, que este tema le tiene muy interesado, aunque le molesta que haya sido su mujer a quien se le ocurriese la idea de la pregunta y no a él.

Por orden de respuesta don Ismael toma una posición a tono, adoptando ese aire solemne que a él le va tanto.

Estos hijos, como en el caso de su pariente, poseen caracteres propios de dos razas. Las circunstancias, los gustos y el ambiente en que se eduquen, determinarán la procedencia de unos caracteres sobre los otros. Si agregamos que a esta determinación se le añade el libre ejercicio de la voluntad, se obtiene el resultado de la preponderancia definitiva de una raza sobre la otra. Desde el punto de vista natural, subsiste el vasco—mestizo, pero el punto de vista moral, se obtendrá el

vasco completo, sea el caso de la raza vasca o de cualquier otra raza, claro.

—Interesante, sí señor; tengo una tía casada con un maketo, bueno, quiero decir con uno de Santander, y en mi casa más de una discusión he oído yo, que si es vasco, que si es maketo. Además vivían del ganao en el caserío de Abisketa de Miravalles —contesta Fermín que encuentra algo en la charla que le es aclaratorio en el tema histórico vasco.

—¿Y el amor a la patria, tiene tanto sentido como para ir a la guerra? pregunta Eguskiñe de nuevo.

La palabra se la ceden en el mismo orden al maestro.

—El amor a la patria, pienso yo que es deber de todo ciudadano; ésta ha sido en primer lugar propiedad y morada de nuestros mayores, que desde hace siglos nos han transmitido sus leyes, sus costumbres y este hilo umbilical debe permanecer unido a nosotros como símbolo de los que antes de nosotros regaron con su sudor, sus lágrimas, estos verdes campos que les vieron nacer a ellos y a nosotros. ¿Quién viendo que agreden a su madre no sale en su defensa? El que así no lo hiciera es que es un mal nacido, ¿no te parece?

Eguskiñe asiente y los demás también.

—Por amor fui yo a la guerra, y otra vez iría si hiciera falta —exclama Lorenzo patriótico, una vez más.

—Pero para que te maten... No sé yo si iría a la guerra —dice Fermín en tono modesto y sincero.

—Está bien luchar por la patria, pero cuando vayan todos, porque luchar por la patria cuando los que organizan las guerras se quedan en casa... —expone su opinión amama, sincera, moviendo la cabeza, en señal de no estar de acuerdo con todo.

Le responde primero Felisa dándole la razón.

—Tienes razón, María, mientras muchos como éste... —dice señalando a su marido, haciendo un gesto de que está un poco loco—, pegaban tiros por esos campos perdidos; un hermano mío y mi propio padre... Allí no sabemos dónde, se quedaron. Los que organizan las guerras, esos lejos de los frentes se quedaron. No digo que no hay que defender la nación, pero mejor sería que encontraran la manera los políticos, de evitarlas, que luego quien paga el pato son los pobres soldados y las pobres madres... que para qué vamos a hablar...

—Sí señor, estoy de acuerdo contigo, mejor harían evitándolas —exclama en un tono duro Eguskiñe.

—Opino como tú, pero ese reglamento aún no está escrito, mientras el hombre almacena odio, amor propio, intereses, etc... —exclama impotente don Fernando.

—Cuando a un pueblo le cargan las pilas con injusticias, éstas saltan con la barbarie, lleva a la gente a estados límites y ya tienes una guerra, eso es lo que hay que evitar, llevar al pueblo a estados límites, bien por abusos políticos, o bien por falta de economía, es sencillísimo —concluye don Roberto también en tono serio.

—Como en Euskadi sigan las cosas así... Nos encontramos con un grave problema, porque aquí las dos cuestiones de Roberto, están unidas, que no se enciendan ambas demasiado, porque estamos sentados sobre un polvorín —exclama el doctor apurando seguidamente un sorbo de coñac.

Amama le mira y sin decir nada, piensa para sí:

—No sé cómo sigue bebiendo, cada vez le cuesta más hablar. Estos médicos, vaya profesión, siempre viendo horrores no me extraña que tengan que beber, sólo les llaman para ver desgracias o para oír calamidades, así que el pobre, para una vez que tiene quien le escuche los temas que a él le gustan y una copa para alegrar el alma, está en la gloria. Yo le diría que no bebiese, pero sin fantasmas el pobre se sentirá libre. Además, un día es un día, porque nunca le había visto así de contento, a diario es un hombre serio, dedicado sólo a su profesión.

—Ahí me duele, si me quitan hasta de comer... Eso es muy jodido, de políticas no entiendo, pero si no tuviese nada que llevarme a la tripa, esas serían otras palabras... —Fermín opina sincero.

—La tripa, la tripa, siempre la tripa. Hay otras cuestiones también por las que uno puede quedarse con los brazos cruzados, pero tú qué sabes de éso —le dice con aire despectivo Eguskiñe.

—Yo sé lo que sé y es bastante, porque a mí me sirve —le responde airado Fermín.

—Así es, va bien con tu manera de ser, cada uno ha de saber lo que le conviene sin dejarse influir por nadie, y ha de luchar por lo que crea que ha de luchar, no por lo que a los demás les convenga, estoy de acuerdo con Fermín. Lo que pasa, es que cuando los gobiernos alistan a los hombres en sus filas para pegar tiros, estos derechos desaparecen —le responde don Fernando partiendo otra nuez— ¡Vaya, me salió podrida! —exclama cogiendo otra nuez y el martillo acertando a la primera, apareciendo la carne jugosa de la misma.

—Como los hombres, son las nueces, buenos y malos, todos revueltos, pero éstas no arman guerras, juntitas sí, pero no contamina-

das. Si fuesen manzanas juntas las que estarían delante, una podrida contagiaría a la otra. En eso sí que nos parecemos las personas, el podrido contagia al que está sano. Con malas compañías te llevan al huerto —responde con soltura Fermín, que a medida que transcurre la tarde y el coñac sigue su avance, se le va desatando la lengua, todo lo contrario que a don Ismael.

Le dan todos la razón, haciendo comentarios y comparaciones sobre el mismo tema.

—«Hagamos el amor y no la guerra», decía Reich y, según Freud el motor que mueve el mundo es el sexo; en fin, es fácil creer estas teorías, parte de nuestra propia violencia tiene su origen en la represión sexual —concluye el doctor encendiendo otro puro con deleite, recreándose en la acción del encendido.

—En eso un poco de razón ya tiene; a ver qué hombre o qué mujer tiene ganas de pelea después de so... Todos quedan satisfechos y relajados, sí, igual ese era un remedio eficaz, demasiado reprimido hay aquí —concluye amama con una sonrisa maliciosa.

—No lo dirás por mí —responde Fermín un poco molesto dándose por aludido.

—Es que manda cojones, siempre con la misma vaca... —responde esta vez Lorenzo mirando a Felisa con desgana.

—Tiene razón, María tanto retener las ganas, estas revientan. ¿como?, en cuanto tienen ocasión a descargar en las manifestaciones toda la furia que tienen dentro, por eso mismo, porque no están satisfechos ni con la política, ni con las empresas, y para colmo, con sus mujeres. Ya no hay que darle más vueltas. Los pueblos con sol son menos revolucionarios, seguro que joden mejor también —responde resuelta Felisa a la que el anís también le ha desatado la lengua.

—Demasiado soltero hay en el pueblo vasco y no cabe duda que sexualmente hay un gran potencial de reprimidos, y eso no les va bien ni a los curas que tienen que hacer votos de castidad —responde don Roberto dándoles la razón a Felisa y a amama, mirando maliciosamente a don Fernando.

—No voy a negar que ese es un gran problema, porque todos no hemos nacido para santos... Pero quizás, lo que peor llevamos los curas a veces, es la soledad, el tener que vivir solos en iglesias apartadas, sin hijos, familia, amigos, solos, todo lo más con alguien que te cuide si tienes la suerte de encontrar alguna señora que te limpie y te arregle la casa, pero claro, no siempre es suficiente. Para mí, quizás, lo menos soportable es la soledad.

—Por eso también habrán ido muchos curas a la guerra, tanto reprimir, pues claro que no es bueno, porque para ser religiosos o curas, lo mejor es capados o casados o como les dé la gana, que los apóstoles de Jesucristo fueron casados, ¿y qué?... el que contesta es Lorenzo en tono airado.

—Opino como Fernando, no me quiero imaginar sola en esta casa sin más compañía que el perro y el gato... Porque lo otro se puede llevar, pero la soledad... No, no podría vivir sola... —responde en tono serio Eguskiñe.

—Pues camino de ello llevas, porque tus hijos se casarán y el caso casa quiere y amama no va a ser eterna... Así que vete pensando... —le lanza la indirecta Fermín a Eguskiñe que no le contesta sino que se queda pensativa, porque en el fondo tiene razón.

—Bendito sexo, ¡que sería la humanidad sin las grandes amantes, las prostitutas, aunque hoy hay más libertad que antes en el campo sexual entre la juventud, pero demasiados prototipos de hombres y mujeres en la cama que no corresponden a la realidad, lo único que están logrando es una impotencia en las relaciones sexuales de las parejas, con los consiguientes desequilibrios emocionales —es don Ismael el que así se ha expresado.

—Desde luego el coito visto en el cine va precedido de escenas que tienen que durar unos pocos segundos y en tan poco tiempo las parejas, y menos cuando empiezan corresponden a esas imágenes que son pura ficción. La realidad es otra, y en este mundo están haciendo mucho daño a los adolescentes, que no saben manejar el sexo, con lo cual lo único que logran no son unas relaciones sexuales placenteras, sino más bien cargadas de frustración —concluye don Roberto que tiene relaciones directas con estos jóvenes y conoce muchos casos problemáticos, precisamente por no corresponder a la realidad.

—Ya tenemos otro colectivo de violentos, dispuestos a romper cristales, lanzandô piedras y desahogando su propia frustración... —le responde don Ismael aspirando el aroma de su puro recién empezado.

—Demasiada frustración decís que tienen los jóvenes ahora... No lo entiendo, de acuerdo que el sexo es muy importante, pero qué diremos nosotros de nuestra generación... sin píldoras como ahora, sin conocimientos sexuales... Cuántas morían en el parto por falta de higiene entonces la partera te asistía, y si el hijo venía mal, a elegir entre la madre y la criatura, ¿te acuerdas de Virginia?, con veintidós años en el parto se quedó... —dice Felisa recordando.



—Virginia Olaso y Tere la de Abendaño y muchas más, aquéllo sí que era traumático. Yo nunca fui a un ginecólogo, ni análisis, ni regímenes, ni nada de esas cosas, tampoco puedo yo entender demasiado bien a los jóvenes de ahora, que sin ir a la guerra, sin pasar hambre, teniéndolo todo, no son felices, creo que en el término medio está un poco el equilibrio, no le dan valor a las cosas porque no les cuesta conseguirlas y lo que no se lucha, no se valora, así que cuando se les niega algo o les sale mal lo que quiere, como están mal enseñados, se revuelven como culebras —le contesta amama suspirando, al comparar su mundo con el actual.

—Nosotros nada tenemos que ver con lo que pasa ahora. Por un pedazo de pan yo he visto casi matarse a dos personas; hoy el pan engorda, el tocino engorda las alubias engordan, con desprecio se trata a la comida, ¡con el hambre que hemos pasado nosotras...! que están traumatizados... No sé cómo hemos podido vivir entonces nosotros, y yo me pasaba el día silbando y trabajando doce horas diarias, incluidos los domingos, que siempre había algo que hacer en el caserío. Mucho vicio hay ahora, mi padre trabajaba en los Altos Hornos de la Vasconia, el pobre tragando aquellas temperaturas y aquellos humos que le llevaron bien joven a la tumba, y en cambio los domingos, cuando todos nos reuníamos a comer, daba gracias al cielo, qué gracias pueden dar entonces esta generación que todo les parece poco. Les hemos criado como príncipes y creen que somos injustos porque no les tratamos como a reyes. Hoy hasta los socialistas son de derechas, ¿en qué se diferencia un pobre de un rico? ¿Dónde está la diferencia? A ver si para ver ciertas cosas es mejor estar ciego —le contesta Lorenzo a amama mirando seriamente a todos los presentes, con un tono desencantado. Ellos lucharon para conseguir las mejoras que hoy tiene la sociedad, y es triste para esta generación comprobar que dichos logros no han sido suficientes a las generaciones actuales para ser felices, ni aquí ni en ninguna parte.

—La verdad que tiene que ser traumatizante para vosotros, comprobar que con tanto adelanto, tanta abundancia de todo, encima la nueva generación no sepa valorar lo que tienen ni sean felices, y lo que les ha costado a cientos de generaciones llegar hasta aquí... Si nuestros antepasados abrieran los ojos, se volvían a morir sólo de susto —les da la razón don Roberto a los tres.

Asienten amama, Felisa y Lorenzo, corroborando sus palabras de que si sus padres fuesen los que se levantaran de las tumbas, sin mencionar a sus abuelos, en efecto, se morirían del susto.

—Que un niño de ocho años se pueda suicidar porque no ha aprobado una asignatura, debe de hacernos reflexionar, qué consuelo puede aplicarse uno a unos padres cuando te encuentras con un caso así... —en tono preocupado ha contestado don Fernando, impotente, no hacía mucho tiempo, hubo de asistir en su parroquia a un hecho semejante.

—Un poco de culpa la tiene la Iglesia que no evoluciona de acuerdo con los tiempos, la falta de credibilidad en la forma de presentar hoy el Evangelio, es el detonante para que las iglesias estén vacías, con cuatro viejos, perdón, con personas mayores, que no abandonan sus creencias pero de jóvenes, nuevos valores, solamente hay una minoría. El hombre pide a voces su necesidad de Dios, pero no al Dios vengativo que la Iglesia ha forjado, al Dios que condena, castiga con el infierno, ese Dios no sirve en la generación del siglo XX, a esta generación hay que hablarle en consonancia con su cultura —concluye don Ismael mirando seriamente a don Fernando.

Este le mira serio, recapacitando bien su respuesta antes de contestarle.

Todos miran a don Ismael un tanto asombrados ante el ataque indirectamente dirigido a don Fernando, que a su juicio les parece una irreverencia, nunca ellos se atrevieron a hablar así a un sacerdote, en ese tono.

Don Fernando, que capta el sentir de todos, pausadamente, le contesta:

—A mi juicio opino como tú y vamos siendo ya muchos sacerdotes que poco a poco queremos cambiar esos esquemas, pero estamos sujetos a los mandatos de la Iglesia.

Don Roberto, en actitud seria también, ya que cualquier tema a desarrollar sobre una problemática con la Iglesia requiere un tacto especial, es el primero en darle su opinión.

—Ahí nos duele, ¿cuántos años tiene la media de quienes gobiernan la Iglesia? Los mayores son siempre reacios a los cambios, y hoy la Iglesia es lenta en este sentido, mientras el mundo evoluciona a velocidad de vértigo.

Don Fernando asiente un tanto cabizbajo respondiéndole:

—Soy partidario de los cambios, pero hemos de ir despacio, con prudencia, la Iglesia no puede cambiar de la noche a la mañana sin herir susceptibilidades, son temas que yo particularmente comparto con vosotros, y poco a poco se van abriendo nuevos surcos con el arado.

—Los tiempos modernos han traído nuevos males que ha de afrontar el hombre moderno: el individualismo, la competitividad, la soledad, el miedo, la falta de caridad y de respeto, y el peor de todos, la falta de amor. Poco amor se ofrece a los demás, y sin amor todo es desamor —concluye el doctor pesimista.

—Qué razón, si razón no le falta... qué lástima...

Responden todos a la vez.

Don Roberto agrega a lo expuesto anteriormente.

—Mientras la Iglesia no se haga cargo de este ser humano obra de Dios y encuentre éste al Padre, que le comprenda, le ayude, le ame con sus defectos y con sus virtudes, en lo bueno y en lo malo, las iglesias estarán vacías, sin gloria ni aleluyas con que glorificar el nombre de Dios y Señor —en tono pesimista concluye también don Roberto cogiendo la copa que tiene a medias, vaciándola de un trago.

Don Fernando, antes de contestar, apura un poco de licor de anís de su copa, meditando de nuevo con el sabor rico del mismo, paladeando junto con la respuesta que va a emitir dando así su opinión sincera.

—Yo tengo mi propio criterio sobre la religión Católica y sobre lo que a mi juicio, debiera de ofrecer como ayuda al ser humano que hoy más que nunca se encuentra en una difícil encrucijada. Estoy de acuerdo con vosotros, totalmente.

Toma la palabra don Roberto, reflexionando también:

—Si somos obra de Dios, si él nos ha creado, si El es nuestro Padre, ¿por qué ha de condenar nuestras malas acciones, nuestros defectos, nuestras imperfecciones? ¿No es El en todo caso responsable de nuestros actos? Porque de mí no depende el que ahora esté aquí, ¿no? Entonces yo puedo estar aquí, o pensar, o decidir, siempre y cuándo «El quiera que yo esté aquí o pueda decidir». Hasta mi pensamiento está regido por El. Entonces, ¿por qué la Iglesia no nos trata como seres desvalidos, que necesitamos ayuda, comprensión, aceptación de nuestros comportamientos, que no están regidos por nosotros mismos, sino a través de lo que Dios quiere para bien o para mal?

Se hace un silencio corto que aprovecha Eguskiñe para intervenir, como una flecha disparada por un arquero consumado:

—Eso, con lo dura que es la vida, con lo difícil que es seguir adelante cuando las desgracias te vienen una detrás de otra, ¿todavía pueden hablarte del infierno? ¿No es éste el infierno, también allí hay que pagar? Estoy de acuerdo contigo, Dios tiene que ser amor y perdón,

que ya nos da bastante, bien nos ganamos el cielo con nuestro sufrimiento aquí, si luego encima no nos espera el cielo... ¡vaya consuelo!

Amama, Felisa y Lorenzo le dan la razón a ambos, incluido don Ismael.

—Si de mí dependiera... Pero yo soy solamente un fiel cumplidor de lo que un día juré con mis votos de obediencia y acatamiento a la Iglesia —se lamenta don Fernando impotente ante su pequeñez.

—Como en política: donde manda capitán no manda marinero; pero es verdad, yo dejé hace muchos años de ir a la Iglesia, por eso, porque todo era pecado, Felisa va los domingos, yo nunca le he dicho que no, pero de haber hablado los curas como ha dicho don Roberto, otro gallo habría cantao —en tono pensativo y serio, responde Lorenzo, comprendiendo la situación un tanto comprometida en que han puesto a don Fernando.

—Bueno, dejemos a la Iglesia y a Fernando en paz, que el pobre bastante tiene con obedecer; a fin de cuentas, la Iglesia es la Iglesia y nosotros no somos quiénes para juzgarla... aunque estoy de acuerdo con vosotros, hay que hablar más de comprensión y de ayuda que de condenación.

Cambia de tema amama, que respeta todo lo que venga de Dios y son temas delicados, lo mismo para criticar como para juzgar a la ligera, aunque es este caso ella opina igual que Roberto.

—Pues claro, Basilio, mi amigo, se salió de cura para casarse, y ahora ni casao ni cura, porque se ha separao, ya quisiera yo tener su cabeza, los progresistas se salen y se quedan los que piensan como antes, y los de antes no gustan a la juventud —da su opinión sincera Fermín, que a la iglesia sólo asiste a los entierros y a las bodas.

—De todas maneras, yo recuerdo qué cantidad de curas había cuando yo era pequeña, en cada casa había un seminarista; de muchas vocaciones a quedarnos casi sin ellas hemos pasado, ¿los tiempos modernos, con tanta libertad tendrán la culpa? —pregunta amama en tono de extrañeza.

—Eso, el Seminario vacío está ahora, y antes, casi había que entrar recomendado —le responde Lorenzo haciendo un gesto de extrañeza, igual que amama.

—Eso, ¿qué está pasando? —pregunta Felisa mirando a los presentes en el mismo tono empleado por amama y Lorenzo.

Se miran don Ismael, don Roberto y don Fernando y con un gesto ceden la palabra a don Fernando.

Este hace una pausa, cambia de postura en la silla y, midiendo sus palabras, responde, preocupado:

—Si nos remontamos un poco en el pasado, veremos que Euskadi ha sido un pueblo sin universidades hasta principios de siglo, que vivió prácticamente de la labranza, aunque también se construían barcos y había ferrerías donde se trabajaba el hierro que salía de las minas. Pero estábamos aferrados a la tierra, de ahí ese amor casi místico que el vasco le consagra. Patria, Dios y Fueros han sido nuestros detonantes, al no haber universidades, como he dicho antes, nuestros cerebros más importantes, ¿dónde se han forjado? ¿En las universidades? No, en los Seminarios —termina Fernando cediéndole la palabra a don Ismael, que le ha hecho varias señas de querer intervenir.

—En los Seminarios y en las diferentes órdenes carmelitas, Jesuitas, Padres Blancos, Sagrado Corazón de María, ¿en qué parte del mundo no hay una Orden regida por vascos impartiendo la religión católica? La labor de estos religiosos y monjas es encomiable, sí señor, poco nos acordamos de ellos. Cuando vienen a pasar las vacaciones a sus hogares, conozco a varios, me dicen todos lo mismo, que prefieren volver. Aquí es más difícil hoy convertir a la gente —concluye don Ismael cediéndole la palabra a don Roberto, que también quiere intervenir.

—Aparte del acatamiento y la obediencia que requieren los votos, la Iglesia de Roma tuvo en sus manos los grandes cerebros que se forjaron en los seminarios de Lezama, en los centros Jesuitas de Deusto, fueron muchos años regidos política y religiosamente por la Iglesia, con lo que consiguieron que el pueblo amase de una forma mística, diría yo, a todo lo que significase, como ha dicho Fernando. Parte del amor de Dios, se le ha dado a la patria y a todo lo que ha significado dicha palabra, de ahí se da que surgiera un Sabino Arana de ese amor, exaltado diría yo, también a mi juicio, por lo que él siente hacia Euskadi y que supo transmitir al pueblo y éste profesase acatando su doctrina —concluye don Roberto, cediéndole la palabra a don Ismael que se la ha pedido de nuevo.

—No todo el mundo amaba así, no olvidemos la obra de *La Vida de Galileo Brecht* las dos citas que demuestran que siempre hubo diversidad de opinión. Por ejemplo, Andrés dice: «No. Desgraciado el país que no tiene héroes» y Galileo le responde: «No, Desgraciado el país que tiene necesidad de héroes» y vienen al caso el contraste entre el amor casi sagrado de Sabino a la patria, que se presentó en 1898 a las elecciones provinciales, obteniendo un gran número de votos. En

la Diputación Provincial la actividad de Sabino, está encaminada principalmente a la defensa de la religión, las tradiciones de los vascos contra los «invasores», pidiendo incluso, en una de sus mociones, la separación de la cárcel de Bilbao de los jóvenes de habla vasca... entonces ya había jóvenes encarcelados por la defensa de la patria; o sea, presos políticos y como decía, y los de habla española, ya que éstos contaminaban con sus inmoralidades y blasfemias a los vascos. No me interrumpen —le pide a don Ismael que quiere intervenir en este punto, prosiguiendo su relato en un tono de voz un poco pastosa, fruto del coñac ingerido un poco de más—: Miguel de Unamuno, mantenedor de los juegos florales de Bilbao, en 1901 en un discurso contra el euskera, diría atacando al mismo: «Esa lengua que hablas, pueblo vasco, ese euskera, desaparece contigo y eso no tiene importancia, ya que tú mismo debes desaparecer. Apresúrate a matarlo, a enterrarlo con horror y habla español» —concluye don Ismael satisfecho por las reacciones logradas en las caras de sorpresa de todos, menos las de don Roberto y don Fernando, que conocen bien esa triste frase.

—¿Y dice que era vasco y encima se permitió hacer ese desprecio a nuestra lengua? —Lorenzo, rojo de rabia se ha levantado de la silla, como si de pronto estuviera sentado encima de alfileres.

—¡Qué barbaridad! —exclama sorprendida también Eguskiñe, no dando crédito a lo que oye.

—¡Jaungoikoa! Renegar así de la lengua de los antepasados, yo le llamaría a eso blasfemia —contesta con coraje amama.

—Locos en todas partes ha habido siempre; mi tío peleando con Franco, mi padre, su hermano, con los gudarís, uno enfrente de otro. Cuando dos no piensan igual, a hostias acaba la fiesta, antes y ahora —responde Fermín sin alterarse.

—Sí, señor, calaron éstas y otras palabras parecidas, tan hondo, que el euskera fue debilitándose hasta llegar adoptar el idioma español porque era más fino, ya que se podía leer la literatura, el romanticismo, los grandes poetas, escritores de los que aquí carecíamos bastante —continúa don Roberto tomándole la palabra don Fernando.

—En Bizkaia, hay que decir la verdad sin ponernos colorados, no ha existido la literatura propiamente dicha, ni en castellano, ni en vascuence, tampoco antes de Trueba, a pesar de haber aportado, al finalizar el siglo xv, un verdadero monumento literario como fue las Bienandanzas de Lope García de Salazar y de haber sido este país, según dijo Cervantes, vivero de secretarios (ministros) excelentes.

Claro que la misión del secretario, no es precisamente la de un letrado, literario. Tenemos que llegar prácticamente al siglo XVIII, ya iniciado el esplendor industrial y, una vez sometido a influencias flamencas y francesas, las que dejaran huellas profundas en la cultura de nuestro pueblo.

—Son muchos los que piensan que este fenómeno se produjo debido al bilingüismo, que entre los vascos existía desde tiempos atrás, el vascuence de las merindades vizcainas, siempre fue un vascuence muy puro, plagado de vivencias románticas, exceptuando el de Marquina; yo más bien creo que este fenómeno se debió a que el vizcaino fue más dado a la acción que a la especulación. Por un lado está el sentido práctico y positivo que tiene el vasco de ver la vida, fueron el detonante de alejarse de la ilustración —concluye don Ismael.

—Yo también lo creo así, los vascos dedicaron sus esfuerzos a mejorar sus iniciativas industriales y comerciales por tierra y por mar, no hay más que mirar el Fuero, el Consulado y las Ordenanzas promulgadas, donde la verdadera literatura la encontramos en el Archivo del Señor Corregidor... —le responde don Fernando con el martillo en la mano.

—Para qué queremos tanto libro, si no tenemos para comer, mejor pensar en cómo nos las arreglamos para comer todos los días, que con buenas palabras poco se come —responde Fermín, que está de acuerdo en que para qué tanta literatura si luego el estómago está vacío.

Asiente Lorenzo y Felisa. Amama no está del todo de acuerdo, solamente en parte.

Eguskiñe, como no tiene claro ni lo uno ni lo otro, opta por escuchar únicamente.

—En Bizkaia, en el siglo XVIII, salvo algunos ensayos y los trabajos literarios de Astarloa, publicándose a principios del XIX sobre su *Apología de la Lengua Vascongada*, Bilbao fomentó las artes plásticas, la música. Diríamos, que la literatura de Bizkaia, comienza propiamente dicho, con Trueba. También dan comienzo las obras en vascuence dignas de tener en cuenta. La obra poética de Bardo Arrese, en este mismo siglo, no hay que olvidarla —contesta don Roberto asintiendo don Fernando y don Ismael.

—En consecuencia, podíamos decir que el detonante de este empuje, pudiera ser causa el castellano, que se hablaba correctamente en un período romántico en la literatura española que naciera con un Espronceda, un Campoamor, y en la cultura que se respiraba en dicho

siglo, el detonante de dicho fenómeno —concluye don Ismael con los ojos entornados.

Amama, que no pierde detalle del comportamiento del doctor, preocupada piensa:

—No sé ni cómo puede hablar, se va a caer de la silla, está casi dormido.

No ha terminado amama de pensar dicha frase, cuando se oyen unos ligeros ronquidos, producidos por el sueño que de pronto le ha invadido al doctor, que se ha quedado dormido, sentado en su silla en medio de la conversación, con una sonrisa dibujada en la comisura de sus labios.

Al oír los ronquidos se le quedan todos mirando, comprensivos. El tema es apasionante para don Roberto y don Fernando, por lo que, prescindiendo de don Ismael, don Roberto inicia el tema literario en el país vasco, de nuevo.

—En el siglo XVIII, los que de verdad se distinguieron en Vascongadas, fue el gran fomento de economistas, muchos de ellos grandes publicistas, como Antonio de Aguirrezábal, Nicolás de Arriquirar, Valentín de Foronda, alavés, por cierto, Fernando de Salcedo y tantos y tantos más.

—Para terminar este tema y no aburrir aquí a todos —se disculpa don Fernando—, diré que un hecho importante que no debemos olvidar, a la hora de hacer balance, fue el que marcó el río Nervión, dividiendo ambas márgenes de la ría. Tenemos dos regiones diferentes económica e históricamente hablando. En la margen izquierda (las encartaciones) que se hablaba en castellano, por la invasión de trabajadores y en la derecha, se hablaba el vascuence, cuando ya nuestra lengua había caído en desuso en toda la cuenca del Cadagua. No cabe duda, que esta pérdida fue irreparable desde entonces.

Interrumpe Felisa a don Fernando preocupada:

—Entonces, ¿desde cuándo se fue perdiendo el euskera en Euskadi? Porque yo, toda la vida, he visto poco a poco dejar de hablar.

Don Fernando le contesta haciendo memoria:

—Que yo sepa, a partir de 1833, desde entonces, como ya he dicho, este siglo pasado, de desuso, el daño causado al euskera, ha sido irreparable, y, siguiendo con lo que decía antes, para no perder la onda, esta división es comparativa a las dos Españas que se batieron en guerra en el 36, los dos vascos surgirían desde entonces también en Euskadi, los que se aferraban al pasado con todas sus consecuencias,



y los que no querían mirar para atrás, sino avanzando olvidando su pasado, con algún que otro que quería ambas cosas, que a mi juicio habría sido lo más justo.

—En el término medio está siempre la virtud, ni de derechas derechas, ni de izquierdas izquierdas, los extremos se rompen siempre y no hay más que mirar para atrás, errores, siempre errores, han traído los fanatismos —la que así se ha expresado, nostálgica, es amama en tono pesimista.

—Lástima que no se puede volver atrás; yo no me arrepiento de nada, pero tengo claro que defenderé a Euskadi hasta que me muera —dice impetuoso Lorenzo con los ojos encendidos como las ascuas de los leños que chisporrotean en el fuego bajo, ajenos a los sentimientos suscitados por todos los presentes.

—Yo tengo claro que tengo una lucha y es la de comprender el por qué del terrorismo y por qué mata ETA, que es la parte de la historia que es la que a mí personalmente me ha tocado vivir. Mi ama vivió su guerra con Franco y vio a sus familiares muertos. Yo también estoy en guerra, he visto a mi hijo muerto, quiero saber hasta el final que ha pasado aquí para que sigamos matándonos... —expone Eguskiñe, esta vez con acento amargo no pudiendo contener las lágrimas. Un nudo se les hace a todos en la garganta al ver su expresión de sufrimiento, menos don Fernando, para quien las lágrimas son el pan nuestro de cada día.

Fermín, emocionado y preocupado por el dolor de Eguskiñe, le coge la mano que ésta tienen encima de la mesa y apretándosela con fuerza le dice, mirándola a los ojos con todo el amor que lleva dentro.

—Aquí me tienes para lo que te haga falta.

Eguskiñe, con los ojos velados por las lágrimas, siente que esta fuerza transmitiéndole ánimos es fruto de la sinceridad y que algo noble y fuerte está ahí para que pueda aferrarse, sintiéndose protegida y consolada al mismo tiempo.

Deja unos segundos que Fermín contenga su mano aferrada a la suya y todos miran emocionados la escena.

Para romper este momento un tanto emotivo, don Roberto, tratando de bromear, les dice a Fermín y a Eguskiñe:

—Ya tenemos cura, cuando queráis no tenéis más que pasar por la vicaría...

Las sonrisas se dibujan en los rostros de todos y amama por unos segundos intuye que su hija no rechaza ese ofrecimiento, si no que lo acepta y le complace dicho gesto.

—¡Ay, Jaungoikoa, haz que vea esta unión realizada antes de que me muera! —pide a Dios para sus adentros como si fuese una oración.

Don Ismael duerme profundamente emitiendo unos resoplidos acompasados, ajeno esta vez a lo que sucede dentro de la cocina.

Se hace un pequeño silencio de pronto y como si todos reflexionasen sobre tantos temas diferentes como se han abordado durante toda la tarde que llevan reunidos.

Fermín aprovecha este silencio para disculparse, levantándose acto seguido de la silla, en que está sentado, diciendo:

—Creo que la vaca... Hay que ordeñarla, parece que empiezan a apretarle las ubres.

—Yo te acompaño, tú no te muevas, ni tú tampoco —dice Lorenzo imitando a Fermín y levantándose a su vez, dirigiéndose a amama y a Eguskiñe.

Ambos salen de la cocina dirigiéndose a la cuadra.

Don Fernando y don Roberto se levantan para dejarles paso haciendo un gesto de que la cuadra no se ha hecho para ellos.

Los resoplidos acompasados del doctor tienen la virtud de adormecer a Felisa que a duras penas puede abrir los párpados. Con su marido cerca ha tratado de mantenerlos abiertos, pero una vez liberada de su presencia, no opone resistencia al sueño que le invade. En unos segundos se queda con los brazos encima de la mesa sosteniendo su cabeza dormida como una niña pequeña.

Amama le mira cariñosamente y con una sonrisa comenta:

—Poco a poco nos van a dejar solos, como a los de Tudela, qué bendición verles dormir al doctor y a Felisa. Yo tengo tantos nervios que aunque quisiera no podría.

—Para dormir estamos nosotras... Hacía mucho tiempo que no teníamos una reunión así en la cocina. Las fiestas de Navidad son para estar rodeadas de amigos o familiares, pero el año pasado que estuvimos solas... ¿verdad, ama? No quiero acordarme... —dice Eguskiñe pensativa con un tono melancólico en su voz.

—Bueno, cambiemos de tema y ahuyentemos a los fantasmas. Un brindis porque sean estas navidades las últimas tristes en esta casa y en las de los demás también —propone don Roberto.

Amama asiente cogiendo su copa. Eguskiñe coge la suya al igual que don Fernando.

—Amén, que así sea... Que Dios te oiga.

Beben un pequeño sorbo y el doctor emite un pequeño ronquido como si también él asintiese en ese instante, entrándoles a todos la risa. A Eguskiñe se le ha ido el licor por mal sitio haciéndole llorar y reír al mismo tiempo.

Felisa duerme como un ángel, silenciosamente, su cara, está relajada y colorada como una manzana recién recogida del árbol.

—¡Hay que ver la historia, qué desnudos deja a los muertos! ¿Quién dijo que al morir nos quedamos ahí en la tumba mudos, sordos y ciegos...? Si nos paráramos a pensar, cuando vamos a un cementerio, en quiénes son y lo que hicieron cada uno de los que allí duermen, con sus vidas... Cuántas cosas nos contarían que pondrían colorado a más de uno —dice amama pensativa mirando compasivamente a Felisa y al doctor.

—Y que lo digas, amama... Con la muerte no acaba todo, empieza ni más ni menos, que otro capítulo que no tendría sentido, si no fuese precedido de los acontecimientos acaecidos antes, como en el caso de los que estamos citando aquí, para contar lo que otros hicieron, con errores o con aciertos. No vamos a analizar esta cuestión ahora, pero sin el pasado, no se puede recomponer el presente y luchar por el futuro, cediendo la antorcha a los que nos irán sucediendo —le responde don Fernando con convicción.

—Nunca se me había ocurrido mirar así las cosas, desde este punto de vista, pero es verdad, tarde o temprano alguien desentierra el pasado y éste apesta... —le da la razón Eguskiñe a don Fernando, en un tono de ira contenida.

—Da miedo comprobar en la historia, las consecuencias de tantos errores, lo mismo en Euskadi que en Francia, que en Inglaterra o en Alemania, sin ir más lejos. La historia la han hecho los grandes errores, los grandes aciertos, y en medio de los sufridores que la padecieron o la disfrutaron. Una frase solamente a veces, ha tenido la virtud de cambiar la vida de los hombres. Cuando Hitler conquistó París, dijo: «París bien vale una misa» y se quedó absorto contemplando la ciudad sin preocuparse por los muertos que dejó atrás...

Corroboró don Roberto las palabras de don Fernando:

—De locos, a veces creo que gobiernan los locos, porque si no, ¿cómo podemos ver que unos pueblos tengan tanto y otros pobres muriéndose los chiquillos de hambre, eso no es una guerra también? Hay muchas maneras de matar y quedarse con la conciencia tranquila, no te jode... Bueno, quiero decir, ¿qué le voy a hacer?, de vez en

cuando me sale un disparate, es la costumbre —se disculpa Eguskiñe un poco avergonzada ante don Roberto y don Fernando.

—Poco mal hace una palabra mal dicha, pero una orden mal dada... Estoy de acuerdo, en una ocasión le dije a mi hijo Eduardo, que no valía para nada y al día siguiente cogió la maleta para América. El no comprendió que era una forma de decir, no de sentir, me dijo también que se iba porque le gustaba la aventura y quería probar. Jamás he vuelto a decir a nadie semejante disparate —amama siente un nudo en la garganta al recordar ese momento. Para que no le vean húmedos los ojos se levanta dándoles la espalda atizando el fuego de la chapa económica.

—Es verdad, no siempre medimos lo que decimos a los hijos, yo no me he quitado el complejo de tonto desde que mi madre, desde muy pequeño, por cualquier tontería me decía: «Quítate de delante, pareces tonto». Todavía no lo he superado y creo que no lo superaré nunca —dice el maestro mirando a amama compasivo.

Esta mirada que siente clavada en su espalda, le hace sentirse peor a amama, y una vez finalizado el trabajo de atizar el fuego, empieza a fregar algunas copas y tazas que hay en la fregadera, para poder desahogarse y que no le vean los ojos llorosos.

—Nacemos sin conocer el cuerpo, ni el alma del que viene al mundo. Muchas personas no llegan a conocerse a sí mismas nunca. Yo no reprocharía a nadie esta clase de errores, no se hacen con mala intención, aunque el resultado sea el mismo. Nos mandan hacer catedrales sin saber construir ermitas —les consuela a ambos don Fernando pensativo.

—Es verdad, qué poco sabemos, pero cuánto nos gusta presumir de saberlo todo. No sabemos nada de la vida, de nosotros mismos, de lo que pasa en el mundo. Porque no nos preocupamos de enterarnos... Yo desde que leo creo que nunca es tarde para empezar, es como si poco a poco abriese una ventana por la que me entra el sol. Parece ésto una tontería, pero tengo fe y esperanza en encontrar la respuesta que me atormenta cada día... —deja en alto la frase, no atreviéndose a demostrar demasiado a las claras sus sentimientos profundos Eguskiñe.

—Esa es la pena más grande para mí, irme de este mundo con tantas preguntas sin respuesta, espero que en el cielo esté ese gran libro preparado, donde la luz se junte con la paz.

Amama mira al techo de la cocina, con la expresión convencida, de que allí, más allá del tejado del caserío, encontrará también su respuesta.

Fermín en la cuadra, está sentado en un pequeño taburete junto a la ubre de la vaca, accionando las tetas de la misma mecánicamente y pensativo.

Lorenzo de pie, cerca de él, preocupado, rompe el silencio que sólo es interrumpido por el mugir de la vaca y el susurro que emite el chorro de leche al chocar con la que hay dentro del cubo de hojalata.

—Oye, ¿tú crees que Eguskiñe está bien de la cabeza? El dolor del hijo, no sé... porque a estas alturas preocuparse de la política...

Fermín alza la vista de las tetas de la vaca y con gesto preocupado también, ya que el relato de la historia a él le ha aburrido, salvo pequeños comentarios, mientras que en la cara de Eguskiñe se podía observar, sin ser demasiado psicólogo, su interés por la misma, a juzgar por la devoción con que miraba a los tres eruditos en la materia.

—Preocupado me tiene, claro que el dolor de su hijo, a cualquiera nos haría cambiar. Porque antes nunca habló de política, ni se preocupó de quién era el que mandaba. Pero ahora ya los conoce a todos. No sé qué es lo que tiene en la cabeza, pero preocupao me tiene...

—Las mujeres no deben meterse en estas cosas... Ellas con las cosas de casa bastante tienen.

Le responde Lorenzo en un tono de duda.

—Eso era antes, pero desde lo de su hijo, medio loca se quedó la pobre. Me cagüen la mar... Tú sabes que yo... no pierdo las esperanzas mientras no entre otro en casa, pero con la política ahora, no se si es mayor el contrincante que tengo.

—Malo es que se metan monjas, pero en política... a todas a fregar las mandaba yo, a ministra y a la que no es ministra. Los pantalones, aunque mal puestos, los tenemos que llevar los hombres.

Lorenzo que está en jarras sujetándose la cintura, desde esta posición expone sus ideas en lo que respecta al papel de antes y al actual que compite a la mujer.

—Antes sí era así, pero ahora la hija de Eguskiñe a la Universidad va y el hijo también, los educan igual. Antes los hombres a la escuela y a la Universidad, mientras las mujeres cosían y bordaban. Ahora ellas saben más que nosotros. Sí, saben más; a mí me revienta, pero es así y Eguskiñe desde que lee sabe más que antes y protestas también hace más. Mientras yo, aquí me tienes, esperando turno, qué otra cosa puedo hacer, a ver, dime tú...

—Más de una contenta iría contigo, pero estás encoñao con Eguskiñe, eso es lo que te pasa.

Lorenzo le dice esto último y moviendo la cabeza, acordándose de cuando él era joven y no podía vivir un día entero sin ir aunque sólo fuese a ver un rato a la que hoy es su mujer y comprendiendo estos sentimientos amorosos tan fuertes que ni el huracán más violento puede llevarse con él.

—Para qué te voy a contar... Buena leche la de esta vaca. Bueno, esto ya esta, ahora arreglaré la comida para hoy y mañana, con tanto jaleo de familia, bastante tienen las pobres... —cambia de conversación Fermín que siente celos clavados en su alma al ver cómo miraba Eguskiñe a los eruditos en la materia de historia y de otras cosas que él no alcanza a comprender. Hasta los ve más guapos a estos que han estudiado, son más refinados que él aunque hablen de cualquier cosa, y esas miradas de Eguskiñe como si estuviese en el otro mundo, quiere apartarlas de su mente pero no puede. Se queda pensativo, sin hablar. Aunque cuando le ha cogido la mano, él ha sentido que algo había más allá del simple apretón. El corazón le salta en el pecho al recordar este momento. ¿Y si en el fondo siente algo por él? A los demás no les ha quitado el ojo, pero de la mano, nada. Buena es ella para dar confianzas...

—Yo, lo que ella diga, si me quiere maricón, colonia, desodorante y todas las porquerías esas. Que se mete en política, yo de guardaespaldas, ella sabrá lo que tiene en la cabeza, yo por si acaso, respetar antes de criticar. Que es fácil hablar desde el tendido, pero hay que estar en el ruedo con el toro —piensa sin mirar a Lorenzo que no aparta la vista de él.

—Hay que joderse con los hombres de ahora... Mi hijo la compra le hace a su mujer, sin importarle el «qué dirán», no sé de qué están hechos, desodorante y colonia, me recuerdan a un mariposa que teníamos en el cuartel cuando hice la mili... «La mariposa», le llamaban, no andaba derecho, parecía que volaba, por eso algún guasón le puso ese nombre.

Fermín le mira y se contiene las ganas de contestarle, está saboreando el recuerdo de la mano de Eguskiñe sobre su mano, y siente que puede volar también como una mariposa de colores en primavera. Sin prestar la atención debida a Lorenzo cuando ha descrito una mariposa, un maricón, o al hijo del alcalde, a él le da lo mismo su opinión sobre cuestiones domésticas.

—Coge esos huevos del nido y ponlos en este cesto, ahí en la balda, que nos los tire el perro, que en cuanto te descuidas le gusta jugar con ellos —le ordena Fermín a Lorenzo en tono suave para que

no parezca una orden, ya que Lorenzo con el carácter disconforme que tiene, se negaría a obedecer si notase el más mínimo tono autoritario.

—No seguirán hablando de política, porque vaya tarde que llevamos... Tengo la garganta áspera de tanto fumar, tú verás... qué otra cosa se puede hacer cuando no puedes hacer otra cosa...

Fermín coloca el cubo de leche en lugar seguro y con cara de circunstancias mira a Lorenzo con impotencia, mientras comenta:

—A mí ya me ha gustao lo que dicen, no todo, claro... Pero estos saben mucho, lástima que los que saben no nos gobiernen, ¿no te parece?

Le dice Lorenzo a Fermín mirándole directamente a los ojos. Este no comprende la pregunta y para no parecer más ignorante aún, le responde:

—Así, así...

—Que nos gobiernan mal, eso es lo que pasa, si no esto ya había acabado hace tiempo, creen que somos tontos, eso creen pero no, si yo te contara...

Fermín, que no quiere que le cuenten más cosas de política, ya que con el doctor, el cura y el maestro ha tenido suficiente por hoy, le dice, cambiando de tema, tratando de no molestarle:

—¿Qué te parece la cuadra? Como un espejo está, estas pobres, si yo no les echara una mano... Que no diga la familia que no tienen ni perro que las ladre, que mientras me tengan a mí y a Txakur, con uno que ladra y otro que obedece, ya tienen bastante.

—Criado barato les sales tú, sin sueldo, sin vacaciones, sólo obligaciones, si por lo menos... —deja la indirecta en el aire Lorenzo, sonriendo malicioso.

—Bueno, déjate de hostias y vamos arriba, a ver qué demonios hablan ahora —le corta Fermín que está intranquilo imaginándose a Eguskiñe con la mejor de sus sonrisas mostrándole al doctor, al cura y al maestro.

—Sí, vamos arriba; si por lo menos habían hablao de la guerra del 36, ahí no me ganan, porque yo estuve en Archanda en el cinturón pegando tiros y en Durango también, tú no habías nacido todavía —le dice Lorenzo recordando fascinado, mostrando un semblante feliz.

—En las guerras esas que muestran los antepasados, también estuvieron, ya era hora de que alguien les parara, porque ni generación pacífica pues ha sido, ¿no te parece?... Porque aparte de la ETA no hay más puñetas... Y encima nos llaman no sé qué cosas de asesi-

nos... Tiene narices... ¿Cuántas guerras ha habido desde hace cien años?... —pregunta Fermín a Lorenzo mirándole por encima del hombro.

—Bueno, que yo sepa las guerras carlistas, a ver... la primera guerra mundial, la segunda... Pero ahí no entramos, ni en la primera ni en la segunda, quiero decir la del 36, sí... y no te cuento en todo el mundo... —responde Lorenzo afirmativamente.

—Pues yo tengo casi medio siglo y todo el tiempo en paz, tan tonta no ha sido nuestra generación, creo yo... Porque aparte de ETA... y todos llamándonos asesinos... Asesinos entonces, no ahora... Porque, ¿cuántos muertos desde entonces? Ni contar se pueden, claro, por la Patria en guerra se mata y no hay asesinos... Se mata sin guerra y todos los vascos asesinos somos, pues mira qué te digo, el que mata como lo hacías tú, sus razones siempre cree que tiene... Lo que pasa que en tiempos de paz es diferente. Diferente para una madre no es si te matan un hijo en tiempo de paz o de guerra. A mí que de dejen de hostias, así que asesinos todos... los de antes y los de ahora...

Fermín concluye sus razonamientos un poco salido del tono al que acostumbra a hablar.

—No es lo mismo matar en tiempo de guerra que en tiempo de paz, oye, oye... —le para los pies Lorenzo sintiéndose aludido.

—Ya me dirás tú... si no son muertos igual los de antes que los de ahora... Qué diferencia hay para cualquier madre... A mi madre le mataron dos hermanos, sólo por quererse venir a casa, como estábamos en bando contrario... Los llamaron desertores... Sin juicio ni nada, contra la pared del cementerio, allí se quedaron... ¿No es lo mismo?... Y nadie los llamó asesinos... Defensores de la patria... Pues mira todos se creen igual de defensores de la patria... Pero claro, hay que estar en el bando ganador y entonces héroes los llaman, yo los llamo criminales todos. Los de antes y los de ahora —Fermín comprueba el gesto crispado de Lorenzo y se siente que no debía haberse puesto así con él. Al fin y al cabo Lorenzo tiene sus ideas y él las suyas, mereciendo un respeto ambas...

—Qué manera de hablar... Si estuviese aquí tu padre... decir que es lo mismo. Calla, calla, que si fueses un crío te daría dos hostias bien dadas... Pero mucha injusticia hubo entonces... y mucho desmadre también y qué cojones, un poco razón no te falta... Matar es siempre matar... La cuestión es la misma, sólo que se ve diferente cuando la orden la da el gobierno y cuando la veda está prohibida... Si los muertos se quedan cuando se aprieta el gatillo, lo mismo en la trin-



chera que en el asfalto. Hablemos de otras cosas, no son fechas de muertos, demasiado cerca están estos días... ¿Has terminao?, pues vamos arriba, que se está más caliente —le apremia Lorenzo a Fermín, que estos últimos comentarios hechos por él le han incomodado un poco.

—Por un trabajo se denunciaba y se mataba, por ser comunista también, y por la envidia se denunciaba. Sin juicios, sólo porque no caías bien contaban mis padres alrededor del fuego; muchas historias injustas he oído yo de pequeño, para poder olvidar. Por la patria siempre hay un motivo y si no, hay que inventarlo... Yo dolido estoy con las injusticias, y ahora que Eguskiñe no me oye, yo nunca he sabido si es justo o no por qué mata ETA. Los vascos no somos asesinos; entre nosotros, yo creo que tienen un motivo —mira Fermín a un lado y a otro diciendo esto último en un tono bajo, para que sólo pueda oírle Lorenzo.

Lorenzo le mira y en el mismo tono le contesta, confidencialmente:

—Al principio todo iba bien, después en muchos fregaos se han metido. Las cosas no son lo mismo, vuelvo a repetir, en tiempos de paz. Lo que tú has dicho, razón no te falta, matar es siempre matar... Pero es diferente, otros medios hay que utilizar para lograr las cosas, así a la ruina nos está llevando para no conseguir más que rechazo...

Lorenzo mira pensativo y preocupado a Fermín que no aparta los ojos de los suyos.

—Franco bien convenció con buenas palabras a todos, que los muertos necesarios eran y que con un monumento... Punto y aparte. Aquí va a pasar igual, otro monumento y al que le ha tocao le ha tocao. Pero eso, que den también una explicación, aunque sea para justificar. Yo todavía no me enterao qué pasa —le responde Fermín en tono humilde a Lorenzo con más confianza que si fuese su padre el que estuviese delante.

—Qué va a pasar... Que no pueden parar y marcharse con las manos vacías... A ver... Y los presos... Hala, ¿ahí se quedan sin amnistía? No pueden abandonarlos y deponer las armas así como así, mientras no lleguen a un acuerdo con el Gobierno... Ellos empezaron el fregao con Franco... Después con Suárez... Ahora con Felipe... Y después cualquiera sabe qué Cristo se van a encontrar, y como sigan con la misma política, tú me dirás... —concluye Lorenzo con gesto preocupado y pesimista.

—Que no acabamos nunca con este fregao... Ya he terminao, ¿Qué te parece si lo dejamos y subimos a ver qué pasa arriba? —le pregunta en tono cariñoso Fermín a Lorenzo que se ha quedado pensativo mirando a un punto del suelo. Lorenzo en unos segundos no le responde. Después de unos instantes y sin mediar más comentarios, se dirigen a la escalera que conduce al piso superior en dirección a la cocina.

\* \* \*

En la cocina se ha hecho un pequeño, silencio tras el comentario de amama, que es sólo interrumpido por los fuertes resoplidos del doctor y de Felisa que duermen plácidamente.

Amama mira a ambos con ternura y comenta:

—Qué poco somos cuando dormimos, ¿a que nadie mata dormido?... Si de pronto todos durmiésemos, se acabarían los asesinatos. Bendito el sueño que nos convierte en niños a grandes y pequeños... dejándonos indefensos y anulando en los seres humanos toda crueldad y maldad... Más a menudo deberían dormir los asesinos, aunque a los que dan las órdenes, a esos no los despertaría jamás —amama coloca su silla en posición correcta para poderse sentar.

—Razón no te falta, amama, pero si durmiesen todos los que obran mal por una causa o por otra, poco que hacer tendría el demonio en la tierra. Pero es bonito pensar qué pasaría de pronto si los malos durmiesen todos al mismo tiempo y los justos permaneciesen despiertos y viceversa. ¿Os imagináis la maldad campando por sus anchas? No quedaría títere con cabeza. Mientras están conviviendo juntos los malos y los buenos, se mantiene el equilibrio, con los que aguantan y los que agreden, sin destruir el mundo de un manotazo, sino con agresiones que de alguna manera nos recuperamos de ellas con el tiempo. Pienso, sin error a equivocarme, que el bien con todo lo que se dice, está por encima del mal —concluye don Fernando pensado despacio y absorto en cada palabra que pronuncia, que repite convencido y como inspirado por Dios.

—Desde luego que hay más gente buena que mala, lo que pasa es que cuando a uno le toca, piensa que todos son demonios los que andan sueltos —le contesta Eguskiñe mientras asiente con la cabeza don Roberto, que ha fallado la primera vez queriendo partir una nuez y está intentando dar el segundo martillazo sobre la misma no queriendo fallar de nuevo.

—Lo del demonio no lo dirás por mí... —le contesta desde el pasillo Fermín a Eguskiñe, que no le oye el comentario, por el contrario, él si le ha oído a ella sus últimas palabras a medida que se acercan a la cocina Lorenzo y él.

—¿Qué te apuestas a que están hablando de mí?

Se da por aludido también Lorenzo, hombre desconfiado por naturaleza, ya que la vida le ha enseñado a ser receloso con todos.

—Seguro que ahora están hablando de la Iglesia, del cielo y del infierno, sin dejar en paz a Jesucristo... Se han cansado de hablar de política y el turno le toca al cura... Estamos arreglaos, primero el médico y ahora... aunque de mandamientos ando mejor que de esas historias —le responde Fermín a Lorenzo, entrando ya por la puerta de la cocina.

Lo ha dicho en voz baja para que no le oigan.

—Bueno, todo en orden está en la cuadra, como para que vengan María y José a tener el Hijo de Dios. Contentos se habrían puesto de encontrar el pesebre más limpio y más caliente. A propósito, Jesucristo fue tan modesto que en vez de nacer en Oquendo nació en Belén, ¡Qué cosas! —dice satisfecho y orgulloso Fermín, tratando de hacer una gracia con su ocurrencia.

Amama ríe la gracia de Fermín; Eguskiñe tuerce el gesto de que poca gracia tiene lo que dice Fermín, y don Fernando y don Roberto ríen también dicha salida.

Lorenzo, que al tomar su asiento ve a Felisa dormida como una marmota, no puede por menos comentar irónico, ignorando la salida de Fermín:

—Esta se duerme en cualquier parte, luego dice que por la noche no sabe lo que le pasa, y el médico, menudos ronquidos, como se duerma uno más, ya tenemos un orfeón.

Ríen también la salida de Lorenzo que al tiempo que habla gesticula con las manos como diciendo: ¡Vaya par de marmotas!

—San José y la Virgen parece que agotados por el viaje, en la cocina de amama han entrado y agotados, aquí están, esperando a mañana.

Fermín, también, al tiempo de hablar, hace un gesto con mímica, como si tuviese un niño entre los brazos, señalando a don Ismael y a Felisa.

Amama mira a Felisa y a don Ismael y después a Fermín riéndose con ganas. Los demás hacen lo mismo y la escena divierte a todos, menos a Lorenzo, que le parece de mal tono, por parte de su mujer, quedarse dormida delante de los presentes en la cocina.

—Qué pensarán, que ha bebido un trago de más, seguro —piensa un tanto cabreado, no sabiendo qué decisión tomar, si la de despertarle o dejarle que siga durmiendo.

Amama, que adivina lo que piensa Lorenzo, sin dejar de reírse le dice:

—Déjale dormir, así estará lista luego para ver la televisión.

—La televisión tontas os tiene a todas con tantas novelas baratas; les gusta llorar a las mujeres, ésta más de una vez la he encontrado con los ojos rojos, asustao le pregunto, ¿alguna desgracia? y me contesta: Que ha abortao Rosa María. —¿Y quién es ésa, alguna nieta de alguna amiga? —No, la protagonista de la novela. ¡No la maté por milagro! —termina con gesto furioso Lorenzo mirando a su mujer.

Todos ríen a carcajadas escuchando a Lorenzo que gesticula al mismo tiempo que habla.

—Pobre Felisa, siempre fue una sentimental, no como tú, la mala leche te viene de familia... Porque tu hermano fue bueno y no digamos tu hermano Ramón, sólo porque le miró en un bar a su mujer un portugués de los que cortan los pinos, le rompió dos dientes de un puñetazo —le dice riendo Eguskiñe recordando el suceso.

Los demás también se ríen recordando a la familia de Lorenzo, que es famosa por dicho rasgo, en todo Oquendo y fuera del pueblo.

—Los buenos poco que hacer tienen en el mundo, tiene que haber quién pare los pies a las injusticias, si no fuera así, todavía estaría yo en la casa sin luz, sin teléfono y sin carretera.

—¿Quién ha ido a eso, a incordiar al Ayuntamiento y a la Diputación?... Este —dice señalando a su mujer Lorenzo—: éste ha ido a ponerles firmes un día y otro.

—Por no verte y oírte un día y otro, seguro que dijeron: aprobaos, lo que pida y con propina, porque la carretera a tu casa parece una autopista, a lo mejor te cobran peaje cualquier día —le contesta socarrón Fermín mirando a todos malicioso.

Todos ríen de nuevo sin poder disimular.

—Bueno, bueno, menos chufas, pero ni no protestas, te toman por bobo y tonto, sí... pero bobo...

—Razón no te falta, al que no protesta nadie le escucha, si no que me lo digan a mí, llevo pidiendo para los chavales una colección de libros sobre la naturaleza, dos años, todavía no lo he conseguido responde don Roberto.

—Y yo, no te cuento... —responde también en el mismo tono don Fernando.

—De emisario lleváis a Lorenzo y asunto arreglado —les sugiere Fermín.

Vuelven todos a reír imaginando a Lorenzo protestando con el Obispo y con el Alcalde.

—Sí, sí, reiros, que como dejéis la solicitud y os marchéis, esperando toda la vida os quedáis; das cuatro puñetazos encima de la mesa del secretario un día y otro como este... ¡Ay, hostias, todavía me duele! —dice Lorenzo lanzando un grito de dolor al golpear con violencia su mano sobre la mesa, haciendo tintinear vasos, tazas y copas, produciendo un fuerte ruido mezclado de sonidos.

Vuelven a reír con más ganas todos esta vez, ante el impulso violento con que Lorenzo ha golpeado la mesa, expuesto a romperse la muñeca de nuevo.

Este fuerte estruendo despierta sobresaltados a Felisa y al doctor.

—¡Eh, ¿Pasa algo? ¿Alguna llamada para mí? Me ha parecido oír el maldito teléfono... dice el doctor incorporándose y componiendo su figura, sin saber bien dónde se encuentra.

Felisa, sobresaltada, también se incorpora y, mirando a todos con una sonrisa, comenta:

—Con lo bien que lo estaba pasando... Rosa María no había abortado... con un hijo precioso, guapo, alto, con ojos como a mí me gustan azules. ¿Qué creéis que pasó? pregunta con cara de felicidad.

Le miran todos y con caras de extrañeza, un poco preocupados le contestan:

—No, si no nos cuentas...

—Que te pretende de mayor —le contesta Fermín guiñándole un ojo a Eguskiñe.

Esta tuerce el gesto en señal de que está loco.

El doctor le pide un café a amama. Esta se levanta sin dejar de mirar a Felisa por dónde sale de su sueño.

—Esta olvida la edad que tiene y alguna cosa más —le responde Lorenzo temiendo la respuesta de su mujer.

—Que pretendía a mi nieta Nekane.

Lorenzo respira tranquilo, porque las salidas de su mujer le ha puesto colorado en más de una ocasión. Su candidez, a pesar de los años, es la cualidad que más le gusta de su mujer, pero cuando la manifiesta a solas con él, pero cuando este don sale espontáneo delante de los demás, le irrita, porque teme verse ridiculizado. Felisa ya lo sabe, pero no se corta por ello, hace años que dejó de medir su prudencia por miedo a ofenderle.

—Si muchas jovencitas tuvieran tu candor, qué bonito sería; la moda consiste en aparentar una fortaleza y una dureza que no tienen, con palabrotas que quieren disimular, en el fondo, esa sensibilidad que tu muestras sin pudor —le responde don Roberto con una sonrisa.

—Qué verdad, los sentimientos más bonitos como son el romanticismo, el amor, la caridad, parece que no cuajan demasiado a la hora de presumir de ellos, es más fácil ocultar estos nobles sentimientos con la máscara de la pasada, la droga, el alcohol. Sí, Satanás bien campea a sus anchas últimamente, lo mismo con la vestimenta, que con el vocabulario, que con las manifestaciones anti, romántico, generoso, temeroso de Dios... Qué bendición encontrar personas como amama o Felisa, que son aún románticas y se ponen coloradas... como si fuesen unas niñas... —con una sonrisa libre y limpia expone lo que piensa don Fernando.

Eguskiñe que ha sido excluida de la comparación que ha hecho don Fernando, se siente un poco incómoda en la silla.

Fermín aprueba este comentario mientras amama pone una taza de café al doctor que escucha, pero no interviene en la conversación, necesita un poco de café para despejarse del sueño corto que ha echado.

—Parecen dos tórtolas, las más guapas del pueblo, ahora y antes... —interviene Fermín.

—Bueno, menos alas, que todavía son capaces de volar esta pareja —responde Lorenzo orgulloso en el fondo por el comentario hecho por Fermín, que halaga su vanidad machista.

—¿Más café? —pregunta amama feliz ante el comentario tan bien expuesto y tan halagador.

—Bueno, si no hay más... —responde Fermín que siente el estómago vacío y necesita algo más que un café para sentirse satisfecho.

Amama, que le conoce bien, le hace una seña de que espere para cenar.

Don Fernando y don Roberto que han captado dicha seña y no queriendo ser pesados, pues ya llevan más de media tarde en la cocina, intervienen ambos al unísono:

—Nos vamos —y acto seguido se incorporan de las sillas con un poco de pena, están tan a gusto que se quedarían un rato más, pero no quieren pasarse, atendiéndose al refrán de que «lo poco gusta y lo mucho empalaga».

—Quedaros un poco más, todavía es pronto. ¿No estáis de vacaciones? Entonces, sentaros, ¿dónde vais a estar mejor? —invita

amama que está disfrutando de una tarde como hacía tiempo no recordaba otra igual.

—Eso, cuando estorbéis ya os lo diremos, mientras tanto no os preocupéis —les indica con la mano Eguskiñe, haciéndoles un ademán de que se sienten.

—Si me levanto yo para marcharme, seguro que esta cabrona me invita, pero para que me vaya —piensa Fermín. Y en voz alta—: A lo mejor el que se tiene que ir soy yo —comenta Fermín sintiendo la punzada de los celos clavados en su alma.

—Eso de ti depende... —le responde Eguskiñe moviendo la cabeza.

—¿Qué habrá querido decir? —se pregunta Fermín.

—¿Nosotros qué hacemos nos vamos o nos quedamos? —pregunta Lorenzo a Felisa, disimulando las ganas de quedarse, sabiendo a ciencia cierta que Felisa va a proponerle que se queden un poco más.

—Por mi parte, me quedo, si no te importa, María. Un poco de café para espabilar tomaría yo también —le pide en tono humilde Felisa a Amama.

Esta le mira con cariño.

—Y una tostada también, flameada, como te gustan; me parece que voy a poner toda la fuente encima de la mesa, ¡qué demonios!, mañana haré más. Una cocinera, si no tiene quién disfrute de lo que guisa, entonces, como el cura que celebra misa y sólo tiene un feligrés, ¿verdad, Fernando? —le pregunta al cura comprendiendo bien lo que eso significa, al igual que ella cuando come o cena sola y un poco arrepentida de haber dudado por no habersele ocurrido antes ofrecérselas a todos.

—Lo más hermoso es poder dar a los demás parte de los bienes que hemos recibido de Dios, y a cuantos más se los repartamos, mejor.

—Sí, es triste encontrarte con la iglesia vacía cuando uno quisiera dar tanto —dice don Fernando en tono pesimista.

—Pues yo a veces me quejo de tener demasiados chavales conmigo, nunca ha estudiado tanto la juventud con menos porvenir... Es muy frustrante exigirles tanto, para poderles dar tan poco.

—Están muy perdidos. No tienen claro nada, se diría que están pasando por un período de cambios, de adaptaciones. Ha ido todo demasiado deprisa, no es extraño que anden como el río revuelto que baja furioso del monte. Yo tengo esperanzas de que las aguas se seren y podamos ver pronto el fondo del manantial —responde también

un poco preocupado don Roberto, mirando a todos pero sin ver a nadie.

—Sí, demasiado deprisa va todo, no sé a dónde vamos a ir a parar con tanta velocidad, nadie tiene tiempo para escuchar los problemas de los demás. Hasta para ir a las bodas la gente pone pegas, y en los pueblos, aún nos salvamos, pero en Madrid y en América la gente no vive, eso es tremendo también. No sé para qué queremos tanto si luego no tienes ni a quién contárselo. Yo para vivir así, me quedo en Oquendo, por lo menos aquí eres alguien —responde seria Eguskiñe, ayudando a colocar la fuente de tostadas, haciendo sitio encima de la mesa.

—Sin platos, que luego hay que fregar, con los dedos, amama; al doctor y a éstos les pones si quieres, a mí con esto —dice señalando sus dedos largos y regordetes Fermín —ya tengo bastante. Buena pinta tienen, eso con un chorrito de Cointreau y fuego, ¿espectáculo más hermoso habéis visto alguna vez? Parece las Fallas de Valencia, pero con sentido práctico, quemar tanto para no aprovechar nada... —termina Fermín con cara de gula.

—Amama, no me importaría tampoco a mí una más, las he probado antes y estaban deliciosas, pero dice muy bien Fermín, nada de platos, que son días de muchos compromisos y servilletas de papel. Ese paquete que tienes encima del armario, sirve —sugiere el doctor que por fin pronuncia las primeras palabras, después de tomarse un café solo.

—¿Hay mayor placer que el de comer tres veces al día? Menos mal que no queda una embarazada comiendo que si no... —dice Felisa con cara de felicidad mirando fascinada las tenues llamas de la fuente de tostadas, que poco a poco van apagándose una vez consumido el alcohol.

Todos ríen la salida pícaro y sincera de Felisa.

—Si por comer fuera —ríe amama también en complicidad con Felisa.

—¿Y de lo otro no? —protesta una vez más Lorenzo dándose por aludido.

—¡Tú, ya poca mecha y Felisa poca estopa, tiene razón, de tres veces al día olvidado lo tienes... —le sigue la broma Fermín sin apartar la vista de la fuente de tostadas.

Todos vuelven a soltar la carcajada, menos Lorenzo que les mira desafiante.



—Qué sabrás tú, como no tienes árbol al que arrimarte... Qué sabrás tú —le recrimina de nuevo Lorenzo, sintiendo que en el fondo tiene razón.

—De comer mucho, como dice Felisa y de lo otro... como todavía estoy virgen... —recalca esta última frase Fermín malicioso mirando a Eguskiñe.

Esto provoca más carcajadas en todos, mientras que las tostadas en la bandeja se cubren de manos que hacen que baje en pocos segundos la mitad de su contenido.

Esta actividad distrae a todos unos segundos y Eguskiñe que le va a contestar, opta por callar.

Por unos instantes la cocina queda en silencio, como si no hubiese nadie en ella. Sólo se oyen los ladridos agudos emitidos desde la calle por Txakur en el silencio de la tarde, que es noche cerrada, y el cruzar rápido de algún coche que otro iluminando con sus luces el frente de la carretera, por donde circulan ajenos a lo que acontece dentro del caserío.

—Deliciosas, amama, en su punto —comenta feliz Fermín saboreando con placer la tercera tostada.

—Te vas a atragantar, no puedes ir más despacio? —le recrimina Eguskiñe, mirando a Fermín que mientras que los demás llevan una tostada comida él ya va por la tercera.

—Con la canela en su punto y el azúcar la medida exacta —corroborra el doctor, que empieza a sentirse en forma de nuevo.

—No recuerdo el tiempo que hacía que no probaba las tostadas de amama, la última vez creo que fue, a ver, sí, cuando cumplió por carnavales Alfredo los años... De esto... no sé, pero parece que se paró el tiempo y continuó comiendo las mismas tostadas que entonces... El mismo punto, el mismo sabor... ¿cómo es posible que sepan exactamente igual...? —mira don Fernando amama emocionado, con cara de felicidad.

—A la comida hay que darle cariño, medida, el punto y buenos comensales delante de la mesa para que disfruten —le responde amama feliz pero sin probarlas, mirando a los presentes, observando sus caras de felicidad.

—Una buena cocinera vale más que una artista de cine, por guapa que sea. Del placer de la panza viene la danza... —recalca con el semblante lleno de felicidad con Roberto que ha dado fin a la primera tostada y con los ojos fijos en la fuente está mirando a cuál de las que quedan echarle mano.

—Lo primero que tienen que aprender las mujeres es la cocina, comiendo bien es fácil entenderse —contesta Lorenzo que da por hecho esta filosofía.

—Yo también cocino bien, no como María, pero preparo un bacalao y unos cocidos... —responde Felisa saboreando con gula la tostada.

—Como lo casero no hay nada, todo natural, buena leche, buenos huevos de gallina, de las que andan sueltas, no de esas de granja que nacen y mueren sin ver la calle y esas manos... —mira Fermín las manos de amama con ternura y las de Eguskiñe comparativamente con un gesto que ha querido decir que no es lo mismo.

—La verdad que yo no puedo presumir demasiado con la cocina, como siempre se ha encargado mi ama, pues no le he puesto mucha atención —se disculpa Eguskiñe que siente no poder presumir de dicho arte, comparativamente con el de su ama.

—A propósito, ¿dónde andan tus hijos? Me gustaría verlos —le dice don Fernando a Eguskiñe recordándoles de pronto.

—En casa de su tía, luego vendrán —le contesta Eguskiñe satisfecha de que les recuerde.

—Guapos están —dice Fermín.

—Pronto empezaremos con las bodas. Otra generación que nos deja atrás —responde don Roberto imaginando a sus hijos y a los de Eguskiñe.

—Deja, deja que disfruten, ya les llegará la hora, tiempo tendrán. Difícil lo tienen ahora... —Eguskiñe le responde pensativa y preocupada por el porvenir que tiene Euskadi en este momento ante la problemática del trabajo y de que encuentren empleo los jóvenes.

—Si no hubiesen destruido tanto... —deja en el aire amama esta interrogante.

—Como los niños, hasta que no le han reventao las tripas al muñeco no han parao, ahora todos llorando —responde Fermín sin apartar los ojos de la fuente, que en pocos segundos ha visto desaparecer casi su precioso contenido.

—Siempre ha sido así, la historia en el mundo está basada principalmente en los errores, cualquier acto violento, lleva el retroceso como sello. Quién sabe si es mejor no ir tan deprisa... Las cosas no se ven muy claras cuando se avanza tan rápidamente —contesta don Roberto moviendo la cabeza al mismo tiempo que come la tostada chupándose los dedos pulgar y el índice que tienen restos del dulzor de la canela mezclada con el azúcar y el licor.

—Para atrás nunca hay que mirar... ¿Cómo lamentar tiempos pasados, de qué sirve?... —es Fermín el que habla con la boca llena con media tostada dentro de la misma.

—Con la boca llena no se habla —le dice Eguskiñe que le da un poco de coraje verle comer con ese ansia de quien le va poco menos que la vida cada vez que repite dicho acto.

—A lo hecho, pecho, tienes razón, Fermín, lo que importa es mañana y lo que pase hoy, las historias pasadas están bien, pero de qué sirve llorar por lo que pasó hace tanto tiempo... Hay que olvidar —es amama la que interviene en la conversación, sintiéndose feliz con sus comensales que tienen caras de estar deleitándose con lo que están comiendo.

—Por supuesto, María, pero éste —dice Felisa señalando a su marido —vive más de los recuerdos que de lo que tiene que hacer hoy. Yo prefiero vivir hoy, mañana Dios dirá.

—Mañana Nochebuena y pasado Navidad, y el tiempo es que le da la razón siempre, tanto en política como en la conducta que haya obrado cada uno a lo largo de su vida, por eso no es bueno tener que arrepentirse de nada. Yo creo que el que actúa con rectitud, su recompensa es precisamente el llegar a viejo, la paz que le produce el no tener que lamentarse —don Fernando concluye llevando su mano derecha hacia la fuente de tostadas, para coger la última que queda dentro de la misma de loza blanca, en la que se puede precisar varios desconchones en sus bordes, producidos por el uso cotidiano.

—Como las tostadas, si son buenas, buen recuerdo te quedan... ¿Te acuerdas cuando vino Nicasio el de Lopategui a venderte el último cerdo y te dijo amama, que su mujer las hacía mejor? Pues mira, no le di dos hostias de milagro —recuerda Fermín indignado.

—De lo malo nadie se olvida —le responde Eguskiñe con el gesto serio.

—De los tiempos que estamos viviendo tampoco los olvidaremos tan fácilmente —le contesta el maestro limpiándose la boca con una servilleta de papel.

—Sí, la historia necesita de varias generaciones para enterrar el pasado. Este presente en la historia de Euskadi también va a necesitar de muchos años y varias generaciones para poder olvidar esta mancha que quedará en los anales del tiempo... —es el doctor el que interviene limpiándose también la boca, acabando con el último signo de tostada.

—Tiene razón Fermín y amama, es mejor mirar hacia el futuro que retroceder, pero el odio y los demás calificativos son duros de roer en los corazones de los humanos. Hoy, precisamente, estamos pagando parte de esos errores y de esos odios —responde don Roberto encendiendo un cigarrillo y aspirando el humo con deleite.

—Yo no puedo olvidar así de fácil —responde Eguskiñe con rabia, tratando de contener su ira que aflora con el ímpetu del volcán cuando entra en erupción.

—Ni yo tampoco, la guerra hace cincuenta años que terminó, hoy todavía tengo pesadillas... Es fácil... A vosotros os quisiera ver yo...

Lorenzo que ha escuchado lo expuesto anteriormente, disfrutando como nadie de la tostada, sin demostrar deleite al comer, ya que no le parece la afición al dulce demasiado viril, y quiere disimular como que no se han hecho los dulces para él si tenemos en cuenta, que el comer golosinas siempre se ha considerado un signo débil de mujeres, no de hombres.

—En el pecado tendremos la penitencia, por eso es mejor no pecar, para no tener luego que arrepentirse —dice don Fernando con una sonrisa llena de paz.

—Qué fácil es predicar, si fuese así de fácil, hace tiempo que las guerras habrían desaparecido de la tierra —es Felisa la que con un gesto un tanto pesimista se expresa así, al mismo tiempo que concluye con su segunda tostada, limpiándose la boca con su servilleta de papel, depositándola acto seguido encima de la mesa.

—Por eso es imprescindible que el pueblo se culturice, sólo a un pueblo culto no le engañan ni las ideas políticas, ni los nacionalismos más exacerbados. Qué fácil es manejar a los ignorantes... —concluye don Roberto saboreando un poco de licor mezclándolo con los últimos restos de su sabrosa tostada.

—Sí, tienes razón, qué fácil es manejar a los ignorantes... El mundo, no hay más que mirarlo para ver que lo que se pasa a un pueblo de otro, que simplemente es su cultura, y a través de ella se puede medir el grado de animal salvaje que queda, entre uno y otros componentes —le contesta don Fernando reclinándose en la silla, sacando su paquete de tabaco y el mechero, encendiendo un cigarrillo y dejando el paquete de Winston encima de la mesa, por si alguien quiere servirse del mismo.

—Las generaciones de hoy deberían aprender precisamente de nuestros errores, yo creo que cometimos muchos, por eso, por ser ignorantes... —amama mira pensativa a la mesa y luego alza la mira-

da donde se puede leer su rasgo sincero sin miedo a hacer el ridículo por ello.

—Antes que ustedes, otros los cometieron y la causa de sus errores fueron otros hechos históricos que los llevaron a donde estamos ahora, a un callejón sin salida —don Ismael, que poco a poco se ha ido reponiendo, es el que así ha hablado, con los últimos restos de su tostada dentro de la boca.

—Antes hemos hablado de cosas que me han dejado preocupada, sin entender del todo... Eguskiñe habla pausadamente dándole vueltas a su cabeza, midiendo bien lo que dice, continuando de nuevo—: ¿Qué tiene que ver el PNV en todo ésto? ¿Desde cuándo es un partido?, porque aquí también son muchas preguntas las que yo me he hecho... Parece que están, parece que no están, yo no sé a qué bando pertenecen, vuelvo a decir que hay algo que no entiendo del todo.

Amama mira a su hija y ve esa expresión amarga de pronto en su rostro, tan familiar para ella, asaltándole la tristeza, reflejándola en su cara.

El auditorio se revuelve en sus sillas, mirándose unos a otros y se hace un pequeño silencio.

Don Ismael, que en el fondo lleva un propósito preconcebido de antemano esta tarde hablando de política, toma como un rayo la palabra antes de que se le adelante don Fernando y don Roberto, ya que el resto de los asistentes duda que sepan bien cuales fueron sus orígenes.

—De quién va a ser el origen... —va a seguir hablando Lorenzo que se le ha adelantado en rapidez dando una respuesta, cuando la expresión del doctor, diciéndole que a él le corresponde la palabra, hace que se calle de inmediato, conteniéndose las ganas.

Fermín tuerce el gesto con desagrado, al ver la expresión de Eguskiñe, pensando para sus adentros:

—Ya empezamos... Con otra fuente de tostadas como la de antes, seguiríamos comiendo sin acordarse nadie de política, lástima que se han acabao... Ahora vuelta a empezar con lo mismo, ¡pues no tiene ganas el médico de empezar!... a éste no hay que darle cuerda para que ande... Y Eguskiñe que no se empacha, pues ¡hala!, a la carga, que somos pocos y cobardes.

—Muy buena pregunta, no todo el mundo conoce esa respuesta, ni aquí, ni fuera... Buena pregunta, sí, señor. Amama, ¿me daría usted un vaso de agua? No puedo tomar más alcohol.

Amama se levanta de su silla dirigiéndose al grifo de la fregadera, para darle el vaso de agua que le ha pedido el doctor, depositándolo lo

más próximo que puede de él, ya que se encuentra al otro extremo de la mesa.

Felisa le observa todo mirando a unos y a otros, mientras piensa para sí:

—Qué mundos tan distintos los de unos y los de otros, cuántas preguntas tenemos dentro que nos preocupan por no saber la respuesta, qué complicao es todo, o es que le damos demasiada importancia a las cosas... Claro que Eguskiñe, la pobre... motivos no le faltan para querer saber, por qué a un chaval en la flor de la vida, se lo llevan así, sin más ni más...

—Sabino Arana, como ya hemos dicho antes, creador del Partido Nacionalista, en un discurso en Begoña indicó, que en Bizkaia funcionaban ocho partidos políticos distintos —le contesta el doctor a Eguskiñe, y ésta, al oírle hablar de nuevo de política, no tiene ojos nada más que para él.

—¿Ocho? ¿Para qué querían tantos?... —exclama Eguskiñe extrañada.

Los demás también hacen comentarios de extrañeza, menos el maestro y el cura, que guardan silencio dejando al doctor que hable, ya que ha tomado de nuevo la palabra.

—Ocho, por lo menos, que yo sepa. Tres partidos eran católicos, (carlistas, integristas y foralistas), después estaban... A ver que me acuerde... Sí, los otros cinco eran, liberales... vamos a ver por orden... conservadores españoles, liberales, republicanos radicales, republicanos federales y republicanos posibilistas —concluye el doctor tomando un sorbo de agua aclarándose la garganta que la tiene sea del tabaco y del alcohol.

—Los primeros incidentes políticos protagonizados por los hermanos Arana, se produjeron en 1894, cuando quemaron una bandera española después de un concierto musical vasco, ante el Arbol de Guernica, adoptando ya una actitud política, en julio fue esto, a ver si recuerdo... —se queda con la mirada en un punto de la mesa el maestro aspirando una bocanada de su cigarrillo.

—Eso sucedió en julio de 1895, con la organización del Bizkai Buru Batzar (Consejo provincial vizcaino), del que pasado el tiempo nacería el PNV, así de fácil, por lo tanto el PNV va a cumplir pronto un siglo de vida —concluye el doctor que ha tomado de nuevo la palabra.

—Yo toda la vida lo recuerdo... —le responde amama afirmativamente.

—Y yo también, mi padre ya era nacionalista antes de nacer yo, pero, ¿tantos partidos había? —pregunta no saliendo de su asombro Lorenzo haciendo gestos de extrañeza.

—Demasiados me parecen a mí... —responde Felisa torciendo el gesto.

—Con dos ya hay broncas, conque... con ocho... muchos me parecen, antes y ahora —opina Fermín también extrañado.

—Este nacimiento político trajo el lema: *Jaungoikoa eta Lagi Zarra* (Dios y las Viejas Leyes), su programa político se basaba en doce artículos y uno que resumía los anteriores, y esto sí fue de verdad importante, aunque para mi opinión ese aferrarse al pasado rechazando el futuro prometedor que ofrecía la industria y con él el desarrollo... —es el maestro el que habla pensativo, volviendo la vista hacia atrás en el largo recorrido de la historia, cien años casi para atrás.

—Estoy de acuerdo, la doctrina de Sabino era volver al pasado a toda costa, aferrarse a él la creencia de que si en siglos no necesitamos de los de fuera, había que echar como fuese de Euskadi a los maketos (españoles) que nos habían invadido en pocos años, buscando un porvenir en las industrias que florecían por entonces, lo mismo aquí en toda Europa —don Fernando hace un gesto después de hablar, de que la historia no hay quién la comprenda y de que los hechos, ahí están, a la vuelta de la esquina, como aquel que dice.

Don Roberto toma la palabra antes de que don Ismael intervenga no queriendo perder el hilo de lo expuesto anteriormente.

—En el artículo primero de su programa, Sabino Arana declaraba: «Bizkaia, al organizarse en régimen de confederación republicana, lo hace previa aceptación de la doctrina política anunciada por él con el lema ya expuesto antes de «Jaun-Goikoa eta Lagi Zarra», que se cita en los siguientes artículos: En el 2.º: «Jaun-Goikoa, Bizkaia será Católica, Apostólica, Romama, en todas las manifestaciones de su vida, lo mismo sea interna que con los demás pueblos». ¿Sigo con estos artículos o lo dejo, porque es un poco largo... —se excusa don Roberto, mirándoles a todos y no queriéndoles aburrir.

—Si es un poco largo... Sugiere Fermín que comprende que al buen entendedor con pocas palabras le sobran.

Lorenzo, que no pierde detalle, porque muchas cosas que ha escuchado a lo largo de la historia le traen recuerdos de su infancia, tantas veces relatadas junto a la familia alrededor de la chimenea en las largas noches de invierno, le hacen retroceder al tiempo, sintiendo que

aún es aquel chaval delgado y nervioso, que todo lo preguntaba, aburriendo con sus preguntas a sus abuelos y a sus padres.

Felisa también escucha retrocediendo al pasado, nostálgica, porque al igual que su marido, tantas veces escuchó hablar de la figura de Sabino Arana...

Amama mira a ambos y sólo con un gesto ha captado a los dos:

—Qué pronto y qué rápido les ha pasado la vida, todo les parece que fue ayer, y ese ayer es este hoy, en el atardecer de sus vidas, cuando el sol en su ocaso se perfila, ocultándose entre verdes montañas...

—En esos artículos que has citado, el tercero creo que era: Lagizarra, Bizkaia se reconstruirá libremente, restableciendo sus Leyes Tradicionales, llamadas Fueros. Restaurará los buenos rezos y las buenas costumbres de los mayores. Constituyéndose principalmente de familias de raza euskeriana.

Don Ismael le sale al paso tomando el hilo de la historia:

—Señalando el euskera como lengua oficial.

—Eso me parece bien, porque perder la lengua creo, que de todos los males éste ha sido el peor —le contesta Eguskiñe afirmativamente.

—A mí me gusta poner como ejemplo a los gitanos, donde se asientan, difícilmente se casan con payos, y no han tenido que hacer ninguna guerra para lograrlo, una cosa es la concienciación y otra la imposición; que cada cual lo decida por sí mismo, con su propia conciencia —le responde don Fernando.

—Exactamente —amama confirma la teoría de don Fernando.

—Por eso me casé yo con esta vasca, a mí las mezclas ni con el vino —asiente Lorenzo.

—A mí eso nunca me importó, de hecho mi marido, aunque nació aquí, era riojano —responde Eguskiñe.

—La raza está bien, pero si de vez en cuando no se cruza, ¿qué pasa? que se debilita como las vacas, hay que cubrirlas con el toro de fuera, si no pocas leches tienes, porque los gitanos pocas catedrales han hecho y pocas autopistas, que yo sepa, así que si nos quedamos como antes y no nos mezclamos aunque sea poco, con el tiempo ya me dirás, en vez de leche, agua íbamos a dar, las vacas y nosotros también —concluye Fermín tomando un sorbo de coñac, quedándose más ancho que largo.

—Yo también, en el fondo, opino como tú, pero tiene razón Lorenzo, cada uno es libre de tener su propio criterio. El cuarto artículo para mí es el que más me gusta: Eta, Bizkaia, (eta significa y), se



asentará sobre una perfecta armonía y conformidad entre el orden religioso y político, entre lo divino y lo humano. Muy de derechas, ¿no les parece? —pregunta don Roberto con una sonrisa agradable, y con una mirada profunda de quien sabe ir por la vida haciendo de verdad lo que cree más correcto, convencido de que obra bien de acuerdo con su conciencia.

—Tampoco está mal ese artículo, lo de siempre, no hay una política que acierte en todo, por lo menos yo no la conozco —le contesta amama.

—Con una mezcla se arregla todo, lo mismo en política que en otras cuestiones, si es lo que yo digo— Fermín mira a amama sintiendo los ojos de ésta en los suyos, dándole la razón.

—Esta pareja parecen novios, siempre están de acuerdo en todo —es Eguskiñe la que habla así, un tanto dolida, por ese cariño y esa compenetración que hay, casi mística, entre ambos.

—El quinto —va a continuar don Fernando, pero es atacado por Fermín que le contesta en un tono de humor:

—El quinto a Melilla, allí estuve yo, bonitas moritas, había una...

Va a continuar con la broma Fermín, pero la mirada casi taladradora de Eguskiñe, tiene el efecto de dejarle mudo dando un corte instantáneo.

Don Fernando, sin darle importancia, toma de nuevo la palabra.

—El quinto artículo era: Distinción de Jaun-Goikoa y Lagi-Zarra. Bizkaia se establecerá sobre una clara y marcada distinción, entre el orden religioso y el político, entre el eclesiástico y lo civil. Como veréis, separando bien el orden religioso y el político.

Eso está bien, juntos pero no revueltos, cada uno en su sitio, como debe de ser, ¡qué hostias! —Lorenzo afirma categórico, aprovechando esta sabia medida.

—Es que un gobierno, por bueno que sea, si reniega de Dios, poco orden puede ofrecer, porque con El poco somos, pero sin El menos todavía —Felisa mira a todos con su mirada un tanto ingenua, logrando el asentimiento de todos.

—Me parece que vamos en el sexto artículo, tengo curiosidad por saber qué es lo que en él se decía —dice don Ismael interesado.

Don Roberto toma la palabra, satisfecho al ser escuchado con satisfacción y ser a él a quien le formule don Ismael dicho deseo de saber.

—En el sexto...

—El sexto en el pórtico lo tengo pues, le decía el aldeano al cura cuando iba por el sexto mandamiento —le interrumpe Fermín guasón.

Amama ríe divertida, junto con Felisa, no así Eguskiñe a quién estas interrupciones le sacan de quicio.

Lorenzo le hace una señal a don Roberto con la mano de que continúe, lo mismo que don Ismael y don Fernando que pasan por alto la gracia.

—El cesto, no, el sexto —recalca don Roberto continuando—: Anteposición de Jaun-Goikoa y Lagi-Zarra. Bizkaia se establecerá sobre una incompleta e incondicional subordinación de lo político a lo religioso, del Estado a la Iglesia.

—Poca diferencia veo yo —le contesta a Fermín.

—Si naces mudo revientas —le dice Eguskiñe a Fermín con retintín.

—A mi juicio —dice don Fernando pasando por alto el comentario de Fermín de nuevo—, el más interesante me parece, el artículo séptimo, Confederación: siendo Bizkaia por su raza, escuchen bien esos puntos y su lengua, su fe, su carácter y sus costumbres, hermana de Alava, aquí entramos nosotros; Benavarra, Guipúzcoa, Navarra, Laburdi y, por último, Zuberoa, la parte vasca del sur de Francia, incluida, como veis, se unirá o confederará con estos seis pueblos, para formar el todo llamado Euskalerría, pero sin menguar su particular autonomía. Esta doctrina se basa en el principio siguiente: Bizkaia libre y Euskalerría libre.

—Que se quiso quitar las pulgas de encima —le responde Fermín que el par de copas que tiene de más, hacen que pase un poco de las miradas casi asesinas que le está prodigando Eguskiñe desde hace un buen rato.

—Más o menos, Fermín —le da la razón Lorenzo pensativo.

—A las pulgas con poco se les echa, pero en este caso creo yo que eran garrapatas que es muy diferente —Felisa hace un gesto con su cara como si quisiera conquistar la luna con una cometa de colores.

—Déjame pasar, Lorenzo, que me parece que la chimenea poca leche tiene —le pide Fermín a Lorenzo que se hace a un lado de la silla para dejarle sitio.

Amama también aprovecha este lapsus para levantarse y atizar la chapa con el hierro que hay encima del tiro.

—¿Os hago más café? —pregunta solícita.

—No, no, ya es bastante, siéntate —son los comentarios de todos.

—¿Continúo con esto o lo dejo? —pregunta don Roberto no queriendo ser pesado, pero deseoso de relatar todos los artículos que aún le quedan.

—Continúa... sí... sí. por favor —le responden todos dándole la palabra.

—Bueno, si no os parece mal, continúo. El octavo artículo, se basa en lo siguiente: La Confederación Euskariana se hará de la siguiente manera: constituyéndose por voluntad libre y expresa de todos y cada unos de los Estados Vascos y teniendo todos (y esto sí es importante), todos, como decía, los mismos derechos en la formación de sus bases. Y en el artículo noveno: Las bases necesarias para que dicha unidad sean sólidas, son: unidad de raza en lo posible y unidad católica. En el décimo, las bases esenciales se desprenden también en cuanto igual libertad, iguales facultades con que los Estados Vascos concurrirán a dicha unión, son: libertad para separarse, igualdad de deberes y derechos en dicha Confederación —don Roberto hace un lapsus en espera de escuchar opiniones y algunas preguntas por parte del auditorio que le ha escuchado con sumo interés.

—Llegaremos a ver en España, no sé si mi generación pero la de mis nietos seguro que sí, una España Federada. Para llegar a dar este paso, sólo hace falta que Cataluña o Vascongadas (que son las autonomías hoy más fuertes), den el primer paso... —concluye don Ismael en un tono preocupado, aspirando el humo de su cigarro y sacudiendo la ceniza en el cenicero que está a rebosar de colillas.

Eguskiñe que ha seguido la maniobra del doctor y viendo que casi no hay sitio en el cenicero para una colilla más, lo coge y levantándose de la silla se dirige a la chimenea para vaciarlo entre los troncos que Fermín está colocando cuidadosamente para que puedan arder mejor.

—Que guapa estás —le dice Fermín sin poderse contener en tono bajo para que ella sola pueda oírle.

Eguskiñe, en el fondo halagada, pero no queriendo que se le note dicha sensación, le hace un gesto con la cara como diciendo, «estás loco», regresando a su silla de nuevo.

Fermín también se va a sentar en su silla siguiéndole con la mirada, sin calcular bien donde cae su trasero y el asiento, yendo a parar al suelo con el mismo produciendo un golpe seco.

Amama que está en todo y ha visto cuál ha sido el motivo que ha producido dicha caída, no puede contener la risa.

Felisa y Lorenzo que son los más próximos a él, se levantan para echarle una mano sin dejar de reírse.

El doctor no se inmuta, igual que don Roberto y don Fernando, a quienes las interrupciones no les agradan demasiado.

Eguskiñe se levanta y se va al cuarto de baño, irritada por no poder darle un soplamocos.

—Es que el ojo de atrás como no ve sin gafas... —se disculpa Fermín levantándose un poco trabajosamente y sentándose bien.

Amama sigue riéndose con tantas ganas, que parece que le va a dar algo.

Esta salida de Fermín también tiene el efecto de hacer reír a todos a carcajadas.

Don Roberto, que no quiere dejar de aclarar ninguno de los artículos sobre el lema político de la embrionaria organización de Arana, continúa con el mismo:

—En el artículo once, en realidad es una recopilación del artículo anterior, porque dice así: Una vez restablecida la Confederación dentro de la misma, tendrán todos los Estados los mismos derechos e idénticas obligaciones. Aquí, como podemos ver, no se hacen distinciones entre unos y otros.

—Comunismo parece —dice Lorenzo no muy convencido.

—Comunismo en algunos conceptos sí, los había, pero en cuanto a la participación de la Iglesia, es notorio que nada tenía que ver con el comunismo, comunismo... —le interrumpe don Fernando en tono suave tratando de no ofenderle.

—El artículo doce: La Confederación no les ligará más que en cuanto al orden social y el de las relaciones con el extranjero, permaneciendo en los demás Estados con la misma independencia tradicional, y el trece, que es la recopilación de lo anterior. Todos los artículos de este Título.1.º, Capítulo único, Doctrina Política, son irrevocables —don Roberto se queda pensativo al concluir dichos artículos.

—Son muchas las cosas que quedaron vivas desde entonces hasta hoy, muchas cartas escondidas en la manga que el PNV guardó desde entonces que algún día mostrará a la luz —el doctor concluye esta frase casi lapidaria mirando a todos fijamente con el semblante serio.

—El PNV desde entonces, no olvidemos que ha estado en todo cuando ha acontecido a Euskadi, bueno o malo, sin olvidar tampoco que fue y sigue siendo hijo directo de la doctrina sabiniana.

Don Roberto hace un gesto de complicidad a don Fernando y a don Ismael de que están todos de acuerdo.

Los demás pasan por alto este comentario y es Felisa la que, con cara preocupada y pensativa, le pregunta a don Roberto que es el último en hablar, sobre la cuestión política:

—¿Y los catalanes, qué se traen entre manos? Porque esos no dicen nada, no arman nada, pero zorros, zorros van detrás de nosotros, como los pájaros detrás del arado llevándose las simientes.

Lorenzo mira de nuevo a su mujer como si le descubriese por primera vez, nunca le ha oído hablar de política con nadie y hoy no para de hacer preguntas. Su mujer se le queda mirando adivinándole el pensamiento y le devuelve su mirada en la que puede leerse: Puedo parecer tonta pero no serlo.

Don Roberto ha cedido la palabra al doctor, quien adoptando una postura estirada contra el respaldo de su silla, ésta cruje como si fuese a partirse y, sin prestarle el más mínimo interés a este detalle, toma la palabra:

—Buena pregunta, Felisa, mucho tienen que aprender de ellos, los vascos. Yo empezaré diciendo, que en Cataluña han confluído todas las etnias y todas las civilizaciones llegadas a la península desde hace miles de años, creando una mezcla, que nada tiene que ver con la vasca, por supuesto. Mientras que el aislamiento del pueblo vasco formó un carácter cerrado y posesivo de su tierra, su lengua, sus costumbres, los catalanes se volvían más extrovertidos y comunicativos con todos los extranjeros que allí llegaban y se asentaban en sus territorios. A estas mezclas, el geógrafo griego, primero observador de este mestizaje, que por cierto se llamaba Hecateo de Mileto, (V y IV a. C.), les llamaría misegetas.

—Por lo que no pueden hablar de una raza catalana en el sentido antropológico, sea dicho de paso.

—Claro, siempre volvemos a lo mismo —Lorenzo responde para no quedar debajo de su mujer.

Felisa, que no se ha quedado del todo conforme con la respuesta dada por el doctor, pregunta de nuevo:

—¿Cuándo nació el nacionalismo catalán?

Eguskiñe, que regresa del baño, se sienta en su silla sin interrumpir lo que dicen.

Don Ismael cede la palabra a don Fernando que le hace una seña de que le gustaría intervenir:

—Por el 1887, un grupo de intelectuales conservadores, formaron un grupo cultural catalanista la «Lliga de Catalunya», cuatro años más tarde ésta se fundió con la «Unió Catalanista» asumiendo funciones

políticas con el sentimiento catalanista. No olvidemos que ellos también tienen una lengua, unas costumbres, que les diferencian del resto de España, lo que pasaba era que todo el que llegaba allí, adoptaba de inmediato estas costumbres, esta lengua y se convertían en catalanes. Como veis, nada tienen que ver los catalanes con los vascos, en estos conceptos, aquí incluso les molesta que lo aprendan los de fuera, y no digamos que lo hablen saliendo de Euskadi. Para mi entender, el vasco es un ser enfermizo, en su amor hacia su tierra, que le hace sentir también unos celos enfermizos de todo aquel que osa poner hasta sus ojos en su paisaje, en este punto creo que el siglo XXI tiene que ser un siglo de aperturismo hacia Europa y hacia nuevas corrientes, con conceptos nuevos, sin encerrarnos tanto en nosotros mismos. Hoy no tiene sentido tratar de ocultarnos a los ojos del mundo, con una juventud nueva, que viaja constantemente, a la que no se le convence diciendo que no hay belleza más arriba de los Pirineos, ni más abajo tampoco. Las culturas todo lo cambian, y hace cien años, Euskadi y toda España era ignorante, con gentes que no sabían leer ni escribir, hoy, gracias al progreso, el pueblo vasco está entre los primeros de España en cuanto a nivel cultural, y esta nueva juventud, afortunadamente, tiene unas ideas modernas y claras de lo que necesita para lograr su desarrollo. Estoy seguro que, afortunadamente, hay gran mayoría entre los jóvenes que saben bien lo que quieren y no es precisamente el aislamiento, ni el encerrarse en sí mismos. Por lo que el siglo XXI, a mi juicio, va a ser un siglo renovador, conservador, pero a la vez con los ojos puestos fuera de sus fronteras —concluye don Fernando que ha sido escuchado en el mayor de los silencios.

—Si así se le hablase a la juventud, otro ánimo tendríamos todos, ¿pero quién va a poner la palabra fin a todo ésto? —pregunta de nuevo Felisa con gesto preocupado.

—Ese cascabel ya me gustaría ponerlo a mí —es Eguskiñe la que ha hablado así con una mirada llena de odio.

—Yo te sostengo el gato, lo primero es lo primero, sin paz, aquí poco que hacer tenemos, quién va a invertir, y yo, de volver atrás, ni un palmo —le responde Fermín a Eguskiñe.

El nacionalismo, con el tiempo, lo mismo que el comunismo, caerá por su propio peso. Nada es eterno, todo cambia, también hemos visto el fascismo, todo cuestión de tiempo. Hoy la gente es más civilizada. Donde hay cultura, pocos extremismos caben, no hay nada más que esperar y el tiempo todo lo cambia. Yo he visto tantas cosas... que espero morir en paz viendo cómo se firma ese tratado, como ha dicho

Fernando, el siglo XXI, será el fin de los nacionalismos, para convertirse en Dios sabe qué nuevo sistema político. Pero es verdad, en el norte de Europa pocas guerras hay, eso sí es cultura y esa cultura también quiero yo para mis nietos. A ver si de esa manera puedo vivir en paz, por lo menos más tiempo —amama ha tomado la palabra y le escuchan todos en silencio.

Lorenzo que ha escuchado sin interrumpir, es el primero en responderle:

—Todo tiene una causa, lo que hay que hacer es evitar esas causas.

—¿Qué causas tuvieron los catalanes para su nacionalismo? Porque nosotros de acuerdo, romper con el pasado de la noche a la mañana... la pérdida de los Fueros fueron causas muy fuertes, pero los catalanes... —pregunta Felisa más segura de sí misma a medida que avanza la tarde.

Don Ismael toma la palabra de nuevo, contestando a Felisa: —El final del siglo XIX, estuvo marcado por el desastre colonial, la pérdida de las colonias en América con la última que fue Cuba, marcó profundamente tanto el nacionalismo cubano, como el nacionalismo catalán. Las ideologías nacionales sufren un revés que creará en la población un sentimiento «trágico de la vida», que conducirá más tarde a través de Ortega y Gasset, a fascismo de Ramiro Ledesma Ramos y de José Antonio Primo de Rivera. Estos traumas sufridos por el pueblo acarrearían graves traumas psicológicos, en cuanto a la fiabilidad de España en el mundo moderno, creando una actividad «regeneracionista» en la política española. En 1892, en un congreso celebrado en Manresa, se crearon las «Bases de una Constitución Regional Catalana», estipulando una autonomía administrativa interna para la región. Durante este período fue una etapa de insatisfacción por la mala gobernabilidad del Gobierno, creciendo en el sentimiento del pueblo la idea de una autonomía para Cataluña. Ganando adeptos, sobre todo en la clase media, la década del 90 se empezó a utilizar los términos «nacionalista» para indicar el regionalismo autonomista catalán. La primera ideología completa del catalanismo, la elaboró la «Unión Catalanista», por medio de uno de sus dirigentes perteneciente a la clase media. Los hombres de negocios buscaron una estructura política alternativa para sus negocios, principalmente los catalanes. En 1901 los intereses mercantiles catalanes apoyaron la formación de un partido político dirigido por Prat de la Riba junto con Frances Cambó y varios jóvenes catalanistas de clase media, ayudados por los republicanos y con esto acabó, destruyendo el monopolio de los parti-

dos liberal y conservador. Obteniendo seis de los cuarenta y cuatro escaños catalanes de las Cortes, pasando la Lliga a ser la principal fuerza política de Cataluña en las dos décadas siguientes —concluye el doctor ante el alivio de Fermín, que se ha tenido que controlar un par de veces para no abrir la boca, por miedo a que Eguskiñe le fulmine con una de sus duras miradas.

Lorenzo está pensativo, con cara preocupada. Amama, con la mirada en un punto cualquiera de la cocina, también cabila en todo cuanto ha dicho el doctor.

Felisa muestra en su rostro la satisfacción de ver aclarado cómo se produjo el nacionalismo catalán, aunque sólo sea a grandes rasgos.

Eguskiñe tampoco dice ni hace comentario alguno.

Fernando le pide la palabra a don Roberto y éste asiente, concediéndosela.

—En este punto me gustaría hacer hincapié, en que Arana distingue el catalanismo del vasquismo con términos como... los catalanes eran parte de España, mientras Euskadi nada tenía que ver con España.

—Ahí nos duele, ahí este punto no es el mismo, no señor —Lorenzo, que se ha levantado de un salto de la silla, va a dar un puñetazo sobre la mesa, pero Fermín que ve la intención, le sujeta la mano para evitar que se la rompa.

Se ríen todos al ver la cara de furia con que Lorenzo le mira, asiéndose de su mano.

—Ya hemos dicho antes que no tiene nada que ver un nacionalismo con otro, la política catalana consiste en traer a los españoles a sus tierras y a los extranjeros también; la política vizcaina rechazaba a los españoles por considerarlos extranjeros —don Roberto es el que así ha hablado.

—Volvemos a lo mismo, con esa política mis hijos no podrían haber salido de Euskadi. ¿Y todos los vascos que hay repartidos en América y en todo el mundo? Esa idea no me parece justa, ¿no os parece? Aquí que no venga nadie, pero nosotros nos vamos donde nos da la gana. Espero que estos nietos sean más sensatos con sus ideas modernas. Porque como he dicho antes, nací con el comunismo y éste está desapareciendo, nací con el fascismo y éste también ha caído; el socialismo, ¿qué vamos a decir?... Tampoco es el mejor sistema, éste también caerá, todo llega a su fin, tarde o temprano... se están pasando, robando... y la fruta cuando está madura cae del árbol y si está podrida, con más fuerza. Así el nacionalismo caerá, porque con matar



tampoco se arreglan los problemas, ni de los pobres ni de los ricos. La política, como la Iglesia, tiene que ser ayuda, no condena. Hay que aprender a ser tolerantes, lo mismo que lo son fuera aceptando a nuestros hijos y a nuestros nietos, porque como fuera nos midan con el mismo rasero... Espero morirme viendo lucir otro sol, después de la borrasca —concluye amama la frase en un tono enérgico, convencida de lo que dice.

—A la Dolores Ibaruri me has recordao viéndote ahora; tú la verdad que vales mucho, María, lástima que no hemos tenido oportunidades, sí no, arreglas Euskadi. Estoy convencida que estos ganorabacos lo que necesitan es una mujer como tú —le dice Felisa como hipnotizada.

—Tienes toda la razón, amama —asiente don Roberto.

—Estoy totalmente de acuerdo —es el doctor el que le contesta también.

—Amama, cuánto vales... —es Fermín el que modestamente expresa su admiración.

—María, ¿por qué no nos recitas algún verso que tú has escrito?... Mucho me gustaría oírte... —Felisa emocionada aún por las últimas palabras de amama, es la que ha hablado.

—Eso, eso, recítanos algo... —pide también Fermín, que ha escuchado muchas de sus poesías.

Don Roberto, don Ismael y don Fernando que no conocen tanto las dotes de poeta de amama, también le piden que les recite algún poema.

Lorenzo, menos dado al tema poético, ya que la poesía le parece un arte para sensibleros como su mujer, se calla, dejando a amama intervenir aunque no sean de su agrado tales dotes, prefiere la música.

—Bueno, bueno, si insisten, a ver, tengo que recordar... Esta, veamos, es un poco triste, la escribí a la semana de morir mi nieto, es un poco triste, repito, pero como esta tarde va de política, historia y de amores a la patria, creo poder recitarla, aunque sé que me voy a emocionar. Está dedicada al Arbol de Guernica. Y ese es su título: *Dedicado al Arbol de Guernica:*

Mudo testigo de tanta desdicha,  
a tí te toca llorar en silencio  
por tantas muertes inútiles.  
Impotente con dolor sufres  
al ver la violencia de esos hijos  
que no abandonan las armas.

Muéstrales tu repudio y tu pena,  
diles que el diálogo está  
al servicio de la paz,  
de quienes aman la vida,

Que nadie es dueño de otra vida,  
que matar es pecado,  
que la libertad  
es patrimonio del hombre,  
y matar  
es la repulsa de Dios.

A ti, mudo testigo,  
hoy te cuento mis pesares,  
porque tú sufrir en silencio sabes,  
la cobardía de los cobardes  
que defiende la libertad  
y la independencia  
de Euskadi,  
a través del terror,  
sembrando las calles  
de inocente sangre,  
de miembros rotos,  
de centenares de muertos,  
de causas ajenas  
que nada sabe.

Roble amado,  
con las lágrimas de mi pena,  
hoy riego el suelo  
donde se posan tus raíces,  
para que éstas sientan la vergüenza  
y el deshonor  
de quienes siendo vascos  
de sus hermanos, también vascos,  
se avergüenzan,  
de los que con la metralleta  
imponen hoy su ley  
no la nuestra.

Concluye amama la poesía dedicada al Arbol de Guernica, a duras penas, ya que ha tenido que pararse varias veces durante el relato de la misma, presa por la emoción que le invade y las lágrimas que no las ha podido retener, en medio de un silencio cargado de emoción.

Eguskiñe tampoco ha podido contener sus lágrimas, así como Felisa que se tiene que sonar la nariz, emocionada.

Los hombres se revuelven en sus sillas, presa también de esa emoción y nadie puede decir una palabra cuando amama ha terminado de recitar.

—A mí otra tampoco me importaría escuchar —Felisa le pide emocionada a amama.

El doctor que teme que las emociones fuertes le sean nefastas a amama, le sugiere:

—No debe recordar ciertas cosas, amama, también matan las emociones, cálmese, yo también estoy emocionado, pero como médico le ruego que se tranquilice.

—Sí, tiene razón el médico, pero qué bonita, amama, y mira tengo los pelos de punta —le muestra don Roberto su brazo derecho cubierto de una capa de bello negro que siente que se le ha erizado, fruto de la fuerte emoción.

—Fantástico, amama —don Fernando emocionado, elogia a amama por su poesía tan fantástica.

Amama, animada se atreve a recitar la segunda poesía...

Dice:

—Esta se llama: *Yo, oí a la tierra:*

Y comienza:

Yo oí llorar a la tierra,  
porque no podía hablar.

Yo oí a la tierra,  
lamentos salidos de sus entrañas,  
porque no podía opinar.

Yo oí la tierra,  
un día y otro consejos  
que nadie quiso escuchar.

Yo oí cantos de libertades,  
sin mezclarse  
con el tronar de cañones.

Yo oí a la tierra  
vanagloriarse de victorias,  
sin teñirse de sangre inocente.

Yo oí la tierra  
gritar su impotencia  
al no poder parar la guerra.  
gritar su impotencia.

Yo oí la tierra,  
ahogarse en angustias al conocer,  
la próxima víctima inocente.

Yo oí a la tierra,  
tantas cosas buenas  
que nadie escuchó...  
Yo oí a la tierra llorar,  
porque no podía hablar.  
Yo oí a la tierra,  
lamentos salidos de sus entrañas,  
porque no podía opinar.  
Yo oí a la tierra,  
un día y otro,  
consejos que nadie aceptó.  
Yo oí a la tierra  
cantos de libertades sin mezclarse  
con el tronar del cañón.  
Yo oí a la tierra vanagloriarse  
de victorias  
sin teñirse de sangre inocente.  
Yo oí a la tierra  
gritar su impotencia  
al no poder parar la guerra.  
Yo oí a la tierra  
ahogarse en angustias  
al conocer la próxima Victoria.  
Yo oí a la tierra preguntar:  
¿Cuándo podré descansar en paz?  
Yo oí a la tierra,  
tantas cosas buenas  
que nadie escuchó...

Cuando termina amama de recitar su segunda poesía, Fermín digno admirador de amama, sin poderse contener aplaude con fuerza, inmediatamente imitado por los demás, incluido Lorenzo que está más emocionado que nadie.

—¡Bravo, amama! Tenemos una poeta en Oquendo y no lo sabíamos —don Fernando emocionado felicita a amama.

—Qué bonito. ¿Tienes más poesías? —pregunta don Roberto emocionado.

—Claro, en el cajón del armario del aparador —Fermín responde sin dejar de aplaudir.

Lorenzo, emocionado, no sabe cómo felicitar a amama, y sólo se le ocurre decir:

—Yo creía que la poesía era sólo para los enamorados, cursilerías de esas.

—Fantástica, amama, en el País Vasco hay muchos poetas, lástima que la poesía no sea un arte rentable y se queden éstos en el anonima-

to porque nadie les publica sus poesías —don Ismael felicita también emocionado a amama.

—No hay dos sin tres, así que, amama, la tercera... —deja la frase en suspenso don Fernando, emocionado.

Amama está tan emocionada que se levanta de su silla para coger un vaso y llenarlo de agua. Bebe un buen trago y más tranquila se sienta de nuevo en su silla y con voz suave comienza a recitar su tercera poesía. El silencio recogedor de todos los presentes es absoluta.

Amama dice:

—Esta se llama:

*Los Frutos de la Libertad*

Amo a mi pueblo con tal intensidad  
que sus caminos pedregosos  
me parecen lechos nupciales.  
Las tormentas torrenciales,  
las contemplo con el corazón  
rebotante de emoción.  
Cuando amanece un día gris,  
me invaden mil sensaciones  
felicis de recogimiento.  
Si estoy lejos de «ella» le añoro,  
le sueño,  
y me invaden deseos,  
de abrazarle.  
Cuando agreden a su honor,  
lucho como guerrero,  
desafiando al agresor.  
Desde la lejanía oigo  
la ronca campana del campanario  
llamando a la oración  
y rezo por «ella».  
Sueño con volverle a ver,  
contemplar su suelo hermoso,  
sus bosques frondosos,  
sus bravíos mares.  
Sí, amo a mi pueblo  
y cuánto más sufre más lo amo  
y cuánto más llora,  
más hondo es mi amor.  
Me suenan a insulto las palabras  
de quiénes ajenos a sus llantos  
mancillan su nombre.  
¿A qué enamorado no le duelen  
las calumnias hechas a su amada  
y no desenvaina la espada?

Yo te defiando y te defenderé  
mientras viva,  
porque tu voz no se escucha,  
pero tu suelo me pertenece.  
Porque dentro de tus entrañas  
encierras los restos de mis  
antepasados,  
que generación tras generación hicieron,  
brotar, los frutos de la libertad.

Esta vez la ovación de aplausos va precedida de un levantamiento general de las sillas.

Lorenzo aplaude con tal ímpetu que Felisa le mira preocupada. El nunca quiso oír de poesías, cuando María lo hacía —él siempre se marchaba a otra parte y ahora es el que con más vigor aplaude, destacando el sonido de sus palmas del resto de los demás.

—¡Fantástica, amama! Deja que te abrace —es don Roberto el que así habla emocionado.

—Y yo —después de abrazar a amama don Roberto, le abraza don Fernando y don Ismael se queda en su sitio aplaudiendo con cara satisfecha.

Fermín contempla la escena sin dejar de aplaudir también.

Seguidamente Felisa besa a amama en ambas mejillas y, emocionada le dice:

—Cuánto vales, María, lástima que hemos nacido tan pronto.

Amama le mira con ternura y, emocionada, ante las muestras de cariño por parte de todos, sólo puede balbucear:

—Mucho poeta, pero nada de pesetas, hasta los más grandes no se hicieron ricos ninguno. Tengo montones por ahí, quién sabe si algún día mis hijos o mis nietos aprenden algo de ellas.

—Amama, esa no me sabía yo... pero tiene razón don Ismael, tú tranquila, ¿eh? —Fermín que teme igual que todos las consecuencias nefastas que puede traerle, dado el corazón débil que tiene amama, le aconseja con cariño.

Amama sonrío a todos conteniendo a duras penas su emoción y para que todos se tranquilicen, sonriendo como puede les dice:

—Gracias, tenía miedo de que nos les gustara.

—Que no nos gustara, esas me las voy a apuntar yo, vendré otro día de paso para ver a su familia y espero que me las dedique —don Fernando emocionado, pide a amama.

—A mí también me gustaría leerlas a mis alumnos en clase —don Roberto, también emocionado, le pide a amama.

—A ver si vas a salir tú también mañana u otro día en los libros —le dice Lorenzo orgulloso.

—Peores cosas ya he oído yo recitar —Felisa sale en defensa de amama.

Amama, emocionada, no sabe cómo agradecerles estas palabras sinceras, que salen del alma como se piensan y sientes sin ningún tipo de fingimiento.

Eguskiñe ha permanecido en silencio, ha leído todas las poesías de su ama y ha soñado con editar algún día, pero cuesta mucho dinero. A lo mejor se atreve a pedirles a sus hermanos que le ayuden, y así de esta manera puede verlas impresas todas en un libro antes de morir — piensa al sentir las vibraciones suscitadas en los corazones de todos los reunidos en la cocina.

—Amama, palabras no tengo —Fermín no puede decir nada más invadido como está por la emoción.

Se sientan de nuevo todos en sus sillas de enea y don Fernando, recordando lo expuesto anteriormente toma el hilo de la conversación en un tono emocionado, pausadamente, rompiendo de esta manera la emoción que les embarga a todos.

—Como ya hemos dicho antes, que parte de la ideología de Sabino Arana caló tan hondo por el miedo que tenían los vascos de perder la pureza de su raza, al verse mezclada así de pronto, con otras razas y costumbres. Hemos de tener en cuenta que el pueblo vasco no estaba acostumbrado a las invasiones de extranjeros en su territorio, de ahí que no es de extrañar tampoco el pánico que se apoderó de ellos, que ya desde hacía casi cincuenta años, iba de retroceso el euskera y algunas de nuestras costumbres más queridas —don Fernando sale en defensa de lo expuesto anteriormente, ya que se pone en el lugar y en la época en que se produjeron estos acontecimientos encontrándoles un sentido y una razón lógica a sus temores.

—¿Y los simbolismos, cuándo nacieron? Ahora es Eguskiñe la que pregunta.

Los símbolos de la nación vasca son: La bandera, el escudo actual, el nombre de Euskadi y el himno nacional. La bandera fue adoptada por el Gobierno de Euskadi en 1936, ya había comenzado la guerra — es Lorenzo el que contesta a Eguskiñe, no dando lugar a que se le adelanten en la respuesta.

—Así es, —le contestan el doctor, el cura y el maestro.

—La ikurrina, según Sabino, el rojo simboliza al pueblo, las aspas de la cruz verde de San Andrés, representan la ley o Lege-Zarrak

(Leyes Viejas) superior al pueblo; la cruz blanca superpuesta, es la moral de Cristo o «Jaungoikoa», superior a la Ley del pueblo. El escudo es el de Zazpiak-bat, o siete provincias en una, y el nombre de Euskadi vino a sustituir al de Euskal-Herria (o pueblo vasco usado por los tradicionalistas). He dicho, que no somos tan tontos, ¡eh!, —dice Lorenzo colorado como un cangrejo cocido y con las venas inflamadas de la garganta a punto de estallarle.

—Y se me olvidaba, el himno nacional también procede de Sabino, que lo compuso estando en la cárcel en 1895. ¡He dicho!

Orgullosa por su primera intervención en la historia, se sienta dando por finalizado su comentario sobre los símbolos de la nación vasca, sacándose por fin la espina que tenía clavada de sentirse un ignorante.

Amama se le queda mirando y comenta:

—Si volvemos a nacer, yo voy a ser alcaldesa y tú Lorenzo, teniente-alcalde, a Felisa le nombraremos tesorera. ¡Vaya tres! a veces pienso, que para hacer algo importante en la vida, hay que estar arriba, en la poltrona, desde aquí abajo lo único que conseguimos, ¿sabes qué? que nos manejen a todos a su antojo, pues...

—Pues eso, yo ni de unos ni de otros, así que no me equivoco —Fermín suelta su comentario mirando a todos con cara un tanto de aburrimiento, no entiende por qué hay que darle tantas vueltas a las cosas, y más cuando estos hechos sucedieron hace casi, o sin casi, más de cien años.

—No, tú para qué te vas a romper la cabeza, a lo mejor te sale serrín —le dice Eguskiñe con una media sonrisa dibujada en sus labios.

—Eso es lo que tú crees, algún día ya te demostraré yo también quien tiene razón —le responde Fermín ofendido.

—Me parece que debemos hacer un lapsus otra vez para ir al water: entre el café, el agua y el coñac... —sugiere el doctor levantándose de su silla, siendo imitado por don Fernando y don Roberto.

—Estoy extrañado de que el teléfono no haya sonado localizándome en toda la tarde, por una sola vez en muchos años, se han compadecido de mí los enfermos, aunque en estas fechas hay menos que de costumbre, están tan pendientes de los preparativos de las fiestas, que se les olvida hasta enfermar a mis pacientes —comenta el doctor que se va el primero por el pasillo, seguido por el maestro y el cura.

—Tarde es, me parece, ¿les echo a todos? —pregunta Fermín a amama cuyo semblante acusa cansancio.



—Si no te encuentras bien, coge tu abrigo y nos vamos —le ordena Lorenzo a Felisa que siente tener que marcharse.

—La verdad es que hemos trabajado como burros estos días... A mí me ha venido bien el no hacer nada, necesitaba reponer fuerzas —comenta Eguskiñe con un gesto de agotamiento.

—La verdad es que no trabajamos en función del cuerpo, sino que al cuerpo le hacemos trabajar en función de nuestras necesidades o de nuestros egoísmos, hasta que explota. Qué le vamos a hacer, en realidad somos nosotros y nuestras manías de quedar siempre bien, delante de todos. No sé por qué el no pasar de trabajar todo el año por una causa u otra, a veces sin necesidad. Podíamos ahorrar muchas horas inútiles con tanta limpieza, pero somos así... —concluye amama gesticulando con sus brazos.

—Así os va, vais a reventar un día. Antiguamente una colada a la semana, en el río lavábais y tan bien. Ahora, no te has puesto de limpio la camisa, y ya te la están quitando para meter en la lavadora. Claro, tanto lavar nos vamos a desgastar —replica Lorenzo con su tono habitual de no estar conforme con tanto tecnicismo, incluida la lavadora automática.

—Si te dejara... una vez al año y cogías catarro —le recrimina su mujer con gesto de que Lorenzo sería capaz de no lavarse por él nada más que una vez al año y bastante.

Eguskiñe se ríe imaginando la escena y comenta con sorna:

—¿Sólo Lorenzo? Alguno más que yo sepa, haría lo mismo si no le obligaran...

—¿De qué os sirve tanto lavar y tanto planchar? Así estáis «héstéricas», con tal de vender los polvos esos, los de la tele os tienen «polvo va y polvo viene...» —Fermín termina la frase riéndose de su propio chiste.

—A todo le sacas punta —le contesta Eguskiñe, conteniendo a duras penas la risa.

También amama, Felisa y Lorenzo ríen con ganas sin ocultar sus sentimientos pícaros, al igual que los de Fermín.

—Cuanto más viejos, más verdes os estáis volviendo, este tiene la culpa —le recrimina, mitad en serio, mitad en broma, Eguskiñe.

—Es la salsa de la vida. ¿Qué sería el mundo sin un poco de picante? Pues como un jardín sin flores —amama termina la frase riéndose.

—Esta no sé, para cuando lo quiere dejar, se va a secar como las boronas de maíz en agosto —Felisa es la que así ha hablado, compadeciéndose de Eguskiñe en el fondo.

—Hay que regar las flores de vez en cuando que se pueden secar...  
—Lorenzo, malicioso, mira a Eguskiñe y después a Fermín, indicándole con la mano que a qué espera.

Este le devuelve el gesto diciéndole, que si de él dependiera ahora mismo plantaría la cosecha para el año que viene.

Por el pasillo se oyen las voces de los tres hombres que regresan del water. El gato, que se había sentado en la silla del doctor, al oír los pasos de los tres y sabedor de que le quitan el sitio, da un salto alejándose de la cocina hacia el pasillo de fuera.

—Bueno, a mí no me gustaría ser pesado, así que amama, cuando quieras nos vamos —el que así ha hablado es don Fernando consultando el reloj, que en su loca carrera de no poder parar, marca las ocho campanadas.

—Tiene razón Fernando, creo que deberíamos irnos, ya bastante hemos abusado por hoy; mañana venimos a saludar a tus hijos, amama y a toda la familia, ya es tarde —don Roberto asiente comprensivo, aunque el tiempo ha volado sin darse cuenta.

Va a decir algo don Ismael y no le deja continuar amama:

—Por mí no lo hagáis, son temas tan bonitos los que habéis contado, que os repito, si os apetece podéis seguir. Sé que a Eguskiñe le interesan y cuanto más oiga, más aprenderá —concluye amama haciendo un pequeño esfuerzo, ya que en el fondo se siente un poco cansada pero contenta. Sueña con ese día en que Eguskiñe pueda ver con claridad cómo pueden producirse unos acontecimientos tan dramáticos, lo mismo para ella como para otras familias, sin que uno tenga nada que ver con el conflicto, ya que no han sido ni consultados, ni han participado por decisión propia en los sucesos que fueron los causantes directos de sus desgracias.

—Amama, le agradezco que no nos eche todavía, hay algo que yo quisiera decir antes de marcharme y para cerrar el capítulo que antes, hemos descrito aquí, tan importante en la historia de Euskadi. Yo quiero mucho a este pueblo, a sus costumbres, a sus gentes y porque las quiero necesito hacer algo por ellos, aparte de sanar sus cuerpos. Hoy creo que sus almas están llenas de heridas que necesitan de la comprensión y de la ayuda de todos. No soy un creyente acérrimo, no soy agnóstico, pero sí sé cómo siente un cerebro. A mí me gustaría que todo el mundo, no solamente aquí, sino más lejos, en toda España, y allí donde se asientan tantos vascos que desconocen sus orígenes, supiesen, a través de su propia historia, el patrimonio del que son poseedores y obrasen en consecuencia, pero desde el conocimien-

to, no desde la barbarie o el odio. Así no acabaremos nunca. Amama dice bien, nada es perdurable. El siglo XIX fue un siglo de calamidades, guerras, cambios de gobierno, corrupciones, hambre, en el que los obreros y los empresarios comenzaron una hendidura de lucha abierta, unos contra otros. Hoy, cien años más tarde, nada tiene sentido de todos estos acontecimientos: fascismo, socialismo, comunismo, nacionalismo, etc. El siglo XX es algo más, es la lucha de codo con codo, unos con otros separando barreras y simplificando partidos, pero en una sola dirección, el bien de todos, de los pobres y de los ricos, sin ricos sólo hay pobres y con pobres sólo queda la miseria, hay que pensar muy seriamente estas cuestiones. Los racismos traen la muerte, el enfrentamiento, con una conciencia clara de lo que quiere cada uno y obrando en democracia, como la que aquí ha habido siempre, creo que se puede lograr todo y la paz, por supuesto, por encima de todas las demás razones.

Amama al finalizar el doctor aplaude, al igual que Felisa que le imita, emocionada.

—Es tan fácil predicar... —Lorenzo le mira escéptico, torciendo el gesto.

Don Fernando también corrobora lo que dice don Ismael, al igual que los demás, excepto Eguskiñe que, con gesto duro comenta:

—Es fácil lanzar la piedra y esconder la mano y silbar para disimular: empiezan la guerra y no saben pararla; eso se piensa antes. Con decir que nos hemos equivocado de muerto, no es bastante —va a continuar pero viendo la tristeza reflejada en el rostro de todos, que le miran compasivamente haciéndose cargo de su situación, Eguskiñe sugiere:

—Mejor será que continuemos con la historia, por lo menos el pasado no mata, como el presente.

—No mata, pero es la causa de los orígenes de lo que pasa aún hoy, estoy de acuerdo con amama y el doctor, yo espero ver grandes cambios en un futuro no muy lejano —comenta don Roberto con convicción y de acuerdo con lo expuesto por el doctor.

Don Fernando bebe un sorbo de anís y coge el hilo de la historia donde antes quedó, cambiando de esta manera el curso de la conversación.

—Bueno, mejor será dejar los asuntos espinosos; yo terminaría diciendo respecto del siglo XIX, un siglo tan decisivo en el desarrollo del siglo XX, en cuanto a la revolución que trajo la industrialización de la era moderna con toda la técnica y demás, y volviendo de nuevo al

nacionalismo promulgado por Sabino Arana, que dicho nacionalismo nació constituyendo un peligro para la Nación española. Que la oligarquía vasca quiso ignorarlo también, incluso al igual que el Gobierno lo persiguió cerrando sus centros y procesando a su fundador, incluso encarcelándole varias veces, un período de los mismos duró tres meses, por sus ataques verbales a las autoridades. Como vemos, toda causa tiene su origen. Si entonces la oligarquía vasca, en vez de despreciar a este grupo minoritario le hubiese apoyado aunque solamente hubiese sido en cuanto a la recuperación de la lengua junto con las tradiciones y costumbres, en mi opinión, muchos de los males que luego han padecido los mismos empresarios de hoy, se hubiesen evitado. En cambio, si constituyeron en 1897, (viendo que el socialismo y el nacionalismo constituían un peligro para ellos), la Unión Liberal, que se popularizó con el nombre de la «Piña» —concluye don Fernando con su relato, de nuevo todos guardan el debido respeto, dejándole hablar.

Don Ismael toma la palabra de nuevo, pero antes pide:

—¿Quién me da fuego? Este mechero parece que se ha quedado sin gas.

Fermín, solícito, se levanta cogiendo el suyo y ofreciéndole fuego a la vez que piensa para sus adentros:

—El gas se le habrá terminado, pero la cuerda... ¡De la primera! —dice en voz alta.

—Gracias. Como iba diciendo, el odio entre el aldeano y la oligarquía empieza a ser mutuo, tomando partido el capital financiero vasco, contra el propio vasquismo, defendiendo, no la doctrina de Sabino, sino por el contrario, defendiendo la monarquía. Alfonso XIII y María Cristina, su regia esposa, recompensarán esta lealtad con títulos nobiliarios desde 1900 a 1914, concediendo, por ejemplo, el de Conde de Rodas a Francisco Martínez de Rodas; conde de Zubiría a Tomás de Zubiría; marqués de Bériz a Eduardo de Azuar; marqués de Chávarri a Benigno Chávarri, etc. Interesante, ¿verdad? Continúo —todos asienten con la cabeza y con un «como quiera», de que tiene la palabra, por lo tanto puede hacer buen uso de ella.

—Sabino Arana se opuso violentamente en el homenaje hecho a la muerte de Víctor Chávarri por la Diputación, acusándole de enemigo de los vascos, Víctor Chávarri, hay que destacar en su honor, consagró su vida al socialismo y al vizcainismo —concluye don Ismael cediéndole la palabra a don Roberto. Este bebe un sorbo de licor antes de hablar y, aclarándose la garganta con un par de tosecillas, comenta:

—La línea regeneracionista encabezada por Costa, trata de sacar a España del largo letargo en que se encontraba, ruralmente hablando, criticando el caciquismo, proponiendo una línea favorable en cuanto a los intereses industriales. Este regeneracionismo afectó también al nacionalismo, arraigando una serie de portavoces políticos en la burguesía media industrial vasca euskalerríacos, con una excepción, la de Ramón de la Sota y Llano, no contando entre sus filas ningún oligarca. A principios de siglo el espíritu regeneracionista de los euskalerríacos es el de presionar desde un nacionalismo moderno, semejante al catalán, para conseguir un estado moderno.

—Muy revueltas estaban las aguas, me parece a mí, por los tiempos de mis abuelos —comenta pensativa Felisa.

—Nunca creí que pasaban esas cosas por entonces —comenta también asombrada amama.

—Lo que pasaba era que no se informaba como ahora, aunque poca cosa se informa ahora tampoco de todo esto. Han enterrau el pasado y hala, sólo unos pocos conocen que pasó entonces, como éstos. Me cagüen la leche, yo no me quedo sin enterarme bien de las cosas, Eguskiñe. ¿Dónde dices que has comprau esos libros? —pregunta Lorenzo sin miedo al ridículo de parecer un ignorante.

—En la Gran Vía de Bilbao, enfrente del Corte Inglés, luego te lo explico —le corta Eguskiñe que no quiere interrumpir a don Roberto su relato.

—Si este impulso como decías, Roberto —continúa don Fernando pasando por alto este comentario entre Lorenzo y Eguskiñe— tuvo sus frutos al presentarse Sabino Arana a las elecciones provinciales en septiembre de 1898, obteniendo 4.525 votos a escasa distancia del candidato de la oligarquía, Enrique de Aresti que obtuvo 4.825. Hay varios hechos que, a mi juicio, son muy importantes al finalizar el siglo XIX, que son significativos en cuanto a los sucesos que después serían fruto de este reciente creado nacionalismo, causante para bien y para mal, de la huella profunda que hoy todavía se duele en Euskadi, junto con la pérdida de los Fueros, causa principal de la segunda. Como decía, el siglo finaliza también con las elecciones para el Ayuntamiento de Bilbao, con el resultado de entre los dieciocho concejales, cinco son nacionalistas. Basándose en dos principios básicos, obediencia a las autoridades del partido y respeto a la Constitución española —cede la palabra a don Ismael. Este toma posición para hablar mientras Felisa pide paso para ir al servicio.

—Ten cuidado con lo que haces, que le dejas sin bragas a María —le dice socarrón, medio en guasa, Lorenzo a su mujer.

Felisa, que no quiere cortarle la palabra al doctor, pero sí quiere incordiar un poco a su marido, levantada de la silla como está, comenta maliciosa:

—Os voy a contar un chiste que me contó mi nieto ayer: el nieto y el abuelo van a mear juntos, y están los dos con el chiflo en la mano haciendo pis, cuando el nieto le dice al abuelo: ¡Abuelo, abuelo, que te meas los pies! —El abuelo baja la vista y le contesta escandalizao: ¡Anda, debo de estar empalmaa, porque otras veces me meo en los cojones!

Todos sueltan la carcajada con ganas, menos Lorenzo que comenta, un poco tocado en su amor propio:

—Esta cabrona, no se le puede sacar de casa, se me está espendo-lando.

Ríen con más ganas todos.

—Sí, sí, reíros, luego hablaremos tú y yo... — Lorenzo dice esto último, mirando a su mujer con cara de fiera, mientras Felisa les guiña un ojo desde el quicio de la puerta maliciosamente, gesto que hace que continúen riendo.

El doctor espera a que concluya la risa para continuar con el tema antes mencionado y que no quiere que se le vaya de las manos. Una vez calmados los efectos de la risa, es el primero en tomar el hilo de la conversación:

—A principios de siglo los industriales financieros de Bilbao, comienzan con una estructura operativa más moderna que la de los catalanes, aunque ellos en cuanto a volumen son más fuertes que los vascos. En cambio los vascos irán a ritmo más rápido pronto, al utilizar el crédito exterior junto con el financiamiento por emisión de acciones los bancos industriales, junto con una estrecha relación con Madrid y Londres. Escuchen estos datos con atención, que son muy importantes: en 1900 el 39% de la Marina Mercante es vizcaina. Años más tarde, el 30% de las inversiones bancarias españolas serían también vascas. Pasando seguidamente del hierro al acero, de la industria química al cemento, sin contar los proyectos hidroeléctricos, financiados por los industriales vizcainos, sobrepasándoles a escala global a los hombres de negocios catalanes —termina solemne don Ismael.

—Dos huesos para un mismo perro, mucho hueso es —comenta Fermín rascándose la cabeza.

—No cabe duda de que estas dos provincias españolas fueron las que dieron el auge económico al resto de España, de ahí que el nacionalismo y el separatismo, no tuvieran cabida y el Código Penal calificaría de delitos de rebeldía, los ataques a la integridad de la Patria, creándose duros frentes de lucha contra el catalanismo y contra el vasquismo. Diez concejales nacionalistas, fueron suspendidos por enviar un telegrama a la República Argentina, al firmar como nacionalistas y no como españoles. Sabino Arana fue encarcelado por enviar también un telegrama a Woodro Nilson, felicitándole por la concesión de la independencia cubana y muchas más cosas que...

—¡Hay que ver! Parece un cuento de Navidad todo esto, muchas cosas me han aclarao ustedes hoy, cosas muy profundas y muy interesantes, por cierto. ¿No te parece, Lorenzo? —amama comenta pensativa dirigiéndole la pregunta a Lorenzo.

Lorenzo está un poco inquieto y nervioso sin mirar a amama y saliendo de su ensimismamiento le sugiere a Eguskiñe en tono poco habitual en él, que es el de la humildad:

—No te olvides de apuntarme dónde venden esos libros y a qué precio, aunque eso es lo de menos, como si valen un millón, toda la vida peleando, pero sin saber bien las causas, eso no es justo, yo seguiré peleando si hace falta, pero con las ideas claras. Siempre que haya que defender a la Patria, ahí estaré yo, pero sabiendo bien la verdad. Tienes razón, Eguskiñe, lo reconozco, ni abrigo ni leches, esto es antes. Conocer bien nuestro pueblo es lo primero que debemos hacer y después el resto.

Va a dar un fuerte golpe en la mesa, pero se arrepiente bajando el puño derecho que lo tiene en alto.

—Préstaselos y cóbrale el 50%, para qué queréis tener los dos los mismos libros en casa? —les sugiere Fermín con convicción.

—Este no tiene arreglo, los libros no se deben dejar a nadie, porque los pierdes, así que el cincuenta por ciento de su precio menos en este caso, ¿has comprendido? —le contesta en tono de reproche para que no se meta en dónde no le llaman, Eguskiñe.

—¿Ni a mí tampoco me vas a dejar? —vuelve a preguntar fingiendo ingenuidad Fermín.

Eguskiñe tuerce el gesto sin contestarle.

Los demás ríen estas salidas, inocentes en el fondo de Fermín, pero que no están exentas de contenido.

Amama hace tiempo que no sirve licor a ninguno, retirando de la mesa las botellas de coñac y anís, por lo que las copas están vacías

hace un buen rato. El tabaco es lo único que tienen para poder ingerir, con lo cual compasiva pregunta:

—¿Una Coca-Cola? se miran todos los hombres con una mirada de complicidad y por el gesto amama insiste:

—¿O tónica?

—Si es con un chorrito de ginebra, poca ¡eh! —Fermín en tono sumiso, que a su juicio es la forma más directa de lograr lo que quiere, le ha sugerido a amama.

—La verdad es que hace calor en la cocina, un poco de tónica nos va avenir bien —Eguskiñe se levanta de la mesa, coge unos vasos largos del armario de la cocina, después una botella de ginebra que hay encima del mismo sin empezar, depositándolo todo encima de la mesa, junto con una botella de litro de tónica de la nevera.

—¿Hay hielo? —pide el doctor sin meditar si incordia o no.

Fermín se levanta también para echar una mano a Eguskiñe, dándose con los chorizos en la cabeza, ya que éstos están colgados en ristras alargadas de lado a lado casi de la cocina, a una altura casi de la cabeza de amama, pero pasó de la de Fermín.

—No me tentéis, que no soy un santo —les dice en tono bajo a los chorizos, oyéndole Eguskiñe el comentario que está cerca de él.

—Siempre estás igual —le recrimina Eguskiñe que cree que la indirecta va por ella.

Le va a contestar que en este momento lo más apetecible que la más guapa de las mujeres, son los chorizos, ya que su estómago le pide algo más solido que las tostadas que amama les ha servido hace un rato.

—Yo sin ginebra y sin hielo —pide Felisa que ve el movimiento de vasos encima de la mesa junto con la ginebra y los cubitos de hielo.

Eguskiñe va a servir, cuando el doctor quitándole la botella de la mano, le dice sin miramientos:

—Ya me sirvo, yo, gracias —acto que realiza seguidamente.

Amama le mira preocupada, ya se le habían pasado los efectos del alcohol ingerido unas horas antes, a ver si ahora acaba de coger una borrachera y hay que llevarle a casa.

Terminan todos de servirse la ginebra con la tónica exceptuando el alcohol las tres mujeres, vaciando la botella de tónica y dejando la de ginebra sin un cuarto de la misma.

Amama le hace un gesto a Eguskiñe de que retire la botella de la



vista de los hombres, gesto que recoge de inmediato Eguskiñe poniendo la botella a buen recaudo.

—¡Agg! ¡Qué rica! Muerto de sed estaba —Fermín es el primero en hablar después de ingerir el líquido mezclado, un cuarto de ginebra y el resto de tónica dentro del vaso, junto con dos cubitos de hielo. Acto seguido se le escapa un eructo que no puede controlar. Iba a pedir perdón, pero le parece una cursilada, por lo que sin pensarlo, exclama satisfecho:

—Enemigos que no pagan renta, ¡a la calle!

Amama ríe con ganas la salida espontánea de Fermín.

Eguskiñe pone gesto de que los animales mejor están en la cuadra que entre las personas, cuando con toda naturalidad del mundo, Fermín es imitado por los demás, el doctor, el cura, el maestro y Lorenzo, que casi le da la tos atragantándose con el licor.

—¡Hostias!, por poco me ahogo, esta ginebra de qué coño está hecha —dice malhumorado Lorenzo por el susto que se ha dado.

—A mí que cojones me dices, mírale a éste, a ver si te crees que yo estaba mirando cuando la hicieron, no te jode... —es Eguskiñe la que le ha contestado en tono airado, dado el tono despectivo con que Lorenzo ha preguntado insinuando que no era de buena calidad.

Ahora son todos los que ríen a la vez, mirándoles a ambos.

—Pareja perfecta hacían los dos —les dice riendo amama a Lorenzo y Eguskiñe. Felisa, imaginándose los juntos, peleando todo el día, ríe con tal fuerza que se tiene que levantar de la silla para agarrarse bien las tripas.

—¿A que se mea otra vez? —dice Lorenzo convencido y avergonzado.

—¿Otra vez? Porque acabo de mear, que si no, otras bragas me tenías que dar, María.

Todos vuelven a reír ante la salida llena de naturalidad de Felisa.

—¡Ay, Jaungoikoa! (Dios) Cuánto tiempo hace que no reía tanto en una sola tarde —replica amama arreglándose el moño y poniendo en orden sus horquillas de metal negras y alargadas de dos púas.

Una vez calmados todos y vaciados todos los vasos de bebida en pocos segundos, se hace un pequeño lapsus en el que por miedo a que vuelvan erre que erre con la política, Fermín va a tomar la palabra para contar un chiste que le ha venido a la memoria, cuando el doctor que no quiere dejar el tema de la historia sin concluir, le corta a Fermín para continuar con la misma, dirigiéndose a todos, pidiendo:

—¡Silencio, por favor! Hay un dato que no puedo pasar por alto y es el siguiente: No les molesta que continúe, ¿verdad?

Todos se miran y como ninguno quiere pecar de ignorante, le sugieren al doctor que continúe si eso le hace feliz.

—Gracias. En 1902 y volviendo a Sabino Arana, como digo, en un artículo publicado en el periódico «La Patria» de Grave Trascendencia, insertaba el rumor de que Sabino no ponía en duda la unidad de España, aunque no se adhería a ella. Esto escandalizó un poco, pero tres días después en una carta escrita por él de su puño y letra, confirmaba dicha noticia.

—Qué raro, ¿no? —pregunta Lorenzo desconfiado.

—¿Un hombre con esas ideas? —Felisa también hace un gesto de poner en duda dicha confirmación.

—Lo que en dicha carta expone es aún más dramático para él, ya que afirma que se le han negado todos los derechos al nacionalismo y lo que deben conseguir es una autonomía dentro del Estado Español, ya que «La Patria» exige que nos hagamos españoles —confirma el doctor utilizando un tono un tanto dramático.

—Sí, mucho tuvo que sufrir Sabino Arana antes de llegar a esta determinación dadas sus ideas, en efecto, el periódico «La Patria» lanzó una fundación de la «Liga de Vascos Españolistas» con el fin de conseguir una idea de Estado vasco independiente, una autonomía legal que salvaguarde sus costumbres, sus caracteres, su lengua, su etnia de pueblo vasco —el maestro concluye en tono también profundo al relatar estos sucesos.

—Murió al año siguiente de la enfermedad de Addison, con treinta y ocho años, un chaval todavía, su cadáver fue enterrado en la tumba de Sukarrieta, al borde de la Ría de Guernica. Antes había supervisado al nuevo presidente del PNV, Angel de Zabala, Prat de la Riba, fundador del nacionalismo catalán, moriría catorce años más tarde —don Fernando concluye este episodio.

Lorenzo se levanta de la silla y con la mano en el corazón guarda un ligero silencio en señal de respeto.

Nadie se atreve a hacer comentarios. Al cabo de varios segundos, don Ismael satisfecho por el efecto conseguido entre los presentes, concluye el relato:

—En términos políticos, la verdad que Sabino Arana no consiguió grandes logros, pero no así su ideología, que se ha convertido en mítica para muchos, ya que fue creciendo cada vez más hasta llegar a

nuestros días, a mi parecer, salvo ligeros cambios, casi idéntica —don Roberto concluye convencido.

Al escuchar las últimas palabras, amama no puede ocultar unas lágrimas que se deslizan por sus mejillas con la lentitud con que el rocío de la mañana, temeroso de herir con su contacto el frágil terciopelo de las rosas, se detiene en ellas, para ir lentamente a posarse sobre la mullida hierba.

Tratan todos de no mirar a amama, para de esta manera no violentarle, pero algo denso como si fuese el incienso dentro de las iglesias, se ha impregnado de pronto en el ambiente de la cocina, haciendo vibrar los corazones de todos los presentes, no atreviéndose a romper este mágico momento, guarda un silencio respetuoso.

Cada uno tiene sus propios criterios con respecto a lo narrado anteriormente y es Eguskiñe quien rompe el hielo haciendo un gesto de valor hablando la primera:

—Las ideas de Sabino Arana, qué duda cabe que, como han dicho ustedes, pues son a mi juicio, una forma de proteger las costumbres que se perdían, me parece bien, siempre y cuando la democracia esté por encima de cualquier imposición por la fuerza. ¿No hemos sido siempre democráticos? Pues bien, que cada uno piense lo que quiera.

—Por supuesto, estoy de acuerdo —no tiene sentido la extorsión, el miedo como métodos para lograr estos propósitos —se oyen los comentarios al mismo tiempo.

—A la fuerza no estoy de acuerdo. Si nuestros tatarabuelos empezaron a perder el euskera y a nosotros nos parecía de aldeanos no queriendo hablarlo, la culpa ¿quién la tiene? nosotros, entonces, está bien recuperarla, pero convenciéndonos, explicándonos, como lo ha hecho el doctor, y Fernando y Roberto, aclarando las cosas, no porque quieren en el gobierno, y hala, o aprendéis o no tenéis trabajo aquí en Euskadi. Con buen profesor se aprende bien, con mal profesor, peores alumnos, creo yo —Felisa hace este comentario, con sentimiento apenado.

—Es verdad, nadie nos habló así, si no se nos habrían quitao las tonterías. Los vascos somos los culpables, mis padres lo hablaban y yo ni prestar atención. Mis amigos, vosotros, no hablamos el euskera, ¿por qué? Porque no quisimos, mi hijo porque yo no sabía, y así todos. La ignorancia, sólo la ignorancia —concluye amama un poco con pena ante este descuido tan lamentable.

—Al gobierno tampoco le interesaba, quería ir desterrando las costumbres en Euskadi, olvidando nuestro pasado. Con los indios en

América era fácil, pero con un pueblo como el vasco se equivocaron. Este pueblo no dejará su empeño en lograr su independencia y recuperar sus costumbres, aunque le vaya en juego cien años de retroceso —el doctor ha contestado rotundo.

—Desde luego, pero retroceder en la historia es un grave error, pudiéndolo conseguir simplemente con concienciar en el vasco este pasado que tiene a sus espaldas, por el cual debe sentirse poseedor de un patrimonio histórico que le pertenece y tienen obligación de transmitir a sus descendientes, para que la antorcha no se apague —don Fernando ha hablado ahora en un tono de respeto.

—Nada o muy poco se hace en este sentido, ¿qué programas informativos o divulgativos se hacen en Euskadi y fuera de Euskadi para que la gente sepa un poco de qué va la política aquí...? Pregunta a la gente un poco de lo que aquí hemos hablado a ver quién tiene una ligera conciencia de lo que aquí se cuece. Mientras que aquí y fuera de aquí no reciban información de nuestro pasado, de las causas que condujeron a este país a este callejón, que yo creo que tiene salida, los políticos pocos logros van a conseguir. La población tiene la palabra, informémosles, que después se hará justicia, pero no les engañemos ni en un bando ni en otro —el maestro concluye colorado como un tomate también por el ardor puesto en sus palabras y por el calor del alcohol y el de la chapa económica junto al de la chimenea y por la aproximación de todos los presentes.

—Razón no te falta, ahora iba yo a perder el euskera, todavía me apunto a una ikastola, con los chavales; ignorantes ya hemos sido, me cagüen la mar. Solo coraje hemos tenido y pocos conocimientos. A qué esperar para hablar claro, no en la Universidad, en la tele, para los ignorantes como nosotros —Lorenzo, cabreado, ante su ignorancia, hace gestos con las manos mostrando pesar por no estar más preparado de lo que está.

—Con lo tranquilo que vivías... —Fermín le dice preocupado, porque no entiende a qué viene tanto remordimiento ahora.

—La ignorancia es el enemigo de los pobres y la cultura es el único bien que humilla al ignorante —don Fernando hace el comentario con un gesto de preocupación.

—Yo, aunque tarde, he comprendido, aunque lo único que siento es que la muerte de mi hijo sea la causa para saber más cosas, porque éste fue el comienzo y después seguiré queriendo saber y no cesaré hasta encontrar mi respuesta —responde Eguskiñe con gesto duro.

—¿Pues sabes qué te digo, Lorenzo? Que nos compremos unos cassettes de esos y a aprender para poder hablar con los nietos que se ríen encima de nosotros —le contesta amama en tono burlón.

—Precisamente esta desinformación de la política que hasta aquí sólo ha sido el comienzo, y la mala información han creado una conciencia de rechazo en un sector muy importante de la propia sociedad vasca y no hablemos fuera de aquí, a la ETA no se le va a perdonar tan fácilmente —es el maestro el que, con un tono de pesar hace este comentario.

—Perdonar, siempre igual; te pegan dos hostias y la Iglesia te dice... Hijo mío, pon la otra mejilla... Y cuando te hayan dado dos hostias más, ¿qué pones? Pues como Jesucristo, sacas el cincho (cinturón) y a hostias acabas... Fermín concluye filosófico y se queda más ancho que largo.

—La verdad es que, qué fácil es encender una cerilla y que arda el pajar. Pero luego volverlo a reconstruir otra vez... —Felisa se queda pensativa al hacer el comentario.

—Se hace otro mejor, más grande, con más ventajas, para que le entre bien el aire y se seque mejor la paja —Fermín, resuelto, expone su teoría.

Amama y Lorenzo se miran, sabedores de que las reconstrucciones no se hacen así de fácil después de una guerra, son años de enterrar odios, venganzas en las generaciones que las padecen y las secuelas que marcan a los hijos de éstos durante varias generaciones, como va a suceder con los vestigios que deja ETA tras de sí: ruinas, viudas, muchos huérfanos van a necesitar años y años para olvidar y reemprender de nuevo su camino.

Eguskiñe está pensativa, con la cabeza dándole vueltas y más vueltas. Todo lo que se ha hablado durante la tarde, le ha parecido muy interesante pero no del todo esclarecedor. Le quedan todavía muchos puntos negros, demasiados, en la historia, que no tienen aún sentido para ella. Avida como está de saber para poder desterrar el odio que lleva dentro impidiéndole ser feliz, día tras día. Mira al reloj que marca las ocho y media, dudando en si hacerles algunas preguntas más sobre el tema político o seguir buscándolo ella sola entre los libros que le quedan por leer aún en su habitación.

Amama que le conoce bien y no pierde detalle de todo lo que acontece en la cocina, se queda pensativa también, sin decidirse a seguir con la historia, que tanto le interesa conocer a su hija y a ella también, pero de diferente manera, o bien brindarles de nuevo la

oportunidad de seguir hablando al doctor, al cura y al maestro, de los temas antes tan bien expuestos, donde también puede ella misma conocer bien desde sus orígenes, tantos acontecimientos que desconoce. Una ocasión como esta, sabe que no se repetirá nunca más en su vida. También tendrá que darles algo de cenar, se está haciendo tarde y en media hora no han acabado. Seguro que si les pongo un chorizo con huevos frescos, contentos se quedan —piensa durante unos segundos.

El timbre del teléfono rompe los pensamientos de amama y de Eguskiñe, y las conclusiones a las que ha llegado Fermín que van a ser contestadas por don Fernando, pero éste se calla cediendo el paso a Eguskiñe que se levanta a cogerlo.

—Será para mí —dice el doctor haciendo un gesto de resignación.

—¿No les habrá pasado nada a mis hijos? Estos días malos no son para andar por esas carreteras —dice amama sobresaltada, saliendo de sus pensamientos y volviendo a la realidad.

—A ver... Sí... ¿Cómo?... Bueno, pero portaros bien. Mañana, Javi, temprano aquí, que hay mucho que hacer... ¿Cómo va la parturienta?... ¿Esta noche?... Abrigaros bien... Hala, bueno —cuelga Eguskiñe el teléfono ante las miradas de alivio de todos, han comprendido que era Javi, su hijo el que llamaba y que todo estaba en orden

—Que se quedan en casa de mi hermana, tiene la vaca pariendo y quieren quedarse allí con los primos.

Eguskiñe hace este comentario para que su ama (madre), se quede tranquila, aunque ya lo está dado que por el tono de Eguskiñe ha captado que todo está en orden.

—Bueno, me libré otra vez, tenía que ser fiesta todo el año —dice el doctor respirando profundamente mirando a los chorizos.

Amama suspira y aliviada quiere hacerle una sugerencia al doctor, sabedora de que de momento nadie se quiere marchar y de que no le va a quedar más remedio que freírles más tarde unos chorizos, ya que el doctor, de vez en cuando, se queda mirándolos con ojos de gula, sin poder disimularlo.

También lo han hecho don Fernando y don Roberto, pero éstos más prudentes, con disimulo, para que no se les note.

Fermín tiene que hacer grandes esfuerzos para no pedirle uno metido entre pan, bien frito éste con la grasilla que despiden los chorizos al freírlos, dándole un gusto al pan crujiente y jugoso, que no se sabe si está mejor el chorizo o el pan, frito con ese jugo rojo.

Lorenzo y Felisa no les prestan a los chorizos demasiado interés, sus hijos también han hecho matanza y los tienen en el caserío, secando en la cocina, por lo que no sienten ese gusanillo de quererlos probar como los anteriores citados.

Eguskiñe se va a sentar en su silla, pero amama le sugiere:

—Quita esas cazuelas de en medio y llévalas al balcón, que allí estarán mejor con el frío, mañana están mejor que hoy.

Eguskiñe no quiere contradecir a su madre, pero con lo a gusto que está, le desaira un poco tener que obedecerle interrumpiendo la conversación, pero se levanta sin protestar.

Fermín se levanta también de la silla para ayudar a Eguskiñe.

—Dame eso, la más grande de barro, por lo menos pesa cinco kilos, tanta familia, es natural —coge la cazuela de encima de uno de los fogones. Eguskiñe coge otra y salen de la cocina con las cazuelas sujetas por ambas manos.

—Buen hombre —comenta Lorenzo con mirada sincera sintiendo lo que piensa.

—Y buena mujer —es el doctor el que así ha hablado.

—Y buena pareja —don Roberto también dice lo que siente dentro de su alma.

—Enamorao toda la vida de mi hija, un santo —amama hace un gesto de impotencia—, si por él fuera ya se habrían casado hace tiempo, pero...

—Todavía no hay que perder la esperanza —Felisa dice esto convencida, ya que ha visto tantos imposibles realizados a su alrededor.

—Honrada y fiel, nunca le he visto poner los ojos en otro que no fuese su marido... —don Fernando también da su opinión sincera en tono admirativo, ya que esta cualidad, tan digna de admiración, se está poco a poco deteriorando en la nueva sociedad vasca así como en el resto de España.

—La mayor ilusión sería verla casada con él, los otros hijos tienen sus mujeres y sus hijos, qué luego se casan o se van por ahí... Muy triste es estar sola sólo recordando; para sola ya estoy yo bastante. Y cuando me muera, ¿qué? Si por lo menos fuese monja... Bueno, a callar que ahí vienen.

Amama cambia de tema, al oír las pisadas de ambos por el pasillo.

De nuevo les hacen sitio para que puedan retirar una cazuela cada uno, Fermín y Eguskiñe.

—Vaya helada que está cayendo. Está más frío el balcón que la nevera —comenta Eguskiñe haciendo un gesto significativo con las manos.

—A ver, esa que es más grande, la del cabrito, amama, buen trabajo, algún resto ya quedará para mí...

Fermín coge la cazuela de aluminio de tamaño gigante, reservada para las ocasiones donde se celebra algún acontecimiento importante y se reúnen una veintena de personas.

—Esa cazuela ya tendrá... de antes de la guerra, la matanza ahí la hacíamos por entonces ya... —recuerda por encima amama sin precisar la fecha exacta.

—Yo también tengo unas cuantas, antes todo se celebraba en casa, no como ahora... Una semana preparando las bodas, después de las misas de los muertos, las Navidades... Muy cómodos nos estamos volviendo... — Felisa comenta mientras pasan veloces por su cabeza tantas celebraciones y entierros en los que todo lo arreglaban comiendo y bebiendo sin parar, para olvidar las penas y cuando no las había reír de las alegrías.

Salen Eguskiñe y Fermín por la puerta de la cocina, uno detrás de otro, con las suculentas cazuelas.

—Estoy de acuerdo que los tiempos han cambiado, por supuesto, pero tanto mecanismo, tanto dármele todo hecho, han dado al traste con tantas cosas buenas, que deberían hacernos reflexionar un poco... —don Roberto comenta, preocupado, cruzándose los brazos fuera de la mesa.

—A mí me gustan los ingleses, por eso mismo, porque saben ir de la mano del progreso, pero sin olvidar sus tradiciones. En ningún momento se sienten ridículos por exponer sus costumbres antiguas, bien sea de tipo rural o de tipo que tenga que ver con la realeza y si no qué sentido tienen hoy esas carrozas que parecen del cuento de la Cenicienta y ese relevo de la guardia cada día frente al palacio de Buckingham en Londres, y tantas costumbres como conservan, sin mostrar vergüenza alguna, sino más bien diría yo, sienten un orgullo nacional aún cuando muestran la historia de Enrique VIII que decapitó y se separó —don Fernando continúa dándole la razón a don Roberto.

—Somos tímidos los vascos y hemos sentido vergüenza de que nos crean aldeanos, por hacer las cosas a la antigua. Hay que coger lo bueno del progreso, pero lo bueno de lo antiguo, por qué olvidarlo. Hoy hay conciencia de recuperar algunas cosas, creo yo, poca, pero la hay —Lorenzo comenta preocupado y sintiendo un remordimiento dentro de él, de haber sido causante de parte de ese deterioro, adop-



tando también posturas modernas, rechazando lo más grande que tiene un pueblo en su cultura como tal y en su lengua de origen.

—El mal ya está hecho, pero levantar la torre que se ha caído... Trabajo va a costar —Felisa, resignada, porque en el fondo siente que su marido tiene razón, comenta también con pesar.

—De los errores se aprende, en medicina, en política, y en conducta humana, todos nos equivocamos, lo importante es saber rectificar cuando hay conciencia, hay enmienda —el doctor contesta rotundo.

—Dos más quedan —dice Fermín entrando por la puerta de la cocina el primero seguido de Eguskiñe.

Se apartan el doctor, el cura y el maestro, haciéndoles sitio de nuevo.

—Tú, esta de barro y yo la otra —Fermín pone una cazuela en las manos de Eguskiñe, cogiendo él la última que queda.

—Bien fresquitos van a estar, bajo cero estamos por lo menos —comenta Fermín mientras sale de la cocina detrás de Eguskiñe, como un perrito faldero detrás de su dueña.

—Cuidado no se te salga la salsa que están hasta arriba —recomienda Fermín por el pasillo.

—Tú tranquilo, aunque con estos suelos con tantas faltas es fácil tropezar. No quiero pensar en mañana, vaya follón que nos espera —le dice Eguskiñe a Fermín, cruzando el corredor donde está el balcón. El balcón está abierto de par en par, mostrando un paisaje de naturaleza llena de sombras silenciosas que duermen protegidas por los velos negros de éstas, ocultando su belleza a los ojos de los mortales en el transcurso de la noche fría.

La bruma blanca de la helada también cubre de blancura el sembrado con mano de novia.

La luna contempla el conjunto con sus damas, las estrellas y Fermín, apasionado, dejándose llevar por sus nobles sentimientos amorosos, que como caballo desbocado no puede frenar, al tener a Eguskiñe tan cerca de sus brazos, al verse libres éstos de las cazuelas una vez depositadas en el suelo de la balconada, sin poderlo evitar, la abraza suavemente, sin agresividad estrechándola en sus brazos, buscándole los labios y besándole con un ardor que le hace temblar como a un chiquillo de arriba abajo.

Eguskiñe que siente este arrebato de Fermín tan inesperado, no dándole opción al rechazo y ya en su brazos, azorada no sabe cómo actuar. El cálido abrazo de Fermín y su beso apasionado, hacen que despierten en ella esos sentimientos dormidos que de pronto le turban

más a ella que a Fermín, separándose de él lentamente, sin desaires, como en el fondo de su alma le habría gustado, con una nueva sensación de mujer que ya hacía años no sentía.

Va a recriminarle pero no tiene fuerzas para ello, al verle así tan cerca con las sombras de la noche, como único testigo, Eguskiñe siente que el volcán sólo estaba dormido y que quiere que así se quede, dormido. No puede permitirse ser feliz sin antes aclarar el por qué de lo que pasa en Euskadi, porque presiente que los muertos le hablan a ella y necesita saber también por qué mata ETA y ella ha de ser libre para poder descubrirlo, sin ataduras, solamente libre podrá tener movilidad y acceso a ir donde sea, pero sin ataduras de ninguna clase.

Fermín, que ha sentido por primera vez el tener a Eguskiñe entre sus brazos y al besarla, que no le ha rechazado, se siente el hombre más feliz de la tierra y emocionado de pies a cabeza sólo puede balbucear:

—No tienes prisa, tómate el tiempo que quieras. Yo esperaré.

Eguskiñe siente de pronto algo nuevo que estaba ahí pero que nunca había sentido una ternura hace este buen hombre y una necesidad de apoyarse en su pecho como lo acababa de hacer y sentirse protegida como una niña, tal como lo siente, no como quiere parecer que es, ruda, dura y que solo sabe odiar. Ella también necesita del amor, de dejarse llevar por el instinto de mujer, por el cual se casó ya con anterioridad y por el que tuvo a sus tres hijos.

Con un tono leve en su voz, que no conocía Fermín, le contesta, separándole de su lado:

—Puedes esperar... sabes que tengo cosas que hacer... después hablaremos...

—Esperaré todo lo que tu quieras, mientras estaré aquí para lo que haga falta, como antes.

Fermín, con los ojos encendidos por la pasión y con una luz nueva en sus ojos azules, no aparta su mirada de los ojos de Eguskiñe.

Está turbada aún por los efectos de los brazos de Fermín y por el beso ardoroso que ha depositado en sus labios, trata de disimular y de recomponer su expresión de dureza que, en realidad, es como el manto de la noche que cubre la hermosura del paisaje pero que cuando llega el sol por la mañana, hace que ésta muestre con sus resplandores toda la belleza que albergaba el bosque dormido.

—Así debe ser por ahora y vámonos, que nos vamos a helar  
—Eguskiñe azorada, aún recomienda en tono suave a Fermín.

—¿Helar? Yo estoy ardiendo, toca —Fermín coge la mano de Eguskiñe y se la pone en el pecho.

Eguskiñe se asusta del fuerte latido de su corazón, que parece un motor en marcha al máximo de sus posibilidades y asustada le dice:

—Creo que debes darte una ducha bien fría. Vas a explotar —aunque en el fondo de su alma siente una pequeña llama que brota desde un zarzal que calienta sus pesares. Sentirse amada con tanta pasión contenida, como mujer le ha hecho revivir esas llamas que dormían convertidas en ascuas, pero que al darles el aire han empezado a revivir lentamente, alumbrando la noche.

—Si sólo sería ahora... tantas veces he tenido que contenerme, que si ya no he explotao, ya no exploto. De buena madera estoy hecho yo —dice Fermín emocionado aún, temblándole la voz.

—Sí, ya lo creo... Vamos, que qué van a pensar... —Eguskiñe le hace un gesto de que deben regresar.

Fermín se ha olvidado de todo y de todos y, volviendo a la realidad, exclama:

—¡Leches! Podrían marcharse.

—¡Tú siempre igual! Cierra bien esa puerta, que no encaja bien y si queda mal cerrada, entra un frío que pela —le ordena Eguskiñe tratando de mostrarse serena, aunque en el fondo está aún emocionada.

—Mucho habéis tardao —les dice amama al verles llegar.

—A ver si de una vez meteis mano al asunto —dice malicioso Lorenzo.

—El día menos pensau os damos un susto, así que hablar de política cuanto antes —Fermín, con gesto feliz que no puede disimular, invita al doctor, mirándole eufórico.

—¿Tú, de política? ¿Te encuentras bien? —le pregunta don Roberto.

—Oye, a ti te pasa algo —le dice don Fernando riendo.

—Nunca es tarde para nada, para aprender euskera, para aprender de política, ni para ser obispo —dice el doctor mirando al cura con sonrisa de que tiene Fermín razón, nunca es tarde para aprender, nunca es tarde.

Eguskiñe se sienta en su sitio y quiere mirar a Fermín como siempre y no puede, se siente por primera vez turbada en un grado que a duras penas puede aparentar la misma serenidad y la misma dureza que antes. Por lo que prefiere guardar silencio hasta lograr tranquilizarse y recuperar su aplomo habitual.

—Pues si no hay inconveniente por parte de todos, por qué no hablar de política —dice don Roberto encantado por su parte.

—A ver cuándo llegáis a mis tiempos, que también hicimos de las nuestras... —Lorenzo está contento esperando poder intervenir a partir de seis años jóvenes, que fueron por el año treinta más o menos.

—Debemos llamar a casa —dice Felisa preocupada por la hora.

—Eso está hecho, dime el número —Fermín se levanta de la silla como si tuviese alas en los pies. Le da Felisa el número y él mismo se encarga de transmitir el mensaje.

—Que tranquilos, que no os preocupéis, que todo va bien... Aquí, que se han empeñado en saber por qué los muertos hablan y por qué, y qué puñetas, para saber eso hay que aprender, por qué mata ETA... ¿Que vosotros también queréis saberlo? Yo os lo contaré algún día... No... no es broma... Agur (Adiós) —Fermín cuelga y dice—: ¡Ya está! Mosqueaos los he dejao a tu hijo y a tu nuera. Es que hay que ver qué gustos más raros tienes Eguskiñe.

—¡Oye, oye! ¿Qué mosca te ha picado? —pregunta Lorenzo un tanto mosqueado, por la forma en que les ha hablado a su hijo y a su nuera.

—¿Mosca? Moscardón diría yo más bien —le contesta Fermín con una sonrisa de lado a lado de su brillante y radiante cara.

—Anda, ¿iéntaté y deja de decir tonterías —le recrimina Eguskiñe sin demasiada energía.

Amama, que no les pierde de vista a los dos en toda la tarde, se pregunta:

— Eso, ¿qué mosca o moscardón les habrá picado a él y a ella? No sé, no sé, pero aquí ha pasao alguna cosa...

—Para no hablar sólo de historia y de política, a mí me gustaría tocar una signatura muy interesante como son los signos vascos en toda España —comenta pasando por alto el comentario de Fermín, don Fernando.

—En efecto, un tema muy importante para los que les guste la antropología, yo la encuentro fascinante —don Roberto corrobora las palabras de don Fernando.

Don Ismael también asiente con la cabeza cediéndole la palabra a don Fernando de que le parece bien cambiar un poco de tema, dejando a un lado la historia y la política.

Fermín, que por primera vez va a prestar un interés que antes no había tenido, se revuelve en la silla, incómodo, preguntándose si eso

también tendrá que ver con los problemas de Eguskiñe, y no interrumpa haciendo preguntas sobre en qué se basa dicho tema.

Amama, Felisa y Lorenzo, también hacen un gesto un tanto perplejo de no saber bien de qué se trata dicha ciencia y Eguskiñe que tampoco sabe muy bien de qué van a hablar, opta, sin poderlo remediar, en recordar lo ocurrido en el balcón del comedor hace unos instantes, sintiendo aún el calor del pecho fuerte de Fermín oyendo ese corazón que latía con la fuerza de una locomotora antigua de la RENFE, con palpitaciones desenfrenadas, solamente con el contacto de su cuerpo con el suyo.

—Todo es bueno saber, a ver de qué va la cosa —dice Eguskiñe haciendo esfuerzos sobrenaturales para aparentar esa frialdad que le caracteriza en su cara, en su expresión, y que a duras penas puede conseguir, aún haciendo un esfuerzo sobrehumano.

—Es curioso, pero en toda la Península Ibérica hay un gran número de caracteres vascos descubiertos por los geógrafos de norte a sur. Sin ir más lejos, Guadalajara, su nombre primitivo fue Arriaca, en Vasconia hay varios con el nombre de Arriaga, que significa, no sé si lo saben, el «pedregal».

—Curioso; alguno que fue de aquí y como tenía nostalgia le puso el nombre del pueblo —Fermín contesta sin darle ninguna importancia.

Continúa don Fernando pasando por alto el comentario de Fermín.

—Sin ir más lejos. Zaragoza antes de ser colonizada por los romanos, se llamaba Zanduña o Salduba. Este nombre lo tenemos en Bizkaia, Zaldúa y en Vascongadas tenemos por ejemplo, Zaldueño, Zaldumbide. Granada también su nombre Iliberis o Iliberris es primitivo de Elvira (Granada), que en vasco significa «ciudad nueva» o como también sería «Villanueva».

—Que los vascos estamos hechos de dos clases, los que salen y los que nos quedamos en casa. Los que salen, con tal de que se sepa que han ido a parar, no saben qué hacer —Lorenzo afirma sin demasiado entusiasmo, no le ve ninguna importancia a estos hechos pasados.

—En Andalucía hay pueblos como Astapa, Esuris, Ulia; en Valencia y Murcia hay también nombres como Biscaguis, Urbiaga. En Asturias y Galicia, Arriaca, Iturbida (de Iturbe); también la meseta castellana está poblada de nombres como Aratza, Ilaruris. Todos estos datos hacen suponer la difusión que tuvo nuestro lenguaje en una gran parte de la España prehistórica. Hay datos significativos para creer que la extensión de nuestro idioma pudo haberse hablado en España

(sin afirmarlo categóricamente), el vasco por la diversidad de lenguas que en su tiempo notaba Estrabón... estamos hablando de la España prehistórica, no hay que olvidar que aquí se hablan hasta siete idiomas diferentes, en las diversas regiones de Euskadi, incluidas las provincias francesas... —don Fernando se calla, pensativo, después de haber expuesto categóricamente el tema de los signos vascos en casi toda España—. Tampoco olvidaremos que el escritor más antiguo en lengua castellana, lo fue también en lengua vasca. Porque para la historia literaria, ambas nacen juntas, en un mismo documento. Por lo que se deduce que dicho documento fue escrito a la vez, como símbolo de hermandad entre Castilla y Vasconia. El documento más antiguo de todas maneras, encontrado hasta ahora, contiene unas glosas de mediados del siglo X, escritas en el monasterio riojano de San Millán de la Cogolla y llamado por el mismo motivo: «Glosas emilianenses», que según Menéndez Pidal, las glosas de mediados del siglo X, son el primer texto que quiere ser escrito en el romance español, con independencia del latín, y al lado del romance se utilizaban ya unas glosas en euskera, que tardaría esta lengua después, siglos en manifestarse. Interesante, ya lo creo, ahí nos perdimos debajo de la tierra como el río Guadiana —concluye también sonriendo feliz don Roberto.

—Mientras todos escuchan, sólo son interrumpidos por los fuertes ladridos que emite Txakur, al que cualquier vehículo que pasa por la carretera, es motivo de repulsa para él.

—Entre los antiguos escritores castellanos, se pueden encontrar varios eusquerismos. Estos escritores, por ejemplo, citan en castellano «spillu» al espejo, en Bizkaia se dice «ispilu» o «espilu», por citar uno —don Fernando con los pies cruzados y abrazando con sus manos ambas rodillas, es quien ha hablado.

—También recordando me viene a la memoria Ramiro de Aragón, hermano de Fernando I de Castilla, fundadores de los reinos de la dinastía vasca de Navarra, en el juramento de fidelidad prestado a su hermano García, rey de Navarra, escrito en latín, introduce palabras vascas en dicho escrito. —Don Ismael se recuesta en el respaldo de la silla, gesto que se repite en cada intervención por él expuesta, mirando a todos los presente.

Amama, Lorenzo y Felisa que se encuentran sentados próximos, uno al lado de otro, se miran sin darle importancia a estos hechos históricos.

Fermín y Eguskiñe de cuando en cuando se cruzan miradas, con disimulo por parte de Eguskiñe, descaradas por parte de Fermín, que

le salen los ojos de las órbitas. Eguskiñe le ha hecho varios gestos a Fermín de que no le mire tan fijamente y que disimule antes de que se cabree.

Fermín, ansioso por cambiar de tema y de que vayan al grano que es lo que le interesa a Eguskiñe, con tono suave, interviene cambiando de conversación:

—Yo sé un par de refranes también antiguos. ¡Eh! El agua de marzo es pan del año. Cuando mayo es fresco alegra el año. Arco Iris por la mañana, por la tarde agua.

Va a continuar, pero amama le interrumpe, repitiendo también ella algún refrán:

—Por san Blas, la cigüeña verás.

—San Lorenzo trae agua en la mano y en la otra, fuego —Lorenzo también interviene seguido de don Roberto:

—El que no sabe nadar, se ahoga en el mundo y en la mar.

Es don Ismael el que contesta:

—Noches alegres, mañanas tristes.

Toma la palabra Felisa, recordando viejos refranes también:

—Dime con quién andas y te diré quien eres.

—Al que a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija

—Lorenzo también expone sus refranes recordando.

—Por San Simón y Judas el barco asegura.

Don Fernando continúa con los refranes riéndose todos de sus intervenciones durante unos minutos.

—¡Ay qué tarde! Si todas fuesen como ésta yo firmarí vivir más años que Matusalen —Roberto comenta feliz.

Los efectos del alcohol ingerido con anterioridad, ha tenido la virtud de desatar aún más las lenguas, que en algún momento quieren trabarse, pero con el corazón contento, sintiendo la placidez que les produce la tertulia conjunta, entre gentes tan dispares en edad, conocimiento, cultura, pero tal vez el milagro se debe a ese respeto que se tienen todos, los unos hacia los otros, sin medir con justicia al hecho, precisamente, de ser tan diferentes unos de otros, en ideología, política o bien sea en su grado cultural. Si no, simplemente sienten la necesidad de ir dejando a un lado el miedo a expresarse y a volver a ser de nuevo lo que han sido siempre los vascos, libres de poderse expresar entre sí, apartando a un lado miedos y temores en sus conversaciones y a posibles infiltraciones que puedan ser nefastas para su propia seguridad.

Quizá esa libertad experimentada después de tantos años de sentirse reprimidos, así como su forma de expresión sea precisamente el duende que juegue alegremente a sus anchas en forma de libertad, de la cocina de amama en estas fiestas de Navidad y ría con ellos, no importándole que medie una pequeña parte el alcohol ingerido como ya he dicho anteriormente.

La visión de los chorizos de la última matanza, alineados perfectamente en sus ristras con sus veinte centímetros de separación unas de otras, el fuego bajo que chisporrotea en la chimenea, la chapa económica, las cortinas de cuadros azules y blancos, del mismo color que el mantel de hule de la mesa, que al pasarle un paño húmedo tiene la virtud de mostrarse limpio y brillante para ir depositando, continuamente, cambios en su conjunto: tazas de café, copas de coñac, la fuente de loza de tostadas con cartolas, —diría Fermín—; los vasos de tónica y ginebra. El continuo ir y venir de amama a su chapa económica para activar sus ascuas manteniéndola encendida y dispuesta a utilizarla en cualquier momento, preparando bien sea el café de puchero o sus sabrosos guisos que a tantos han hecho felices.

Los causantes de que se encuentren tan a gusto, pero sea cual sea la causa, ahí están en este momento felices. Amama, con su filosofía del que todo lo ve, sin demostrarlo a los demás, capaz de ver entre tinieblas, sin espantarse, sin alterarse, simplemente analizando cada palabra, cada gesto de cada uno de los contertulios, guardando en su alma todo cuanto le desagrada, tratando sólo de ayudar y mostrar solamente su rostro amable en cada momento.

Felisa, mujer sencilla y noble, limitada a sus labores del hogar, pero no por eso quiere estar lejos en el pasado, sino que en su fuero interno, siente no ser más joven para haberse podido emancipar como sus nietas, con las que tiene tantas cosas en común, como son sus inquietudes por saber y aprender, pero que siente que nunca es tarde para empezar.

Lorenzo, hombre trabajador, nacionalista de los pies a la cabeza, bruto en sus conceptos, incapaz de dar su brazo a torcer, pero que en su fuero interno, siente la pequeña frustración de sus escasos conocimientos al ser puestos en la balanza con sus oponentes, más jóvenes, escucha fascinado los conocimientos universitarios de éstos con una envidia sana.

Fermín, capaz de trabajar veintitrés horas diarias si el día las tuviera, pero incapaz de retener, discurriendo, pensando en lo que dicen sus oponentes en la reunión, ya que le causan dolores de cabeza, pero



feliz con tal de tener enfrente de él a Eguskiñe y aunque sólo sea para reprenderle. Le parece estar en el cielo, y después de su escena apasionada en el balcón sin ser rechazado por Eguskiñe; siente a todos los ángeles del cielo cantar villancicos y las historias pasadas, cuentos de Navidad para mayores.

Eguskiñe, ávida como está por encontrar su respuesta a la política en Euskadi, siente que la tarde no ha comenzado, que seguiría escuchando historia tras historia, tardes, días enteros. Necesita sentir la sensación perdida de mujer que puede reír y ofrecer amor en vez de odio, rabia sorda, amargura.

Don Fernando, cura por vocación, amante de la misión encomendada por Dios, disfruta con sentimientos de niño, codicioso de sentir armonía, sonrisas, ayuda para sus semejantes tan faltos en esta sociedad moderna de comprensión y perdón.

Don Roberto, cálido, por cuya piel fluyen deseo de enseñar transformado a la libélula en bella mariposa, goza con los presentes de la armonía que irradian los muros de la vieja cocina del caserío.

Don Ismael, amante de la historia, única fórmula para hacer que los nuestros hablen a través de sus vivencias, de sus errores, de sus aciertos, hoy tiene en su mente un proyecto capaz de salvar a Eguskiñe, sacándole del pozo donde está metida, que le impiden ver la luz del día.

—Yo, con tal de poder reír con alguien, cien años más me apunto a este valle de lágrimas —Lorenzo dice categórico.

—Así que yo tendré que vivir otros cien años más también, porque allí arriba sin mí, no sé a quién le vas a echar tú broncas... —le contesta Felisa a su marido mirando maliciosa a los presentes.

Estos esbozan sonrisas y risas imaginándose a la pareja pasados los cien años y Lorenzo riendo a Felisa mientras ésta pasa totalmente de él.

—Si hay ratos en la vida que se debían quedar grabados, como esas películas que graba mi nieto Javi y luego me las pone alguna tarde cuando me aburro en el invierno, y poderlas poner una y otra vez, cuando nos asaltan los fantasmas de las penas... —amama, con una leve sonrisa, mitad nostálgica, mitad alegre, expone este razonamiento.

—Amama, qué cosa más bonita esa que has dicho... Cuando yo me case, quiero que graben eso, para creer que me caso todos los días —Fermín, imaginándose saliendo de la iglesia con Eguskiñe del

brazo, soñando como un niño pequeño la víspera de Reyes, dice lo que piensa sin poder reprimir lo que su corazón siente.

Todos ríen, maliciosos, imaginando a Fermín del brazo de Eguskiñe, que al oír este comentario, ha hecho un gesto de desagrado, haciéndose sentir con su mirada profunda, que se no pase de la raya.

—No estaría mal sentir esa emoción de vez en cuando, la de que te casas y encima te sale gratis —don Roberto ríe junto con los demás su propia salida.

—Dejaros de bodas, que no está el horno para bollos —Eguskiñe corta el tema que no le parece el más acertado.

—Que hay que vivir en el presente, que el pasado, pasado está, solo, que sólo él, es capaz de hacernos sentir a gusto cuando hemos comprendido el porqué, siempre la eterna cuestión, sin un análisis exhaustivo del ayer, nadie puede comprender el presente y menos se puede preparar con optimismo cara a un futuro próximo... —el doctor comenta esta vez sin mirar a ninguno de los presentes, como tratando de hallar él también su propio «por qué», ante sus propios hechos, que no siempre halla la respuesta completa a tantas cuestiones, como entraña el ser humano, tan frágil y tan indefenso al menor síntoma de dolor físico.

—¿Por qué?... Que frase tan corta y cuánto contenido encierra. Todos nos preguntamos a cada momento «¿por qué?», esperando que Dios nos mande una respuesta desde el cielo. En el terreno histórico es fácil tratar de hallar ese por qué y hasta la respuesta a cualquier pregunta. Pero en el terreno espiritual y en el de los aconteceres cotidianos con sus dificultades, sus desgracias, sus errores, qué sólo e indefensos nos hallamos todos. De ahí que, a través de la religión, a través de Dios y de la fe, podamos encontrar consuelo, amor, paz, dentro de nosotros mismos... —don Fernando, en un tono apasionado y lleno de convicción, expone su teoría con una mirada chispeante y una sonrisa abierta que tienen la virtud de convencer a casi todos los presentes.

—Si así hablas en el púlpito, con lo guapo que eres, encandilada a más de una beata ya la habrás dejao —le contesta amama en tono pícaro pero lleno de respeto.

—¡Ay, qué bien hablas, Fernando! Mira que me he preguntao yo también veces, por qué me encontraría aquella tarde de primavera con un marido. Tenía que ir yo a Bilbao al dentista, con un flemón que estaba con la cara así, hinchada, y mira por donde, éste... —dice Felisa señalando a su marido, con cara graciosa—, se fue a sentar al

lado mío... Todavía no lo he entendido, con la de pretendientes guapos que yo tenía, sí creo que ya se... —deja en el aire la frase Felisa moviendo la cabeza de un lado a otro, haciendo gestos de que el destino y sólo él tiene la respuesta.

—El destino no sería —Fermín comenta sin comprender para qué hay que darle tantas vueltas a las cosas. A lo hecho, pero, piensa él sin hacer más análisis del por qué se producen los acontecimientos que nos acontecen a diario.

—El destino, si yo pudiese decir esa palabra y quedarme tranquila, qué bien, pero como ha dicho don Ismael encontrar el porqué y hasta respuestas a través de la historia es cuestión de tiempo, de estudio y de paciencia, como la que estoy teniendo yo ahora leyendo tanto, pero, ¿por qué...? —deja en alto la frase Eguskiñe sin concluirla, un nudo en la garganta se lo impide y no quiere llorar delante de todos, por lo que se calla mirándose las manos que las tiene apoyadas en la mesa, jugueteando con el resto de una cáscara de nuez.

—La eterna cuestión, «por qué, por qué, por qué». Cuando hemos hallado una respuesta, surge una nueva pregunta y así siempre.

Yo encuentro apasionante ese descubrir cada día pequeñas cosas, después de muchos porqués. Repito que es apasionante; ayer, sin ir más lejos, descubrí dónde guardaba mi madre unos gemelos de mi padre, que ni ella sabía dónde estaban y me llevé una gran alegría. Qué tontería, ¿verdad? Pues mi madre no hacía más que repetir: «¿Por qué los metería yo ahí...? seguro que tendría una razón, porque dentro de mi jarrón antiguo unos gemelos no tienen sentido, ¿verdad?» —pregunta don Roberto sonriendo.

—No... no... no mucho... la verdad que no se oyen los comentarios en la cocina por parte de todos.

—Pues eso, ¿por qué no los iba a poner allí? Porque el orinal no estaba cerca, que si no... las mujeres ponen las cosas en cualquier parte y como andan de aquí para allí, pues eso, repito, allí se quedaron. Y como el jarrón estaba roto, pero, ¿qué mujer no pone flores en un jarrón?... pues eso, que allí se quedaron —Fermín contesta sin darle más importancia a algo tan tonto para él.

—No es tan simple, ni a un detective se le hubiera ocurrido investigar dentro de un jarrón, ni para encontrar la pieza clave del asesinato —comenta don Ismael.

—Estarían los nietos dando vueltas por allí, y tu madre no vio otro lugar más seguro, hasta ponerlos a buen recaudo en su caja correspon-

diente... —es don Fernando el que aclara este punto a su juicio razonable.

—Me recuerda un chiste que oí el otro día en la tele. El chaval que le pregunta a su padre: Papá, papá, ¿donde está América? y le contesta el muy listo: Eso pregúntaselo a tu madre que lo guarda todo por los cajones —Felisa ríe su propio chiste.

Ríen todos menos Lorenzo que, mirándole seriamente le dice:

—Esta para chuflista no tiene precio, que no sabía el marido dónde estaba América, por el Mediterráneo, quien sabe esas cosas.

Esta vez la carcajada es general, menos Fermín que mira a Lorenzo sin comprender en dónde ha errado Lorenzo, con lo bien que le ha salido la palabra Mediterráneo.

Lorenzo que no comprende por qué les hace tanta gracia su salida, mosqueado, pregunta:

—¿Se puese saber de qué os reís?

Se miran todos sin atreverse a aclarar su error por miedo a humillarlo.

—¿No salió de Huelva Cristóbal Colón? ¿Pues qué mar es ese, el Mediterráneo, no? —vuelve a la carga tratando de convencerles Lorenzo.

—Claro, pero aparte del Mediterráneo hay más mares y algún océano, ¿no? Pues se cansaron de ir por el Mediterráneo y se encontraron con el océano Atlántico y mira por donde en las costas de ese mar estaba América... —Felisa se lo suelta con retintín marcando bien la palabra América.

Todos vuelven a reír mirándose con picardía.

Lorenzo, colorado, se siente ridículo, ha metido la pata y no quiere dar su brazo a torcer.

—Seguro que alguna mujer lo cambió de nombre también para incordiar —Fermín le suelta este comentario socarrón con una media sonrisa, sin poder contener la risa.

Vuelven a reír todos, esta vez Lorenzo que sabe que se ha equivocado de mar, pero prefiere no darse demasiado por aludido, ya que esta cabezonería de continuar con su razón, le conduciría a hacer más el ridículo.

—Felisa, tú tranquila y disimula para que no se diga que el Papa es más tonto que el Obispo y además, ¿qué pasa con la historia y con las políticas esas? —Fermín quiere concluir rápido estos comentarios, ahora, a parte del doctor, que toda la tarde ha estado empeñado en hablar sobre la historia de Euskadi es a él a quién le interesa de mane-

ra especial que se hable de dichos temas cuanto antes. Eguskiñe ha dejado bien claro que hasta que no descubra el móvil y el por qué de lo que acontece con el terrorismo, por qué a su hijo lo han matado y haga algo para ayudar a los que como ella han sufrido y sufren las consecuencias del mismo, no encontrará la paz y con ella las ganas de vivir. Una vez liberada de dichas cargas, cree que podrá volver a reír y a disfrutar de la vida, lo mismo en el terreno amoroso, como en el de los demás órdenes de la vida. Pero no antes de encontrar este antídoto que cicatrice sus heridas abiertas por el dolor y la tragedia. Por lo que Fermín tiene claro que, minuto que pase sin descubrirlo, minuto que pierda en conseguir el amor de Eguskiñe.

—¿Qué mosca te ha picao? —pregunta Felisa no comprendiendo a qué viene esa rápida transformación de Fermín.

Amama le mira también extrañada sin hacer ningún comentario, intuyendo que algo ha pasado en la actitud de ambos.

—Fermín, si es por eso, te inscribo en el Instituto —ríe don Roberto que no da crédito tampoco a las palabras de Fermín.

Don Ismael, que no analiza el cambio obrado de repente en Fermín, ya que su ego le dice, orgulloso, que con su don de palabra es capaz de convencer al más ignorante e incrédulo, se infla como un pavo y, adoptando su postura que es la de revolverse en la silla sacando el pecho y fumando complacido su tercer puro, le mira, lo mueve para que la llama se oxigene y con cara feliz asiente.

—No es tonto el que no sabe, y quiere aprender; sino el listo que cree que sabe y no presta atención. Está claro que Fermín por fin ha comprendido lo importante que es comprender bien la historia de este pueblo.

Don Fernando mira a amama como preguntándole a qué se debe este cambio de actitud. Amama con la mirada le indica a su hija y ambos asienten con la mirada.

Eguskiñe va a pedir a don Ismael que continúe con lo que sucedió desde el comienzo de siglo hasta nuestros días, pero le parece pedir demasiado y por temor a que se le note lo nerviosa que aún está, guarda silencio.

Lorenzo, ya más calmado también opta por callarse y escuchar a los demás revolviéndose nervioso en la silla y lanzándole miradas a su mujer de que luego hablarán en casa, acción que ha repetido varias veces durante la tarde.

—También podríamos cantar, yo conozco canciones antiguas muy bonitas —Felisa sugiere con una sonrisa, le gusta la historia pero

como ella no se siente protagonista en la misma, no quiere romperse la cabeza a estas alturas; si las causas que acontecieron fueron errores o aciertos, prefiere olvidarse de las cuestiones por las cuales el mundo desde que es mundo, todo lo ha arreglado en estas confrontaciones guerreras y disfrutar en lo que pueda de las cosas que le gustan: comer, cantar y hasta bailar si hiciera falta, porque de lo otro hace tiempo que lo tiene olvidado. Aunque la tertulia la tiene feliz, porque aparte de oír hablar de historia y de política, se han reído de las anécdotas graciosas que han ido surgiendo una detrás de la otra durante la tarde, que se le ha pasado en un abrir y cerrar de ojos.

—Yo creo que es tarde, me remordería la conciencia por abusar —dice don Fernando mirando a amama y a Eguskiñe que tienen caras de cansadas.

—Sí, la verdad que se ha pasado la tarde en un soplo —dice también don Roberto mirando a todos y al reloj que marca los cuartos y da las nueve y cuarto.

Don Ismael aspira con fuerza su puro y con placer esparce el blanco humo sin moverse de la silla. Hacía años sin que nadie le molestase una tarde entera y dentro de poco le pediría a amama un chorizo con un par de huevos de las gallinas que duermen ahora en la cuadra. Deseando sólo una cosa, que no suene el teléfono.

Lorenzo le hace un gesto a su mujer que antes de estorbar es mejor desalojar. Esta comprende el mensaje de su marido y va a hacer un gesto para levantarse, cuando amama sujetándola por el brazo sin brusquedad, le hace un ademán de que no se mueva.

Amama siente unas radiaciones nuevas en la cocina entre Eguskiñe y Fermín que le son esperanzadoras. Y si a Fermín le han entrado de pronto ganas repentinas de aprender política, sólo tiene que haber un motivo, y es la de estar a la altura de Eguskiñe para ayudarle, con la esperanza quizás de que después vendrá la recompensa.

—¡Ay si fuera eso cierto! —piensa.

Está cansada, pero sintiendo tantas emociones a la vez, que desea que no se marchen y continúen hablando, son próximos a ella parte de la historia, que tan bien han relatado el doctor, el cura y el maestro. Se siente como alumna de segunda fila que era en la escuela antigua, escuchando a aquella maestra, doña Concepción Iparralde, que en gloria esté. Que hablaba y hablaba por los codos de historia de España y nada de la historia vasca, mientras ella miraba absorta en los pocos transeúntes que pasaban por delante de la escuela, sin prestar apenas atención a la maestra. Si entonces lo hubiera hecho con el mismo inte-

rés que ha escuchado a estos eruditos en las materias antes expuestas y en los demás temas, probablemente había cambiado el rumbo de su vida.

Pero si de alguna manera Eguskiñe le puede hacer cambiar de rumbo a la suya, no va a ser ella quien se lo tuerza. Así que sin pensárselo dos veces se levanta de la silla y, arreglándose el moño, sacando y metiendo las horquillas de un lado en otro y alisándose el delantal, se ofrece sonriendo:

—Yo estoy muy bien, así que, por qué no continuar con la historia y con más canciones. Hasta yo le voy a hacer el duo a Felisa. Además, ya sin parar en gastos, unos chorizos y unos huevos tomaremos para ir cenados a casa ¿Qué les parece?

Eguskiñe se levanta como un resorte de la silla, también diciendo:

—Sí, quédense, que nadie se mueva, yo ayudo a mi ama y en unos momentos está la cena hecha.

—Yo iré por leña y carbón a la cuadra que ya no queda. ¿Huevos tienes?... —pregunta Fermín levantándose de la silla al mismo tiempo que Eguskiñe.

—Huevos no sé, pero ovarios... —comenta Lorenzo malicioso.

Ríen por lo bajo la salida de Lorenzo.

Felisa se va a levantar para ayudar, pero Eguskiñe y amama a la vez le dicen que se siente, que son suficientes las dos.

—Mientras, yo voy a afinar la guitarra, ¿qué os parece? —dice don Fernando en medio del pequeño revuelo que se ha organizado en la cocina al levantarse de sus sillas amama, Eguskiñe y Fermín, haciéndoles sitio, moviendo todos sus sillas de enea.

—Yo aprovecho este lapsus para ir al water y lavarme la cara un poco —es el doctor quien habla levantándose también, haciendo crujir la silla en la que se sientan sus posaderas.

Apaga su puro aplastando la colilla en el cenicero repleto otra vez de colillas y restos de ceniza y, mirándoles fijamente, comenta sin mirar a nadie:

—Hay un dicho popular vasco que dice: «El fuego se viste de noche y se desnuda de día». También era costumbre en el fuego bajo de las chimeneas, como esa que sólo tiene rescoldos, con los restos de carbones que se habían consumido y una vez convertidos en ceniza, colocarles bajo los mojones que delimitaban los terrenos propiedad de la casa, como si la ceniza, aún caliente, protegiera a dicha propiedad.

—Yo recuerdo que mi madre solía cubrir con cenizas, las brasas que quedaban encendidas antes de acostarse, conservándolas así

encendidas toda la noche —recuerda con una sonrisa nostálgica Felisa, mirando las brasas también de la chimenea.

—A esa acción se le llamaba precisamente: «Vestirse de noche y desnudarse de día» —le contesta afirmativamente don Ismael, a Felisa, mirándole con cariño.

—También en estas fechas, vísperas de Navidad, se creía que los antepasados regresaban a sus casas en Nochebuena, por lo que, con más cuidado aún que de costumbre, se hacía esta operación. Claro que en el fuego bajo, se entiende y no en la chapa económica. Por la mañana se comprobaba si sus huellas estaban esparcidas por la casa, donde siempre vivieron —el maestro contesta a don Ismael y a Felisa, mirando las tenues brasas que hay en el fuego bajo de la chimenea.

—El vínculo de unión entre vivos y muertos, precisamente, eran la casa y en el fuego del hogar. También se esparcían al viento las cenizas de éste y cuando moría algún miembro de la casa, se enterraba en el huerto, protegido así con las mismas —comenta don Fernando mientras afina su guitarra.

—Yo recuerdo que solíamos echarle al fuego sal, contra los malos espíritus y malos presagios, cuando cantaba el gallo a deshoras o el búho sobre el tejado presagiando alguna desgracia. Lorenzo, te acuerdas de aquel búho enfrente de nuestro caserío, en la ventana del camarote de los Echevarría? —le dice Felisa a Lorenzo—: al poco murió tu padre.

Lorenzo se queda pensativo, entristecido de pronto al recordar el lecho mortuorio donde reposaba su padre, su pálida cara, las sábanas blancas de hilo sacadas del arcón, guardadas limpias y bien planchadas por su madre, con cariño, para ocasiones especiales. Qué grande veía a su padre cuando era un niño, más alto que un pino del monte le parecía, y qué pequeño le recuerda muerto en la cama, de roble, antigua, que vio los amores de sus padres, tantas enfermedades padecidas, los partos interminables de su pobre madre, ocho hijos tuvo, ayudada sólo por aquella partera gorda y vieja que a él tanto miedo le daba. Cómo no recordar aquel búho que se quedaba mirando fijamente a la ventana donde su padre permanecía, enfermo del pulmón durante más de un año. Más de una noche le disparó con la escopeta, la primera vez a punto de matarlo estuvo, pero cuando lo intentó varias veces más, él le veía entre la oscuridad y se alejaba volando para regresar al poco rato. Así tantas veces repitió la operación que por fin, tuvo que rendirse a la evidencia. Mi padre no tenía arreglo y el búho no tenía la culpa tampoco del mal que padecía él, incurable. Hoy, con un trata-



miento de cualquier medicina moderna, con antibióticos, se habría salvado. Cuarenta y cinco años, un chaval. mejor no recordar, triste me voy a poner y la voy a joder. Que cante un poco Felisa, que la cabrona buena voz tiene y un poco celoso ya me tiene, tendré que disimular, no estoy para que se rían de mí ahora y menos después de recordar a mi padre.

—¿Te encuentras bien? —le pregunta Eguskiñe a Lorenzo al verle casi pálido y crispado mirando un punto inexistente dentro de la cocina.

Don Fernando alza los ojos de la guitarra dejando de ponerla a punto, atento a cualquier síntoma de alarma que pueda ofrecer Lorenzo.

Don Roberto, que observa los movimientos de amama, recordándole a su amama, la madre de su madre, de hechuras similares, con sus vestidos negros con florecillas blancas, como las chiviritas —margaritas— que salían por San José en la huerta del caserío donde nació y que él sólo iba por vacaciones de verano y alguna Navidad, como ésta, de dos piezas con su delantal gris sujetando la cintura marcando el talle ágil, mientras movía con soltura las caderas voluminosas y su pañuelo negro en la cabeza con el moño detrás y aquellos dos picos anudados por delante, bien recogido el pelo dentro del pañuelo. Y sus hermosas tetas. Más de una canción le cantó acurrucándole contra ellas, sintiendo la placidez, la seguridad y la felicidad en aquellos abrazos dulces que le tranquilizaban y tenían el poder de adormecerle durmiéndolo plácidamente a los cinco minutos de estar en sus brazos amorosos. Con un suspiro aparta estos dulces pensamientos y mira, preocupado también, a Lorenzo.

Amama gira en redondo su cuerpo voluminoso con movimientos rápidos, escrutándole con la mirada, preocupada. Le quiere mucho, son tantos los años que se conocen... Y son tan pocos los amigos y familiares que van quedando con vida de su misma edad, que un escalofrío le recorre por el cuerpo al comprobar también su palidez.

—Qué me va a pasar... que tengo que dar mucha guerra, que yo no me muero mientras no se firme la paz en Euskadi. ¿Por qué me miran, es que tengo monos en la cara? —dice airado dando un pequeño manotazo en la mesa, tampoco quiere pasarse en su enfado, al fin y al cabo están preocupados por él y eso es buen síntoma, peor sería que pasaran y no les importase un comino si vive, si llora o se muere de repente.

—Afina la guitarra, que amama y yo vamos a echar una jota todavía —el tono más fuerte aún que el anterior de Lorenzo tranquiliza a todos, relajados al comprobar su mal talante, signo visible de que es el Lorenzo de siempre. Se revuelven en sus sillas buscando el punto más cómodo para sus posaderas y espalda.

Eguskiñe corta unos cuantos chorizos de una de las ristras que hay colgadas, después de haber elegido los que están más duros, mientras comenta:

—No están todavía en su punto, necesitan un poco más de tiempo aún, pero para fritos están buenísimos, ya veréis cómo os gustan.

Amama mientras, ha puesto dos sartenes sobre la chapa, una más grande que la otra. La de menos tamaño para freír con aceite los huevos y en la más grande los chorizos.

Previamente ha atizado bien las brasas de la chapa, para que éstas cojan más temperatura al ser oxigenadas por dicho movimiento, con el gancho de hierro alargado en forma de ele, que permanece siempre al alcance de la mano de amama, encima del tiro.

—Mucho está tardando Fermín con los huevos, —comenta amama extrañada al cabo de un rato, comprobando que tiene caliente el aceite en su punto y los huevos no los tiene a mano.

—Le faltará alguno y estará con la mano puesta debajo del culo de la gallina, esperando que ponga para completar los catorce, dos para cada uno —dice riendo de su propia salida Lorenzo.

—No me fiaría mucho, éste es capaz de eso y de mucho más —dice Eguskiñe con media sonrisa.

—Porque tú no quieres, si no... éste es capaz de cualquier cosa por ti... Hombre más enamorado... porque los amores consumados son los más largos y los más románticos —Felisa, después de hablar, se queda pensativa recordando aquel amor imposible que tuvo a los catorce años y que hoy aún al recordarlo le hace sentir una sensación dulce y romántica dentro de su pecho.

—Un poco de razón no te falta, Felisa, yo también estuve enamorado de una jovencita de mi facultad que nunca se fijó en mí y aunque le veo de vez en cuando, casada, gorda y con hijos mayores, no le veo como es ahora, sino como era entonces con aquellas coletas rubias, sus ojos azules, su tez pálida como la cera, una virgen inalcanzable me parecía, a la que sólo al tocarla con mis manos podía mancillarla. Tuvo varios novios, se casó de mala manera, pero aquella imagen, como dice Felisa, cada vez que la recuerdo, está ahí, como si el tiem-

po habría cerrado el capítulo de la novela en este punto y habría puesto fin a ella dejándome su recuerdo vivo para siempre.

Todos han quedado mirando al maestro que a medida que hablaba se iba poniendo sentimental, absorto en sus pensamientos.

Don Ismael regresa del servicio, sentándose en su silla, seguidamente se oyen los pasos de Fermín por el pasillo, aproximándose a la cocina. Rompiendo ambos este momento idílico que se había creado con los comentarios románticos de Felisa y de don Roberto.

—Bueno, ésta ya está lista para cantar —dice don Fernando que ha terminado de poner a punto su guitarra.

—Un par de huevos más traigo, por si quieres aclararte la voz, Felisa —dice Fermín orgulloso con su cesto de mimbre bajo el brazo.

—¿No has tardado mucho tú? Anda, dame, que tengo el aceite a punto —le pide amama a Fermín apremiándole.

Eguskiñe mientras tanto está poniendo los servicios de platos, cubiertos, etc., sobre el mantel de hule con cuadros azules y blancos, sin atreverse a mirarle de frente. A medida que pasan los minutos, se va serenando y siente remordimientos por haberse dejado llevar por sus impulsos amorosos, no es momento oportuno para ella pensar en sentimentalismos mientras su hijo y su marido descansan hace tan poco en el cementerio —piensa de pronto con amargura, arrepentida al recordarlos, de su debilidad con Fermín minutos antes en el balcón.

—La plasta ha tenido la culpa —se disculpa Fermín como un niño pequeño ante amama.

—¿Qué plasta? —pregunta don Fernando extrañado.

—Plasta un poco ya eres tú —le contesta Lorenzo sin comprender tampoco.

Amama ríe, mientras va a por el salero hecho de madera por su marido hace muchos años. Ha comprendido lo que quiere decir Fermín y se imagina la escena, porque también a ella ya le ha pasado lo mismo en algunas ocasiones.

—¿De qué se ríe ahora, amama? —pregunta don Fernando que tampoco ha comprendido la excusa de Fermín.

—Pues eso, que he ido a echar mano al cesto, justo cuando a la cabrona de la vaca se le ha ocurrido echarme una hermosa plasta, eso sí, hermosa de verdad, encima justo del zapato, todavía queda algo entre los cordones —dice mirándose los pies en lo que lleva puestos unos zapatos negros de piel anudados con cordones, en los que se puede distinguir la diferencia de color entre el derecho y el izquierdo, esto lo tiene de color verdusco con restos inequívocos de caca de

vaca, así como por todo el zapato, que aunque Fermín ha tratado de dejarlo bien limpio, no lo ha conseguido del todo, dejando restos de la «plasta», por todos los remates del zapato.

Todos ríen al comprobar la veracidad de lo que dice, ya que ha levantado la pierna lo suficiente como para que le puedan ver bien.

—Sólo hace falta ahora que se te caiga el cesto encima de la guitarra de Fernando y tengamos que inventar un plato nuevo —le dice Eguskiñe arrebatándole el cesto con remango, ya que le cree capaz de que le pase cualquier cosa, incluido el que se le caigan al suelo armando la marimorena.

Don Fernando aparta a un lado con rapidez su guitarra, por si acaso, poniéndola a un lado, lejos de la dirección donde se mueve la cesta de mimbre.

—¿Unas patatas fritas también os pongo? —pregunta amama antes de ponerse a freír los huevos.

—Deja, deja de patatas, tantas molestias, nos teníamos que haber ido —Lorenzo contesta a amama, mitad contrariado, no está convencido de no estar pasándose dando tanto trabajo a amama.

—Dos lechugas de la huerta de Abá, sólo con cebolla mejor, para pasar la grasa —le sugiere Eguskiñe a amama, saliendo de la cocina, en dirección a la pequeña habitación que hace de despensa.

—Sí, mejor un poco de verde, amama que son demasiadas calorías juntas —don Roberto le sugiere a amama, también un poco preocupado por el trabajo que están ocasionando.

—Calorías, todos los días con las calorías, enfermos parecen con tanto adelgazar, antes los delgados no estaban de moda, sólo los pobres estaban delgados y éste, que no engordaba aunque lo inflaran —dice Felisa señalando a su marido y continuando: los gordos era cosa de ricos, curas, obispos y de gente bien, hasta a los niños les ponen a régimen ahora, donde esté un niño lustroso, hermoso... pues, no, a régimen también.

Felisa lo ha comentado un poco contrariada, ya que cree que le dan demasiada importancia al capítulo de engordar, no comprendiendo por qué hay que sacrificarse tanto ahora que pueden comer porque tienen de todo. Ella que pasó tanta hambre en la guerra, antes de la guerra y después de la guerra. Hasta que no se casó con Lorenzo que tenía caserío y en su casa no faltaba de comer, porque con la huerta, las gallinas y la matanza, comida no faltaba. El primer año de casada, diez kilos engordó, se pasaba el día comiendo. Cuánta hambre le quitó Lorenzo; en parte se casó un poco para poder comer y porque su

genio vivo, siempre dispuesto a pelear en cuanto a alguien se fijaba en ella, le hacían sentirse más segura. Ella era muy tímida y se ponía colorada por todo. De alguna manera él le dio estabilidad y confianza. Hombre de una sola mujer, nunca le abandonó por sus amigos, con ella y sus hijos a todas partes.

Así y hasta que también ella le fue fiel y, ¿por qué no?, feliz, porque lo importante en el hombre no es la guapura, sino lo que hay en el corazón de las personas.

Ahora confunden estos tiempos, la hermosura se pasa pronto y lo que queda es la persona, y si ésta no tiene nada que aportar, entonces todo se acaba. Y en su caso, las Bodas de Oro, ya cumplidas quedaron hace dos años —piensa esto último, sin atreverse a manifestarse en viva voz. Molestaría a su marido y prefiere callarse.

Don Ismael, que escucha a Felisa con atención —le recuerda tanto a su madre, con su misma tez blanca, su sonrisa campechana, su equilibrio emocional, sólo una vez le vio enfadarse de verdad, el día que le dijo, estando de estudiante en segundo de medicina, que lo iba a dejar, porque no se creía capaz de ser un buen médico.

Una mujer como ella y como amama, son capaces de enderezar cualquier barco por fuerte que sea la galerna que lo tambalee y llevarlo a puerto seguro. Ante mujeres como ellas, quién no se siente a gusto, si desprenden rayos de energía positiva que ayudan a todos los miembros de sus familias a soportar este valle de lágrimas, siempre con una respuesta acertada de consuelo y una sonrisa en sus labios, aunque por dentro ellas tengan desgarrados sus corazones.

Sus sonrisas tienen más virtudes curativas que todos mis remedios y mis fármacos juntos.

Don Ismael se ha quedado mirando en silencio a Felisa, con ojos de adoración, absorto en sus pensamientos y Lorenzo, que capta esa mirada, se revuelve incómodo en su silla.

Mira a Felisa, colorada, con su sonrisa cándida, fruto de su inocencia que no ha perdido a pesar del tiempo y su mirada de niña, con sus ojos azules pequeños pero llenos de bondad, y sin poder remediarlo, se revuelve en la silla como fiera enjaulada.

—Bien hacen los moros con las mujeres, las tapan bien y las encierran en casa para que ningún truhán las vea. A ésta, más de uno me la quitaría si pudiese, menos mal que la tengo apartada en el caserío y sólo sale conmigo, porque con lo inocente que es, cualquier pillo me la engañaba. Hasta el médico le mira. De buena gana le arreaba dos hostias, pero como se las dé, menudo jaleo se iba a armar... Contento,

Lorenzo, que luego a ver quién te cura los achaques y has de vivir, que si se queda viuda esta cabrona, más de uno va a ir a rondarla por el caserío. Viuda, guapa y con tierras y caserío, ¡qué cojones!, ¡que está muy buena la muy cabrona! mejor haces ir a mear y a lavarte la cara para despejarte un poco —piensa levantándose de la silla.

—¿Tú tienes que ir a mear también? —le dice Lorenzo a Felisa en tono áspero.

—¿Yo? —le pregunta Felisa extrañada, ante el tono utilizado por su marido.

—Sí, tú; no se lo voy a decir a María o a Eguskiñe —le corta tajante Lorenzo a su mujer.

—No te atreverías a decirme a mí semejante cosa, porque te daba con la sartén —le contesta mitad en broma Eguskiñe.

Los demás se miran con picardía sin comprender este arrebatado repentino de Lorenzo.

—Celoso a tus alturas no estarás, ¿eh, Lorenzo? —le dice socarrona amama que se ha dado la vuelta para hablar, ya que está manipulando en la chapa dándoles la espalda a todos.

—¿Celoso yo? ¿Celoso? Ella, en todo caso, que más de una se daría con un canto en los dientes, incluida tú, estrecha, que eres más estrecha que el agujero de la aguja de coser, pues porque no has dao conmigo, sino con este pobre infeliz —dice señalando a Fermín que le escucha con ojos picarones, como diciendo, «¿qué sabes tú de eso»— que si no... —deja la frase en alto maliciosamente Lorenzo.

Ríen todos menos Eguskiñe, que con remango pone una hogaza de pan casero, hecho por ella el día anterior, en el horno de leña, que tienen detrás del caserío, en una pequeña chabola hecha con ladrillos y tejas onduladas, construido por su padre cuando ella era pequeña.

Eguskiñe se le queda mirando fijamente, con sus ojos negros taladrándole de arriba abajo con su fuerte mirada, y después de inventariarlo bien, va a decir lo que siente, pero la mirada inocente de Felisa, frena sus impulsos y, con una suavidad intencionada, recalca bien lo que dice:

—Quién sabe, si cuando te quedes viudo... Aunque ten cuidao, porque lo mismo es Fermín el que le echa los tejos a Felisa.

Ahora ríen todos con ganas ante la mirada asesina con que le dispensa Lorenzo a Eguskiñe.

Felisa es la que con más ganas se ríe la salida inesperada de Eguskiñe, tan poco dada a estar de buen humor y menos gastar bromas a nadie.

—Anda, que dónde las dan las tomas y callar es bueno —contesta malicioso Fermín.

—¡Vamos, vamos! Sal al water, o retrete, qué leches, con querer ser tan finos, que tanta risa te va a flojar el muelle —le apremia Lorenzo a Felisa, en el fondo orgulloso de ella. Qué hombre no se siente importante ante una mujer como la suya, que ha visto cientos de miradas de deseo posarse sobre su cuerpo aún saleroso, los ojos codiciosos de muchos solteros y también casados, sabedores de que no la pueden conseguir, porque sólo a él le pertenece. Así que, irguiéndose sobre sus estrechos hombros, como gallo en medio del corral, sale cediéndole el paso a su mujer, que presiente que en el pasillo le va a reprender, por algo malo que ella no ha hecho. Ya se lo imagina, ya que no es la primera vez que opta por una actitud semejante, desde hace unos cuantos años. Antes, cuando era joven, delante de cualquiera le ponía en ridículo, pero ella siempre lo justificó, al fin y al cabo un hombre celoso no entiende a razones por mucho que se le explique, aquí que Felisa, mientras salen de la cocina, ya en el quicio de la puerta, se vuelve haciendo un gesto con el dedo en la sien de que un poco loco ya está.

Ríen por lo bajo su travesura todos.

El olor a chorizo frito va impregnando la cocina con el aroma de la calidad del buen hacer. Quedándose en silencio todos escuchando el canto trepidante con sonidos a diferente escala, de los huevos frescos de las gallinas, que amama fríe en la sartén, con la destreza que este acto tan sencillo, requiere para que la clara ofrezca esas puntillas doradas crujientes y esa yema entera que al mojar el pan casero aparezca la crema roja, síntoma inequívoco de que son alimentadas, dichas gallinas, con borona —maíz— y con los demás ingredientes que les ofrece el campo fruto de la tierra al vivir en libertad.

Eguskiñe va poniendo los platos, unos detrás de otro, al alcance de amama, para que deposite dentro de los mismos, dos huevos y un chorizo en cada unos de ellos.

Fermín se ha levantado de la silla, sin decir nada, en busca de un par de botellas de vino de una caja que ha comprado en el mesón hace varios días, y la tiene guardada. Pensaba dársela a amama mañana, día de Navidad, junto con otra caja de diferentes licores, pero le parece oportuno abrir un par de botellas de Carta de Plata para la cena.

—Una ocasión como la de hoy —piensa—, bien se merece una celebración, y como con una pierna mal se anda, mejor dos por si acaso andamos cortos.

Va pensando Fermín bajando de dos en dos las escaleras que crujen lastimosamente bajo su peso, como un chaval con alas en los pies.

Mientras el doctor, el cura y el maestro, se han enfrascado en una tertulia basada precisamente, en la importancia vital que ha tenido siempre la mujer vasca en la historia, a través del largo caminar del tiempo que se pierde en el transcurso de noches milenarias.

—En efecto, la etxeoandre —señora de la casa, que para el caso es lo mismo—, hay que volver los ojos lejos en la historia, para encontrar su protagonismo en nuestra cultura —comenta don Roberto afirmativamente.

—En efecto, las duras guerras a las que los vascos solían ir, en ayuda de las causas de los reyes de España, su propia defensa del territorio, los marinos por otro lado con sus largas ausencias, fueron dando pie a que esta mujer tuviera que llevar todo el peso de la casa: crianza de los hijos, cuidado del ganado, sin contar con el trabajo duro de la labranza. ¿Cómo no iban a tomar conductas que sólo se conciben en los hombres? —le contesta don Fernando meneando la cabeza afirmativamente y un tanto resignado al recordar a su madre todavía hoy, a su edad, siente la mano fuerte y segura que lo tiene atado a ese cordón umbilical, restándole libertad e independencia, asfixiándole un poco con el celo con que sigue criándolo y mimándole su ama, como si fuese un niño pequeño aún necesitado de ayuda y protección.

Que si en verdad le necesita en ciertos momentos de su vida, no es menos cierto que también, a veces le resta movilidad para tomar por sí mismo sus propias decisiones, siendo este punto negativo para sentirse bien él consigo mismo.

—El día mismo de su boda la etxeoandre, toma posesión de la casa y de la sepultura simbólica que tienen en la iglesia parroquial. Abandona también ese mismo día el hogar que le vio nacer para dar culto a la familia de su marido, cumpliendo fielmente las palabras sagradas de la Biblia —deja en el aire don Ismael la frase cediéndole la palabra a don Fernando, ya que dicho texto de la misma le corresponden a éste.

—«Abandonaré a su padre y a su madre y se unirá a su marido en lo bueno y en lo malo, en la pobreza y en la riqueza, así hasta que la muerte los separe.»

Amama ha tomado el uso de la palabra sin mirar a los presentes, sin dejar de manipular en la chapa.

Eguskiñe está preparando la ensalada, limpiando bien las hojas tiernas y verdes de las lechugas, en ese momento atenta, sin intervenir



en la conversación, pero sin perder detalle, interviniendo en este punto del tema, no pudiendo callarse:

—Así me casé yo también, con todas las consecuencias, no como muchas ahora, que en cuanto les cambia el aire, cambian de marido. Antes hay que pensarlo, después mal arreglo tiene.

No queriendo perder el hilo de este tema costumbrista tan antiguo y de tales magnitudes en las consecuencias que este rasgo ha supuesto en el carácter del pueblo vasco, don Roberto continúa en el mismo punto que ha dejado amama:

—Así es, amama. La víspera de la boda la novia llevaba la dote a casa de su marido encima de un carro de bueyes con grandes ejes de madera sin engrasar, para que chirriasen y se oyesen bien por todo el camino que recorría la comitiva, y se enterasen los vecinos de todas las aldeas por donde cruzaban, que al día siguiente se celebraba una boda. Como es natural, la cama no solía faltar dentro del carro, la rueca, el espejo. La rueca iba delante y el espejo detrás, ¿qué quería decir esto? Sencillamente, que el trabajo era lo primero, y la vanidad lo segundo, por lo que va precedida de lo primero. También el carnero iba detrás precediendo el carro de la novia.

—Yo recuerdo de pequeña, en algunas aldeas, de haber visto esa comitiva, en otro carro solían ir los regalos de los vecinos y los amigos de los novios: tartas, vino, pan y un personaje que me tuvo, como se dice ahora, traumatizada mucho tiempo —recuerda amama mientras va a depositar un huevo recién frito en un plato.

—Sí, solía ir un hombre disfrazado con una escoba en la mano, barriendo bien la entrada de la casa, simbolizando las cualidades que han de adornar a la nueva esposa: diligencia en el trabajo y remango en los quehaceres del futuro hogar. Sin olvidar, que una vez atravesado el umbral de su nuevo hogar, recibía los símbolos del poder: un buen cazo y un asador. Antes se cocinaba a ras de suelo, en el fuego bajo, por tanto el cazo y el asador formaban las dos piezas más importantes por las que se rige una casa. El fuego y la comida con el cucharón en la mano, manda y ordena lo mismo en el reparto que a la hora de imponer su orden dentro de su casa —concluye don Roberto sin quitar ojo a amama, prototipo inconfundible de esa etxekoandre, dentro del marco de la cocina del caserío, que reúne las piezas clave, donde se produjeron estas ceremonias antiguas que aún están vivas. En la imagen inconfundible de amama y también de Eguskiñe y de la mujer vasca en general, pero que no tienen la vigencia tan real como

la que se desprende de ese cuerpo que es todo amor y abnegación de entrega hacia los miembros de cada uno de su familia.

—En cierta medida la etxeoandre se ha excedido, a mi juicio, en su celo protector con los miembros de su familia. Hoy, en estos tiempos, hay que dar más autonomía a los hijos, la super protección trae consigo hijos indecisos, inseguros, medrosos. Todos los extremos se tocan —comenta don Ismael mirando, al igual que don Roberto, a amama en su manipulación perfecta, friendo los huevos con la maestría y habilidad de la que sólo es capaz una persona acostumbrada a cocinar a diario toda una vida, exceptuando las pocas ocasiones en que por alguna pequeña enfermedad, se ha visto privada en la cama.

—Yo así lo creo también, esta timidez por parte de los hombres vascos que ocultamos mostrando fanfarronería, se debe precisamente a nuestra inseguridad, a nuestro miedo de no dominar el medio. Mis primeros sermones, recuerdo que los di con timidez y al terminar acababa con la camiseta empapada de sudor, del miedo visceral, porque temía enfrentarme cara a cara con mis feligreses. Hoy todavía siento cierto reparo al hablar ante ciertas gentes y como levante la voz mi ama, es que me escondo como un crío debajo de la mesa —don Fernando, un poco cabizbajo reconoce, dándole la razón a don Ismael.

—Sí, pero en la cocina es donde mandamos las mujeres, pero luego a la hora de encontrar un trabajo, el que sea, a los hombres os los dan antes que a nosotras —le responde Eguskiñe, mientras aliña las hojas grandes y tiernas de las lechugas en un bol, conjuntamente mezclada con la cebolla blanca picada en finas tiras.

—La capacidades son diferentes, hay que tener en cuenta que la revolución industrial conllevó trabajos duros poco aptos para las mujeres, por tanto a él le correspondió esta tarea. Con los pocos beneficios que quedaban a los hombres, se les dio la oportunidad de estudiar una carrera, y pasos se han ido dando poco a poco y ahora ya son iguales y ¡cómo anda la sociedad! El condicionamiento de ser madre es otro favor que siempre se ha tenido en cuenta. Un hombre puede educar hijos, pero la ternura de una madre y la paciencia, es un privilegio de la mujer. Cada uno estaba marcado por su capacidad. De acuerdo que la mujer no puede quedarse con los brazos cruzados. No todas las mujeres reúnen estas cualidades maternas... De acuerdo, vuelvo a repetir, que participen en el terreno del hombre, pero esta nueva sociedad de participación de la mujer en la empresa, está trayendo la liberación sexual, la independencia económica y el rechazo de las obligaciones y deberes que conlleva el ser etxeoandre...

Grandes valores que vemos ir desapareciendo paulatinamente... —termina el doctor sin dejar de mirar fascinado a amama, tiene conciencia de que está ante un ejemplar en vísperas de extinción y quiere saborear estos momentos, porque tanto amama, Felisa y su madre y casi toda la generación de mujeres del diez hasta los noventa, van a quedar en el recuerdo, con la consternación de haber perdido con «ellas», espíritu de sacrificio, abnegación, renuncia y gran capacidad de entrega generosa. Esa pérdida va a dejar huérfanos e indefensos a las generaciones siguientes produciendo un colapso del que ya ha empezado a resquebrajarse en nuestra nueva sociedad con los efectos devastadores de la pérdida de estos viejos valores —piensa don Ismael abstraído en la contemplación de amama.

—A mi juicio, la mujer de antes tenía más notoriedad que la juventud moderna de ahora, con toda la revolución sexual, independencia, etc. Prueba de lo dicho es la categoría de sacerdotisa que adquiría la recién casada en cuanto al culto con los difuntos. Parece ser que los pueblos arios legaron estas costumbres. En sus tradiciones el hijo mayor era en el que recaía este privilegio de papel de sacerdote. Mientras aquí, entre los vascos, a la mujer le correspondía esta unión espiritual con los muertos, ofrendando por ellos en las ceremonias religiosas —don Fernando rememora hasta dónde le es posible en su memoria, que no es tan lejana la escena de su madre, con su paño negro riveteado de una tela amarilla y una cruz en el centro, junto con sus dos candelabros bien pulidos la víspera de los domingos y días festivos, junto con su mantilla negra, camino de la iglesia que distaba de su caserío dos kilómetros aproximadamente. También le viene a la mente la escena rezando en la iglesia durante la misa en la primera fila junto al altar, donde don Baltasar Urrutia celebraba el Santo Oficio, ayudado por él mismo y por su hermano pequeño. Junto a su madre varias etxeoandres más, con sus dos candelabros, con sus dos velas encendidas y al finalizar la ceremonia, la entrega de las limosnas, mientras don Baltasar rezaba por los difuntos de cada familia allí representada.

—Al domingo siguiente de la ceremonia de la boda, la nueva señora de la casa recibiría de su suegra la cera y el pan de las ofrendas en la sepultura de la casa en la Misa Solemne. (Antes esta sepultura era real, hoy simbólica.) Y ante los antepasados de su marido, ofrendará el pan y la cera mandando orar al sacerdote sobre dicha sepultura. La cera y el pan que le entregaba a la recién casada, constituía también un símbolo. Por el contrario, los ritos de entrega de sepultura equiva-

lían, diríamos, a rendir pleitesía a la recién casada. Ya que en dicho acto se le consideraba *etxeko-andrea*—, que equivalía a señora de la casa. Esta expresión elevaba su jerarquía a la recién casada. Estas costumbres sólo se celebraban en el pueblo vasco —concluye don Fernando, con una sonrisa en sus labios.

Amama escucha estas definiciones y este pasado no tan lejano para ella, emocionándose al sentirse protagonista de estos hechos relatados por el doctor, el cura y el maestro, interviniendo cuando deja de hablar don Fernando.

—Cuántas veces yo he ido a misa a rezar en la sepultura que tú has dicho, Fernando, con tu madre, Felisa y tantas amigas... Ahora, no andarán lejos, seguro, no les gustaba perderse lo que pasaba en el pueblo, así que seguro que me estarán escuchando, esperando qué cuentan mis hijos y mis nietos por esas tierras. En mi casa siempre había colmenas de abejas, para hacer la cera que luego ardía en las misas los domingos y en las fiestas. Cuántas oraciones por los difuntos... en el cielo tienen que estar todos con tantos rezos. Los muertos necesitaban la luz. La luz los conducía a sus nuevas moradas en el cielo. Lazos negros poníamos en las colmenas cuando moría el dueño de la casa, diciéndoles con fórmulas antiguas en euskara: *Ugazaba-il-da*. (Ha muerto el dueño) igual que los animales de la casa, ellas eran de la familia... —amama se emociona al recordar estas escenas sobre todo cuando murió su padre. No quiere ponerse triste con estos recuerdos, atusando con fuerza los rescoldos de la chapa que tiene abierta sin dos de sus tres arandelas, como queriendo enviarles a sus muertos el máximo de luz, para que puedan ver donde se encuentra ella y no la abandonen en el largo camino que tiene que recorrer entre el cielo y la tierra, cuando ella se vaya de este mundo también.

Eguskiñe no dice nada, no está demasiado al tanto de lo que se comenta en la cocina, como su ama.

Abstraída en sus propios pensamientos, no puede apartar el recuerdo reciente de los brazos ardorosos de Fermín, ni tampoco el calor de sus labios sobre los suyos.

Está pesarosa por haber sido débil con él, dejando aflorar sus más íntimas sensaciones piensa:

—Si antes lo tenía pegado como las moscas a la miel sin haber recibido ninguna esperanza, ahora me va a ser mucho más difícil mantenerlo alejado del caserío. No me hace ninguna gracia que mis hijos noten el más mínimo cambio en mi conducta ni otro síntoma de atracción hacia Fermín, las cosas han de continuar como están. Pero

por otro lado soy joven aún, aunque me siento más vieja que mi ama en muchas ocasiones. Lejos está el día en que pueda verme libre del dolor que siento al recordar a mi hijo y a sus asesinos, causantes de que hoy no esté aquí con sus hermanos, con mi ama y conmigo, esperando a mañana lleno de ilusión, la venida de sus tíos y primos. Con lo feliz que esto le hacía, cada vez que les escribía les preguntaba cuándo iban a venir. Ahora que les voy a tener a todos aquí, él no está para verlos. Estoy tan confundida... Son tantas cosas golpeándome la cabeza... que parece que me va a estallar. Si pudiese saldría corriendo como cuando era pequeña, para esconderme en el pajar y quedarme quieta durante mucho rato para poder pensar, sin hacer otra cosa, para regresar al cabo de mucho tiempo, cuando mis hermanos preocupados por mi tardanza, solían ir a buscarme dando grandes voces, sacándome de mis pensamientos.

Se oyen las voces de Felisa y Lorenzo por el pasillo, sin entender bien lo que hablan. Lorenzo le está haciendo algunas advertencias a Felisa en cuanto a cómo debe comportarse delante de todos y Felisa le está respondiendo a todo, sin escucharle, con un...

—Sí —para que se calle y le deje en paz.

Fermín regresa de la cuadra también con dos botellas de vino, una en cada mano, sintiendo como si dos ángeles le cogieran por un brazo cada uno y lo transportasen camino del cielo.

Tan abstraído va que, con la poca luz que hay en el pasillo tropieza con un saliente de la tarima, yendo a caer casi sobre Felisa, a la que hace perder el equilibrio, y a punto han estado las dos botellas de vino de caérsele al suelo, en su intento de sujetar a Felisa, abrazándola como puede con sus vigorosos brazos sin soltar las mismas.

Lorenzo, que iba detrás de Felisa y no ve a Fermín, solamente unos brazos abrazando a su mujer sujetando dos botellas de vino, una en cada mano, se enciende como las amapolas rojas el campo en primavera, lanzando un juramento seguido de una áspera recriminación a Felisa:

—¿Ves? Lo que yo te digo, tanto provocar a los hombres, éstos como fieras se revuelven —vé que se trata de Fermín y más tranquilo continúa—: Estas de hábito, como las monjas tendrían que ir, los hombres somos débiles, ¿no te parece? Cómo si no tendríamos que contenernos ante cómo van las mujeres de descaradas por la calle. Esta hoy se está pasando, ¿no te parece, Fermín? Y tú, ¿cuándo cojones la vas a soltar? A ver si te vas a quedar así para siempre —le recrimina ofendido, Lorenzo a Fermín, que debido al balanceo del

cuerpo de Felisa que han estado a punto de ir al suelo los dos, le retiene unos instantes abrazada hasta lograr su perfecto equilibrio, soltándole suavemente.

Felisa, que siente sobre su cuerpo los brazos fuertes y vigorosos de Fermín, pícara y feliz ante el abrazo inesperado, siente un ligero placer que no sentía desde hacía muchos años, por lo que prolonga su fingida posible caída tambaleándose un poco más de la cuenta, con coquetería, respondiéndole a su marido:

—Porque él no quiere y porque yo no estoy para trotes, que si no...

—Como me hagas quedar mal... ¡Y tú, suéltala ya de una vez, cojones, que no es una estatua de sal!

—No estaría mal quedarse abrazado a Felisa, convertida en estatua de sal, buena cintura tiene y dos buenas... —hace una breve pausa y luego le dice a Felisa—: Bueno, disculpa, Felisa, que no he querido... —no concluye la frase Fermín un poco cortado y azorado ante lo que supone una broma de mal gusto.

—Qué lástima, me habría gustado más que habría sido por mis encantos, que por un tropiezo. Las tablas éstas ya necesitan una tarima nueva —dice Felisa mirando el saliente del suelo culpable del encuentro inesperado entre los brazos de Fermín.

—Tarima y de todo, calefacción y hasta aire acondicionado si hace falta le pondremos —le contesta feliz Fermín a Felisa.

Lorenzo, con el ceño fruncido, escucha las últimas palabras de Fermín, pensando que un poco loco ya está. Quiere seguir recriminándole por el pequeño accidente producido con su mujer, pero se calla. De sobra sabe del comportamiento serio y responsable de Fermín y las causas de lanzarse a la cintura de su mujer.

El también ha tropezado al ir al water hace unos pocos minutos, y a punto de caerse ha estado por lo que cambia de conversación, para no parecer un viejo verde y senil, capaz de sentir celos de su mujer por parte de Fermín, que con aguantar los desaires de Eguskiñe, ya tiene suficiente el pobre —piensa más calmado, y para evitarle hierro al tema, le pregunta:

—¿A ver que vino? —mira la etiqueta y comenta—: Sí señor, cojonudo.

—Hoy, pasarnos un poco ya hemos hecho con el alcohol, agua del grifo tendríamos que beber, luego es normal que la lengua se nos suelte a todos, y éste, que del sentido del humor tiene poco todavía hoy la

va a armar —dice Felisa mirando al mismo tiempo a su marido y a las botellas de vino.

—Si el cura en la iglesia celebra la misa con vino en vez de agua, por algo será, ¿no te parece, Lorenzo?

—Razón no te falta. A un buen vino no hay que hacerle desprecio, lo mismo que a una mujer guapa. Vino y mujeres, por algo andan juntos. Dos placeres mejor que uno, el primero alegra el alma y el segundo arregla el cuerpo.

—Prepárate, Felisa, que esta noche te toca fiesta... —ríe Fermín, siguiéndole malicioso la corriente a Lorenzo.

—Para fiestas está éste. A los jóvenes el vino les alegra el alma, como decís, pero a los viejos nos duerme como a críos pequeños... Así que otra vez será, porque de aquí a la cama vamos a ir los dos... pero a dormir hasta mañana.

Entra Felisa la primera en la cocina seguida de Lorenzo y Fermín. Felisa sin sentarse, consciente del alboroto que se ha creado en la cocina al quedarse todos a cenar, y viendo el trasiego que se traen amama y Eguskiñe, se remanga con salero las mangas de su blusa y cogiendo un delantal que hay colgado detrás de la puerta, se lo pone con remango ayudando en sus quehaceres a las dos mujeres.

—Vaya trío de etxeoandres, hermosas las tres, relucientes y lustrosas también, no necesitan potingues de esos para tener una piel fina, como la de la vaca —dice Fermín orgulloso ante el espectáculo que ofrecen las tres mujeres, conocedoras del dominio del arte que imparte el buen quehacer de la cocina y de la buena distribución de los alimentos para los comensales, sea el número que sean.

La comparación de Fermín hace reír a todos los hombres, menos a las mujeres que, dejando a un lado lo que están manipulando, le miran haciendo gesto de que la comparación se la podría haber callado.

—Bueno, que no es para tanto, yo, cuando paso la mano por el lomo de la vaca su piel me parece terciopelo y siento el orgullo de que es gracias a mí... ¿Dónde hay un sacacorchos? Y no os entretengáis que frío no se puede comer el chorizo —corta Fermín un tanto autoritario. No le hace gracia que se rían de él y menos por no ser lo suficiente elocuente en sus comparaciones con la piel de una mujer y de una vaca. En el fondo, él disfruta también acariciando la piel de la vaca como la de otro animal, tanto o más, que con el contacto de una mujer. Si quiere a sus animales, por qué no sentir placer al tocarles, al igual que la piel de Eguskiñe aunque aún le quema el pecho, al recordar el abrazo que le ha dado sintiéndole contra el suyo y sus labios

contra los suyos. El amor todo lo cambia y las sensaciones también, por tanto, si él quiere a sus animales, es normal que el contacto con su piel le sea gratificante, de diferente manera, claro... —piensa para sí, no quiere manifestar demasiado su amor hacia sus animales, ya que las interpretaciones en este sentido, mal intencionadas, no le harían la menor gracia tampoco.

Eguskiñe le da el sacacorchos y Fermín va a acariciarle la mano al tiempo de cogérselo, pero Eguskiñe que se da cuenta de la intención de Fermín le rechaza ésta, con gesto severo de que deje las cosas como estaban.

Fermín, impasible, piensa ante la reacción de Eguskiñe:

—Fermín, tú tranquilo, que lo que tienes que hacer es buscarle esa respuesta, la que sea, cuanto antes, así que con el material que hay en la cocina, más los libros que compró Eguskiñe y los que voy a comprar yo, a ver cuánto tiempo más me va a tener ésta a palo seco y sin pasar por la Vicaría... De ésta no te libra ni la paz ni la caridad...

—Bueno, ya está todo, somos... a ver, cinco, seis, siete, buen número, a mí me da suerte. No falta nada: pan, vino, repartiros las servilletas de papel, agua, algún vaso de agua, que con el vino este que ha traído Fermín, no sé pero alguno habrá que llevarlo a hombros a su casa —repara amama comprobando que cada uno tiene su plato con dos huevos y un chorizo diciendo «comerme».

Tras las palabras de amama, irrumpe con brusquedad el movimiento que producen las siete sillas puestas en movimiento a la vez, acomodándose a distancia oportuna de sus cuerpos con la altura de la mesa.

Eguskiñe parte pan repartiéndolo a cada uno. Fermín sirve eufórico el vino. Amama llena unos vasos grandes de agua que distribuye por la mesa, sin que nadie los mire.

La ensalada en el centro y los siete platos con los huevos y los chorizos ofrecen un espectáculo digno de las bodas de Canaán en Galilea.

Fermín va a empezar el primero, pero la mirada severa de amama le paraliza, mira a unos y a otros sin comprender por qué no puede empezar a comer.

—Fernando, bendice la mesa —pide amama en tono suave.

Don Fernando se levanta de la silla, rezando una oración corta de acción de gracias y con la señal de la Cruz da por finalizada la misma, siendo imitado por todos, seguido de un «amén», y de un movimiento de coger el pan lo primero para ir mojando los huevos frescos de las gallinas del caserío.



Al cabo de pocos minutos nada a quedando en los platos, el pan casero hecho por Eguskiñe en el horno de pan, se ha reducido a la mitad, mojando la yema de los huevos con la mezcla de la grasilla roja desprendida por los chorizos aún poco frescos pero sabrosos y exquisitos. La ensalada al final se la están comiendo para bajar la grasa y el vino de Rioja, complemento indispensable en toda buena comida, ha visto bajar los niveles de las dos botellas que se las han bebido colmando la felicidad de todos.

Colorados también por las calorías ingeridas, los grados del alcohol y el calor de la chapa, los rostros de todos los presentes muestran la placidez y la felicidad que proporcionan los tres complementos indispensables para lograr la felicidad: comer, beber y una buena compañía.

Fermín también se ha pasado un poco con el vino, más el acumulado alcohol ingerido en toda la tarde, no puede por menos de sugerir, pletórico de felicidad como se encuentra:

—Unas buenas canciones... Ahora que recuerdo, no sé si había quedao en ir a casa de mi hermana a cenar o si ella venía a la mía... Con la hostia que le canta, si en vez de chillar por todo cantara... Otro gallo le cantaría, aunque con el oído que tiene, mejor que chille. Vamos a brindar —se levanta mirando a todos con los ojos brillantes, la sonrisa de lado a lado, los carrillos colorados—: Porque podamos disfrutar muchos días como este.

Los demás, a excepción de él, permanecen sentados con los vasos levantados, coreándole:

—Por muchos días como este.

Eguskiñe también ha bebido un poco más de la cuenta y no pudiendo reprimir el gozo que siente bajo los efectos del alcohol, se deja llevar por sus sentimientos:

—Por que no se acabe la noche.

Amama mira a Eguskiñe feliz, pero un poco extrañada por el significado que pueden tener sus palabras y luego a Fermín. Algo ronda en el ambiente desde hace un rato, que su olfato capta, preguntándose:

—¿Qué habrá ocurrido? Porque no creo que sea la causa la historia de Euskadi que tan bien han relatado el médico, el cura y el maestro, la causante de este cambio inesperado. No, no creo que eso sea, porque la pregunta que se hace mi hija, aquí, esta tarde, todavía no ha hallado su respuesta adecuada. La respuesta viene después; yo sí empiezo a vislumbrarla, parece que no es la política precisamente, lo que le ha hecho cambiar. Ojalá fuera lo que estoy pensando...

Jaungoikoa (Dios) me oiga, con tanta plegaria y tanto pedirle, seguro que yo también hallo respuesta a mis oraciones.

Don Fernando ha terminado de cenar el primero y levantándose de la mesa se dirige hacia la pared donde tiene apoyada su guitarra y cogiéndola, con ella en la mano derecha, se sienta de nuevo comprobando si está bien afinada.

Guardan todos silencio en espera de su puesta a punto, cuando don Fernando mira a los presentes en actitud de que la tiene bien afinada, preguntando:

—¿Listos? Vamos con la canción más entrañable que tenemos los vascos, sobre todo en unos días como estas fechas donde las nostalgias vagan también por todas las casas, donde hay algún miembro fuera de ellas, bien porque se han ido o bien porque los ha echado... —deja en alto la frase sin terminar y todos hacen gestos de asentimiento significativo.

—Pues vamos a dedicarla entonces a todos los vascos que viven fuera de Euskadi, que son hermanos nuestros y no los olvidamos, el «Maitetxu mía». Yo empiezo —dice Felisa resuelta dando el tono que puede cantar sin esforzarse.

—Lo que yo digo, ésta no se corta por nada —dice Lorenzo dejando por imposible a su mujer y mirando a amama.

Amama le hace un gesto de que la deje, que ojalá habría muchas como ella con ese ánimo y ese espíritu tan alegres, que son como aroma fresco de primavera, que avivan las ansias dormidas de vida nueva.

—Que cante sólo Felisa ¿Te la sabes entera?... —le pregunta Eguskiñe sabedora de sus dotes musicales, que ya ha demostrado antes también en la tarde cantando villancicos.

—Esa y todas las que quieras, a buen oído pocas me ganan en Oquendo y a cantar menos. Con pena me voy a ir de este mundo de no haber aprendido canto. Pero otra vez será, en la próxima reencarnación, como la Caballé, a cantar ópera y zarzuelas con lo bien que me sé la de «El Caserío».

Animan todos a Felisa con un fuerte aplauso y ésta, carraspeando, mirando seriamente a don Fernando, ejecutan ambos el «Maitetxu mía».

Se ha hecho un profundo silencio en la cocina, escuchando la entrañable y tan querida canción. Amama no puede ocultar sus lágrimas y, con su habitual pañuelo blanco, trata en vano de secar el

torrente que fluye de sus ojos cansados, emocionada, triste y feliz al mismo tiempo.

Don Ismael también siente la nostalgia de sus seres queridos.

Los demás también guardan sus emociones dentro de sus corazones, escuchando emocionado los sonidos de la guitarra, tocada magistralmente por don Fernando y cantada por todo el sentimiento amoroso que le sale del corazón a Felisa.

Todos aplauden con fuerza al finalizar la canción y Felisa, feliz, les contempla con una sonrisa de lado a lado de su colorada cara llena de felicidad.

—Sin pasarse, que no es para tanto... —trata Lorenzo de cortar los aplausos espontáneos de todos, estos sin hacerle caso, siguen aplaudiendo.

Felisa se levanta y con una pequeña inclinación de cintura, saluda, moviendo varias veces su cuerpo de cintura para arriba como lo hacen los artistas de los teatros al finalizar la obra.

Lorenzo, celoso, le tira de la falda en actitud de que no se pase y de que debe sentarse, dejándose de tantas florituras.

El teléfono suena de nuevo en la cocina, en el momento de dar las diez y media de la noche.

Eguskiñe se levanta como accionada por un resorte y descolgándolo pregunta:

—¿Quién es? —escucha unos instantes y dice—: Sí, sí, los Tellae-txe, en el caserío... Sí, ahora se lo digo. Feliz Navidad, *Zorionak*.

Todos se han quedado en silencio esperando que termine su conversación Eguskiñe por teléfono.

Don Ismael se levanta y tiene que volverse a sentar. Sabe que es un aviso para él.

—Bueno, se acabó la calma; tendré que lavarme la cara y, amama, ahora necesito un café pero bien cargado.

Eguskiñe, sin mediar palabra, se levanta de su silla y revolviendo en el armario saca una cafetera italiana de dos tazas, cargándola con rapidez de agua y café, poniéndola en la cocina de butano para que suba más rápidamente. Fermín también se levanta para acompañar a don Ismael al servicio, para lavarse bien la cara y despejarse, yendo por delante de él encendiéndole las luces para que no tropiece con el entarimado desigual, que con el vino ha vuelto a cargarse de nuevo, no pudiendo guardar bien el equilibrio.

Amama mira a don Ismael torciendo el gesto le dice a Eguskiñe:

—Métele bien de café y uno granos de sal en el agua.

Don Roberto también se levanta de la silla ofreciendo su ayuda:

—Yo te llevo en mi coche, que hay una buena tirada por el monte.

—De paso nos dejás a nosotros también en casa de mis hijos —dice Lorenzo levantándose de la silla, un poco mareado también por los últimos vasos de vino.

—Qué lástima que lo bueno acaba siempre pronto. El hijo tienen mal los Tellaetxe, ¿no? —pregunta Felisa haciendo un gesto de preocupación.

Se levantan los demás también de sus asientos, guardando silencio durante unos segundos, interrumpido únicamente por el arrastrar de las sillas de enea, al ser retiradas de la proximidad de la mesa y el movimiento de pasos en la cocina.

—Como si habría llegado un huracán repentino ha sido el efecto producido por la llamada de teléfono a don Ismael... Bueno, la verdad es que un poco cansada ya estoy yo también —dice amama haciendo un gesto de agarrotamiento en su cintura llevándose la mano derecha a la cadera.

—Recogeré mi guitarra y volveré mañana, a ver si esta vez acierto y me encuentro a toda la familia reunida —dice don Fernando cogiendo la funda de su guitarra y envolviéndola con ella con cuidado, ya que se trata de un objeto muy querido para él.

—A ver donde anda el abrigo de Felisa y mi chamarra —pregunta Lorenzo tambaleándose un poco.

Eguskiñe termina de preparar el café para don Ismael, sirviéndolo en un tazón de desayuno, abriendo la ventana de la cocina y dejando en el alféizar el café para que se vaya enfriando.

Poco a poco van despidiéndose todos de amama y de Eguskiñe, contentos por fuera y alegres por dentro.

—Una tarde maravillosa, María, interesante todo, con la juventud siempre hay alegría, con los viejos demasiadas tristezas que recordar —dice Felisa en el hall de la entrada.

—La historia siempre se repite, Felisa, y en romper y en recomponer, a nosotros y a los jóvenes de hoy también, se les irán los años, y así siempre. Lo importante es que el espíritu de seguir hacia adelante no se pare, ¿no te parece? —le dice amama abrazada a Felisa, con cariño.

—A mí me gustaría venir otro día y seguir con estas cuestiones, porque en este siglo que es mi vida, muchas cosas que no hemos dicho han sucedido —dice Lorenzo un poco cabreado, por no haber

podido intervenir en las conversaciones al nivel que a él le habría gustado.

—Podemos quedar otra tarde después de las fiestas —dice don Roberto colocándose su chamarra, junto con su bufanda y una boina.

—De momento, yo no me pierdo mañana la visita aquí con toda la familia —dice don Fernando.

—Ni yo —repite don Roberto.

—Pues está hecho, mañana todos aquí, pero para hablar de nuestras experiencias. ¿Vale? —dice Eguskiñe con una sonrisa.

—¡Vale! —le contestan todos riendo.

Amama se ha quedado en la cocina a solas con el doctor que se ha refrescado varias veces la cara y se ha peinado y que ahora, haciendo gestos de asco, bebe el café. Amama le mira con cariño y comprensión.

—Las enfermedades no entienden de fiestas.

—No, esas no saben de fiestas, amama... Siento haber hablado tanto, pero a Eguskiñe no hay otra manera de curarla, que la de que comprenda bien la historia de Euskadi, cuánto y por qué dieron comienzo todos los hechos que hoy padecen los vascos y también por qué mata ETA, ha matado y seguirá matando... ¡Ay, que asco! —concluye ingiriendo el café y haciendo aspavientos, que el café está imbebible con la sal añadida.

—Las gracias le quiero dar, sé que quiere lo mejor para Eguskiñe, usted es un buen médico y una buena persona. Espero ver ese día donde podamos respirar el aire limpio de odios y de venganzas. No se olvide de abrigarse, está muy fría la noche.

Amama le pasa la mano por la espalda al doctor en un gesto de cariño. También él necesita de ayuda, todos necesitamos de una mano amiga, que comparta a veces aunque sólo sea una charla.

—Gracias, amama, mañana pasaré a ver a su familia, sabe que esta casa para mí es un poco la mía —le dice el doctor a amama besándole en ambas mejillas.

—Gracias tengo que darle yo por todo.

—Bueno, otra vez será. Mañana aquí todos y a repetir las historias esas —dice Fermín ayudando a todos a bajar con cuidado las escaleras de piedra, desiguales como el tiempo.

Amama les despide desde lo alto de la misma sin salir a la calle.

—Abrigáros bien. Agur. Adiós. Zorionak. Felicidades —dicen todos.

—Cuidao, Lorenzo, agárrate a mí —le dice Fermín ayudándole a bajar.

Se instalan en el coche de don Fernando y don Roberto, despidiéndose con la mano, quedándose en pocos minutos solos amama, Eguskiñe y Fermín.

Ya en la cocina que ha quedado toda revuelta, con las sillas desordenadas, platos y vasos sucios, Fermín manda sentarse a amama y ayuda a Eguskiñe a recogerlo todo.

—Entre los dos en un momento acabamos —dice balanceándose un poco por los efectos de tanto alcohol ingerido en toda la tarde.

—Qué cansada estoy, un poco más y no lo resisto, ha sido la media justa —dice amama sentada mientras les observaba en su ir y venir por la cocina a Eguskiñe y a Fermín, ordenándolo cada cosa en su sitio después de haber fregado todos los cacharros sucios.

—Pero productiva ya ha sido la tarde, ¿eh, Eguskiñe? —le dice Fermín con cara feliz.

Amama les mira y no pudiendo contenerse más, les pregunta: —¿Conozco yo toda la historia?

Se miran Eguskiñe y Fermín y bajando la vista, Eguskiñe le contesta:

—La historia queda mucho por resolver aún, amama. y cuando ésta quede bien clara para mí, quién sabe si te damos una respuesta también a ti... —lo ha dicho en tono humilde poco habitual en ella.

—Cómo estarán las cosas, amama, que de historias de esas me voy a poner morao desde mañana, encerrao en casa. Bueno, o después de las fiestas. Mucho hemos hablao y mucho hemos aprendido, pero mucho queda también por aprender, así que a aprender, para poder comprender... En verso me ha salido y todo... Si es que cuando uno se instruye, hasta se habla de otra manera...

No pueden contener la risa amama y Eguskiñe ante salida espontánea de Fermín, colorado como un tomate maduro.

—Entonces, es posible que vosotros... —dice amama, una vez recuperada del ataque de risa producido por el comentario «literario» de Fermín.

Eguskiñe baja los ojos y en tono reflexivo le dice a su ama:

—Es posible... pero aún queda mucho camino por recorrer.

—Amama, una biblioteca voy a comprar y buscaremos todo lo que Eguskiñe necesita saber y más, por si acaso —le contesta feliz Fermín a amama.

—Sí, queda aún camino por recorrer, pero creo que por hoy ya hemos dao una gran caminata... ¿Pero de verdad hay esperanzas entre vosotros? —pregunta de nuevo amama, de pronto sobresaltada.

—Bueno, yo lo que diga Eguskiñe, ella tiene la palabra —contesta Fermín sumido, mirándole arrobado.

—Ya he dicho que aún queda camino por recorrer, he de encontrar mi respuesta, pero creo que hoy se ha abierto un capítulo importante en mi vida, que es el de encontrar mi respuesta a través de todo cuanto hoy se ha hablado aquí, y de todo lo que me queda por investigar y hallar el porqué mataron a mi hijo. Hoy he comprendido muchas cosas importantes.

Amama y Fermín sentados ante la mesa que ya ha sido recogida y limpia, se miran con una nueva luz en sus pupilas sin interrumpir a Eguskiñe.

Esta también se sienta y mirando a ambos, continúa en tono pensativo.

—También he comprendido que las causas de nuestros problemas en Euskadi, no son a partir de la Guerra Civil, ni después de ésta, sino desde la pérdida de los Fueros. Creo también que nuestro pueblo sigue sin encontrar su rumbo desde ese día.

Amama asiente con la cabeza, respondiéndole en tono pensativo:

—Así es. Mucho se ha hablao esta tarde y mucho se ha quedao sin decir. Sigue buscando a través de los muertos la respuesta, porque «los muertos también hablan».

—Y lo que les queda por hablar, desde que el médico ha empezao ha hablar, unos cuantos miles ya he dejao enterraos y todavía faltan los de este siglo. Eguskiñe, ¿no van a ser muchos muertos por desenterrar? —dice Fermín preocupado.

—Sí, han sido demasiados muertos y demasiadas madres llorando desde entonces, y sin contar este siglo completo que yo no dejaré de estudiar porque de alguna manera, estoy convencida, encontrare también la respuesta de «por qué mata ETA».

Amama hace un gesto de asentimiento con la cabeza y suspirando se queda unos segundos pensativa y comenta:

—Creo que hoy es un gran día para mí, lleno de promesas. Con todos mis hijos y nietos reunidos alrededor del fuego del hogar y con la esperanza de que dentro de poco tú y Fermín...

—Bueno, de eso... por ahora déjalo —le dice Eguskiñe a su ama en tono suave para no disgustarla.

—El que tiene esperanza, tiene vida y esta cocina estas Navidades, van a estar llenas de esperanza, de luz nueva, porque los jóvenes son promesas, futuro, y el futuro que necesita Euskadi, para que lleven la bandera y el estandarte de la paz, los viejos la roca donde puedan refugiarse y vosotros, los que estáis ahí, para aliviarlos y ayudarlos.

Fermín coge emocionado la mano derecha de amama y a Eguskiñe la izquierda, sellando así una nueva era en el largo camino que aún les queda a los tres por recorrer.

Eguskiñe, por primera vez, siente que puede compartir sus deseos con alguien que sólo quiere su bien y su bien es su paz en el alma y hallar en algún rincón de la historia, la paz para Euskadi.



## LA MITOLOGIA

Existe una mina donde cuentan que en otro tiempo vivían los gentiles, y en el caserío Elaunde, una joven llamada Catalina que solía hilar de noche a la luz de la luna junto a la ventana de su habitación.

Una de esas noches llegaron por sorpresa los gentiles y la secuestraron, mientras proliferaban en gritos: «La noche para Gaueko, el día para el día, y Catalina de Elaunde para nosotros». De esa manera dejaban bien claro que el día era para trabajar y la noche para Gaueko, castigando su osadía a la hilandera por medio de los gentiles.

Gaueko es, por tanto, el genio de la noche, que no permite que los hombres practiquen ciertas labores durante la misma.

Otra joven también osada como Catalina, de un caserío de Oyarzun, apostó a que después del toque del Angelus traía agua de la fuente. Se marchó con la herrada, pero al ver que no regresaba, sus familiares empezaron a impacientarse y cuál fue la sorpresa cuando al cabo de un buen rato, vieron caer atónitos por la chimenea de su casa la herrada vacía y unas gotas de sangre.

Nunca más se tuvo noticias de la joven.

Los marinos vascos tampoco fueron ajenos a la influencia de la Mitología. Por ejemplo, en las zonas de Goyeri (Guipúzcoa), la bruma es considerada como portadora de aide, o de espíritu con carácter maligno, enviada por el mar, causando enfermedades a la patata y a los cereales, causante del cólera a mediados del siglo pasado objeto de tantos miles de muertos.

Los juegos tampoco estuvieron ajenos al influjo que sobre ellos tuvieron los genios familiares. En la región de Albistur, varios vecinos refirieron en las excavaciones lo siguiente: (año 1957-1958) Santagueda fue el mejor aizkolari en mi época. Natural de Santagueda, caserío de Baizama, no solamente en el corte de troncos, sino también en cualquier otro juego.

Eran muchos los que creían que Santagueda llevaba los mozorros como valedores. (Mozorro: Insecto, enmascarado, persona disfrazada).

Los días de la semana, el mes, el año (fueron señalados por los vascos antes que los romanos), se vieron simbolizados, como hemos podido ver, en una pequeñísima parte en estos breves relatos hechos por mí anteriormente. Los diferentes días y meses del año, están llenos de supersticiones, costumbres que, en gran parte hoy en nuestros días, siguen vigentes algunos de los ritos y costumbres en que he participado yo personalmente, como la noche de San Juan el 24 de junio.

Son ciertas las creencias y supersticiones, que han conllevado consigo el pueblo vasco antes del cristianismo y aún después de haber aceptado la religión católica.

No podemos separar al hombre de la tierra, su alma de su cuerpo, de ahí nace esa necesidad de creer en algo sobrenatural.

Todos los pueblos de la Tierra tienen una necesidad primitiva de adorar y creer en lo sobrenatural, sin hacer mención a otras tribus del planeta, ya que quiero fijar mi atención en la raza vasca, únicamente diré que los vascos han sido y siguen siendo un pueblo eminentemente religioso, supersticioso, necesitado de símbolos a los que adorar y encomendar sus desgracias, sus temores, sus miedos.

En la mitología «La Tierra» —Amalur— es el centro del sentimiento religioso, probablemente el sentido práctico del vasco le hizo intuir que, si ella le servía de alimento y sustento a «ella» debían ir encaminadas sus oraciones.

A esta personificación sin duda, nace Mari, la diosa ascencial de este pueblo y de todos los genios que se ocupan de proteger y cuidar para el bien de la naturaleza.

En Cerain cuentan que una hija del caserío Eguzkitze (Mutiloa), llegó a tocar el Arco-Iris quedando convertida en Mari.

Mari, símbolo femenino amante de la familia, estuvo casada con Maju. De esta unión vinieron al mundo dos hijos varones llamados Atarrabi y Mikelats, uno bueno y otro malo. Atarrabi es el genio del bien, Mikelats el genio del mal. Es digno de mención el paralelismo entre los dos hermanos mencionados por la Biblia al comienzo de la humanidad: Caín y Abel, fruto de Adán y Eva.

Aunque en mi modesta opinión no es un fenómeno extraño si tenemos en cuenta que nuestra conducta se compone del bien y del mal, malo y bueno.

Estos dos hechos en sí rigen nuestro comportamiento, actuando a veces para hacer el bien y otras para hacer el mal.

Estas dos réplicas son dos casos extremos de bondad y de maldad. (*Mitología Vasca*, pág. 2).

Del bien y del mal surge la necesidad de adorar a una máxima figura como ya dije antes, «Mari», la reina que vive en las entrañas de la tierra, en cuevas naturales, no hechas por el hombre, en un triángulo unido por tres necesidades: vivienda, templo y sepultura.

Del estudio de la mitología vasca, es fácil deducir el amor profundo que el vasco siente por su tierra y de la que se siente hijo. Amalur, madre tierra, por lo tanto no cabe dudar, la tierra es su madre. ¿Cabe sentimiento más profundo de unión entre la madre y el hijo?

Barandiarán describe así a estos dos hermanos motivo de discordia entre el bien y el mal: «Genio maléfico, hermano de Atarrabi, que es de signo contrario o símbolo del bien moral. Atarrabi, (Ascular según otros)» llegó a ser guardián de su pueblo y cura de la parroquia. Mikelats quiso destruir los trigales de dicho pueblo, Gara, según cierta leyenda de esta localidad.

Pero Atarrabi opuso su oración (conjuro) contra la fuerza mágica de aquel y salvó las cosechas de los suyos. (*Diccionario Ilustrado de la Mitología Vasca*, pág. 171).

La tierra, en la mitología, se describe con grandes extensiones, plana, horizontal, nadie pudo llegar a los límites de sus confines.

Que inspiraban miedo debido a las leyendas que se contaban de los marinos osados que se atrevieron a viajar más allá de sus confines quedando sepultados por grandes tormentas.

Pero esta tierra no permece inmóvil y su superficie sufre grandes alteraciones.

Unos montes de aplanan y unas extensiones planas ven crecer desde sus entrañas bosques hermosos, al igual que el hombre que necesita salir en busca de nuevos paisajes.

Mari también es viajera cambiante, por eso mismo no habita en el mismo sitio.

Poseedora de varias moradas, bien bajo la tierra en cavernas, o bien sobre las altas montañas de Amboto, Aketegui en Aitzgorri, etc.

Cada siete años cambia su hábitat. Viajera y dominadora se le ve cruzar los cielos cada siete años cambiando su morada, envuelta en haz de luz.

Según el comportamiento que sigan los humanos, puede ser generosa, indulgente o malvada.

No tolera la mentira, el orgullo, el robo, la falta de respeto, exigente con la palabra dada y ayuda mutua con los demás.

Todos los bienes obtenidos por la madre tierra se deben a sus atributos, manantiales, fuentes de agua fresca, bienes necesarios en la vida del hombre y de los animales que los sustentan.

Una de tantas leyendas derivadas de la hermosura de esta mujer, la describe Barandiarán de esta manera: (*Diccionario Ilustrado de Mitología Vasca*, pág. 192).

Mari, mujer hermosa de Murumendi, se peinaba en la entrada de su antro, cuando fue vista por el mayorazgo del caserío Burugoena (Beasain). La lamia de la cueva Kobanudi (Mondragón) estaba peinándose en el portal de su morada cuando un joven del caserío de Korrione pasaba por aquel paraje y se enamoró de ella.

En Jentileone aparecía una mujer gentil peinándose cuando los romanos de Ataún iban a la próxima ermita de San Pedro Curdiain (Alsasua). En una lápida de época romana, hallada en Santa Cruz de Campezo, hoy depositada en el Museo Arqueológico de Alava (Vitoria), aparece esculpido un peine junto a un personaje al parecer femenino, que figura en la misma piedra.

Son numerosos los casos en que el peine de una lamia o de otro genio de sexo femenino, ha sido robado por alguna mujer y luego reclamado por su dueña con amenazas de castigo si no le es devuelto. (*Diccionario Ilustrado de Mitología Vasca*, pág. 192. José Miguel de Barandiarán).

En las diferentes cavernas habitadas por Mari, mujer hermosa con bellos cabellos dorados que se peina con peine de oro, la *sorgin* o bruja, de repelente aspecto, mal peinada, que viste ropajes andrajosos, es fea y adopta frecuentemente la forma de animales mutilados a los que les falta alguno de sus miembros, por ejemplo, un brazo, la cabeza, etc. Su poder maligno prevalece en las sombras de la noche hasta el primer canto del gallo, de carácter nefasto. A la maldad de sus obras se le atribuye la pérdida de las cosechas, averías en los molinos, enfermedades, muertes, naufragios de pescadores, etc.

¿Cómo puede uno convertirse en *sorgin*? (bruja) Sencillamente dando tres vueltas alrededor de una iglesia, no habiendo sido bautizada, por haber heredado las prendas de otra *sorgin*, etc.

Son innumerables las formas de convertirse en *sorgin*. Para auyentarlo no hay que golpearlas a ellas directamente, sino a sus sombras, con el signo de la Cruz y con el nombre de Jesús.

Son numerosas las cuevas en las que se celebran los akelarres, en Zugarramurdi, Artegaña de Alzay, Arleze (cueva en la sierra de Andía), Askondo (cueva de Mañaria), Petralanda de Lamindano (Dima), etc.

Según Barandiarán, a las reuniones nocturnas y a los lugares donde realizan sus funciones las brujas, se trasladan de modo preternatural muchas veces, bien mediante un ungüento con el que previamente se frota y una fórmula que al mismo tiempo pronunciaban, bien en virtud de esta solamente, las palabras que en este caso son: «Sasi-guztien-Gañeti Eta odei Guztien azpiti». «Por encima de todas las zarzas y por debajo de todas las nubes». así van por los aires velozmente pero sin volar. Para volver a su forma natural, tienen que retirarse a su casa al canto del gallo o antes de que suene la campana de la aurora (*Diccionario Ilustrado de Mitología Vasca*, pág. 217).

En la mitología vasca el día de la semana del sol es el jueves, tiene un gran simbolismo bienhechor, ahuyenta a los espíritus malignos, paralizándolos con sus rayos dorados.

Al sol le son dirigidos saludos como este: «Eguzki, amandrea, badoia, bere amagana».

El sol, en el arte popular vasco, podemos verlo representado en abundantes símbolos, círculos, ruedas, estrellas, lauburus, rosetones. La flor del cardo es colocada en algunas casas en las puertas, «eguski lora» (flor de cardo), atribuyéndole el poder de ahuyentar a los malos espíritus, así como a las enfermedades y tempestades con sus mortíferos rayos.

La Luna, su día es el viernes, se le atribuyen ritos de vida y se le llama «Illargui amanche» (luna abuela). Esta tiene el poder de controlar las furias torrenciales las tormentas, las lluvias, la vegetación, controlando el buen funcionamiento de la fertilización de la tierra, simbolizando así el buen tiempo, el destino del hombre, la noche, el día, la muerte y la vida. Es probable que «Egu» fuese considerado como dios del cielo azul o brillante.

El agua desempeña un papel importante en el solsticio de invierno. En Liguinaga tenían por costumbre en Nochebuena renovar en vasijas el agua destinada a usos domésticos. Por Nochevieja recogen en algunos pueblos el agua que cae en la fuente inmediatamente después de las doce y la llevan a casa para la buena suerte, paz, salud y bienestar de sus moradores.

En Ataún es conocida con el nombre de Iturriotz (fuente fría) una casa y cerca de ella una sima. Todavía a principios de este siglo era

corriente decir que en la misma vivía un genio de figura de novillo rojo.

Las hierbas y las flores son también elementos utilizados en diversos ritos solsticiales. Es costumbre aún hoy, decorar los marcos de las puertas con flores o ramas verdes bendecidas antes en la iglesia.

En Marquina, el ramillete se compone de espadaña y laurel, que sirve después para hacer sahumeros que curen las ubres de las vacas y los dolores de muelas.

En Yanci, creen que a la media noche del día de San Juan florecen los helechos.

En Ceanuri y en Maguna, dicen que la yerba regada en la mañana de San Juan no se seca y es más sabrosa que la regada en otros días.

El fuego desempeña también un papel importante en los ritos aún hoy, que permanecen vivos en el pueblo vasco. Encendiéndose grandes hogueras delante de las casas. Recuerdo en mi niñez y adolescencia haber practicado yo misma dichos ritos con mis amigos, quemando zarzas y ramas secas cortadas previamente con antelación por el padre de un amigo querido mío, Gregorio Gardeazabal, al que gustaba también adornar la puerta de su caserío el día de San Juan con flores, ramas y ajos tiernos recién sacados de su huerta.

Son innumerables los cuentos o leyendas que circulan por el pueblo vasco en torno a desapariciones, una de las mismas corresponde a la leyenda de la montaña Akerkoi.

Aún hoy se convive con innumerable muestras de ese pasado, que vive hoy en muchas de las tradiciones y costumbres del pueblo vasco; numerarlas todas o parte de las mismas, llevaría años recopilarlas y muchos libros dedicados sólo al tema de «La Mitología Vasca». No es mi intención extenderme, solamente he querido reflejar una mínima expresión de lo arraigada que estuvieron en nuestro pueblo algunas de las creencias y supersticiones, para que el lector pueda tener una pequeñísima noción de la Mitología Vasca. Barandiarán, en su ya mencionado libro *Diccionario Ilustrado de la Mitología Vasca*, da una larga y extensa descripción de nuestra mitología, de la que yo he tomado parte de estas notas que expongo modestamente.

Estos ritos son de alguna manera, el cordón umbilical que permanece unido al hombre vasco y que sale desde las mismas entrañas de su madre tierra, Amalur, para tenerlo unido, como a ese niño que todos quisiéramos tener, ese niño que nos pertenezca siempre, que no se desprenda de nuestras entrañas y permanezca unido a la madre con el cariño, respeto y el amor que toda madre desea en estrecha unión.

Que no desaparezcan nuestro hábitos y costumbres junto a la lengua nuestra que es el Euskera, madre también de nuestras más queridas expresiones.

De su lenguaje hemos recibido nuestro bagaje, nuestra cultura, nuestra etnia, nuestra prehistoria, nuestra mitología, y somos como somos en usos y costumbres, porque de ella hemos mamado generación tras generación, perdidos en el tiempo, olvidando nuestros orígenes tan lejanos como las estrellas de la tierra.

De ahí que las personas hacen portentos, adivinos, saludadores, curanderos, brujos, se dice que poseen mamurrak.

**DESPERTAR DE UN LARGO SUEÑO  
ABRIR LOS OJOS A UN NUEVO DÍA**

**V.A.**



## LA PREHISTORIA

Parietes lejanos que dejaron sus huellas esparcidas en cuevas a orillas del mar, sobre la verde hierba, para dar testimonio vivo de pueblo viejo, sabio que hurga en el silencio, ve en las sombras.

Solitario, introvertido, guarda sus deseos para sí, sin atreverse a manifestarse con un pudor que le sonroja.

Acerquémonos a su prehistoria con sigilo, para averiguar parte de sus secretos y sin mancillarlos, podamos descubrir la capa vigorosa con que protege su cuerpo y la fragilidad de doncella, donde guarda sus deseos, sus amores, su alma noble.

Según Barandiarán, no podemos entender ni comprender al pueblo vasco si lo descolgamos de su prehistoria.

El cincuenta por ciento de nuestro activo cultural, proviene de esa larga noche que nos conduce hasta los orígenes oscuros que se pierden en la noche del tiempo para acercarnos a nuestra historia cargada de dramatismo y sufrimiento. La tierra vasca está situada al Norte de España, encerrada entre montañas enlazadas las unas con las otras, uniéndose en estrecho abrazo, ocultándose a los ojos curiosos, avariciosos, codiciosos, que una vez atravesada la península, topaban con él.

En la dificultad de sus caminos pedregosos, en su clima frío y duro, en sus lluvias torrenciales, el suelo vasco, poco podía ofrecer a quienes ávidos de poder y conquistas, buscaban oro, palacios, carente el pueblo vasco de los mismos.

Pero el bien máspreciado para el vasco era su tierra, esa tierra pobre, formada por montes, valles, verdes musgos aferrados a las piedras con la misma adhesión que desde el hombre primitivo hasta hoy se adhiere a su suelo el pueblo vasco, a ese suelo pobre compuesto de calizas, areniscas y granito, que le ofrecen esos bosques de «haye-

dos», castaños, robles y pinos, para ocultar su suelo del pudor que le produce su propia pobreza.

Y ese mar bravío defensor de sus orillas vírgenes, encrespado, enfurecido por potentes tormentas.

**GENS-FAMILIA:** La etimología de la voz *gens* equivale a *genus* y ambas derivadas de *gigno*, engendrar sustantivo genitor. La misma etimología tiene la voz griega *genos*, siendo, además, de notar que los griegos designaban a los gentiles con la voz *omoghlactes*, que significaba amamantados con la misma leche.

Cada *gens* tenía un culto privado y, una sepultura común y un nombre común, lo cual implicaba unos ascendentes o al menos, un ascendente común. (*Enciclopedia Universal Ilustrada*, tomo 25, página 1.272).

**GENS:** Agrupación u organismo social y político que constituyó la base del Estado en los primeros tiempos de Grecia y Roma.

**GENS-FAMILIA:** La voz *gens* o *genus* significa también, como observa Bonfante, pueblo, nación, comunidad política y, especialmente, cuando se trata de aglomeraciones políticas de carácter primitivo o distintas del tipo clásico de ciudad. (*Enciclopedia Universal*, tomo 25, página 1.272)

**GENS-FAMILIA:** Es preciso observar que la *gens* fue una institución común a todos los pueblos arios y que se encuentran instituciones similares en todos los pueblos primitivos de toda la tierra, hasta el punto de que los etnólogos designan con el nombre de organización gentilicia una fase general de la Historia de la Humanidad (*Enciclopedia Universal*, tomo 25, página 1.272), que alejaban a intrusos y curiosos causantes de devastar y mancillar, para saciar su apetito de conquistadores, ultrajando a su paso tierras, apareos, doncellas...

Pero en el pueblo vasco se reconocen tres hechos palpables a la hora de valorar el hecho en sí de tan larga permanencia, desde ese hombre primitivo hasta nuestros días. La primera, como ya he dicho, su suelo agreste, su mar bravío y sus hombres duros, tres elementos capaces de defender, proteger sus bienes comunes, tierra, mar y su tronco universal, sus *gens*, su familia, origen y fruto de esta raza que sin lugar a dudas, es diferente del resto de la Península y de Europa volviendo de nuevo al origen perdido en el túnel del tiempo, que calcula en ciento cincuenta mil años la presencia del hombre primitivo en nuestro país. Este descubrimiento es fruto del estudio realizado de objetos hallados, como hachas de sílex, de cuarcita, etc. De esta época no se han hallado aún restos humanos, pero del estudio de dichos

objetos en nuestro país, se deduce que estos objetos pertenecían a la cultura Achelense.

Por el contrario, en la cultura Musteriense, hace aproximadamente noventa mil años, los restos hallados son más abundantes. Por ejemplo en los mismos hallamos calderas, hachas, restos de rinoceronte, mammoth, reno, bisonte, caballo, ciervo,... Hecho significativo de que nuestro clima es mucho más frío, con grandes glaciares y nieves perpetuas capaces de albergar a dichos animales que vivían conforme a su hábitat, el frío.

Los yacimientos de Ohla e Insturiz (en Benabarra), también en Lezetxiki (Mondragón) y en Axlor (Dima) son fruto de dichos hallazgos.

Nuestras fronteras tampoco fueron ajenas a los cambios, desde la noche lejana de la Prehistoria, hoy reducida a siete provincias. Por el Norte llegaban hasta el río Garona, avanzaban por el Sur hasta Soria y hasta las mismas puertas de la capital burgalesa. Por el Este llegaban hasta Lérida, por el Oeste hasta Santoña.

Fueron muchos los avatares que tuvieron que soportar este pueblo pacífico, pero guerrero cual perro fiel empeñado en defender sus límites territoriales, con pueblos vecinos de fuera y con el roce de los pueblos convecinos. Llegando a nuestros días reducido y transformado, pero que sigue defendiendo su territorio con el mismo ímpetu que lo hicieron sus ancestrales antepasados.

En esta larga noche de la Prehistoria y este túnel del tiempo, acercándonos a la era del Paleolítico Superior (33.000-9.000 a. C.), nos encontramos con la figura de un hombre nuevo, el de Cromagnón. Barandiarán y Aranzadi hallaron varios cráneos de tipo humano en la cueva de Urtiaga (Iciar). Entre los mismos unos son de la época de Cromagnón puro, otros en cambio, pertenecían a un término medio entre el Cromagnón y el tipo actual vasco.

También otro tipo similar al hombre histórico vasco perteneciente a la época Magdaleniense (unos 12.000 años) (*Libro Historia General del Pueblo Vasco*, pág. 13, por Manuel Estomba, Donato Arrinda).

De ahí que, con la prudencia que requieren estos hallazgos de tal importancia, Barandiarán diga no sin prudencia que «Podemos pues, suponer, mientras no se demuestre lo contrario, que en la Zona Pirenaica Occidental vivía en el Magdaleniense una raza emparentada con el Cromagnón, y que en su primera etapa acusaba ya ciertos rasgos que continúan en el tipo vasco hasta los tiempos actuales».

La constitución del hombre vasco, formado a través de duros inviernos de soportar penurias en una tierra dura y fría y poco generosa a la hora de prodigar sus frutos, está formado por una caja torácica muy desarrollada, anchas espaldas, talle estrecho, cráneo medianamente largo, sienes abultadas, orificio occipital con el borde anterior hundido, la mandíbula inferior estrecha, con un mentón saliente y una nariz larga que le dan a su rostro la figura de un triángulo invertido (Libro *Etnia Vasca*, pág. 19. Manuel Estomba, Donato Arrinda).

El hombre de Cromagnón desapareció de Europa ante la invasión de otros pueblos, excepto en el País Vasco, donde dicha raza ha perdurado a través de la historia para despertar en pleno siglo XX, no pudiéndose adaptar en muchos aspectos a la tecnología que le aporta la era moderna, una parte de la población actual.

Estas razones son las que nos inducen a decir sin riesgo de equívocos, que la raza vasca es una reliquia viviente y la más antigua de Europa.

Del Paleolítico Superior tenemos muchos restos en un gran número de cuevas, más de sesenta en el actual País Vasco y más de un centenar en su periferia.

Del material obtenido en dichas cuevas, denota una cultura muy avanzada en cuanto a relieve, grabados, pinturas y esculturas.

Los arqueólogos la denominaron «Cultura Franco-Cantábrica» por encontrarse en los actuales territorios del sur de Francia (Aquitania) y en la zona del Cantábrico.

Es fácil de comprender que los materiales antes citados se encontraban dentro de las cuevas teniendo en cuenta que el frío reinante era glaciario con nieves perpetuas en altitudes sobre los 1.100 metros, hecho que obligaba a que los hombres las habitasen por ser templadas en invierno y frescas en verano.

Una de las más importantes es la cueva de Ituritz en escultura, grabado y por sus figuras efectuadas en hueso y piedra, representando bisontes, caballos, renos, cabras y trazos antropomorfos. En esta misma cueva se encontró la figura más antigua del txistu, elaborado en hueso de ave.

Por su arte rupestre son famosas las cuevas de Altxerri en Aya (Guipúzcoa) con más de un centenar de figuras variadas. Ekain (Deva) por sus caballos. Santimamiñe, en Cortezubi (Bizkaia) por sus bisontes.

En el Mesolítico, que sucede al Paleolítico, al clima gélido anterior le sucede uno más templado, que es el que actualmente disfrutamos.

Desapareciendo las nieves perpetuas junto con los animales árticos que poblaban las tierras, el mamouth, el reno, etc.

Estos cambios traen consigo el cambio también en la flora, apareciendo los bosques de abedules, hayas, castaños y robles, tan queridos y añorados, dado que van diezmándose dicha flora por la devastación que de los bosques se han hecho, que señalaré más adelante. El hombre empieza a construir las viviendas al aire libre.

El Neolítico le sucede al Mesolítico, hace unos cinco mil años. Esta etapa trae consigo un cambio radical en las formas de vida.

Si antes la forma de supervivencia fue la caza, ahora ésta se sustituye por su domesticación y subsiguiente pastoreo.

A la recolección de frutas y tubérculos silvestres le sucede la de la agricultura, gran causante de la deforestación que hoy sufrimos, dado que este hecho significó la tala de grandes bosques.

El ajuar doméstico también es mejorado con la piedra pulimentada y la aparición de la cerámica.

La edad de los metales se inició hace unos cuatro mil años, comenzando con el cobre. La característica principal de la cultura en este período son los dólmenes. Dichas construcciones son hechas en piedra con cuatro o más losas clavadas verticalmente con otra más grande que le sirve de techo o cubierta.

De estos dólmenes se han encontrado más de quinientos en nuestra geografía, en la zona pastoril montañosa.

En las llanuras meridionales también existen de mayores proporciones con un ajuar más rico y numeroso.

Por la situación de estos restos veraniegos e invernales se deriva que practicaban la trashumancia.

Esta trashumancia les dio a conocer otros pueblos de diferente cultura.

La Edad de Hierro dio comienzo hace unos tres mil años. No hay restos importantes de este período. Los principales se encuentran en Alava y Navarra.

En el pico de Irumugarrieta, sobre las peñas de Aya en Irún, se han encontrado restos de minas de hierro de dicha época.

De difícil explicación son los círculos de piedra llamados cromlechs, que se extienden desde el Pirineo Central hasta la zona noroeste de Guipúzcoa. En determinados casos rodean a un túmulo o dólmen, éstos se encuentran en los pastizales elevados. en los dólmenes se enterraban los cadáveres completos.

En el cromlech, se utilizaba el rito de la incineración. Los restos calcinados del difunto se depositaban en el centro del cromlech.

También existen en la misma zona una serie de monolitos y menhires de la misma época, con numerosas leyendas.

En la Edad del Hierro, período que dura hasta la romanización, vuelve a producirse una modificación importante, fabricándose instrumentos de hierro, que se aplicarán para el cultivo del campo, permitiendo a la agricultura un medio regular de subsistencia.

Estas tribus se hallan en un estado superior de la barbarie.

Según Barandiarán, fue un pueblo céltico el introductor de esta innovación.

Una rama de este pueblo creó en tierras de Alava y Navarra (Castejón y Etxauri, Laguardia, Kutzmendi y Salvatierravide), poblados fortificados cuyos habitantes se dedicaban a la agricultura.

Otra de las ramas célticas era pastoril propagándose por parte de los Pirineos levantando en los confines de Navarra y Guipúzcoa unos monumentos denominados Baratzak.

Consistían en círculos de piedra a modo de cromlechs. En muchos de los casos pequeños túmulos con vasos de incineración.

Los dólmenes cromlechs y menhires, son un rico legado religioso del hombre prehistórico para generaciones futuras.

Estas construcciones megalíticas son un legado valiosísimo lleno de sugerencias funerarias que sostienen dos inmensos mundos. Descanso en el suelo y paz en el cielo.

En el Neolítico, período que dura de los 3.000 a los 2.000 a. de C., es vital la transformación de la tierra vasca: el paso del salvajismo a la barbarie.

Aparecen pruebas de la existencia de la oveja en domesticación y explotación.

En el monte Lumentza en Lekeitio (Bizkaia) aparece un molino rudimentario, para la molienda del grano.

Durante muchos siglos en las tierras vascas las actividades pastoriles perduraron durante muchos siglos, junto con la caza y la pervivencia de territorios venatorios.

La agricultura se completaba también con la caza.

Los instrumentos de piedra utilizados apenas servían para cultivos epidérmicos.

La lengua vasca conserva nombres de instrumentos correspondientes a dicha época: Aizcora, hacha; Aiztur, azada; Aizto, cuchillo; Zulakaitz, cincel. El componente aitz significa piedra.

En la lengua vasca se siguen utilizando términos de aquella época.

**VASCUENCE:** La lengua vasca es tema de búsqueda a través del tiempo hoy, en pleno siglo xx.

En lo que sí estamos todos de acuerdo con gran unanimidad es, su antigüedad. Juan Valdés, en su *Diálogo de la Lengua*, constata: «La Lengua que hoy usan los vizcaínos, no es aquella antigua española». Así como las armas de los romanos cuando conquistaron España, no pudieron pasar en aquella parte que llamamos Vizcaya, de igual modo tampoco pudo pasar la lengua después de haberse hechos señores de España, aunque quisieron que en toda ella se hablase la lengua romana.

Otra de las razones es la diferencia existente con cualquiera de las diferentes lenguas que hoy se hablan en el resto de España, De lo que podemos derivar que aquellas nación conservó su libertad y su propia lengua hasta el día de hoy (*Libro Al Cruce de Tres Culturas*, pág. 166 por Elías Amézaga).

Barandiarán sitúa la lengua vasca al final de la Edad de Piedra. Según Barandiarán, «Los nombres vascos de algunos instrumentos responden al material con que estos eran fabricados durante el Neolítico y el Eneolítico coinciden con los nombres y la lengua vasca actuales. Los pastores trashumantes de nuestra tierra eran del mismo tipo físico que sus sucesores los vascos históricos», sigue afirmando Barandiarán, que dichos rasgos se encuentran ya en hombres mucho más antiguos hallados en territorio vasco, constituyendo probablemente, la raza vasca moderna una evolución del hombre de Cromagnón.

Sigue Barandiarán sobre la lengua vasca: «El parentesco que varios lingüistas contemporáneos, descubren entre la lengua vasca y las lenguas caucásicas, se explicaría procediendo de una cultura y una lengua euskadocaucásica primitiva (...), cabía señalar en los confines de Europa y de Asia la cuna donde irradian hacia los países occidentales las lenguas de las familias euskadocaucasiana. Esto ocurrió en el tercer milenio antes de nuestra era».

Si esta hipótesis fuera cierta, la cultura pastoril habría sido importada por dichas tribus caucásicas.

En la Antología campesina actual se conserva de forma deformada y disfrazada.

Este breve recorrido por la prehistoria, como hemos podido ver, nos ha traído aromas de rancio paso, de caminar lento, de avances extraordinarios conseguidos con el tesón y la lucha de un pueblo obstinado en sobrevivir y permanecer fiel a sus orígenes, a sus costumbres, a su lengua.

**¿QUIEN SE MUERE?  
QUIEN SE NIEGA LA EVIDENCIA**

**V.A.**



## EPILOGO

### (Siglo XX-XXI)

Hoy, en los albores del siglo XXI, lucha por continuar anclado en su pasado o dar ese paso moderno que le conduce a la tecnología, con lo que lleva eso consigo de destrucción del medio ambiente, la modificación de gentes de todas las regiones de España, que han sobrecargado el suelo de Euskadi, con la consiguiente pérdida de identidad en las grandes urbes.

Hecho no aceptado por los amantes de las tradiciones, costumbres ascentrales, que quisieron que el tiempo parase el reloj y se detuviese en el hombre de Cromagnón.

El siglo XXI trae consigo grandes cambios para todo el mundo, principalmente para Europa. Pocos países europeos han podido conservar íntegramente su pureza de raza, dada la invasión de diferentes ciudadanos de todo el mundo: Francia, Inglaterra, Alemania, etc.

Nadie puede parar estos fenómenos e inmigración, es un hecho real que tienen que aceptar, como el pueblo vasco ha aceptado, negando esta evidencia sólo conseguirá retroceder durante unos largos años su avance industrial, pero la evidencia está ahí. Es un hecho real, hoy son los españoles la gran mayoría, los que se han asentado en Euskadi, pero pronto y de hecho ya ha comenzado a producirse el éxodo de hombres de color, ciudadanos rusos, africanos, invaden el mundo entero. Euskadi no podrá mantenerse ajeno a este fenómeno, que no podrá rechazar, como tampoco han podido hacerlo otras naciones europeas, como ya dije antes. Ciudades como Madrid, Barcelona, están plagadas de sudamericanos, africanos, etc.

Este siglo XXI le trae al pueblo vasco una invasión de gentes extranjeras, españolas, con las que tendrá que empezar a saber convivir en paz. Del mismo pueblo vasco depende el no desaparecer como

etnia, como pueblo antiguo hoy reliquia viviente; pero pretender parar los avances que conlleva el siglo XXI, es luchar contra una muralla que no tiene ni respuesta, ni salida y que conduce al repudio.

Cuando el sistema de la permanencia se sustenta gracias a las muertes de seres inocentes que nada tienen que ver con la causa de una minoría que se obstina en no aceptar lo que, sin remedio, es un hecho fehaciente, este termina por ahogarse en las aguas que él mismo ha retenido.

Si ya en el pasado la mujer vasca tuvo su protagonismo en la Historia a través del matriarcado, hoy en el momento actual, le espera su resurgimiento ante el rechazo y el cambio de conducta de sus hijos.

Los hijos, que no ven otra forma de solución ante la independencia y la libertad que la de las armas.

Hay que buscar otras alternativas en los albores del siglo XXI, atrás quedó la lucha de las libertades a través de las matanzas de seres que en este caso nada tienen que ver en el entorpecimiento de las conductas del pueblo vasco.

Al pueblo vasco únicamente le concierne decidir por su futuro, permanecer intacto en el pasado o avanzar hacia el futuro a través de la economía, de la industria o volviendo los ojos hacia la labranza, el caserío.

A la juventud le toca elegir y a las madres decidir por el futuro de sus hijos.

El pasado, el presente o el futuro a través de la industria o simplemente, cultivando la tierra pobre sin más esperanza que la de mirar al cielo en espera de la lluvia bendita.

El pueblo vasco se debate en el parto de parir un hijo u otro, pero solo el pueblo vasco es el padre de esa criatura, que ha de venir al mundo engendrada por las tradiciones y concebida por la madre tierra.

La espera es angustiosa y dolorosa, demasiados sufrimientos, demasiada sangre derramada a la espera de ese día.

Ojalá la madre no muera en el parto y guíe al hijo que lleva en las entrañas a través del amor, haciéndole olvidar el odio, conduciéndole con mano segura por ríos de agua fresca, cantando alabanzas al Señor, hermanado con los pueblos vecinos.

Europa busca la unión de las fronteras para decidir, no libremente cada nación, sino comprometiéndose en la defensa, en la ayuda y en una labor común.

No podemos vivir aislados en nuestro mundo viejo, hay que avanzar y salir de las fronteras en busca de logros, alternativas nuevas que nos conduzcan al mejor bien social.

- Tratar de no avanzar en el presente, cuando un pueblo ha avanzado, en el desarrollo de la cultura, es ahogarlo y afisarlo, creando en él solamente la marginación y el desamparo.

Euskadi sufre y se debate en la agonía de quedarse en el pasado o avanzar hacia el futuro con una imagen nueva.

La generación joven tiene la antorcha en la mano que debe conducir a un pueblo en una dirección o en otra y a las madres sostener el bastión donde sus hijos han de depositarla.

**¿QUE ES UN PUEBLO SIN MUSICA?  
SOLO, SILENCIO**

**V.A.**

# SALVE, AMA BEGOÑA

Himno.-Largo (d=44).

Introducción (órgano).

Voz. Sal-ve, Sal-ve, Sal-ve,

Cm. Eb. Cm. Eb. Cm. Cm. Eb. Cm. Bb.

Cm. Bb. Eb. - Bb7. Cm. Eb. -

Bb7...9. Eb. Bb7. Cm. Eb. Ab. Bb. Eb. Ab.

Eb. Cm. Fm7. Cm. Eb. - Cm.

Fm. G. Cm. G. Cm. Eb. Bb7. Eb.

Cm. Eb. Bb. Ab. Bb. Ab. Eb. Cm. Ab.

Gm. Cm. Gm. Eb. Cm. Gm. Eb. Cm. Gm.

Cm. Eb. Ab... Fm... 6... 5. Eb. Bb... 7.

Eb. Fm. Eb. Ab. Eb. Cm. - Ab.

Fm. Cm. Fm. Ab. Abm6. Eb.

Letra y música: Vega Arámbaru.

Arreglo y adaptación: José Pérez del Pino.

# HIMNO DE PAZ

Andante (♩=100).

Voz.  
Con 2.

Introducción.

Dm. C. F. Fm. C.

mor, li-ber-tad y con paz, som. pa. mos las ce.

Am. F. Dm. D7. G. C.

de nos, pa-ra vi-vir en her-man-dad, con a. mor, li-ber.

G7. Am. D7. G7. C. Am. F.

tad y con paz. To. dos los a. man. tes de a. m.

Dm. Fm. C. C. G7. C. G7.

lur en. cen. da. mos las ha. que. ras, en nues. tras ce. ra.

C. F. C. G7.

zo- nes con a. mor, li-ber- tad y con paz, que

C. Am. F. Dm. D7. G. C.

man. de los es. pi. ri. tos del mal pa- ra vi- vir en in. igual. dad, es- par. za. mos las ce.

G7. C. Am. D7. G. C.

ni- zas, en las sur- cos del pa- sa. do. con a. mor, li-ber- tad y con

G7. C. G7. C. Dm. C.

paz, sur- sien. do, v. na. E. us. ta. di. nue. va gu

F. Fm. C. Am. Dm. G7. C. G7. C. Am.

can. te a la om. bra del vo. lve a. ma. do, him- nos de a. mor, li-ber- tad, y de

C. Am. Dm. C. G7. C. F. Fm.

Letra y música: Vega Aramb  
Arregla y adaptación: José Pérez de

C.

## AGRADECIMIENTO

*Nombres de autores cuyos libros he utilizado en esta novela, como referencia y para tomar anotaciones, sin los cuales no habría podido lograr la realización de la misma.*

*Con mi agradecimiento a tantas plumas ilustres de las cuales he podido beber el elixir del desarrollo de sus descubrimientos, a través de sus largas horas de investigación, que han dado el fruto glorioso de resucitar a los muertos que duermen, pero que nos han dejado el legado de su pasado, plasmado en sus obras gloriosas, ríos de aguas cristalinas, unas veces, y otras manchadas de lodo, siendo las primeras requiebro y placer para el caminante sediento que halla la frescura de lo no contaminado, mientras las segundas, son repudiadas y rechazadas, porque no limpian los cuerpos, no sirven para beber y menos para que nos dejen el sabor del buen recuerdo.*

*Pero ambas ahí estaban, como el bien y el mal, siempre juntos, en medio del hombre sirviéndose de él, en la lucha por saciarlo o devorarlo.*

VEGA ARAMBURU  
La Autora





## **BIBLIOGRAFIA MAYOR**

### **EN TORNO AL CARACTER VASCO**

Manuel de la Sota.  
Colección Abiatu - Ekin.

### **HISTORIA GENERAL DEL PAIS VASCO**

Manuel Estomba-Donato Arrinda.  
Editorial La Gran Enciclopedia Vasca.

### **EUSKADI: AL CRUCE DE TRES CULTURAS**

Elías Amézaga.  
Editado por Elías Amézaga.

### **TIEMPO Y TRAGEDIA DEL PERIODISMO VASCO 1900-1936**

Alfonso C. Saiz Valdivielso.  
Editado por Alfonso Carlos Saiz Valdivielso.

### **SEVILLA, LOS VASCOS Y AMERICA**

Lutgardo García Fuentes.  
Fundación BBV en colaboración con Ediciones Laida.

### **ADIOS A UNA MINA DE HIERRO Y OTROS APUNTES Y ESBOZOS DE MI PAIS**

Juan Antonio de Zunzunegui.  
Editorial La Gran Enciclopedia Vasca.

### **SANTA MARIA DE BEGOÑA EN LA HISTORIA ESPIRITUAL DE VIZCAYA**

Andrés E. de Mañaricua.  
La Editorial Vizcaña.

### **PRINCIPIOS CONSTITUCIONALES DEL FUERO DE VIZCAYA**

Tomás Otaegui.  
Editorial La Gran Enciclopedia Vasca.

**LA GRAN ENCICLOPEDIA VASCA**

Tomos I - II - IV - IX y XII.

**ESTUDIOS INTERNACIONALES DE ANTIPOLOGIA VASCA**

Biblioteca de La Gran Enciclopedia Vasca, Tomo I.

**DICCIONARIO ILUSTRADO DE LA MITOLOGIA VASCA**

J. M. Barandiarán.

Biblioteca de la Gran Enciclopedia Vasca.

**EUSKO FOLKLORE**

J. M. Barandiarán.

Biblioteca de La Gran Enciclopedia Vasca, Tomo II.

**VASCONIA ANTIGUA. TRAS LA HUELLA DEL HOMBRE (VIII)**

J. M. Barandiarán.

Biblioteca de La Gran Enciclopedia Vasca, Tomo XIV.

**HISTORIA DE CATALUÑA**

Dirigida por Joaquín Nadal i Ferreras y Philippe Wolff.

Oikos - Tau.

**LA NUEVA VASCONIA**

Fernando Sarrailh de Ihartza.

Ediciones Vascas Argitaletxea.

**VASCONIA A LOS CUATRO VIENTOS.**

«EMAN DA ZABAL ZAZU, MUNDUAN FRUTUA»

Vicente Talón.

Editorial La Gran Enciclopedia Vasca.

**EL BILBAO DE JULIO LAZURTEGUI**

M. Victoria de Gondra Oraa.

Cámara Oficial de Comercio, Industria y Navegación de Bilbao, 1984.

**ESPAÑA SIGLO XIX 1834-1898**

Biblioteca Básica de Historia.

Anaya Grupo Cronos.

**BREVE HISTORIA DE EUSKADI. DE LA PREHISTORIA A NUESTROS DIAS**

Libros de Ruedo Ibérico.

Ibérica de Ediciones y Publicaciones.

**ANARQUISTAS Y SOCIALISTAS**

Javier Paniagua.

Historia 16 - 20.

Impresión Temi.

**EL NACIONALISMO VASCO**

F. García Cortazar - J. Manuel Azcona.

Biblioteca Historia, 16.

**IKURRIÑA, HISTORIA Y SIMBOLISMO**

José M.ª Bereciartua.

Elober.

**LA VIOLENCIA EN EL PAIS VASCO Y EN SUS RELACIONES CON ESPAÑA**

Universidad Nacional Autónoma.

Dirección General de Publicaciones.

México.

**EL NACIONALISMO VASCO DE SUS ORIGENES DE ETA**

Stanley G. Payne.

Dopesa.

**HISTORIA DE VIZCAYA A TRAVES DE LA PRENSA**

1877-1882

Laura G. Corella.

Biblioteca de La Gran Enciclopedia Vasca.

**EL CLERO VASCO EN LA GUERRA CIVIL**

Volumen 5.º de la *Historia General de La Guerra Civil en Euskadi*.

Euzko Apaiz Talde.

Luis Aramburu Editor.

**CRONICA GENERAL DEL PAIS VASCO-NAVARRO**

Cayetano Rosell.

Editado por Aquiles Rouchi, 1865.

**EL NACIMIENTO DE EUROPA**

(Continentes en colisión y el destino de las Naciones)

Michael Andrews.

Planeta - RTV.

**ETNIA VASCA**

Manuel Estomba, Donato Arrinda.

La Gran Enciclopedia Vasca.

**III SEMANA DE ANTROPOLOGIA VASCA, TOMO I**

Julio Caro Baroja

Biblioteca de La Gran Enciclopedia Vasca.

**LOS HEROES DE LA MITOLOGIA VASCA**

Antropología y psicoanálisis.

Txema Hornilla.

Ediciones Mensajero.

**ARBOLES DE ESPAÑA Y EUROPA**

Alan Mitchell.

Blume, S. A.

**MITOLOGIA VASCA**

José M.ª de Barandiarán.

Txertoa.

**HISTORIA GENERAL DE LA GUERRA CIVIL EN EUSKADI, TOMO VII**

Euzko Apaiz Talde.

Luis Aramburu, Editor.

**CRONICA DEL SIGLO XX**

Plaza y Janés Editores.

POESIAS: Vega Aramburu Plaza.

MUSICA: Letra y Música:

Arreglo y adaptación:

Vega Aramburu Plaza

José Pérez del Pino.